

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO V

El convencionismo



**Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México**

Secretaría de Educación Pública

JOSÉ C. VALADÉS ROCHA
(1901-1976)



José C. Valadés fue heredero del quehacer intelectual familiar. Al igual que su padre y su tío, defendió sus ideas a través de la prensa. Su padre, Francisco Valadés, fue editor de *El correo de la tarde*, periódico que apoyó a José Ferrel como candidato a la gubernatura de Sinaloa. Su tío, José Cayetano Valadés dirigió el diario *La tarántula*, cuya posición crítica con respecto al gobierno porfirista le costaría la vida. José C. Valadés fundó y dirigió *El correo de Occidente*. Su quehacer político desde la oposición lo envió varias veces al exilio, donde recogió los testimonios de muchos revolucionarios, lo que le permitió escribir numerosas páginas sobre la Revolución Mexicana. Esto hizo de él un pionero en la historia oral testimonial.

En 1952 participó en la fundación de la Federación de Partidos del Pueblo y su órgano de difusión, la revista *Ya!*, en oposición al Partido Revolucionario Institucional. Al formar parte del servicio exterior mexicano, se desempeñó como embajador en Líbano, Siria e Irak (1951-1953), Colombia (1953-1956), Portugal y Marruecos (1963-1966). Como académico fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la cátedra de Historia de las ideas políticas en México en la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre su vasta obra destacan las publicaciones dedicadas a los procesos históricos de México: *Orígenes de la República Mexicana* (1972), *El porfirismo: historia de un régimen* en dos volúmenes (1948), *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes (1963-1965) e *Historia del pueblo de México: desde sus orígenes hasta nuestros días* (1967). Entre sus biografías destacan: *Alamán: estadista e historiador* (1938), *Don Melchor Ocampo: reformador de México* (1954), *El pensamiento político de Benito Juárez* (1957), *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero* (1960).

El 7 de junio de 1984 el Congreso del estado de Sinaloa develó su nombre en el Muro de Honor del Salón de Sesiones del Palacio Legislativo. De manera póstuma, el INEHRM, en coordinación con la familia Valadés, emprendió la compilación de los artículos, entrevistas y reportajes publicados por José C. Valadés, publicados en ocho volúmenes bajo el título *La Revolución y los revolucionarios* (2006-2011); este volumen forma parte de la segunda edición de dicha compilación.

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO V

El convencionismo



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
Emilio Chuayffét Chemor

Subsecretario de Educación Superior
Fernando Serrano Migallón



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo
Fernando Castañeda Sabido

Luis Jáuregui
Álvaro Matute
Érika Pani

Ricardo Pozas Horcasitas
Salvador Rueda Smithers
Adalberto Santana Hernández

Enrique Semo
Mercedes de Vega Armijo
Gloria Villegas Moreno

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO V

El convencionismo



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2014

F1234
V345
2014
Valadés, José C., 1901-1976
La Revolución y los revolucionarios/artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadés.—
México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014.
8v.—

ISBN-13: 978-607-9276-44-7, *La crisis del porfirismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo I).
ISBN-13: 978-607-9419-03-5, *Maderismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo II).
ISBN-13: 978-607-9419-04-2, *La Revolución constitucionalista* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo III).
ISBN-13: 978-607-9419-05-9, *Las rupturas en el Constitucionalismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo IV).
ISBN-13: 978-607-9419-06-6, *El convencionismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo V).
ISBN-13: 978-607-9419-07-3, *El Estado constitucional. Sus inicios* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VI).
ISBN-13: 978-607-9419-08-0, *El Estado constitucional. Ajustes internos* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VII).
ISBN-13: 978-607-9419-09-7, *El Estado constitucional. Su consolidación* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VIII).

1. México-Historia-Revolución, 1910-. 2. México-Historia-Revolución, 1910-Fuentes.
3. México-Revolutionarios

CONTENIDO

PRESENTACIÓN VII
Patricia Galeana..... VII

PRÓLOGO XIX
Salvador Rueda..... XIX

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

Primera edición: INEHRM, 2007
Segunda edición: INEHRM, 2014

ISBN: 978-607-9419-06-6

Diciembre de 2014

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, fotográfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Hecho e impreso en México

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

— TOMO V —

El convencionismo

PRESENTACIÓN

*Nada se salva y sí todo se pierde si la realidad es ocultada.**

*La historia... requiere dos autoridades: una científica, otra moral.***

JOSÉ C. VALADÉS

Desde su primera publicación, *Revolución social o motín político*, que escribió a los 21 años, José C. Valadés se dedicó a estudiar la Revolución Mexicana con la convicción de que no había una, sino muchas revoluciones dentro de un proceso totalizador.¹

Como parte de su amplia obra, Valadés estudió los orígenes del socialismo; del movimiento obrero y del anarquismo en México; hizo la biografía de Francisco I. Madero, con el título *Imaginación y realidad*, y otra de Rafael Buelna, *Las Caballerías de la Revolución*; recopiló las *Memorias de Adolfo de la Huerta*, y culminó sus estudios sobre el proceso revolucionario con la *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes, única historia general que se ha escrito por un solo autor hasta la fecha. Además, el historiador elaboró la primera historia oral de

*José C. Valadés, *Breviario de la historia de México*, México, Editorial Patria, 1949.

**José C. Valadés, *Compendio General de México a través de los siglos*, t. VI, México, Editorial del Valle de México, 1991.

¹Jean Meyer, "José C. Valadés: anticonformista libertario", en Patricia Galeana (coord.), *José C. Valadés, Historiador y Político*, México, UNAM, 1992, p. 63.

la Revolución, recogiendo los testimonios de los revolucionarios en el exilio, que hoy reeditamos.²

Nació en el seno de una familia de escritores que sufrió la represión de la dictadura porfirista. Llevó el nombre de su tío, José Cayetano Valadés, asesinado por el gobernador porfirista Francisco Cañedo, debido a sus escritos de denuncia en su periódico *La Tarántula*. Nuestro autor no sólo se desarrolló en un ambiente de letras, sino de activismo político. Perdió muy pronto a su padre y la historia de su familia fue la de muchas familias norteamericanas durante la Revolución: de sufrimiento y pobreza.

Se inició en la vida con el proceso revolucionario, viendo la lucha de su padre, Francisco Valadés, y de Heriberto Frías en el *Correo de la Tarde*, contra la dictadura. Antes de cumplir 20 años recibió un premio por un texto sobre el Municipio Libre. Militó en las juventudes fundadoras del Partido Comunista Mexicano, fue activo anarcosindicalista, organizador, entre otras, de la primera huelga inquilinaria de la ciudad de México. Defendió la causa de los marginados y la libertad política hasta su muerte.

Como luchador social conoció la cárcel y el exilio, estuvo en prisión por haber organizado una huelga de petroleros. Hizo periodismo de denuncia social y política siendo un militante activo en los partidos de oposición. Sufrió la destrucción de la imprenta donde publicaba el periódico *El Correo de Occidente*.

En 1927, Valadés se fue a Estados Unidos y se dedicó a recoger los testimonios de los revolucionarios exiliados. En 2001, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), bajo la dirección de Francisco Valdés Ugalde y después de Javier Garciadiego, se dio a la tarea de recopilar estos artículos y los publicó en ocho volúmenes con

²José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, México, INEHRM, 2006.

el título de *La Revolución y los revolucionarios*, en el 2005. Los volúmenes fueron acompañados por estudios introductorios de Friedrich Katz, Álvaro Matute y el propio Garciadiego, así como de la semblanza biográfica del autor por Roberto Espinosa de los Monteros. En esta segunda edición se incorporan los textos de Enrique Semo, Salvador Rueda, Luis Barrón, Pedro Salmerón y Felipe Ávila, de manera que cada volumen cuenta con su propia introducción.

La presente obra fue realizada por el joven historiador José C. Valadés en entregas semanales para los periódicos *La Opinión* y *La Prensa*, publicadas en Los Ángeles y San Antonio, de 1927 a 1941. Sus artículos están apoyados en fuentes primarias inaccesibles e inéditas en los años en los que Valadés las dio a conocer. Realizó entrevistas magníficas a los revolucionarios exiliados. Supo hacer preguntas atinadas, y reseñó la visión personal de las vivencias, recuerdos, anécdotas, valoraciones y juicios de esos protagonistas. Así Valadés fue pionero de la historia oral, disciplina que se desarrollaría notablemente en las décadas siguientes.

Con rigor en la investigación histórica y el análisis, su obra está destinada por igual al público especialista que al lector general interesado en el proceso revolucionario. Es una fuente de datos originales.

En la presente edición corregida y aumentada con prólogos que acompañan a cada volumen, los historiadores destacan los aspectos que les parecen más relevantes de la obra de José C. Valadés como historiador, así como el contenido histórico del que trata cada tomo.

Friedrich Katz, en el primer volumen, destaca el notable esfuerzo de rescate de fuentes hecho por Valadés, en una época en donde

la mayoría de ellas estaba todavía en manos de sus protagonistas. Subraya la importancia de los materiales dados a conocer por el autor, relacionados con los movimientos de oposición al régimen de Díaz, entre ellos la rebelión de Tomóchic.

Katz concluye que, al analizar ése y otros levantamientos, se entiende mejor por qué la revolución maderista pudo infligir derrota tras derrota a las tropas federales en Chihuahua, gracias a las experiencias armadas previas y a la tradición de lucha de esos sectores. Refiere la riqueza del archivo de Ramón Corral y de los documentos publicados por Valadés, en los cuales se encuentran múltiples ejemplos de la forma en la que el régimen de Díaz reprimía a sus opositores, particularmente la forma en que persiguió al reyismo y al maderismo en su etapa electoral. Todo esto explica la gran confusión de algunos de los gobernadores para resolver los desafíos políticos planteados por un fenómeno que cambió su rutina.

En el segundo tomo de la nueva edición, Felipe Ávila destaca el valor de los testimonios publicados por Valadés relacionados con el maderismo. Con ellos, el lector puede tener una mejor comprensión de lo complejo que fue ese movimiento. Estos testimonios echan por tierra las ideas prevalecientes que ponen en duda el liderazgo y la firmeza de Madero en la conducción de su ejército y en las negociaciones de paz con el gobierno de Porfirio Díaz.

De manera particular, Valadés describe la difícil trama que rodeó esas negociaciones, las tensiones y diferencias en el bando revolucionario y la decisión de Madero para conseguir la renuncia de Díaz y el establecimiento de un gobierno de transición.

Ávila refiere cómo el autor muestra el lado humano del personaje a través de la correspondencia entre el líder de la Revolución

y su esposa Sara Pérez, así como varios de los cuadernos personales de Madero, en los cuales se observa su altruismo.

En la segunda parte de este volumen, se ofrece una detallada reconstrucción de los últimos días del presidente Madero, en los que el historiador sinaloense critica y demuestra la falsedad de la versión oficial que presentó el gobierno de Huerta para justificar el magnicidio. Ávila termina su presentación resaltando la importancia histórica de las entrevistas que Valadés hizo a Félix Díaz, uno de los protagonistas centrales de la contrarrevolución.

En la presentación al tomo tercero, Javier Garciadiego señala que el valor de esta obra de Valadés es doble, puesto que “está hecha con las versiones de algunos de los temporal y relativamente vencidos del proceso revolucionario y se refiere a personajes de todas las facciones, sin preferencias ni partidismos. Así la visión de la Revolución Mexicana de José C. Valadés es novedosa y plural”.

Del contenido de este volumen dedicado a la revolución constitucionalista, Garciadiego destaca la importancia de los testimonios y documentos de Querido Moheno, político reyista, antimaderista y miembro del gabinete huertista; los de Eliseo Arredondo, secretario de Gobernación y agente confidencial de Carranza en Washington; de Francisco Murguía, el destacado general carrancista que participó en las batallas contra Francisco Villa en El Bajío en 1915; así como las largas entrevistas que el autor hizo a Joaquín Amaro.

En el tomo cuarto, Luis Barrón escribe que José C. Valadés, “de familia de periodistas, con un interés y vocación por la historia y una pluma exquisita, tenía la combinación perfecta de talentos para lograr una obra que, por mucho, se adelantó a sus tiempos”.

Destaca que Valadés fue pionero en el ejercicio profesional de la historia y que lo que escribió es una combinación virtuosa de investigación académica rigurosa con una escritura muy amena que cumple cabalmente con sus propósitos de difundir la historia. Sus escritos se fortalecen por su talento de periodista a través de memorables entrevistas que pudo hacerle a varios de los personajes más importantes de la gesta revolucionaria.

En este volumen aparecen las entrevistas de Antonio I. Villarreal, Pablo González y Félix Palavicini, actores centrales de la Revolución, con cuyos testimonios y memorias se conoció por vez primera su versión de los acontecimientos en los que participaron; su información complementa, refuta o matiza lo que se sabía de ellos hasta esos momentos.

En el quinto volumen, Salvador Rueda destaca también la combinación de talentos de Valadés como historiador meticuloso y como divulgador de la historia, en donde su prosa muestra “su composición clara, el cuidado en la economía de adjetivos y el raro uso de escenas de desperdicio”. El historiador nos entrega una serie de ensayos cortos destinados a todo público que esperaba la continuación de sus relatos en sus entregas semanales.

Rueda señala que en los “ensayos reunidos en un solo tomo, no se quiso traicionar el tono cordial y sin planes preconcebidos que debió imprimirles Valadés al llevarlos a la imprenta”. Destaca también el papel del autor como precursor de la historia oral.

Sobre el contenido de este volumen, nuestro prologuista apunta que lo que dividía a los convencionistas de los constitucionalistas no era la pugna entre sus caudillos, sino “los mecanismos mismos del funcionamiento republicano” que sostenían unos y otros.

El historiador concluye que en la historia de Valadés aparecen también la geografía, los contextos, las circunstancias, la subjetividad de los personajes, sus ideas, su conducta, en ocasiones incluso su crueldad, para trazar la historia de los convencionistas, la fracción revolucionaria derrotada. Presenta importantes testimonios para entender el convencionismo, el zapatismo y el villismo, mediante las voces de Roque González Garza, Gildardo Magaña y Austreberta Rentería, la viuda de Francisco Villa.

Ofrece también información fundamental que contribuye a esclarecer el asesinato de Paulino Martínez, el líder de la delegación zapatista a la Convención de Aguascalientes, muerto en circunstancias muy confusas en diciembre de 1914, durante la ocupación convencionista de la ciudad de México.

Hace asimismo la narración de la muerte de Eufemio Zapata, el hermano de Emiliano, muerto como consecuencia de las fricciones, purgas y venganzas que asolaron al zapatismo en su derrota ante el constitucionalismo.

Finalmente, Rueda destaca el retrato íntimo que Valadés ofrece de la figura de Francisco Villa, mediante las voces de su viuda y de su amigo Alfonso Gómez; al igual que el epistolario de Felipe Ángeles, el famoso artillero y principal consejero de Villa, y del gobernador de Sonora, José María Maytorena.

Álvaro Matute, en su presentación al tomo sexto, hace notar la monumentalidad de la obra historiográfica de Valadés, por la amplitud de los temas que investigó y la profusión de las fuentes que rescató y utilizó. Lo cataloga como periodista-historiador que combina ambos saberes de manera notable. Subraya que el oficio de periodista lo capacitó para emprender después su vasta obra historiográfica.

En este volumen se presentan las voces de los protagonistas fundamentales de la década de 1920, dominada por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, en donde se escucha a los actores principales como Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles, Miguel Alessio Robles, Aurelio Manrique, José María Maytorena y Jorge Prieto Laurens.

Matute concluye que el exilio de muchos de ellos fue el telón de fondo que Valadés quiso mostrar, la forma en que vivían cuando él los conoció y entrevistó, con lo que logró establecer un puente entre el pasado y el presente.

En el prólogo al tomo séptimo de esta colección, que lleva por título *El Estado constitucional. Ajustes internos*, Pedro Salmerón llama la atención acerca de la gran laguna historiográfica que hay sobre Álvaro Obregón, “un personaje indispensable para la comprensión del México contemporáneo”. Señala que aunque hay varios estudios sobre su participación en la Revolución y su ascenso al poder, hace falta una investigación de su ejercicio de gobierno.

Acerca de Obregón, Salmerón señala que el objetivo central del caudillo en el poder fue el fortalecimiento del Estado, política y económicamente. Labor que llevó a cabo con un equipo gobernante integrado no sólo por el grupo sonorenses, sino por diversos revolucionarios que confluyeron en la Soberana Convención Revolucionaria en Aguascalientes en 1914.

El historiador del villismo destaca que en este tomo Valadés ofrece varias perspectivas para acercarnos a ese decisivo periodo dominado por Obregón, el caudillo por antonomasia de la Revolución, y para conocer a dos de los generales que se atrevieron a desafiarlo, Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, así como para entender la difícil situación política que generó su desaparición.

Enrique Semo, en la introducción al octavo y último tomo de *La Revolución y los revolucionarios*, que lleva por título *El Estado constitucional. Su consolidación*, destaca la visión de Valadés sobre el periodo cardenista y el gobierno de Manuel Ávila Camacho. Considera que lo que expresa del presidente Cárdenas y de su gobierno es “una posición a la vez positiva y valientemente crítica”.

Semo subraya la agudeza del historiador al advertir lo novedoso de la relación directa que Cárdenas estableció con la gente, la forma en que la escuchaba para actuar después, buscando resolver desde el Estado sus necesidades. También destaca lo cuidadoso que era el presidente Cárdenas para expresar su ideología, a pesar de lo cual llevó a cabo transformaciones populares sustanciales basadas en su carisma y en su férrea voluntad. Aunque critica que esas transformaciones fueron hechas sin un plan general.

De acuerdo con el historiador, Valadés consideraba al cardenismo como un gobierno “bien intencionado, profundamente humanista, pero falto de un plan general coherente de cambios radicales para el desarrollo de México”. Semo concluye su introducción reiterando la aguda percepción de Valadés. En su opinión la obra periodística de éste tiene su continuidad orgánica en su obra histórica.

A la par de sus actividades políticas y sociales, la pluma de Valadés no descansó jamás. Sus artículos de análisis político fueron causa de debates nacionales. Se despidió de la política y del periodismo en el número conmemorativo de *Hoy* de 1951. Su práctica política y de luchador social le dotó de un rico instrumental para entender y escribir la historia de la Revolución.

Nuestro autor nos legó una obra integral; consideró inseparables la historia política, la económica y la social, además de la cultural. Su obra es inmensa, no sólo por volumen sino por su calidad, ya que está fundamentada en acuciosa investigación documental y tiene la congruencia y unidad producto del trabajo de un solo hombre, sin ayudantes. Además del mérito de haberla realizado sin el patrocinio de institución alguna.

A lo largo de sus obras, Valadés destaca la necesidad de hacer la revisión histórica de México superando el maniqueísmo, mediante el trabajo con fuentes primarias.

En sus primeras obras, bajo la perspectiva marxista, consideró que la Revolución Mexicana no había contado con un plan específico para acabar con la pobreza. En sus últimos escritos, aún inéditos, continúa su visión crítica. En los apuntes titulados: *Idea de una nueva sociedad mexicana*,³ plantea la necesidad de una profunda revisión histórica y estructural del país, ante la lacerante pobreza que sufre su población.

En el final de su vida vino a confirmar lo que se había planteado al principio de la misma, que la Revolución no había logrado resolver las diferencias sociales entre los mexicanos, ni había tenido un programa integral para lograrlo.

Todas las revoluciones dejan asuntos pendientes. La primera revolución mexicana, la maderista precedida de la magonista, logró acabar con la dictadura porfirista; la revolución constitucionalista acabó con los restos del antiguo régimen, personificado en la usurpación huertista. Las demandas obreras y campesinas se recogieron por vez primera en el constitucionalismo mundial, en la Constitución de 1917. Durante el gobierno de Cárdenas

culminó el reparto agrario. Pero faltó, como afirma Valadés, un programa orgánico para abatir la pobreza.

La abundante obra del historiador José C. Valadés fue resultado de una vida intensa y polifacética, producto no sólo de la teoría, sino de la práctica política; es una lectura obligada para comprender la Revolución Mexicana.

PATRICIA GALEANA
*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México*

•

³José C. Valadés, *Idea de una nueva sociedad mexicana*, inédito, 1970.

PRÓLOGO

Salvador Rueda

Este volumen toca a varios de los protagonistas del original ensayo de gobierno de una república convencionista. Trece personajes desfilan a lo largo de cincuenta entregas semanales que cubren casi una década de constancia profesional. Entrevistas, investigaciones, documentales, exhumaciones y un gran olfato para adivinar la brújula de los lectores dibujan este perfil más suelto de un escritor siempre pulcro, pero no siempre liberado de los nudos de la historiografía dura del positivismo y del historicismo. Si el historiador debía ser fundamentalmente un hombre de letras —asunto cuyo abandono E.H. Carr se dolía al comenzar la segunda mitad del siglo XX—, lo cumplía a carta cabal el afanoso joven José Cayetano Valadés al consignar en cuadros sintéticos las maniobras de la memoria reciente sobre la Revolución Mexicana. Para el escritor sinaloense, la década que va de 1932 a 1941 se ocupó en hacer del historiador un divulgador; aprovechó su talento, su natural sentido de las curiosidades que buscaban los lectores y su buen gusto estilístico. La narrativa corta fue su ocupación semanal, en publicaciones casi siempre seriadas que aparecían los domingos en periódicos para los mexicanos que vivían principalmente en Texas y California.

Valadés tenía instinto de literato, no sólo por su composición clara, el cuidado en la economía de adjetivos y el raro uso de escenas de desperdicio, sino porque intuyó los rumbos de sus potenciales lectores. Pues el horizonte de la lectura en castellano así parecía trazarse en la cuarta década del siglo XX. Otras vidas fueron reconstruidas imaginariamente en los años en que Valadés entregaba a los suplementos semanarios sus bocetos: en 1933 Jorge Luis Borges escribió los “ejercicios de prosa narrativa”, que circularon los sábados y que un par de años después hicieron el pequeño y delicioso libro titulado *Historia universal de la infamia*. La fórmula era similar: “la reducción de la vida entera de un hombre a dos o tres escenas”. Y es posible que respondieran a la misma urgencia: la de lectores ávidos de entender los singulares actos de vidas fuera de lo común que se proyectaron en la memoria, ya fuera por su espíritu superior o por la bajeza de sus actos.

El tono de la mayor parte de las parcelas biográficas de Valadés no desmereció del medio que los circuló ni del lector buscado: ensayos cortos (el verdadero logro de la historiografía mexicana está en el ensayo, que entre nosotros no es un género menor, como razonablemente afirmó alguna vez el también historiador de la cultura Antonio Saborit) que se proponían ser redondos en cada entrega aunque invitaban a esperar su continuación; se trataba de una suerte de divertimentos, cuya frescura no invalidaba su rigor historiográfico, dirigido ante todo al mexicano vecindado en los Estados Unidos, ansioso por conocer los pormenores de la enorme historia que aún escribía su epílogo caliente; lector que aprovecharía la oportunidad para robar unos minutos al descanso de los domingos antes de desprender la mirada de la entrega semanal de *La Opinión* y *La Prensa*. Me gusta imaginar al lector de las aventuras de Villa o de los sinsabores del destierro de Felipe Ángeles, escritos a manera de cuento fantástico pero con la seguridad de no estar

despegado de la verdad histórica. Imagino a este lector como quien toma lecciones de historia y saborea con placer la buena prosa y el encanto narrativo.

Ensayos reunidos en un solo tomo, no se quiso traicionar el tono cordial y sin planes preconcebidos que debió imprimirles Valadés al llevarlos a la imprenta. Frescos, con la oferta de la espontaneidad, desfilan los personajes sin pretender ser el remedo de un diccionario biográfico. Igual tratamiento y gusto, similar respeto y atención al detalle le debió Roque González Garza —ex presidente de la República gobernada por la Soberana Convención— que los muchos retratos de Pancho Villa o del desigual valor a la hora de la muerte entre los fusilados de la banda del automóvil gris. Juntos en un volumen, dan libertad al lector moderno de comenzar con cualquiera de los personajes (a condición, claro está, de leer la secuencia completa de las entregas). A despecho del asombro que cada ensayo depara, un repaso al contenido en el orden del libro podrá servir de guía para escoger la lectura. Veamos:

Roque González Garza inicia la compilación de protagonistas del convencionismo revolucionario. Valadés apeló al recuerdo personal y al archivo documental. Comienza con el dibujo generacional: González Garza ocupó la presidencia del país cuando tenía treinta años; los caudillos de primera fila, a excepción de Venustiano Carranza, no eran mucho más grandes: Villa, Zapata y Obregón rondaban los 35; Felipe Ángeles sería diez años mayor, mientras que los generales Rafael Buelna y José Isabel Robles tenían 23 años, y el doctor zapatista Gustavo Baz llegó a ser gobernador del Estado de México antes de los 20 años. Se estaba entonces en 1932: los jóvenes trazaban el porvenir de México.

Memoria y fuentes escritas: Valadés recopila al modo de lo que después se llamaría “historia oral”, entretejiendo los desórdenes sin calendario exacto del recuerdo con el inapelable uso de correspon-

dencias oficiales y telegramas siempre fechados y archivados: toda la historia, advierte, “ha sido narrada a los *Periódicos Lozano* por el general Roque González Garza, ex presidente de la República”. Del relato se desprenden los inicios del gran conflicto por la nación: no la pugna personalista de los caudillos, ni siquiera la terquedad por sostener ideas y planes, sino los mecanismos mismos del funcionamiento republicano están en la base de la diferencia entre los constitucionalistas —y Carranza a la cabeza, desconociendo los poderes Legislativo y Judicial como si fueran parte del golpe huerista— con los convencionistas y el que fuera diputado maderista González Garza a la cabeza del legalismo y los inconformes Villa y Zapata. Al calor del relato de su traslado de maderista a villista, González Garza dibuja a un Carranza más radical que el más acartonado de la historia oficial carrancista: “Sepa usted —dijo el Primer Jefe al futuro presidente convencionista y representante de Villa— que esta revolución tendrá que reducir a escombros toda la República, y remover todos los bajos fondos de la sociedad, para que cuando todo esté en ruinas, nosotros podamos gobernar”. Pragmatismo político, crudo, sin miedo y sin esperanzas. Celoso de su autoridad, Carranza no permitió que la revolución que dirigía se ramificara y lo rebasara. El siguiente paso fue la separación de Felipe Ángeles de la Subsecretaría de Guerra del constitucionalismo; su maderismo lo hacía sospechoso de querer una revolución que sólo existía en las mentes de los intelectuales.

No descuidó Valadés el uso de la geografía; pero la entrelazó, como paisajista, en el relato de la historia. Un ejemplo entre muchos: la separación imaginada —más que sabida— entre el norte y el sur. Villa exclamó: “Ya empezó aquí la política; así que ya estamos de sobra, y nos vamos para el sur; ¡vamos al sur!”. Pero la guerra ya había cobrado su cuota: los 22 generales que defendieron San Pedro de la Colonias —cuna del maderismo— fueron

incapaces de detener la oleada de Villa y sus 16 generales, todos a excepción de Ángeles, hechos al calor de las batallas revolucionarias. Avance a Torreón; la catástrofe federal de Zacatecas; una semana más tarde, las difíciles conferencias entre los delegados de las divisiones del Norte y del Noreste para lograr la paz; la carrera hacia la ciudad de México entre Villa, Obregón y Pablo González.

En su narración no elude los elementos circunstanciales y las anécdotas, más para ayudar al lector a ubicar su imaginación en un mundo verosímil que para alejar del juicio justo. Contextos y circunstancias respaldan la proporción humana de sus bocetos. Destaca, por ejemplo, aquella en la que Villa estuvo a punto de fusilar a Obregón, y la intervención oportuna, convincente y firme de González Garza a la par de la serenidad —o mejor, control, de sí mismo— del sonoreense. La fiera duranguense, recordó González Garza en la pluma de Valadés, se apaciguó: “El hombre había vuelto a ser hombre...” O aquella en la que Obregón dio pruebas de su inverosímil memoria. El talento que atrapaba a los lectores no dejaba de ser preciso en su apreciación: ideas que hacen de la biografía un género entre la historia y el arte, como definió el biógrafo británico Robert Gittings. Así, en un par de renglones Valadés concluyó un rasgo psicológico: “Había aparecido un nuevo Obregón, nervioso, desconfiado. Es que empezaba a amar nuevamente la libertad, la vida: las dos nociones más grandes que posee el hombre, y que había perdido al sentirse en poder del enemigo”. El lector —de hace tres cuartos de siglo y el de hoy— conjugaría en primera persona esta certera pincelada. Pero también juzgaría en tercera persona: “Mientras que la Convención se había olvidado de la guerra, Carranza se preparaba para ella...”

La historia de la Convención no fue tan sólo la de la riña política entre dos facciones. De hecho, Valadés nutre de información sobre alguna de las ramas inútiles de la revolución: tal fue, por

ejemplo, la encabezada por Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, rápidamente derrotados en campo de batalla, o las de los revolucionarios y contrarrevolucionarios exiliados en el norte, aquejados de megalomanía y suponiendo tener fuerzas superiores a las que en realidad tenían o de las que carecían del todo. Tampoco es tolerante con la irreal fuerza militar zapatista: a pesar de las presunciones del general Manuel Palafox, los campesinos de Zapata no sentían que la guerra en gran escala fuera asunto de ellos: no enfrentaron con éxito ni una sola vez a los diez mil hombres de Obregón. Aun después de la entrevista entre el presidente González Garza y Zapata, la inactividad bélica arrebató al centro del país de la sombra de los convencionistas: “pero ni así el caudillo suriano se resolvió a emprender la ofensiva, ignorándose siempre la causa de indolencia tan perjudicial para los ejércitos convencionistas”. Ocho años después, en su ensayo sobre Gildardo Magaña y el zapatismo, Valadés brindaría una justa explicación de la negación —que no negativa— de los zapatistas a hacer una guerra formal y frontal a los enemigos que lo combatieron. La guerra de guerrillas sería el efecto, no la causa: los zapatistas, desde sus generales hasta sus soldados más humildes, jamás dejaron de ser civiles en armas, no guerreros.

No así el desastre villista, publicado en pleno renacimiento de la fama del revolucionario norteño. Relató el desastre del Bajío con los colores del relato de Waterloo: los diez mil hombres y setenta cañones de Villa no fueron suficientes ante la superior fuerza de la historia: esta invisible energía determinó, ahí y entonces, el camino de la revolución. En las batallas de Silao, Irapuato y León actuó y señaló el destino —explicó al historiador el memorioso González Garza—. La conclusión sería eficaz si el escritor encontraba las claves que redondearan la idea de destino: la desbandada de convencionistas fue similar a la diáspora; una fecha emblemática cerraba

el capítulo de la épica armada: “Los comisionados para marchar a la capital norteamericana, a excepción de José María Maytorena, quien ya se encontraba en territorio de los Estados Unidos, cruzaron la frontera el 16 de septiembre de 1915. [...] La guerra civil había terminado”.

Pero también el juicio de la historia descendió a la voluntad de los hombres, y a sus errores. El ejemplo lo ofrece Valadés con la detestable conducta de Obregón: “En el campo de batalla habían quedado más de dos mil quinientos muertos, que aumentaron cuando el general Obregón ordenó el fusilamiento en masa de dos mil villistas que había hecho prisioneros”. ¿Cómo se leyó esta conducta de guerra en 1932? Valadés explicaría, a lo largo de varios años, que la desconfianza era la actitud de muchos revolucionarios ante Obregón. Y tal vez esta ruda decisión del general sonoreense, recordada un par de décadas más tarde y cuando el destino personal de Obregón se había sellado, evitó que este militar revolucionario, tan audaz e inteligente como reformador, fuera visto como un titán a los ojos de la segunda generación de mexicanos que vivieron la conmoción revolucionaria y la reconstrucción de la madurez del llamado Termidor. Y al miedo siguió la mentira, tan dañina a la Convención como el desacuerdo: no existía la línea de defensa de la capital, y la población civil sufriría los estragos de las incursiones armadas en el sitio de cuarenta días. Así, aunque los convencionistas contaban formalmente —nominalmente— con el apoyo de 21 gobernadores, la geografía controlada por los carrancistas se desdoblaba con rapidez hacia el real carácter nacional.

El siguiente personaje de esta compilación fue el veterano villista y miembro del Estado Mayor de González Garza, Juan M. Durán. Cinco entregas arman el capítulo de esta compilación. Para la memoria, la vida revolucionaria de Durán se condensa en el

terrible mes en el que los militares convencionistas iniciaron el éxodo al norte y la dispersión que le siguió. Valadés, hoy lo podemos saber, sería precursor de la historia oral como fuente de particular naturaleza para el ejercicio de la historia. El propósito de esta serie de relatos secuenciados era emocionar al lector de finales de 1932 y el amanecer del 33 con el relato de un peregrinaje doloroso entre las tropas del enérgico y no pocas veces abusivo general Rodolfo Fierro. Comenzaba la aventura en junio de 1915. La guerra era el *deus ex machina*, pesado motor de la historia, que dirigía los destinos. El relato suma pasajes de muertes valientes dibujadas para impresionar, de hambrunas, de desesperación... al modo de las pinturas realistas de las novelas de Hugo, Zolá o Tolstoi pero también de los crudos informes que llenaron los partes militares de los ejércitos mexicanos de Mariano Arista durante la guerra de Texas o los de la República en el año funesto de 1865. Es la retirada de los “soldados del pueblo”, como los calificó alguna vez Felipe Ángeles. Los catrines se quedaron a esperar a los constitucionalistas que, decían, querían vengarse de los habitantes de la capital desde la caída de Huerta.

Los convencionistas huían. Ejércitos elementales, primitivos, que parecían más una migración que un mecanismo de lucha: los soldados cargaban con mujeres, hijos y las pocas pertenencias que no sirvieran de lastre —estos no combatientes eran llamados sin eufemismos “impedimenta”—. Parecía de pesadilla el trazo de una geografía humana desamparada, como esos caseríos poblados nada más por mujeres, el horizonte hecho de paisajes reiterados, enormes y hostiles. El recuerdo no es de una revolución sino de apocalipsis: “El soldado se moría de hambre y de fatiga”.

Durán opinó sobre el descubrimiento militar zapatista a los convencionistas de la ciudad de México. No fue por falta de armamento, como los modernos hemos argumentado, sino por incompetencia

de civiles que no querían dejar de serlo. Los hombres del general Amador Salazar —primo de Emiliano Zapata— no sabían pelear; no mostraron signos de cobardía, pero sus movimientos eran lo más alejado de la economía de esfuerzos que los manuales militares y las artes de la guerra indicaban como propósito obligado del comandante. Sin miedo, antes con pasmosa calma, Salazar caminó lento en lodazales inútiles: los zapatistas “parecían fantasmas”, recordó para el historiador Valadés el ya entonces periodista Durán veinte años después del suceso.

El éxodo no llevó consigo los sueños políticos de un ensayo de gobierno. El trabajo de historia oral que practicó Valadés no se detenía en la descripción de lo inmediato. No hubiera sido eficaz para el relato. Entonces recurrió a los elementos circunstanciales que amueblaron el mundo que rodeaba a los fugitivos. El relato da atención lo mismo a los efectos de la persecución y los sonidos de los cañones, que al miedo a ser emboscados, a los esfuerzos inútiles del famoso médico Cerisola, a los olores de las plantas cerriles que significaban cambios climáticos del interminable Bajío y presagio esperanzador de que se acercaban al norte seco, a su hábitat propio.

También mostró la cara más dura de la revolución: la del apogeo de Catón de que la guerra da a la guerra. Los pertrechos de boca eran arrancados a los pobladores de la geografía devastada. El año del hambre asoló al centro de México porque el terrible dios de la guerra acabó con la cadena de la economía aun en los mercados más someros, los de los confines rancheros y campesinos. Combates y depredación, sed y hambre, miedo y lealtades en duda. Los que ocho meses antes se pasearon por los corredores del Palacio Nacional, ahora deambulaban por los rumbos de Teocaltiche (antiguo enclave de la guerra chichimeca) sintiendo como triunfo el llevar un costal de maíz al hombro. La gloria militar se resolvió en una quimera atroz. Valadés dejó clara la imagen de esta épica al

modo antiguo —esto es, sin la ensoñación del romanticismo: nadie nace para la guerra pero todos la nutrimos.

El límite entre Guanajuato y Jalisco fue el último escenario del convencionismo para los norteros. Se extinguieron en agosto de 1915, con sólo desaparecer. Sin proponérselo, el informante Durán le proporcionó a la pluma de Valadés las piezas que dibujaron los jirones del villismo, espejo de lo que criticó un mes antes de los zapatistas: eran soldados que parecían fantasmas. La vigorosa pluma de Valadés pone punto final al relato de esta derrota con rapidez y, me parece, un cierto sabor a triunfo por el complejo hecho de haber sobrevivido.

El tercero y cuarto relatos fueron entregas únicas. Se trata de la recuperación de anécdotas que pudieron, tal vez, desdoblarse en hechos trascendentes. Para cuando aparecieron (en 1935 la del atentado de 1915; en 1938 la del intercambio epistolar entre Villa y Zapata sobre el nombramiento de un presidente convencionista de la República), ya eran puro olvido. El relato corto titulado “Atentado en 1915”, parte de la aceptación de un principio insólito: el descuido de Venustiano Carranza en la seguridad personal. Insólito porque el Primer Jefe sabía de la peligrosidad de las policías secretas y su función en los crímenes del huertismo, y porque desde 1914 los constitucionalistas habían procurado organizar a una policía encubierta leal particularmente a cada uno de los militares de alto rango (Álvaro Obregón, Pablo González). Valadés despacha de principio la explicación —la mala puntería del fallido asesino contra, vale señalar, los delegados que serían protagonistas políticos de primera línea al final de la década revolucionaria y en los tiempos en que escribió estos ensayos— para poder centrarse en pormenores más interesantes al lector de historias menudas y las curiosidades que le dan cuerpo. Y, fiel al ejercicio del ensayo, opina sobre la también paradójica falta de memoria del memorioso Obregón al ocultar este extraño acontecimiento.

El otro ensayo resulta sociológicamente más serio y —desde mi punto de vista— procura responder a preguntas que aún nos hacemos los estudiosos de la Revolución. Se tituló “El problema presidencial en 1915: Villa y Zapata discuten sus candidatos”. Valadés reflexiona sobre la historia del pensamiento nacional y propone, en unas líneas, que se entienda su personal filosofía de la historia y el valor que otorgaba al género epistolar como fuente de investigación. De manera asombrosa —por su perfil moderno—, Valadés no polemiza en torno a la historia del pensamiento como campo exclusivo de las élites intelectuales, sino que da el rango de trascendente a las ideas de personajes que en 1938 eran concebidos como caudillos instintivos (Villa y Zapata) y no como hombres preocupados por las riendas que debían guiar al México de la Revolución. Los candidatos de cada uno y las ventajas y desventajas que argumentaron en torno a ellos, nos demuestra que estos dos dirigentes no eran tan sólo rudos señores de la guerra.

Al amanecer de 1940, Valadés escribió las cuatro entregas dedicadas al zapatista Gildardo Magaña. Se publicaron en *La Opinión* de Los Ángeles, California. Movié su pluma el sentimiento pero explicó con razones. Magaña acababa de morir. Tenía 48 años. Sin duda, este conjunto resulta el ensayo mejor escrito. Es el retrato del hombre ido, un réquiem. Acompasado, con el ritmo de las percusiones que tocan a duelo. Fue un doble homenaje: al revolucionario y al amigo. El lector lo disfruta y agradece la búsqueda del equilibrio entre el sosegado michoacano como hombre de ideas y la actividad desplegada por los requerimientos revolucionarios más urgentes.

Algunas diferencias notará el lector entre el relato descarnado de Roque González Garza y este himno. Ambas biografías son exactas en los pasajes que las describe; pero una es la pincelada detallista del historiador y del geógrafo, y la otra la del amigo do-

lido y el hombre de letras. Explicar a Magaña y sus virtudes cívicas significó para Valadés la conciliación con la Revolución: conjugó en tercera persona el sentir propio: “Todos los pecados de la guerra se diluían en él; se perdonaban con él”, escribió. Esta pieza maestra depara al lector una descripción del zapatismo que lo hace entrañable y al mismo tiempo repudiable: el paraíso sureño que habían cantado los poetas bucólicos decimonónicos educados en los seminarios como el de Zamora, Michoacán, era, en realidad, una afrenta a la vida. La brecha económica y cultural creó una relación social cotidiana basada en la discriminación y la brutalidad. Magaña supo desenredar la pasión que movió a Zapata y darle cuerpo. Y aunque Valadés recurre en alguna ocasión al estereotipo —como cuando habla del anhelo de Tierra y Libertad—, la exactitud en el canto de este réquiem es una prenda secundaria. En cambio, de manera moderna nos regala Valadés la mejor explicación sobre los zapatistas: ciudadanos en armas. Las ordenanzas y el lenguaje militar no fueron su principal objetivo. Tal es la razón por la que entre los zapatistas hubo tantos generales: no la ignorancia de las organizaciones de acuerdo a los manuales militares, sino intereses ajenos al militarismo, asentados en la tierra y la paz. Relato que sigue un orden cronológico, Valadés hace aparecer el discreto protagonismo de Magaña como puro acto de humildad —el pudor de la historia que mencionaría Borges como el factor de los cambios verdaderamente profundos—. De tal manera que sus acciones repercutieron y se volvieron destino: enseñó a Villa a leer mientras estaban prisioneros en México en 1912; fue interlocutor eficiente entre Zapata y los agentes del constitucionalismo en 1914; fue el primero que concedió dotaciones de tierras entre los campesinos del Distrito Federal y decretó una ley contra tierras ociosas en 1914; sobrellevó la epidemia de influenza entre 1917 y 1918; peleó cuerpo a cuerpo con el agrarista tlaxcalteca Domingo Arenas y lo mató en defensa

propia; sucedió a Emiliano Zapata luego del episodio de Chinameca y logró la paz con los sonorenses en 1920; participó en la unificación revolucionaria en torno a Obregón; se opuso al general Calles cuando apareció el “agrarismo político”; fue escuchado por el general Cárdenas durante la crisis de poder que llevó a la renuncia del presidente Ortiz Rubio; buscó salvar a Saturnino Cedillo en su fallido intento de rebelión; escribió un libro que daba la dignidad que merecía el movimiento del Plan de Ayala, libro paralelo al del también lúcido agrarista Antonio Díaz Soto y Gama. Valadés compuso un magistral epitafio en medio de los análisis de los sinsabores políticos; reflejaba a Magaña, pero lo dibujaba a él mismo como historiador y sus obligaciones: “Él bajó a la tumba llevándose el compromiso de la amistad; nosotros quedamos sobre la tierra teniendo el compromiso con la verdad”.

Las siete entregas dedicadas al periodista Paulino Martínez buscan entender lo absurdo de su final a través del dibujo cristalino de una vocación llevada en las entrañas. Hombre excepcional, demócrata nato y revolucionario de tiempo completo —muy al estilo de los militantes impresores de folletos en las barricadas de la comuna parisina—, Paulino Martínez dedicó sus esfuerzos a luchar por la justicia para todos. Comenzó a los 11 años; siguió haciéndolo hasta que murió a los 55 años en una de las jornadas más torpes del convencionismo bárbaro, en diciembre de 1914. Valadés rescató su memoria en 1933 y buscó la reivindicación de una vida sin desperdicio; no debió ser sencillo para el escritor sinaloense regresar a la primera fila de la historia a un personaje cuyo magro recuerdo se reducía entonces a la nota roja de la Revolución, a la denuncia política y a la vergüenza.

La necesidad de trabajar aguzó sus sentidos. Fue monaguillo, soldado y maestro de primeras letras. Muy joven fundó el periódico liberal *El Chinaco*, desde donde catapultaba piedras hacia el

sólido régimen de Porfirio Díaz. Aunque el régimen florecía sin obstáculos serios, los lectores de *El Chinaco* resultaban en un amplio círculo. Se le relacionó con el general Mariano Escobedo, pero se le silenciaba a la manera acostumbrada en ese entonces: el cierre de las oficinas del periódico y la cárcel para su director. Entraba y salía de prisión; se le perseguía más para hostilizarlo que para aprehenderlo, hasta 1890, cuando con sus cofrades conspiraron un levantamiento en el norte del país. Por supuesto, la inteligencia política del gobernador de Nuevo León, Bernardo Reyes, los llevó al fracaso. La aventura pudo ser ridícula, pero los sucesos posteriores le elevan la estatura hasta volverla precursora de la revolución: las formas que debía asumir, los canales de comunicación, las corrientes de transmisión ideológica antirreeleccionista, la persecución hasta la muerte o el exilio, serían patrones que se repetirían un par de décadas más tarde. En Texas pudo imprimir *La Voz de Juárez*, cuyo título descubría sus tendencias del liberalismo radical; este nombre daría, en 1911, al periódico que publicaría en el Morelos de Emiliano Zapata.

El inicio del siglo XX lo recibió en el exilio y luego en la cárcel. Pero Martínez no se rindió. Valadés reconstruyó, en trazos largos, el itinerario político de este opositor terco: de la imprenta a la cárcel de Belén y casi una decena de atentados contra su integridad llenan la bitácora de este luchador. La huelga de Río Blanco y la fundación del Club Antirreeleccionista impactaron la paz porfiriana porque Paulino Martínez los volvió sucesos de interés público al difundir las notas en sus periódicos *El Chinaco* y *El Insurgente*. Ni siquiera la actitud criminal de un juez, que llevó a la muerte a su hijo de dos meses, logró aflojar la energía del periodista Martínez. Aprovecha Valadés para rescatar también la memoria de su esposa, Crescencia. Ella continuó en la dirección (que implicaba investigación, redacción y formación tipográfica) imprimiendo los

periódicos mientras Martínez sufría cárcel; ella resistió detenciones; se movió en los círculos diplomáticos para denunciar las persecuciones. Ser rebelde tenía mucho de apostolado.

Por razones casi naturales, Paulino Martínez se ligó al maderismo de primera hora. Y también por esas mismas razones se separó. Antirreeleccionista que no se rendía fácilmente, renegó de los Tratados de Ciudad Juárez. Volvió a la oposición, aunque esta vez no a la casi clandestinidad. Volvió los ojos a los revolucionarios más radicales: los hermanos Vázquez Gómez y Emiliano Zapata. Fue Martínez uno de los nudos de esta extraña y poco estudiada alianza, Vázquez Gómez-Zapata, que se reanudó todavía en 1919 —poco antes de caer en Chinameca, el llamado de Zapata a la unificación contra Carranza giraba en torno al apoyo a la candidatura de Vázquez Gómez.

Varias veces escapó de morir: la policía porfiriana, el rebelde Pascual Orozco, los esbirros de Huerta..., pero no pudo con los que decían ser aliados. No hubo némesis previsible o simplemente explicable sino el crimen cobarde de quien no enseñó la cara. Y esta muerte cargada de crueldad oscurece, desde el rescate de Valadés para los lectores de 1933 hasta sus lectores de hoy, la utopía revolucionaria de los convencionistas: fue humana, demasiado humana, aun en sus actos de infamia. Valadés, sabio historiador, no se atrevió a conjeturar un juicio y su sentencia; pero sí permite adivinar que la revolución fue imaginada de manera dispar como un ajuste de cuentas con la historia. Esa imposible distancia entre Martínez y quien o quienes le quitaron la vida es lo que ha impedido —para seguir una idea del malestar de la cultura de Freud— que las revoluciones lleven a la felicidad de las sociedades e individuos.

De color muy distinto fue el ensayo en una sola entrega sobre la muerte de Eufemio Zapata a manos de *El Loco* Sidronio Camacho. Nada tuvo de vergonzante, más allá de las conduc-

tas extremas de hombres valientes y prestigiados que dejan ver su lado elemental cuando el honor se pone en juego. Un relato bien escrito, al modo de los que abundaron en aquel 1932 en torno a las hazañas de los revolucionarios y a los relumbres de la vida aventurera que ya también se hacían estereotipos visuales a través del cine. Harto más rudo y brutal se había demostrado este episodio, y al que se quiso dar el falso valor superior de la hombría. Valadés no cayó en la tentación de describir el comportamiento en duelo armado como pura gratuidad machista; por lo contrario, su relato es el de un observador sin partido que miró y retrató el lado menos amable de una revolución que no todo el tiempo se debatió en las elevadas aunque escabrosas cumbres de las ideologías. Las costumbres ancestrales, los valores pueblerinos de un campo fundamentalmente masculino (con el dominio de los códigos del machismo), los enojos que exigen desagravios contundentes y las rivalidades dentro de los que se llamaban a sí mismos compañeros cobraron cuotas inverosímilmente altas de sangre. Los agravios por el abuso de autoridad se acumulaban; luego, los códigos no escritos pero practicados resolvían en un instante el problema, generalmente con la aplicación de la ley del más fuerte o de la oportunidad.

Las purgas y venganzas fueron causantes de tantas muertes en todas las facciones como las que contabilizaron los combates. Eran pequeñas y terribles batallas de gusto local. Y entre el zapatismo llamaron la atención por la extrañeza de sus causas y la frecuencia de su práctica. Una de ellas tuvo como protagonistas al hermano del caudillo y uno de sus generales. Valadés lo relata con la velocidad y ligereza con que debió suceder: rápido, brutal, directo. Pero no desaprovecha la oportunidad para satisfacer al lector dominical al relatar la agudeza de ingenio de Eufemio Zapata y redondear así el cuadro biográfico de un hombre que en ese entonces debatía su

ingreso en la historia entre lo grotesco y lo pintoresco, muy distante de los valores del hermano.

¿Por qué del zapatismo? La pregunta era pertinente en los momentos en que despuntaba como proyecto viable la política agraria del cardenismo a toda la geografía nacional. En 1934, Valadés preguntó al licenciado Francisco Serralde, testigo y actor del quebranto legal campesino de Morelos y su indefensión ante la autoridad republicana, y consultó sus documentos. El relato podría llevar a los remotos tiempos del origen de la nación, pero Valadés y su informante prefieren los datos duros y narran un acontecimiento crucial, atestiguado por la generación de los que serían con el tiempo defensores del Plan de Ayala. Se trató del reclamo comedido de un pequeño grupo de agricultores de terminación de un litigio que se resolvió en un acto de injusticia, destierro y muerte como ejercicio de la autoridad porfiriana. La narración es prístina; baste decir que la edición del testimonio de Serralde permitía entender por qué el lema zapatista fue “Reforma, Libertad, Justicia y Ley”, palabras inexistentes en el vocabulario cotidiano de las autoridades porfirianas encargadas, precisamente, de acatar la ley e impartir justicia. Jueces y jefes políticos se encargaban de apoyar a los poderosos; pero el mismo presidente Díaz fue interpelado infructuosamente; las respuestas amañadas y los amparos rechazados se convirtieron luego en un puñado de presos desterrados a la península de Yucatán. Entre los inconformes que pudieron escapar estaban el mismo Francisco Serralde y Emiliano Zapata, quien entonces tenía 24 años. Otros, como Jovito Serrano, murieron en el anonimato por pedir lo que legalmente les pertenecía. Siete años más tarde se pasaría la factura a los mismos protagonistas principales del campo hacendado, Alarcón y Escandón, gobernadores de Morelos entre 1900 y 1911. También sería el principio del fin de la hacienda como unidad de producción del campo mexicano. Sin duda, es un

relato que ha sido plataforma para los estudios sobre el zapatismo, desde sus contemporáneos Antonio Díaz Soto y Gama y Gildardo Magaña, hasta los de Sotelo Inclán, Womack y los modernos de Felipe Ávila, Francisco Pineda y Laura Espejel, entre los más exitosos. La conclusión de este ensayo es una sorpresa para el lector de hace siete décadas; y es esclarecedor para el actual: Valadés redactó un génesis.

Valadés, me parece a mí, intuyó la dirección del viento cardenista que soplaba por el campo mexicano y explicó las razones de la reforma agraria en una entrega a *La Opinión* de Los Ángeles, California. Curiosamente, en esos mismos años, otros defensores del zapatismo buscaron la alegoría para relatar el mensaje profundo de su historia; pero con ello marginaron las palabras fundamentales y su sentido. Diego Rivera, por ejemplo, sintetizó el lema como “Tierra y Libertad”, que hizo a Zapata y a los zapatistas seres entrañables y dueños de esa puntual exigencia, pero muy distantes del también exacto lema “Reforma, Libertad, Justicia y Ley”.

Una buena parte de los ensayos —en la compilación cubren la mitad del volumen— la dedicó Valadés a la figura más atractiva, enigmática y paradigmática de la Revolución: Francisco Villa y su complejo universo. Los lectores querían conocer los recovecos de una personalidad que era entrañable pero sin duda excéntrica. No los confines psicológicos sino las razones de la historia. No era para menos. El secreto de Villa no se hunde en el pasado indígena de raíces novohispanas como en los orígenes de Zapata; tampoco en la naturaleza agreste de las culturas norteñas, que dibujaron falsamente a los hombres del norte —y al caudillo de la División del Norte en singular— como seres casi elementales, cuya simpleza los hacía capaces indistintamente de actos de generosidad o de crueldad asimismo extremas, francas y simples. El reto para Valadés era enorme; y equivocadamente creeríamos hoy superado.

Nada de eso, a pesar de la abundante literatura que desde la década revolucionaria ha circulado hasta ahora, en un abanico que va desde la novela hasta la biografía seriamente documentada, desde el estereotipo cinematográfico y el teatro hasta los estudios historiográficos más profundos como los totalizadores de Friedrich Katz y Paco Ignacio Taibo II, queda la impresión de que la figura de Villa es siempre una aproximación: algo hay en ella que se diluye, que es líquida.

Tal vez por eso la relectura de los cuadros vitales que reúne este volumen —escritos entre 1931 y 1935— no dejan de ser frescos y pertinentes. El lector de hoy no se siente defraudado; Valadés oteaba el ambiente político; intuyó a su público ideal, ávido de conocer los recovecos del imaginario heroico que le era contemporáneo. Recurre a la antropología y a la investigación documental, al género epistolario y a los métodos periodísticos. Villa en primera línea o como sombra poderosa, como actor principal o como personaje marginal en recuerdos o en cartas pero determinante en las decisiones políticas de sus correligionarios exiliados. Desfilan, como fragmentos que arman la vida de un hombre, el Villa en su apogeo militar o como hábil guerrillero, Francisco Villa o Doroteo Arango inventado por los carrancistas, el fugitivo de la ley porfiriana o el tranquilo constructor de su propia utopía en Canutillo, el Villa siempre proclive a tomar la justicia y las leyes como instrumentos al alcance de su mano, el Villa impulsivo e irascible o el inteligente conocedor del alma humana, sobre todo al intuir las verdaderas razones de sus enemigos, que eran implacables.

Una nota sobre la estructura del libro que ahora tiene en su mano el lector. Con buen tino, en la compilación original que hoy se reedita se separó la entrevista y estudio sobre González Garza (representante de Villa en la Convención y hombre de su confianza), cuyo protagonismo en la historia de la Revolución es de

primera línea —aunque de luz efímera— de los otros personajes relacionados con el mosaico villista que nutre esta recopilación.

A través de casi una veintena de entregas se atisba al Villa íntimo, lo mismo que al guerrero que sabe leer en el polvo de los desiertos o la vegetación de las montañas los indicios de la actividad de sus enemigos. Comienza con el rescate de una primigenia historia oral en que se descubre al enamorado de Austreberta Rentería, cuyo testimonio revela también al padre cariñoso, al tenaz y arrepentido macho violento, al cantador alegre, al admirado caudillo y al oportuno dirigente. También al temor de quienes tenían que padecer las llegadas de las tropas de la División del Norte. Las siete entregas —tal vez las que más parecen noveladas de todo el conjunto del libro— que relatan la perspectiva de Betita, quien fue una de sus esposas, sirve de pretexto para recorrer con rapidez el estrecho y poco iluminado fragmento biográfico de la infancia y juventud del futuro jefe revolucionario, esto es lo que pasó en la vida del humilde peón, matancero y buhonero entre 1877 y febrero de 1911, cuando irrumpió en la historia como maderista. Valadés no rehúye la idea de tratar las construcciones legendarias como parte de la verdad: la historia, lo sabemos, es lo que sucedió y lo que creemos que sucedió; Vicente Quirarte se ha encargado de señalar nos que su importancia radica tanto en su exactitud como en su carga simbólica. Como las biografías que imaginó Borges en esa misma época.

Entonces podremos entender el peso de frases contundentes como aquella en que el vengador de estatura mítica Pancho Villa se prometió “que algún día... la justicia no fuese solamente para los ricos”; o la del trazo antropológico de Valadés que explica que fueron las relaciones sociales amarradas en aquellos años —como con el antirreeleccionista Abraham González— cuando se reveló el militar y se anunciaba ya a manera de predestinación que había

“nacido para la guerra y esperaba la guerra”. El centro y el desenlace de este relato personal dan proporción humana al hombre de la leyenda.

En 1931, Valadés relató un suceso que circulaba de boca en boca como casi todo lo que entonces se decía popularmente de Villa: entre la leyenda y la verdad. Alfonso Gómez Morentín, amigo cercano del caudillo, relató en cinco entregas las circunstancias que llevaron a los momentos determinantes del convencionismo en guerra durante las batallas del Bajío y sus efectos posteriores inmediatos. Pero desde un margen del gran río de la historia: el de los oficios de cabildeo con los aliados mexicanos exiliados en el extranjero. También saber la relación y el destino de muchos de los cercanos al jefe, como el general Felipe Ángeles. La derrota de los grandes movimientos casi napoleónicos de la División del Norte en 1915 llevó a Villa a un cambio de estrategia. La inteligencia guerrera se aguzó: no las tácticas de las enormes batallas que comprometían contingentes cifrados en millares de soldados, sino la que entonces se llamaría “guerra sintética”. Villa se propuso ir a México para capturar personalmente a Venustiano Carranza. Planeó todos los movimientos de distracción, entre los que Gómez Morentín jugaba un papel fundamental. Más allá de sus pocas probabilidades, la voluntad de llevarlo adelante es uno de los rasgos de la audacia de Villa. Actitud digna de un héroe mítico, no tuvo sin embargo nada de leyenda: cada uno de los asertos de Gómez Morentín publicados por Valadés en 1931 fueron corroborados años después en la edición de las memorias del doctor Jaurrieta que preparó la historiadora Guadalupe Villa. Delicioso y, como todo recuerdo espontáneo, un tanto desordenado relato, descubre frases, maneras de hacer la guerra y los secretos de la supervivencia villista entre 1915 y 1920 en las serranías de Durango, Chihuahua, Zacatecas, y su dependencia de los centros mineros. Paralelamente,

dibuja la diáspora, que llevaba la tristeza de la derrota. Valadés termina el ensayo con un sesgo admirable: aún en el momento de la rendición, Villa analiza correctamente a sus enemigos y nunca rebaja su dignidad. Como en todos, los pormenores enlazados con la lógica estructurada de la narración serán el disfrute del lector.

El epistolario de Felipe Ángeles y José María Maytorena se publicó en 1931. El oscuro episodio del destierro villista y las conspiraciones opositoras que daban ilusión de poder político y creaban un estado de ánimo optimista a los excéntricos debieron verse como un lugar común entre los lectores de *La Opinión* y de *La Prensa* de San Antonio, Texas, lugar de exilios añosos desde el siglo XIX y donde fueron publicadas las seis extensas entregas. Pero estas cartas tienen un signo especial para los lectores de hoy: mientras en México se discutían las credenciales de los constituyentes que redactarían el código constitucional moderno, y se promulgaba la Carta Magna de 1917, muchos de los revolucionarios de primera hora se revolvían entre la miseria, el autoengaño y la claudicación. No todos lo vivieron igual. Felipe Ángeles, exiliado en Texas, con algunas estancias en Nueva York y algún otro punto que lo hacía inoperante, escribía al más afortunado y generoso antiguo gobernador de Sonora, José María Maytorena, a California. Sus cartas rezumaban desesperación apenas contenida.

Para Ángeles se trató de un drama doble: el derrumbe de la oposición villista ya hecha un tigre de papel —que fantaseaba con grandezas y pesos políticos inexistentes— y las angustias cotidianas de un hombre con espíritu de una sola pieza. Valadés no escatima el efecto impresionista que estos escritos debieron tener en sus lectores mexicanos del otro lado de la frontera: una cierta culpa flotaría, por omisión, en las penurias del prestigiado artillero que fuera director del Colegio Militar y maderista leal, admirador y apoyo de Villa, comprensivo promotor de la ideología social de

la Revolución. La pluma de Valadés dio el espacio y el ritmo a sus transcripciones y glosas para sentir, con la lentitud con que se vive cualquier angustia, a un pesimista Ángeles que no dejaba de pensar que la Revolución debía tener otros rumbos muy distintos a los que el personalista Carranza quería imprimir al futuro de la República.

El punto central del ensayo descansa, por supuesto, en el epistolario, pero aprovecha Valadés para delinear el boceto biográfico del general hidalguense. Destacó sus talentos como ingeniero y sus habilidades para el cálculo matemático, lo que por supuesto devela la idea del escritor sobre el motor de la historia: más allá de victorias o derrotas, de que la vida nunca es fácil para nadie, los seres superiores de la historia son los que van tendiendo los puentes del pasado al futuro. Nada extraño hay en esto: el para entonces recientemente fallecido y muy exitoso biógrafo Stephan Zweig construía sus ensayos biográficos como momentos estelares de la historia hechos por la fuerza intrínseca de los hombres extraordinarios. Ángeles era de esa estirpe. Y Valadés respetaría sus fuentes para no traicionar su vocación por la verdad.

En este caso, la verdad pasaba por varias rutas, casi todas ellas alejadas de la gloria militar del biografiado y vecindadas en el alma humanista del escritor sinaloense que sabía del dolor como compañero de los hombres dignos. Transcribió las cartas, en las que Ángeles cuenta a Maytorena sobre las dificultades para levantar un rancho lechero y las angustias por la falta de dinero, y las veces que el sonorenses tuvo que salvar de la inanición al prestigiado artillero. Dolor y pobreza extrema, dignidad política y lucidez ante los sucesos en México: las tareas de los verdaderos patriotas, transcribe Valadés a Ángeles, es lograr el desiderátum de cubrir las necesidades de los habitantes de la nación. Y la mirada del escritor se asume con la ética de la época y de sus lectores: el credo políti-

co gira en torno a las ideas que lleven el adelanto de la patria. Sin duda, como sucede con la mayoría de los biógrafos y sus personajes, en muchos aspectos Valadés debió identificarse a plenitud con el general en desgracia material pero de enorme espíritu de entrega: “necesito pelear esta batalla de la vida”, escribió Ángeles, en un pasaje de su carta de 3 de octubre de 1917, “día muy amargo, el más amargo que he tenido”, en un tono que recuerda la última epístola del apóstol Pablo.

Un año más tarde, con mejor ánimo, Ángeles explicó a Maytorena el sentido de su artículo sobre Genovevo de la O. Deja en claro algunos puntos que los lectores de hoy debemos reflexionar. Uno de ellos fue que el propósito de ese escrito era “hacer abandonar a los zapatistas sus insensatas ideas de extender su dominio a toda la nación, pues creo que su Plan de Ayala es malo hasta para ser aplicado localmente en la zona donde opera el zapatismo”. La intención no era la del análisis sociológico sino político: se buscaba —lo podemos ver en su escrito a Márquez Sterling sobre la publicación del libro *Los últimos días del presidente Madero* que leyó en Nueva York— no la descalificación del zapatismo sino convencer a Zapata de intentar a toda costa una nueva reunión de revolucionarios opuestos a Carranza y a su gobierno. Es posible que Zapata acusara recibo de esta intención, pues no otro asunto trató en el último llamado zapatista a la unificación pocos días antes del asesinato del caudillo del sur.

La última entrega demuestra un guiño intelectual de Valadés a sus lectores. Comienza con la bienvenida de Villa a Ángeles en el verano de 1918. Sin mayor explicación, salta un año para ponerlo frente al Consejo de Guerra que, luego de diez horas, lo sentenció a muerte en noviembre de 1919. El juicio fue en Chihuahua, al igual que la de los primeros insurgentes en 1811. Como aquellos, Ángeles tendría la estatura de un padre fundador. El general Felipe

Ángeles supo morir. Escribió una carta a su esposa; pero el drama a veces evita desdoblarse en tragedia: ella murió muy poco después en Nueva York de una enfermedad, sin leer la última carta de su marido ni enterarse de su destino. Valadés deja al final un claro sabor tolstoiano: el fusilamiento, que debió ser una escena brutal, debió pasar por la mente del sinaloense visualmente, con el recuerdo de los fusilamientos elevados a obra de arte de Francisco de Goya y de Édouard Manet.

Y es que José Cayetano Valadés nunca despreció a sus lectores.

•

FACSIMIL

LA REVOLUCIÓN Y LOS
REVOLUCIONARIOS

TOMO V

EL CONVENCIONISMO

ARTÍCULOS, ENTREVISTAS Y REPORTAJES
DE JOSÉ C. VALADÉS

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO



MÉXICO, 2007

Memorias y testimonios

ÍNDICE

CONVENCIONISMO

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO	
La primera visita al ex presidente Roque González Garza	11
El ex presidente González Garza inicia su relato (cap. i)	15
El rompimiento entre Villa y Carranza es relatado (cap. ii)	27
Un capítulo trascendental: Obregón, ¡prisionero de Villa! (cap. iii)	35
González Garza cuenta cómo rescató a Obregón (cap. iv)	49
Plan para la Convención de Aguascalientes (cap. v)	59
La solemne apertura de la Convención y sus acuerdos (cap. vi)	65
La elección del Gral. Eulalio Gutiérrez (cap. vii)	73
González Garza relata la fuga de Eulalio Gutiérrez (cap. viii)	81
Roque González Garza en la presidencia de la República (cap. ix)	87
Cómo estranguló el poder de Villa el general Obregón (cap. x)	99

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA	
30 Días de campaña en la columna de Rodolfo Fierro (cap. i)	115
Cómo era y cómo peleaba el general Amador Salazar (cap. ii)	129
Una brava pelea y una fuga famosa del general Fierro (cap. iii)	143
La más desesperada fuga de la columna convencionista (cap. iv)	155
Cómo acabó al fin la trágica fuga de los convencionistas (cap. v)	167
Atentado en 1915: lo revelan los delegados a la Convención ante Carranza	179
El problema presidencial en 1915. Villa y Zapata discuten sus candidatos	185
ZAPATISMO	
GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA	
Iniciando su carrera (cap. i)	193
La sangrienta lucha del sur (cap. ii)	201
Con Cedillo, contra Calles (cap. iii)	209
Intentó salvar a Cedillo (cap. iv)	217
HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ	
Cómo hizo fama y cómo murió este notable luchador (cap. i)	225
Cómo fue, en 1890, el fracaso de la aventura armada en la que participó (cap. ii)	231
Fue admirable la tenacidad en su campaña contra don Porfirio (cap. iii)	237
La prisión de su esposa y su primer contacto con México (cap. iv)	241
Los tratados de Ciudad Juárez provocaron su rompimiento con Madero (cap. v)	247
La amistad de Paulino Martínez con Zapata (cap. vi)	253
Cómo murió Eufemio Zapata: un temerario duelo a tiros	259
La razón de ser del zapatismo: Francisco Serralde relata lo ocurrido a Zapata	269

VILLISMO	
LA VIDA ÍNTIMA DE VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA	
Habla la viuda del guerrillero (cap. i)	281
Los primeros años del guerrillero (cap. ii)	289
Su primera evasión de una cárcel (cap. iii)	299
El rapto de Austreberta Rentería (cap. iv)	309
La paloma en las uñas del halcón (cap. v)	317
Sus dos problemas: guerra y amor (cap. vi)	327
Cartas de amor del guerrillero (cap. vii)	335
ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA	
Cómo era el Gral. Francisco Villa (cap. i)	345
Un audaz plan de Francisco Villa (cap. ii)	359
Dos buenos amigos: Villa y Ángeles (cap. iii)	375
La marcha final del general Villa (cap. iv)	393
El fin de la vida bélica de Villa (cap. v)	411
EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES	
El archivo de la Revolución	417
Cartas del Gral. Felipe Ángeles	431
Más cartas del ex director del Colegio Militar	445
Las actividades de Ángeles en Estados Unidos	461
Cartas de Felipe Ángeles al señor Maytorena	475
El fin de Ángeles	489
La ejecución de Félix Urrieta	499
Sabroso relato de "Pancho Patada"	505

ROQUE GONZÁLEZ GARZA
Y EL CONVENCIONISMO

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

LA PRIMERA VISITA AL EX PRESIDENTE ROQUE GONZÁLEZ GARZA

Roque González Garza tenía treinta años de edad cuando ocupó la presidencia de la República, en uno de los periodos más agitados en la historia de México en los últimos cincuenta años.

El choque de las ideas, de las pasiones; la batalla de los pueblos, de los hombres; las transformaciones sociales y políticas; la remoción definitiva de un edificio de treinta años: he aquí de lo que fue testigo el año de 1915 y de lo que fue actor principalísimo Roque González Garza.

—*Es largo, muy largo, este capítulo de la historia* —exclamó el ex presidente de la República cuando el redactor de los *Periódicos Lozano* le pidió que le contara sus recuerdos de aquellos días terribles.

Pero al fin, González Garza, accedió, proponiendo:

—*¿Quiere usted que conforme vaya refiriendo los capítulos de la Revolución en los que fui actor, vaya mostrándole los documentos que confirmarán mis palabras?*

Y el ex presidente corrió una cortina para mostrar un verdadero tesoro: cincuenta o más archivadores, llenos de cartas, manifiestos, actas. Todo en orden desde la toma de Ciudad Juárez por el general Francisco Villa, hasta el día que fue sustituido en la presidencia de la República por el licenciado Francisco Lagos Cházaro.

—*Todo lo puede revisar usted con detenimiento, para que confirme lo que he de platicar...* —agregó bondadosamente el general.

Y, señalando los archivadores, añadió:

—*Aquí tiene usted la correspondencia cruzada entre el general Villa y la presidencia; entre el general Zapata y la presidencia; las actas de las conferencias de Torreón; las actas de la Soberana Convención; la correspondencia epistolar del presidente con la mayoría de los jefes revolucionarios; los partes de los jefes; los acuerdos del gabinete...*

Y mientras que el periodista repasaba superficialmente los archivadores, el ex presidente añadió:

—*Nada tengo que ocultar; todo pertenece a la historia.... Tome usted los datos que quiera...*

González Garza es un tipo nervioso. Durante el relato que hizo, estaba, a ratos en pie y a ratos sentado. Cuando se refería a algún incidente, corría hacia uno de los expedientes y, abriéndolo, buscaba febrilmente algún documento para apoyar sus palabras.

Pero al mismo tiempo que es nervioso, revela todo un carácter. Con el labio inferior saliente y que aprieta con fuerza como para dar mayor énfasis a sus palabras; con una barbilla recta, enérgica; con una frente alta, con dos entradas profundas y unos ojillos que brillan tras de los espejuelos, González Garza parece más un maestro de escuela que un político.

Está en la plenitud de su vida. Tiene cuarenta y siete años; pero representa menos edad. Después del general Miramón, ha ido el presidente más joven de México.

Empezó su carrera política militando juntamente con su hermano Federico en las filas del Partido Antirreeleccionista, en 1909. Cuando don Francisco I. Madero cruzó la línea divisoria en 1910, para ponerse al frente del movimiento revolucionario, Roque González Garza formaba parte de su Estado Mayor. Después del combate de Casas Grandes, fue nombrado jefe del Estado Mayor del general Pascual Orozco y al triunfo del movimiento quedó designado jefe del Estado Mayor de los cuerpos rurales, renunciando en 1912 para ocupar una curul en la Cámara de Diputados representando a un distrito de estado de Coahuila, de cuya capital es originario.

Al triunfo del movimiento de la Ciudadela, González Garza salió del país marchando a los Estados Unidos e incorporándose a la Revolución en el norte. Desde que el general Francisco Villa ocupó Ciudad Juárez, se unió al villismo dentro del cual desempeñó papeles de gran importancia, hasta la Convención, en la que representó a Villa y por la cual fue nombrado jefe del Poder Ejecutivo de la Nación.

Cuatro meses y veinticinco días estuvo González Garza encargado de la presidencia de la República, habiendo sido sustituido en su cargo y marchando después a los Estados Unidos como presidente de la comisión de paz enviada por los jefes de la División del Norte a Washington.

Por poco más de cuatro años, el ex presidente de la República fue residente de San Antonio, Texas, regresando al país en 1920 y reiniciando sus actividades políticas. Fue presidente del Partido Cooperatista y después diputado al Congreso de la Unión.

Desde 1923, el general Roque González Garza vivió alejado de la política, hasta fecha reciente, en que se hizo cargo de la Jefatura de Hacienda del Estado de Hidalgo, con residencia en Pachuca.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 14 de agosto de 1932, año VI, núm. 334, p. 2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

EL EX PRESIDENTE GONZÁLEZ GARZA INICIA SU RELATO

OBJECIONES AL PLAN DE GUADALUPE

Fueron hechas por González Garza ante Carranza en Piedras Negras, pero don Venustiano no sólo no aceptó, sino que se disgustó mucho

CARRANCISTA, SÓLO ESO ERA DON VENUSTIANO

Así lo declaró en Coahuila durante una plática con González Garza; "Nuestro movimiento no es la continuación del maderismo", recalaba

Toda la historia detallada de los acontecimientos desarrollados en la facción convencionalista y su conexión con la carrancista en aquella sangrienta época de la Revolución mexicana (1914-1915) ha sido narrada a los *Periódicos Lozano* por el general Roque González Garza, ex presidente de la República. González Garza, quien fue, primero, una de las figuras principales del carrancismo; más tarde representante personal del general Villa en la Convención de Aguascalientes, y, finalmente, jefe del Ejecutivo de la Nación, es uno de

los personajes que están mejor empapados en los recuerdos de aquellos días. Mostrando documentos, interesantísimas fotografías y toda clase de datos, el general González Garza –quien actualmente es jefe de Hacienda en Hidalgo, con residencia en Pachuca– consintió que los *Periódicos Lozano* publicaran exclusivamente sus memorias, diciendo a nuestro representante: “Nada tengo que ocultar; todo pertenece a la Historia”. El siguiente es el primer capítulo de las sensacionales revelaciones del ex presidente de México:

CAPÍTULO I

Condenando el movimiento de la Ciudadela, que había culminado con la caída del presidente de la República Francisco I. Madero y con la ascensión al poder del general Victoriano Huerta, el diputado por el primer distrito electoral del estado de Coahuila, Roque González Garza, pronunció un discurso en la Cámara Baja.

Maderista convencido, apenas triunfante el movimiento de la Ciudadela, González Garza pensó en marchar hacia el norte del país para lanzarse a la lucha armada. Sin embargo, y con el objeto de engañar a la policía que le seguía los pasos, el diputado coahuilense permaneció en la Ciudad de México hasta mediados de marzo de 1913, saliendo entonces para Veracruz, donde embarcó a Nueva York.

Venustiano Carranza, gobernador del estado de Coahuila, acababa de desconocer al nuevo régimen encabezado por el general Huerta, y los maderistas se aprestaron a engrosar las listas del jefe rebelde.

González Garza fue de los primeros en cruzar la línea divisoria y presentarse a Carranza en Monclova, el 2 de abril de 1913.

El gobernador de Coahuila estaba deseoso de conocer algunos detalles de los acontecimientos registrados en la Ciudad de México e hizo que el diputado coahuilense le aclarara algunas dudas.

González Garza, al terminar la narración de lo que había sido testigo, recibió de las manos de Carranza una copia del Plan de Guadalupe expedido en la hacienda de este nombre el 26 de marzo.

—*Lea usted eso y deme su opinión* –pidió el gobernador al diputado.

González Garza leyó detenidamente el manifiesto. Carranza no le perdía de vista.

—*¿Qué opina usted del plan?* –preguntó don Venustiano.

—*Permitirá usted, señor Carranza, que antes de dar una opinión, lo lea con detenimiento; no es posible dar una opinión exacta tan rápidamente...*

INCONFORME CON UNOS ARTÍCULOS

Y al siguiente día, González Garza hizo saber al señor Carranza su inconformidad con algunos artículos del plan, entre ellos aquellos en que desconocía a los poderes Legislativo y Judicial de la Unión.

—*Señor Carranza* –observó González Garza– *el movimiento se llama constitucionalista. Sin embargo, empieza por cometer un atentado contra la Constitución de la República, desconociendo a los poderes legislativo y judicial. Yo traigo instrucciones de la mayoría de la XXVI Legislatura nacional para decir a usted que esa mayoría está dispuesta a trasladarse al lugar que usted señale, citándonos día y hora para unirlo legalmente.*

Don Venustiano pareció sorprendido con la proposición; pero González Garza continuó:

—*Si usted acepta la proposición, el orden constitucional no será interrumpido; el nuevo régimen será fácilmente reconocido por las potencias extranjeras; el movimiento revolucionario irá más rápido al triunfo.*

El señor Carranza, severísimo, escuchaba. González Garza insistió con calor sobre la proposición. Después objetó algunos otros artículos del plan.

—*Por ejemplo, señor Carranza* –agregó el diputado–, *el plan establece que serán gobernadores los jefes revolucionarios que obtengan mayor número de hombres a sus órdenes y esto dará lugar a que en los estados del sur sean los más ignorantes los futuros gobernadores.*

Carranza no pudo ocultar su disgusto por las observaciones, máxime que el diputado expresó su creencia de que el movimiento revolucionario de 1913 sería la continuación del movimiento maderista. Don Venustiano estalló:

—*No, nuestro movimiento no es la continuación del maderismo; el periodo histórico del maderismo ha terminado; nuestra revolución es un movimiento nuevo, muy distinto.*

Aunque comprendiendo que no había convencido al señor Carranza, el diputado González Garza continuó exponiendo sus puntos de vista a los más prominentes jefes revolucionarios.

UNA JUNTA EN PIEDRAS NEGRAS

Veinticuatro horas después, los principales generales de Carranza y otros jefes revolucionarios se inclinaron hacia las sugerencias que hacía González Garza, resolviendo entonces realizar una junta en Piedras Negras. Asistió a la reunión el propio Carranza, quien por segunda vez escuchó más ampliamente las opiniones de González Garza.

—*Sus puntos de vista, González Garza* —comentó el gobernador coahuilense—, *son demasiado idealistas.*

Y alzando la voz, don Venustiano añadió:

—*Es usted un niño en política; sepa usted que esta revolución tendrá que reducir a escombros a toda la República, y remover todos los bajos fondos de la sociedad, para que cuando todo esté en ruinas, nosotros podamos gobernar. Finalmente, sepa usted que no quito ni un punto ni una coma a ese Plan, y puede usted irse a levantar en donde quiera...*

—*¡No necesito, señor Carranza, autorización de usted para hacerlo!* —exclamó González Garza exaltado, agregando: —*Considero que va usted demasiado lejos, y que ese plan no dará los resultados que el verdadero pueblo desea. El mismo derecho que tiene usted como gobernador constitucional de Coahuila lo tengo yo como diputado para interesarme por la suerte de mi país en estos tristes momentos... ¡Buenas noches!...*

El diputado salió de la sala donde se efectuaba la reunión.

Decepcionado, sobre todo por el antimaderismo que Carranza no había podido ocultar, González Garza partió para los Estados Unidos con el propósito de preparar una expedición armada. Pero ya estando en San Antonio, con una verdadera sorpresa que a la vez consideró como un deseo de don Venustiano de atraerlo, recibió el nombramiento de agente comercial en la ciudad del Álamo. La principal misión del agente comercial consistía en comprar armas y parque e introducir las a México.

Dos meses permaneció al frente de la agencia comercial en San Antonio, sin haber recibido un solo centavo del jefe del constitucionalismo y habiendo despachado proyectiles y armas gracias a la gestión que había desarrollado cerca de quienes simpatizaban con el movimiento rebelde.

CON MANDO DE FUERZAS

Nervioso e impaciente por los acontecimientos que se desarrollaban en el país, y sintiéndose fuera de su medio, González Garza decidió organizar un grupo armado, después de entregar la agencia al doctor José María Rodríguez, con consentimiento de Carranza. Y el 6 de junio, acompañado de nueve hombres, cruzó la frontera en un punto cercano a Laredo, Texas.

Empezó la lucha de las armas, amagando día a día a las tropas federales y viendo pronto ascender sus efectivos a un fuerte núcleo de hombres perfectamente armados y pertrechados. Pero cuando sus fuerzas habían aumentado y se preparaba para operaciones más formales, con extrañeza recibió orden del Primer Jefe de destacar cincuenta hombres hacia determinado lugar de Coahuila. Y no acababa de cumplir esta orden, cuando recibió una segunda en igual sentido. Se siguieron otras tantas, hasta que sus fuerzas quedaron reducidas a cincuenta soldados.

Sorprendido por las órdenes recibidas, González Garza quiso saber la causa por la cual se le quitaban en tal forma sus efectivos y se dirigió a Carranza pidiéndole una explicación; pero éste en lugar de contestar, le dio órdenes para que se incorporara a las fuerzas del general Jesús Carranza, en Piedras Negras. Inconforme con los procedimientos del Primer Jefe, e inconforme también de estar a las órdenes de don Jesús, quien no daba señal de actividad alguna, Roque González Garza se dirigió a este jefe, renunciando la comisión que tenía y anunciándole que partía para los Estados Unidos.

Carranza había salido para Sonora, mientras que el general Francisco Villa, obtenía triunfos en el estado de Chihuahua. No por los triunfos que había obtenido Villa en Chihuahua, sino por la hospitalidad que brindaba a los maderistas y sobre todo, por su antigua nacida por la campaña de 1910, González Garza resolvió ponerse a las órdenes del guerrillero duranguense, internándose en Chihuahua.

CON VILLA

González Garza se unió a Villa en los momentos que se hacían los preparativos para el asalto a Ciudad Juárez. El asalto a la plaza fronteriza constituyó un brillante triunfo del guerrillero duranguense, quien tuvo así la llave de la

victoria de la revolución. Tras del triunfo en Juárez, Villa se lanzó sobre la capital del estado; pero los federales no lo esperaron, retirándose hacia Ojinaga, hasta donde los siguió, aniquilándolos completamente.

Dominando el estado de Chihuahua, la División del Norte, de la que era general en jefe Francisco Villa, surgió como la más poderosa columna del movimiento constitucionalista.

EMPIEZAN LAS DIVISIONES

Venustiano Carranza mantenía hasta esos momentos la dirección de todos los movimientos revolucionarios. El caso del inglés William Benton —fusilado por Villa— le sirvió para confirmar no sólo nacional, sino también internacionalmente, su investidura de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo. Pero dos incidentes registrados en el noroeste del país fueron el punto de partida para debilitar el buen entendimiento que existía entre todos los revolucionarios.

El primer incidente fue la salida del general Felipe Ángeles de la subsecretaría de Guerra que ocupaba en el primer gabinete del señor Carranza en el estado de Sonora. El general Ángeles comprobó haber sido objeto de la hostilidad del general Álvaro Obregón y de otros destacados jefes constitucionalistas en Sonora. Pero la queja no sólo fue del general Ángeles, sino de la mayoría de los maderistas que se encontraban cerca de Carranza. Los maderistas fueron aislados poco a poco de toda influencia política y militar, viéndose en la necesidad de salir de Sonora e incorporarse a los revolucionarios de Chihuahua, donde encontraban la amistad del general Villa.

El segundo incidente, que señaló ya los comienzos de una división entre los insurgentes, fue la hostilidad manifiesta de que fueron objeto, también por parte de Obregón, los gobernadores constitucionales de Sonora y Sinaloa, José María Maytorena y Felipe Riveros, respectivamente. Esto ahondó la división entre los amigos del general Villa y los carrancistas. Sin embargo, esta división pareció haber sido evitada cuando el general Villa invitó cordialmente al señor Carranza para que trasladara su gobierno al estado de Chihuahua.

Pero apenas llegado el Primer Jefe a Chihuahua, aparecieron de nuevo los nubarrones de la división. El general Villa descubrió las primeras intrigas del

grupo que rodeaba a Carranza, y la situación se hizo más difícil cuando el guerrillero tuvo pruebas para encontrar que el Primer Jefe había conquistado para sus fines políticos al general Manuel Chao, gobernador del estado. El general en jefe de la División del Norte sufrió tal contrariedad, que aprehendió a Chao, estando a punto de fusilarlo.

Carranza logró momentáneamente disipar algunas dudas del general Villa, cuando menos por el momento; pero el guerrillero ya no estaba conforme y en los primeros días de marzo, llamó a sus lugartenientes diciéndoles:

—*Ya empezó aquí la política; así que ya estamos de sobra, y nos vamos para el sur; ¡vamos al sur!*...

EL AVANCE DE VILLA HACIA EL SUR

Desde los primeros días de marzo de 1914 empezaron a salir de la ciudad de Chihuahua los trenes militares con las fuerzas revolucionarias a las órdenes de los generales Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Orestes Pereyra, José Rodríguez y Eugenio Aguirre Benavides.

El día 16 salieron los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles, llegando el 17 a Santa Rosalía, donde se les unió el general Rosalío Hernández y continuando hasta Yermo, en donde el 18, el general en jefe de la División del Norte pasó revista a sus contingentes.

La columna continuó avanzando y, después de un combate, el día 20 el general Eugenio Aguirre Benavides se había apoderado de Tlahualilo; poco después, el general Villa estableció su cuartel general en Bermejillo. De Bermejillo, el general Felipe Ángeles pidió por teléfono la plaza de Torreón al general J. Refugio Velasco.

—*Buenas tardes, mi general* —dijo Ángeles a Velasco.

—*Buenas tardes, ¿de dónde habla usted?* —preguntó Velasco, sorprendido.

—*De Bermejillo, mi general* —repuso Ángeles.

—*¿Qué, ya tomaron la plaza?* —interrogó el general federal.

—*Sí, mi general.*

—*Lo felicito* —agregó Velasco.

—*Gracias* —dijo Ángeles sonriente, añadiendo:

—*Con el objeto de evitar algún tanto el derramamiento de sangre creemos cumplir con un deber pidiendo a usted la plaza de Torreón.*

—*Es inútil* —contestó el general en jefe de los federales, al mismo tiempo que pasaba la bocina a uno de sus subordinados, quien entonces pretendió convencer al general Ángeles que depusiera su actitud rebelde.

El general Villa, de pie, al lado de Ángeles, escuchaba también, y considerando que el oficial trataba solamente de pasar un buen rato, tomó el aparato telefónico.

—*¿Con quién hablo?* —preguntó el oficial.

—*Con Francisco Villa* —repuso el guerrillero.

—*¡Ah, ah, conque con Francisco Villa!*

Y el oficial, después de algunas preguntas, agregó:

—*¿Y son muchos ustedes?*

—*No tantos: dos regimientos de artillería y diez mil muchachitos para que se entretengan...*

Y Villa interrumpió la conferencia para dar las primeras órdenes de ataque a los federales, que habían convertido a Torreón en un verdadero baluarte.

EL ATAQUE

El día 21 empezó la lucha en Sacramento. La izquierda de los revolucionarios, a las órdenes del general Eugenio Aguirre Benavides, combatió con arrojo.

Y mientras que Aguirre Benavides luchaba en Sacramento, el general Villa se puso al frente de seis mil hombres y se lanzó sobre Gómez Palacio. Catorce horas lucharon las fuerzas a las órdenes directas de Villa, retirándose en orden sin haber conseguido grandes ventajas.

El día 23, y mientras que los revolucionarios se organizaban en el centro, el general Maclovio Herrera se lanzó sobre Lerdo tomando la plaza después de un terrible combate. Dueño de Lerdo, el general en jefe dispuso un nuevo ataque para el día 25 en la madrugada sobre Gómez Palacio, contando entonces con la cooperación de las fuerzas de Aguirre Benavides y de Herrera. Los federales perdieron en las primeras horas del combate dos de sus mejores fuertes en el cerro de La Pila; pero al día siguientes, tras de una terrible lucha, lograron recuperarlos. Sin embargo, el 26 en la tarde, los federales evacuaron Gómez Palacio concentrándose en los doce fuertes construidos en Torreón.

Concentrados los diez mil federales a las órdenes del general Velasco en Torreón, el general Villa lanzó sobre la plaza a sus miles de hombres. El

combate empezó en las primeras horas del día 28. Al siguiente día, Villa se mostró sorprendido al saber que, a pesar de la promesa que le había hecho el general Pablo González de que no dejaría pasar soldados federales en auxilio de Torreón, una poderosa columna gobiernista llegaba a San Pedro de las Colonias. Destacó, entonces, dos mil hombres a las órdenes de los generales Toribio Ortega y Maclovio Herrera, quienes horas después, trabaron combate con los elementos que venían en auxilio de la Perla de La Laguna.

Los combates en torno a Torreón continuaron con mayor ardor hasta el día 2 de abril, cuando el general Velasco ordenó la evacuación de la plaza, saliendo con rumbo a Viesca. Al salir de Torreón, Velasco dejó un precioso botín y, rápidamente, llegó hasta San Pedro de las Colonias, donde con los contingentes que le restaban se unió a los federales que ahí se encontraban y que no habían podido auxiliarlo en la Perla de La Laguna.

Villa siguió a los federales y el 6 de abril, en la tarde, arrojó todas sus fuerzas sobre el nuevo baluarte de los defensores del régimen del general Victoriano Huerta. Veintidós generales federales se encontraban en San Pedro, pero fue tal el empuje de los revolucionarios que, después de siete días de terribles combates, quedaron dueños de la plaza, causándole una espantosa derrota al enemigo, que huyó desordenadamente.

UNA ORDEN INESPERADA

Dueña de Torreón, destrozado el núcleo más fuerte de los federales en el norte del país, la División del Norte, tenía la puerta abierta hacia el centro de la República.

Zacatecas era el objetivo natural del guerrillero duranguense, pero cuando se disponía proseguir el avance sobre esta plaza, recibió órdenes del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista para marchar sobre Saltillo. El general Villa no pudo ocultar ante sus lugartenientes el disgusto que le había causado la orden, pero rápidamente se preparó y marchó a cumplirla.

En Paredón infligió una tremenda derrota a los federales, el 17 de mayo, abriéndose paso hacia Saltillo, cuya ciudad entregó a don Venustiano. Al regresar a Torreón, dispuesto a reiniciar su avance sobre Zacatecas, tuvo conocimiento de que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista había dado

órdenes al general Pánfilo Natera para que atacara Zacatecas, donde los federales, a las órdenes del general Luis Medina Barrón, se habían hecho fuertes.

Natera inició su ataque sobre Zacatecas el 10 de junio y el mismo día, Villa recibió el siguiente mensaje del señor Carranza:

Comunicame general Natera que hoy empieza operaciones sobre la plaza de Zacatecas y que tiene fundadas esperanzas de triunfo. Sin embargo, ordene usted al comandante de las fuerzas próximas pertenecientes a su guarnición que esté lista para reforzar a las fuerzas de los generales Natera, Arrieta, Triana, Carrillo, caso ser necesario. Salúdolo afectuosamente.

El general Villa contestó:

Enterado de su mensaje de hoy, relativo a que el general Natera con esta fecha empezará operaciones sobre Zacatecas, manifestándole que ya procedo a cumplimentar sus superiores órdenes en sentido que indicame. Salúdolo afectuosamente.

MANIOBRAS DE CARRANZA

Al siguiente día, el general en jefe de la División del Norte recibió un segundo mensaje del Primer Jefe, en el cual hacía mención de una orden para que enviara tres mil hombres en auxilio de Natera. Villa no dejó de sorprenderse, ya que en el mensaje anterior el señor Carranza solamente le había dicho que tuviera preparados los contingentes que fueran necesarios para movilizarlos al sur. Pero no solamente se molestó el general Villa por la forma como el Primer Jefe dictaba la orden, sino también porque se le restaban contingentes. No faltó quien comentara que la táctica de Carranza de quitar poco a poco fuerzas a quien no le convenía, ya era conocida.

—*iSi esas son sus maniobras viejas!...* —comentó el general en jefe.

Y envió un mensaje a don Venustiano, pidiéndole que permitiera movilizar sobre Zacatecas a toda la división para asegurar el triunfo. El Primer Jefe insistió en un mensaje fechado en Saltillo el 12 de junio:

Ayer ordené a usted que mandara tres mil hombres con la artillería, a reforzar las tropas que están atacando Zacatecas. Hoy me comunica general Arrieta

que han ocupado magníficas posiciones en aquella ciudad, y que necesita parque y artillería para ocuparla. Creo que habrá usted movido a aquella ciudad las fuerzas a que me refiero. Si no hubieran salido, que salgan inmediatamente bajo las órdenes del general Robles, pues no debe de perderse todo lo ocupado de la ciudad, que con un ligero esfuerzo quedará en nuestro poder. En lugar de tres mil, puede usted mandar cinco mil, y si es posible, mande usted algún parque 30-30 y máuser, para municionar las fuerzas de los generales Natera y Arrieta que se encuentran atacando aquella capital.

El jefe de la División del Norte, repuso que el general José Isabel Robles no podía salir en ayuda de los atacantes de Zacatecas debido a que se encontraba enfermo, pidiendo nuevas instrucciones para reparar la vía del sur y lanzarse él personalmente, al frente de todos sus efectivos, sobre la plaza defendida por el general Medina Barrón. El tono de los mensajes de Carranza, y sobre todo, los informes que el general Villa había recibido de sus agentes en el sur que le advertían que ya el día 12 el general Natera se había retirado de las cercanías de Zacatecas, después de haber sufrido un fuerte descalabro, hicieron comprender a los jefes de la División que las relaciones entre carrancistas y villistas eran a cada momento más tirantes.

DOS MENSAJES INTERCEPTADOS

Además, los representantes de la División del Norte en la frontera habían logrado interceptar dos mensajes interesantes. Uno de esos mensajes estaba firmado por Carranza y era dirigido al general Salvador Alvarado, quien operaba frente a puerto de Guaymas, dando órdenes para que procediera cautelosamente contra los maytoerenistas. El otro lo firmaba Enrique Breceda y estaba dirigido a su hermano Alfredo, haciéndole saber que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista estaba a punto de romper con los villistas y terminaba dándole instrucciones para que instrucionara todos los trabajos de los representantes del general Villa en los Estados Unidos y, sobre todo, aquellos tendientes a introducir parque para los elementos del guerrillero.

Dispuesto a terminar con esa situación, el general Villa, acompañado de Roque González Garza y de dos o tres generales más, se dirigió a la oficina de telégrafos para tener una conferencia con don Venustiano.

—*Vamos a ver cómo nos va...* —dijo el general en los momentos de recibir aviso de que en Saltillo estaba en el hilo el Primer Jefe.

Y luego dirigiéndose al telegrafista preguntó:

—*¿Está ahí el señor Carranza?*

—*El Primer Jefe está aquí* —contestaron por el hilo telegráfico.

El general, con energía, dictó:

Saludo a usted afectuosamente. No puedo auxiliar al general Natera antes de cinco días, porque el movimiento de tropas no se puede hacer antes de ese plazo. Señor, ¿quién les ordenó a esos señores que fueran a meterse a lo barrido sin tener seguridad del éxito completo, sabiendo usted y ellos que nosotros tenemos todo? El problema que usted me propone es difícil, por lo siguiente: Primero, que Robles está en cama. Segundo, que mandando a Urbina con la gente no congeniaría con Arrieta y no podrían hacer nada en esa forma. Ahora, dígame usted señor, si al salir yo con la división a mi mando voy a quedar bajo las órdenes de Arrieta o Natera, y si tomo las plazas para que ellos entren. Seguramente que al entrar a una plaza como esa, si las fuerzas de dichos generales cometen desórdenes, estando yo ahí no lo permitiré, y, en esta forma, creo que todos los pasos que damos, vamos atrás. Sírvase decirme cómo vamos a hacer. Ahora, si usted cree que yo estorbo en sus movimientos a la división que forman los antes dichos generales y quiere que alguna persona reciba las fuerzas de mi mando, desearía saber quién es ella, para que se la juzgue apta y capaz para que cuide de ella, como yo mismo, está bien, pues yo hago a usted esta observación con el único fin de cuidar a mis soldados y como soldado más fiel que rodea a usted. Sírvase contestarme sobre estos puntos lo que a bien tenga.

El jefe de la División del Norte, inmóvil, esperó la respuesta de don Venustiano.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 14 de agosto de 1932, año VI, núm. 334, pp. 1-3.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

EL ROMPIMIENTO ENTRE VILLA Y CARRANZA ES RELATADO

CUATRO MENSAJES SE CRUZARON AMBOS JEFES

Y con ellos quedaron rotas para siempre las hostilidades entre los dos

LA TERQUEDAD DE CARRANZA HIZO QUE VILLA Y SUS GENERALES SE INDIGNARAN

CAPÍTULO II

El general Francisco Villa, jefe de la División del Norte, no perdía de vista los movimientos del aparato telegráfico a través del cual iba a recibir la respuesta del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Y Carranza contestó:

Retorno a usted afectuosamente su saludo y espero me comunique el objeto de la conferencia que acaba de solicitar. Ordené a usted, antes de ayer, mandar

tropas a reforzar al general Natera que ataca Zacatecas, por convenir así a las operaciones y porque con el esfuerzo que ordené creo que es bastante para que se tome aquella plaza. El general Natera y sus jefes me manifestaron, cuando estuve en Sombrerete, que con las fuerzas del general Arrieta que uniera a las de aquéllos, podría tomar Zacatecas y más se afirmaron en esta creencia cuando unidas dichas fuerzas derrotaron las guarniciones de los pueblos inmediatos a aquella ciudad, haciendo que se reconcentraran a ella los federales que escaparon y otras guarniciones que no combatieron.

Empezado el ataque a Zacatecas, han tomado las posiciones de Guadalupe, Las Mercedes y las próximas al Grillo, habiendo sido rechazados al intentar tomar la Bufa y la Estación. No es tiempo ahora de censurar a dichos jefes porque sin estar seguros del éxito hayan atacado Zacatecas, pues ellos, lo mismo que usted, están inspirados en el deseo de contribuir al triunfo de la causa y adquirir del enemigo los elementos de guerra que con tantas dificultades podemos introducir ahora. Usted ha sufrido también un error semejante cuando atacó Chihuahua y después de algunos días de combate tuvo usted que retirarse. Tampoco habría usted tomado Torreón si no hubiera ordenado que se pusieran bajo sus órdenes los generales Robles, Contreras, Urbina y fuerzas del general Arrieta bajo el mando del general Carrillo y algunas otras fuerzas bajo el mando del jefe de inferior graduación, y así como ordené que todos esos jefes cooperaran con usted para atacar al enemigo y obtener los triunfos que usted ha obtenido, he creído conveniente ordenar ahora que parte de las fuerzas que están bajo sus órdenes pasen a reforzar al general Natera para el auxilio en el ataque a Zacatecas.

Por lo expuesto comprenderá Ud. que no trato de que vaya Ud. a ponerse bajo las órdenes del general Natera, sino que una parte de sus fuerzas opere con él en la toma de la plaza y se expedito el camino para el paso de Ud. al sur. No es necesaria, ni creo conveniente, la separación de Ud. del mando de las fuerzas que están ahora bajo sus órdenes, pero si tuviere que tomar tal determinación, procedería como debiera en bien de la causa y del Ejército Constitucionalista que me honro en mandar como Primer Jefe. Espero que haciendo a un lado cualquiera consideración que no tenga importancia y avanzando los obstáculos que se presenten, salga el refuerzo, moviendo sus fuerzas sobre Zacatecas que con las primeras que mandaran unidas a las que están atacando tomarían dicha plaza.

Indicaba a usted que el mando del refuerzo fuera el general Robles, tanto porque no tendría dificultades con el general Natera como por el conocimiento que tiene del terreno en que se va a operar; pero estando enfermo el general

Robles podrían ir el general Benavides, el general Ortega, el general Contreras o cualquiera de los jefes que usted creyera conveniente. El general Natera me dice que podrá sostenerse dos días más en las posiciones que ocupa en cuyo plazo empezarán a llegar los refuerzos y no se perdería lo que ya se tiene conquistado. El auxilio del general Natera procederá usted a mandarlo, avisando al citado general la salida y probable llegada del refuerzo a Zacatecas.

El general Francisco Villa escuchó una segunda lectura del mensaje del Primer Jefe y, con mayor energía, dictó al telegrafista:

Estoy resuelto a retirarme del mando de la División. Sírvase decirme a quién le entrego.

Villa, tranquilo, esperó la respuesta del Primer Jefe, que vino rapidísimo.

Aunque con verdadera pena, me veo obligado a aceptar se retire usted del mando de la División de Norte, dando a usted las gracias en nombre de la Nación, por los servicios que ha prestado usted a nuestra causa, esperando pasará usted a encargarse del gobierno de Chihuahua. Antes de designar al jefe a quien usted debe entregar las fuerzas, sírvase usted llamar inmediatamente a la oficina telegráfica en esa estación en donde usted se encuentra, a los generales Ángeles, Robles, Urbina, Contreras, Aguirre Benavides, Ceniceros, Rodríguez Herrera, Ortega, Servín y Máximo García Hernández, y una vez reunidos se servirá avisarme. Espero aquí.

El guerrillero se volvió, por vez primera desde que había empezado la conferencia telegráfica con Carranza, hacia las personas que le acompañaban. Todos los que habían asistido a la conferencia parecían confundidos.

—*¡Es infame el procedimiento!* —exclamó un militar.

—*¡Carranza quiere acabar con la División del Norte!* —exclamó otro.

A dos generales les brotaron las lágrimas. El general en jefe dijo al fin:

—*No tengan cuidado, compañeritos.*

Luego, pareciendo reflexionar, añadió:

—*¡Nos iremos de nuevo a comer yerbas!...*

Al abandonar la oficina de telégrafos de la estación de Torreón, el guerrillero dio órdenes para que inmediatamente fueran citados a una junta los dieciséis generales de la División del Norte.

INDIGNACIÓN ENTRE LOS LUGARTENIENTES DE VILLA

En la reunión con sus generales, Villa dio a conocer el texto de la conferencia con Carranza, que había sido tomado taquigráficamente por González Garza. La noticia de que el señor Carranza había aceptado la renuncia del general Francisco Villa, impresionó vivamente a los generales.

Grande era la indignación y no hubo uno que no sólo se mostrara extrañado del proceder del Primer Jefe, sino que, también indignado, propusiera la desobediencia y la continuación de la lucha a las órdenes del guerrillero. Y dispuestos a llegar a todos los extremos, se dirigieron a la oficina de telégrafos en la estación de Torreón y comunicaron a Carranza:

Le suplicamos atentamente reconsiderare resolución respecto a la aceptación de la renuncia del señor general Francisco Villa como jefe de la División de Norte, pues su separación de dicha jefatura en los actuales momentos sería sumamente grave y originaría muy serios trastornos no solamente en el interior, sino también en el exterior de la República.

Pero Don Venustiano, confirmó:

Al aceptar del señor general Villa la dimisión que ha presentado del mando de la División de Norte, he tomado en consideración las consecuencias que su separación pudieran traer a nuestra causa. Por lo tanto, procederán ustedes luego a ponerse de acuerdo acerca del jefe que he dicho me indiquen debe sustituir al señor general Francisco Villa en el mando de la División de Norte, para que inmediatamente proceda a enviar el refuerzo a Zacatecas que a él le había yo ordenado.

El mismo día, en dos mensajes más, Carranza insistió sobre el mismo punto, pero no logró convencer a los generales de la División del Norte. Carranza, entonces, pareció tener un momento de debilidad, entrando en nuevas explicaciones. He aquí lo que el día 14 dijo a los generales telegráficamente:

Al haber mandado que se reunieran ustedes para que me indicaran el jefe que en su concepto debería sustituir en el mando de la División del Norte al señor general Villa, que acaba de hacer dimisión de él ante esta Primera Jefatura del Ejército, lo hice únicamente para evitar en lo posible las dificultades que

podieran haberse suscitado entre ustedes, si el que yo hubiera nombrado no fuera el más apropiado para desempeñar tal cargo, pues ustedes saben que es de las atribuciones de esta Primera Jefatura hacer tal designación. En vista del contenido del mensaje de ustedes de hoy, podría yo designar el jefe que deba substituir al señor general Villa en el mando, pero antes de hacerlo deseo proceder aún de acuerdo con ustedes, para lo cual creo conveniente que vengan a esta ciudad mañana, para tratar este asunto, los generales Ángeles, Urbina, Herrera, Ortega, Aguirre Benavides y Hernández.

Este momento de debilidad de don Venustiano, cubierto aparentemente con la amenaza de hacer el nombramiento que deseara del nuevo jefe de la División de Norte, fue aprovechado por los lugartenientes de Villa para romper el fuego con el carrancismo, con grandes ventajas ofensivas.

EL ROMPIMIENTO

Reunidos los generales, resolvieron poner punto final a la controversia, dando una respuesta definitiva al último mensaje.

Cada uno de los generales redactó la respuesta que, en su concepto, había de darse a Carranza, componiéndose así un mensaje con la primera parte del que fue redactado por Roque González Garza y el final del escrito por Felipe Ángeles. El mensaje completo, enviado a Carranza, decía:

Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido, o no ha querido entender, nuestros dos anteriores. Ellos dicen en su parte más importante que nosotros no tomamos en consideración la disposición de usted que ordena deje que el general Villa el mando de la División del Norte, y no podríamos tomar otra actitud en contra de esa disposición impolítica, anti-constitucionalita y antipatriótica. Hemos convencido al general Villa de que los compromisos que tiene contraídos con la Patria lo obligan a continuar con el mando de la División de Norte, que si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa democrática de su jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas. Si él lo escuchara a usted, el pueblo mexicano que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por solución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que en camino de libertar a su país de

la opresión brutal de nuestros enemigos, abandonaba las armas por sujetarse a un principio de obediencia, a un jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los estados que recorre y su desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores. Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de opacar un sol que opaca el brillo de usted y contraría su deseo de que no haya en la revolución hombre de poder que no sea un condicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del señor general Villa. Por lo expuesto participamos a usted que la resolución de marchar hacia el sur es terminante y por consiguiente no pueden ir a esa los generales que usted indica.

Las relaciones de la División del Norte y la primera jefatura quedaron suspendidas.

EL AVANCE SOBRE ZACATECAS

Mientras tanto, el general en jefe dispuso el avance sobre la ciudad de Zacatecas, donde el general Luis Medina Barrón se encontraba fortificado y donde días antes habían sufrido un serio descalabro las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del general Pánfilo Natera.

Los primeros trenes conduciendo las fuerzas de la División del Norte, salieron de Torreón el día 17 de junio en la mañana. En la tarde partió el general Felipe Ángeles.

En Calera, a veinticinco kilómetros de Zacatecas, los revolucionarios abandonaron los trenes el día 19 en la mañana. Inmediatamente después, y acompañado del general Manuel Chao, el general Felipe Ángeles hizo un reconocimiento, y en la tarde, las fuerzas iniciaron un avance paulatino. A las cuatro y media de la tarde, las avanzadas revolucionarias tomaron contacto con los federales y, tras de un fuerte tiroteo, se posesionaron de Morelos, donde Ángeles estableció su cuartel general.

Durante el día 20 se registraron escaramuzas en los alrededores de la plaza amagada, mientras que todos los grupos revolucionarios que habían tomado parte en el primer ataque se concentraban rápidamente para tomar parte en el asalto general.

Al siguiente día, y cuando la plaza estaba rodeada por los rebeldes, los federales iniciaron un terrible bombardeo con la artillería, causando estragos entre los constitucionalistas.

El día 22 llegó el general Francisco Villa y después de revisar las posiciones de sus fuerzas, acompañado de los generales Ángeles y Urbina, dictó la orden de ataque para el día siguiente a las diez de la mañana.

LA CAPTURA DE LA PLAZA

—*Por la izquierda atacará Herrera, por el frente usted, general, y Urbina; por el costado derecho atacaré yo la posición de Loreto*—dijo Villa al general Ángeles.

Y exactamente a las diez de la mañana del día 23, fueron escuchados los primeros tiros por el rumbo de Loreto, y minutos después el fuego se había generalizado. La artillería revolucionaria inició un espantoso bombardeo sobre las posiciones federales.

Villa y Ángeles observaban los movimientos de sus tropas. El general en jefe parecía estar seguro de la victoria.

Siete horas se combatió furiosamente en todos los alrededores de Zacatecas. Los federales se defendían valientemente, pero era tal el empuje de los revolucionarios que éstos pronto tuvieron en su poder la posición del cerro de Loreto, desde donde empezaron a dominar al enemigo.

A las cinco de la tarde, y cuando ya sus filas se encontraban diezmadas, los federales empezaron a abandonar la plaza.

Los clarines de la División de Norte tocaron dianas y al siguiente día a las nueve de la mañana entraban triunfalmente a Zacatecas.

Después de Zacatecas, la División del Norte podía avanzar victoriosamente hacia la capital de la República. Sin embargo, en el norte, por orden del Primer Jefe, se cortaba el abastecimiento de carbón de piedra para los trenes de las fuerzas villistas.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 21 de agosto de 1932, año xx, núm. 191, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

UN CAPÍTULO TRASCENDENTAL: OBREGÓN, ¡PRISIONERO DE VILLA!

SENSACIONAL RELATO HACE SU SALVADOR

González Garza, a quien el Gral. Obregón debió la vida en aquel entonces, cuenta hoy cómo ocurrió aquel suceso

LA VALENTÍA DEL MILITAR SONORENSE

Frente a Villa, de pie y con los brazos cruzados, el Gral. Obregón esperó estoicamente el momento de morir en el patíbulo

CAPÍTULO III

Al ocupar la ciudad de Zacatecas, el Gral. Francisco Villa envió un mensaje a Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, dándole gran parte del triunfo de las armas revolucionarias y protestándole nuevamente su adhesión.

Un motivo para dar fin al conflicto que se había suscitado como consecuencia de los mensajes cruzados entre Villa y Carranza parecía ser el mensaje del guerrillero. Sin embargo, el Primer Jefe, por conducto del encargado de la cartera de comunicaciones, advirtió al general Villa que el abastecimiento de carbón para los trenes de la División del Norte quedaba suspendido.

Villa, en una junta con sus generales, no ocultó la sorpresa que le había causado la orden de Carranza, y anunció su resolución de continuar su avance hacia el sur, como una nueva prueba de que no le guiaba ambición alguna, y creyendo que su actitud serviría para probar al Primer Jefe su deseo de poner fin a la delicada situación que existía.

Pero varios generales de la División del Norte no estimaron conveniente el acuerdo creyendo que sería un sacrificio inútil.

El coronel Roque González Garza se encargó de hablar con los lugartenientes del guerrillero, convenciéndolos de la necesidad de explicar al general en jefe la inutilidad del sacrificio que se iba hacer. Las razones de González Garza convencieron a los generales, quienes lo comisionaron para que, juntamente con el general Felipe Ángeles, hablaran con el general Villa sobre el particular.

CONTINÚA EL AVANCE AL SUR

Villa escuchó atentamente a los dos comisionados, diciéndoles al fin:

—*Me han convencido ustedes*— y dirigiéndose a Ángeles, añadió—: *General, arregle sus tropas, que saldrán a las órdenes de usted hacia el sur.*

Ángeles y González Garza salieron casi corriendo del cuartel general.

—*¡Coronel, me siento el hombre más feliz del mundo!*—exclamó Ángeles.

—*¡Hasta la capital, mi general!*—respondió González Garza, emocionado.

Y el general Ángeles, con rapidez asombrosa, seleccionó y organizó sus fuerzas, y después de despedirse del general en jefe, el 25 de junio en la mañana salía con sus trenes militares hacia el sur, rumbo a Aguascalientes.

Los trenes de los revolucionarios se movieron lentamente, y no se encontraban muy distantes de Zacatecas, cuando el general Ángeles recibió un mensaje del guerrillero, ordenándole el inmediato regreso.

El general Ángeles volvió tristemente a Zacatecas. González Garza se presentó a Villa, insistiendo en la necesidad del avance, hasta convencer nueva-

mente al guerrillero, quien entonces nombró jefe de la vanguardia al general Raúl Madero. Los trenes militares se movieron otra vez, pero, como en la primera, apenas se habían alejado de Zacatecas cuando una segunda orden del general en jefe los hizo regresar.

VILLA NO QUERÍA ROMPER CON CARRANZA

Al hacer volver a sus fuerzas por segunda vez a Zacatecas, el general Villa insistió en que el avance podría provocar la ruptura definitiva con el Primer Jefe, lo que trataba de evitar a toda costa.

Además, hizo saber que la falta de parque suficiente para nuevas batallas con los federales; la falta también de carbón de piedra para la movilización de los trenes y, finalmente, el temor de quedar “cortado” de su base de operaciones, eran causas poderosas para no seguir el avance.

Villa fundaba sus esperanzas de solucionar el conflicto con Carranza, en la invitación que había recibido por conducto de dos delegados de la División del Noreste, el licenciado Miguel Alessio Robles y José Ortiz Rodríguez, ofreciendo los buenos oficios del general Pablo González y de los generales de la misma división para restablecer la armonía.

Los comisionados de la División del Norte, propusieron la celebración de una conferencia entre representantes de las dos divisiones, con el objeto de buscar la fórmula salvadora del conflicto. El general Villa aceptó la invitación, resolviéndose entonces, que la conferencia de representantes de las Divisiones del Norte y del Noreste se efectuara en Torreón.

LA CONFERENCIA

Fue el 4 de julio de 1914 cuando las conferencias entre los delegados de las divisiones del Noreste y del Norte fueron inauguradas.

Representando a la División del Noreste estaban los generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero, y como secretario Ernesto Meade Fierro. Como representantes de la División del Norte asistieron el general José Isabel Robles, el doctor Miguel Silva, el ingeniero Manuel Bonilla y como secretario el coronel Roque González Garza.

Los delegados se instalaron en los altos del Banco de Coahuila, eligiendo presidente de la conferencia al doctor Miguel Silva, ex gobernador del estado de Michoacán.

El ingeniero Manuel Bonilla fue el encargado de exponer ante los delegados las dificultades surgidas entre la División del Norte y el Primer Jefe, ampliando la información el general José Isabel Robles.

Como resultado de los informes de Bonilla y Robles, los asistentes a la conferencia tomaron dos acuerdos. El primero, la ratificación de adhesión al Primer Jefe, de la División del Norte, y el segundo constituyó un voto de confianza al general Villa, como jefe de la División del Norte.

Los delegados de la División del Norte insistieron en la necesidad de que el Primer Jefe nombrara un gabinete responsable, de acuerdo con todos los grupos, resolviéndose proponerle para que eligiera entre las siguientes personas: Fernando Iglesias Calderón, Luis Cabrera, Antonio I. Villarreal, Miguel Silva, Manuel Bonilla, Alberto J. Pani, Eduardo Hay, Ignacio L. Pesqueira, Miguel Díaz Lombardo, José Vasconcelos, Miguel Alessio Robles y Federico González Garza.

La parte política más interesante fue la que aprobaron los delegados reformando algunos capítulos del Plan de Guadalupe. Conforme a las reformas, don Venustiano Carranza, al triunfo de la Revolución, asumiría el carácter de presidente interino, procediendo inmediatamente a convocar a elecciones de presidente constitucional; en la misma forma se procedería en los estados en los cuales los gobernadores no se hubieran afiliado a la revolución. Además, quedó definitivamente establecido que ningún jefe del Ejército Constitucionalista podría figurar como candidato a la presidencia. Finalmente, los delegados aprobaron una reforma de gran trascendencia, estableciendo que al triunfo de la revolución, el Primer Jefe convocaría a una convención que había de formular el programa del nuevo gobierno.

OTROS ACUERDOS

Sobre el conflicto que existía en Sonora entre un grupo revolucionario y el gobernador constitucional José María Maytorena, los delegados tomaron una resolución, sugiriendo que el Primer Jefe “obre de la manera que crea más conveniente para solucionar el conflicto en dicho estado, sin violar su sobe-

ranía ni atacar la persona del gobernador electo constitucionalmente C. José María Maytorena”.

La última resolución tomada, decía en su parte final:

Las Divisiones del Norte y del Noreste se comprometen a combatir hasta que desaparezca por completo el ejército ex federal, el que será substituido por el Ejército Constitucionalista; a implantar en nuestra nación el régimen democrático; a procurar el bienestar de los obreros; a emancipar económicamente a los campesinos haciendo una distribución equitativa de tierras o por otros medios que tienda a la resolución del problema agrario, y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades, a los miembros del clero católico romano que material o intelectualmente hayan ayudado al usurpador Victoriano Huerta.

Las conferencias terminaron el 8 de julio, e inmediatamente los delegados de la División del Noreste salieron para Saltillo a informar de su cometido.

LA RESPUESTA DE CARRANZA

El general Pablo González, jefe de la División del Noreste, se encargó de dar a conocer al señor Carranza las resoluciones de la Conferencia de Torreón, a lo cual el Primer Jefe le contestó el 13 de julio:

Me es grato referirme al atento oficio de usted fechado ayer, al cual se sirvió acompañar adjunto copia certificada del protocolo de las conferencias celebradas en la ciudad de Torreón los días 4, 5, 6, 7 y 8 del actual que tuvieron como objeto solucionar el incidente surgido entre esta Primera Jefatura del E. C. que es a mi cargo, y los generales de la División del Norte de este ejército, habiéndome impuesto detenidamente de las actas de las Conferencias en Torreón, que se celebraron entre los señores generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero, como representantes en la División del Noreste y el señor Ernesto Meade Fierro, como secretario, y los señores doctor Miguel Silva, ingeniero Manuel Bonilla y general José Isabel Robles, en representación de la División del Norte y como su secretario Roque González Garza, y habiéndose también enterado de las resoluciones a que los señores delegados llegaron para someterlas a la consideración de esta Primera Jefatura,

debo manifestar a usted, para que a su vez se sirva ponerle en conocimiento de los señores generales del Cuerpo de Ejército que es a su digno mando y de los señores generales de la División del Norte, lo siguiente:

La Primera Jefatura del E. Constitucionalista a mis órdenes aprueba, en lo general, los acuerdos tomados en las conferencias de Torreón por los señores representantes del Cuerpo de Ejército del Noreste y la División del Norte, con motivo del incidente surgido entre esta Primera Jefatura y la citada división, como una consecuencia de los mensajes que nos cambiamos en los días 13, 14 y 15 del mes de junio próximo pasado.

Considerando en lo particular puede una de las cláusulas aprobadas en las conferencias de Torreón, me refiere de un modo especial a aquellas que tuvieron que objetarse, en la inteligencia que el resto de ellas se aprobarán o tomarán en consideración en su caso por esta Primera Jefatura.

Los señores representantes del cuerpo de Ejército del Noroeste y la División del Norte acordaron que al tomar posesión el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista conforme al Plan de Guadalupe, del cargo del Presidente Provisional de la República, convocará a una convención que tendrá por objeto discutir y fijar la fecha en que se verifiquen las elecciones, el programa de gobierno que deberán poner en práctica los funcionarios que resulten electos, y los demás asuntos de interés nacional. La Convención quedará integrada por delegados del Ejército Constitucionalista, nombrados en juntas de jefes militares a razón de un delegado por cada mil hombres de tropa. Cada delegado a la convención acreditará su carácter por medio de una credencial que será visada por el jefe de la división respectiva, y esta primera jefatura, después de prestar toda atención a la cláusula de referencia, ha resuelto que al tomar posesión de la presidencia interina de la República conforme al Plan de Guadalupe, convocará a una junta a todos los señores generales del Ejército Constitucionalista con mando de fuerzas, a la que asistirán también los señores gobernadores de los estados, pudiendo los que no concurren, nombrar delegados que al efecto los representen. La junta citada tendrá por objeto estudiar y resolver lo conducente a la reformas de distinta naturaleza que deben implantarse y llevarse a la práctica durante el gobierno provisional, así como también con el objeto de fijar la fecha en que deberán de llevarse a cabo las elecciones generales y locales en la República. Esto sin perjuicio que la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista tome desde ahora las medidas que crea convenientes para el mejoramiento económico de los habitantes de la Nación.

Respecto a la cláusula octava que se aprobó en las conferencias, debe expresar que los asuntos emitidos en ella son ajenos al incidente que motivó las conferencias.

(La cláusula octava se refiere a las numerosas reformas sociales propuestas durante las conferencias por el general Antonio I. Villarreal y aceptadas por los delegados de ambas divisiones.)

LA NUEVA DESILUSIÓN

La respuesta del Primer Jefe causó honda desilusión entre los generales de la División del Norte. El conflicto que después de las conferencias de Torreón había quedado solucionado volvía a surgir. Los lugartenientes de Villa criticaron al general Pablo González y a los delegados que habían asistido a la conferencia, considerando que habían sido muy débiles al permitir que Carranza se burlara de los acuerdos tomados.

Además, creyeron ver en la invitación a la conferencia una maniobra del Primer Jefe para detener el avance de la División del Norte, con la promesa de sembrar la paz, mientras que las divisiones del Noroeste, de la que era general en jefe Álvaro Obregón, y del Noreste se aproximaban rápidamente a la Ciudad de México, despejado ya el camino, después de los combates de Torreón, San Pedro, Paredón y Zacatecas.

La lucha entre la División del Norte y los partidarios de Carranza estuvo a punto de estallar. Los generales pedían a Villa avanzar rápidamente a la Ciudad de México, creyendo que la marcha sería arrolladora. Pero Villa se opuso, exigiéndoles un supremo sacrificio: la cesión de todos los triunfos de la División del Norte a los otros grupos revolucionarios y al propio Carranza.

Villa llamó a sus generales a una junta, durante la cual, expuso:

—Parece que el señor Carranza tomó nuestro avance, y creo que debemos suspenderlo definitivamente, dejando que los generales González y Obregón lleguen a la capital. Nosotros nos quedaremos aquí, tranquilos, esperando que la Nación dé su fallo.

—¡Será una cesión a costa de los intereses de la División del Norte y de sus componentes! —contestaron varios generales de Villa. Pero el guerrillero insistió con energía, que aun a costa de todos los intereses y las victorias obtenidas, la División del Norte permanecería sin moverse hasta que fuera asegurada la paz.

Suspendido el avance de la División del Norte, los generales González y Obregón continuaron la marcha, abiertas ya las puertas por los villistas, hasta la capital de la República.

INTERVIENE OBREGÓN EN EL CONFLICTO

Ocupada la Ciudad de México, el general Álvaro Obregón (quien encontrándose en Tepic en la primera fase del conflicto entre Villa y Carranza, había contestado con la mayor indiferencia un mensaje del guerrillero en el que se le ponía al corriente de las dificultades surgidas), espontáneamente ofreció su mediación para solucionar el problema entre la Primera Jefatura y la División del Norte. Viajó a Chihuahua, conferenció largamente con Villa y con los generales descontentos, y enterado del origen del conflicto, les dio la razón. Suscribió entonces el general Obregón un documento con Villa, en el cual se señalaban las principales causas del conflicto y la forma de solucionarlo.

Obregón regresó a la Ciudad de México, acompañado del doctor Miguel Silva y del licenciado Francisco Díaz Lombardo, para someter el memorándum al Primer Jefe. Pero ya en la capital, el general Obregón cambió de opinión resolviendo hacer un segundo viaje a Chihuahua con el objeto de convencer a Villa de que debía someterse incondicionalmente a Carranza.

Con gran desconfianza fue recibido Obregón en su segunda visita. Sin embargo, éste obró con diplomacia, ayudado por la invitación de Carranza a todos los generales para que asistieran a una conferencia que había de reunirse en la Ciudad de México el primero de octubre de 1914. Los generales de la División del Norte aceptaron la invitación, resolviendo asistir todos, pero enviando como avanzada a José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, mientras que el general Villa enviaba como delegado personal al coronel Roque González Garza. Partieron los delegados, acompañados de Obregón; pero poco antes de llegar a Torreón, recibieron órdenes terminantes de Villa de regresar a Chihuahua. El general Villa acababa de recibir informes de que, por órdenes de Carranza, había sido cortada la vía férrea al sur de Torreón.

Y regresaron los delegados a Chihuahua, para asistir a uno de los momentos más críticos de la Revolución mexicana: el momento en el cual el general Francisco Villa estuvo a punto de fusilar al general Obregón.

OBREGÓN, PRISIONERO DE VILLA

En la casa del general Felipe Ángeles, en la ciudad de Chihuahua, cambiaban impresiones sobre la situación del país el propio Ángeles, el doctor Miguel

Silva y el coronel Roque González Garza, cuando un oficial entró precipitadamente a la habitación.

—*Mi general* —informó el oficial a Ángeles—, *el general Obregón va a ser pasado por las armas en estos momentos!*

Los tres revolucionarios dieron un salto, dirigiéndose violentamente hacia el cuartel general de Villa, establecido en la residencia de la familia Luján. Un gran movimiento de tropas había en el exterior del cuartel general.

El general Ángeles se detuvo a la entrada, donde numerosos jefes y oficiales le explicaron rápidamente cuál era situación, mientras que González Garza, abriéndose paso entre los revolucionarios que tenían bloqueadas las puertas, llegó hasta el *hall*.

El entonces mayor Francisco R. Serrano y otros oficiales del Estado Mayor del general Obregón le pidieron que interviniera en favor de su jefe. Algunos oficiales lloraban; de un momento a otro esperaban ver salir al general sonrense al patíbulo. González Garza abrió de un golpe la puerta de la sala de la casa en donde se oían la enérgicas palabras del general Villa y, aparentando serenidad, se dirigió hacia el general en jefe de la División del Norte.

Villa muy excitado, estaba frente a Obregón. Raúl Madero, frotándose las manos, nerviosamente, estaba a unos cuantos pasos de los dos generales.

—*Si me ha llegado la hora de morir, ¡así lo quería el destino!*... —escuchó González Garza que decía el general Obregón, con gran aplomo.

Aparentando gran tranquilidad, el coronel González Garza se acercó al guerrillero y fingiendo ignorar la situación, afablemente le dijo:

—*Mi general, ¿cómo esta usted?*

Y volviéndose hacia Obregón, añadió:

—*Mi general, ¿y usted?*

Finalmente, descubriendo a Raúl Madero, se volvió a él:

—*¿Qué hay de nuevo, Raúl?*

—*Mi general* —añadió González Garza, dirigiéndose a Villa—, *¿qué novedad tiene usted?*

LOS CARGOS A OBREGÓN

Villa clavó la vista en el coronel y, con un gesto despectivo, mientras señalaba a Obregón, contestó:

—*Nomás que este “perfumao” me andaba sonsacando a algunos elementos, y he dado órdenes para fusilarlo...*

—*Mi general, el caso es grave, y yo creo que debería verse con mayor serenidad* —insinuó González Garza.

—*¿Serenidad, cuando nos están traicionando? ¿Cuándo el viejo Carranza nos manda cortar la vía en la Colorada? ¿Cuándo el viejo se ha burlado de González, de Obregón y de mí? ¿Cuándo no respeta ningún acuerdo de los jefes de la Revolución? ¿Cuándo nos manda a Obregón para sonsacarnos a mis mejores generales? ¿Qué no sabe usted que Obregón andaba queriendo sonsacar a Robles, a Aguirre Benavides, a Chao y a otros?* —dijo Villa levantando cada vez más la voz.

—*Mi general, yo creo que precisamente lo que Carranza quiere es que usted fusile a mi general Obregón, para después presentarlo usted como un asesino, como un bandido...* —afirmó González Garza resueltamente.

El coronel habló con tanta serenidad y firmeza, que el guerrillero pareció vacilar un instante. Hizo un gesto mohino. Dio la media vuelta y, cavilando, llegó hasta el confidente dorado tapizado de rica seda y sin levantar la vista se sentó poco a poco. Luego subió los dos pies al asiento, no sin hacer un esfuerzo al quebrarse las rodillas, y abrazándose las piernas y casi sacando entre ellas la cabeza, continuó severo, mudo como una esfinge.

De pie, el general Obregón, intensamente pálido, pero sereno; con los brazos cruzados sobre el pecho, fijo en los movimientos de Villa, como queriendo adivinar los pensamientos que cruzaban por la mente del gran intuitivo.

Y casi detrás de él, el general Raúl Madero, nervioso, fatigado por la terrible escena de la que había sido único testigo desde el momento que el general en jefe de la División del Norte había ordenado la aprehensión del sonoreño.

NUEVOS ARGUMENTOS

González Garza, al ver que Villa se retiraba, hizo una pausa; continuando mientras que el guerrillero se acomodaba en el confidente, con calor.

—*Si usted, mi general, fusila al general Obregón, no solamente ante el pueblo de México, sino ante todas las naciones será presentado como bandolero, y nosotros como cómplices.*

El coronel se detuvo. Reinó el silencio. Era el momento más solemne. Una palabra del general Villa bastaba para evitar la tragedia; pero también una palabra sería suficiente para precipitar el drama.

Villa, al fin, hizo un movimiento ligero. Sin cambiar de postura y sólo levantando la mirada buscó a González Garza. El hombre había vuelto a ser hombre, y pudo así preguntar con mayor naturalidad:

—*Entonces, ¿qué propone usted?*

—*¡Que ponga usted en libertad al general Obregón!* —exclamó apresuradamente González Garza.

Villa no respondió. Sin duda alguna, sostenía una lucha interna.

—*Si usted pone en libertad al general Obregón* —añadió con entereza González Garza—, *los revolucionarios de todo el país quedarán convencidos una vez más que la División del Norte no lucha por ambiciones; que persigue nobles fines. Así, si Carranza persiste en la guerra, será a él a quien el pueblo condene por la sangre que injustamente sea derramada; y si el general Obregón marcha al lado de Carranza, y si se pone al frente del ejército que nos ha de combatir, saldremos a batirnos en buena lid, sabiendo que la justicia está de nuestra parte y que la poderosa División del Norte es capaz de aplastar al enemigo. Y si usted me lo permite, mi general, marcharé a la vanguardia de nuestra división. Pero que el fusilamiento del general Obregón, mi general, no sea el pretexto para que se nos acuse a nosotros como la causa de un nuevo derramamiento de sangre. México necesita de paz después de caído el régimen de la usurpación, y que a usted, mi general, quepa la gloria de no haber alterado la paz.*

LA RAZÓN FUE DOMINANDO A LA PASIÓN

La serenidad apareció poco a poco en el rostro del guerrillero. Paulatinamente fue levantando la cabeza. La razón iba dominando a la pasión. Surgía nuevamente el reflexivo; el hombre que con una mirada tenía suficiente para dominar el campo del enemigo; para llegar hasta el último rincón del alma y de la fuerza del rival. No las palabras, sino los segundos habían sido suficientes al pensamiento del general para entrever la luz.

—*Bueno, ¿qué propone usted?* —insistió el guerrillero, como queriendo, con la respuesta, dar cima a su pensamiento.

—*Que me permita usted conducir al general Obregón hasta el campo carrancista y después, que me permita usted marchar a la vanguardia para combatirlo.*

Villa se puso en pie, avanzó lentamente hasta quedar de nuevo frente a frente al general sonoreense, preguntándole maliciosamente:

—*Y usted, general, ¿qué dice?*

—*Soy su prisionero y disponga de mí* —contestó valientemente Obregón.

El general Obregón estaba como clavado en el suelo. No había hecho el más ligero movimiento. No buscaba ansiosamente una resolución; la esperaba estoicamente.

Hubo un segundo capítulo durante el cual, el general Villa insistió en acusar de traidor a Obregón, y, de reclamarle falta de franqueza, cuando no había sido capaz de firmar la resolución en su primera visita a Chihuahua.

Obregón decía que continuaba creyendo que todavía era posible arreglar el conflicto con buena voluntad y que consideraba que era de urgente necesidad la realización de una convención de los jefes revolucionarios.

Villa quería adivinar la sinceridad del general sonoreense. Ya enterero, recuperadas las facultades de humano, era un maestro el que ahora trataba con un discípulo que hace travesuras a sus condiscípulos y a su mismo maestro, ocultando siempre sus intenciones. Obregón no aceptaba el papel; no se defendía; insistía en explicar.

En el tercer capítulo, los dos generales parecieron olvidar la situación anterior, y el acuerdo empezó a surgir.

UNA PROFECÍA DE TOMÁS URBINA

Hacía más de dos horas que González Garza luchaba por convencer al general Villa para que diera la libertad a Obregón, y empezó a sentir fatiga. Viendo al guerrillero ya calmado, González Garza salió de la sala para ir al comedor en busca de un estimulante.

Sentados a la mesa del comedor, estaban los generales Rodolfo Fierro, Tomás Urbina y otros, acompañados de numerosos jefes. Todos cuchicheaban cuando entró el coronel, teniendo la vista fija en la puerta de la sala.

Fierro, al ver a González Garza, le pidió con violencia:

—*¡Déjense de discutir y denos a Obregón para matarlo!*

—*Usted —recalcó Urbina— está haciendo para que Obregón se nos escape pero mire, coronel, recuerde lo que ahora le dice Urbina: si Obregón se nos va, nos va a dar mucha guerra después...*

—*Yo creo que sólo estoy cumpliendo con mi deber, mi general*— contestó González Garza dirigiéndose a Urbina y libando una copa de coñac.

—*Está bien, haz tú lo que quieras, pero ahora mismo se lo pediremos al jefe* —agregó Fierro, poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta de la sala.

Pero Luis Aguirre Benavides, secretario particular de Villa, quien se encontraba en la puerta, le prohibió el paso:

—*Tengo orden de no dejar pasar a nadie, mi general* —dijo con valor el secretario.

Hubo un momento en que todos los que estaban sentados a la mesa se pusieron de pie. González Garza temió más que nunca por la vida del general Obregón.

—*Esperen a que mi general Villa lo arregle todo* —pidió el coronel a los generales.

Fierro pareció serenarse. Volvió al lado de Urbina y nuevamente se sentó, escuchando a varios oficiales que le hablaban al oído.

González Garza entró de nuevo a la sala, donde Villa luchaba con sus pensamientos.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 28 de agosto de 1932, año xx, núm. 198, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

GONZÁLEZ GARZA CUENTA CÓMO RESCATÓ A OBREGÓN

VILLA TIENE UN ARREGLO CON OBREGÓN

El prisionero ofreció al jefe de la División de Norte intervenir en su favor ante el Primer Jefe del constitucionalismo

CAPÍTULO IV

Cuando el coronel Roque González Garza entró por segunda vez a la sala, descubrió un ambiente distinto.

El general Francisco Villa platicaba animadamente con el general Obregón, mientras que Raúl Madero parecía tranquilo.

—*Bueno, general, ¿y qué es lo que usted me ofrece?* —decía Villa cuando entró González Garza.

—*Insisto, general, que este conflicto puede ser solucionado con buena voluntad. Iré a la capital y le reclamaré a Carranza, en primer lugar, que me haya colocado*

en una situación peligrosa, dando esa orden imprudente para que cortaran la vía; enseguida, a exigirle el cumplimiento de su promesa para que los generales de la División del Norte asistan a la junta convocada en la Ciudad de México —respondió Obregón.

—Sí, porque eso es lo que queremos, general. No queremos más guerras, por el bien de la patria; todos queremos la paz. Eso es lo que siempre diré yo... —expuso el guerrillero.

El general Villa continuó discutiendo, ya en tono amigable, con Obregón, hasta que, inesperadamente, dio una media vuelta y salió de la pieza.

Obregón, Madero y González Garza quedaron sorprendidos de la actitud del jefe de la División de Norte. No había dado una resolución; pero había iniciado el propósito de su violenta salida; no había permitido que le vieran la última expresión del rostro; marchaba ocultando sus últimos pensamientos.

Los tres hombres habían quedado de pie, en el mismo lugar que estaban al retirarse Villa, mirándose el uno al otro, sin hablar una sola palabra.

Obregón, rompió el silencio.

—Oiga, González Garza, yo le conocí hace varios años... Hizo usted un viaje a Sonora... Era entonces usted muy delgado...

Y el general sonorenses recordó, dando muestras de una memoria sorprendente, las veces que había visto a González Garza varios años atrás.

—Tiene usted una memoria privilegiada, mi general —comentó, asombrado, el coronel.

Obregón sonrió por vez primera. En un instante apareció el Álvaro Obregón optimista. Tenía en aquellos momentos la lucidez que viene después de la crisis: la lucidez que se aproxima a la muerte.

Reanimado, casi locuaz, aun sin conocer su destino, Obregón afirmó:

—Sí; sí tengo buena memoria —y dirigiéndose a Raúl Madero y a González Garza, añadió—: ¿Quieren que les dé una prueba de mi buena memoria? ¿Tienen un papel y un lápiz a la mano?

Hurgó Madero en sus bolsillos y, presentando ambas cosas, Obregón prosiguió:

—Escriba usted 50 nombres propios, numerados del uno al cincuenta...

Madero escribió los nombres, numerándolos como se le había indicado.

—¿Está listo? —preguntó Obregón, y al recibir respuesta afirmativa, agregó—: Ahora, léame la lista, dando, por supuesto, el número que corresponde a cada palabra.

Raúl Madero leyó la lista. El general Obregón reía alegremente; era la relajación de los momentos terribles que había pasado; era también la indiferencia absoluta a lo que pudiera venir todavía.

Contó varios cuentos, algunos de verde subido, moceándose, extrañado, de que tanto Madero como González Garza no los festejaran tanto como él mismo.

Por fin, dijo:

—A ver, Madero, ahora deme usted un número cualquiera de la lista que tiene, y yo le diré la palabra que le pertenece.

Madero hizo la prueba, una, dos, muchas veces. El general contestaba sin vacilación alguna y con exactitud asombrosa. Y como veía que sus dos interlocutores estaban sorprendidos, comentaba siempre riendo:

—Tengo buena memoria, se los decía. ¿Me he equivocado alguna vez?

LA RESOLUCIÓN DE VILLA

No fue sino hasta que terminó la prueba cuando el general dio muestras de alguna inquietud. Recordó entonces cuál era su situación y con insistencia veía hacia la puerta por donde creía ver al general Villa o a la persona que le comunicara la resolución final del guerrillero.

En el patio de la casa continuaba el movimiento de tropas. De vez en cuando se escuchaba cómo los soldados cargaban sus armas o cortaban cartucho.

Obregón estaba sombrío. La alegría de un momento volvía a ser tristeza, incertidumbre. Sin embargo, no daba muestras de temor.

Pasó un hora. En el comedor se acentuaban las voces de los oficiales que seguramente continuaban comentando con Fierro y Urbina la situación de Obregón.

Por fin, Villa apareció. Venía sonriente, afable, y sin dar tiempo a que las tres personas que le esperaban en la sala hicieran conjeturas, atropelladamente ordenó a González Garza:

—Ande, coronel, vaya luego, para que el tren del general Obregón esté listo para la marcha.

—¿El tren de mi general Obregón? —preguntó sorprendido el coronel.

—Sí, sí; usted se va a llevar al general Obregón... —confirmó Villa.

González Garza salió rápidamente de la sala. Llegó hasta el *hall* donde se encontraban los oficiales del general Obregón y, llamando aparte al mayor Serrano, le dijo nervioso:

—*Mayor, corra usted a la estación, que alisten el tren de mi general Obregón; ordene usted que la escolta que trajeron se embarque; que los oficiales marchen a la estación y usted vuelva aquí lo más pronto posible.*

—*Pero...*

—*Nada, nada, Serrano* —interrumpió González Garza—, *que mi general Villa acaba de ordenarme que lleve al general hasta la Ciudad de México... Vaya usted corriendo a cumplir la orden.*

Todavía el mayor Serrano quiso conocer detalle, pero el coronel le ordenó que corriera a la estación para que el tren estuviera listo.

LA PARTIDA

Cuando González Garza volvió a la sala, el general Francisco Villa dictaba a su secretario la orden para que el tren a bordo del cual sería conducido el general Obregón hasta el campo carrancista, fuera a las órdenes directas del coronel Roque González Garza.

Cerca de las 11 de la noche salieron de la casa del jefe de la División de Norte, Obregón, Madero, Serrano y González Garza en un automóvil, dirigiéndose a la estación, donde ya el tren esperaba.

La locomotora, un carro de primera donde iba la escolta de Obregón y un *pullman* para el divisionario, los miembros de su Estado Mayor, y González Garza, formaban el convoy.

—*Conductor, necesitamos caminar con la mayor velocidad posible, deténgase sólo donde sea muy necesario* —ordenó el coronel.

Obregón, González Garza y dos o tres oficiales se sentaron en el pequeño salón fumador del *pullman*.

Desde el momento de subir al tren, había desaparecido el Obregón sereno, altivo; había acabado el macho, el que resignada y valientemente esperaba la muerte. Había aparecido un nuevo Obregón, nervioso, desconfiado. Es que empezaba a amar nuevamente la libertad, la vida: las dos nociones más grandes que posee el hombre, y que había perdido al sentirse en poder del enemigo.

Y el general sonoreense no podía ocultar en aquellos momentos sus pensamientos; no podía ocultar que, ya en libertad, estaba dispuesto a defenderla. Ya se ponía de pie, ya se sentaba, ya se reclinaba en el asiento, ya se cambiaba de un lugar a otro. Hablaba muy poco, y casi siempre con sus oficiales.

GONZÁLEZ GARZA EN GRAVE SITUACIÓN

Cuando el tren se detenía, miraba inquietamente a través de la ventanilla; en una ocasión que el convoy hizo un alto de varios minutos, sonriendo escépticamente, no pudo detener su pensamiento y expresó a González Garza su idea de que aquel viaje fuera el viaje de la muerte, señalando al coronel como un instrumento de Villa para hacerlo bajar en algún punto y asesinarlo.

González Garza contestó enérgicamente a las sospechas del general, diciéndole:

—*General, no solamente siento que dude usted de mí, sino que también de mi general Villa. ¡Conoce usted muy poco al general Villa!*

Pero desde ese momento, la situación de González Garza fue terrible. Los oficiales del Estado Mayor de Obregón lo vigilaban estrechamente; todos estaban pendientes de sus movimientos, creyendo ver en él al futuro verdugo de su jefe.

En una estación, y como el convoy se detuviera varios minutos, el coronel, acompañado de varios oficiales, bajó a tierra para inquirir la causa de la detención, aprovechando el momento para comprar una botella de tequila.

—*¿Gusta usted, mi general?* —ofreció el coronel al general sonoreense, cuando volvió al tren.

Obregón arrebató la botella de las manos de su salvador y vorazmente libó hasta la mitad.

El tren continuó su marcha; volaba por el desierto.

El general Obregón envió varias veces a sus oficiales para que estuvieran pendientes de los soldados de su escolta, para que nadie durmiera; para que todos, abrazados de su fusil, estuvieran listos a cualquier orden.

UNA ORDEN EXTRAÑA

Cerca de las cinco de la mañana, hizo un nuevo alto en Corralitos. Los minutos corrían y el tren no se movía. González Garza bajó a la estación, preguntando al conductor la causa de la detención. El conductor llamó aparte al coronel, informándolo:

—*Mi coronel, el jefe de estación tiene un mensaje del señor general Villa, ordenándole que el tren sea devuelto inmediatamente para Chihuahua. La orden es terminante y tendremos que regresar.*

Violentemente, el coronel González Garza fue a poner en conocimiento de Obregón la extraña orden.

El general Obregón dio un salto, protestando:

—*¿No le dije, coronel, que todo esto no era más que una farsa de Villa? ¿No le dije que Villa no tenía palabra? ¡Pero no se verá conmigo nuevamente!*

Obregón dio órdenes a sus oficiales para que la escolta fuera echada pie a tierra y, dirigiéndose al coronel, agregó:

—*Ahora venderé muy cara mi vida... Con estos cuantos hombres llegaré a Sinaloa o a la frontera de los Estados Unidos.*

—*General, la empresa es difícil; no llegaría usted con vida ni a la frontera ni a Sinaloa. Las fuerzas de la División de Norte tienen dominada toda esta región...*

—*¡Pero moriremos combatiendo, coronel!* —añadió con valor el general sonorense.

Y bajó del tren para dar órdenes a su escolta.

González Garza quedó solo en el fumador y no encontró más recurso que escribir telegramas dirigidos a Villa y a otros generales de la división, pidiéndoles que se cumpliera la orden de llevar a Obregón hasta el campo carrancista. Escribía el coronel los mensajes, cuando apareció en el fumador el capital Robinson, quien, amartillando la pistola, la puso a la altura de la cabeza de González Garza.

Pero en los momentos que iba a disparar, Robinson vio seguramente uno de los mensajes y, tomándolos todos, desapareció.

González Garza pudo escuchar cómo el capitán decía al general Obregón:

—*Mi general, no lo he matado porque mire usted...* —y mostró los mensajes.

Violentemente, bajó del carro el coronel y reclamó a Obregón:

—*Mi general, lo que pretenden hacer conmigo es una felonía, porque todo lo que he querido y quiero es que usted llegue salvo a la Ciudad de México... Permítame*

usted ponerme en contacto con mi general Villa y con los generales de la División de Norte, y después dé sus órdenes. Tengo la seguridad de que lograré convencer al general Villa de que continuemos la marcha.

Accedió Obregón y el coronel se dirigió al telégrafo. Una hora después llegó la orden del jefe de la División del Norte: el convoy podía continuar la marcha. El general Obregón, emocionado, dio un abrazo a su salvador y sacando de una pequeña maleta su retrato se lo obsequió a González Garza con una expresiva dedicatoria: “Gratitud para mi querido compañero y amigo, coronel Roque González Garza. Corralitos, septiembre 24 de 1914, Gral. Álvaro Obregón.”

TOMÁS URBINA QUISO APODERARSE DE ÁLVARO OBREGÓN

Siguió corriendo el tren hacia Torreón. Obregón y sus ayudantes viajaban ya llenos de optimismo. Al llegar a Gómez Palacio, los viajeros observaron gran movimiento de tropas en la estación.

Apenas se detuvo en tren, el general Almanza, seguido de los miembros de su Estado mayor, subió al *pullman*. Almanza, haciendo esfuerzos por sonreír, le tendió la mano a Obregón diciéndole:

—*Mi general, tengo el gusto de saludarlo en mi nombre y en el de mi general Urbina, quien hace unas cuantas horas acaba de llegar de Chihuahua.*

El general dio las gracias, confundido, y Almanza, continuó:

—*Y mi general Urbina lo invita para que se detenga unas cuantas horas en Lerdo y tener el honor de comer con usted.*

—*Muchas gracias* —contestó, amable, el invitado, añadiendo—: *Pero diga usted al señor general Urbina, que siento mucho no poder aceptar su invitación, porque tengo urgencia de estar a la mayor brevedad posible en la Ciudad de México.*

—*Pero general* —arguyó Almanza—, *si sólo perderá aquí unas cuantas horas y no creo que por unas cuantas horas que pierda, vaya a privar a mi general Urbina del gusto de comer con usted.*

—*Lo siento, general, pero diga usted al señor general Urbina que no creo que esta sea la última oportunidad que tengamos de sentarnos juntos a la mesa.*

Almanza insistió y, como Obregón no accediera, por fin dijo:

—*General, tengo entonces, la pena de decirle que traigo órdenes de llevarlo a usted por las buenas o por las malas, así que es usted mi prisionero.*

El general Obregón palideció intensamente. Los acompañantes de Almanza amenazaron a los ayudantes de Obregón, mientras que la escolta del jefe villista rodeaba el convoy.

INTERVIENE GONZÁLEZ GARZA

—General, debo informar a usted que tengo órdenes de mi general Villa de conducir al general Obregón, a salvo, hasta la Ciudad de México —intervino enérgicamente el coronel Roque González Garza.

—Las órdenes que he recibido de mi general Urbina son terminantes —confirmó Almanza.

—General, antes de que cumpla las órdenes de mi general Urbina, permítame comunicarme por telégrafo con mi general Villa —pidió González Garza.

El aprehensor aceptó, y el coronel se dirigió corriendo a la estación y en los momentos que escribía el mensaje para el jefe de la División de Norte tuvo una idea luminosa. Tomó el teléfono y llamó a Torreón a los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides.

—Dentro de unos cuantos minutos estaremos en Gómez Palacio el general Aguirre Benavides y yo —contestó Robles, al quedar informado de los hechos.

Y quince minutos después, dos trenes que estaban casualmente en Torreón, listos para salir al sur llenos de soldados, entraron paralelamente al patio de la estación de Gómez Palacio, quedando entre uno y otro tren el convoy del general Obregón.

En los trenes recién llegados, y escoltados por cerca de tres mil hombres, llegaron los generales Robles y Aguirre Benavides, quienes violentamente entraron al *pullman* de Obregón, y aparentando ignorarlo todo se dirigieron al general sonoreense:

—Compañero, ¡qué gusto de verle aquí! —le dijo Robles—.

—¿Va usted a la Ciudad de México? —preguntó Aguirre Benavides.

—Mis fuerzas marchan en este momento al sur. ¿No quiere usted venirse a mi carro? —invitó cortésmente Robles.

Almanza estaba sorprendido. No decía una sola palabra. Obregón, aprovechando el momento, le tendió la mano, diciéndole:

—General, he tenido mucho gusto en saludarle; le ruego me disculpe con el general Urbina, porque en estos momentos prosigo mi viaje al sur.

Y de nuevo, el tren del general Obregón, escoltado por los miles de soldados de Robles y de Aguirre Benavides, continuó la marcha.

POR FIN, A SALVO

Tras de una breve detención en Torreón, Obregón prosiguió en su tren, solamente acompañado por González Garza, quedando en la Perla de La Laguna Robles y Aguirre Benavides.

Desde el momento de salir de Torreón, el general sonoreense estuvo más comunicativo. Habló con González Garza sobre la necesidad de insistir cerca de todos los grupos revolucionarios para lograr la unión. Había desaparecido en él todo el aspecto de la desconfianza. Sin embargo, no podía ocultar el deseo de salir cuanto antes del territorio dominado por las fuerzas de la División de Norte, y cuando el conductor del tren anunció que estaban ya en la estación La Colorada —lugar hasta donde llegaba la vanguardia villista—, el general bajó de su carro para observar las últimas maniobras, a fin de que su convoy pudiera continuar el viaje. Cuando fue advertido de que el tren podía seguir adelante, dio un fuerte abrazo a González Garza, diciéndole:

—Coronel, tenga usted la seguridad de que continuaré luchando por la unión de todos los revolucionarios llevando la firme creencia de que la División de Norte tiene la razón.

González Garza permaneció en la estación de La Colorada viendo cómo se alejaba el tren de Obregón hasta que, perdiéndolo de vista, se hizo cargo de la vanguardia de la División del Norte. Tres horas después enviaba un parlamentario con la bandera blanca hasta la línea de las fuerzas del general Pánfilo Natera, pidiendo a éste que definiera su actitud, ya que tenía órdenes del general Villa de avanzar sobre Zacatecas.

La respuesta de Natera no se hizo esperar: las fuerzas que se consideraban enemigas se ponían a las órdenes de Villa. Y esa misma noche la extrema vanguardia de los villistas quedaba establecida en Zacatecas.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 4 de septiembre de 1932, año xx, núm. 305, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

PLAN PARA LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES

DISCUSIONES OTRA VEZ DEL GRAL. VILLA CON OBREGÓN
Ambos se vieron de nuevo en Zacatecas y acordaron celebrar
una convención en una ciudad neutral: Aguascalientes

CAPÍTULO V

El general Obregón llegó a la Ciudad de México a tiempo para asistir a la junta de generales y gobernadores que había convocado el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza.

La junta quedó instalada el 1º de octubre de 1914 y, apenas inaugurada, se levantaron varias voces, reclamando la presencia en la asamblea de los delegados de la División de Norte.

Como consecuencia de la actitud de algunos generales, la junta resolvió nombrar a los generales Obregón, Hay, Iturbe, García Aragón y Saucedo, a fin de que se trasladaran a Zacatecas e invitaran nuevamente a Villa y a los generales de la División de Norte para que, en otro intento de reconciliación con el grupo carrancista, asistieran a la conferencia.

Villa y Obregón volvieron hablar en Zacatecas, y entonces resolvieron que lo urgente era la realización de una convención de generales o representantes de generales que habría de efectuarse en Aguascalientes, la ciudad que sería neutralizada.

Los comisionados de la junta militar regresaron a la Ciudad de México, para asistir a un acto teatral en el que fue el primer actor don Venustiano Carranza.

Los resultados de las pláticas de Zacatecas disgustaron a Carranza, quien presentándose en la junta de militares, dramáticamente renunció a la primera jefatura. A pesar del trono trágico de don Venustiano, no logró impresionar a los generales que asistían a la junta. Pasados los primeros momentos de expectación, la renuncia fue aceptada, pero entonces surgió la voz del licenciado Luis Cabrera.

—*Si aceptamos la renuncia del señor Carranza, la jefatura de la Revolución quedará acéfala; vendrá el caos; ¡la revolución estará perdida!* —exclamó Cabrera.

Y con acento de profunda convicción, el licenciado continuó un discurso de viejo lobo político, logrando que los generales reconsideraran el acuerdo.

Sintiéndose más fuerte que nunca, Carranza aceptó entonces que sus generales marcharan a Aguascalientes a la Convención.

Desde la ocupación de Zacatecas, el coronel Roque González Garza se había hecho cargo de la brigada Zaragoza y se encontraba en su campamento en las afueras de la ciudad, cuando en los primeros días de octubre se le presentó Luis Aguirre Benavides, quien le dijo:

—*Coronel, ¡le traigo una gran noticia!* —y sin poder ocultarla por más tiempo, el secretario particular del general Villa, estalló—: *Va usted como representante personal de mi general a la Convención de Aguascalientes; lea usted su nombramiento.*

—*No me creo capacitado para tal comisión y desde luego renuncio a ella* —contestó el coronel.

Y esta misma razón le dio González Garza a los generales Ángeles, Robles, Aguirre Benavides y otros, quienes insistieron para que aceptara.

Aceptó al fin el coronel y se presentó al general Villa, quien tenía establecida su residencia en un carro *pullman* en la estación de Zacatecas.

—*Mi general, vengo a darle las gracias por la confianza que me ha dispensado nombrándome su representante en la Convención de Aguascalientes, y al mismo tiempo a pedirle instrucciones* —dijo González Garza al guerrillero.

—*No tengo más que decirle, coronel* —contestó Villa— *que sostenga todos los puntos aprobados en la Conferencia de Torreón. Si esos puntos se aprueban por la Convención, no tenemos más que decir. Además, coronel, quiero que trabaje usted para que ningún militar sea presidente de la República; que los generales comprendan que, terminada la revolución, deben dejar el poder en manos de los más capacitados, y éstos han de ser los civiles. Nosotros no servimos para eso!*

Villa pareció reflexionar un instante. Y luego añadió:

—*Si se trata de elegir presidente de la República, yo propondría al Dr. Miguel Silva y me gustaría que usted lo apoyara, porque el doctor es un verdadero revolucionario y haría feliz a mi patria.*

—*Sostendré lo que usted desea, mi general, y sólo réstame pedirle que me nombre un cuerpo de asesores* —pidió el delegado.

—*¿De asesores?*

—*Sí, de consejeros, mi general. Ya usted sabe lo que es Carranza. Carranza tiene un grupo de consejeros, expertos en materia de leyes, y eso me hará falta para salirle al paso en cualquier camino, máxime que probablemente la Convención tendrá que tratar los problemas de legislación; nada difícil será que la misma Constitución...*

—*Está bien* —accedió Villa—, *ahora mismo voy a dar las órdenes, para que usted salga mañana mismo con los consejeros y ayudantes en un tren especial.*

CÓMO QUEDÓ LA REPRESENTACIÓN DE VILLA

El doctor Silva, el ingeniero Manuel Bonilla, el licenciado Francisco Escudero, el licenciado Francisco Díaz Lombardo y los más notables civiles que estaban al lado de la División del Norte, acompañaron a González Garza a Aguascalientes, en calidad de asesores.

Los trabajos preparatorios de la Convención constituyeron verdaderos actos de compañerismo. Todo sentimiento de grupo o de facción había sido olvidado.

Las juntas previas se iniciaron el 4 de octubre, informando el coronel González Garza al general Villa que el número de generales o representantes de generales y su filiación política, era el siguiente: 137 delegados de filiación carrancista, 17 delegados de la División del Norte, 1 delegado personal de general Villa

Al cuarto día de juntas previas, surgió el primer choque entre los delegados, cuando varios generales de la División del Norte pidieron que los generales zapatistas fueran invitados a participar también en la asamblea y que la Convención no fuera inaugurada solemnemente sino hasta que los revolucionarios del sur llegaran a Aguascalientes.

La proposición produjo acaloradísimos debates. Los carrancistas sostenían que el general Emiliano Zapata no podía ser invitado a la Convención, debido a que se había rehusado a entrar en tratos con el Primer Jefe, exigiendo que fuera reconocido el Plan de Ayala sin discusión alguna.

Pero los generales de la División del Norte insistieron con calor sobre su proposición, logrando poco a poco conquistar adeptos entre los elementos carrancistas. Al fin, el proyecto fue aceptado nombrándose una comisión encabezada por el general Felipe Ángeles, que inmediatamente marchó al estado de Morelos a poner en manos de Zapata la resolución de la asamblea.

La determinación de los convencionistas causó enorme disgusto a Carranza, quien inmediatamente dictó órdenes para que los comisionados encabezados por Ángeles no pudieran llegar a su destino. Y sus órdenes hubieran sido cumplidas a no ser por la actitud decidida de los generales Lucio Blanco y Rafael Buelna. Blanco y Buelna tenían alrededor del Distrito Federal cerca de diez mil hombres de caballería, presionando sobre Carranza para que permitiera que los comisionados de la Convención llegaran a salvo hasta Morelos.

El general Ángeles llegó al fin a Cuernavaca, haciendo la invitación al general Zapata para que asistiera, personalmente, o enviara delegados a Aguascalientes. El jefe suriano y sus generales aceptaron la invitación, y una nutrida delegación zapatista, encabezada por el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, quien iba como representante personal de Zapata, y Paulino Martínez, marchó a la ciudad de Aguascalientes.

La recepción que se hizo a los delegados zapatistas en Aguascalientes fue impresionante. Los revolucionarios del norte, del noreste, del noroeste y del sur quedaban, al fin, unidos. Fue señalado el día 14 para la inauguración solemne de los trabajos convencionistas.

UN COMLOT CONTRA VILLA

Pero un grave incidente, en el cual el general Francisco Villa estuvo a punto de perder la vida, iba a ser la causa del fracaso de la Convención, unas cuantas horas antes de su inauguración.

Desde los primeros días de octubre; y encontrándose en Zacatecas, el general Villa comenzó a recibir anónimos en los que se le aseguraba que el Primer Jefe fraguaba un complot para asesinarlo. El guerrillero no dio importancia a los anónimos hasta que sus agentes en la Ciudad de México confirmaron que se fraguaba una conspiración, mencionando al general Pablo González como uno de los directores del complot.

González Garza, desde su llegada a Aguascalientes, había destacado a la Ciudad de México varios agentes con el objeto de seguir la pista a los complotistas, recibiendo oportunamente avisos de que un argentino apellidado Múgica y a quien llamaban "El Gaucho", había sido elegido como el futuro verdugo del guerrillero. Los informes quedaron confirmados bien pronto.

El Gaucho llegó a Zacatecas, pretendiendo desde luego dar cima a su tarea. Pero el general Villa se salvó gracias a su astucia, deteniéndole a tiempo la mano. Al pie de su carro especial, en la estación de Guadalupe, Zacatecas, el guerrillero detuvo al Gaucho en los momentos en que éste le iba a matar.

Teniendo en su poder a Múgica y antes de interrogarlo, el general Villa fue en busca de mister Carothers, agente confidencial de la Casa Blanca, para que escuchara la declaración del detenido. Y ante Carothers, El Gaucho confesó que había ido a Zacatecas con el propósito de asesinar a Villa por órdenes de algunos jefes carrancistas, quienes le habían ofrecido una buena suma si consumaba su crimen.

(Continuará en próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 11 de septiembre de 1932, año xx, núm. 212, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

LA SOLEMNE APERTURA DE LA CONVENCION Y SUS ACUERDOS

UN AMBIENTE OPTIMISTA EN LA ASAMBLEA

Villa tuvo cinco candidatos a la presidencia: un civil y cuatro militares; entre estos últimos, el general Obregón se perfiló como el más fuerte

CAPÍTULO VI

Cuando la Convención de Aguascalientes quedó inaugurada solemnemente el 14 de octubre, en el interior del Teatro Morelos reinaba el más grande optimismo.

Si la política empezaba a causar daño en alguno de los generales, en cambio la mayoría era sana.

Los que se habían lanzado al campo de batalla empujados por el mismo propósito y como consecuencia de un mismo estado social y económico, se veían reunidos, y en los primeros momentos de la Convención, el entusiasmo lo dominó todo.

Pero pocas horas habían de pasar para que en el seno de la asamblea surgiera la lucha de ideas: Antonio I. Villarreal, representando las teorías sociales más avanzadas, y Roque González Garza, al liberalismo clásico.

Reunidos todos los generales y representantes de la victoriosa Revolución, los convencionistas resolvieron erigirla en soberana. El juramento de los convencionistas fue solemnisimo, añadiéndose a esa solemnidad el acto de la firma de todos los generales y representantes de generales sobre el lienzo de la bandera tricolor.

¡En esos momentos nadie podía haber puesto en duda la lealtad al juramento hecho por todos los convencionistas!

Y después de la firma de la bandera, el general Antonio I. Villarreal pronunció un vigoroso discurso, interrumpido casi a cada párrafo por las observaciones y los vítores, sosteniendo que la obra de la Convención no sería solamente política, sino también social.

El discurso de Villarreal fue contestado por el coronel González Garza, quien sostuvo la necesidad de llevar a cabo reformas sociales, pero pidió moderación, y, sobre todo, apego a la Constitución de la República.

La inauguración de los trabajos de la Convención fue celebrada en todo el país. En la Ciudad de México, por orden de Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, la bandera nacional fue izada en todos los edificios públicos.

EL PRIMER ACUERDO

Los trabajos de la asamblea iniciaron con una petición suscrita por unanimidad por los delegados y dirigida al gobierno de los Estados Unidos, solicitando el inmediato retiro de las fuerzas norteamericanas del puerto de Veracruz.

La petición al gobierno de Washington fue hecha directamente por la Convención, mientras que al mismo tiempo se giraban instrucciones a Carranza a fin de que iniciara las gestiones del caso, poniendo siempre a la consideración de la asamblea los arreglos a que hubiere lugar.

Las gestiones de la Convención de Aguascalientes ante el gobierno de Washington fueron coronadas por el éxito. Unos cuantos días después, el presidente Woodrow Wilson ordenaba la desocupación del puerto de Veracruz.

Aunque la lucha de ideas se había manifestado desde el día de la inauguración, los delegados continuaban trabajando unidamente, hasta el momento de ser planteados los problemas políticos inmediatos.

La necesidad de nombrar un presidente provisional que sustituyera a Carranza en la Primera Jefatura y que en el término de un año convocara a elecciones generales, hizo aparecer los grupos que se lanzaban a disputarse el poder.

Tres grupos surgieron entonces. El primero sosteniendo la candidatura presidencial del general Antonio I. Villarreal; el segundo, impreciso, dirigido por Obregón; y el tercero, proponiendo la candidatura del general Juan C. Cabral, apoyada por la División del Norte.

LA OPINIÓN DE VILLA

Desde las primeras reuniones previas de los convencionistas, el coronel Roque González Garza, representante personal del general Francisco Vila, informaba diariamente de todos los acontecimientos a su representado. Villa aprobaba invariablemente la actitud de su representante, pero al llegar el momento de la elección del presidente provisional, González Garza resolvió trasladarse a Guadalupe, Zacatecas, donde el jefe de la División del Norte, tenía su cuartel general, para tomar las últimas instrucciones.

Durante esta conferencia el guerrillero insistió en la necesidad de que el nombramiento recayera en un civil. El doctor Miguel Silva continuaba siendo su candidato. Pero Silva se rehusó terminantemente a aceptar la proposición, haciendo ver la conveniencia de que la presidencia provisional recayera en un militar, para que el civil, durante el periodo constitucional, ya no encontrara dificultad alguna y pudiera gobernar en bien del país.

Sin embargo, el general Villa insistió y entonces sonaron algunos nombres de prominentes civiles como Fernando Iglesias Calderón.

LOS TRES CANDIDATOS DE VILLA

Pero el guerrillero al fin pareció convencido de la necesidad de colocar a un jefe militar en la presidencia provisional, escogiendo de entre los generales

José Isabel Robles, Lucio Blanco y Juan G. Cabral. El general Robles, juntamente con Eugenio Aguirre Benavides, era uno de los jefes de mayor prestigio en la División del Norte y su valor, su carácter y su inteligencia lo habían convertido durante la Convención, en una de las figuras principales de la Revolución. Villa le tenía gran afecto; pero discutiendo con González Garza y otras personas, llegó a la conclusión de que Robles era muy joven para hacerse cargo del Poder Ejecutivo. Robles acababa de cumplir veintitrés años. Buena y Robles eran los generales más jóvenes de la revolución.

Villa no conocía personalmente al general Lucio Blanco, pero le tenía gran afecto. Sabía que era un hombre de carácter, que sabía hacer amigos y que tenía una brillante hoja de servicios como jefe de las caballerías del Cuerpo de Ejército del Noreste. El hecho de no conocerlo personalmente fue la causa por la cual el guerrillero desistió de esta candidatura.

El candidato de Villa, por lo tanto, resultó el general Juan G. Cabral, hombre recto, originario de Sonora, amigo de la División del Norte y sin querrela alguna con la gente del villismo.

UN SENSACIONAL PROYECTO DE GONZÁLEZ GARZA

Con instrucciones de sostener la candidatura del general Cabral, el coronel Roque González Garza regresó a Aguascalientes, donde pudo descubrir que todas las probabilidades de triunfo eran para el general Villarreal.

Las discusiones en la Convención sobre los candidatos subieron pronto de calor. El general Villa estaba vivamente interesado en el resultado de la designación. González Garza hizo un nuevo viaje a Zacatecas, proponiendo al guerrillero:

—General, vengo a proponer a usted que cambiemos nuestro candidato a la presidencia. ¿Qué le parecería a usted, mi general, que propusiéramos al general Álvaro Obregón?

—¿A Obregón? —preguntó el guerrillero, sorprendido.

—Sí, general; al general Obregón... Si Obregón resultara triunfante, mataríamos tres pájaros de un tiro... —completó el coronel.

—¿Cuáles? —preguntó intrigado el general.

—El primero, mi general, sería Carranza; el segundo, Antonio I. Villarreal y el tercero...

Villa sonrió; pero González Garza, imperturbable, añadió:

—El tercero, mi general, sería el mismo Obregón.

—¿Cómo es eso! —exclamó Villa, intrigado.

—General, aunque Obregón propone la candidatura del general Eduardo Hay en las discusiones, en sus movimientos no puede ocultar que tiene grandes ambiciones por la presidencia, y si no llega ahora, llegará mañana, precisamente cuando todos queramos que un civil ocupe la presidencia. Además, general, excluida la candidatura del general Villarreal, ahora apoyada por los generales de Pablo González, Carranza buscará el apoyo de Obregón; pero si hacemos presidente a Obregón, evitaremos cualquier opinión entre éste y Carranza, y el país se salvará de la influencia del carrancismo. Además, general, Obregón tiene prestigio militar; serviría en estos momentos de lazo de unión. Terminado su periodo de un año, el país estará más tranquilo y podrá ser regido más fácilmente por un civil.

El general Villa, seguía atento, palabra a palabra, a González Garza.

—Está bien, coronel, presente usted la candidatura del general Obregón, en mi nombre —aceptó sin reservas el general en jefe de la División del Norte.

CÓMO RECIBIÓ OBREGÓN LA NOTICIA

Regresó el coronel a Aguascalientes y unas cuantas horas después de su llegada al asiento de la Convención, los rumores de que González Garza, en nombre del general Villa, propondría la candidatura del general Obregón circularon rápidamente entre los convencionistas.

La sorpresa fue enorme. Obregón hizo entonces una visita a González Garza.

—Coronel —le dijo el revolucionario sonorenses—, hasta mí ha llegado el rumor de que el señor general Villa, por su conducto, va a proponer en la Convención mi candidatura.

—Es exacto, mi general —confirmó el coronel—. Acabo de regresar de Guadalupe, donde mi general Villa me instruyó para presentarlo a usted como candidato de la División del Norte a la presidencia provisional.

El general Obregón, no podía ocultar su estado nervioso.

—Pero —interrogó cauteloso—, ¿será sincero el general Villa?

—General, la autorización que me dio para proponer a usted como candidato fue sin reserva alguna.

Obregón se retiró, dando las gracias, y aprobando así tácitamente figurar como candidato del general Villa a la presidencia de la República. Pero al siguiente día, el coronel González Garza recibió por conducto de un propio, órdenes del jefe de la División del Norte para no presentar la candidatura de Obregón y de continuar sosteniendo la del Gral. Juan C. Cabral.¹

LA TÁCTICA DE CARRANZA

El momento de la elección del presidente de la República se aproximaba y, mientras tanto, en el seno de la Convención se registraba un hecho de gran importancia. Los delegados de la División del Norte descubrieron que varios generales se habían retirado del seno de la asamblea y que en su lugar llegaban elementos totalmente desconocidos. Muchos de los generales retirados habían sido sustituidos por oficiales de menor graduación, quienes no ocultaban su carrancismo agudo.

El coronel González Garza supo por conducto de los agentes que tenía en la Ciudad de México, que el retiro de generales obedecía a una táctica bien premeditada de Carranza. El Primer Jefe, posiblemente considerándose perdido en la Convención, empezó a llamar a los generales que le eran afectos, enviándolos a las regiones donde habían operado.

Mientras que en la Convención se había olvidado la guerra, Carranza se preparaba para ella, ocupándose, en primer término, de formar una línea en los estados del Golfo de México. Fue entonces, según los agentes de González Garza pudieron descubrir, que el Primer Jefe iniciaba una campaña de soborno y una política de promesa para los jefes revolucionarios.

Entre los casos puestos de manifiesto se contaba el del brigadier Gertrudis Sánchez, gobernador y comandante militar del estado de Michoacán. Sánchez estaba en constante comunicación con González Garza y fue así como le informó que don Venustiano le había ofrecido ascenderlo a divisionario, si abandonaba a la Convención.

Por la actitud de Sánchez y otros generales que habían jurado fidelidad a la Convención, el coronel González Garza, durante una tormentosa sesión, y después de poner de manifiesto lo que llamó "maniobras carrancistas", pro-

¹ El coronel Roque González Garza considera que este cambio de opinión del general Villa tuvo enorme trascendencia.

puso que la Convención y sus acuerdos fueran legales aun en el caso de que sólo asistiera a las sesiones el mínimo de representantes.

La proposición fue aceptada, pero ya el terreno estaba demasiado minado. El numeroso grupo de representantes que sostenía la candidatura del general Villarreal había sido debilitado en la misma forma. Muchos de los decididos partidarios y admiradores de Villarreal habían sido llamados a México por Carranza, enviados luego a alguna región del país y substituidos por individuos desconocidos, de filiación carrancista de color subido.

Fue así como veinticuatro horas antes de la designación del presidente de la República, nadie podía imaginar que el general Eulalio Gutiérrez podía resultar el elgido para encargarse del Poder Ejecutivo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 18 de septiembre de 1932, año vi, núm. 3, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

LA ELECCIÓN DEL GRAL. EULALIO GUTIÉRREZ

CARRANZA, REBELDE

ENTRADA DEL GRAL. VILLA A LA CAPITAL

La División del Norte rompió el cerco que le puso el Gral. Pablo González y, así, el presidente Gutiérrez pudo instalarse en la Ciudad de México

CAPÍTULO VII

Era el general Eulalio Gutiérrez uno de los más silenciosos delegados en la Convención de Aguascalientes. Había operado en los estados de Coahuila y San Luis Potosí; de éste había sido gobernador y comandante militar. Aunque parte integrante del cuerpo de Ejército del Noroeste, no tenía filiación política definida.

En los momentos de la votación y cuando todavía se creía seguro el triunfo del Villarreal, los votos depositados, uno tras otro, eran a favor de Gutiérrez.

Conforme al acuerdo de los convencionistas, el general Gutiérrez solamente ocuparía la presidencia de la República por diez días mientras que la Convención instalaba en la Ciudad de México, a donde serían llamados todos los generales que se había ausentado. En la Ciudad de México el nombramiento de Gutiérrez podía ser rectificado o ratificado.

La elección del general Gutiérrez hizo crear la esperanza de que la guerra que Carranza preparaba sería evitada, ya que don Venustino había quedado comprometido a acatar los acuerdos de los convencionistas. Gutiérrez otorgó la protesta de ley, y un nuevo juramento de fidelidad a la Convención fue hecho por todos los delegados.

SE SUBLEVA COSS

Pero en los momentos que los convencionistas gozaban con la esperanza de paz en el país, el general Francisco Coss, gobernador y comandante militar del estado de Puebla, desconoció los acuerdos de la asamblea lanzando el grito de guerra.

Don Venustiano, que hasta el momento de la elección decía seguir esperando los acuerdos de los asambleístas de Aguascalientes, abandonó secreta e inesperadamente la capital de la República. Engañando al general Lucio Blanco, quien guarnecía a la Ciudad de México, y continuando con la investidura de Primer Jefe que le había quitado la Convención, Carranza se dirigió a Tlaxcala y de ahí a Puebla, donde después de una breve conferencia con Coss, éste lanzó la declaratoria de guerra. La salida de don Venustiano de la Ciudad de México, seguida de la actitud que asumía el general Francisco Coss, hizo saber la proximidad de la nueva lucha.

SALE UNA DELEGACIÓN A ENTREVISTAR A CARRANZA

Numerosos delegados, sin embargo, confiaban en que Carranza, políticamente perdido, cuando menos en apariencia, desistiría de su empeño de proseguir la guerra.

Una gran confianza tenían los delegados en los resultados de las conferencias entre Carranza y los enviados de la Convención, generales Álvaro Obregón, Antonio I. Villarreal, Eugenio Aguirre Benavides y Eduardo Hay, quienes habían salido con el propósito de convencer a Carranza de la necesidad de que renunciara la primera jefatura.

Los comisionados, después de haber sido detenidos varios días en Querétaro por las fuerzas del general Pablo González, quien se había unido al carrancismo, alcanzaron a D. Venustiano en Orizaba. Conferenciaron largamente con don Venustiano. De los cuatro enviados por la Convención, solamente el general Eugenio Aguirre Benavides regresó a Aguascalientes para informar lacónicamente sobre la desertión de sus compañeros y la resolución terminante de Carranza de continuar la frente de la primera jefatura.

LA ACTITUD DE VILLA

Mientras que el señor Carranza había preparado todos sus elementos de guerra para continuar la lucha civil, negándose después a acatar los acuerdos de la Convención de Aguascalientes, el Gral, Francisco Villa había esperado tranquilamente el resultado de la designación presidencial.

Al saber que el general Eulalio Gutiérrez había resultado electo presidente, se apresuró a darle su plena adhesión, y no conforme con haberlo hecho por conducto de su delegado, se presentó en la asamblea, ocupando el asiento que había tenido González Garza y haciendo patente de viva voz su firme resolución de entregar sus fuerzas a quien el nuevo presidente dispusiera. La actitud del guerrillero fue objeto de grandes aclamaciones de los asambleístas.

SE INICIA LA LUCHA

Rotas las relaciones con Venustiano Carranza, declarado éste rebelde a los acuerdos de los Convención, e iniciada la desertión de los generales de filiación carrancista, los convencionalistas dieron facultades al presidente Gutiérrez, para que se iniciaran contra ellos operaciones militares.

Investido de estas facultades, el general Gutiérrez nombró a Francisco Villa jefe de las operaciones militares en toda la República, dándole órdenes

para que inmediatamente avanzara sobre la Ciudad de México. Villa inició el avance, mientras que la Convención autorizaba a Gutiérrez para trasladar la capital de la República a la Ciudad de México.

Pero antes de marchar a la nueva capital, la Convención nombró una Comisión Permanente, compuesta de veintiún miembros y de la que fue designado presidente el general Martín Espinosa.

Miembro de la Permanente, el coronel González Garza insistió en la proposición que había sido aceptada por los convencionistas, estableciendo que la Comisión no podría desaparecer mientras existiera un miembro que estuviera presente en las sesiones que se efectuaran en la ciudad señalada como capital de la República. La proposición fue aceptada.

Iniciadas las operaciones militares sobre las fuerzas carrancistas, el general Pablo González abandonó Querétaro, donde se encontraba desde que la Convención había iniciado sus trabajos, concentrándose en Pachuca.

Entretanto, el Presidente Gutiérrez y su gabinete, acompañados por los miembros de la Comisión Permanente, se trasladó de Aguascalientes a San Luis Potosí, para continuar después hacia la capital.

TRABAJOS A FAVOR DE LA PAZ

Y mientras que la División del Norte seguía su avance arrollador, un grupo de civiles revolucionarios encabezado por Fernando Iglesias Calderón se dirigió al general Villa y al presidente Gutiérrez, pretendiendo intervenir a fin de que la paz no fuera alterada.

El general Francisco Villa escuchó pacientemente a los comisionados, haciéndoles saber que no era él quien declaraba la guerra, sino Carranza, y sugiriéndoles que, en todo caso, se dirigieran a don Venustiano, y si cumplía los acuerdos de la Convención a la cual había ofrecido someterse, sería evitada la nueva guerra.

La División del Norte continuó su avance, y después de una terrible derrota a las fuerzas del general Pablo González en Pachuca, la capital quedó en poder de los convencionistas, surianos y nortños.

El presidente Gutiérrez llegó a la Ciudad de México el 2 de diciembre, instalando su residencia particular en la casa de la familia Braniff, en el Paseo de la Reforma, y empezando a despachar en el Palacio Nacional.

Apenas llegados los miembros de la Comisión Permanente de la Convención a la Ciudad de México, se procedió a invitar a todos los generales a fin de que asistieran a los nuevos trabajos.

Pero cuando la convocatoria iba a ser expedida, el presidente de la Comisión, general Martín Espinosa, desapareció de la capital, marchando al campo carrancista y llevándose la histórica bandera firmada por los delegados que asistieron a la inauguración de la Convención en Aguascalientes, parte del archivo y a varios delegados.

Acéfala la presidencia de la Comisión Permanente de la Convención, todo hacía creer que la famosa asamblea estaba a punto de morir definitivamente. Pero apenas conocida la fuga, el coronel González Garza y varios delegados llamaron urgentemente a todos los representantes, logrando en un mismo día integrar totalmente la Comisión. Formada de nuevo la Permanente, el representante del general Francisco Villa fue electo presidente de la asamblea.

VILLA A LAS PUERTAS DE LA CAPITAL

Y mientras que estos hechos se registraban en el seno de la Convención, el general Francisco Villa, al frente de todos sus soldados, llegaba a las puertas de la Ciudad de México.

Pero antes de entrar a la capital, el guerrillero resolvió tener una conferencia con el general suriano Emiliano Zapata, tanto para ponerse de acuerdo con él, como para que las fuerzas del sur y del norte desfilaran unidas por las calles de la metrópoli. Pudo así la vieja capital contemplar uno de los más grandes desfiles militares.

Al siguiente día de su entrada triunfal a México, el general Villa conferenció largamente con el presidente Gutiérrez y otros generales para disponer los nuevos planes de campaña.

La parte más saliente del plan de campaña aprobado fue la inmediata marcha de todas las fuerzas convencionistas sobre el estado de Veracruz, donde don Venustiano Carranza había formado su reducto.

El general Villa hacía los preparativos de marcha, cuando tuvo noticias de que el presidente Eulalio Gutiérrez estaba en inteligencia con el enemigo.

VILLA DESCONFIABA DEL PRESIDENTE GUTIÉRREZ

Desde unas cuantas horas después de la llegada de la División del Norte a la Ciudad de México, el jefe de las operaciones y el encargado del Poder Ejecutivo habían celebrado varias conferencias durante las cuales habían discutido con acaloramiento.

Villa pidió en varias ocasiones al general Gutiérrez la debida integración del gabinete presidencial. Sin embargo, Gutiérrez no sólo no cumplía, sino que dejaba correr los rumores de que el general en jefe de la División del Norte pretendía manejarlo a su antojo.

Pero las dificultades entre Villa y Gutiérrez eran del momento; la División del Norte parecía indivisible, hasta cuando los generales Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, este último que ocupaba la cartera de Guerra en el gabinete gutierrista, lanzaron el grito de rebelión, pretendiendo ser los abanderados de un nuevo movimiento independiente, contrario a los intereses de la Convención y de Carranza.

Pero Aguirre Benavides y Robles sufrieron un duro descalabro en San Felipe Torres Mochas, cuando apenas iniciaban su aventura y donde fueron derrotados por las fuerzas a las órdenes del general convencionista Agustín Estrada.

Y mientras que esto sucedía en el centro de la República, en la capital, el general Francisco Villa, sintiéndose poseedor de las pruebas de que el presidente Gutiérrez se encontraba en pláticas con el general Álvaro Obregón para abandonar la capital, rodeó con sus dorados la residencia del encargado del Poder Ejecutivo y, resuelto a aclarar la situación, hizo conocer a Gutiérrez las pruebas que tenía para dudar de su fidelidad a la Convención.

El presidente de la República, quien se encontraba rodeado de varias personas y entre ellas el licenciado José Vasconcelos, con todo valor contestó al jefe de la División del Norte que, en efecto, había resuelto abandonar la Ciudad de México.

UNA VIOLENTA DISCUSIÓN

Dos fueron las razones que el general Gutiérrez expuso al general Villa para haber tomado la resolución de abandonar la ciudad. La primera, que no esta-

ba dispuesto a que sobre su gobierno cayera la responsabilidad de los desmanes que llevaban a cabo algunos jefes militares, y entre ellos Rodolfo Fierro, quien acababa de asesinar al delegado convencionista David Berlanga. La segunda, que consideraba que su autoridad era burlada constantemente.

El general Villa, todavía sereno, le ofreció toda su ayuda para remediar la situación. Le pidió que abandonara la idea de marchar, le expresó el odio que sentía para quienes traicionaban una causa. Pero a las razones del guerrillero, el general Gutiérrez, con tono de desafío, contestó:

—*Ya he dicho que me voy, y me iré ¡aunque sea en burro!*

—*Señor, ¿por qué se empeña usted en que tengamos nuevas guerras, cuando todo lo podemos arreglar tranquilamente? ¿Por qué se empeña usted en desconocer a la Convención, que es la verdadera expresión del pueblo?* —le contestó Villa.

—*¡Ya he dicho que me voy!* —repitió el presidente.

—*¡Pues no se irá usted!* —gritó el general en jefe, alzando la voz y mostrando sus ojos inyectados.

—*¡Me iré aunque sea en burro!* —sostuvo con energía Gutiérrez.

Fue aquel un momento terrible.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de septiembre de 1932, año VI, núm. 10, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

GONZÁLEZ GARZA RELATA LA FUGA DE EULALIO GUTIÉRREZ

LEY MARCIAL Y EJECUCIONES DE LADRONES

González Garza, como presidente de la Convención, dictó órdenes enérgicas al quedar abandonada la capital del país

CAPÍTULO VIII

—*Pero señor* —insistía el Gral. Francisco Villa, dirigiéndose al general Eulalio Gutiérrez, presidente de la República—, *si aquí estoy yo para darle todo mi apoyo, para que su gobierno pueda ir adelante. Si todo lo que yo le pido es que cumpla con los acuerdos de la Convención. ¿Por qué, pues, se quiere ir usted?*

—*Ya dije y lo repito, que aunque sea en burro, me iré* —confirmó el presidente Gutiérrez.

Y el incidente entre el jefe de la División del Norte y el encargado del Poder Ejecutivo, que por momentos estuvo a punto de terminar trágicamente,

quedó al fin solucionado gracias a la intervención pacífica y amistosa de varias personas que se encontraban presentes.

Gutiérrez ofreció permanecer en la Ciudad de México, mientras que el general Villa anunció que marcharía al norte del país, debido a que tenía informes en el sentido de que el general Antonio I. Villarreal amagaba Torreón, la base de operaciones de la División del Norte.

La inesperada marcha de Villa entorpeció las operaciones que se tenían proyectadas sobre el puerto de Veracruz, donde Carranza se había refugiado. Las fuerzas zapatistas habían capturado la ciudad de Puebla, pero pocos días después la perdieron ante el avance del general Álvaro Obregón, quien había logrado organizar una columna de cerca de diez mil hombres.

LA ASAMBLEA PLENA DE LA CONVENCION

Las dificultades entre Villa y Gutiérrez y la fuga del general Martín Espinosa, presidente de la Comisión Permanente de la Convención, hicieron que el general Roque González Garza, en su calidad de vicepresidente de dicha comisión, convocara a los miembros para iniciar los trabajos, con el fin de proponer la inmediata reunión de la asamblea plena de la Convención.

Reunidos los miembros de la Permanente, nombraron a González Garza presidente, en sustitución del general Espinosa, al mismo tiempo que lo autorizaban para invitar a todos los generales a fin de que directa o indirectamente se hicieran representar en la asamblea plena. Y mientras que llegaba el día de la solemne apertura del nuevo periodo de sesiones de la Soberana Convención, los rumores de que el general Gutiérrez continuaba en pláticas con el enemigo, se acentuaban.

El 10 de enero de 1915 fue la apertura del nuevo periodo de sesiones de la Soberana Convención, y el general González Garza fue electo presidente de la asamblea.

EULALIO GUTIÉRREZ

Iniciaban los convencionistas sus trabajos, cuando el presidente Eulalio Gutiérrez abandonó la Ciudad de México.

Como a las dos de la mañana del 16 de enero, el presidente de la Convención se dio cuenta de un inusitado movimiento de fuerzas frente al hotel Lascuráin, donde se encontraba alojado. Extrañado del continuo paso de tropas convencionistas a esa hora, González Garza ordenó a uno de sus ayudantes que se informara qué era lo que acontecía.

Los informes de que el general Gutiérrez había salido de la ciudad de México, acompañado de la mayor parte de los miembros de su gabinete y seguido de las fuerzas de la guarnición a las órdenes de los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, secretario y subsecretario de Guerra y Marina, respectivamente, causaron enorme sorpresa al general González Garza.

A las cuatro de la mañana, la noticia de la fuga del general Gutiérrez quedó plenamente confirmada. La Ciudad de México había quedado completamente abandonada, máxime que las pocas fuerzas zapatistas que se encontraban en la capital, al tener conocimiento de la fuga del presidente habían salido precipitadamente hacia el sur.

En la capital, y como únicos representantes del gobierno convencionista, sólo quedaban los delegados a la Convención, la mayor parte de los cuales al sentir el movimiento de Gutiérrez se habían apresurado a ponerse a contacto con González Garza. En vista de la circunstancias y como presidente de la Soberana Convención, González Garza resolvió hacerse cargo de la situación, dictando, como primera medida, un decreto estableciendo la ley marcial en la Ciudad de México.

UNA DESERCIÓN

Redactaba González Garza el decreto, cuando frente al hotel Lascuráin hizo alto un grupo como de cincuenta hombres montados.

Ignorando los propósitos del grupo armado, el presidente de la Convención, temeroso de que se pretendiera consumir algún atentado, juntamente con los miembros de su Estado Mayor, se dispuso a la defensa.

Sin embargo, grande fue su sorpresa cuando el oficial a cuyas órdenes estaban los hombres armados, se le presentó para informarle que había desertado de las fuerzas de la brigada Zaragoza que había salido juntamente con Gutiérrez, para ponerse a las órdenes del presidente de la Convención.

Eran éstas las únicas fuerzas militares de que disponía González Garza en las primeras horas del día 16 y cuando la situación en la capital parecía caótica. Después de un cambio de impresiones con los delegados a la Convención que se había reunido en el hotel Lascuráin, el general González Garza resolvió salir a las calles de la capital al frente de las cortas fuerzas de que disponía para imponer el orden.

Los informes que constantemente recibía indicaban que la situación en la capital era a cada momento más difícil. En los barrios bajos, el pueblo, amenazador, recorría las calles. En el distrito comercial, grupos de individuos armados intentaban forzar las puertas de los grandes almacenes y las joyerías.

Y mientras que en las esquinas era fijado el decreto de la ley marcial, el presidente de la Convención, escoltado por los hombres armados que tenía a sus órdenes, salió del hotel, recorriendo las calles, disolviendo los grupos sospechosos y aprehendiendo a numerosos individuos.

En la esquina de las calles de Tacuba e Isabel la Católica fue detenido un grupo de individuos que asaltaban una joyería y fusilados en el acto, cuatro de ellos, en el mismo lugar.

UN REFUERZO INESPERADO

Recorrido el distrito comercial de la Ciudad de México y establecida la vigilancia a fin de evitar nuevos desórdenes, el general González Garza volvió al hotel Lascuráin, donde poco después se le presentó el general Manuel Medinaveytia.

—*Tanto el general Agustín Estrada como yo, estamos a sus órdenes* —le dijo Medinaveytia al presidente de la Convención, al mismo tiempo que le hacía saber que a unos cuantos kilómetros al oeste de la Ciudad de México, se encontraban cinco mil hombres de caballería dispuestos a sostenerlo.

González Garza sugirió entonces a Medinaveytia la conveniencia de destacar fuerzas para batir a la retaguardia de las tropas que habían acompañado a Gutiérrez. Acababa González Garza de recibir el apoyo de los cinco mil dragones de los generales Estrada y Medinaveytia, cuando se le presentó el general zapatista Manuel Palafox.

El general Palafox pretendía, en aquellos momentos terribles, quedar dueño de la situación, apoyándose en los grupos zapatistas que poco a poco

habían regresado a la capital después de haber huído al sentir la salida del general Gutiérrez. Pero González Garza, con toda energía, hizo saber a Palafox que no estaba dispuesto a permitir que en esos momentos se hiciera política de ninguna naturaleza.

—*Como presidente de la Convención, y ante la fuga vergonzosa de Gutiérrez, me creí en el deber de asumir la responsabilidad del momento; estoy dispuesto a obrar con mano de hierro y desde esta hora hasta las cuatro de la tarde, no permitiré que se altere el orden en ningún sentido. Después de las cuatro será la Convención la que determine lo que haya que hacer* —dijo enérgicamente a Palafox.

Y después de este incidente con el general zapatista, González Garza hizo un nuevo recorrido por las calles de la Ciudad de México, logrando restablecer el orden en algunos barrios bajos donde se habían registrado varios asaltos.

VUELVÉ LA NORMALIDAD

Al mediodía, cuando los habitantes de la Ciudad de México se sentían aliviados de la incertidumbre provocada por la salida de Gutiérrez, el general Roque González Garza se instaló en el palacio municipal, procediendo al nombramiento de las autoridades civiles, encomendando el gobierno del Distrito Federal al ingeniero Vito Alessio Robles.

Así, a las cuatro de la tarde, cuando los delegados a la Soberana Convención se reunían para discutir y resolver la situación política, la vida en la capital había sido normalizada: almacenes de ropa, bancos, joyerías, habían abierto sus puertas. Ante los convencionistas, el general González Garza, informó debidamente sobre los acontecimientos que se habían registrado desde que el general Eulalio Gutiérrez, presidente de la República, había llegado a la Ciudad de México, hasta los momentos terribles que habían seguido a su fuga de la capital.

Explicó el general las causas del distanciamiento entre los generales Villa y Zapata y el presidente Gutiérrez; se refirió a las pruebas que poco después habían de ser confirmadas sobre el entendimiento entre Gutiérrez y el enemigo; sobre la pretensión del primer presidente convencionista de formar un tercer grupo político, y, por fin, habló de la fuga del encargado del Poder Ejecutivo y de la situación que había reinado en la capital en las primeras horas del día, como consecuencia de la salida de las tropas gutierristas y zapatistas.

Después de escuchar el informe del presidente de la Convención, los asambleístas determinaron que había llegado el momento de nombrar el sustituto del general Eulalio Gutiérrez, considerando que la fuga del presidente no había menoscabado la legalidad de la convención, toda vez que la inmensa mayoría de los delegados estaba presente. Inmediatamente los delegados procedieron a dar candidatos para la presidencia, figurando entre ellos Roque González Garza. A fin de dejar en completa libertad a la asamblea en la discusión de los candidatos, González Garza se retiró de la sesión, para continuar despachando los asuntos que tenía pendientes en el palacio municipal.

UNA CONFERENCIA CON VILLA

Desde las primeras horas del día 16, el general González Garza había tratado de ponerse en comunicación telegráfica directa con el jefe de la División del Norte, a fin de ponerlo al corriente de los acontecimientos registrados en la ciudad. Pero no fue sino hasta las cinco de la tarde y en los momentos que los convencionistas discutían acaloradamente las personalidades de los candidatos a la presidencia, cuando logró ponerse en comunicación con Villa.

El general Villa acababa de llegar a Aguascalientes. Con todo detenimiento, le informó el presidente de la Convención sobre la salida del general Eulalio Gutiérrez, sobre la forma como había sido dominada la situación en la capital; de la actitud de los generales Medinaveytia y Estrada; de la forma como habían sido designadas las autoridades civiles en el Distrito Federal y, por fin, de la sesión de la Convención que se efectuaba en esos momentos.

Villa se mostró vivamente interesado en conocer todos los detalles de la fuga de Gutiérrez, pidiendo a González Garza que hiciera saber a los convencionistas que respetaría la voluntad de la asamblea y que acataría las órdenes de quien fuera nombrada para sustituir al general Eulalio Gutiérrez.

Después de recibir estas instrucciones del Jefe de la División del Norte, González Garza pidió a Villa que ordenara que los cinco mil soldados que se encontraban en el Distrito Federal a las órdenes de Medinaveytia y Estrada, permanecieran de guarnición en la capital.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 2 de octubre de 1931, año VI, núm. 17, p. 1.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

ROQUE GONZÁLEZ GARZA EN LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

AL HUIR EULALIO GUTIÉRREZ, LA CONVENCION
LO DESIGNÓ JEFE DEL PODER EJECUTIVO

El nuevo presidente designó desde luego su gabinete
y dedicó los primeros días de su gobierno a reorganizar
las diferentes ramas de la administración y atender numerosos problemas

CAPÍTULO IX

A la petición hecha por el general Roque González Garza para que ordenara que los cinco mil hombres a las órdenes de los generales Manuel Medinaveytia y Agustín Estrada permanecieran en el Distrito Federal, el general Francisco Villa, jefe de la División del Norte, hizo saber la imposibilidad de acceder a la petición, toda vez que consideraba que los miles de hombres pertenecientes a las fuerzas surianas eran suficientes para mantener a la capital a salvo de cualquier intento de avance de los carrancistas.

El general Villa explicó a su representante que después de la derrota sufrida por el general Rodolfo Fierro al perder la ciudad de Guadalajara, había resuelto ponerse él, personalmente, al frente de la campaña en el Occidente hasta batir y destruir a las fuerzas de los generales Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía que se habían unido para hacer frente a los norteños en el estado de Jalisco.

Insistió todavía el general González Garza, haciendo ver a Villa la conveniencia de que los generales Medinaveytia y Estrada dieran protección a la Soberana Convención. Pero a esta razón, el jefe de la División del Norte contestó que la asamblea debería trasladar su asiento a cualquier ciudad en el norte del país, donde no tendría que estar expuesta a las necesidades de la campaña.

—*El señor que resulte presidente y los señores convencionistas estarán más seguros en el territorio dominado por la División del Norte, mientras que el general Zapata en el sur y yo aquí continuamos batiendo a los carrancistas. Cuando ya los hayamos derrotado, el señor presidente y la Convención podrán volver a la ciudad de México* —propuso Villa.

Y como González Garza indicara agrado por la sugestión, el guerrillero continuó.

—*La Convención no debe estar expuesta a los peligros de la campaña si se viene al norte, tampoco tendremos necesidad de distraer fuerzas para protegerla.*

Y como consecuencia de la orden del general en jefe de la División del Norte, horas después se embarcaron las fuerzas de Medinaveytia y de Estrada con destino a Irapuato, a donde debía de unirse el grueso de la tropa villista, para seguir hacia Jalisco.

ELECTO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El general González Garza continuó despachando en el palacio municipal hasta cerca de las ocho de la noche, cuando una comisión de delegados de la Soberana Convención le hizo saber que la Convención lo había hecho sustituto del general Eulalio Gutiérrez.

Eran las ocho de la noche, cuando Roque González Garza otorgó la protesta de ley ante la Soberana Convención como encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

Después de rendir la protesta, González Garza explicó a la asamblea cuál sería su programa de gobierno, así como también dio a conocer la sugestión del general Villa para que la capital de la República fuera trasladada a una ciudad del norte del país, pero la asamblea se mostró adversa a esta idea.

Los delegados zapatistas, sobre todo, hicieron ver la conveniencia de que la capital continuara en la Ciudad de México, y que en caso necesario fuera cambiada a alguna ciudad en el sur, donde las fuerzas del general Emiliano Zapata ofrecían todo género de seguridades.

LOS PRIMEROS ACUERDOS DEL NUEVO PRESIDENTE

Dos fueron los acuerdos expedidos por González Garza inmediatamente después de hacerse cargo de la presidencia de la República.

El primero fue ratificar el nombramiento del general Francisco Villa como jefe de las Operaciones Militares en toda la República. El segundo fue expedir una circular ordenando que el más alto empleado de cada secretaría de Estado se hiciera cargo provisionalmente del ministerio.

El nuevo Presidente quiso, con esta medida, reorganizar rápidamente la administración pública, esperando organizar su gabinete definitivo hasta después de haber cambiado impresiones con los principales elementos de la revolución.

Conforme a la circular expedida por el general González Garza el gabinete, integrado por encargados del Despacho quedó organizado así:

Alfredo Guichenne, encargado de la Secretaría de Gobernación; licenciado Ismael Palafox, encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores; J. Ramos Roa, encargado de Educación Pública; licenciado Miguel Mendoza Sch., de Justicia; licenciado Manuel Padilla, de Hacienda; ingeniero A. Castilla, de Comunicaciones; ingeniero Carlos Patoni, de Fomento; general Alfredo Serratos, de Guerra y Marina, e ingeniero Adalberto Hernández, de Agricultura y Fomento.

Integrado el gabinete, el primer objetivo del presidente González Garza fue la reorganización de la hacienda y los servicios públicos.

EL PROBLEMA MILITAR

El día 17, y después de haber causado un serio descalabro a las fuerzas del general Eulalio Gutiérrez en las cercanías de Pachuca, acabaron de salir de la capital, con destino a Irapuato, las fuerzas del general Agustín Estrada.

La capital quedó guarnecida por los revolucionarios surianos y por quinientos norteños que quedaron en calidad de escolta personal del presidente.

El nuevo encargado del Poder Ejecutivo inició sus trabajos de reorganización de la administración pública mientras que la Soberana Convención empezó a discutir los grandes problemas de carácter social y económico que se habían trazado en su programa.

Pero los trabajos de los convencionistas en la Ciudad de México no pudieron progresar debido al problema militar que se presentó como consecuencia del avance iniciado por la fuerzas carrancistas a la órdenes del general Álvaro Obregón. Éste, apenas tuvo conocimiento de la fuga de Gutiérrez, emprendió desde el oriente un avance cauteloso sobre la Ciudad de México.

Los zapatistas habían organizado una línea de defensa a lo largo del Canal del Desagüe, y todo hacía creer que el avance de los carrancistas se estrellaría ante esta gran línea defensiva de la capital.

Los convencionistas tenían, hasta los últimos días de enero, gran confianza en los defensores de la capital, máxime que el general Manuel Palafox, jefe de las fuerzas zapatistas en la Ciudad de México, informaba diariamente tanto al presidente González Garza como a los convencionistas de triunfos obtenidos en el frente de batalla contra las tropas del general Obregón.

Sin embargo, bien pronto se descubrió que los informes de Palafox eran inexactos, toda vez que los zapatistas habían sufrido serios reveses y los carrancistas continuaban avanzando.

Cuando el 27 de enero el presidente González Garza descubrió que los informes que el general Palafox había rendido eran inexactos, ya que los obregonistas había rebasado la línea de defensa en el Canal de Desagüe, se presentó ante los convencionistas para denunciar a Palafox, dar cuenta precisa de la situación y pedir autorización para ponerse al frente de las tropas.

Pero los esfuerzos del general González Garza resultaron inútiles, debido a las grandes ventajas que habían obtenido los carrancistas y la imposibilidad de resistir dentro de la capital el ataque de los diez mil hombres a las órdenes de Obregón.

Fue entonces cuando la Soberana Convención resolvió trasladar el asiento del gobierno convencionista a la ciudad de Cuernavaca.

LA EVACUACIÓN

En las primeras horas del día 28, los empleados de la administración empezaron a mover los archivos del gobierno hacia el sur.

Por la noche del mismo día, la Ciudad de México había sido prácticamente evacuada. Las fuerzas carrancistas se encontraban a las puertas de la vieja capital.

Al día siguiente, y cuando las avanzadas carrancistas entraban por la avenida Peralvillo, el general Roque González Garza, personalmente, cerró las puertas del Palacio Nacional acompañado de su escolta. El Presidente permaneció en el Zócalo hasta tener a unos cuantos metros de distancia a las avanzadas carrancistas y, después de un corto tiroteo, se retiró hasta la villa de San Ángel, estableciendo provisionalmente sus oficinas en San Ángel Inn.

Tres días permaneció el presidente de la República en San Ángel Inn, mientras que las fuerzas zapatistas organizaban las operaciones de la Ciudad de México, empezando así el famoso sitio de los cuarenta días.

Y mientras que González Garza cooperaba en el establecimiento del cerco a las fuerzas carrancistas, la Soberana Convención reanudaba sus trabajos en la ciudad de Cuernavaca.

Cuando el presidente abandonó San Ángel Inn para marchar a la capital del estado de Morelos, donde había de tener asiento su gobierno, la Ciudad de México se encontraba totalmente rodeada por fuerzas zapatistas.

González Garza llegó el 2 de febrero a Cuernavaca, instalándose un despacho en el viejo palacio de Cortés.

EL PROBLEMA HACENDARIO

Al quedar establecido en Cuernavaca el gobierno convencionista, surgió pavorosamente el problema relacionado con la hacienda pública.

La tesorería del gobierno se encontraba exhausta, habiendo renunciado el presidente González Garza, como un muestra de honradez, a las facultades

extraordinarias en el ramo de hacienda que había solicitado el gobierno del general Eulalio Gutiérrez y, por lo tanto, habiendo dejado sin efecto el decreto por el cual se autorizaba al gobierno convencionista para emitir cincuenta millones de pesos en papel moneda.

Ante la difícil situación económica reinante y ante las constantes demandas de dinero de los jefes surianos, la Soberana Convención reunida en Cuernavaca expidió un decreto autorizando la inmediata emisión de veinte millones de pesos, pudiéndose así, poco tiempo después, solventar las necesidades económicas del gobierno convencionista.

Pero si la situación económica era difícil; en cambio el panorama político y militar indicaba, cuando menos, aparentemente, el triunfo de los convencionistas.

Políticamente, el encargado del Poder Ejecutivo estaba en constante comunicación con veintiún gobernadores de un igual número de estados, bajo el dominio de las fuerzas del norte y del sur.

Militarmente, mientras que la Ciudad de México, donde se encontraba el general Álvaro Obregón al frente de nueve mil hombres, hallábase sitiada con quince mil zapatistas, el general Francisco Villa, jefe de las operaciones militares en la República, combatía victoriosamente en siete frentes.

En los primeros días de febrero de 1915 y después de la batalla de la Alta Cuesta de Sayula, el general Villa quedaba prácticamente dueño de toda la costa occidental, mientras que al noreste, las fuerzas carrancistas sufrían fuertes descalabros.

El sitio a la Ciudad de México no se llevaba a cabo, sin embargo, en manera que significara un rápido triunfo. A pesar del gran número de zapatistas que asediaban la vieja capital, el general Obregón continuaba recibiendo víveres y pertrechos de guerra del puerto de Veracruz, donde Venustiano Carranza tenía establecido su cuartel general.

LOS TERRIBLES DÍAS DEL SITIO

Comprendiendo la necesidad de estrechar el sitio sobre México, el presidente González Garza su dirigió urgentemente al general Emiliano Zapata, ordenándole que dictara las medidas necesarias para aislar a Obregón de sus fuentes de aprovisionamientos.

Ante el apremio de González Garza, el general Zapata dio órdenes terminantes para iniciar una ofensiva sobre la capital.

Al mismo tiempo, el encargado del Poder Ejecutivo ordenó que las brigadas a las órdenes de los generales Andrew Almazán, Casarín, Argumedo, Banderas, Pérez y Alatorre, que se encontraban bajo sus inmediatas órdenes, participaran enérgicamente en la ofensiva.

El sitio de México fue estrechado y el general Obregón quedó completamente aislado. A los veinte días de sitio, la situación de la vieja capital era terrible. No solamente faltaban víveres sino también agua, debido a que había sido cortado el acueducto de Xochimilco. Las fuerzas sitiadoras ocupaban todos los pueblos cercanos a la capital: Xochimilco, Tlalpan, San Ángel, Texcoco y Tlalnepantla.

González Garza no se limitaba a despachar en el palacio de Cortés, en Cuernavaca, sino que con frecuencia recorría la línea de combate en donde se luchaba día y noche.

El cerco de la ciudad de México era tan estrecho que los carrancistas habían sido reducidos a los valles de la capital. Era así como enviados de González Garza podían entrar a la ciudad y sacar el papel y tinta necesarios para la impresión de billetes, que se hacía en Toluca.

Seis días después de que el acueducto de Xochimilco había sido cortado, numerosas personas de la capital y algunos diplomáticos se dirigieron al encargado del Poder Ejecutivo, pidiendo que se devolviera el agua potable, a lo que accedió González Garza como un acto humanitario, como también permitió que las ambulancias de la Cruz Roja Mexicana cruzaran las líneas de defensa, para atender a los heridos y a pesar de que Carranza había prohibido que la Cruz Roja Americana entrara al centro del país con fines humanitarios.

LA AVENTURA DE GERTRUDIS SÁNCHEZ

Y mientras que continuaba el asedio a la Ciudad de México, el presidente se dirigió al general Francisco Villa, ordenándole que inmediatamente iniciara una fuerte ofensiva contra las fuerzas de Gertrudis Sánchez, debido a que éste no había cumplido el compromiso contraído con la Convención.

El general Gertrudis Sánchez había sido, hasta los primeros días de 1915, uno de los más ardientes partidarios de la Convención. Amigo personal de

González Garza, había puesto a éste al corriente del ofrecimiento que le había hecho Carranza, consistente en la banda de divisionario si abandonaba a los convencionistas. Sánchez había rehusado en un principio el ofrecimiento de Carranza, pero finalmente se había unido al constitucionalismo llevándose a varios miles de hombres y a sus principales lugartenientes, generales Joaquín Amaro y a Alfredo Elizondo.

Fue al saber la defección de Sánchez cuando el Encargado del Poder Ejecutivo ordenó la ofensiva. Las fuerzas de la División del Norte se lanzaron furiosamente sobre el estado de Michoacán, dominándolo en poco tiempo y terminando la campaña con la muerte del propio Sánchez en un combate.

Las fuerzas de Sánchez a las órdenes de Amaro y Elizondo, que lograron salvarse del desastre, abandonaron Michoacán aproximándose a Toluca e iniciando pláticas por conducto del gobernador del Estado de México, coronel Gustavo Baz, con el gobierno convencionista.

Las negociaciones con el general Elizondo estaban por terminarse cuando el 10 de marzo en la noche, el general Obregón evacuó la Ciudad de México, después de un sitio de cuarenta días.

Debido que los zapatistas permitieron que el jefe de las fuerzas constitucionalistas abandonara tranquilamente la vieja capital, los carrancistas pudieron llevar consigo todo su material de guerra, llegando, sin ser perseguidos, hasta Tula. De Tula continuó el general Obregón hasta Cazadero, donde el día 21 se le incorporaron los generales Amaro y Elizondo, quienes suspendieron sus pláticas con el gobernador del Estado de México para dar su adhesión definitiva al carrancismo.

Este esfuerzo llegó a Obregón en los momentos más difíciles del carrancismo, cuya columna poderosa avanzaba hacia el centro del país con la intención de unirse a las fuerzas de Diéguez y Murguía, que a la sazón se encontraban en Colima después del desastre de Sayula.

DE NUEVO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Evacuada la Ciudad de México, el 11 de marzo el presidente Roque González Garza se instaló nuevamente en el Palacio de Covián, en la avenida Bucareli.

Respetando al ayuntamiento presidido por el Dr. Venegas, que había sido establecido por don Venustiano Carranza desde agosto de 1914, González

Garza procedió, en primer lugar, al nombramiento de algunas autoridades y entre ellas al gobernador del Distrito Federal, en virtud de que el ingeniero Vito Alessio Robles no había seguido al gobierno convencionista. El general Gildardo Magaña fue designado sustituto de Alessio Robles.

Al regresar a la capital, el encargado del Poder Ejecutivo procedió a ayudar a las clases pobres, que habían sido las más afectadas durante el sitio de la ciudad, estableciendo numerosos puestos donde se proporcionaba artículos de primera necesidad.

Además, se ocupó en el abastecimiento de parque para las fuerzas zapatistas, presentándose nuevamente en forma pavorosa el problema económico. El gobierno de la Convención carecía de dinero para hacer frente a las necesidades más imperiosas, pudiendo, al fin, salvar la crisis gracias a las medidas de rigor administrativo dictadas, sin tener que recurrir a los préstamos forzados.

Restablecido el gobierno convencionista en la Ciudad de México, el general González Garza pudo comunicarse directamente con el general Villa y con los gobernadores de los estados.

UNA AMENAZA DE WOODROW WILSON

Cuando los convencionistas dominaban más de las tres cuartas partes del país, el ministro de Brasil y encargado de los intereses norteamericanos en México, J. M. Oliveira de Cardoso, entregó al presidente del República una nota del presidente Wilson, haciendo un llamamiento a todos los jefes revolucionarios para poner fin a la guerra civil, estableciendo un gobierno que satisficiera a todos los partidos y amenazando con una intervención.

El encargado del Poder Ejecutivo contestó la nota de Wilson, por conducto del ministro brasileño, aceptando los propósitos de unificación y paz nacionales, pero rechazando de una manera solemne la amenaza de intervención en México.

Al mismo tiempo, y como consecuencia del llamamiento del mandatario norteamericano, González Garza se dirigió a Venustiano Carranza, proponiéndole concertar inmediatamente a la paz, bajo las siguientes condiciones:

Nombramiento inmediato de un presidente constitucional, que podía ser el mismo Carranza, ofreciendo González Garza retirarse a la vida privada;

formación de un gabinete de coalición con dos ministros carrancistas, dos zapatistas, dos de la División del Norte y tres independientes.

Y como garantía de su proposición, el encargado del Poder Ejecutivo, propuso: 1. Pactar un armisticio a fin de poner fin a la guerra civil inmediatamente; 2. Neutralizar el Distrito Federal para que los delegados de todas las facciones se reunieran libremente; y 3. Restablecer todas las comunicaciones en el país.

Pero todas las buenas intenciones de paz y concordia del general González Garza, que hubieran dado fin en unas cuantas horas a la guerra civil y que hubieran evitado las sangrientas batallas de Celaya, de Trinidad, de León, de Aguascalientes, de Ébano, de Valle Santiago y de Hermosillo, no recibieron la menor respuesta de don Venustiano.

LA INVESTIGACIÓN DE DUVAL WEST

Y cuando la esperanza de la paz quedó frustrada por el inexplicable silencio del Primer Jefe, llegó a la Ciudad de México *mister* Duval West, en calidad de agente confidencial de la Casa Blanca.

Mister West fue recibido con todo género atenciones, dándosele toda clase de facilidades a fin de que pudiera enterarse a sus anchas de la verdadera situación político-militar del país.

Después de permanecer varios días en la capital, el agente confidencial de Wilson salió para Morelos, con el fin de conferenciar con el general Emiliano Zapata y de recorrer los campamentos surianos.

Cuando West terminó sus investigaciones, hizo una visita al general González Garza, diciéndole francamente:

—*Creo, señor presidente, que del lado de usted está la razón.*

Y a continuación el representante de Washington observó:

—*Estamos en vísperas de conocer el resultado de una gran batalla; si el ejército a las órdenes de usted triunfa en el centro del país, yo tendré el gusto de darle, dentro de pocos días, una muy buena noticia...*

West sonrió significativamente. Sus palabras indicaban que si el general Francisco Villa, el jefe de las operaciones militares en la República, triunfaba en la gran batalla que era esperada de un momento a otro en el Bajío, el gobierno de la Soberana Convención sería reconocido como gobierno *de facto*

por la Casa Blanca y, como consecuencia de la visita de West, el gobierno de la Convención, por vez primera, se dirigió a la cancillería norteamericana, dando a conocer los principios y propósitos políticos y sociales de los convencionistas.

Mientras tanto, el momento de la gran batalla se aproximaba.

El general Álvaro Obregón, al frente de diez mil hombres, se encontraba en Querétaro, después de un combate en San Juan del Río.

El general Francisco Villa, sólo con seis mil hombres, había establecido su cuartel general en Irapuato, esperando la concentración de sus fuerzas.

Los jefes militares de las dos facciones se encontrarían frente a frente de un momento a otro.

(Concluirá el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 9 de octubre de 1932, año VI, núm. 24, pp. 1-2.

ROQUE GONZÁLEZ Y EL CONVENCIONISMO

CÓMO ESTRANGULÓ EL PODER DE VILLA EL GRAL. OBREGÓN

CULPAN DEL DESASTRE AL GRAL. ZAPATA

Los zapatistas, con irritante negligencia, permitieron que Obregón pudiera recibir elementos del Oriente, dice el relator

CAPÍTULO X Y ÚLTIMO

Mientras que el general Álvaro Obregón, al frente de su poderosa columna, avanzaba hacia el centro del país tratando de abrirse paso a la costa occidental, los zapatistas permanecían indiferentes en el Distrito Federal, sin hacer tentativa alguna por atacar la retaguardia de los carrancistas, y cuando lo hacían, forzados por González Garza, lo hacían débilmente.

A pesar del dominio absoluto de los zapatistas en los estados de México, Puebla y Morelos, el general Obregón podía comunicarse fácilmente con el

puerto de Veracruz por la vía de Pachuca, por lo cual, mientras que avanzaba, continuaba recibiendo refuerzos de soldados, de parque y armas.

En estas condiciones, y por considerar González Garza que hostilizando la retaguardia de la columna carrancista y cortándola de su fuente de aprovisionamientos, el general Obregón se vería muy debilitado e incapaz de resistir el empuje de los soldados de la División de Norte, se dirigió al general Emiliano Zapata, ordenándole que inmediatamente procediera a cortar la vía de Pachuca y a destacar fuerzas en persecución del general Obregón.

Pero el general Zapata, a pesar de contar con más de treinta y cinco mil hombres disponibles para la campaña, toda vez que en el Valle de México no tenía enemigo al frente, no le dio la importancia que merecía a la orden del encargado de Poder Ejecutivo. Este fue el principio del desastre que poco después ocurriría en el estado de Guanajuato.

Como consecuencia de esta actitud del zapatismo, el general González Garza celebró una conferencia con Zapata, durante la cual le exigió el pronto cumplimiento de la orden, pero ni así el caudillo suriano se resolvió a emprender la ofensiva, ignorándose siempre la causa de indolencia tan perjudicial para los ejércitos convencionistas.

VILLA Y OBREGÓN, FRENTE A FRENTE

Libre así de todo enemigo en su retaguardia, el general Obregón inició el 1 de abril su avance de Querétaro a Celaya, a donde llegó el día 4, destacando desde luego dos columnas de caballería, una a las órdenes de los generales Joaquín Amaro y Alfredo Elizondo hacia Acámbaro, y la otra a las órdenes de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa hacia Dolores Hidalgo.

Villa, con sus seis mil hombres, permaneció en Irapuato, en espera de las tropas que habían de incorporarse para enfrentarse al general Obregón. El momento de una gran batalla estaba más cercano que nunca y así lo comunicó el jefe de las operaciones al encargado de Poder Ejecutivo, quien le recomendó calma, sugiriéndole la conveniencia de retirar tropas suficientes de todos los frentes para dar una batalla decisiva.

El día 5 de abril, Obregón y Villa se preparaban. El jefe de los constitucionalistas creía que el general Villa lo atacaría en Celaya, procediendo a atrincherarse; pero las intenciones del guerrillero no eran esas, toda vez que

sabía que Obregón sólo pretendía abrirse paso hacia la costa occidental. Así, Villa esperaba tranquilamente la concentración de su gente y, sobre todo, la llegada del general Felipe Ángeles.

El general Obregón continuó haciendo preparativos de defensa, pero también calculando sus proyectos de avance, situó a la caballería del general Fortunato Maycotte, con extrema vanguardia en estación Guaje.

Pero el destino, según la expresión de González Garza, determinó otra cosa, y los planes de ambos generales se vieron frustrados por un incidente sin importancia, que había de ser motivo de una batalla general.

En las primeras horas del día 6 de abril, un grupo de villistas que trataba de acercarse a Guaje tuvo un ligero tiroteo con las avanzadas de Maycotte. Al tiroteo de las avanzadas acudieron otros grupos villistas y lo que había sido una simple escaramuza tomó proporciones de combate. Poco a poco fueron enardeciéndose los ánimos y cerca del mediodía, sin órdenes previas del general en jefe, los norteños se lanzaron furiosamente sobre las caballerías de Maycotte. El encuentro fue terrible y las caballerías carrancistas fueron aniquiladas, lográndose apenas salvar Maycotte, gracias a su caballo.

El general Villa, quien se encontraba en Irapuato, ignorante de lo que acontecía en Guaje, al tener las primeras noticias salió violentamente al lugar del combate, seguido del grueso de sus tropas, llegando al campo de la acción cuando Maycotte había sido ya destrozado y cuando las caballerías villistas, ante el triunfo obtenido y llenas de ardor bélico, se lanzaron, sin orden superior alguna, sobre un tren militar que había llegado en los últimos momentos del combate y que rápidamente retrocedió hacia Celaya.

LA TOMA DE LA PLAZA

Ante la victoria de Guaje y al ver el entusiasmo de su gente, el general Villa se sintió en aptitud de atacar inmediatamente a Celaya, a pesar de que el enemigo le esperaba en mayor número y perfectamente atrincherado. Era momento de ardor bélico, y la avalancha de los triunfadores era incontenible, y así llegó hasta las goteras del cuartel general constitucionalista.

Villa estaba frente a Celaya a las cuatro de la tarde, cuando la lucha se iniciaba, disponiendo rápidamente un asalto general de la infantería sobre las trincheras, mientras que lanzaba sus caballerías sobre las del general Cesáreo

Castro, que se encontraban en las calles de la población. El combate continuó durante toda la noche del seis, y los villistas se encontraban prácticamente dueños de la plaza. Al amanecer, Villa dio la orden para un asalto final. Las infanterías cargaron furiosamente sobre el sector a cargo del general Manzo y a las cinco de la mañana eran dueños de ellas. En el centro de la ciudad se seguía combatiendo.

Dos horas después las campanas de los templos eran tocadas a rebato. Los villistas eran dueños de Celaya.

EL DESASTRE VILLISTA

Informado del triunfo, el general Villa volvió rápidamente a Irapuato, con el fin de organizar nuevos contingentes del refresco para lanzarlos sobre Obregón, quien seguramente haría un supremo esfuerzo para abrirse paso.

Los carrancistas, completamente desmoralizados, estaban, en efecto, preparando la salida. Los generales se habían presentado a Obregón, haciéndole saber que no tenía parque y que consideraban indispensable una inmediata retirada. Pero el general Obregón, sereno, dijo a sus lugartenientes:

—*Pueden ustedes marcharse, si quieren, que yo me quedaré aquí...*

Además, Obregón les informó que de un momento a otro llegaría un tren con refuerzos, y así los convenció de que esperaran.

Y “el destino”, agrega González Garza, quiso que las palabras de Obregón resultaran proféticas. Quince minutos después, llegaba a Celaya un tren con varios millones de cartuchos y varios cientos de hombres. El entusiasmo de los constitucionalistas no tuvo límites y el general en jefe ordenó una contraofensiva. Los villistas, que se consideraban triunfantes, habían agotado su parque y, ante la terrible contraofensiva, se vieron en la necesidad de abandonar la plaza, y lo que había sido una victoria, se transformó en derrota.

El general Villa supo de la derrota en Irapuato; era la primera vez que la División de Norte era derrotada. El guerrillero estaba desesperado, y su desesperación fue mayor al saber que en las trincheras había muerto el general Agustín Estrada, considerado su brazo derecho. En el campo de batalla de Celaya, habían quedado más de dos mil quinientos muertos, que aumentaron cuando el general Obregón ordenó el fusilamiento en masa de dos mil villistas que había hecho prisioneros.

OTRA VEZ EL DESTINO...

Todos los detalles del primer combate de Celaya, los recibió en la Ciudad de México, directamente del general Villa, el presidente de la República.

Considerando que Villa lo atacaría nuevamente, el general Obregón se encerró en Celaya, perfeccionando sus trabajos de defensa. Del 7 al 13 de abril, el jefe de la División de Norte empezó a recibir refuerzos, y cuando tuvo a sus órdenes diez mil hombres y setenta cañones, considerándose fuerte, pero ofuscado por el despecho, dio órdenes para iniciar el ataque sobre el cuartel general carrancista.

Otra vez el destino determinó, dice González Garza, cosas distintas a las esperadas, ya que el general Felipe Ángeles a quien Villa esperaba para que tomara parte en la dirección de la batalla, quedó detenido en Torreón.

El día anterior al segundo combate de Celaya, el general Ángeles, que se encontraba en camino del norte al Bajío, cayó en Torreón de un caballo, sufriendo la luxación de un pie. Fue así como el militar de más talla en el villismo no pudo asistir a la gran batalla —una de las más grandes de las registradas en el continente americano. Al mediodía del día 13, la artillería villista, en la que tenía una gran confianza el general en jefe, quedó emplazada a cuatro kilómetros de Celaya, mientras que dos poderosas columnas de caballería avanzaron sobre los flancos de los sitiados. A las cinco de la tarde, la infantería villista en línea de tiradores avanzó resueltamente sobre las trincheras enemigas, y tras de un duelo de la artillería, se generalizó el combate.

NUEVA DERROTA

Cerca de la medianoche, la lucha era espantosa en todos los frentes. La plaza estaba completamente sitiada y los infantes del norte ocuparon posiciones a cuatrocientos metros de los carrancistas.

En la madrugada del día 14, Villa ordenó un asalto general. Sus tropas se lanzaron al combate, furiosa y ciegamente, seguras de la victoria, continuando así hasta las diez de la mañana, cuando el general Obregón tomó la contraofensiva y un hábil movimiento efectuado por las caballerías carrancistas al mando del general Cesáreo Castro, dio la victoria al constitucionalismo. Los villistas, destrozados, se retiraron; la Convención estaba condenada a morir.

El general Ángeles, al conocer en Torreón las noticias del desastre, se comunicó inmediatamente con Villa haciéndole saber que era improcedente seguir atacando a Obregón en la forma que se había hecho en los dos combates de Celaya y sugiriéndole la conveniencia de que cambiara de táctica. Le rogó que abandonara todos los ataques proyectados y que reuniera en León al mayor número de tropas para esperar la oportunidad de atacar a las fuerzas de Obregón en campo abierto.

Villa, en esta ocasión, comprendió su situación y aceptó que la precipitación en Celaya había sido la causa de su derrota; pero al mismo tiempo abrigó la creencia de que con nuevos elementos podría dar otra batalla, con probabilidades de triunfo.

SESENTA DÍAS DE COMBATES EN LA TRINIDAD

Fue así como se gestó la batalla de La Trinidad, que fue constituida por una serie de hechos de armas notables, ya que los combates se prolongaron por sesenta días. Villa había logrado reconcentrar treinta mil hombres, pero carecía de la artillería que había perdido en Celaya. Durante la batalla de La Trinidad, Obregón se vio en condiciones muy comprometidas, que logró salvar gracias a la apatía de los zapatistas que continuaban permitiendo que los constitucionalistas siguieran recibiendo refuerzos por la vía de Pachuca.

El presidente González Garza, al tener conocimiento de los desastres ocurridos, recordó a Villa que meses antes le había pedido que le enviara un núcleo de hombres a la Ciudad de México, para estimular a los zapatistas y hostilizar la retaguardia de Obregón. Pero el general Villa no comprendió la trascendencia de esta solicitud, sino hasta los combates de La Trinidad, destacando entonces a Rodolfo Fierro y a Canuto Reyes, al frente de tres mil hombres de caballería.

DIVISIONES EN LA CONVENCION

Y mientras que carrancistas y villistas peleaban en el Bajío, en la Ciudad de México la división entre los delegados norteños y surianos en la Convención era cada vez más profunda.

En los últimos días de mayo, el encargado del Poder Ejecutivo, de acuerdo con el sistema parlamentario aprobado por la Convención, propuso a la asamblea la integración de un nuevo gabinete, en la siguiente forma: secretario de Relaciones, licenciado Francisco Díaz Lombardo; de Hacienda, Francisco Escudero; de Comunicaciones, doctor José Luis Garza Cárdenas; de Gobernación, Francisco Lagos Cházaro; de Justicia, licenciado Miguel Mendoza López; de Fomento, general Otilio E. Montañó; de Guerra, general Francisco V. Pacheco; de Instrucción Pública, ingeniero Valentín Gama; y de Agricultura, general Trinidad A. Paniagua.

Los tres primeros ministros deberían fijar su residencia en Chihuahua, por tener ahí más facilidades para su labor administrativa, y el resto en la Ciudad de México.

Los secretarios nombrados, a excepción del ingeniero Gama, aceptaron la designación. Sin embargo, en el seno de la Convención, los líderes zapatistas provocaron una división, dando por resultado que no fueran ratificados todos los nombramientos, ya que sólo aprobó los de Pacheco, Díaz Lombardo, Escudero, Garza Cárdenas y Mendoza López. Además, inesperadamente, la Convención tomó un acuerdo trascendental.

LAGOS CHÁZARO, NUEVO PRESIDENTE CONVENCIONISTA

El 11 de junio, en la mañana, el general Roque González Garza fue informado oficialmente que la Soberana Convención había tomado un acuerdo, según el cual, modificaba el decreto por el cual él, González Garza, había sido declarado encargado del Poder Ejecutivo, por un año, y que había llegado el momento de nombrar nuevo presidente. Y el nombramiento recayó en el licenciado Francisco Lagos Cházaro, secretario particular de González Garza.

Conforme al acuerdo de la Convención, González Garza entregó el poder a las doce del día, y a las cuatro de la tarde ocupó un asiento en la Convención con su doble carácter de representante de Francisco Villa y de general.

Casi al mismo tiempo, el general Pablo González debidamente organizado en Puebla, gracias a la negligencia del ejército suriano, inició los ataques a la Ciudad de México. Diariamente se combatía en los alrededores de la capital. Pero en los últimos días de junio, el general González empezó una seria ofensiva por el norte de la ciudad, en donde se habían concentrado numerosos

elementos a las órdenes de los generales Federico Montes, Maximiliano Kloss, Juan Lechuga y Agustín Millán. Los carrancistas atacaron con tal decisión, que en un día pudieron llegar hasta Tlaxpana.

Ante la delicada situación militar, el encargado del Poder Ejecutivo, Lagos Cházaro, pidió a la Convención permiso para que el delegado González Garza abandonara su curul, porque deseaba darle el mando de las tropas convencionistas en el sector norte. González Garza abandonó el salón de sesiones para montar a caballo y ponerse al frente de las brigadas de los generales Banderas, Pérez y Casarín con contingentes surianos, y con toda rapidez organizó la defensa de la plaza. Se lanzó sobre los carrancistas y, tras infligirles tremenda derrota en Barrientos, logró conjurar el peligro del momento habiendo hecho cuatrocientos prisioneros, y persiguiendo a los restantes con tal ahínco que hizo retirar a Montes hasta Querétaro, a Lechuga y a Kloss hasta Pachuca, y a Millán hasta las cercanías de Toluca.

Después de la derrota causada a las fuerzas del general Pablo González, el ex presidente se ocupó en organizar una línea de defensa para el caso de que los carrancistas pretendieran sitiar la plaza. No había terminado las obras de defensa, cuando recibió aviso del general Francisco Villa, informándole que había destacado una columna a las órdenes del general Rodolfo Fierro, que llegaría hasta las puertas de la capital y a la que deberían unirse los elementos norteños que se encontraban en la capital, ponerse al frente de ella y avanzar rápidamente al centro del país, para hostilizar la retaguardia de Obregón.

El auxilio pedido al general Villa desde diciembre llegaba al fin, y al fin, también, se llevaría al cabo el plan que González Garza había proyectado desde meses antes.

HACIA EL NORTE

Cumpliendo con las órdenes del jefe de las operaciones en la República, el general González Garza abandonó la Ciudad de México al frente de las brigadas de los generales Estrada, Banderas, Casarín y Pérez. Tomando la vía del Central llegó hasta las cercanías de Tula, donde supo cómo los generales Fierro y Reyes se habían abierto paso entre el enemigo desde Lagos, Jal., después de realizar una de las jornadas militares más famosas de la Revolución mexicana.

Entró a Tula y ahí se le incorporaron las fuerzas que había destacado el general Villa, quedando González Garza al frente de siete mil hombres y disponiendo inmediatamente cumplir los planes del general Villa, lanzándose, en primer lugar, sobre San Juan del Río y Querétaro.

Encontrándose en Tula, el ex presidente supo que la situación en la Ciudad de México había empeorado desde la salida de sus fuerzas, ya que los zapatistas habían abandonado la capital, ocupándola el general Pablo González, quien a su vez la había abandonado al ser informado que Villa en persona se encontraba en Tula.

El ex presidente recibió en la ciudad hidalguense peticiones de numerosas personas de la capital y de varios miembros del cuerpo diplomático para que regresara a la Ciudad de México para dar garantías a los habitantes, pero no pudo acceder a la petición, en virtud de que deseaba cuanto antes iniciar su marcha hacia el centro. Y el 23 de julio abandonó Tula marchando por tierra, al mismo tiempo que destruía la vía férrea, no solamente para cortar la fuente de aprovisionamientos de Obregón, sino también para evitar ser atacado por las fuerzas del general Pablo González, que habían sido destacadas en su persecución.

LA OFENSIVA DE OBREGÓN

Mientras tanto, el general Álvaro Obregón, victorioso en Aguascalientes y teniendo ya muy debilitado al enemigo del norte, abandonó momentáneamente su avance sobre Torreón, donde se había reconcentrado el general Villa, y teniendo informes del movimiento que iniciaba el general González Garza, alistó una poderosa columna de diez mil hombres, llevando como lugartenientes a los generales Fortunato Maycotte, Pablo Quiroga, Eugenio Martínez y Joaquín Amaro, y poniéndose al frente de ella, avanzó desde Guanajuato hacia Querétaro, para salir al paso del ex presidente de la República.

Caminando rápidamente por tierra, sin saber que Villa hubiera perdido la acción en Aguascalientes, González Garza avanzó hasta Querétaro, destacando inmediatamente después al general Fierro hasta Mariscala, donde todas las fuerzas villistas quedaron atrincheradas el 27 de julio en la mañana. A las cuatro de la tarde del mismo día, los diez mil hombres al mando directo del general Obregón cargaron furiosamente sobre los convencionistas, cuya

gente se encontraba parapetada en las cercas de piedra. Pero Fierro se sostuvo valientemente a pesar de la superioridad numérica del enemigo, y esa noche, el general González Garza, quien había establecido su cuartel general en el histórico Cerro de las Campanas, comprendiendo que los carrancistas trataban de hacer un movimiento envolvente, extendió su línea de batalla en una extensión de más de siete kilómetros.

Al siguiente día las caballerías de Maycotte y Amaro atacaban por los flancos a González Garza, y por el frente el general Quiroga con sus infanterías.

RETIRADA AL SUR

Cerca de las cuatro de la tarde, y después de veinticuatro horas de lucha, el general González Garza dio órdenes para su retirada con rumbo al sur, a fin de engañar al general Álvaro Obregón y efectuar lo más pronto posible su incorporación a Villa.

Los villistas se retiraron en perfecto orden hacia el cerro del Cimatarío. Obregón, engañado por el movimiento de González Garza, envió a sus infanterías hacia San Juan del Río, mientras que las caballerías continuaron sobre el Cimatarío. Desde ahí, las fuerzas a las órdenes del ex presidente describieron un semicírculo para poder continuar hacia el norte y burlar así a Obregón.

Gracias a este movimiento, los villistas llegaron a Jerécuaro, viéndose Obregón en la necesidad de hacer retroceder sus fuerzas hacia Querétaro. En Jerécuaro esperaron a las caballerías de Maycotte y Amaro, que les seguían, y el día 30, a las siete de la mañana, fue empeñado un terrible combate en el cual, después de cinco horas de lucha, lograron detener la persecución de los carrancistas, poniéndose inmediatamente en marcha, aparentemente, hacia Acámbaro, aunque su objetivo era Valle de Santiago.

Dispuesto a detener el avance de la columna del general González Garza en su marcha hacia el norte, el general Obregón se puso al frente de sus tropas y por ferrocarril avanzó hacia Valle de Santiago. Obregón, cuyos efectivos ascendían a diez mil infantes y cinco mil jinetes, llegó a Valle de Santiago primero que González Garza, logrando posesionarse de los mejores puntos y esperando cautelosamente al enemigo.

La lucha fue terrible desde los primeros minutos; pero los siete mil villistas atacaban con energía logrando debilitar la fuerza enemiga y abriéndose

paso hacia Pénjamo. Fierro y Reyes dieron varias cargas de caballería que sembraron la muerte. El general Francisco T. Contreras y todo su batallón de seiscientos yaquis que mandaba, quedaron muertos en el campo de batalla.

LOS DOS JEFES A PUNTO DE MORIR

Las furiosas cargas de los villistas sembraron el desorden en las filas carrancistas; el general Álvaro Obregón quedó aislado y en un momento fue rodeado por un grupo villista. Y hubiera sido muerto en aquellos momentos, pero se salvó gracias a que por su serenidad los villistas no lo reconocieron.

Y lo mismo que había pasado al jefe de los carrancistas, pasaba una hora después al general en jefe de las fuerzas villistas. González Garza, quien acompañado de varios miembros de su Estado Mayor recorría la línea de fuego, en los momentos más terribles del combate se vio de pronto rodeado por un grupo de carrancistas. Con los rifles tendidos, los carrancistas estaban a punto de dispararle; pero comprendiendo que los tiros causarían daño a su propia gente, debido al círculo estrecho que formaban, no supieron qué hacer. Fue este el momento aprovechado por el ex presidente para salvarse. Apretándose a la silla de su yegua, González Garza dio un grito e hizo que el animal saltara sobre una cerca de piedra muy alta, poniéndose a salvo y pudiendo reunirse con sus tropas poco después.

A las once de la mañana, y después de dos horas de lucha, el jefe villista ordenó la retirada, que se llevó a cabo en orden, siendo perseguidos, aunque sin que les causara estrago alguno, por las caballerías del general Amaro. Tal fue la confusión después del combate, que fuerzas carrancistas destacadas en persecución de González Garza caminaron, durante la noche, varias horas junto a los convencionistas.

EN TORREÓN

Dispuestos a seguir burlando al enemigo y sin perder de vista el norte, los villistas siguieron hacia Pénjamo, donde el 3 de agosto los volvió a alcanzar el general Obregón, y después de un combate de más de tres horas, pudieron seguir, sin perder elementos, hacia Ciudad Doblado, Gto.

Continuó su marcha hasta San Juan de Guadalupe, Durango, y el 18 de agosto, después de haber recorrido más de mil kilómetros, abriéndose paso entre un enemigo victorioso y numéricamente tres veces superior, el general González Garza llegó a Torreón, cuartel general de la División del Norte, con sus fuerzas prácticamente íntegras, pero con la pena de no haber podido hacer nada a favor de su causa.

Al llegar a Torreón, el general Villa lo felicitó calurosamente, pidiéndole informes sobre la marcha a través de territorio enemigo. Villa se lamentó de la actitud que habían asumido los zapatistas, hablando con indignación de las derrotas sufridas por la División del Norte y, sobre todo, por la derrota de León, señalando al general Felipe Ángeles como el único culpable de este fracaso y sin ocultar sus deseos de fusilar al ex director del Colegio Militar. González Garza le demostró que su resentimiento para Ángeles era injustificado.

NUEVOS PLANES

Sin embargo, el famoso guerrillero todavía parecía optimista. Dominaba casi todo el norte del país y explicando sus planes para detener a Obregón, en caso de que éste pretendiera marchar sobre la región lagunera, propuso a González Garza.

—General, deseo que usted se ponga al frente de todos los infantes de la División del Norte; yo seguiré luchando, pero en otra forma, porque tengo mis buenos planes.

—Mi general —contestó el ex presidente—, creo que estamos perdidos y aceptaré el mando del ejército con la condición de quedar en libertad para tratar con Carranza, a fin de evitar mayor derramamiento de sangre.

Villa convino con la proposición de González Garza y los planes para el futuro empezaron a ser discutidos, cuando el guerrillero recibió informes de que el general Tomás Urbina lo había desobedecido en Nieves, Durango. El general Villa pareció desquiciado con la noticia, y resolvió salir a batir personalmente a su compadre Urbina.

Cuando el guerrillero regresó a Nieves después de haber fusilado a Urbina, era otro hombre. Tan pronto pensaba en un plan como en otro; creía ver traidores a cada paso y, por fin, desesperado, optó por convocar a una junta de todos sus generales.

Durante la reunión, el general en jefe expresó sus deseos de aceptar las proposiciones hechas por el presidente Woodrow Wilson a los jefes revolucionarios para restablecer la paz en México, mientras que González Garza opinó que lo más conveniente era la rendición inmediata y condicional al gobierno de Carranza.

ACUERDOS DEFINITIVOS

Pero los generales aceptaron la proposición de Villa, tomándose los siguientes acuerdos: 1. Que el grueso del ejército villista avanzara al estado de Sonora en donde permanecería a la expectativa; en caso de que no pudiera concertarse la paz, avanzaría a lo largo de la costa occidental hacia el centro del país. 2. Que el general Canuto Reyes permaneciera en el centro del país haciendo guerra de guerrillas con cinco mil hombres escogidos. 3. Que inmediatamente marchara una comisión de convencionistas a Washington, con el objeto de iniciar las pláticas de paz.

Para marchar a Washington, fue electa una comisión de la que formaban parte el general Roque González Garza, en calidad de presidente, y los generales José María Maytorena, Raúl Madero, Felipe Ángeles y Manuel Chao.

Aprobadas las proposiciones, la División del Norte abandonó Torreón e inició su marcha hacia Chihuahua, para después seguir a Sonora.

Los comisionados para marchar a la capital norteamericana, a excepción de José María Maytorena, quien ya se encontraba en territorio de los Estados Unidos, cruzaron la frontera el 16 de septiembre de 1915.

La guerra civil había terminado.

FRASES FINALES

El ex presidente de la República, general Roque González Garza, terminó su relato a los *Periódicos Lozano*, diciendo:

—Obregón en todo obró de buena fe y con el más absoluto desinterés y, ¡por qué no decirlo!, si mis intenciones pacifistas hubieran sido aceptadas, México hubiera ahorrado más de sesenta mil vidas y más de mil millones de pesos de pérdidas materiales. El tiempo se ha encargado de comprobar que si todos hubieran cumplido

El convencionismo

con el compromiso contraído en la Convención de Aguascalientes después de haber firmado la bandera, el país no habría sufrido las penosas consecuencias de la guerra civil de 1915.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 16 de octubre de 1932, año VI, núm. 31, pp. 1-2.

JUAN M. DURÁN RELATA
SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

30 DÍAS DE CAMPAÑA CON LA COLUMNA DE RODOLFO FIERRO

EMOCIONANTE NARRACIÓN DE JUAN M. DURÁN
Un ex miembro del Estado Mayor del Gral. González Garza,
relata las terribles jornadas del histórico año de 1915

EL ÉXODO DEL VILLISMO
De la capital de la República hacia el norte, siempre hacia el norte,
procurando salvar lo único que les quedaba: la vida

LOS OBSTÁCULOS CON QUE EL JEFE DE LA COLUMNA TROPEZÓ
EN LA LUCHA CONTRA LOS CARRANCISTAS
El hecho de que algunos generales zapatistas se negaran a obedecer sin discusión
sus órdenes, hizo que la expedición no alcanzara el éxito deseado

Un emocionante relato histórico, amenísimo, y presentado con toda su terrible realidad, ha sido hecho a los *Periódicos Lozano* por uno de los miembros del Estado Mayor del general Roque González Garza, que militó en la colum-

na que el ex presidente de la República organizó a su salida de la Ciudad de México, el 18 de junio de 1915, primero con la intención de defender la plaza contra las tropas carrancistas al mando del general González, y que encabezó después para buscar salidas al norte del país.

Este interesantísimo relato histórico ha sido hecho a los *Periódicos Lozano* por don Juan M. Durán, quien actualmente es uno de los más prominentes periodistas de la capital de la República, y uno de los más altos exponentes de la intelectualidad mexicana.

Durán conserva su diario de campaña, desde el día en que, haraposos y hambrientos, llegaron a Torreón. Y de ese diario de campaña han sido tomados los datos esenciales para esta narración, completada con los detalles verbales que ha aportado el relator.

Este primer capítulo narra el principio del éxodo hacia el norte, cuando la columna encabezada por González Garza e integrada por fuerzas de los generales Banderas y Casarín, operaba en combinación con las tropas zapatistas de Genovevo de la O y otros jefes surianos. En los capítulos sucesivos adentra en la narración hasta la llegada de la columna hasta Tula, Hidalgo, donde las fuerzas del ex presidente quedaron engrosadas con las columnas de los famosos generales villistas Rodolfo Fierro y Canuto Reyes, que marchaban, de huida también, en ruta al norte, combatiendo valientemente con las tropas carrancistas que les pisaban los talones.

CAPÍTULO I

Las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del general Pablo González estaban a las puertas de la Ciudad de México, donde se encontraba establecido el gobierno de la Convención. Era el 18 de junio de 1915.

La capital, vigilada desde sus afueras por las tropas zapatistas, se sentía confiada. En la presidencia despachaba el licenciado Francisco Lagos Cházaro; en los ministerios seguía el trabajo rutinario; en la Convención se daban los últimos toques al programa político y social del gobierno convencionista. Sin embargo, las avanzadas constitucionalistas llegaban a la Tlaxpana.

Cerca del mediodía del 18, un informe del encargado del Poder Ejecutivo ante la Convención, anunciaba el peligro. Los conferencistas se pusieron en pie para anunciar su resolución de continuar sus trabajos hasta el último

momento, mientras que el general Roque González Garza, a petición del presidente de la República, salía del recinto donde se reunía la asamblea para montar a caballo y ponerse al frente de las tropas.

TRES NOVELES EN LAS BATALLAS

Dos horas después, ante la residencia de González Garza en la colonia Roma, se encontraban cien hombres montados, esperando órdenes: era la escolta del general en jefe. Varios oficiales corrían de un lado a otro distribuyendo las primeras órdenes. Algunos civiles esperaban pacientemente, dispuestos a marchar al combate.

Cuando la pequeña columna estaba a punto de partir, llegaron cuatro hombres montados; eran también civiles. Uno desempeñaba el cargo de jefe de artillería del Ministerio de la Guerra; el otro, jefe de sección; el tercero, de oficial primero; el cuarto era un asistente. Adrián J. Lajous, Juan Durán y José Gallegos, amigos de González Garza, se disponían a marchar a la aventura; por vez primera salían a conocer los campos de batalla: a escuchar el zumbido de las balas, a sentir el peligro de una campaña, a ver indiferentemente a los heridos, y a brincar sobre los cadáveres.

El general en jefe los comisionó en su Estado Mayor con los grados de coronel, teniente coronel y mayor, según había sido el empleo que ocupaban en el Ministerio de la Guerra.

¡EN MARCHA!

Y el trío no bien acababa de recibir esta primera orden militar, cuando la columna se puso en marcha.

González Garza vestía guerrera y pantalón de kaki, llevaba sombrero texano gris perla, adornado con una toquilla de cerda, y montaba una preciosa yegua colorada, ensillada con montura de lujo. Se puso al frente de los cien hombres, acompañado de su Estado Mayor, y empezó la marcha. Los jinetes iban de cuatro en fondo.

La columna tomó por el Paseo de la Reforma hasta la calzada de la Verónica, de donde siguió hasta el pueblo de Tacuba.

Durán se dio cuenta de que faltaba el asistente y, volviendo grupas, regresó al punto de partida. El asistente, que llevaba a su cuidado el equipaje de los tres civiles, había desaparecido. Perdida la esperanza de hallarlo, volvió al lado de sus amigos, informándoles de lo ocurrido y comentando con tristeza:

—*¡El pillo se fue con el equipaje! ¡Mal pinta la aventura!*

Sus compañeros sonrieron. Así era la guerra.

LA PROXIMIDAD DEL PELIGRO

Siguió avanzando la primera columna. Pasó el pueblo de Tacuba; llegó a San Bartolo Naucalpan, luego un alto: empezaba la lucha. De vez en cuando se escuchaba el estampido de los cañonazos. Después, aunque muy lejano, el estruendo de la fusilería. Para quien jamás ha estado en un campo de batalla, el aviso de la proximidad del peligro se torna en una realidad cruel; se piensa, entonces, en la vida; en los que se deja; en la posibilidad de verse de un momento a otro cubierto de sangre; abandonado a la mitad del campo...

Durante el alto, el general González Garza fue informado que los zapatas había hecho retroceder a los constitucionalistas hasta el romerío de Santa Mónica y hacia el túnel de Barrientos, sobre la vía del ferrocarril nacional.

En San Bartolo esperaba el general en jefe al general Joaquín V. Casarín, quien tenía a su cargo las brigadas “Convención” y “González Garza”.

Después de escuchar los primeros informes, González Garza ordenó el avance hacia la línea de fuego. La columna, ya reforzada, cruzó el pueblo. El general en jefe, seguido de su Estado Mayor, se adelantó hasta un romerío, donde con los gemelos pudo alcanzar todo el campo de batalla, donde se seguía combatiendo. Envío a varios oficiales a recorrer las líneas, y como ya caía el día, dispuso que se pernoctara en San Bartolo, indicando a Durán que marchara al pueblo en busca de alojamiento y de cena.

TERRIBLE IMPRESIÓN

Fue fácil para Durán encontrar alojamiento; pero, en cambio, los alimentos escaseaban. Recorrió San Bartolo, hasta que una anciana pudo proporcionarle lo que le pedía. El oficial se iba a retirar, satisfecho, cuando la mujer le

indicó que en un cuarto contiguo al que ella habitaba se encontraban varios heridos. Asomose el oficial al cuarto: tirados en el suelo estaban cuatro o cinco soldados. Uno de ellos se quejaba amargamente.

—*¿Qué tiene amigo?* —le preguntó Durán.

El hombre levantó los brazos: de las muñecas le colgaban, apenas sostenidas por unos hilos de carne, las dos manos. Hizo un esfuerzo por incorporarse. Pero lanzando un grito, se desplomó; le había salido un borbotón de sangre. Durán se aproximó a auxiliarlo. Tropezó con otro hombre. Estaba cubierto de sangre y de lodo.

—*¿Qué tiene usted?* —le preguntó, condolido.

Se acercó a él; le tocó con la mano. Estaba muerto. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y en sus labios se dibujaba una mueca terrible.

El oficial retrocedió; en el fondo del cuarto; otro se quejaba. Salió corriendo, fue a dar aviso a la ambulancia, entregó los alimentos que había conseguido al general en jefe y, sin comunicar a sus amigos la primera impresión que había recibido, se refugió en un rincón elegido para dormitorio de los oficiales del Estado Mayor y por horas enteras no pudo conciliar el sueño: el muerto, y luego las manos tías y pendientes de las muñecas desgarradas, pasaban una y muchas veces ante sus ojos.

UN NUEVO DÍA

Pero cuando en la madrugada, al toque de diana, el oficial se puso en pie, se sintió aliviado: era un nuevo día; día tibio, acariciador, silencioso; no parecía estar en campaña; aquello parecía una camaradería en horas de asueto.

Junto con sus amigos, salió en busca de forraje para su caballo, ensilló, y momentos después se presentó al general en jefe, quien discutía con sus lugartenientes el plan de campaña. No era necesaria su presencia y se dispuso aprovechar el descanso para buscar alimento.

Durante la búsqueda, tropezó con un amigo, “el Güero” Fernández, teniente de la brigada “Convención”. Entusiasmado con el triunfo obtenido el día anterior sobre los carrancistas y, lleno de satisfacción, Fernández le contó cómo los constitucionalistas que habían llegado hasta las puertas de la ciudad de México, habían sido derrotados en un combate entre Tlalnepantla y Azcapotzalco, gracias a un hábil movimiento de las fuerzas del general Casarín.

Impresionado por el optimismo del teniente Fernández, Durán corrió a comunicar las nuevas a sus amigos, a quienes encontró desesperados por no poder obtener en todo el pueblo ni una taza de café, ofreciéndoles recorrer con ellos todos los contornos de San Bartolo, hasta que al fin dieron con un guajolote y un marranito. El momento de un banquete se aproximaba, sólo que los nuevos oficiales no sabían cómo preparar el manjar que ya empezaban a saborear. Por fin, mientras que Durán se resolvió a torcer el pescuezo del guajolote, Gallegos empezó una batida contra el cochino al que sólo pudo arrancarle la vida después de numerosas puñaladas. La primera parte estaba terminada e iniciaban la segunda, cuando los oficiales tenían que suspender la tarea, muy a su pesar, al ser advertidos que el general en jefe se ponía en marcha para dirigir la ofensiva sobre los carrancistas.

Los tres amigos montaron a caballo. El puerco, ya destazado, había quedado en el suelo, sólo el guajolote iba colgado de la cabeza de la silla de Durán, y emprendieron el galope el camino hacia una loma cercana donde se encontraba González Garza.

COMBATE DE LARGA DURACIÓN

Cuando los oficiales llegaron a la loma, el general en jefe sesteaba a la sombra de un mezquite; pero luego se puso en pie y, montando a caballo, partió a la hacienda de Santa Mónica, seguido de sus ayudantes. En la hacienda estaba un grupo de zapatistas, al cual González Garza excitó para que se uniera al grueso de la columna de ataque sobre las lomas al norte de Santa Mónica. Poco después, llegaron las fuerzas de la brigada "Convención", y el Cuerpo de Ferrocarrileros. El general en jefe las revisó, dando órdenes para que avanzara sobre las posiciones carrancistas, inmediatamente.

La columna de ataque fue organizada en unos cuantos minutos y los infantes iniciaron el avance entre el magueyal que cubría el terreno. No se habían perdido la vista los soldados convencionistas, cuando empezó el tiroteo, primero débil, luego nutrido. La batalla empezaba.

González Garza echó pie tierra, subió a un promontorio desde donde podía dominar todo el campo, y advirtió a los civiles que se retiraran de ahí para evitar los heridos, pero los civiles, montados a caballo y al lado de los militares, permanecieron en los mismos lugares. Las balas pasaban sin bando

sobre las cabezas del grupo que rodeaba a González Garza, quien, impasible, seguía observando con sus gemelos. El fuego de fusilería era cerrado. Los convencionistas seguían avanzando entre los magueyes, aunque lentamente. Un tubo lanzabombas fue colocado a unos cuantos pasos del general en jefe; pero fue retirado después de varios disparos al verse que no causaba efecto alguno al enemigo.

Varias horas duró el combate, lográndose quitar a los carrancistas una de las lomas en las cuales se encontraban atrincherados y en la cual el general en jefe estableció minutos después su observatorio, pero que abandonó también para animar a sus soldados, que seguían obteniendo progresos.

La línea carrancista fue, al fin, destrozada, y grupos dispersos de soldados enemigos corrían en todas direcciones. González Garza fue advertido de que como veinte infantes constitucionalistas trataban de acercarse en su fuga al casco de la hacienda, por lo que ordenó a Durán y a diez más de sus hombres que salieran a perseguirlos y capturarlos.

EL PRIMER ENCUENTRO FRENTE A FRENTE

Por fin, los nuevos oficiales de González Garza iban a entendérselas con el enemigo. Durán tomó su carabina, y haciendo un rápido examen de su condición moral, llegó a la conclusión de que no tenía miedo.

Los perseguidores, a caballo, avanzaban poco a poco, hurgando el horizonte, y, sobre todo, los magueyes tras de los cuales podrían ver brotar de un momento a otro a los veinte carrancistas. A cada paso, Durán de hacía cargo de la procesión que sería más conveniente para iniciar el ataque.

De pronto, los perseguidores se detuvieron. Frente a ellos y a unos cuantos metros de distancia se encontraba un jacal aparentemente abandonado. Alguien, sin embargo, notó un movimiento sospechoso: todos supieron que ahí se encontraban los carrancistas. Se dividieron en dos grupos para atacar por los flancos, simultáneamente. Los grupos avanzaron sobre la posible fortaleza de los fugitivos. De pronto se escuchó un tiro y se vio cómo un hombre se desplomaba en la puerta del jacal. Era el único carrancista que ahí se refugiaba y había caído sin vida.

CONTINÚA EL AVANCE

Los oficiales se reunieron con el general en jefe, quien al frente de su escolta ordenó el regreso a Tlalncpantla, donde se detuvo una hora para conferenciar con algunos jefes militares. Siguió hasta Azcapotzalco, donde junto con los miembros de su Estado Mayor se alojó en un mesón oscuro y desaseado.

Al siguiente día (20 de junio) y dejando establecido su cuartel general en Azcapotzalco, González Garza fue a la Ciudad de México en automóvil para informar al encargado del Poder Ejecutivo de las operaciones realizadas. Regresó cerca del mediodía, siguiendo inmediatamente hacia Tlalncpantla, donde después de una breve conferencia con algunos zapatistas, siguió a Atizapán. Ahí fue informado de que una avanzada carrancista se encontraba en la hacienda de San Mateo. Comisionó al doctor José Morales para que, al frente de un grupo de jinetes, hiciera una exploración hacia la hacienda. El doctor se alejó al galope; minutos después se escuchó un tiroteo. Regresó al cabo de media hora, con dos prisioneros, e informando al general en jefe que el enemigo, apenas había sentido su proximidad, se había retirado de San Mateo, pudiendo solamente capturar a dos rezagados, uno de los cuales portaba una bandera que decía: "Ejército Constitucionalista. Primera División de Oriente. ¡Viva Carranza!".

González Garza interrogó a los prisioneros. Eran dos muchachos feos, cubiertos de tierra hasta la cabeza y mal olientes. Confesaron ser carrancistas, pero dijeron ignorar por qué peleaban en las filas del general González. Sólo sabían que eran soldados; que peleaban contra los zapatistas y que les pagaban su haber puntualmente. Aseguraron que su única gracia era ser fieles a sus jefes y que si se les daba de alta en las filas convencionistas, pelearían con el mismo entusiasmo que habían peleado en las carrancistas. El general en jefe aceptó sus servicios. ¡Grandes pruebas de valor y de lealtad habían de dar más tarde aquellos muchachos durante la campaña contra el partido al que primero habían servido!

ALIMENTADOS CON AGUAMIEL

Ordenó el general en jefe nuevas exploraciones y al entrar la noche, quiso que se permaneciera a campo raso: el enemigo estaba a una legua de distancia.

Tan luego como llegaran nuevas fuerzas de la Ciudad de México, se iniciaría una nueva ofensiva. En las primeras horas del 21, todos estaban de pie. No había provisiones, pero desde el general en jefe hasta el último soldado de su escolta se conformaron con beber aguamiel.

Varios oficiales fueron enviados con órdenes a las columnas de avance y a las diez de la mañana, el general González Garza montó a caballo y, seguido de sus ayudantes, subió hasta la meseta de un cerro, del que se encontraban posesionados los zapatistas. ¡Qué espectáculo ante la vista de todos! Formando una línea de veinte kilómetros de extensión, se veían los grupos de soldados convencionistas –villistas y zapatistas– esperando la orden de ataque. Al frente, y en cadena sobre los cerros y lomas, se veía al enemigo. Un hermoso valle separaba a los ejércitos contendientes. Reinaba silencio, preludio de tempestad. La posición, aparentemente inexpugnable de los carrancistas, se encontraba sobre la derecha: era el cerro de Don, por un lado, y por el otro Las Tetillas. Entre uno y otro cerro estaba el túnel de Barrientos a cuya entrada podía verse un convoy abandonado.

El general en jefe observaba atentamente con sus gemelos aquella posición, su objetivo del día. De vez en cuando suspendía la observación para volver sus gemelos hacia atrás; hacia el camino por donde habían de llegar las brigadas a las órdenes de los generales Juan M. Banderas y Casarín. Al fin, descubrió una nube de polvo hacia el camino y un poco después un grupo de infantes, dirigiéndose a Durán, le preguntó:

—¿Tiene usted buen caballo?

—Sí, mi general.

—¿Ve usted ese camino que sale con rumbo a Tlalncpantla, por donde empieza a aparecer gente a pie?

—Sí, mi general.

—Bueno, pues debe ser la gente de Casarín, que ya debía estar aquí. Vaya a encontrarlo y dígame que se poseione de esa loma larga –agregó el general, señalando una loma que se extendía al frente y que se levantaba al lado de la vía férrea– y que se lance al ataque por ese lado, para que simultáneamente abran el fuego los ferrocarrileros y mi escolta, que cubren el centro y la extrema izquierda de nuestra línea. ¿Se ha hecho usted cargo de la situación?

—Sí, mi general.

—¡Pues apúrele! –ordenó el general en jefe, añadiendo:– Ah, y si se encuentra con algún jefe zapatista, dígame que aprieten por el centro que yo voy a empezar

el avance; que la contraseña es las dos mangas levantadas hasta el codo. No se olvide también hacer esta advertencia al general Casarín, para que no nos confundamos. ¡Ándele!

EL CUMPLIMIENTO DE LAS ÓRDENES

Durán lanzó su caballo cuesta abajo. Al llegar a un pequeño rancho en el plan, se encontró con un grupo de zapatistas a cuyo jefe puso al corriente de la orden del general González Garza, siguiendo a todo correr por el camino hasta encontrarse con la avanzada de la infantería, que no era la de Casarín, sino la del general zapatista Fuentes. Impuso a Fuentes de la disposición del general en jefe; pero el general zapatista, después de manifestar que no había visto a las fuerzas de Casarín, contestó que había recibido órdenes del general Genovevo de la O para entrar al combate por la derecha de la loma señalada por González Garza.

El oficial siguió por el camino con la esperanza de hallar a Casarín, pero sin haber encontrado ninguna noticia, volvió al lugar donde se encontraba el jefe. Cuando regresó al cuartel general, González Garza arengaba a sus tropas que, ya en línea de batalla, se disponían al avance sobre las posiciones del enemigo. Cuando el general en jefe terminó de recorrer la línea, sus soldados de levantaron las mangas hasta el codo y avanzaron. En esos momentos se escuchó el estampido de varias bocas de fuego. Era que el general Genovevo de la O iniciaba también el ataque por el rumbo de Tlalnepantla.

González Garza, clavado en la parte más alta de una loma, veía el avance de sus infantes que, minutos más tarde, empezaron a ascender sobre una de las posiciones carrancistas, quienes después de cambiar algunos tiros, empezaron la defensa, haciendo estallar su fusilería, sus ametralladoras y un cañón que habían montado sobre una carretilla en la vía férrea.

El combate se había generalizado: González Garza se volvió a Durán, ordenándole:

—*Mire, Durán, monte, vaya a esa loma de enfrente y dígame al jefe que manda esa gente que avance; que estamos ganando terreno y que es el momento que entren parejos... Luego se me incorpora en aquella otra loma* —agregó el general, señalando una pequeña altura en donde en esos momentos el combate era más cerrado.

SIEMPRE GENOVEVO

Partió el oficial a cumplir con la comisión. Llegó a la loma indicada por el general, pudiendo ver cómo detrás de una cerca de piedra se encontraban numerosos zapatistas tendidos en el suelo y platicando animadamente, pareciendo ajenos a la lucha.

Preguntó Durán por el jefe, y un hombre, bajo de estatura, sin sombrero, de cara cuadrada y cubierto pecho y cintura de cananas:

—*Ese soy yo; pero antes que todo, bájese del caballito porque se lo clarean. ¿No ve que nos han estado cañoneado muy duro?*

Durán echó pie a tierra, comunicando al jefe la orden de González Garza.

—*Dígale a su jefe* —contestó el zapatista, después de conocer la orden— que no puedo avanzar, porque Genovevo me dijo que me estuviera aquí, tapando este paso a los carrancistas, por si corren...

Durán insistió. El zapatista confirmó que no se movería sin órdenes del general De la O.

El oficial volvió a montar; bajó la loma y llegó al valle. ¿Qué hacer en esos momentos? A dos kilómetros de distancia se peleaba con ardor; numerosos soldados pasaban cargando a los heridos; en la loma indicada como punto de reunión por González Garza se combatía con furia. Todo daba vueltas alrededor del oficial que por vez primera asistía a una acción formal de guerra. ¿Debía cumplir con la orden del general en jefe y marchar a la loma donde el combate era más rudo? Si no marchaba, ¿no se tomaría su actitud como miedo? “No, miedo no lo siento”, se dijo el oficial, y apretándose sobre su caballo, se lanzó a la línea de fuego.

Llegó hasta una calzada de árboles, tras de los cuales se encontraban parapetados numerosos zapatistas.

—*¡Quítese, amigo, porque se lo echan!* —le gritaron varios zapatistas.

Durán se retiró imprudentemente. En esos momentos estallaba una granada. Cruzó la calzada y siguió hacia el lomerío. Tres oficiales del Estado Mayor de González Garza, entre los cuales se contaba el jefe del Estado Mayor, teniente coronel Francisco González y González, quien herido en un hombro se retiraba de la línea de fuego, le hicieron saber que el jefe estaba en la parte más alta, después de haber arrebatado la posición a los carrancistas.

EL FIN DE LA JORNADA

Cuando Durán llegó a la cima de la loma, el general en jefe observaba con sus gemelos. Le informó del resultado de su comisión. González Garza parecía distraído, pero al fin, sonriendo, contestó:

—*Está bien, Durán. Estamos ganando, amigo. Ya viene por ahí Banderas* —agregó, señalando a la izquierda y un poco a la retaguardia— *y los vamos a agarrar por detrás si se descuidan, no les queda más que ese cerro...*

Y en efecto, el último reducto de los carrancistas era el cerro de Don, cubierto de trincheras desde el pie hasta la parte más alta.

No había terminado de hablar el general cuando una lluvia de balas cayó a sus pies.

—*Ya nos vieron...* —comentó alegremente González Garza.

Las balas silbaban sobre el general y los miembros de su Estado Mayor. Alguien hizo ver al jefe la necesidad de que se retirara de un puesto tan peligroso, pero no contestó; las balas seguían tocando la loma. González Garza, con admirable y tranquilidad, seguía buscando el punto débil de la posición enemiga. Pero la situación se complicó. Un grupo de jinetes había llegado al pie de la loma e inició un tiroteo sobre el general en jefe.

—*Vaya usted y diga a esos amigos que guarden sus cartuchos para el enemigo* —ordenó el general a uno de sus oficiales, al comprender que los jinetes, vanguardia de la gente de Banderas, creían habérselas con los carrancistas.

El oficial partió al galope y el tiroteo de los jinetes cesó. Minutos después apareció el grupo de la columna del general Banderas.

El general en jefe abandonó su punto de observación y acercándose al refuerzo, arengó a los soldados, que en línea de tiradores avanzaron valientemente sobre el cerro de Don, haciendo un movimiento sobre la retaguardia carrancista.

El combate empezó con nuevo ardor. Los convencionistas, a cuyo frente iba Banderas, iniciaron el ascenso sobre el cerro. Eran las cinco de la tarde; empezaba a llover; el fuego de fusilería no cesaba. González Garza recorrió la línea del centro, dio nuevas órdenes a sus lugartenientes, y cuando había oscurecido se retiró seguido de sus ayudantes, a Atizapán. La jornada del día 21 de junio había terminado.

TRIUNFO COMPLETO

En la madrugada del día 22 y cuando abandonaba Atizapán para desarrollar la última fase de la batalla, un ayudante del general Banderas informó al general en jefe que los carrancistas, al amparo de la noche, habían abandonado el cerro de Don, retirándose hasta Huehuetoca. El triunfo de los convencionistas había sido completo.

González Garza ordenó que sus fuerzas avanzaran a lo largo de las vías del Central y Nacional.

A las diez de la mañana, el general González Garza establecía su cuartel general en la hacienda de Lechería, donde el administrador, José Casanova, le informó que los carrancistas al mando de los generales Agustín Millán y Juan Machuca se habían retirado en sus trenes hacia Huehuetoca y Tula, llevándose sus heridos y muertos. La retaguardia de caballería había pasado por Lechería a las tres de la mañana.

El general González Garza rindió su parte al encargado del Poder Ejecutivo, diciendo en un párrafo: “El comportamiento de los jefes, oficiales y tropa fue, en general, digno hasta el extremo, habiéndose distinguido por su valor y arrojo el general Casarín, los coroneles Zeferino Moreno y Ángel Meraz, los tenientes coroneles Francisco González y González y Juan M. Durán, los mayores Agustín Zárate y José Gallegos”. Y luego encomiaba la actitud de alguno de sus acompañantes: del general Cerisola, y el licenciado Genaro Palacios Moreno.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de diciembre de 1932, año vi, núm. 101, pp. 1-2.

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

CÓMO ERA Y CÓMO PELEABA EL GENERAL AMADOR SALAZAR

CURIOSO INCIDENTE EN QUE SE MANIFIESTA EL CARÁCTER DEL FAMOSO JEFE SURIANO
"Que les cargue", fue la única respuesta incomprensible que, durante
un rudo combate, dio a una orden de González Garza; y fue necesario
que un oficial zapatista explicara el significado de aquella frase,
para que el general en jefe se diera cuenta de ella

EL ÉXODO HACIA EL NORTE DEL PAÍS
Con las columnas de Rodolfo Fierro y Canuto Reyes

CAPÍTULO II

Pocas horas habían transcurrido desde que el cuartel general había quedado instalado en Lechería (22 de junio de 1915), cuando un tren, procedente de Pachuca, llegó hasta la estación. Era un tren que traía forraje y parque para la caballería carrancista. La escolta que lo custodiaba creía encontrar fuerzas amigas. El convoy estuvo a punto de ser capturado, pero los carrancistas

descubrieron a tiempo que habían llegado a terreno enemigo e hicieron retroceder rápidamente el tren.

Varios días permaneció González Garza en Lechería, reorganizando sus tropas y haciendo planes para tomar la ofensiva y marchar sobre los núcleos principales constitucionalistas. Se encontraba alojado en la finca de la hacienda, junto con los oficiales de su Estado Mayor. Además se había dado también alojamiento a los ayudantes del general Casarín. Entre éstos se contaba un joven español con el grado de subteniente, llamado Francisco de Mendoza.

Era la primera vez que Mendoza tomaba parte en una campaña militar. Poco antes de la salida de las fuerzas convencionistas se había presentado a Casarín, dándole a conocer sus deseos de ingresar a su Estado Mayor. Había sido empleado en una librería de la Ciudad de México, sabía leer y escribir, y sus servicios podrían ser útiles: el general le dió el grado de subteniente.

El joven subteniente era conversador ameno; contaba de sus pasiones y decepciones; escribía versos al volar de la pluma; hablaba con desprecio de la vida, y constantemente repetía: "No les extrañe que si no me toca una bala en algún combate, me la meta por mi cuenta en la cabeza".

Nunca había pensado en los sinsabores de la campaña militar y se quejaba de la necesidad de montar a caballo y de llevar la pistola siempre al cinto. Durante los días que el cuartel general estuvo establecido en Lechería, Mendoza era el único capaz con las horas de tedio.

BOTASILLA

Pero los días de holgazanería en el campamento terminaron a la medianoche del 26 de junio. La mayor parte de los oficiales se había retirado a descansar cuando el clarín de órdenes anunció botasilla. Media hora después, soldados de la escolta del general en jefe y oficiales del Estado Mayor, estaban montados esperando órdenes. Caía una llovizna tupida; la noche era de un negro impenetrable. A la luz de las fogatas encendidas de trecho en trecho, se podía ver cómo González Garza corría de un lado a otro, despachando ayudantes en todas direcciones. A la una en punto de la madrugada, se puso en movimiento la columna, siguiendo a lo largo de la vía del Ferrocarril de Hidalgo.

El terreno fangoso, la lluvia, la oscuridad, hacían que la marcha fuera dificultosa. El general en jefe marchaba al frente, silencioso.

Al llegar a las orillas del pueblo de San Andrés, fueron descubiertas las avanzadas zapatistas. González Garza continuó hasta el centro del pueblo en donde a las puertas de un jacal lo esperaba el general de división Amador Salazar, comandante militar de la Ciudad de México y jefe de las fuerzas zapatistas que defendían la capital. El general González Garza echó pie a tierra y después de conferenciar durante unos minutos con Salazar volvió a montar, y torciendo a la izquierda, seguido de su Estado Mayor, de su escolta y del Batallón de Ferrocarrileros, siguió la marcha hasta llegar al pueblo de Jaltocan, que se encuentra a corta distancia de la vía directa de México a Pachuca.

CUÁL ERA EL PLAN DE GONZÁLEZ GARZA

Fue hasta entonces cuando reveló a alguno de sus oficiales el plan de operaciones: se trataba de envolver a un fuerte núcleo carrancista, quizás al principal que a bordo de sus trenes se encontraba en la estación Ojo de Agua, sobre la vía del ferrocarril de Hidalgo.

Para llevar a cabo este movimiento con buen éxito, el general Rafael Eguía Lis, jefe del sector de Cerro Gordo, protegería con su artillería el avance de sus infantes por el frente del enemigo, mientras que González Garza, con su pequeña fuerza, atacaría el flanco derecho de los carrancistas, y el general Salazar, con el grueso de la columna de ataque, debería cortar la retirada entrando por el camino real de Pachuca-México, a retaguardia del enemigo.

Tan luego como el general en jefe llegó a Jaltocan, ordenó al Batallón de Ferrocarrileros y a su escolta que tomaran dispositivos de combate, esperando la hora conveniente para el ataque.

La hora llegó; pero ni Eguía Lis ni Salazar daban señales de vida. Siguió esperando hasta que, al fin, un ligero tiroteo iniciado por el sector de Eguía Lis anunció que había llegado el momento. Sin embargo, Salazar no hacía los movimientos convenidos. Desesperado y temiendo que Eguía se comprometiera, ordenó el avance de sus infanterías por la llanura que se encontraba frente a la estación de Ojo de Agua.

Y cuando las infanterías iniciaban su avance, escribió una nota para el general Salazar, ordenando al ayudante Durán que montara y al galope se la llevara al comandante militar de la ciudad de México. Durán partió a cumplir la orden, teniendo que hacer un rodeo de más de dos leguas para poder llegar

a San Andrés, a fin de poder salvar la región pantanosa de la laguna de Jaltocan. El combate se había empeñado, tanto en el sector de Cerro Gordo, como frente a la estación de Ojo de Agua.

“QUE LES CARGUE”

El ayudante de González Garza llegó a San Andrés pudiendo localizar fácilmente a Salazar. Éste, acompañado de varios oficiales, se encontraba tirado bocarriba, a la orilla del camino. Al ver llegar al ayudante del general en jefe, Salazar se incorporó, pidiendo noticias.

—*Traigo esta comunicación para usted, mi general* —le informó Durán, entregándole el pliego de que era portador.

Salazar tomó el pliego y entregándoselo a uno de sus oficiales, le dijo:

—*A ver, léeme esto, a ver qué quiere don Roque.*

El general escuchó atentamente la lectura. Permaneció callado un instante, luego se sentó; se puso en pie perezosamente, se puso su sombrero —sombrero de pelo de anchas alas y en cuya copa brillaba un águila de oro con dos estrellas—; se paseó de un lado a otro; dio varias chupadas a su puro y tranquilamente, dijo a Durán:

—*Pos vaya y dígame al general que les cargue...*

Y el comandante militar de la Ciudad de México arrojó su sombrero al suelo, agarró el puro entre los dientes y se dejó caer sobre el césped. No volvió a abrir la boca.

El oficial que había dado lectura a la comunicación, viendo cómo Durán permanecía de pie, esperando una respuesta definitiva, fue quien la dio:

—*Diga usted a mi general don Roque, que ya nuestra gente avanza por la falda del cerro de la Estrella para caer a retaguardia del enemigo, y que mi general Salazar dice que les cargue por este lado para hacer más efectivo el movimiento.*

ROTUNDO FRACASO

Durán partió a dar cuenta de su comisión al general en jefe. Cuando llegó a Jaltocan, las fuerzas de González Garza, después de un ataque infructuoso por la falta de apoyo de los zapatistas, se retiraban poco a poco.

El general en jefe escuchó sereno la respuesta de Salazar que le traía Durán y, estallando en cólera, comentó durísimamente la actitud del zapatista.

La retirada de la escolta de González Garza y del batallón de ferrocarrileros fue llevada a cabo con todo orden, concentrándose todos los elementos hacia la vía del Ferrocarril a Pachuca. Caía el día y, como se escuchara un ligero tiroteo, el general en jefe supuso que serían las avanzadas zapatistas que se retiraban ante el avance de los constitucionalistas, y resolvió esperar.

Poco después se vió cómo los zapatistas, con las armas en alto, cruzaban desesperadamente por el terreno fangoso de la laguna Jaltocan. Los hombres se hundían en el lodo hasta el pecho. Los que montaban a caballo, en la fuga abandonaban sus animales en la orilla de la laguna.

Cuando los zapatistas llegaron hasta donde se encontraba González Garza, cubiertos de lodo de arriba abajo, parecían fantasmas. Casi todos habían dejado sus sombreros; los más estaban descalzos: sus zapatos habían quedado clavados en el fango. Momentos después llegó el general Salazar, acompañado de sus ayudantes. La tranquilidad del comandante militar de la Ciudad de México, quien había tenido tiempo para rodear la laguna y no exponer a la aventura a sus hombres, era pasmosa. Saludó ligeramente a González Garza y se retiró hacia Cerro Gordo, seguido de su gente que con el lodo pegado al cuerpo se movía pesadamente.

El general González Garza se puso en comunicación, por telégrafo, con el Gral. Eguía Lis, quien le comunicó que el ataque a los carrancistas había sido un fracaso, ya que había perdido bastante gente debido a que no había encontrado el apoyo que los zapatistas habían ofrecido. Los convencionistas continuaron retirándose hacia Lechería, pero la falta de guías les hizo perder el camino, no pudiendo encontrar un puente para cruzar el Gran Canal en cuyo bordo pasaron la noche; oscura y fría noche, durante la cual no dejó de llover. Al siguiente día se reemprendió la marcha hacia Lechería, donde nuevamente quedó instalado el cuartel general, por cerca de dos semanas.

LA VIDA EN LECHERÍA

La vida en Lechería aparecía sonriente a los convencionistas. El doctor Cerisola, hombre culto y de amenísima conversación, refería anécdotas de la revolución; Alfredo Guichenne, encargado del despacho de la Secretaría de

Gobernación en el gabinete de González Garza, tocaba la guitarra y cantaba canciones populares; José Agüeros, quien había dirigido un diario en la Ciudad de México, animaba las pláticas de Cerisola, haciendo predicciones políticas.

González Garza hacía nuevos planes. Proyectaba avanzar al frente de una columna hacia el norte del país para unirse a las fuerzas del general Francisco Villa. Cuando terminó de hacer sus proyectos, hizo un viaje a la Ciudad de México, acompañado del licenciado Genaro Palacios Moreno, del capitán Manuel Aiza, de José Agüeros y de Juan Durán, con el objeto de dar a conocer su determinación al encargado del Poder Ejecutivo.

Regresó el general en jefe al día siguiente a su campamento, dando inmediatamente órdenes para emprender la marcha hacia el norte. Era el 10 de julio de 1915, mismo día en que las fuerzas carrancistas entraban a la Ciudad de México, debido a que los zapatistas habían abandonado el puente de San Cristóbal Ecatepec, sobre el Gran Canal.

El gobierno de la Convención se retiraba a Toluca. La situación de los convencionistas era bien difícil: no solamente perdían la capital de la República, sino que habían llegado noticias confirmando los desastres de Celaya y León; la única esperanza continuaba siendo el general Villa, quien con su División del Norte se había retirado hasta Aguascalientes.

HACIA EL NORTE

Unirse a la División del Norte, cooperar en su reorganización y lanzarla sobre las huestes carrancistas encabezadas por el general Álvaro Obregón era el plan del general González Garza, cuando a las cuatro de la tarde del día 10, abandonaba Lechería al frente de su columna.

La marcha se hizo con cautela, debido a la proximidad del enemigo, pernoctando en la hacienda de Jalpa, propiedad de la familia Escandón. En las primeras horas del día 11, la columna se puso nuevamente en movimiento, llegando a Huehuetoca, desviándose hacia el oeste para dejar a la derecha a Tula y Tepeji del Río, plazas que se encontraban en poder de los constitucionalistas y en dirección a la hacienda de Chapa de Mota. En la mañana, el general ordenó un alto en San Miguel de los Jagüeyes debido a que las fuerzas del general Casarín, por no haber recibido una orden a tiempo, se

habían dirigido hacia Toluca. González Garza envió un ayudante para hacerlas retroceder y con instrucciones de que se encontraran en San Miguel de los Jagüeyes. Poco después del mediodía, apareció la columna de Casarín. Al frente marchaba el general; le seguía el subteniente Francisco de Mendoza, quien apenas podía abrir los ojos y la boca; había caído en una zanja y estaba cubierto de lodo desde la cabeza hasta los pies. Mientras se reorganizaba la columna, Mendoza era objeto de las burlas de sus compañeros. El muchacho sonreía tristemente; apenas si se quejaba de ser un mal soldado y peor jinete, asegurando entre dientes que ese mismo día se pegaría un tiro.

La marcha de los convencionistas continuó lenta, aburrida, hasta ya entrada la noche, cuando la columna se detuvo en el rancho Cantera. Teniendo como techo un cielo cubierto de gruesos nubarrones y un suelo cubierto de lodo, generales, oficiales y soldados se dispusieron a pasar la noche.

TRAGEDIA

Los oficiales de los Estados Mayores de González Garza y Casarín se retiraron cerca de donde descansaban sus jefes. El campamento carecía de animación; las fogatas se extinguieron poco a poco; el cansancio rendía a todos. No fue sino hasta en la madrugada cuando un tiro hizo que varios oficiales se incorporaran; pero luego siguió el silencio. Momentos después, sin embargo, un soldado se acercó a los oficiales, diciéndoles:

—*Se mató el subteniente.*

Todos se pusieron en pie. A unos cuantos metros de distancia estaba el cadáver de Francisco de Mendoza. Tenía el cráneo destrozado, la boca contraída, los ojos muy abiertos. Esperaron que aclarara el día, cavaron una fosa. Ahí quedó el cuerpo del joven español que, decepcionado de la vida y queriendo encontrar la muerte en los campos de batalla, se había unido a última hora a las fuerzas convencionistas.

HAMBRE Y MÁS HAMBRE

La columna convencionista se puso nuevamente en marcha. Se caminó durante doce horas; hambre y sed habían sido la única novedad de la jornada.

da. Los pueblos por donde habían pasado estaban abandonados. Las tropas pernoctaron en San Luis de las Peras, a donde todos habían llegado con la esperanza de encontrar alimentos; pero en los jacales solamente habitaban mujeres, al parecer, hambrientas. Oficiales y soldados rondaban por el pequeño pueblo sin poder encontrar un bocado. Varios oficiales del Estado Mayor se dirigieron a un poblado cercano, donde a muchos ruegos, pudieron lograr que los vecinos les vendieran un pollo asado y un poco de café.

En la madrugada del 14 de julio, la columna reemprendió la marcha. A la salida del pueblo, los ayudantes del general en jefe escucharon gritos desgarradores que partían de un jacal. Echaron pie a tierra y entraron a la choza. Era una soldadera que gritaba y lloraba amargamente.

—*Mi marido se muere, señores, se muere* —gemía la mujer, señalando a un soldado que, tirado en el suelo, se debatía desesperadamente.

Los oficiales llamaron al doctor Cerisola, quien ya no pudo prestar auxilio alguno. El soldado se moría de hambre y de fatiga. La columna prosiguió el camino; la mujer quedó rendida de desesperación sobre el cadáver de su “Juan”.

UNA PENOSÍSIMA ASCENSIÓN

Una hora después de haber salido de San Luis de las Peras, se presentó ante la vista de la columna una terrible serranía, cubierta de corpulentos encinos; había que cruzarla. González Garza y sus ayudantes quedaron a la retaguardia para animar a los rezagados.

Pronto empezó a ascender la columna; podíase entonces apreciarla, verla en toda su extensión. Eran varios cientos de hombres, la mayoría infantes. Los soldados llevaban a sus mujeres e hijos. Los jóvenes marchaban al frente, cargando en brazos a sus pequeños y casi arrastrando a sus mujeres; algunas, las más fuertes, para ayudar al marido, llevaban el rifle al hombro; en los morrales el parque, los comales, los sartenes... Los viejos iban hasta atrás, caminando pesadamente, arrastrando el arma; se sentaban de vez en cuando, se quejaban; parecían dispuestos a quedar clavados ahí, en medio del camino; pensaban seguramente que la jornada todavía estaba muy larga; más de mil kilómetros antes de llegar a donde estaban las fuerzas de la División del Norte. Sin embargo, la presencia del general les volvía a animar; se ponían en

pie, olvidaban la fatiga y el hambre, y con la vista baja, sin medir ya la altura de aquella serranía tupida de árboles, pero tan alta que parecía que alcanzaba al cielo, empezaban de nuevo a marchar.

—*Anda, hijo, estás joven y puedes caminar* —dijo el general en jefe a un joven soldado que quedaba de los últimos.

El muchacho se echó la carabina al hombro e hizo esfuerzos por andar; pero de nuevo se detuvo; tenía las piernas clareadas por los tiros del enemigo. Más adelante una niña como de seis años estaba sentada a la orilla del camino y lloraba amargamente.

—*¿Qué te pasa niña?* —le preguntó González Garza.

—*Se fue mi mamá...* —contestó la pequeña, limpiándose las lágrimas.

—*¿Se fue? ¿Para dónde?* —agregó el general.

—*Se fue, señor, cargando a mi hermanito y me dejó por que dijo que no podía con los dos...* —dijo la pequeña, rompiendo a llorar amargamente.

Un oficial recogió a la niña, la enancó en su caballo y la llevó hasta la hacienda de Macavaca donde, después de buscar inútilmente a la madre que la había abandonado, la entregó al administrador de la finca.

DOS BUENAS NOTICIAS

Más de tres horas duró el ascenso a la sierra. Desde la parte más alta se pudo ver Chapa de Mota, que había de ser el fin de la jornada del día 14. Ya de noche, la columna llegó al pueblo, donde los soldados quedaron albergados convenientemente y donde se pudieron obtener provisiones de boca.

Al día siguiente llegó a Chapa de Mota un ayudante del general Juan M. Banderas, quien comunicaba al general Roque González Garza que al frente de mil infantes se acercaba al pueblo por el camino de Villa del Carbón, para incorporarse a la columna. González Garza comisionó a los oficiales Lajous, Agüeros y Durán para que salieran a encontrar a Banderas, quien cerca del mediodía hizo su entrada a Chapa la Mota.

La llegada de las fuerzas de Banderas animó a los convencionistas, pero una noticia recibida por el general en jefe en la tarde les había de dar todavía mayores alientos. González Garza tuvo conocimiento de que una columna de fuerzas de la División del Norte avanzaba del norte hacia Tula, por la vía del Ferrocarril Central. Cientos de conjeturas se hicieron los convencionistas;

todo hacía creer que el general Villa había derrotado al general Obregón y que, habiéndose abierto paso hacia el centro, avanzaba hacia la capital de la República en auxilio de la Soberana Convención.

Aunque el general en jefe había dispuesto un descanso de 48 horas, el 16 de julio los convencionistas ser ponían en marcha hacia Jilotepec, donde se podría conocer la verdad sobre la proximidad de la columna de la División del Norte.

TRIPLE FUSILAMIENTO

Después de varias horas de marcha y ya en las cercanías de la hacienda de Dosicho, el general González Garza ordenó un alto a su columna. Momentos antes había ordenado el fusilamiento de tres soldados que, a la salida de Chapa de Mota, habían saqueado una casa. Los soldados habían confesado su delito. Al ordenar el fusilamiento de los tres hombres, González Garza no había podido ocultar un estado nervioso: era la primera vez que disponía se arrancara la vida a un hombre.

Los tres condenados a muerte eran jóvenes. Los tres esperaban fríamente que se formara la columna para la ejecución y que se eligiera el lugar donde habían de caer. Cuando el oficial encargado de dirigir el pelotón ejecutor les ordenó que se colocaran en el paredón, dos de ellos avanzaron resueltos, im- pasibles; pero el tercero se dejó caer en tierra.

—*No me maten, jefe!* —gemía el soldado y, arrastrándose, se agarró de las piernas del oficial, implorando una y muchas veces perdón.

El oficial llamó a varios soldados para que condujeran al infeliz al lugar del suplicio. El condenado daba gritos desgarradores.

—*¡Robé, jefe, robé, pero ya no lo vuelvo a hacer!* —decía suplicante. Lo llevaron hasta ponerlo en el cuadro.

El joven soldado, arrodillado, extendía los brazos hacia delante como queriendo tapar las bocas de fuego que le apuntaban. Le arrebató una frazada a uno de sus compañeros y, cubriéndose la cara, se tiró al suelo, revolcándose como un desesperado.

—*Ándele, mi capitán, truénenos de una vez y llévese a ese cobarde* —pidió uno de los condenados.

—*¡No, no me maten, tengan compasión de mí!* —gritaba el muchacho.

Se puso de pie, pretendió correr; pero sonó una descarga. Los tres cayeron, casi uno sobre el otro. Después el oficial les dio el tiro de gracia y la columna desfiló ante los tres cadáveres. Siguió la marcha. Los tres cuerpos quedaron tirados a la orilla del camino.

VICENTE NAVARRO

Cuando los convencionistas llegaron a la hacienda de Dosicho, los esperaba el general zapatista Vicente Navarro, ex gobernador del Distrito Federal. Navarro era un hombre joven, de pelo casi rubio y de ojos claros. Invitó a González Garza y al Estado Mayor a sentarse a su mesa en el comedor de la finca de la hacienda. Durante el almuerzo, se quejó amargamente de carecer de dinero para pagar a su gente; pero poco después decía al general en jefe:

—*Oiga, mi amo; me vende el dueño esta finquita... quesque quiere cien mil pesos; ¡y qué se me hace que se la merco!...*

González Garza sonrió, y minutos después daba órdenes para continuar la marcha hacia Jilotepec.

UNA PLAZA TOMADA

Al llegar a Jilotepec, un propio esperaba a González Garza con una noticia: una columna de caballería de la División del Norte a las órdenes de los generales Rodolfo Fierro y Canuto Reyes había tomado, después de un combate más o menos formal, la plaza de Tula, cortando inmediatamente las comunicaciones entre Veracruz y el centro del país y dejando al general Obregón aislado de su base de aprovisionamientos.

La noticia fue transmitida inmediatamente a la columna. La banda de música de la brigada de Banderas recorrió las calles del pueblo tocando alegres aires marciales y las campanas de los pueblos repicaron jubilosas.

El general González Garza, lleno de optimismo, seguido de su Estado Mayor, partió hacia Tula a donde llegó poco después de las dos de la tarde.

Desde las primeras avanzadas podía descubrirse que la gente era del norte: todos con el pecho cubierto de cananas y montando magníficos caballos saludaron entusiastas al ex presidente de la República.

Junto a la vía del ferrocarril, en el centro del pueblo, esperaba a González Garza un hombre bajo de cuerpo, con la cara tostada por el sol, con sombrero charro de fieltro, camisa color lila y mitazas adornadas con grandes hebillas de plata. Era el general Canuto Reyes, jefe de la columna expedicionaria de la División del Norte.

González Garza echó pie a tierra, abrazando efusivamente a Reyes. El ex presidente y Reyes se dirigieron a una casa particular donde ya le habían preparado una pieza, mientras que los oficiales del Estado Mayor fueron en busca de alojamiento. Cuando una hora después se presentaron a González Garza, éste platicaba animadamente con los generales Fierro y Reyes.

PERDIDA TODA OPORTUNIDAD DE "GANE"

Durán se encontró frente a un viejo amigo, el teniente coronel Francisco Aguilar, miembro del Estado Mayor de Canuto Reyes.

Aguilar refirió a Durán que militando a las órdenes del general Francisco Villa, éste le había impuesto un castigo incorporándolo a las órdenes de Reyes, quien con Fierro, había hecho una travesía sin igual desde el Bajío hasta caer sobre Tula, cruzando territorio dominado por el enemigo. El teniente coronel, sin embargo, se mostraba pesimista. Le confesó que ya estaba cansado de la guerra y de las correrías consiguientes; que el villismo estaba moribundo y que esperaba la primera oportunidad para separarse de las filas revolucionarias; que Villa estaba rodeado de puros bandidos y que las derrotas de Celaya y León habían aniquilado a la famosa División del Norte.

—*Los pelados éstos* —agregó Aguilar, señalando a la gente de Reyes y Fierro— *ya no quieren pelear; hay que meterlos a fuerza y nomás se voltea el primero y no hay Cristo que los ataje... Los jefes no saben ni cómo se llaman. En León, Canuto Reyes metió tres brigadas en columna por una calle cerrada, de donde, por verdadero milagro, salimos vivos unos cuantos. En Celaya, las disposiciones de Villa fueron una serie de barbaridades; los Dorados, recibieron órdenes de permanecer a la retaguardia de las infanterías para meterlas al combate y matar a todo soldado que se volviera por cualquier causa, de la línea de fuego. En fin, que esto ya se lo llevó el diablo, y te aconsejo que no te vayas al Norte, porque ya no hay gane...*

Pocas horas después, el teniente coronel Aguilar fue comisionado por González Garza para llevar una comunicación al encargado del Poder Ejecu-

tivo, licenciado Francisco Lagos Cházaro, quien ya se encontraba en Toluca.

Al despedirse de Durán, el teniente coronel le dijo, sonriendo maliciosamente:

—*Ya llegó la oportunidad, manito, y de guaje la dejo pasar...*

Y mientras Aguilar partió a cumplir la comisión, la columna convencionista se dispuso a abandonar Tula.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 1 de enero de 1933, año xx, núm. 324, pp. 1-2.

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

UNA BRAVA PELEA Y UNA FUGA FAMOSA DEL GENERAL FIERRO

CÓMO SE HIZO LA HISTÓRICA EVACUACIÓN DE QUERÉTARO
González Garza y sus tropas tuvieron que retirarse en desorden ante el empuje de los carrancistas, quienes persiguieron a los fugitivos, derrotándolos nuevamente en las cercanías de Jerécuaro, después de rudos combates

EN LO MÁS INTENSO DE LA BATALLA, NO PUDO EVITAR QUE CORRIERAN LOS SUYOS
"¡Párense, tales por cuales! ¡Viva la División del Norte!", gritaba Fierro, tratando de contener a sus soldados, mas cuando no pudo, también él tuvo que huir, invitando a González Garza con estas palabras:
"¡Píquele mi general, que ahí vienen esos jijos...!"

LA MARCHA AL NORTE, FATIGOSA Y A SALTO DE MATA
El hambre acosaba a todos por igual y hacía más penosa y desesperada la marcha; así, cuando llegaban a algún lugar donde comían, lo consideraban la gloria aquellos que se consideraron invencibles con Villa y que ahora marchaban en derrota y casi a la desbandada

CAPÍTULO III

La conferencia en Tula entre los generales Roque González Garza, Canuto Reyes y Rodolfo Fierro se prolongó por varias horas.

El general Fierro era un tipo alto, robusto, con una cara redonda, de tez morena y tersa, que le daba el aspecto de un niño grande. Tenía ojos impresionantes de color claro; de mirada eléctrica, parecía que en el fondo de su corazón reía siempre.

Cuando terminó la larga conferencia, el general Fierro se dirigió a los ayudantes de González Garza, preguntando a quién le gustaba jugar ajedrez, proponiendo una partida, la que fue aceptada por el coronel Lajous.

—*¿Usted juega, coronel?* —preguntó afable Fierro a Lajous.

—*Sí, mi general, estoy a sus órdenes* —contestó el coronel.

—*Pues véngase, que nos vamos a dar un agarrón...* —agregó Fierro.

Y los contendientes estuvieron pronto frente a frente. Fierro movía sus piezas rápidamente, haciendo grandes estragos a su rival. Desde el primer movimiento se había trazado seguramente su propósito; iba a un fin, casi seguro de ganar. Lajous, en cambio, obraba cautelosamente; inclinado sobre el tablero, parecía querer adivinar el juego del general.

Y mientras que Lajous pensaba sus tiradas, Fierro lo observaba atentamente, sonriendo siempre. Varias veces, cuando el coronel cayó en las celdas del general, éste rió alegremente. Era tal su entusiasmo que movía sus piezas con mayor decisión.

Pero la partida que había empezado favorable a Fierro gracias a la tenaz ofensiva que había emprendido, cambió de aspecto. El general había hecho tal movilización que en un momento no tuvo refuerzos para defender sus mejores piezas y Lajous, tomando la contraofensiva, le hacía grandes estragos.

El general sintió la derrota e hizo un esfuerzo supremo por vencer; pero ni sintiendo la pérdida dejó de hacer las movilizaciones audaces que dejaban al descubierto sus piezas de mayor valor defensivo.

En un momento, las piezas blancas de Lajous tenían sitiadas a las negras. El general Fierro movía la cabeza y silbaba de vez en cuando.

—*¡Mate al rey!* —exclamó.

Fierro examinó el tablero; estaba, realmente, perdido. Lanzó una fuerte carcajada; se puso en pie, y extendiendo la mano, dijo a su victorioso rival:

—*¡Coronel, me ha ganado! ¡Esos son los hombres!*

Y volvió a reír alegremente como un buen muchacho; se apretó el cinto que se había aflojado al principiar la partida; no quiso seguir jugando, tomó del brazo al coronel, y comentó con toda satisfacción:

—*Coronel, me ha ganado usted de veras... Mire que yo creía que no me la ganaría...*

AVANCE AL SUR

Después de la partida de ajedrez, el general Fierro, Reyes y otros altos jefes de la columna expedicionaria, volvieron a conferenciar con el ex presidente de la República, resolviendo emprender la marcha de la columna expedicionaria hacia el centro de la República, teniendo como objetivo la ciudad de Querétaro, donde se formularía un plan para atacar la retaguardia del ejército carrancista a las órdenes del general Álvaro Obregón.

La columna salió de Tula en las primeras horas del 18 de julio. Las infanterías, impedimenta y servicios sanitarios hicieron el viaje en trenes, mientras que las caballerías y los jefes, avanzaron por tierra. La primera jornada fue hasta Nopala, Hidalgo, a donde la columna llegó a la cinco de la tarde del mismo día.

Al siguiente día (19) se continuó la marcha; marcha cansada, agobiadora, llegando al oscurecer a San Juan del Río, Querétaro, donde hubo magníficos alojamientos y abundantes alimentos. Tres días permanecieron las fuerzas convencionistas en San Juan del Río, y el 22 en la tarde, después de una rápida marcha, entraron a Querétaro, a excepción de las brigadas Artalejo y Ruiz, que quedaron apostadas en la hacienda de Cazadero.

González Garza y sus ayudantes fueron alojados por el gobernador en el Palacio de Gobierno, hermosa casona colonial.

OPTIMISMO

En Querétaro, el general González Garza recibió los primeros informes de la Ciudad de México, que se encontraba nuevamente en poder de los zapatistas. Los informes recibidos decían que tan luego como el general Pablo González, jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, había tenido conocimiento de la toma

de Tula por las fuerzas de Reyes y Fierro –y poco después de la toma de Pachuca por los generales Roberto M. Martínez y Andrés Pérez–, había resuelto evacuar la capital, que había ocupado el 11 de julio.

Además, los informes del Bajío, donde se encontraba el Gral. Obregón, eran también magníficos. El general Obregón, como consecuencia del movimiento de la columna expedicionaria, se había visto cortado de Veracruz, su fuente de aprovisionamientos, teniendo a la retaguardia un respetable núcleo, compuesto por las fuerzas más fogueadas de la División del Norte.

Los informes estuvieron a punto, por momentos, de resolver al ex presidente de suspender su avance hacia la región del Bajío.

Varios jefes opinaban que era necesario volver hacia la capital de la República, lanzar a los seis mil soldados de la columna expedicionaria sobre las fuerzas del general González, que se habían concentrado en Ometusco, derrotarlas y seguir el avance hacia el estado de Veracruz, y poner sitio al puerto jarocho donde Venustiano Carranza tenía establecida su capital.

El general Cerisola, su hijo el doctor Alejandro Cerisola, el ex encargado de la Secretaría de Gobernación Alfredo Guichenne, el licenciado Genaro Palacios Moreno y el coronel J. Lajous, eran los que con más tesón pedían al general en jefe el cambio de planes y el regreso a México, explicando que jamás se había presentado una oportunidad más brillante para llegar hasta las puertas de Veracruz y, quizás, hacer capitular a Carranza.

OPINIONES EN CONTRA

Pero González Garza insistía en la necesidad de llegar al Norte, de unirse al general Villa y de cooperar en la reorganización de la División del Norte. Además, no confiaba en las operaciones sobre el general González, pues había perdido la esperanza de contar con la cooperación de los zapatistas.

Fierro y Reyes influían también en el ánimo del ex presidente para continuar hacia el norte, indicándole que las órdenes que habían recibido del general Villa eran muy precisas, ya que su tarea había de consistir en hostilizar cuanto fuera posible la retaguardia de las fuerzas de Obregón, y luego reincorporarse a la División.

Además, Fierro tenía otro motivo para no aceptar la idea de volver sobre la Ciudad de México. El hecho de que los “catrines”, como se llamaba a los

amigos de González Garza, fueran los que propusieran este plan, era suficiente para desecharlo.

—Los “catrines” —decía Fierro— *son buenos amigos; pero lo único que saben es de “encatrinarse”. ¡Qué van a saber de cosas de la guerra!*

El 27 en la mañana, el general Roque González Garza dio a conocer su resolución de continuar hacia el norte.

LA MUERTE DEL GENERAL CAMACHO

El acuerdo fue tomado cerca del mediodía y, minutos después, el general Rodolfo Fierro estuvo a punto de perder la vida a manos del general Camacho.

Fierro encontró a Camacho en estado de ebriedad en la Casa de Armas haciendo gran escándalo y, dirigiéndose a él, pretendió hacerle una enérgica reprehensión. El general Camacho no dejó que Fierro terminara de hablar. Desenfundó rápidamente su pistola e iba a disparar sobre Fierro cuando éste, que montaba a caballo, se adelantó, vaciándole su revólver.

Camacho cayó al suelo, pero haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie y logró hacer cinco disparos sobre Fierro, hasta caer nuevamente, moribundo. El general Fierro vio caer a Camacho para no levantarse más y tranquilamente se alejó de la plaza.

LA EVACUACIÓN DE QUERÉTARO

Esa misma tarde y conforme a los planes del ex presidente de la República, dos brigadas salieron de Querétaro con rumbo a Celaya.

La orden de marcha había sido dada por el general en jefe, cuando el general Canuto Reyes le aseguró que tenía informes verídicos de que Celaya había sido evacuada por las tropas carrancistas.

—*Y si aistán los carrancistas, mi general* —había dicho Reyes, dirigiéndose a González Garza—, *nomás les doy un entrón con mis muchachos de la escolta a esos jijos de tal y no queda ni uno...*

Sin embargo, cerca de las ocho de la noche, el general González Garza recibió informes de que la vanguardia convencionista había tenido un encuentro con los constitucionalistas que avanzaban hacia Querétaro.

Como resultado de los informes obtenidos, el general en jefe dispuso que en la madrugada del 28, el grueso de la columna saliera de Querétaro para detener el avance de los carrancistas.

González Garza había establecido su cuartel general en el Cerro de las Campanas y dictaba sus órdenes, cuando empezó un tiroteo en las lomas de Mariscal, que se generalizó rápidamente.

Los convencionistas no habían resistido el empuje de los carrancistas y abandonaron sus posiciones en Mariscal replegándose, en desorden, hacia Querétaro.

González Garza y el general Moya hacían esfuerzos desesperados por detener a la gente, quedando pronto a la retaguardia y casi en manos del enemigo, que había avanzado con tal rapidez que pronto estuvo en las faldas del Cerro de las Campanas. Sin desesperar, y dando muestras de un gran valor, el ex presidente se retiró poco a poco haciendo resistencia con los oficiales de su Estado Mayor.

Los carrancistas siguieron a los convencionistas hasta las puertas de Querétaro, en cuya Plaza de Armas el general González Garza reorganizó algunos contingentes, disponiendo la retirada hacia el Cerro del Cimatario. Poco a poco se fueron reuniendo los grupos dispersos, mientras que desde las faldas del Cimatario podía verse cómo el enemigo entraba a la plaza abandonada.

UNA ACTIVA PERSECUCIÓN DE LOS CARRANCISTAS

Llegó la noche, y la ascensión al cerro continuó. Caía una lluvia finísima; el suelo, cubierto de lajas, espinos y chaparros, hacía difícil la marcha. Corría un viento helado y, ya muy cerca del nuevo día, los convencionistas hicieron alto. Al amanecer, el general en jefe hizo observaciones, despachó a sus ayudantes a explorar y, no sin alegría, supo que los dispersos se habían estado reuniendo durante la noche en una hacienda en la falda del Cimatario. Fierro y Reyes estaban ahí, esperando órdenes.

Como los carrancistas avanzaban hacia el Cimatario, se dispuso la marcha cerca del mediodía del 29, caminando despacio hasta las cinco de la tarde cuando se hizo alto en la hacienda del Fresno, donde se había resuelto pasar la noche. A la una de la mañana del 30, se tocó botasilla. Sin embargo, pasaron varias horas antes de que la columna se pusiera en marcha.

Dos mil carrancistas a caballo venían pisando los talones a los convencionistas. A la salida de la hacienda fue fusilado un telegrafista por orden de Canuto Reyes, después de que hubo confesado que por la noche había dado aviso a los carrancistas a Querétaro de que ahí se encontraban los villistas.

La columna se dirigió hacia Jerécuaro, a donde entró como a la diez de la mañana; pero no habían pasado dos horas, cuando el general en jefe ordenó una nueva marcha. Los carrancistas habían entrado a la hacienda del Fresno y seguían sobre Jerécuaro.

González Garza celebró una junta con los generales de sus fuerzas, resolviendo que el grueso de la columna expedicionaria a las órdenes del general Canuto Reyes marchara a toda prisa con rumbo al noroeste llevando como objetivo Salvatierra o Acámbaro, mientras que las brigadas Artalejo y Ruiz así como la escolta de González Garza a las órdenes directas de éste y del general Fierro, detendrían el avance del enemigo hasta donde fuera posible, reuniéndose más tarde con las fuerzas a las órdenes de Reyes.

El general Reyes se dispuso a la marcha, mientras que González Garza y Fierro se dirigieron, seguidos de los soldados que quedaban a sus órdenes, a un lomerío en las afueras de Jerécuaro.

El ex presidente dio los dispositivos de combate: los generales Ruiz y Fierro cubrían el centro y el ala derecha, mientras González Garza vigilaba la extrema izquierda para evitar un flanqueo. La brigada Artalejo encadenó sus caballos y se parapetó pecho a tierra, tras una trinchera de piedra hecha violentamente por los soldados.

DISPOSITIVOS DE COMBATE

Mientras que el grueso de la columna convencionista a las órdenes del general Canuto Reyes se alejaba rápidamente de Jerécuaro en las primeras horas del 30 de julio de 1915, las fuerzas a las órdenes del general Roque González Garza, quien tenía como lugartenientes a los generales Fierros y Ruiz, tomaban dispositivos de combate en el lomerío en las afueras de la población, dispuestas a detener el avance de las tropas carrancistas.

Cerca de las diez de la mañana, fueron avistadas las avanzadas constitucionalistas; luego las caballerías enemigas que se iban reconcentrando en los alrededores de la plaza abandonada; por fin, el resto de la columna enemiga.

El jefe de los carrancistas estuvo observando y minutos después dio las órdenes para el combate. Comprendiendo que un ataque sobre el centro de los convencionistas era peligroso, ya que había que avanzar sobre un sembradío al descubierto, el jefe carrancista optó por atacar la derecha convencionista, que estaba a las órdenes del general Ruiz.

Un interminable desfile de la caballería carrancista sobre las lomas de la derecha hizo ver a González Garza que el enemigo tenía una gran superioridad numérica. Los carrancistas llegaron a ponerse a tiro de fusil, y mientras que por el centro avanzaban pocos hombres, tan sólo para distraer la atención, la caballería se lanzó furiosamente sobre los convencionistas de Ruiz.

Los ataques de las caballerías constitucionalistas eran furiosos; pero se estrellaban ante la actitud resuelta de las tropas de Ruiz que, pecho a tierra y tras de posiciones improvisadas, hacían un fuego mortífero.

Una hora hacía que había comenzado el combate y el enemigo no había logrado progreso alguno.

CAMBIO DE TÁCTICA

González Garza, que desde una loma observaba atentamente el desarrollo del encuentro, expresó a varios de sus ayudantes la creencia de que el jefe carrancista ante el fracaso de sus ataques sobre la derecha, llevaría a cabo un movimiento envolvente sobre la izquierda, aunque la empresa era bien difícil, ya que se interponía un cerro cuya ascensión presentaba no solamente grandes dificultades, sino también numerosos peligros.

No se equivocó el general en jefe. Minutos después pudo ver cómo la cima del cerro se coronaba de jinetes que a poco empezaron a descolgarse formando un largo e interminable cordón.

Las fuerzas que a las órdenes directas de González Garza defendían el ala izquierda no eran más de cien hombres, por lo cual el general en jefe envió un correo al general Fierro, urgiéndole para que le mandara inmediatamente refuerzos. Al correo, no solamente contestó Fierro enviando gente, sino que se presentó personalmente. En esos momentos empezaba el tiroteo.

González Garza indicó al general Fierro la conveniencia de batirse en retirada, ya que consideraba que el grueso de la columna convencionista se había alejado lo suficiente para evitar un ataque del enemigo.

Pero Fierro opinó que había necesidad de resistir.

—*Mi general, mis muchachos están ganosos y ya ve usted que están dándose muy bonito*—contestó Fierro, y sin esperar órdenes, hundió sus espuelas en los ijares de su caballo y partió al galope, seguido de varios oficiales para organizar un grupo de jinetes y lanzarse a una primera carga.

TERRIBLE LUCHA EN EL ALA IZQUIERDA

Y mientras que Fierro se alejaba para lanzarse sobre el centro del enemigo, en el cual también se había iniciado un avance, la lucha en el ala izquierda era terrible. El general González Garza y sus oficiales, confundidos con la tropa, se defendían vigorosamente tras de las improvisadas trincheras. El enemigo estaba parapetado a unos trescientos metros de distancia y a veces se lanzaba al asalto pero siempre era no solamente resistido, sino rechazado con considerables pérdidas.

La batalla se había generalizado en toda la línea. Las caballerías tenían constantes y terribles choques. Tras de las trincheras se peleaba con ardor. Cerca de seis horas hacía que aquellos cuantos cientos de convencionistas resistían las embestidas de varios miles de carrancistas. Poco antes de las cuatro de la tarde, el general en jefe recorrió la línea, animando a sus soldados y exponiendo su vida a cada instante.

El ala izquierda permanecía en sus puestos; pero en el centro los generales Fierro y Ruiz empezaban a retirarse. Viéndose cercado, el general en jefe puso la retirada en toda la línea.

Abandonada la línea, los convencionistas montaron en sus caballos y al galope se retiraron, perseguidos muy de cerca por el enemigo.

—*Vámonos duro, mi general, que ahí vienen esos jijos de tales*—gritó Fierro a González Garza, alcanzándolo.

NO RETIRADA, FUGA

La retirada en orden, se transformó bien pronto en fuga. Al llegar los convencionistas a un arroyo, el camino quedaba convertido en una vereda entre dos taludes. Había que pasar un puente angosto y fue necesario acortar el paso.

Los carrancistas estaban a unos cuantos metros de distancia y bien pronto se lanzaron sobre las huestes villistas. Pero el puente fue, al fin, pasado por la pequeña columna.

Sin embargo, una nueva situación difícil surgió en el momento. Los convencionistas tenían que pasar por una llanura en la que serían blanco inevitable del enemigo. Fierro, que había pasado de los primeros, comprendió el peligro y, descubriendo un bordo que podía servir de defensa y tras el cual se podía combatir hasta que llegara la noche, pudiendo así emprender la retirada con más ventajas, trató de detener a la gente que, viendo el peligro tan cerca, se había puesto en fuga, presa del pánico.

—*Párense tales por cuales!*—gritaba Fierro, desesperado, agregando: —*No tengan miedo, muchachos! ¡Viva la División del Norte!*

Pero todo era inútil. Desesperado, Fierro volvió a gritar:

—*¡Los que sean hombres que me sigan!*

Fue ésta la exclamación mágica. Los jefes y oficiales fueron los primeros en dar el ejemplo. Ya González Garza había echado pie a tierra y parapetándose juntamente con varios de sus ayudantes, tras el bordo, tendió su carabina y empezó a disparar sobre los carrancistas que les pisaban los talones.

El general Fierro se tendió al lado del general en jefe. No eran más de cien los hombres dispuestos a detener el avance de los jinetes carrancistas que al galope se lanzaron sobre la trinchera.

—*¡Nadie dispare, hasta que yo ordene!*—gritó Fierro, quien en aquel momento se había declarado jefe.

La caballería enemiga avanzaba arrolladora, pero antes de que Fierro diera la orden de fuego, alguien disparó un tiro. Fue la señal. Siguió una descarga, luego otra. Numerosos jinetes rodaron por el suelo.

La carga había sido inútil. Los carrancistas volvieron grupas. Pero pronto se reorganizaron y se dirigieron hacia la derecha, pretendiendo envolver a los convencionistas.

Alguien de los villistas gritó:

—*¡Al cerro! ¡Vámonos!*

Los cien hombres de un salto abandonaron la trinchera y montando a caballo partieron al galope hacia una loma.

La llanura fue atravesada felizmente y un pequeño bosque ofreció un refugio seguro.

UN BREVE DESCANSO

Había oscurecido. Los carrancistas parecieron desistir de su empeño en perseguir a los villistas y González Garza ordenó la marcha. Cubiertos de lodo, fatigados en extremo y hambrientos, llegaron hasta un lugar llamado Piloncillo. Ahí se encontraba el grueso de la columna a las órdenes de Reyes.

En una calle larga, estrecha, paralela a una cerca de piedra, tras de la cual se veían algunos jacales, el general Reyes había tendido a su gente. Los soldados, tirados en el suelo junto a sus caballos, sus mujeres y sus hijos, rendidos de fatiga, llenaban la calle.

González Garza, seguido de sus ayudantes, difícilmente se pudo abrir paso entre los soldados en busca de Reyes. Toda aquella reunión de hombres y de bestias olía mal: a sudor, a boñiga, a podredumbre. En la oscuridad no se veía nada; todo era un amontonamiento y solamente se escuchaban las maldiciones de los soldados que trataban de buscar mejor acomodo.

El general en jefe encontró, por fin, a Reyes, poniéndolo al corriente de la jornada del día, y luego se dirigió en busca de un lugar para descansar. Lo encontró entre un grupo de soldados y, junto a ellos, se tiró al suelo.

Nadie dormía; la hora de la marcha podía ser de un momento a otro, ya que se suponía que el enemigo continuaba tras de la columna villista. Cerca de la medianoche se escuchó el clarín de órdenes: ¡ibotasilla! Luego gritos que eran repetidos de punta a punta de la calle:

—*¡Esos de la brigada Artalejo!... ¡Esos de Banderas!... ¡Esos de Ruiz!...*

Los soldados se fueron poniendo en pies poco a poco; algunas mujeres gemían pidiendo más descanso; los niños lloraban amargamente; pero las blasfemias y las amenazas terribles de los oficiales de Reyes, quien seguiría al mando de la vanguardia, lo acallaban todo.

Pronto empezó el desfile, era un desfile lúgubre, silencioso; nadie sabía donde se marchaba; sólo sabían que era necesario marchar porque el enemigo seguía las huellas de la columna villista.

CIUDAD ENEMIGA

A la una de la mañana, el improvisado campamento había sido abandonado por el último soldado. La columna se movía lentamente, primero entre

los sembrados; luego por una cañada olorosa a madreSelva; después por un pantano donde los caballos se hundían hasta la panza, chapoteando el agua y resbalando con frecuencia; más adelante fue cruzada la vía férrea y ante la vista de los convencionistas aparecieron las luces de una ciudad.

Era Salvatierra. Pero Salvatierra se encontraba en poder de los carrancistas y había que pasar por sus goteras sin hacer el menor ruido.

El grueso de la columna pasó sin novedad. A la retaguardia y vigilando las puertas de Salvatierra por donde podía surgir el enemigo, quedaron el general en jefe, sus oficiales y un grupo de soldados. Empezaba a amanecer. González Garza continuó la marcha, dejando atrás y hacia la izquierda poco a poco a la ciudad enemiga.

La columna pasó la hacienda de San José del Carmen, donde se esperaba hacer un alto para descansar, pero fue necesario seguir; los carrancistas venían pisándoles los talones.

Como a las seis de la mañana del 31 de julio la retaguardia de la columna villista hizo alto en una hacienda, donde se encontró alimento. El general en jefe se detuvo sólo unos cuantos minutos para seguir al galope hacia la vanguardia con el fin de hacer un nuevo plan con los generales Reyes y Fierro. Sus oficiales quedaron encargados de proteger el servicio médico y la impedimenta. Pero ni los oficiales pudieron permanecer más de una hora, porque, escuchando tiros a la retaguardia, comprendieron que el enemigo les alcanzaba.

La columna caminó hasta las dos de la tarde, cuando se ordenó un alto en el pueblo de La Zanja. En La Zanja se encontraron provisiones de boca, lo que animó grandemente a la gente, máxime que en la tarde se anunció que allí mismo se pernoctaría. Era un descanso necesario para toda la columna.

González Garza estableció su cuartel general en la escuela del pueblo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 8 de enero de 1933, año xx, núm. 331, pp. 1-2.

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

LA MÁS DESESPERADA FUGA DE LA COLUMNA CONVENCIONISTA

LA TERRIBLE CARRERA DEL 1 DE AGOSTO

Ni veredas, ni lomas, ni arroyos servían para escapar de los carrancistas

HAMBRIENTOS Y SIN RUMBO EN LA SIERRA

Los expedicionarios se "cortaron" en grupos y pasaron días enteros extraviados entre las montañas

CAPÍTULO IV

Breve fue el descanso en La Zanja. A la una de la mañana del 1 de agosto, la columna se ponía nuevamente en movimiento, llevando como objetivo el pueblo de Valle de Santiago. Al salir de La Zanja, la columna cruzó un río por un puente de madera, siguiendo a buen paso por un camino ancho, y bordeado por corpulentos árboles. La vegetación era exuberante; un sol radiante entibiaba la atmósfera; todo parecía sonreír amablemente. La guerra fue olvidada unos instantes; jefes, oficiales y soldados cantaban alegremente.

—“Si Adelita se fuera con otro, le seguiría las huellas sin cesar...” —cantaban los soldados.

—“Y por tierra en un tren militar...” —terminaban el doctor Cerisola y don Alfredo Guichenne. Y seguían:

—“Y el muerto murió... y la viuda quedó sola; le dio mal de corazón...”

—¡Y viva Villa, hijos de tales! —gritaba, entusiasmado, algún soldado.

Los más contentos, seguros de que el enemigo había quedado atrás, muy atrás, y que el camino seguiría así: ancho, plano y bordeados de árboles, fueron quedando rezagados. Entre éstos se encontraba los ayudantes del general en jefe, quien se había puesto nuevamente a la vanguardia.

Cerca de las nueve de la mañana, la retaguardia llegó a Jaral del Valle. Ahí, por vez primera desde la salida de la Ciudad de México, se habían de encontrar con gente amiga. Cuando menos es lo que consideraba viendo cómo de los jacales salían mujeres ofreciendo los más apetitosos manjares: leche fresca, quesos, enchiladas, pollo asado, frijoles refritos.

¡Cómo comieron todos! Tal era la felicidad, que oficiales y soldados vaciaban sus bolsillos a las vendedoras. La guerra parecía haber tocado a su fin. Después de Jaral de Valle, seguiría Valle de Santiago, ¿y luego? Nadie lo sabía; pero, en fin, después de aquella mañana de tranquilidad, y de aquel opíparo almuerzo, todo hacía creer que la buena estrella iluminaría el sendero de los villistas hasta llegar a donde se encontraba la famosa División del Norte.

DE NUEVO LA LUCHA

Sin embargo, una hora más había de durar la alegría. Dejando atrás a Jaral del Valle, se escucharon algunos tiros hacia Valle de Santiago; eran tiros aislados, según se podía escuchar; pero muy significativos. El enemigo, conociendo seguramente el derrotero de la columna villista, había lanzado sus fuerzas para detener a la vanguardia.

La retaguardia siguió avanzando, escuchándose un tiroteo, lejano, pero frecuente.

—¡Habrá combate, doctor! —dijo Durán al doctor Cerisola—. *Voy volando a ponerme a las órdenes del general.*

Y Durán abandonó al grupo y, a trote y galope, avanzó en dirección a Valle de Santiago.

A poco avanzar se encontró a varias mujeres que huían; luego a varios soldados dispersos. Nadie sabía a ciencia cierta lo que pasaba. Ninguno había visto al general en jefe, por quien preguntaba el oficial Durán.

Llegó hasta un pequeño puente, desde donde pudo ver que un grupo de jinetes a todo correr se dirigía hacia una loma a la izquierda y creyendo que se trataba de algunos oficiales de Estado Mayor se dirigió a ellos; pero apenas llegó a las faldas de la loma recibió una descarga; después otra. La situación era comprometida en extremo y volvió riendas, regresando hasta el camino carretero por donde avanzaban a toda carrera la caballería de Artalejo y la infantería de Banderas. Al llegar al puente, la caballería tomó hacia la izquierda, arremetiendo furiosamente sobre la loma donde estaba el enemigo y desde la cual había sido tiroteado Durán, mientras que la infantería, a buen paso y en línea de tiradores, seguía a lo largo del camino.

LA DERROTA

El combate se había generalizado. Acababa de pasar la infantería del general Banderas, cuando apareció el doctor Cerisola, quien, al frente de la ambulancia, pretendía seguir avanzando, hasta que habiéndole dado a conocer Durán la situación del enemigo, desistió, estableciendo poco adelante del puentecito el primer puesto de socorro.

Establecido el puesto, el oficial Durán marchó nuevamente hacia la loma de la izquierda, donde el combate era más recio. La caballería de Artalejo se lanzaba furiosamente sobre el enemigo una y muchas veces; pero los carrancistas, yaquis en su mayoría, rodilla en tierra y protegidos por los matorrales y cercas, hacían un fuego mortífero.

Durán trató nuevamente de localizar al general en jefe; pero, ignorando cómo se desarrollaba el combate, optó por volver al puesto de socorros, donde el doctor Cerisola y su ayudante Albino se multiplicaban aplicando algodones y atando vendas. Coroneles, capitanes, tenientes y soldados, cubiertos de sangre y algunos quejándose dolorosamente, estaban tirados en el suelo esperando la noble mano del médico.

Y mientras que Cerisola atendía a los heridos, el tiroteo empezó a disminuir: desde el puente se podía ver cómo los convencionistas empezaban a retirarse, primero en orden, luego en precipitada fuga.

LA OBRA HUMANITARIA DEL DOCTOR CERISOLA

El doctor Cerisola y los oficiales que le acompañaban eran los únicos que habían quedado en el campo de batalla y pronto sintieron la proximidad del enemigo. Los proyectiles empezaron a llover y a causar daños entre los mismos heridos.

Cerisola dio órdenes de cambiar el puesto a un lugar más retirado. Algunos heridos fueron encamillados; otros montaron a caballo; los más fuertes emprendieron a pie. Sólo uno, cubierto de sangre de pies a cabeza y con el vientre destrozado, quedaría abandonado, no había manera de llevarlo. El médico, sin embargo, no quería abandonarlo. Lo tomó en sus brazos y descubriendo un tupido matorral dijo:

—*Lo dejaré aquí, cuando pase el peligro regresaré para curarle.*

Y el doctor Cerisola hubiera cumplido su palabra, pero en esos momentos se escuchó una descarga: Un plomo entró en la cabeza del herido. Ya le había llegado la hora de la muerte...

Heridos y ambulancia se pusieron en movimiento buscando un nuevo refugio. Las balas les perseguían, pero ya no con insistencia. En el campo de batalla reinaba el silencio, apenas interrumpido por uno que otro tiro.

Y mientras que los heridos caminaban, el médico seguía al lado de ellos, dándoles de beber, haciéndoles sentar.

Bajo un mezquite estaba un soldado con la camisa desgarrada, calzado en un solo pie, con la cara cubierta de lodo y llorando amargamente:

—*¡Me muero, señores, me muero!* —gemía el soldado, al mismo tiempo que mostraba el brazo derecho por el que, entre la mugre, corría un hilo de sangre. Cerisola hizo un nuevo alto; le curó rápidamente, le animó e hizo que se uniera a la caravana.

SIN RUMBO

Cuando ya habían caminado una hora, Durán y Cerisola se preguntaron:

—*¿A dónde vamos?*

Guichenne indicó que no había más que dos caminos a tomar: o volver sobre la carretera a Jaral para regresar hasta el pueblo, o seguir hacia el monte, donde era lo más probable que se hubieran refugiado los dispersos. Este

último camino fue el aceptado. Pero para llegar al monte, había que atravesar un llano donde la pequeña comitiva quedaría al descubierto y sería, sin duda alguna, blanco de las balas del enemigo, que ocupaba las lomas vecinas.

No había, sin embargo, otro medio de resolver la situación, y dándose ánimos unos a los otros, médicos, heridos, oficiales y civiles se lanzaron a toda carrera por el llano y llegaron a los primeros matorrales y luego a una región boscosa, donde se estaba a cubierto del fuego enemigo y donde se pudo ya caminar con más tranquilidad.

NI UNA NOTICIA DEL GENERAL EN JEFE

El oficial Durán se adelantó con la mira de llegar hasta donde se encontrara el general en jefe. Pronto encontró a una pareja de dispersos, pero ningún informe favorable pudo obtener. Siguió por las veredas hasta encontrarse frente a un grupo de oficiales; eran norteños. ¡Qué bien se les conocía por la indumentaria!

—*¿Quién es el jefe?* —preguntó Durán.

—*Mi general Valle* —contestó uno del grupo, señalando a un hombre como de treinta años, rasurado y no mal parecido.

—*Mi general* —dijo Durán, dirigiéndose a Valle—. *Soy del Estado Mayor del general González Garza, y vengo con el servicio médico y la impedimenta; salimos los últimos y queremos incorporarnos. ¿Puede usted decirme dónde está el general González Garza y sus fuerzas?*

—*¡Sepa Dios, amigo!* —contestó secamente el general Valle, y después de una mueca de indiferencia, agregó:

—*Dicen que a González Garza le entró el miedo y echó a correr, y que uno de los suyos le dio un tiro, por cobarde...*

—*No* —interrumpió vivamente uno de los oficiales de Valle—, *González Garza se quedó, no sé si prisionero o muerto; pero no salió.*

Valle se encogió de hombros. Invitó a Durán a echar pie a tierra y refirió a grandes rasgos las principales fases del combate de Valle de Santiago, que había sido una completa derrota para la columna convencionista.

No terminaba de platicarlo cuando llegó el doctor Cerisola al frente de la ambulancia, opinando los jefes la necesidad de continuar la marcha hasta encontrar un lugar seguro donde pernoctar.

Tomada está resolución, el general Valle, seguido de sus oficiales, montó a caballo y pronto desapareció entre el monte. A poco se puso también en marcha la ambulancia.

PENSANDO TERMINAR LA AVENTURA

Después de una hora de marcha por veredas, apareció un camino estrecho y sinuoso, entre un cerro y la laguna de Yuriria. Se aprovechó un recodo para hacer alto, comer lo poco que se llevaba en los morrales y dar de beber a las bestias que ya se negaban a caminar.

De nuevo y durante el breve descanso, surgió la pregunta:

—¿A dónde vamos?

Cerisola, Guichenne y Durán opinaron que lo más conveniente era regresar a la Ciudad de México, entrando por el estado de Michoacán, hasta llegar a Toluca o a Cuernavaca; pero sin abandonar armas y caballos. Otros opinaron que lo más conveniente sería alejarse un poco de aquel camino, abandonar ropas, armas y caballos y disfrazarse de arrieros y llegar hasta Celaya; tomar ahí el tren y seguir hasta la capital, dando por terminada la aventura. Pero Guichenne se opuso vigorosamente a esta última proposición. Había que andar a pie, y él, gordo, no daría un solo paso, ni a tiros.

Cerca de media hora duró el descanso, hasta que pasó un oficial del Estado Mayor de González Garza, apellidado Llinas, quien indicó a Cerisola que se debían de poner en marcha, porque los carrancistas seguían a los dispersos y pronto caerían sobre ellos.

El proyecto de regreso a México fue abandonado por el momento ante la proximidad del enemigo, y la ambulancia se puso en camino. Unos cuantos minutos después, y al atravesar un pequeño valle, se sintió al enemigo. Varios hombres a caballo, lanzando vivas a Carranza, aparecieron por la espalda de la pequeña columna, disparando sus armas.

El pánico se apoderó de los sorprendidos, empezando una carrera desesperada. Los que tenían mejores caballos se pusieron a salvo bien pronto, pero quedaban muchos rezagados. No pocos prefirieron abandonar sus cansados caballos, emprendiendo la carrera a pie.

El número de carrancistas a la retaguardia seguía aumentando; era también mayor el número de disparos.

¡Cómo zumbaban las balas sobre las cabezas de los villistas! ¡Y qué extraña sensación el sentir al implacable enemigo a unos cuantos metros de distancia de la espalda, sin moral para hacerle resistencia y sin fuerzas para contener el delirio de persecución!

UNA CARRERA DESENFRENADA

¡Qué carrera la de la columna convencionista aquel primero de agosto de 1915! Ni las lomas, ni el monte, ni los arroyos, ni las veredas servían para evitar que la retaguardia de la columna villista escapara de sus perseguidores. ¡Con qué tenacidad corrían los carrancistas tras de los villistas!

Durante tres o cuatro horas, las balas seguían silbando sobre aquellos desesperados que, a fuerza de azotar a las mulas y de hundir las espuelas en los ijares de los caballos, podían ganar terreno.

De vez en cuando quedaba algún rezagado: todos sabían que estaba condenado a muerte, y se detenían en su auxilio. Pronto la retaguardia con la impedimenta alcanzó a las infanterías del general Juan Banderas.

Entre los infantes el pánico era mayor. Por el camino los soldados de Banderas iban dejando armas, ropa, víveres, parque: todo cuanto los podía estorbar en la carrera. Las mujeres, todas desgredadas, jadeantes, con el vestido en desorden, corrían al parejo de los hombres.

Varias veces Durán y Cerisola trataron de detener a los soldados, para esperar al enemigo tras de cualquier cerca, detenerlo para dar tiempo a que los infantes se pusieran a salvo. Pero no había quién escuchara; entre aquella multitud no había una sola cabeza que quisiera volver hacia atrás. Cada tiro que sonaba en la espalda les daba más fuerza para correr, les causaba más miedo. Muchas veces, en las veredas angostas, los soldados se disputaban el paso.

Poco a poco fue necesario ir abandonando no solamente la impedimenta, sino también las cajas del botiquín. Varias veces fue necesario que el doctor Cerisola y Durán detuvieran su marcha, echaran pie a tierra y en la mitad del camino, oyendo zumbir las balas a unos cuantos centímetros sobre sus cabezas, tuvieron que apretar los cinchos de las bestias de carga.

—No hay que dejarles nada a esos que traemos atrás —decía, optimista, Cerisola a Durán, mientras apretaba los cinchos. Luego volvían a montar y de nuevo a trote y galope.

LOS DESESPERADOS

Pero ya avanzada la tarde, hubo necesidad de abandonar una parte de la carga. Una de las mulas desocupadas fue cedida a un soldado que, rendido de cansancio, se había puesto a la mitad del camino, con los brazos en cruz y que, desesperado gritaba:

—*Aquí me matan, pero ya no sigo...*

Más adelante se hizo necesario abandonar una caja de medicinas.

Poco después fue necesario hacer un alto. Una mujer, que montaba un caballo juntamente con sus dos pequeñas hijas, clamaba con desesperación:

—*¡Señores, señores, ya mi caballo ya no quiere caminar, y aquí me van a matar con mis dos hijas!*

Las niñas lloraban amargamente y casi tragándose las palabras, decían:

—*¡No quiero morir, mamacita!* —decía la más pequeña.

La mujer pidió a Durán y a Cerisola que pusieran a salvo a sus hijas, mientras que ella se ocultaba entre los matorrales para seguir a la columna tan luego como pasara el peligro. Accedieron el médico y el oficial, y tomando cada uno a una niña, continuaron la fuga.

Cerca de las siete de la noche, los perseguidores parecieron desistir de sus propósitos, ya que el tiroteo fue escaseando hasta que al fin terminó.

OTRA VEZ CON EL GENERAL EN JEFE

Sintiéndose libres de sus perseguidores, los soldados villistas empezaron a reunirse, habiendo encontrado un pozo de agua en torno del cual se agrupó la gente, sedienta y fatigada. Era tal la fatiga después de todo un día de correr, que la mayor parte de las mujeres y no pocos hombres, caían al suelo. Unos se revolcaban en la tierra, lanzando gritos lastimeros; otros imploraban al cielo.

Parecía como si todos hubieran perdido la fe. Sin embargo, unas cuantas horas después habían de reanimarse y darse la energía suficiente para seguir hacia el norte, en pos de la famosa división del hombre que los había llevado a la victoria en tantos y tantos combates.

Después de un breve descanso, el doctor Cerisola y Durán continuaron la marcha al tener informes de que el general González Garza, el jefe de la columna villista, estaba en una hacienda cercana.

Poco después de las nueve de la noche, Cerisola y Durán llegaron a la hacienda El Semental. En el portal de la finca estaba González Garza, acompañado de cinco o seis miembros de su Estado Mayor; en el patio estaba descansando la tropa de Canuto Reyes.

González Garza estaba cubierto de tierra hasta la cabeza, no pudiendo ocultar la fatiga del día. Sin embargo, parecía animoso. Creía que esa misma noche continuarían llegando los dispersos a la hacienda y que al día siguiente la columna estaría rehecha, y en posibilidad de continuar hacia el norte.

Solamente la ausencia de sus oficiales A. Lajous y José Agüeros le afligía. Lajous y Agüeros habían sido enviados a una comisión desde las primeras horas del día y desde entonces se desconocía el paradero de ambos. Pero esos momentos no eran para hacer conjeturas. Todos ansiaban el descanso, y poco a poco se fueron rindiendo al sueño. Unos sentados, los otros tirados en el suelo; los de más allá, recostados sobre las monturas de sus caballos.

OTRA VEZ EN MARCHA

Breve fue el descanso. A la una de la mañana, el general Reyes daba la orden de marcha. Momentos antes había llegado José Agüeros, sano y salvo.

La marcha durante las primeras horas del día 2 de agosto fue lenta, hasta llegar a la hacienda El Salitre, donde habían de hacerse nuevos planes.

Durante la marcha de la hacienda El Semental a El Salitre, Durán supo por uno de los ayudantes de González Garza que la noche anterior el general en jefe había llegado a El Semental solamente acompañado de tres o cuatro oficiales, muy desilusionado y que su desilusión había sido mayor al encontrarse en la hacienda, en lugar de sus fuerzas, a las del general Reyes, quien visiblemente le era hostil.

González Garza, según refirió el oficial a Durán, se encontraba tan decepcionado, que por momentos había pensado disfrazarse de ranchero y acompañado de varios amigos seguir el camino hacia el norte por veredas extraviadas, dejando el mando de la columna a Reyes o a Fierro. Pero al llegar a El Salitre, el general en jefe era ya otro hombre. Pidió el mapa de la región al general Cerisola y empezó a trazar la nueva ruta que había de seguir la pequeña columna, toda vez que se habían perdido las esperanzas de que se reincorporaran las fuerzas de Fierro y de Banderas.

Por fin, el general en jefe resolvió que se debía cruzar el río Lerma aprovechando el vado que se forma en la compuerta a la salida de la hacienda. Las órdenes de marcha fueron comunicadas inmediatamente y la columna se iba a poner en movimiento, cuando se descubrió la proximidad de unas fuerzas: eran las de Fierro y la escolta de González Garza a las órdenes de Ceferino Moctezuma, a la que venía incorporado Lajous.

La columna villista volvía a rehacerse. Nuevas esperanzas de llegar al norte con toda felicidad animaron a jefes y soldados.

EN PÉNJAMO

El paso del río Lerma fue muy dilatado y molesto, debido a que el vado era tan angosto que solamente se podía pasar de uno en uno y no sin peligro. Fueron numerosos los jinetes que cayeron al agua, teniendo que ganar la orilla opuesta a nado. Ya al otro lado, los convencionistas sintieron que se habían alejado del enemigo y que el camino hacia el norte quedaba despejado.

Canuto Reyes, de acuerdo con los planes del general González Garza, y al frente de la vanguardia de la columna, enfiló hacia Pénjamo, con intenciones de llegar hasta las goteras de la ciudad, donde se encontraba un destacamento carrancista, para cruzar la vía férrea de México a Guadalajara y volver luego hacia el estado de Guanajuato junto a los límites con el de Jalisco. Pero los guías equivocaron el camino y ya oscurecía cuando la columna villista se encontró a las puertas de Pénjamo.

Descubierta la columna convencionista por las avanzadas carrancistas, se entabló un tiroteo. Reyes dispuso entonces que la columna entrara por las calles del pueblo para ganar el lado opuesto, cruzar la vía férrea y seguir la marcha, mientras que él, al frente de un grupo de hombres, se enfrentaba al enemigo, guardando la retirada. Pronto el grueso de la columna entró a las primeras calles de Pénjamo, mientras que en la estación del ferrocarril, Reyes combatía con un pequeño destacamento, única guarnición de la plaza.

Pero en aquellos momentos no había quién diera órdenes. Los villistas se metieron de un golpe por una misma calle. Era una masa compacta de hombres y de caballos a lo largo de la calle; pero nadie se podía mover, ni tampoco sabían en qué dirección moverse. Todos gritaban; todos señalaban caminos; pero nadie obedecía. Mientras tanto, en la estación seguía el tiroteo.

Por fin, algunos jinetes empezaron a brincar cercas; otros se lanzaron por varias calles. La columna se dividió rápidamente y nadie sabía a punto fijo dónde había de concentrarse.

—*Hacia las lomas, hacia las lomas* —gritaban desesperados algunos oficiales.

Pero era tal la oscuridad, que nadie veía lomas, y sí muchas calles angostas. Dos horas duró el ir y venir de los villistas por las calles de Pénjamo. El general Reyes, sin embargo, había logrado dominar al enemigo y sus fuerzas podían seguir la marcha, sin temer un ataque por la retaguardia.

EN NUEVOS APRIETOS

Durán, Guichenne y varios oficiales, seguidos de un grupo de jinetes se lanzaron hacia las afueras del pueblo. Trataron de orientarse, buscando la vía férrea; pero fue inútil y se dirigieron a un lomerío, donde encontraron un grupo de soldados que buscaban a sus jefes.

Pénjamo había quedado atrás y creyeron que ahí podrían pernoctar, esperando que aclarara el nuevo día para orientarse e incorporarse al grueso de la columna. Pero se sintieron muy cerca del enemigo y resolvieron seguir la marcha. Cruzaron un arroyo, tomaron un camino desconocido. No había la menor huella de que por ahí hubiera pasado el grueso de la columna. Sin embargo, resolvieron descansar unas cuantas horas al abrigo de un corpulento árbol.

Pero durante el descanso no hubo tranquilidad alguna. Guichenne indicó la conveniencia de proseguir la marcha, considerando que el enemigo, repuesto de la sorpresa, habría de iniciar la persecución.

Caminaron un par de horas. La noche era impenetrable; corría un viento frío; no se oía más que el andar lento, cansado de los caballos.

En una choza a la orilla del camino había fuego. Un viejecito se encontraba en el umbral. Durán le pidió informes; pero el viejo era sordo y a duras penas se le hizo entender lo que se buscaba, contestando que por ahí no había pasado nadie.

¡Qué desaliento para aquellos hombres! Sentíanse en la mitad de un camino desconocido, quizás muy lejos de los amigos y tal vez a pocos pasos del enemigo! ¡Después de tantos días de fatigas y de hambres, de desvelos y de sentir la muerte a cada instante, era para doblar al más valiente!

Pero no había más remedio que seguir. Algún fin había de tener aquel camino, icon tal de que no llevara a Pénjamo!

Amanecía cuando el grupo de villistas llegó al borde de una barranca.

Tres hombres salieron inesperadamente a la orilla del camino.

—*¡Quién vive!* —se gritaron, sorprendidos, unos a los otros.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 15 de enero de 1933, año xx, núm. 338, pp. 1-2.

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

CÓMO ACABÓ AL FIN LA TRÁGICA FUGA DE LOS CONVENCIONISTAS

VENCIENDO PENALIDADES SIN CUENTO, LA COLUMNA
LOGRÓ LLEGAR A SALVO A TORREÓN

Y así, el general Roque González Garza se sintió orgulloso de haber
podido llevar a su gente hasta el lugar que había deseado
el día en que salió con sus tropas de Lechería

AL LLEGAR A ZACATECAS SE VIERON EN UN
TERRITORIO DOMINADO POR EL ENEMIGO

Las fuerzas de Pánfilo Natera se habían adherido ya al carrancismo triunfante,
pero quizá por una mera condescendencia,
los expedicionarios pudieron seguir hasta Torreón

UNA HAZAÑA DE RODOLFO FIERRO EN TEOCALTICHE, JALISCO
Se apoderó del maíz que había en una casa; el dueño de éste se hallaba
ausente y él derribó la puerta, con un madero

CUANDO LLEGARON A LA CIUDAD DE TORREÓN, SE SINTIERON SEGUROS

CAPÍTULO V Y ÚLTIMO

Pero no hubo necesidad de dar el “Viva la División del Norte”. La fatiga pintada en el rostro, el uniforme, el sombrero texano, había identificado a uno y otro grupo. Ambos eran villistas.

Todos se agruparon para comunicarse noticias; pero los recién aparecidos no sabían más que los que seguían a Guichenne y a Durán. Nadie sabía qué rumbo había tomado el grueso de la columna después de haber cruzado el pueblo de Pénjamo.

Los extraviados, antes de continuar la marcha resolvieron descender unas cuantas horas en la barranca en cuyo borde se encontraban. Con gran dificultad llegaron los villistas a la parte más honda de la barranca. La vegetación era exuberante; la tranquilidad pasmosa. ¡Qué bien se podía estar ahí un par de horas, esperando que la luz plena del día 3 de agosto iluminara el sendero que habían de seguir en su aventura!

No fueron dos, sino más de cinco horas las que, bajo los árboles corpulentos y tirados sobre la hierba todavía húmeda por el rocío, pasaron los villistas en aquel lugar. El descanso dio nuevos bríos y fue necesario reemprender la marcha, dejando pronto lugar tan amable.

Pero si la bajada al fondo de la barranca había sido fácil, no así el ascenso. Fue escogida una vereda estrecha cubierta por ambos lados por una espesa vegetación a fin de cubrirse de cualquier sorpresa del enemigo que pudiera aparecer en la parte alta.

Y no solamente la vereda estrecha dificultaba la ascensión: era también el miedo. El miedo se había apoderado de no pocos soldados. De cada matorral, creían ver salir un carrancista; y detenían su marcha; ahucaban la palma de la mano y se la ponían al oído. Cuando estaban seguros de que no había enemigo al frente, seguían la ascensión.

—*No tengan miedo, muchachos, que al que le toca le toca, aunque se tire de barriga* —decía, sonriendo alegremente a los soldados, Guichenne.

Después de una hora, las huestes villistas se encontraban de nuevo en la parte alta, opuesta a la que habían llegado en las primeras del día. Todos buscaron en el horizonte alguna noticia; o enemigo o amigos. No la había ni de uno ni de otro.

Descubrieron un camino y resolvieron seguirle con la esperanza de que los llevara a donde podrían tener alguna esperanza.

UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Pronto llegaron a un ranchito, oculto tras de una loma. El ranchito lo componían varios jacales, abandonados en su mayoría. Los pocos habitantes aparecieron poco a poco; eran indígenas semidesnudos, quienes dijeron no haber visto pasar a otros humanos por esos rumbos desde hacía largo tiempo.

Sin embargo, dieron algún dato de importancia. Señalando con el índice, indicaron las veredas que podían seguirse para llegar, bien a Puruándiro, o bien a San Joaquín.

Durán y Guichennes se miraron: ¿A dónde ir? A San Joaquín o a Puruándiro? Cualquier camino era bueno. Se pidió a uno de los indígenas que sirviera de guía, a lo que accedió gustoso.

Los villistas se pusieron en marcha. El indígena, a pie, empezó a trotar por una vereda. Pero era difícil seguirle: la vereda ascendía y los caballos a duras penas podían caminar, máxime que el suelo era desigual y pedregoso. Las monturas se resbalaban hasta las ancas del animal y los jinetes tenían que asirse a las crines.

Como el indígena no había recibido órdenes a dónde había de conducirlos, se limitó a llevarlos hasta una alta meseta desde donde podía contemplarse un hermoso y enorme valle.

Desde la cumbre fueron descubiertos varios caminos, pero ningún descubrimiento fue tan agradable como el de ver cómo, a unos cuantos kilómetros de distancia, se movía lentamente una columna de caballería.

—*¡Son los nuestros!* —exclamó Durán, entusiasmado.

REINCORPORADOS

La columna caminaba en desorden completo. Esta era una prueba de que eran los restos, o, cuando menos, una parte de la columna expedicionaria. Los villistas iniciaron el descenso por el lado opuesto del cerro y, llenos de satisfacción, marcharon a unirse al resto de la columna.

Bien pronto alcanzaron al grueso de los expedicionarios y pudieron tener informes de lo que había pasado. Pero la más agradable noticia fue que hacía pocas horas que el general Roque González Garza, acompañado de varios ayudantes, se había adelantado a sus fuerzas para ponerse a la vanguardia.

Con la seguridad de que el enemigo no los perseguía, los amigos del grupo que durante la noche había corrido una seria aventura, resolvieron descansar otras horas a la orilla del camino. Se disponían a continuar la marcha, cuando pasó el doctor Cerisola. Fue grande el gusto de todos.

Reincorporados a la columna, las dos horas de marcha hasta llegar a un rancho fueron de alegría. Al llegar al rancho, el doctor se vió en la necesidad de intervenir en un conflicto suscitado por los soldados villistas, quienes se habían arrojado sobre el granero y sobre los víveres que habían encontrado a su paso. Los dueños del rancho, un par de viejos, hacían esfuerzos desesperados por evitar el saqueo, y al ver llegar a los oficiales, pidieron que se les hiciera justicia.

—*En estos momentos les haré justicia* —les contestó el doctor Cerisola, añadiendo—: *A ver, viejecitos, díganme, ¿cuánto vale lo que han tomado y sigan tomando los muchachos?*

—*¡Uy, señor, en más de mil pesos, señor!* —exclamaron los propietarios.

—*Pues no se aflijan, en este momento los dejo contentos* —les aseguró el médico.

“Vale por \$2,000 en mercancías que serán pagados en la Ciudad de México al portador, por víveres facilitados a la División del Norte”.

Los propietarios del rancho leyeron el documento; lo releieron y, llenos de agradecimiento, dieron las gracias.

—*¡Tomen todo lo que quieran, muchachos!* —dijeron los viejos, dirigiéndose a los soldados, al mismo tiempo que hacían que los oficiales echaran pie a tierra para obsequiarlos en sus casas con leche fresca, tortillas, frijoles y carne.

¡Y A CORRER, MUCHACHOS!

¡Lástima que no fue posible hacer los honores completos al banquete! Varios soldados, a carrera tendida, llegaron al rancho, gritando:

—*¡Ahí vienen! Ahí vienen los carrancistas!*

El pánico se apoderó de todos. Los soldados corrían en todas direcciones. Los que habían desensillado, montaban en pelo y emprendían la carrera; los que habían dejado entrar a sus caballos a la milpa, los buscaban desesperadamente. Unos cuantos minutos fueron suficientes para que los villistas abandonaran el rancho en donde quedaba la pareja de viejecitos, teniendo en sus manos temblorosas el vale de los dos mil pesos.

Aunque los carrancistas no aparecían por la espalda, nadie quería hacer alto. Cuantos más kilómetros devoraban los caballos al trote y galope, más seguridad para los jinetes. Fue un correr casi como el que había empezado el día primero en las márgenes de la laguna de Yuriria.

Al caer la tarde, después de varias horas de correr sin escuchar ni los gritos de desafío de los carrancistas, ni el silbar de las balas, la mayoría empezó a sentirse tranquila. Fue mayor la tranquilidad, cuando desde la parte alta de una loma se pudo distinguir, a no lejana distancia, un poblado.

—*Es San Pedro Piedra Gorda* —dijo alguien.

—*¡Vamos!* —contestaron todos a coro.

Y los villistas llegaron al pueblo. Pero ahí había órdenes: era necesario continuar hasta una hacienda cercana, donde había acampado el grueso de la columna. A las siete de la noche, los villistas se hallaban en el casco de la hacienda. En un salón largo y húmedo, fue instalado el dormitorio.

Como los carrancistas no se habían dejado ver durante todo el día, y como ya no había quien hablara de la proximidad del enemigo, sin pensar en alimentos, los convencionistas se tiraron al suelo.

¡Hermosa noche fue aquella! ¡Ni ruidos, ni sobresaltos, ni toques de botasilla, ni gritos de mando, ni temores de tener que echar otra carrera!

—*De aquí a Torreón, ni quien nos moleste; ya estamos en terrenos nuestros!* —afirmaban los optimistas.

TEDIOSA CAMINATA

Y por vez primera en muchos días, la columna fue debidamente organizada. Empezó la marcha del 4 de agosto.

Durante doce horas fue un caminar lento, tedioso. Ya no había el temor a los perseguidores y, ¡quién lo habría de decir!, el cansancio era mayor. El afán de conservar la vida vencía toda fatiga; la monotonía de la marcha sólo hacía pensar en la incomodidad de la cabalgadura, cuyos pasos se contaban. Se medía con la vista la distancia y, ¡qué desesperación se sentía de tener que llegar hasta la parte más alta de la sierra que se dibujaba en el horizonte azulado!

La jornada del día terminó en plena sierra del estado de Guanajuato, y soldados y oficiales se pusieron en busca del mejor sitio para pasar la noche, y después se lanzaron en pos de alimentos.

Los soldados que acompañaban a Durán, Cerisola y Guichenne se perdieron en el bosque para volver al cabo de poco tiempo, provistos de un carnero, que pronto perdió la vida y se le vio humeante sobre unas brasas.

El doctor instaló inmediatamente su hospital de sangre. Eran muchos los hombres que descubrían sus heridas. Algunos tenían dos o tres o más perforaciones en el cuerpo; no se quejaban y comentaban alegremente la carrera que habían tenido que dar, aportándose las heridas. A uno, una bala expansiva le había hecho pedazos los dedos de la mano izquierda; pero así, había tenido alientos para correr y para llegar a un arroyo, donde después de haberse lavado, de un tirón se había arrancado los dedos despedazados. ¡Con qué frialdad contaba su dolor el pobre soldado!

—*¡Esta es la guerra, doctor, ésta es la guerra!* —decía el infeliz, apretando los dientes mientras que el doctor Cerisola le curaba la herida.

¡UNA BUENA MESA Y SOBREMESA!

Cuando el doctor Cerisola terminó su labor, se reunió a sus amigos para disfrutar del carnero y de una gallina asada que inesperadamente había sacado de su morral una mujer.

Terminada la cena, y por vez primera desde la salida de Tula, hubo sobremesa. Mientras unos contaron los momentos terribles de la persecución, otros refirieron anécdotas y José Agüeros hizo olvidar las cosas de la guerra hablando de las riquezas de la sierra de Guanajuato, que al día siguiente había que cruzar de punta a punta.

La conversación se fue agotando y cada quien buscó su rincón para dormir. Empezaba a lloviznar; pero una llovizna era ya un problema de último orden para quienes habían pasado días y horas tan amargos.

A las cinco de la mañana los villistas estaban listos para la marcha: había que cruzar la sierra de Guanajuato, donde no habría que luchar contra el enemigo ordinario —el carrancista—, pero se tenía que vencer a otro más feroz: el hambre.

Horas enteras de caminar por la sierra sin encontrar alimento alguno. Pájaros sin cuento, árboles arrogantes, enredaderas cubiertas de olorosas flores, y nada más para aquellos cientos de hombres que no podían conformarse tan sólo con el paisaje sin igual.

Por fin, a las cuatro de la tarde, la columna había pasado el lomo de la sierra y un verde valle se extendía ante la vista. Ahí terminaban los límites del estado de Guanajuato y los villistas pisaban territorio de Jalisco. Durante ocho días, los villistas habían recorrido el estado de Guanajuato en zig-zag.

¡En ocho días habían tenido tres combates: Jerécuaro, Valle de Santiago y Pénjamo!

Amargos recuerdos quedaban atrás. ¡Quizás el estado de Jalisco los recibiría más amablemente!

EN SAN JULIÁN, JALISCO

La travesía del valle se hizo casi corriendo, no porque la columna expedicionaria villista sintiera la proximidad de las fuerzas carrancistas, sino porque a no muy larga distancia se descubría un pueblo donde había que pernoctar.

A las cinco de la tarde del 5 de agosto de 1915, los convencionistas entraron a San Julián, Jalisco.

Mientras que la mayoría de los jefes entraron al pueblo, el general Roque González Garza y sus ayudantes permanecieron en un corral. El general en jefe, según parece, trataba así de evitar los atropellos que cometían los generales Reyes y Fierro en cada pueblo a donde llegaban.

Doce horas de descanso tuvieron los villistas en San Julián. A las seis de la mañana del día 6, de nuevo en marcha. Todo el día se caminó. Fue un subir y bajar lomas y atravesar llanos áridos durante toda la jornada hasta llegar a Jalostotitlán.

El pueblo parecía abandonado por sus habitantes. Todas las casas estaban cerradas; era inútil llamar a sus puertas y soldados y oficiales paseaban de arriba abajo sin poder encontrar quien les vendiera un pedazo de pan. No había dónde albergar a la tropa y se hizo necesario usar las banquetas de piedra para tirarse a dormir.

Pero pronto fue abandonado Jalostotitlán y en la tarde del día 7, después de una jornada de doce horas, los villistas entraron a Teocaltiche. Este pueblo se les mostró más amable. Las tiendas permanecieron abiertas; los generales se instalaron en el Palacio Municipal. En la tarde hubo serenata en la plaza, y el boticario del pueblo puso a disposición del doctor Cerisola el hospital de la población —en el que no había camas, ni botiquín, ni enfermos.

González Garza fue hospedado en una casa particular y un grupo de vecinos le ofreció una cena formal en su honor –la primera desde su salida de la Ciudad de México–. de la que participaron gustosamente los oficiales de su Estado Mayor.

UNA HAZAÑA DE FIERRO

Pero si los vecinos de Teocaltiche se había mostrado amables en extremo con soldados y oficiales, proporcionando cuanto tenían a su alcance, no se habían portado lo mismo con la caballada.

Apenas en el pueblo, los generales Reyes y Fierro llamaron a las puertas de los principales vecinos pidiendo maíz para los caballos. No había quien quisiera proporcionarlo; todos se quejaban de que las últimas cosechas habían sido malas y que no había sido posible almacenar grano alguno.

Sin embargo, no faltó quien informara al general Fierro que uno de los más ricos vecinos de Teocaltiche tenía un verdadero granero y a él se dirigió el general. Pero el propietario estaba ausente de la población. Fierro no desistió de sus propósitos. Pidió un madero y sin permitir que nadie le ayudara en la tarea, empezó a dar brutales golpes a la puerta, hasta derribarla.

Triunfalmente entró el general en la casa y pocos minutos después salió sonriente y llevando un costal de maíz al hombro.

EN AGUASCALIENTES

En las primeras horas del día 8, la columna reemprendió la marcha, para emplear la mañana en ascender la sierra de Aguascalientes, enorme y abrupta serranía en la que había necesidad de ir paso a paso y uno tras de otro.

Al mediodía, las fuerzas revolucionarias, fatigadas en extremo, se encontraban en la parte más alta de la sierra. Pernoctaron ahí y en la madrugada del 9 se inició el descenso hasta llegar al pueblo de Calvillo, donde solamente se detuvieron unos cuantos minutos para seguir hasta la hacienda La Labor.

A la entrada de la hacienda, a donde los expedicionarios llegaron a las ocho y media de la noche, y a la orilla de un arroyo se encontraba acampado el ex presidente de la República.

El toque de botasilla a las cuatro de la mañana del día 10 puso en movimiento al campamento y a poco la columna empezó a moverse hacia el norte, hasta llegar a Tayahua, en cuyas afueras ya había instalado su campamento el general González Garza.

Al llegar a Tayahua, el general en jefe indicó a sus oficiales que podían descansar tranquilamente, ya que se había resuelto pasar ahí todo un día, para continuar el camino hasta en la madrugada del día 12.

La permanencia en Tayahua reanimó a la gente. El día de descanso fue aprovechado por soldados y oficiales para tomar un baño en el arroyo, mientras que los generales, sombríos todos, cambiaban impresiones. Todavía faltaban muchos kilómetros que recorrer y aunque llegando a territorio de Zacatecas se creía que ya se estaba en territorio dominado por el villismo, no faltaba quien dudara de la actitud del general Pánfilo Natera.

En la madrugada del día 12, conforme se había ordenado, los villistas se pusieron en marcha hasta llegar a Villanueva, a las seis de la tarde.

RENACE LA TRANQUILIDAD

En Villanueva, los villistas fueron recibidos amablemente por los vecinos, mientras que González Garza hablaba por teléfono a Jerez, donde se encontraban fuerzas del general Natera. El comandante de Jerez se puso a las órdenes del jefe de la columna expedicionaria, y la tranquilidad renació en todos los ánimos.

Al siguiente día, los villistas entraron a Jerez, encontrándose con gente amiga, pero ahí se supo que el general Natera mantenía una actitud sospechosa y que de un momento a otro podría pasarse al campo carrancista.

Ante estos informes, en las primeras horas del día 14, los convencionistas dejaron Jerez y a las cuatro de la tarde llegaron a la hacienda Santa Rosa, en cuya huerta se instalaron González Garza y sus ayudantes.

La jornada del 15, entre Santa Rosa y la hacienda de Rancho Grande, fue una de las más pesadas. Sol y polvo durante el día. Ni una gota de agua y una falta completa de alimentos. A las nueve de la noche entraron los convencionistas a Rancho Grande, después de caminar más de dieciocho horas.

Al salir de la hacienda en la madrugada del 16, el general en jefe hizo saber a sus ayudantes la necesidad de que se abandonara la impedimenta y que

se evitara que quedara gente rezagada. Desde Jerez, González Garza había recibido informes de que el general Natera se había pasado al enemigo; pero había sido guardada la noticia para no causar desmoralización entre la gente. La situación desde ese momento volvía a ser tan delicada como la travesía del estado de Guanajuato, y quizás más delicada porque los convencionistas no tenían ya parque para combatir.

El general Reyes, con el grueso de la columna, se adelantó a fin de evitar un encuentro con los nateristas y a la retaguardia solamente quedaba González Garza con un reducido número de soldados.

De Rancho Grande, se siguió hasta la hacienda Tetilla, donde los que habían llegado primero estaban alarmados por la suerte de la retaguardia, toda vez que se había tenido conocimiento de la proximidad del enemigo, sabiéndose que la vanguardia de Canuto Reyes había tenido un encuentro horas antes.

Tras un descanso de varias horas en Tetilla, la columna prosiguió su marcha, llegando a la hacienda San Agustín de Melilla, a las cuatro de la tarde del día 17. La mayor parte de los habitantes era víctima de la viruela negra y los villistas, temerosos del contagio, optaron por pernoctar a campo raso y a buena distancia del poblado.

El 19 en la tarde, los expedicionarios, después de una jornada bien larga, llegaron a San Francisco de Agua Nueva, Durango, donde supieron que el general González Garza y el grueso de la columna habían pasado por ahí cerca del mediodía y que posiblemente se encontraran ya en San Juan de Guadalupe. Había que alcanzar al general en jefe; en la madrugada, la retaguardia se puso en movimiento, llegando a San Juan al mediodía.

A TORREÓN

Pero tampoco en San Juan estaba González Garza, habiendo dejado un aviso a sus oficiales de que siguieran a la mayor brevedad hasta la estación Simón, donde un tren especial los esperaba para llevarlos hasta Torreón.

—*¡Torreón! ¡Torreón, al fin!* —exclamaron todos, llenos de júbilo.

Y a las diez de la mañana del día 20 de agosto, los últimos hombres de la columna que había salido desde la Ciudad de México se encontraban en estación Simón, esperando el tren para cubrir la última parte de la jornada.

A la una de la tarde estaba embarcando el último soldado en el tren.

—*¡A Torreón!* — gritaron todos, llenos de satisfacción.

Los carrancistas habían quedado atrás.

Cuarenta días terribles, durante los cuales se jugó la vida minuto a minuto, abriéndose paso desesperadamente entre el enemigo no solamente superior en número, isino también victoriosos en Celaya y León!

Pero al fin, el general Roque González Garza, ex presidente de la República, podía sentirse orgulloso de haber llevado a su gente hasta donde había deseado el día que la columna abandonó la hacienda de Lechería a las puertas de la Ciudad de México.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 22 de enero de 1933, año xx, núm. 345.

ATENTADO EN 1915

SE REVELA QUE LOS DELEGADOS DE LA CONVENCION
ANTE CARRANZA IBAN A SER ASESINADOS EN ORIZABA

Mientras que los convencionistas reunidos en Aguascalientes, después de haber designado presidente provisional de México al general Eulalio Gutiérrez, esperaban la resolución del señor Venustiano Carranza sobre la notificación del cese que le harían los comisionados especiales, éstos estuvieron a punto de ser víctimas de un atentado.

Sólo la mala puntería del individuo que vació su revólver sobre los generales Álvaro Obregón, Antonio I. Villarreal, Eugenio Aguirre Benavides y Eduardo Hay, salvó a éstos de la muerte en Orizaba.

La Convención de Aguascalientes, a la que asistían representantes de la mayor parte de los grupos revolucionarios existentes en el país, después de quince días de deliberaciones, había tomado trascendentales acuerdos.

LOS PUNTOS PRINCIPALES

Estos acuerdos fueron: el nombramiento del general Eulalio Gutiérrez como presidente provisional de la República por veinte días, mientras que los convencionistas se trasladaban a la Ciudad de México, en donde rectificarían o ratificarían el nombramiento de Gutiérrez; suspender a Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, y ordenar al general Francisco Villa la entrega del mando de la División del Norte a la persona que designara la propia Convención.

Los convencionistas creían a pie juntillas que, gracias a estos acuerdos, la guerra civil sería evitada en el país, ya que tanto Carranza como Villa habían manifestado estar dispuestos a abandonar sus altos mandos y salir del país, si así lo creían conveniente los asistentes a la Convención.

Antes de tomar estos acuerdos, los convencionistas habían hecho un juramento solemne de sostener las resoluciones que fuesen aprobadas, con el apoyo de las fuerzas armadas que los representados en la Convención tenían bajo su mando.

LA COMISIÓN ANTE CARRANZA

Solamente la actitud que asumiera Carranza hacía temer el fracaso de los acuerdos de los convencionistas, por lo cual éstos resolvieron designar una comisión para que se encargara de comunicar al Primer Jefe tales acuerdos.

Para integrar la comisión fueron designados los generales de mayor representación en el seno de la asamblea. Aparte de que Obregón, Villarreal, Hay y Aguirre Benavides significaban la representación de los núcleos revolucionarios más poderosos en el país, para los convencionistas eran los hombres de mayor energía.

Villarreal había estado a punto de ser el presidente provisional de la República y contaba con notorias simpatías populares; Obregón no solamente era el jefe de un cuerpo de ejército, sino que a él se debía la elección de Gutiérrez como jefe de la nación; Aguirre Benavides era una de las columnas de mayor prestigio dentro de la División del Norte; Hay se había distinguido como orador en las reuniones de los convencionistas.

Los comisionados salieron de Aguascalientes el 3 de noviembre, a bordo del *pullman Chiquita*, en el cual despachaba el general Villarreal.

Llegaron a la Ciudad de México, desde donde se pusieron en comunicación directa con Carranza, quien se encontraba en Orizaba, francamente en rebeldía contra la Convención, y sin importarle la promesa que había hecho de abandonar la primera jefatura y salir del país, si así lo resolvían los convencionistas.

Al ponerse en contacto con los comisionados de la Convención, el señor Carranza les comunicó que les esperaba en Orizaba, para donde los cuatro generales partieron.

EN ORIZABA

No ignoraban los cuatro generales el peligro que corrían al llegar al territorio dominado por el carrancismo, ya que la actitud de Carranza se había hecho pública. Y aunque en más de una ocasión se ha asegurado que si los cuatro comisionados continuaron su viaje hasta Orizaba se debió, en gran parte a que cuando menos dos de ellos estaban ya resueltos a reunirse a Carranza y a desconocer a la Convención, esto no ha podido comprobarse.

Ninguno de los cuatro generales ha hablado francamente sobre ese punto oscuro en la historia de la revolución. Obregón, que dedicó un gran volumen para narrar sus campañas militares, casi pasa por alto ese capítulo, insertando algunos mensajes en los cuales hace desaparecer las fechas y alterando visiblemente el orden cronológico de los hechos, como pretendiendo ocultar la verdad de los documentos.

Pero es el caso que los comisionados llegaron a Orizaba el 12 de noviembre de 1914, tratando inmediatamente de ponerse en contacto directo con Carranza. Mas éste se rehusó a recibirlos, informándoles que al siguiente día continuaría para Córdoba, en donde tendría el gusto de escucharlos.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Esa noche, el *Chiquita* quedó en el patio de la estación de Orizaba, a unos cuantos metros del tren del Primer Jefe.

Como a las diez de la noche y después de haber cenado, el general Obregón invitó a sus compañeros de viaje para que jugaran una partida de ajedrez. Pero ni Villarreal, ni Hay, ni Aguirre Benavides aceptaron, declarándose incompetentes para jugar con el retador, quien tenía fama de ser un hábil conocedor del ajedrez.

En cambio, el doctor y general Rafael Cepeda, quien se encontraba de visita en el "Chiquita", aceptó la partida.

Obregón y Cepeda tomaron asiento frente a frente, y como no había luz eléctrica por haberse agotado las baterías del carro *pullman*, una vela fue ajustada sobre la garganta de una botella de *cognac*, y la partida empezó.

De pie, los generales Villarreal, Aguirre Benavides y Hay, seguían los movimientos de los jugadores.

El general Obregón daba una jugada tras otra, mientras que Cepeda meditaba sobre los movimientos más convenientes de sus piezas.

EL ATENTADO

Grandes ventajas llevaba ya el general Obregón sobre su contrincante cuando sonó el disparo; luego otro hasta llegar a cinco o seis. Los cristales de la ventanilla del carro *pullman* volaron hechos añicos.

Obregón y Cepeda se replegaron en sus asientos, mientras que los otros tres generales, Villarreal y Aguirre Benavides, quedaron como clavados en sus sitios, y Hay, seguido de dos o tres ayudantes, salió violentamente del coche poniéndose de un salto en tierra y sin dar tiempo a que el agresor continuara disparando, tomó la mano de éste y le arrebató el arma.

—*iCriminal, asesino!* —le reclamó imperiosamente Hay.

El agresor era un hombre joven; usaba "filipina", sombrero y fuertes polainas de cuero. No hizo ningún intento por defenderse, permitió que Hay le siguiera reclamando.

Conducido a la plataforma del *pullman*, se le preguntó a aquel hombre qué había pretendido al disparar sobre los comisionados de la Convención, pero se negó a contestar. Se le preguntó quién era y dijo que "había sido mozo del Primer Jefe".

Como se creyó prudente no insistir en el interrogatorio, Hay le permitió que se marchase.

Mientras, en el interior del *Chiquita*, Obregón y Cepeda habían reanudado la partida, y Villarreal y Aguirre Benavides, serenos como si nada hubiera pasado, siguieron atendiendo los movimientos de los contendientes.

La calma que reinaba antes del atentado siguió reinando después de los disparos y a pesar de que el carro del Primer Jefe solamente se encontraba a unos metros de distancia del *Chiquita*.

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 1 de septiembre de 1935, año XXIII, núm 201, pp. 3, 15.

EL PROBLEMA PRESIDENCIAL EN 1915:
VILLA Y ZAPATA DISCUTEN SUS CANDIDATOS

Al conocimiento de qué hicieron los hombres que participaron en la guerra civil de México, sigue la necesidad de saber qué pensaban esos mismos hombres. La narración de hechos es divertida; tiene una especial atracción hasta para quienes no se interesan en la historia. No pasa lo mismo cuando se escribe un bosquejo del pensamiento revolucionario, revolucionario no únicamente en el sentido de guerra, sino en el sentido de transformación de los órdenes establecidos.

Una historia del pensamiento nacional de 1901 hasta el final de la guerra civil –e, históricamente, la guerra civil termina en 1920– sería de inagotable valor para el conocimiento del desarrollo de diversas teorías sociales y políticas y enseñaría que nada nuevo existe actualmente bajo el cielo de México en cuanto a pensamientos de renovaciones espirituales y materiales.

Y no es todo lo que se lograría, puesto que ello daría ocasión a penetrar en el conocimiento de propósitos personales. Se lograría también abrir un campo insospechado hasta hoy sobre la capacidad tanto de los hombres que figuraron en la primera línea de la guerra civil, como de la masa anónima.

Para realizar este propósito, no es suficiente confiar en la proclama; es indispensable conocer, por lo menos, dos fuentes más: la epístola privada y la realización o no realización de los hechos. La epístola, sobre todo, tiene una importancia sin igual; pues tiene la virtud de descubrir pensamientos y acciones que enseña la realidad política sobre la verdad política.

Siguiendo este método, examinemos detenidamente tres cartas que tenemos a la vista. Dos están firmadas por el general Francisco Villa; la tercera por el general Emiliano Zapata. En ellas discuten el problema presidencial nacional en 1915.

¿Quién debe ser el presidente de la República? ¿Cuáles las virtudes de un mandatario nacional? He aquí las preguntas que discuten los dos poderosos jefes insurrectos; uno jefe del norte; el otro jefe del sur.

La sencillez de las epístolas indica que ni Villa ni Zapata tenían las ambiciones presidencialistas que se les han atribuido. Ambos desean que el presidente sea un hombre adicto “a la causa del pueblo”.

Villa desea que el mandatario sea un hombre que haya clavado su nombre en la milicia. Zapata quiere que sea quien tenga “buenos antecedentes de moralidad o identificados con los principios de la revolución”.

El general Zapata se anticipa a la expresión de un pensador mexicano que reclama que la Secretaría de Guerra deje de ser máquina de hacer presidentes. Es el hombre sencillo el que pide el general Zapata para que no a “semejanza de los transformistas”, cambie de “modo de pensar” apenas se encuentre poseedor de la alta investidura.

La primera carta del general Villa (fecha en Monterrey, el 19 de marzo de 1915), en la que propone al general Zapata el nombramiento de presidente de la República, dice:

Muy estimado compañero y fino amigo:

Habiendo sido engañados tantas veces y sorprendidos en nuestra buena fe por individuos perversos y malvados como Carranza y Gutiérrez, se han olvidado del pueblo tan luego como se han visto en el poder y lo han traicionado, creo muy conveniente que en esta vez tome posesión de la presidencia provisional

de la República un hombre formal, serio y adicto completamente a la causa del pueblo, que por su patriotismo y honradez garantice los ideales de la Revolución y, en mi concepto, creo que llena esas cualidades el Sr. Gral. Felipe Ángeles, a quien pienso despachar con una fuerte columna de infantería a que tome posesión de la Ciudad de México y se haga cargo provisionalmente de la Primera Magistratura; pero como en todo deseo caminar de acuerdo con usted, le suplico se sirva decirme si está conforme con tal designación y en caso contrario darme el nombre de su candidato para el puesto de referencia, que le suplico sea inmediatamente, si es posible a vuelta de correo especial, con objeto de resolver este punto de vital importancia para nuestra patria.

Sin otro particular y deseándole toda clase de éxitos en sus operaciones militares, quedo su afmo. compañero que bien le aprecia y estima.

A esta carta contestó el general Zapata, de acuerdo con el texto de la segunda del general Villa, proponiendo como candidato a la presidencia a un hombre modesto como lo era el general Calixto Contreras, proposición que no satisfizo al general Villa, quien en carta fechada en Irapuato, Gto., el 17 de abril (1915), respondió al jefe suriano:

Muy estimado compañero y fino amigo:

Obra en mi poder su atenta carta fecha 7 del actual que con todo gusto paso contestar.

Agradezco infinito la cariñosa felicitación que se sirve hacerme con motivo de los últimos triunfos que han alcanzado las fuerzas de mi mando en diversas partes de nuestro territorio nacional y esté usted seguro de que siempre lucharé por los principios revolucionarios que con tanta abnegación han sabido sostener las fuerzas del Sur que son a sus dignas órdenes y las del Norte que me honro en comandar.

Quedo impuesto de que está organizando debidamente sus fuerzas para emprender una batida enérgica contra el enemigo que se halla en posesión de Puebla y Veracruz y ojalá que pronto obtenga usted nuevos y señalados triunfos para bien de nuestra querida patria.

En cuanto a la proposición que me hace usted para que el señor Gral. Calixto Contreras ocupe la presidencia de la República, debo manifestarle que aunque este jefe merece toda mi confianza, es completamente leal y adicto a la causa del pueblo, de convicciones firmes e invariables y honrado como el que más, no me parece que sea la persona indicada para desempeñar cargo tan delicado y de tanta trascendencia para el futuro porvenir de nuestro país, porque su

gran bondad y complacencia le impediría obrar con la energía que la situación reclama y es seguro que muchos de nuestros enemigos alcanzarían perdón.

Por otra parte el Sr. Gral. Contreras, aunque es un jefe ameritado, valiente a toda prueba y siempre se ha sabido distinguir al frente de una brigada, no es conocido de todo el ejército, ni es personalidad política de relieve, circunstancia que lo hace ser desconocido en el extranjero y con seguridad que no sería bien aceptado por el gobierno de Estados Unidos; por consiguiente y salvo la mejor opinión de usted, insisto en la conveniencia de que sea el Sr. general Ángeles quien se haga cargo de la presidencia provisional de México y estoy seguro de que él sabrá dominar la situación y dar al país la tranquilidad deseada. Por supuesto que al estar usted de acuerdo conmigo sobre este particular, juntos haríamos nuestra proposición a la H. Convención para que fuera discutida.

En estos días he estado sosteniendo rudos combates con la columna de Álvaro Obregón que, en número de diez y seis a diez y ocho mil hombres, pretende avanzar hacia el norte y creo que si las fuerzas de usted atacan al enemigo por la retaguardia y avanzan rápidamente hasta Querétaro o sus cercanías, se obtendrá el éxito apetecido y el enemigo tendría que fijar su atención en dos partes y dividir su columna. No dudo que, convencido usted de lo importante que es aniquilar a Obregón, me ayudará a derrotarlo y efectuará los movimientos que indico.

Sin otro particular y deseándole toda clase de éxitos, me es grato enviarle un cariñoso abrazo y repetirme de usted su afmo. amigo, compañero y s. s.

Para el general Zapata, no obstante la insistencia de Villa en el nombramiento de Ángeles, éste no era el más "apropiado" para ocupar la presidencia, y con un punto de vista de pacificador y armonizador, que mucho le honra, desistiendo de la candidatura de Contreras, propuso la de un hombre que tenía dotes de administrador. Proponiendo a Villa esta nueva candidatura, el general Zapata escribió (fechada en Tlaltizapán el 10 de mayo de 1915) al jefe de la División del Norte, la siguiente carta:

Muy estimado General y fino amigo:

Contesto con el gusto de siempre su apreciable de fecha 17 del próximo pasado abril, que tuve el gusto de recibir.

Tomo en consideración lo que me indica del señor Gral. Calixto Contreras y aunque los inconvenientes que existen para que ocupe la primera magistratura de la Nación, serían fácil de allanarse con un buen gabinete, integrado

por hombres bastante conocidos entre nosotros y las potencias extranjeras, de buenos antecedentes de moralidad e identificados con los principios de la Revolución, esto no obstante desisto de mi intento, para que dicho alto puesto lo ocupe alguna persona más conocida entre el ejército y la política de relieve, como usted lo indica.

Debo manifestarle, con mi estilo franco que acostumbro a tratar todos los asuntos, que el señor Gral. Felipe Ángeles, a quien estimo mucho y reconozco con su entereza y conocimientos para llevar al terreno de la práctica nuestras aspiraciones, que son las de todos nuestros representados, que no es muy apropiada en la actualidad, por haber sido militar en la época de Porfirio Díaz, y este solo hecho sería más que suficiente para sembrar la desconfianza en las filas de las fuerzas que son a mi mando, lo que, como usted comprenderá, me traería gravísimas dificultades.

En vista de lo antes expuesto, he de merecerle que el designado sea alguna otra persona de la entera confianza de usted, por ejemplo, el Lic. Francisco Escudero y no el querido amigo Ángeles, cuyos servicios, en mi humilde concepto, son más importantes en el campo de operaciones, que en la silla presidencial en donde, a semejanza de los transformistas, cambian de modo de pensar nuestros queridos compañeros, mareados por el incienso de la adulación que se complacen en quemar nuestros enemigos.

En espera de sus respetables indicaciones a este respecto y deseándole todo bien, quedo como siempre amigo suyo que lo saluda con estimación.

Gracias a los anteriores documentos, es posible penetrar en el problema presidencial de 1915; problema que, al fin, no pudo ser resuelto, por los caprichos y sucedidos de la guerra civil.

Hoy, México, D.F., 24 de diciembre de 1938, año II, vol. VII, núm. 96, pp. 34-35.

ZAPATISMO

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

INICIANDO SU CARRERA

SUS PRIMEROS PASOS, EN ZAMORA, MICHOACÁN
Ahí nació y ahí curso las primeras letras; estudiante en Filadelfia

EN 1910 ACUDIÓ AL LLAMADO DE LA LUCHA LIBERTARIA
Habiendo fracasado la conspiración en la capital, Magaña se refugió
en el sur, donde se unió a las filas zapatistas

CAPÍTULO I

Donaba la más elevada virtud del corazón: la amistad; poseía la más singular cualidad del cerebro: el imperio sobre las pasiones. Era sobrio con el amigo; sereno con el contrario. La muerte lo arrancó, cuando la nieve comenzaba a caer sobre su cabeza, pero sin que la helada llegase a sus sentimientos.

Todavía vivía en él el optimismo de los veinte años, la abnegación de los treinta, la firmeza de los cuatro decenios. Por eso fue invariable en su credo.

Ni los sacrificios en las montañas, ni los placeres de la ciudad, ni las ruindades en el camino de la existencia, ni los dolores físicos de sus últimos años, pudieron cavar huella alguna ni en su paisaje interno, ni en su semblante interior.

Fue un cerebro sin pajaritos y un corazón sin refinamientos. Vivía para él, y así vivía para otros. Lo dijo Séneca: *quí sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse* (saber que el amigo de sí mismo amigo es de todos.)

A veces, fue más que amigo. Había en él un sino paternal. Sin el gesto de señor, fue padre *-pater*, en la dulce expresión latina— de pobres. Por eso amó la tierra —a la que hoy ha vuelto— como nadie; por eso también amó a quienes trabajan la tierra.

Con él, el hombre que viese a la Revolución con ojo daltoniano se reconciliaba con la Revolución. Todos los pecados capitales de la guerra civil se diluían en él; se perdonaban con él.

En la modestia del hombre; en el silencio del hombre, México no supo lo que tuvo; México no sabe lo que perdió.

2

Había nacido Gildardo Magaña en medio del valle hermoso que es el valle de Zamora, cuando la vida era tan ultrajante para el pobre y tan soberbia para el rico. Él mismo era rico; su padre lo era. Esto hace cuarenta y ocho años.

A los cuarenta y ocho años, el día que bajó a la tumba, no tuvo mucho que dejar: una casa a medio construir y setecientos pesos en efectivo. Pero dejó algo más: el corazón oprimido de aquellos a quienes enseñó a ser amigos y de aquellos que una y muchas veces extendieron el brazo para encontrar una pródiga mano.

Los años de su infancia trascurrieron en el hogar mexicano; en aquel hogar de fines del XIX —legado de costumbres españolas— que padre y madre formulaban dentro de una muralla de respeto y de obediencia, de amor y de fidelidad, de trabajo y de enseñanza. En ese hogar, que no era el de la opulencia, sino aquel en el que padre y madre querían hacer de sus virtudes un ejemplo; de su cariño una historia.

Reflejo de ese hogar fue don Gildardo; han sido los hermanos de don Gildardo. Muerto el padre, muerta la madre, don Gildardo se convirtió en centro de unión de hermanas y de hermanos. ¡Cómo le respetaban y cómo

le querían aquéllas y éstos! Era la unidad familiar una tradición perenne. Si don Gildardo iba a las montañas, allá iban los hermanos; si don Gildardo sufría algún dolor físico o moral, a su lado estaban los hermanos. Sólo quien ha nacido y crecido en el hogar, es capaz de seguir manteniendo a través de todas las vicisitudes de la vida, el sentido de la unidad familiar; y quien ha mantenido la unidad en su familia, está llamado, más que nadie, a realizar la unidad de una República!

Buen hijo, buen hermano, buen ciudadano; tal fue el invariable camino de don Gildardo Magaña.

3

Aprendió las primeras letras en una escuela de Zamora. No tenía recuerdos gratos ni ingratos de su primera edad escolar. Sobre la escuela debió haber estado su hogar: el padre, la madre, dos hermanos que iban viniendo al mundo uno tras del otro.

Mas de la segunda edad escolar, cuando ha terminado la instrucción secundaria, cuando la época de la pubertad asoma, sí había grandes recuerdos.

Zamora sólo daba poetas y obispos. El seminario tenía abiertas sus puertas para la juventud. La mística ciudad entregaba sus mejores muchachos a la religión, recordando el viejo proverbio castellano: como sembrares, cosecharás. ¿Iba el joven Magaña a estudiar teología y derecho canónico?

Don Conrado, el padre, era un liberal; y si lo liberal no era ya por aquellos días sinónimo de chinaco, de comecuras, sí quería decir amante de la libertad. Esta palabra —libertad— era para don Conrado como una religión. Enseñó a amarla a sus hijos, a los amigos de sus hijos.

Amando la libertad, don Conrado sentía desprecio hacia el régimen porfirista pues dentro de éste no cabían las libertades ciudadanas. Zamora nunca había visto elegir ni a sus gobernantes, ni a sus diputados, ni a sus alcaldes.

Don Conrado quería mejores días para su hijo. Para éste, no era el seminario de Zamora, ni la preparatoria de la Ciudad de México, que daba más petrimetros que hombres de provecho. Con sentido de orden y disciplina, don Conrado buscó para su hijo otro medio, resolviendo enviarlo a Filadelfia.

Allá fueron Gildardo y Melchor, el hermano mayor, quienes quedaron bajo la cordial vigilancia del doctor Formás, amigo de los esposos Magaña.

Tenía entonces don Gildardo quince años. Estudió filosofía y letras, pero algunos apremios de familia le hicieron abandonar la universidad. Para emprender una breve carrera que le pusiera pronto y de nuevo al lado de su padre, obtuvo el título de contador. Se iba a dedicar al comercio.

Otro, sin embargo, fue el camino de su vida. No había en él espíritu de calculador; pero sí de hombre de sistema. De la influencia del medio en que vivió su juventud —influencia tan determinante en la historia del individuo— conservó el espíritu del orden y el cariño por las letras.

Al morir tenía sobre su mesa de trabajo dos libros: el que escribió sobre el zapatismo y *Lo bello*, del filósofo alemán Kant. Con ellos debió haber recordado durante los fatigosos días que precedieron a su muerte, los acontecimientos más grandes de su existencia: la vida de estudiante en Filadelfia, y cuando seguramente tomó contacto con el profesor de Koenisberg, y la vida revolucionaria en las montañas del sur, cuando conoció tantas realidades humanas.

4

Tres años permaneció don Gildardo en Filadelfia; de regreso en su país, adornando sus aptitudes con el título de contador brillante obtenido, quiso abrirse paso por sí mismo. Era un hombrecito de una pieza.

Había en él un afán de progreso; se sentía atraído hacia grandes empresas. Era imaginativo, sin excesos; trabajador, pero con disciplina. Él mismo refería, con el placer de quien ha podido triunfar, cómo, al comenzar a prestar sus servicios en una importante casa comercial de la Ciudad de México, no se creía en su capacidad, no obstante llevar consigo el título de contador.

Aceptó, por eso, modestamente, un empleo cualquiera en el escritorio de la casa comercial; pero pronto hizo saber sus conocimientos, su talento, su interés en el negocio; y en un corto año había obtenido una posición de responsabilidad y de dirección.

No desmintió jamás sus dotes de administrador. ¡Con cuánta facilidad penetraba en los problemas! El análisis lo llevaba a fijar lo presente y prever lo futuro, no obstante lo cual, muchas y muchas veces no vaciló en los sacrificios; es que poseía sobre un cerebro equilibrado un corazón de gigante.

5

En 1910, el régimen porfirista estaba ya en el periodo de su desintegración. Una quimera alumbraba al país: la democracia. La religión de la libertad quería maestros, escuelas, templos; maestros ante todo. Después exigiría discípulos y sacerdotes, aunque más tarde los discípulos renegarían de sus maestros y los sacerdotes forjarían una teología política.

Los maestros fueron Flores Magón, Madero, Sánchez Azcona, Vasconcelos, Maytorena, Bonilla, Vázquez Gómez, Magaña y otro más. Los discípulos: esos caudillos que se llenaron de un capítulo histórico de proezas guerreras también cubrieron de escarlata las montañas y los valles. Los sacerdotes, ¿para qué hablar de ellos si en su imperio mancharon una y repetidas veces el altar que fue de la Libertad y que después llamaron de la Revolución?

Entre los primeros que acudieron en 1910 al llamado de la libertad estuvo don Gildardo Magaña, quien no se detuvo para abandonar la posición magnífica que había alcanzado.

Fue conspirador; conspirador bisoño. Él, como Múgica, como Vasconcelos, como Maciel, como Arriaga, creyó en el golpe de audacia, olvidando que ésta no se puede ejercitar sin la reflexión.

Mientras que en el norte de México eran preparados los hombres que marcharían a combatir al enemigo a campo raso; en la capital de la República los jóvenes amantes de la libertad confiaban en la conjuración. La toma del cuartel en Tacubaya; la conquista de un batallón; la posición de las armas y municiones para dotar a los valientes, formaban parte del plan.

La delación, por una parte; la inexperiencia de los jóvenes conspiradores por la otra, fueron las causas del fracaso. ¡Cuántas ilusiones no se habrían hecho aquellos conjurados sintiéndose dueños de un cuartel, marchando luego por las calles de la Ciudad de México, arrastrando las piezas de artillería y emplazándolas para disparar sobre el Palacio Nacional!

Todo fue destruido por la fuerza del poder, y de los conspiradores. Quien no fue preso, buscó el refugio en alguna casa amiga, y quien no quiso asilo seguro, marchó al norte o al sur en pos de la guerra.

Gildardo Magaña se dirigió al sur. Rico en aguas, en tierras, en luz, el sur era, sin embargo, el solar mexicano más triste, más miserable. A sus habitantes no había llegado ni la lana, para sus vestidos; ni el trigo, para su alimentación; ni el libro, para su escuela. No había heredado respetado, ni justicia cumplida.

De aquel sur prerrevolucionario se puede hablar hoy sin demagogia, pero sí con amargura. La situación de ayer, ya no es actualmente una leyenda: es un documento apodíctico. La convulsión espantosa que se siguió a los sucesos de 1910 es prueba indiscutible de que existió una causa, un mal que fue necesario combatir. No sin razón marcharon los hombres a la guerra.

Antes de ir al sur, don Gildardo Magaña había ido al norte. En San Antonio conoció al señor Madero. Forjando proyectos llevó y trajo noticias; pero más que noticias, ideas. De las ideas nació el Plan Político Social, en el que tanta participación tuvo la señorita Dolores Jiménez y Muro, abnegada mujer, maestra humilde. Aquí, en este Plan, se encuentra el primer chispazo de "tierra libre." ¿Qué otra cosa se podría dar al Sur, si no su tierra, su agua, su sol? ¿Qué más que la tierra para salvar a aquellas gentes de la miseria?

Y la tierra: ¿de quién o quiénes era la tierra suriana? Había sido de los campesinos, pero ya no era de los campesinos. El juez venal, el jefe político arbitrario, el dinero corruptor, habían hecho que, ora por la violencia, ora por el engaño, las tierras pasasen del pequeño poseedor al opulento poseedor.

Magaña llegó al sur en 1911. No encontró allí más que hombres rudos; pero quienes en su rudeza habían sabido expresar sus anhelos en tres palabras: "Tierra y Libertad."

El joven, que había visto transcurrir su niñez en la dulzura y el bienestar hogareños; que no había sabido de miserias; que se había educado en una universidad extranjera, entre aquellos campesinos de huaraches, de calzón blanco y de sombrero de palma, parecía una figura exótica.

No obstante, al resolverse a vivir entre aquellos hombres llenos de fe, que creían y sentían su causa —porque era la causa de su corazón y de su brazo—, don Gildardo quiso ser igual que ellos. Dejó de ser catrín de sombrero de

"bolita" de los retratos de fines del '10 para vestir el calzón blanco. Aprendió entonces a ser hombre, y ¡qué hombre! Conoció sufrimientos propios y ajenos. Supo de hambres y de pestes, de engaños y de traiciones. Pero ¡cómo fortaleció su corazón!

Diez años anduvo por las montañas. Sucumbieron muchos y muchos de sus amigos; unos física, otros moralmente. Pero gracias primero a don Emiliano Zapata; después a él, a don Gildardo, cuán grande símbolo llegó a ser la bandera que tremolara.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 4 de febrero de 1940, año XIV, núm. 142, p. 1.

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

LA SANGRIENTA LUCHA DEL SUR
Fructífera labor de Magaña en el Distrito Federal

POR FIN, EL DÍA DE LA UNIFICACIÓN
Magaña, sucesor de Zapata, aceptó unirse a Obregón
bajo promesa de respeto del ideal suriano

CAPÍTULO II

La vida de Gildardo Magaña en las montañas del sur está llena de episodios a veces trágicos, a veces cómicos. Muchos de ellos los escuché de sus propios labios.

No fueron esos episodios los de un guerrero. Magaña era hombre de lucha cívica, y si figuró en acciones guerreras, si sobre sus hombros llevó el más alto grado del ejército mexicano, no fue más que una comprobación de que había sabido defender sus ideas contra un enemigo que ofendía con las armas. En

Magaña era un contrasentido lo napoleónico. En otro país que no hubiese sido México, otros hubiesen sido los medios de lucha del hombre; en México no había más que tomar las armas, no para hacer de las armas una carrera, sino un medio de conquista ciudadanas.

Y si la guerra civil mexicana dió numerosos generales, éstos no fueron signo de militarismo, sino de hombría, de admiración, de sacrificio.

2

Unido a los surianos desde el comienzo de la guerra, Magaña no solamente conoció las penalidades que ofrecían las montañas, sino también probó lo que era la prisión.

En 1912, desempeñando en la Ciudad de México una comisión de los rebeldes surianos, fue preso y llevado a la Penitenciaría del Distrito Federal. Fue una desgracia que el señor Madero no hubiese comprendido a los hombres del sur. Y es que el señor Madero sabía de los sufrimientos del corazón, y no de las penalidades del brazo. Tremolaba la bandera del espíritu; había olvidado la bandera de la carne; el hombre es espíritu y es carne.

Encontrándose en la penitenciaría, don Gildardo conoció a un hombre, que habría de ser tan singular figura en la guerra civil: Francisco Villa, y despertó en éste la ambición de aprender las letras; lo enseñó a leer. Y despertó también en Villa el deseo de penetrar en la historia mexicana, y lo llevó de la Conquista a la Independencia; de la Independencia a la República; de la República a la Reforma. Después lo acercó al sur: a la lucha de la conciencia, que es la de la libertad; a la batalla de la ciencia, que es la de la tierra.

Hondas huellas debieron haber hecho en Villa las enseñanzas de Magaña, pues siempre fue aliado del sur.

3

A los veinticuatro años, don Gildardo Magaña era gobernador del Distrito Federal. Los zapatistas habían llegado a la Ciudad de México; a la ensoberbecida ciudad, que vivía más cerca de Europa que de su país; que gustaba del rococó, despreciando lo gigante desgigantado en lo mexicano. Aunque parez-

ca paradoja: en 1910, la Ciudad de México, no era México. Por eso, una es la historia de la capital mexicana y otra la historia de la República Mexicana.

No supo la Ciudad de México de la existencia del país que le daba vida y ser, hasta que los hombres del norte y los del sur llamaron a sus puertas. ¡Qué serio reproche y qué duro castigo recibió entonces!

Había lanzado la Ciudad de México, por medio de sus libelistas, las más audaces calumnias sobre los rebeldes del sur. Una leyenda negra, que en parte hasta hoy perdura, se hizo de los hombres del sur. Los “vándalos” llamaban a los rebeldes surianos; “Atila” al jefe de los surianos.

¡Qué ajena estaba entonces la Ciudad de México de que pronto llegaría el día en que don Emiliano Zapata y sus soldados habrían de pisar sus calles y de penetrar a sus palacios! ¡Y qué ajena también de que uno de sus jóvenes zapatistas iba a realizar una acción ejemplar!

Al ocupar el gobierno del Distrito, don Gildardo Magaña descubrió que en la tesorería del Ayuntamiento de la Ciudad de México estaban depositados dos millones de pesos en plata. Era el tesoro de la egoísta ciudad. Don Gildardo pudo disponer de él para cubrir las necesidades de la guerra. No lo hizo. La plata pertenecía a los habitantes de la Ciudad de México, quienes, egoístas o no, eran mexicanos.

4

Antes de ser gobernador del Distrito Federal, don Gildardo había desempeñado una delicada comisión que le confiase don Emiliano Zapata. Fue esto en la aurora de los acontecimientos de 1913.

Don Emiliano, que no era soldado, pero sí era hombre; que no era culto, pero si intuitivo, descubrió en el joven Magaña esas virtudes que le adornaban: la sencillez, la serenidad; lo afectivo y lo humano; y lo hizo su primer representante ante los norteros. Don Gildardo Magaña fue al norte, llevando el mensaje de la fraternidad y el programa social del sur. Y en el norte habló con Villa, con Blanco, con Villarreal, y junto con éstos, fue soldado.

Triunfantes los rebeldes norteros en Monterrey, don Gildardo organizó un cuerpo de voluntarios al frente del cual reemprendió el viaje hacia el sur. Visitó de paso a los jefes revolucionarios Cedillo, Carrera Torres, Lucero, Azoara, y Martínez, llegando a Yautepec para informar de su misión a don Emiliano.

5

Un año después de haber servido en el gobierno del Distrito Federal, don Gildardo era ministro de Gobernación del gobierno convencionista. Gobierno democrático y representativo para éste; pero ¿no acaso demasiado ingenuo en el torbellino de la guerra civil?

A Magaña no lo llevó al ministerio ni el favor del jefe, ni el interés del político. Don Gildardo había realizado en el gobierno del Distrito Federal una tarea de la que su modestia no le permitió hablar jamás; pero que hoy sirve para enaltecer su memoria. Fue él Magaña quien concedió las primeras dotaciones de tierra a los campesinos del Distrito Federal. Por eso le quisieron tanto y tanto los humildes labriegos de Xochimilco y de Milpa Alta; de la Villa de Guadalupe y de Iztacalco. Por eso siguieron, conmovidos, los restos de quien había sido amigo y compañero invariable.

Y no sólo dotó a los pueblos de tierras. También expidió una ley de tierras ociosas, que en la legislación posterior ha sido modelo, aunque sin que jamás se citara al autor.

6

A los días de triunfo del zapatismo, se siguieron días de grandes pruebas. Los rebeldes del sur no tuvieron sosiego. Perseguidos día y noche, bajaban con su bandera a los valles; subían con su bandera a las montañas. Continuaba la guerra civil.

Los surianos vieron sus casas incendiadas; sus campos destruidos. A veces parecían extinguirlos; pero el fuego de las convicciones y de deseos los hacía reaparecer en escena. Era una guerra terrible; pero los hombres del sur no sabían rendirse.

Y junto con la guerra, la peste asoló los campos del sur. Los hombres que seguían a don Emiliano caían, por cientos, víctimas de la influenza española.

Don Gildardo, quien tenía a su cargo el sector de los Volcanes, vio cómo la peste acababa con sus soldados. Él mismo cayó enfermo; junto con él sus mejores amigos y compañeros. No había ni médicos ni medicinas.

Hubo necesidad de que los enfermos fuesen transportados a los sitios más apartados de las montañas. Hasta allá los persiguió el enemigo. Don Gildardo

era conducido en una camilla improvisada con ramas de un lugar a otro lugar. Un día, todos los acompañantes de Magaña, a excepción de Félix —el fiel asistente que acompañó a Don Gildardo durante veinticinco años— cayeron enfermos.

Félix dormía al lado de su jefe; no tenía otra cosa que darle sino jugo de limón; estaba siempre en guardia dispuesto a defender, él sólo, a don Gildardo si el enemigo llegaba.

7

Pocos días antes de morir, don Gildardo me refirió algunos emocionantes episodios de vida de revolucionario.

Nos encontrábamos en el rancho de don Alfonso Gómez Morentín, en las faldas de los volcanes. Don Gildardo revivía los días de 1916 y 1917; con ese gusto con que recordaba los sacrificios de sus compañeros, poco a poco iba señalando los pueblos que se encuentran al pie de las nevadas crestas del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl.

En una ocasión, el enemigo cargó sobre las fuerzas de don Gildardo cientos y cientos de soldados. Los zapatistas, reducidos en número por la persecución tenaz y por la peste, sin armas y sin municiones, retrocedían buscando camino, a través de las montañas, hacia el estado de Puebla.

Los zapatistas tenían que combatir día y noche; y en guerrillas daban sorpresas al enemigo, luchando, no pocas veces, cuerpo a cuerpo.

Peleando una madrugada, estaba don Gildardo parapetado en el tronco de un árbol, cuando sintió que la tierra se abría; rodó al precipicio, sufriendo una seria lesión orgánica que mucho contribuyó para que perdiese la vida a los cuarenta y ocho años.

8

No todos los hombres que luchaban en el sur tenían el corazón lo suficientemente grande para soportar los sufrimientos de la campaña.

Sobre los zapatistas, el enemigo había descargado a sus mejores soldados; y los jefes de éstos se acompañaban en una guerra sin cuartel. Ya no era posi-

ble cultivar los campos al mismo tiempo que era necesario tomar el fusil. Las traiciones no se hicieron esperar. Aquellos en quienes don Emiliano llegara a tener confianza ciega, abandonaban el zapatismo, se unían al enemigo. Uno de éstos fue Domingo Arenas.

Pero Arenas no solamente se marchó al campo enemigo, sino que quiso jugar un papel indigno. Al efecto, invitó a don Gildardo a una conferencia, haciéndole creer que estaba arrepentido de haber abandonado al zapatismo y deseaba regresar a sus filas. Acudió don Gildardo a la cita; pero apenas se encontró frente al renegado, se dio cuenta de que éste le había puesto una celada. Reclamó don Gildardo el indigno proceder, al descubrir los propósitos de los hombres de Arenas. Trabose entonces una lucha de hombre a hombre. Don Gildardo salió con vida, Arenas quedó muerto.

Gravemente herido, don Gildardo logró llegar hasta donde estaban los suyos.

9

El enemigo no vaciló jamás en recurrir a todas las armas innobles, con tal de exterminar a don Emiliano y a sus hombres. Pero ni don Emiliano ni sus hombres, cedían. Era que estaban defendiendo sus tierras, sus libertades, sus vidas.

Una celada, sin embargo, hizo rodar por tierra a don Emiliano. El zapatismo parecía haber quedado herido de muerte. No fue así.

Meses antes del trágico fin de don Emiliano, éste había nombrado jefe de su cuartel general a don Gildardo Magaña. Don Emiliano había descubierto en aquel hombre de veintisiete años, que no había vacilado en abandonar su bienestar personal para vestir el calzón blanco, para tender la mano de amigo y de compañero a quienes luchaban por la tierra y para andar en las montañas con el fusil al hombro, al capaz de proseguir la lucha hasta llevarla al triunfo.

Y esa visión que tuvo don Emiliano del hombre, hizo que, a la muerte de aquél, los jefes zapatistas, reunidos en las montañas designaran a don Gildardo Magaña jefe del Ejército del Sur.

10

¡Qué heroísmo y qué fe no había influido don Emiliano Zapata en sus compañeros, cuando éstos, no obstante que no tenían delante de ellos más que una cadena de sufrimientos no titubearon en continuar la guerra!

De no haber sido por Magaña, por don Antonio Díaz Soto y Gama y por otros muchos combatientes del zapatismo, el ideal de la tierra hubiese quedado, quizás por muchos y muchos años, sepultado en México.

El zapatismo estaba casi destrozado; otro hombre que no hubiese tenido el carácter y la abnegación de don Gildardo Magaña, no habría continuado tremolando la bandera de “Tierra y Libertad.”

11

En los últimos días de 1919, el general Juan C. Zertuche se presentó en el campamento de Gildardo Magaña. Zertuche llevaba una misión: era el representante del general Obregón, y en nombre de éste –candidato a la presidencia de la República– iba a buscar una alianza con el zapatismo.

Don Gildardo fijó una única condición para unirse al obregonismo: la de que el general Obregón se comprometiese –triunfante que fuese el movimiento armado que estaba preparando– a cumplir con el programa agrario del que el zapatismo era cuerpo y era alma.

Obregón aceptó; y, en mayo de 1920, los zapatistas volvían a pisar las calles de la ciudad de México.

Casi diez años había durado la guerra en el sur; el zapatismo entregaba el fusil, pero no su ideal, que tan caro había sido a don Emiliano y a los compañeros de éste.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 11 de febrero de 1940, año xiv, núm. 149, p. 1.

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

¡CON CEDILLO, CONTRA CALLES!

Un episodio histórico que muy pocos conocen;
Magaña y Cedillo movilizaron a los agraristas, pero Calles,
por medio de una hábil maniobra, destruyó a Ortiz Rubio
y elevó al general Rodríguez al poder

HISTORIA DE LA GUERRA EN EL SUR

Una obra escrita con detalles auténticos por Magaña

CAPÍTULO III

¡Y qué extraordinarios caracteres tuvo el zapatismo! Todavía falta penetrar en él, en su historia. No es la historia del zapatismo ni militar ni política; es una historia humana. La ambición fue la menor causa que pudo impulsar a los hombres a unirse a las filas de don Emiliano. Por eso el zapatismo no dio ni genios guerreros, ni caudillos políticos.

Fue el zapatismo el resultado de una lesión social, apenas conocida hasta nuestros días. La guerra en las montañas y en los valles sostenida por diez años no fue sino una acción reparadora; de aquí que no tomara jamás una actitud agresiva y sí defensiva; de aquí también que sus hombres tuvieran, ante todo, un espíritu de sacrificio.

Tuvo que luchar el zapatismo contra dos fuerzas poderosas. Una, la del enemigo, físicamente superior. Otra, la de su propio medio corrompido por el aguardiente. Y el hecho de que de aquel medio y de entre tantos enemigos hayan salido hombres de una integridad indiscutible, es la mejor prueba del alto valor humano que representaba el movimiento suriano.

El zapatismo no dio nuevos ricos, ni caudillos asesinos; ni del zapatismo salió la corrupción revolucionaria que tanto daño ha hecho a la República. Con el zapatismo surgen muchos hombres que han servido al país con desinterés y eficacia. Mencionarlos crearía el peligro de no hacer justicia a todos. Basta con repetir los nombres de quienes han ya muerto: don Emiliano y don Gildardo.

2

Cuando el general Obregón buscó la alianza con el zapatismo, del que era jefe don Gildardo Magaña, éste no pidió más que una cosa: la promesa formal de que sería cumplido el programa agrario de la Revolución del Sur.

Otros revolucionarios que no hubiesen sido los zapatistas, habrían pedido más sabiendo que el general Obregón necesitaba su alianza. El general Villa pidió una hacienda. Don Gildardo no exigió más que el cumplimiento de un programa que no le beneficiaba a él: que beneficiaba a todos.

Y la persecución de ideales y no de ambiciones políticas, se significó una vez más, cuando triunfante el obregonismo, los zapatistas nada hicieron por recoger los gajos de la Revolución.

Don Gildardo, reconocido primero, ya dentro del orden constitucional, como jefe de la segunda división del Sur, a poco aceptó un modesto cargo, pero desde el cual podía vigilar el cumplimiento del programa agrario: el jefe del Departamento de Colonias Agrícolas Militares.

3

Magaña agrupó a sus viejos amigos y compañeros. Fue al norte, fue al sur. En San Luis, junto con el general Saturnino Cedillo, quien había sido uno de los leales del zapatismo, organizó las colonias de ex revolucionarios.

Pero el establecimiento de las colonias no era suficiente para que el Estado pudiese resolver el problema agrario. Había que exigir al presidente Obregón el cumplimiento de la promesa que había hecho a los surianos en 1919.

Antonio Díaz Soto y Gama—grande y hermosa figura de mexicano—había organizado políticamente a los agraristas. Magaña, apartado de las vanidades electorales, quiso reunir a los campesinos; a sus campesinos. Nació entonces la Confederación Nacional Agraria.

En la paz, lo mismo que en la guerra, don Gildardo empuñaba la simbólica bandera de “Tierra y Libertad”. No olvidó a sus viejos camaradas; fue a ellos, y éstos le respondieron, agrupándose en torno de él.

Nadie estuvo en México, desde entonces, tan íntimamente ligado con los campesinos, como lo estuvo don Gildardo.

4

Aquel movimiento de ideales, hubo, al fin, de ser destruido; después llevado a la corrupción. Los intereses políticos fueron la causa de ello. Responsable, quizás inconsciente de lo que iba a pasar, fue el general Calles.

Éste quiso ser líder de masas y, para serlo, creó sublíderes. Los sublíderes ya no fueron al campo para la realización de un programa agrario. Fueron al campo en conquistas electorales, y comenzaron por manejar a los campesinos en ese sentido, despertando odios y ambiciones; sembrando la demagogia: ofrecían sin sentir lo que ofrecían; daban por dar. No entregaban la tierra para levantar un México de prosperidad agrícola; daban la tierra para fortalecer al grupo dominante en el Estado.

De esta época es cuando aparece el agrarismo político; del agrarismo que ya no fue idea de prosperidad, de bienestar, que dejó de ser humano. Ese agrarismo se hizo odioso. ¡Qué grave responsabilidad contrajeron quienes hicieron odiosa a la más noble idea que se haya propagado en México!

5

Don Gildardo se apartó de la lucha. Toda la maquinaria del Estado había sido arrojada sobre él, y sobre los nobles y abnegados hombres del sur. El general Calles era antizapatista, y con razón. Uno era el agrarismo de la bandera que había tremolado don Emiliano, y otro era el agrarismo del presidente Calles y de sus sublíderes.

Encontramos por esos días a don Gildardo, en la carrera que le dio su padre: se dedica a los negocios. Pero los que hace no son ni al amparo del poder ni en conexión con la política o con los políticos; menos con sus ideas.

Vive independiente, gana dos o tres mil pesos; pero no hace inversiones en bienes raíces, como la mayoría de los enriquecidos revolucionarios mexicanos. No; don Gildardo hace lo que ningún revolucionario ha hecho; lo que los mexicanos ignoran que hizo: reparte su dinero.

Cuántos y cuántos campesinos del sur, recibieron dinero para comprar yuntas o arados, semillas o materiales de construcción. Cuántos huérfanos y cuántas viudas de revolucionarios surianos se vieron favorecidos por aquella pródiga mano. Lo que pudo haber sido una fortuna personal, fue una fortuna para todos.

6

Y mientras que silenciosamente ayudaba a sus viejos compañeros, también en el silencio, realizaba don Gildardo otra obra: escribía la historia del zapatismo.

Fueron las aficiones por la historia las que nos acercaron a don Gildardo y a mí. Esto sucedía en 1931. los dos reuníamos papeles; los dos pensábamos en los papeles. ¡Qué de interesantes hechos escuché de sus labios! ¡Y cómo discutíamos!

Todo un capítulo de recuerdos personales podría escribir a partir de entonces. Nos veíamos una o dos veces por semana, y me invitaba a pasear. El paseo consistía en emprender a pie el camino hacia la villa de San Ángel. Gustaba caminar muy aprisa, mientras iba platicando. Siempre me hacía rendirme, lo que él no dejaba de festejar.

Era muy metódico en el ordenamiento de sus documentos; y muy exigente en cuanto a la veracidad de los hechos. No creía en la anécdota; pensaba, y

con razón, que ésta daba lugar al alejamiento de la verdad. Lo que le interesaban eran las ideas.

Tenía el valor de confesar que no era escritor, y todo cuanto escribía lo sometía, modestamente, a quienes creía él sabían escribir. Le disgustaban las ideas extrañas como explicación de sus ideas. Aceptaba las concepciones universalistas, pero creía con firmeza que el zapatismo tenía sus propios conceptos –concepto de vida, de trabajo–. Había en él un gran fondo de humanismo, que no explicaba en palabras brillantes, pero sí con lógica.

7

Dejó don Gildardo incompleta la historia del zapatismo. Escribió los dos primeros tomos de los cinco que formaban su plan de trabajo. No es una obra literaria, pero quizás por lo exiguo del lenguaje.

No oculta en los dos tomos su amor por la tierra, su cariño por los campesinos. Se excede a veces en el elogio. Parece inspirarse en la frase del anarquista Carlos Melato, estampada bajo el título de la obra: “Sólo la posesión de las fuerzas productoras y ante todo de la tierra, cuna primitiva de todas las riquezas, dará a la humanidad el bienestar, el desenvolvimiento físico de la especie, el refinamiento intelectual, la urbanidad en las costumbres”.

Y en su obra hace justicia. Él, el ardiente liberal, hace conocer la legislación que, sobre tierras, expidió el emperador Maximiliano, quien “dio personalidad a los ayuntamientos, reconoció el fundo legal de los pueblos y sus ejidos”, y asienta que este proceder del Imperio honra al emperador.

Y defendiendo al agrarismo, condena “al agrarismo de pega y oportunista de los policastros que sólo se ocupan de él en relación con sus intereses, casi siempre políticos. No queremos referirnos al agrarismo trasnochado de los falsos líderes que todo lo prostituyen y todo lo inficionan, ni al de quienes lo utilizan con miras personalistas; ni al de los traficantes que en el agrarismo se escudan para mancillarlo, sino al agrarismo real, efectivo, noble, justo, levantado y puro que soñó Zapata”.

Con su obra, don Gildardo dejó una documentación importante; la más importante que se conoce en México sobre la revolución del sur; y no solamente del sur, sino de las luchas agrarias mexicanas.

En tanto que escribía el *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, llega un momento intenso en la vida de don Gildardo. Está de nuevo en la política mexicana. No habla, nunca habló de esos días en los que fue actor muy importante en la existencia del país. Se hace necesario hoy, descorder el velo.

Era presidente de la República don Pascual Ortiz Rubio, quien había sido llevado al poder en uno de los instantes más fatigosos de la decadencia del partido callista. El señor Ortiz Rubio no reunía en torno de él ni tendencias, ni hombres; daba la impresión de un naufrago, en el naufragio también del grupo dominante.

Había, pues, que pensar en el salvamento. Los primeros que pensaron en ello fueron Gildardo Magaña y Saturnino Cedillo, y puestos ambos de acuerdo, buscaron el apoyo de un hombre que representase al partido militar. Este hombre fue el general Lázaro Cárdenas.

A la sazón era Cárdenas comandante militar en el estado de Puebla. A él se dirigieron Magaña y Cedillo. Le hicieron ver el peligro que corría el programa agrario en medio del caos político, invitándolo para que fuese el candidato de los campesinos a la presidencia de la República. Modesta y sorprendidamente escuchó Cárdenas a Magaña y a Cedillo, pero una alianza moral —quizás también política— quedó establecida entre los tres.

Llegaba el día de la acción. El dilema era imperativo: o la renuncia del señor Ortiz Rubio o la guerra civil.

Cuando más alto y fuerte parecía el poder del general Calles, era más bajo y ridículo. Ese poder no era más que el resultado de la obra de los cortesanos. El propio Ortiz Rubio, amedrentado desde el día que recibiese el pistoletazo de Daniel Flores, intentaba hacer resistencia; resistencia al callismo; resistencia a sus otros amigos políticos.

Tres días antes de renunciar, el señor Ortiz Rubio recorría los cuarteles de la Ciudad de México para cerciorarse personalmente de la lealtad de sus tropas y destacaba patrullas hacia la carretera de Cuernavaca, donde se encontraba Calles, pues temía que éste avanzara sobre la capital de la República.

Pero no era el general Calles quien tan seriamente amenazaba a Ortiz Rubio: eran los agraristas de Cedillo y de Magaña, quienes no sólo estaban por acabar con el gobierno de Ortiz Rubio, sino con el *maximato* callista.

Contadas son las personas que conocen este episodio, que precipitó la renuncia del señor Ortiz Rubio y que preparó el fin del partido callista.

Cedillo había hecho movilizar, silenciosamente, a varios cientos de hombres armados desde San Luis Potosí hasta las puertas de la capital, en tanto que Magaña había reunido a sus compañeros en Xochimilco y en las cercanías de Cuernavaca.

Si Calles tuvo o no noticias de estos movimientos, lo ignoro. Pero es el caso que con una astucia admirable, evitó la guerra y logró una hábil combinación permitiendo que el partido militar designase al sucesor del señor Ortiz Rubio: al general Abelardo L. Rodríguez.

(Concluirá el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 18 de febrero de 1940, año XVIII, núm. 6, pp. 1, 7.

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

INTENTÓ SALVAR A CEDILLO
El caudillo potosino fue quien rompió la alianza

LA OBRA DE MAGAÑA, EL GOBERNANTE
Para no enfrentarse a Cárdenas en 1938, optó por dejar la política

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

Al llegar al último capítulo de la vida de don Gildardo Magaña, hay que hacer un alto para recurrir a recuerdos y afirmaciones personales. ¡Es tan importante y tan ignorado este capítulo, que es menester hablar con toda la verdad!

Una vez pregunté al señor Ortiz Rubio si había sido el general Calles quien lo había derrocado. Sin vacilación alguna, el ex presidente de la República contestó categóricamente que no. Pregunté entonces que si el autor del derrocamiento había sido el general Cedillo. Don Pascual dio una respuesta evasiva.

Ya lo sabía yo: si hubiese necesidad de mencionar un solo nombre como el del autor de la caída del ingeniero Ortiz Rubio, ese tendrá que ser el del general Saturnino Cedillo. Y si hubiese también necesidad de mencionar un solo nombre como el autor de la caída del maximato del general Plutarco Elías Calles, habría que repetir el del general Cedillo.

Pero si fuese indispensable saber quién era el inspirador de Cedillo, quién era el que infatigablemente trabajaba, primero por la caída de Ortiz Rubio y después por la de Calles, habría que señalar al general Magaña.

Cedillo era el hombre de la fuerza armada; tenía varios miles de hombres bajo sus órdenes; pero carecía de la decisión, el entusiasmo y el sacrificio que se requiere en las grandes causas. La decisión, el entusiasmo, el sacrificio estaban en don Gildardo.

2

Después de las provocaciones del grupo callista, hechas por medio de don Tomás Garrido Canabal –provocaciones en las que ni Calles ni Garrido tuvieron escrúpulos para asesinar en Coyoacán a varias personas–, el general Calles parecía dispuesto a jugarse el todo por el todo.

El presidente de la República sabía que en el estado de San Luis Cedillo preparaba a sus hombres armados para la guerra; no contra los Poderes de la Nación, sino contra el maximato. Pero en el Palacio Nacional había titubeos; se temía la actitud que pudiesen tener los jefes militares. Había algunos comprometidos en la conjura, pero, ¿cuáles eran las fuerzas del general Calles?

Se dio un plazo para que hiciera salir del país a Calles; se dio un segundo y un tercero. La guerra parecía inminente. El general Cárdenas parecía esperar un motivo que justificase el proceder de su alta autoridad. Calles, ingenuamente, como todos los que se encuentran en la decadencia, dio motivo.

3

El país aplaudió al presidente Cárdenas; igualmente aplaudió a Cedillo. Ignoró quien, más que Cárdenas y Cedillo, había hecho para salvar a los mexicanos de la tutela del general Calles: a don Gildardo Magaña.

Éste, modesto siempre, ajeno a los aplausos; amando más su programa agrario que las vanidades del triunfo y del poder; fue primero comandante militar de Michoacán, después como gobernador del Distrito Norte de Baja California.

Lo veo todavía la tarde que me fue a visitar, horas antes de haber sido nombrado gobernador, sonriente y satisfecho. La alegría era en él por la obra que iba a realizar; volcaría a la población mexicana que residía en la Alta California, sobre el Distrito Norte; fundaría colonias y pueblos, ciudades, de ser posible –¿y por qué no?–. Había en él una preocupación más: la cultura. Los proyectos salieron de sus labios –de sus labios que eran más parcos en el proyecticismo–: ¡Si pudiesen establecer una universidad y una gran biblioteca en el norte!

¡En qué pocos hombres de México se escuchan estos anhelos de cultura, cuando los más si no piensan en conquistas políticas, pretenden específicas conquistas económicas que tanto alejan al pueblo del Alto Saber!

Al saberse en el Distrito Norte la noticia del nombramiento de don Gildardo como gobernador, fue lanzado un grito de horror. ¡Cómo, un zapatista de gobernante! Pocos días fueron suficientes para que cambiase la opinión de los asustadizos. Una mano blanca, impulsada por un gran corazón, se extendía a los bajacalifornianos. Y si de algún gobernante se puede decir que ha sido amado, ese gobernante fue don Gildardo.

Unos cuantos meses de gobierno fueron suficientes para que don Gildardo dejara huellas imborrables en la Baja California. Los compromisos, la política, le hicieron dejar la casa de gobierno de Mexicali, para trasladarse a la de Morelia. No logró desarrollar todos sus proyectos. Su nombre quedará siempre tan alto como los Picachos.

Y después de ganar la voluntad y el cariño de los bajacalifornianos; va y gana la voluntad y el cariño de su estado natal: de Michoacán. Era Michoacán el estado más difícil de gobernar. Allí todos se creían con influencia y con poder: quienes no eran parientes, eran amigos, eran cortesanos de la presidencia de la República. Todos querían tener mando, y si Magaña los sometió no fue con la violencia, fue con el ejemplo en el trabajo, en el orden y en la dignidad.

“Tata Gildardo,” le decían los indígenas; y “Tata Gildardo” creaba para ellos un orden social y un orden moral. Fue el *pater*, que había sido para los surianos.

4

Nunca esperó nada de los políticos; jamás creyó en la política. En cambio creía en la amistad; confiaba en los amigos.

Cuando algún político afirmó públicamente que don Gildardo debía su carrera política a partir de 1935 al general Cárdenas, él sonrió indiferentemente; no hizo el menor comentario; vivía sobre los comentarios.

Sólo los amigos sabíamos la verdad; nos obligó a callar, y callamos. Pero el silencio se rompe con la muerte. Él bajó a la tumba llevándose el compromiso de la amistad; nosotros quedamos sobre la tierra teniendo el compromiso con la verdad.

Apenas en el gobierno en el Distrito del Norte, los amigos del general Cárdenas hicieron de don Gildardo un futuro candidato a la presidencia de la República. Las próximas elecciones estaban muy ajenas y un partidismo prematuro era perjudicial al país, al Estado. Los políticos insistían. ¿Para qué mencionar nombres?

Tres hombres estaban estrechamente unidos: Cárdenas, Cedillo y Magaña. ¿Los unía la amistad? ¿Creían y confiaban en la amistad? Y ¿qué es la amistad en política? Nada es para quien es resultado de un medio; todo es para quien es consecuencia de sí mismo.

5

De los tres, el primero en romper la alianza fue Cedillo. Éste acusó al general Cárdenas de falto de sentido de la amistad; de haberse entregado al general Francisco J. Múgica. En ese disgusto de amigos (¿lo serían los tres?), es necesario preguntar de nuevo), don Gildardo fue puente, por varios meses, para evitar un rompimiento formal, definitivo.

¿Qué de esfuerzos hizo entonces don Gildardo para reanimar la amistad o, por lo menos, la alianza! Pero Cedillo desconfiaba de Cárdenas. Éste –decía aquél– se había echado en brazos de gente que podían acarrear grandes perjuicios al país.

Dos veces, antes de la rebelión que lo condujo a la muerte, Cedillo estuvo a punto de comenzar la guerra. Don Gildardo hizo todo género de esfuerzos para evitarla. Acudió a Cárdenas y acudió a Cedillo como amigo de ambos.

Arrancó a Cedillo la promesa de aceptar la comandancia militar en el estado de Michoacán; pero cuando Cedillo iba a dar la aceptación pública, ¿quién, temeroso de lo que sería el afianzamiento de la alianza –alianza, para no insistir en la amistad– entre Cárdenas, Magaña y Cedillo, quién, repito, fue el autor de una tentativa de celada para este último, que fue causa de una rebelión?

6

El general Cedillo rompió la amistad con don Gildardo para hacer compromisos políticos. Todavía no es la hora de hablar de esos compromisos; ni de decir qué fue lo que perdió a Cedillo.

Magaña perdió a un amigo, por no perder otro amigo. Cualquiera dirá que había optado por el más fuerte. Pero ¡qué lejos de la historia que no se escribe –que se escribirá– está quien pudiese hacer esta afirmación!

Una heroica prueba de desinterés fue la que dio Magaña. De aquel lado, del lado de la rebelión, le ofrecían la presidencia; de este lado, solamente quedaba la lucha; quizás la amistad, de seguir confiando en ella. Y siguió creyendo en ella, y por ella, aparte de sus propios merecimientos, figuró como candidato al Ejecutivo de la nación.

Fue para don Gildardo una sorpresa cómo crecía su candidatura. Era el lógico candidato de los campesinos. Pero ser candidato en un país viciado políticamente; en un país cuyos directores, con ignorancia supina, todavía repiten que si hubiese libertad electoral, el arzobispo de México sería el presidente, es un tarea que está más allá de las convicciones y de las fuerzas de un hombre, que cree más en la amistad que en la alianza; en los programas más que en los compromisos.

7

A principios de 1938, todavía la corriente política era favorable a don Gildardo; pero pretendía arrastrarlo a su seno, olvidando que a quien se dirigían era un hombre formado en la batalla, con su propio carácter, con sus ideas arraigadas, dispuesto a servir a su país, pero no a los intereses de grupo.

Todos los intentos para hacer de don Gildardo un hombre manejable y manejado se frustraron. Si Magaña experimentó alguna vez la ilusión del triunfo, lo hizo confiando en fuerzas populares. Sentía horror de que su nombre pudiese ser mencionado como candidato de oposición.

Con la simpatía de quienes estaban en el poder, sí, porque no podía luchar contra el poder del que formaba parte, y como el que estaba de acuerdo en cuanto a la continuación de la obra que desarrolla y de que la obra y de que él era colaborador; pero sin la simpatía popular, no, porque deseaba deber su triunfo no a un grupo, sino al país.

Era la primera vez en largos años de batallas electorales mexicanas, que un hombre se presentaba teniendo una clara visión en lo porvenir de los intereses de la gran colectividad. ¿Ilusión? ¿Romanticismo? No: firmeza de convicción, escuela de hombría, desinterés supremo.

8

Entero, sin arrepentimiento, asistió don Gildardo al desfile de quienes no estaban ni podían estar a la altura de él; al desfile de la clásica maroma. Se quedó con su pueblo; con el pueblo que tanto amaba, al que había dado los mejores días de su vida; al que fue dejando pedazo a pedazo su corazón. Y cuando comprendió que los acontecimientos lo podían conducir contra el poder del que formaba parte, que había contribuido a desarrollar y a afianzar, realizó el acto supremo de su carrera: la de abstenerse de figurar como candidato a la presidencia.

No hizo esfuerzo para tomar la resolución; tampoco lo hizo para callar. Pudo haber dicho muchas y muchas cosas; pero no quiso figurar en la lista del despecho. Pero ¡cuánto le costó el silencio! ¡Le costó la vida!

El mismo día que sufrió el ataque que le hizo caer en la cama para no levantarse más, como observase en su semblante algo extraño, le pregunté si se sentía mal.

—No —me dijo vivamente—. *No; físicamente no me siento mal; pero tengo una pena aquí, aquí adentro...*

Con el índice me señaló su corazón, y agregó:

—*Ustedes, mis amigos, si quisieran pueden hablar. Yo tengo que callar, y siento que sufro en mí mismo.*

¿Cuál era su sufrimiento? ¡Quién sabe! ¡Algún día se sabrá! ¡Hoy todavía están frescas las flores que cubren su sepulcro! Basta con decir: la pena moral dobló a aquel hombrote de cuarenta y ochos años; leal, ponderado, inteligente; amigo de los amigos, hombre entre hombres. Nadie le superó en el ser digno, bondadoso e idealista.

México no supo lo que tenía; no sabe lo que perdió.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 25 de febrero de 1940, año xxviii, núm. 13, pp. 1, 7, segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de febrero de 1940, año xiv, núm. 163, p. 1.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ

CÓMO HIZO FAMA Y CÓMO MURIÓ ESTE NOTABLE LUCHADOR
QUE DESTACÓ EN EL PERIODISMO REBELDE

La vida de Paulino Martínez, famoso periodista antiporfirista primero, y después una de las figuras más salientes de la Revolución mexicana, puede ser escrita, gracias a los datos proporcionados por doña Crescencia Garza, viuda de Martínez.

La viuda de don Paulino, perteneciente a una de las más viejas y conocidas familias de Laredo Texas, fue al lado de su esposo una infatigable y abnegada compañera, habiendo tomado también parte activa en los movimientos revolucionarios, como se verá en el relato que sigue, del cual publicamos hoy el primer capítulo.

CAPÍTULO I

Huérfano a los once años de edad, pero lleno de aspiraciones, Paulino Martínez se abrió paso en el mundo por sí mismo. Era hijo del coronel liberal Buenaventura Martínez y de doña Dolores González de Martínez, y nació en Celaya, Gto., el 10 de marzo de 1860.

Don Buenaventura era hombre que gozaba de cierta comodidad en Celaya. Era propietario de cuatro casas y de un rancho. Murió en 1862. A su muerte, la viuda designó a alguna persona para que administrara los bienes que le había dejado el coronel, pero con tan mala fortuna, que la herencia fue viniendo a menos en unos cuantos años, debido probablemente a la mala administración.

Doña Dolores no sobrevivió muchos años a su esposo, murió a principios de 1872, dejando sólo en el mundo a Paulino, y además, en la miseria, ya que en los últimos meses de vida la viuda había visto liquidar sus últimos bienes.

Paulino fue recogido por una familia de Celaya, que a su vez lo puso bajo la vigilancia de un sacerdote, que le hizo conocer las primeras letras, queriendo que el pequeño se aprovechara para que más tarde siguiera la carrera eclesiástica. El sacerdote descubrió que el pequeño tenía ciertas facultades artísticas, para sobre todo, una regular voz, y para irlo iniciando en la carrera eclesiástica, hizo que domingo a domingo cantará en el coro de la iglesia.

SE FUGA

Así pasaron tres años. Pero al muchacho no le estiraba la iglesia, quería una carrera liberal. Además, no estaba satisfecho en vivir en Celaya, y soñaba en hacer un viaje a la Ciudad de México. Pero, ¿cómo ir a la capital de la República?

Un buen día, andando en los catorce años, Paulino desapareció de Celaya. El sacerdote que lo tenía a su cuidado lo buscó por todas partes. Fue inútil, Paulino desapareció sin dejar huella alguna. El muchacho audazmente, había abandonado su pueblo natal, y se había puesto en camino hacia México. Como el viaje era largo y carecía de recursos, ofreció a unos arrieros que hacían el viaje entre Celaya y la capital ayudarles a cuidar las recuas con tal de que durante el camino le proporcionaran alimentos.

Fue así como Paulino pudo ver realizados sus sueños. Pero ya en la ciudad de México, se encontró aislado. No sabía qué hacer ni a dónde ir, hasta que alguien lo encamino al zócalo. Esperando una mano amiga, pronto apareció ésta. ¡Qué alegría experimentó al verse frente a un amigo! Se trataba de un muchacho que había conocido en Celaya, y que al igual que él, también había abandonado el pueblo para ir a la capital en busca de aventuras. El amigo estaba también falto de recursos, aunque no de iniciativa, ya que le propuso que se presentaran en la Catedral Metropolitana y expusieran su situación al primer sacerdote que encontraran en su paso. Así lo hicieron.

Al primer cura que vieron, le contaron su desgracia. El sacerdote, conolido, los recomendó con una familia rica, que, por de pronto, les dio amparo y protección.

MONAGUILLO

A cambio del albergue y de la comida, Paulino hacía las veces de mozo, al mismo tiempo que iba a catedral, en donde el sacerdote lo empleaba, bien como monaguillo, o bien como ayudante en el coro.

En esta situación pasó un año; pero Paulino no estaba conforme con el género de vida que llevaba. Es cierto de que aparte de que aprovechaba el tiempo leyendo y aprendiendo latinajos, adquiriría instrucción y conocimiento, mas no era todo lo que deseaba. Pasaban los meses y sentía perder el tiempo, ya que su ambición era emprender estudios formales.

Mientras ideaba la manera de emprender otro género de vida, le sucedió un incidente que había que servirle para convertirse en maestro de escuela y más tarde en periodista. Sucedió que una noche, encontrándose en la calle más tarde que de costumbre, fue detenido por la policía y, sin que mediara palabra alguna, conducido a un cuartel. Al día siguiente, despertó vistiendo el uniforme del Juan. Era soldado del ejército federal. Nada amable ni atrayente era el nuevo oficio, máxime que era forzado, y desde luego pensó en fugarse del cuartel, lo que logró bien pronto.

A fin de estar a salvo de las autoridades militares, el desertor abandonó a pie la Ciudad de México, sin rumbo fijo, llegando en pocas jornadas a Atizapán de Zaragoza, Estado de México. Como gustaba de las letras y era inteligente, pronto logró obtener empleo como maestro de escuela.

PERIODISTA

Dedicado únicamente a la enseñanza de las letras, Paulino permaneció largos meses en Atizapán. Pero un día se le ocurrió enviar una gacetilla al periódico *El Mundo*, de la Ciudad de México, en la cual hacía ciertas alusiones al jefe político del pueblo. La gacetilla fue publicada y, animado con esta publicación, el joven maestro continuó colaborando, aunque secretamente, tanto en *El Mundo*, como en *El Monitor Republicano*.

Las gacetillas y artículos del anónimo escritor de Atizapán de Zaragoza empezaron a llamar la atención. Paulino se había crecido y no solamente se concretaba a atacar a las autoridades locales, sino que de vez en cuando deslizaba escritos contra la administración del general Porfirio Díaz.

Después, ya bajo su firma, empezó a colaborar asiduamente en *El Anticlerical*. Su tema preferido era la defensa de las Leyes de Reforma, aprovechando esta defensa para lanzar palabras punzantes contra el régimen porfirista.

Hostilizado por el jefe político de Atizapán y a punto de ir a parar a la cárcel por un artículo que la autoridad local consideró injurioso, el joven Martínez se vio en la necesidad de abandonar el pueblo en los que había pasado buenos días y desde el cual se había abierto paso en el periodismo de oposición, regresando a México a mediados de 1888.

SU PRIMER PERIÓDICO

Ya en la capital, Paulino quiso realizar un deseo: fundar un periódico. Lo logró, tras de varios esfuerzos, y apareció *El Chinaco*, desde donde continuó la defensa de las Leyes de Reforma, al mismo tiempo que iniciaba la oposición sorda y serena en un principio al gobierno del general Díaz.

Mas los ataques de Martínez al régimen porfirista fueron subiendo de punto. *El Chinaco* aumentaba de circulación y Martínez pudo comprar una imprenta; su primera imprenta.

A fines del siglo XIX, del periodismo de oposición a la política militante de oposición no había más que un paso, y Paulino lo dio. Pero la política de oposición conducía a la conspiración, y Martínez conspiró.

Como jefe de la conspiración contra el porfirismo se señalaba al general Mariano Escobedo.

Los talleres tipográficos de *El Chinaco*, en las calles de Hidalgo, eran un centro subversivo, donde se reunían numerosos descontentos, de los que Martínez era el eje. Conocidos por el gobierno los propósitos de los concurrentes a las oficinas de *El Chinaco*, dio órdenes para que la imprenta fuera clausurada y el director del periódico aprehendido.

Un aviso a tiempo puso a salvo al director del periódico, quien viéndose acosado por todos lados, resolvió emigrar a los Estados Unidos. El viaje de México a la frontera estuvo lleno de peripecias, y perseguido muy de cerca por los sabuesos, Paulino estuvo muchas veces a punto de caer en su poder.

TRES MESES DE VIAJE

Más de tres meses duró el viaje de Martínez. Como en los trenes viajaba la policía, y como en la mayor parte de las estaciones se buscaba ansiosamente al periodista, éste tuvo que abandonar una y muchas veces el convoy y refugiarse en los poblados para esperar el momento en que creía podía reemprender el interrumpido viaje.

En las cercanías de Monterrey, donde los agentes del general Bernardo Reyes estuvieron a punto de capturarlo, tuvo que arrojar-se del tren en plena marcha.

A todos los sufrimientos del largo viaje hubo de encontrar recompensa al cruzar la línea divisoria y desembarcar en Laredo, Texas.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 3 de septiembre de 1933, año XXI, núm. 203, p. 3.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ

CÓMO FUE, EN 1890, EL FRACASO DE LA AVENTURA
ARMADA EN LA QUE PARTICIPÓ PAULINO MARTÍNEZ

CAPÍTULO II

El nombre de Paulino Martínez era ya nacionalmente conocido cuando el gobierno porfirista ordenó la clausura y embargo de la imprenta de *El Chino*. La forma como escapó de la policía, haciendo un viaje lleno de peripecias hasta la frontera de los Estados Unidos, sirvió también para que el periodista conquistara grandes simpatías.

Cuando llegó a Laredo, maltrecho física y económicamente, los liberales y los masones mexicanos del puerto fronterizo le dieron un gran recibimiento.

Era Laredo, en 1890, el centro de reunión de numerosos descontentos del régimen porfirista. Entre los antiporfiristas más conocidos, se contaba el general y doctor Ignacio Martínez y don Catarino Garza.

Martínez y Garza, de acuerdo con varios enemigos del porfirismo, fraguaban un complot con el objeto de preparar una revuelta en el norte de México. La llegada de Martínez a Laredo los animó en sus propósitos, y el periodista fue el alma de la conspiración, que poco a poco fue tomando fuerza a lo largo de la línea divisoria. Los complotistas, al mismo tiempo que conquistaban prosélitos, reunían armas y parque. El objetivo principal consistía en caer por sorpresa sobre la escasa guarnición de Nuevo Laredo, Tamaulipas, en donde había de quedar instalado el gobierno revolucionario. Ocupada la plaza de Nuevo Laredo, las fuerzas insurrectas avanzarían a lo largo de la vía férrea sobre la ciudad de Monterrey.

Y mientras que se hacían los preparativos para organizar la primera columna revolucionaria, Paulino Martínez contrajo matrimonio en Laredo, con la señorita Crescencia Garza, perteneciente a una de las más viejas y conocidas familias de la población norteamericana.

ESPIAS DEL GENERAL REYES

Los antiporfiristas tenían la seguridad de que sus trabajos de conspiración eran desconocidos por el gobierno de México. Sin embargo, el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y jefe militar en el norte del país, había logrado introducir varios espías entre los conspiradores, por quienes estaba al corriente de los preparativos que hacían los revolucionarios.

Los planes para entrar a México quedaron terminados en los últimos días de marzo de 1890. Los revolucionarios entrarían al territorio mexicano en cuatro grupos, capitaneados por el general Martínez y por Jesús Sandoval. Apenas cruzaran el río, se dirigirían rápidamente sobre la plaza de Nuevo Laredo, cuya escasa guarnición sería atacada inesperadamente.

Tenían los revolucionarios la seguridad del triunfo animados por la falta de preparación de resistencia de la guarnición de Nuevo Laredo. Sin embargo, nunca las fuerzas de Nuevo Laredo habían estado tan alertas, ya que diariamente recibían informes de los espías introducidos entre los revolucionarios, de las actividades de éstos.

La noche de 10 de abril, mientras que el general Martínez y Sandoval, preparan sus fuerzas en un punto cercano a Laredo y en el cual era fácil vadear el río Bravo, Paulino Martínez y Catarino Garza se preparaban para la aventura

en el rancho de Garza, llamado Palito Blanco y en donde se encontraba el depósito de armas y parque.

En la madrugada del 11, Garza y Martínez se encontraban en territorio mexicano, después de haber cruzado el río, acompañados de una veintena de hombres armados y resueltos a todo.

EL FRACASO

Inmediatamente se pusieron en movimiento hacia Nuevo Laredo, pero no habían caminado mucho, cuando se vieron detenidos por un grupo de emboscados que tras de marcarles el alto, hicieron una descarga. Los antiporfiristas trataron de tomar posiciones, pero vieron cómo por el río desembarcaban otros hombres armados, que en unos cuantos minutos los colocaron entre dos fuegos.

Los revolucionarios se desbandaron, tratando todos de ponerse a salvo cruzando el río Bravo, lo cual lograron sólo unos cuantos y entre ellos Catarino Garza. Paulino Martínez, perseguido muy de cerca se ocultó en un matorral. Allí pasó horas terribles. Había caído en un hormiguero y las hormigas lo agujoneaban ferozmente. A cada rato escuchaba cómo los gobiernistas pasaban muy de cerca de donde se encontraba, buscando desesperadamente a los revolucionarios. Martínez no podía moverse a pesar del furor que las hormigas descargaban sobre él.

Un día entero pasó en la misma postura y martirizado por los animales. Por la noche, resolvió salir de su escondite y se lanzó al río; pero como existía una severa vigilancia, tanto de uno como del otro lado, fue sorprendido, viéndose en duros aprietos para escapar, logrando al fin internarse en territorio norteamericano, dirigiéndose a Laredo, en donde se ocultó.

Hacía pocos días que estaba oculto, cuando alguien lo denunció. La casa donde se había escondido fue rodeada por la policía y gracias a la ayuda que le proporcionó una familia amiga, logró ponerse a salvo, huyendo hacia Palito Blanco, donde le dio asilo Mauricio González. Seis meses estuvo oculto Paulino Martínez. Y mientras tanto, sus compañeros de aventura caían muertos.

Unos cuantos días después de la primera intentona revolucionaria formal para derrocar al gobierno del general Porfirio Díaz, varios individuos se introdujeron al rancho de Catarino Garza, asesinando a éste.

Más tarde, el general Martínez fue asesinado por un grupo de individuos. Martínez era un hombre muy valiente. Se cuenta que siendo jefe de las armas en Ciudad Victoria, durante el gobierno del licenciado Lerdo de Tejada, tuvo conocimiento de que en un cuartel varios oficiales trataban de pronunciarse a favor del Plan de Tuxtepec. Violentamente, se dirigió al cuartel, llegando en los momentos que los oficiales exhortaban a la tropa a levantarse en armas. Martínez llegó hasta donde estaban los oficiales y sacando su revólver los mató personalmente, evitando la sublevación.

El último de los jefes revolucionarios que desapareció fue Jesús Sandoval. Una noche, Sandoval fue plagiado por un grupo de desconocidos. Nunca se supo su paradero, y aunque corrió el rumor de que había huido al norte de los Estados Unidos, se supuso que había sido conducido por los plagiarios a territorio mexicano, donde se le dio muerte.

Paulino Martínez, fue el único de los jefes supervivientes a aquella desgraciada jornada. Permaneció seis meses oculto hasta que se le ofrecieron garantías por las autoridades de Laredo, Texas.

SEIS MESES PRESO

Pero el gobierno de México no podía perdonar fácilmente al periodista, y varios individuos armados trataron de plagiarlo, salvándose gracias a la actitud resuelta de su esposa. Otro día, Martínez, yendo acompañado de su suegro y de su hermano político, fue asaltado por dos hombres armados que estuvieron a punto de asesinarlo.

Como estos golpes fracasaron, el gobierno de México puso en juego todos sus resortes, y Martínez fue aprehendido por las autoridades norteamericanas y conducido a San Antonio, Texas, para ser juzgado acusado de haber violado las leyes de neutralidad. Seis meses estuvo Martínez preso en San Antonio, y apenas en libertad, hizo aparecer el primer número de *La Voz de Juárez*, uno de los periódicos mexicanos desde cuyas columnas el porfirismo fue atacado con mayor rudeza.

Sólo habían salido cuatro o cinco números, cuando una noche, la residencia de Martínez fue asaltada, salvándose el periodista de la muerte, gracias a que en estos momentos no se encontraba en su casa. Además, los agentes del gobierno porfirista amenazaban a los obreros que trabajaban en la imprenta

de *La Voz de Juárez*, logrando que en varias ocasiones el periódico no apareciera por la falta de trabajadores.

Don Paulino y su esposa se vieron en la necesidad de hacer el trabajo tipográfico, logrando, además de hacer salir el periódico, editar las *Memorias de Lerdo de Tejada*.

Pero la situación de los esposos Martínez se hacía insostenible en San Antonio, debido a la vigilancia de que eran objeto por parte de los agentes mexicanos y resolvieron marchar a Houston, iniciando así una dolorosa peregrinación por varias poblaciones del estado de Texas, en todas las cuales aparecían uno o dos números de *La Voz de Juárez*.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 10 de septiembre de 1933, año XXI, núm. 210, p. 11.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ

FUE ADMIRABLE LA TENACIDAD DEL PERIODISTA
PAULINO MARTÍNEZ EN SU CAMPAÑA CONTRA DON PORFIRIO

CAPÍTULO III

Debido a las persecuciones de que era objeto Paulino Martínez, *La Voz de Juárez* fue publicada en San Antonio, después en Houston, luego en San Ángelo; más tarde en San Diego; un año después en Río Grande y, por fin, en Laredo.

A pesar de las persecuciones y de las miserias sufridas en diez años de peregrinación, Martínez seguía tan valiente como el primer día. A excepción de Ricardo Flores Magón, no ha habido otro exiliado político mexicano, después de Paulino Martínez, que haya continuado imperturbable en la lucha contra el régimen.

Los ataques al porfirismo y la defensa de las Leyes de Reforma eran el tema del periódico de Martínez. *La Voz de Juárez* no solamente circulaba en los Estados Unidos, sino también en México. Para hacer circular el periódico en territorio mexicano, Paulino se valía de numerosos ardides, logrando casi siempre romper la vigilancia extrema de que era objeto *La Voz de Juárez*.

DE NUEVO EN MÉXICO

Diez años duró el exilio de Paulino Martínez hasta que resolvió regresar a la Ciudad de México. No encontró dificultad alguna en su regreso; apenas en la capital, hizo reaparecer *La Voz de Juárez*. Pero, esta vez, los ataques al porfirismo eran más serenos, y enderezados, generalmente, a los jefes políticos.

Entre los jefes políticos más rudamente atacados por Martínez, se contaba el de Atizapán de Zaragoza, a quien acusó de atacar a las mujeres que ingresaban a la cárcel pública y de enviar al ejército a todos los individuos que caían en su poder. El jefe político, disgustado por la campaña, acusó a Martínez ante las autoridades judiciales, las que dictaron orden de aprehensión contra el periodista, que estuvo varios meses detenido en la cárcel de Belén. Su periódico continuaba saliendo bajo la dirección de Rafael Martínez.

En los años de 1902 y 1903, Paulino fue encarcelado varias veces y considerando que era inútil seguir luchando contra el porfirismo dentro del territorio mexicano, resolvió volver a los Estados Unidos.

MÁS DIFICULTADES

Llegó Martínez a Laredo a fines de 1903 y a principios del año siguiente fundó el periódico *El Mosquito*, en el que se dedicó especialmente a atacar al clero. Dos o tres números del periódico habían salido, cuando fue acusado de ataques a la moral, pero los jueces lo absolvieron. Libre de la acusación, escribió un violento artículo contra sus acusadores, firmándolo con el pseudónimo de J. Melo.

Los enemigos, que no le perdían la vista, lo acusaron nuevamente en nombre de alguna persona que se apellidaba Melo y que se consideraba calumniada. Esta vez no escapó de la cárcel, en la que estuvo seis meses, recuperando

la libertad gracias a una fianza de cinco mil dólares, extendida por los señores Pablo Díaz y Mauricio Garza. Apenas libre, abandonó Laredo y por segunda vez se instaló en San Antonio, tratando de hacer reaparecer *El Mosquito*. Como no lo logró ni pudo entenderse con los Flores Magón, que acababan de llegar de México para fundar el periódico *Regeneración* e iniciar actividades revolucionarias contra el régimen, optó por regresar nuevamente al país.

A PUNTO DE SER ASESINADO

Llegó a la ciudad de Saltillo, con el objeto de fundar un periódico; pero apenas tenía ahí una semana, cuando paseando por una plaza, un individuo trató de asesinarlo. Violentamente, abandonó Saltillo, llegando a la capital de la República a mediados de 1905, poniéndose por enésima vez al frente de *La Voz de Juárez*, cuyas oficinas se encontraban en las calles de la Santa Veracruz.

Pero con motivo de los sucesos ocurridos en el mineral de Cananea en junio de 1906, la imprenta fue clausurada por orden del vicepresidente de la República Ramón Corral. Martínez fue acusado de haber lanzado graves insultos a Corral, a quien acusó de ser cómplice del gobernador de Sonora, Rafael Izábal en el permiso dado a los americanos para que, armados, entraran a territorio mexicano.

Tres semanas después, reapareció *La Voz de Juárez*, instalada en su nuevo local en las calles de Mina. Valientemente, Martínez continuó los ataques a Corral y al grupo *científico*. Esta imprenta fue también clausurada y el director del periódico consignado al juez primero de distrito Juan Pérez de León. En los últimos días de 1906, *La Voz de Juárez* salió otra vez a la calle, estando sus oficinas instaladas en el número 12 de la calle de Pueblita.

LOS SUCESOS DE RÍO BLANCO

Hacia poco que salía de nuevo el periódico, cuando ocurrieron los sangrientos sucesos de Río Blanco, como resultado de la huelga de los obreros hilanderos. Desde las columnas de *La Voz de Juárez*, don Paulino defendió con ardor a los huelguistas, condenó la actitud de las fuerzas federales, y pidió el castigo del general Martínez, a quien señalaba como responsable de la tragedia.

Paulino Martínez publicó, además, un relato lleno de sensacionalismo, que puso en boca de cuatro de los líderes obreros de Río Blanco, que habían llegado a la Ciudad de México y que se habían refugiado en la casa del periodista. Apenas había salido este número, cuando la policía se presentó en las oficinas del periódico, aprehendiendo a Martínez y a los cuatro líderes. Las cinco personas fueron conducidas a la ciudad de Orizaba, donde estuvieron presos ocho meses.

Durante la prisión de Martínez, *La Voz de Juárez* continuó saliendo. Doña Crescencia, la esposa del periodista, con la colaboración de Teodoro Hernández, dirigía y administraba el periódico.

Al quedar libre, don Paulino volvió a la Ciudad de México, poniéndose otra vez al frente del periódico, hasta el 2 de julio de 1909, cuando la policía cayó inesperadamente a las oficinas, en busca del director. Pero Martínez logró tener noticia a tiempo de que se pretendía aprehenderlo, y huyó.

EN GUADALAJARA

El día 4, y ante tres mil personas, reunidas en el teatro Cuauhtémoc, don Paulino pronunció un vigoroso discurso contra el régimen del general Díaz que causó enorme sensación. En seguida habló el licenciado Roque Estrada y el Club Antirreeleccionista Valentín Gómez Farías quedó fundado.

Al saberse en la capital que Martínez había hablado en Guadalajara, se dijo que andaba prófugo de la justicia, por lo cual el periodista resolvió regresar inmediatamente a la Ciudad de México y varios días después aparecieron los periódicos *El Insurgente* y *El Chinaco*, ambos dirigidos por él.

Pero la situación política era cada día más tirante. Los antirreeleccionistas, a los que se había unido decisivamente Martínez, eran vigilados estrechamente, y toda esperanza de respeto a la libertad de imprenta por parte del gobierno, inútil. *El Insurgente* fue clausurado, y Martínez, resolvió marchar a los Estados Unidos, mientras que su esposa continuaba editando *El Chinaco*.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 17 de septiembre de 1933, año XXI, núm. 217, p. 10.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO PAULINO MARTÍNEZ

LA PRISIÓN DE SU ESPOSA Y SU PRIMER CONTACTO CON MÉXICO

CAPÍTULO IV

Por cuarta vez en el destierro, Paulino Martínez trató de fundar inmediatamente un periódico.

Mientras, en la ciudad de México doña Crescencia, su esposa, continuaba dirigiendo *El Chinaco*, y lanzando duros ataques al régimen porfirista, hasta el día que la imprenta fue clausurada y ella aprehendida y conducida a la cárcel de Belén. La señora fue acusada por el delito de sedición, y encerrada en una oscura mazmorra, en la que estuvo incomunicada durante cuarenta y dos días. De nada valieron las protestas que hicieron sus hijas, ni los amparos judiciales que le fueron concedidos. El juez Juan Pérez de León, le abrió proceso, obrando con tal severidad, que prohibió a doña Crescencia alimentar a su hijo de dos meses, el cual falleció semanas después de la detención de su madre, sin que ésta pudiera verlo.

Dispuesta a obtener su libertad, doña Crescencia se dirigió al embajador de Estados Unidos, haciéndole saber que era nacida en Norteamérica y gracias a la intervención del gobierno de Washington obtuvo al fin su libertad.

AYUDA DE MADERO

Durante la prisión de doña Crescencia, Francisco I. Madero envió una ayuda a la familia de Martínez, según se puede leer en la siguiente carta:

Francisco I. Madero
San Pedro, Coah., Méx.
13 de octubre de 1909

Srita. Aurora Martínez
3a. de Sta. Veracruz 93, México, D.F.

Muy apreciable señora:

Acuso recibo de su grata 8 del actual de cuyo contenido me he enterado debidamente.

Hace Ud. bien en dirigirse a mí, para ayudarme en este trance tan difícil en el que se encuentra. Hace poco tiempo les remitimos de este club, cerca de \$50.000 que espero llegarán a su poder. Esta remesa la hicimos por conducto del Lic. Emilio Vázquez.

Para esa capital salgo muy pronto y llegaré el 21 en la mañana, permaneciendo únicamente hasta el 24 o 25. Pienso no salir de la casa en las tardes, así es que le suplico ir a mi casa una de ellas entre 4 y 5 para ver de qué modo me es posible ayudarla a Ud. Mi dirección en esa capital es Berlín 21.

Cuando le escriba a su papá, le suplico saludarlo en mi nombre.

Mucho he lamentado la situación por que pasan Uds. y ahora que vaya a México también si es posible hacer algo para obtener la libertad de su mamá.

Sin otro particular quedo respetuosamente su amigo que la aprecia y su atto. y s. s.

Fco. I. Madero [*firma*]

CARTA DE DON PAULINO

Mientras tanto, don Paulino trataba de instalarse definitivamente en San Antonio, de lo cual escribía a don Eulalio Velásquez, quien en Alice, Texas, dirigía un periódico antiporfirista:

San Antonio, Texas
Octubre 3 de 1909

Sr. Don Eulalio Velásquez
Alice, Texas

Muy fino amigo y correligionario:

Acabo de llegar a esta ciudad, procedente de la de México, huyendo, como siempre, de la arbitrariedad y el abuso del poder que se han propuesto aplastarme, y lo que es más irritante, sin cometer por mi parte ningún delito.

Supé por uno de mis amigos que el periódico de Ud. se ocupó de la persecución que he sufrido, así como de la injusta prisión que sufrió mi esposa, lo que le agradezco mucho; no podía esperarse otra cosa de la nobleza de sus sentimientos y bondad de su corazón. Ahora espero que igualmente me defienda y proteste con todo el pueblo de Alice, si es posible, contra cualquier abuso de que se me quiera hacer víctima aquí por los esbirros de la dictadura.

Estoy arruinado, me decomisaron dos imprentas en México y nos han hecho gastar, con motivo de tan encarnizada persecución, lo que no tenemos. Sírvase dar aviso de mi llegada a los buenos amigos de antaño y decirles que si algo injusto cometen aquí conmigo, se sirvan protestar ante el gobierno americano contra semejante atentado. Esta solidaridad de todos para conmigo, me servirá de mucho.

Mi objeto, al escoger a San Antonio, como lugar de residencia, es educar a mis hijos. Dedicarme a la venta de libros en español, y algunos negocios de comercio internacional que se presenten.

No quiero dar el más leve motivo a las autoridades de aquí para que me consideren como extranjero pernicioso y me hostilicen.

No vaya a publicar mi carta, pero tome los puntos que guste de ella, por si quisiere confeccionar alguna noticia para su periódico. Puede decir que estoy alojado en la calle de Houston núm. 604.

Soy de Ud. como siempre afmo. amigo y atto. s. s. que mucho lo estima.

Paulino Martínez [*firma*]

EL MICROBIO DEL PERIODISMO

Aunque en la carta anterior, don Paulino no piensa en periódico, en noviembre de 1909 trata de volver a sus actividades periodísticas y escribió, al efecto, al señor Velásquez:

San Antonio, Tex.
Noviembre 12 de 1909

Sr. Dn. Eulalio Velásquez
Alice, Texas.

Muy estimado amigo:

Me refiero a su grata 11 del corriente. Sírvase darles mis más cumplidas gracias a los buenos amigos, Adolfo Pérez, Demetrio Salazar y Gregorio Salinas, por la generosa ayuda que me imparten, asociados a Ud. para obsequiarme el valor de las 4,000 circulantes que tanto necesito. Mucho se los agradezco y se los estimo.

El facsímil se lo mandé aparte, porque quise certificarlo y no me fue posible; después de adherirle las estampillas respectivas, me dijeron en el correo que no recibían certificados porque era día de fiesta (?) y por no demorarlo se lo mandé sin certificar: espero ya estará en su poder.

¿Conoce Ud. las prensas mecánicas marca "Cranston"? De Dallas me ofrecen una en venta por \$900.00, tira 1,500 por hora.

¿Qué casas surten ahora a los impresos, de papel, sobres, etc., que las casas que yo conocí en aquellos tiempos, ya no existen hoy? El tiro de mis periódicos son de 12,000 *El Insurgente*; 15,000 *La Voz de Juárez*; y 20,000 *El Chinaco*.

¿Conoce Ud. algún prensista mexicano de confianza? ¿Qué sueldo se les paga aquí? En México pagaba \$30.00 semanales al prensista.

Estos informes quiero tomarlos con toda reserva, porque el gobierno vigila mis pasos por medio del Servicio Secreto que tiene aquí.

Como siempre afmo. amigo y atto. s. s.

Paulino Martínez [rúbrica]

P.D. El jueves po. po. visité la Feria y me agradó muchísimo el Departamento de Agricultura de Falfurrias. Han expuesto muy buenos productos.

EN CONTACTO CON MADERO

En los primeros días de enero de 1910, volvió a aparecer en San Antonio *La Voz de Juárez*, y por esos mismos días Martínez se puso en contacto con Madero, quien desde luego le proporcionó ayuda como se verá por la carta que sigue:

Francisco I. Madero
San Pedro, Coah., Méx.
Febrero 8 de 1910

Sr. Don Paulino Martínez,
San Antonio, Texas

Muy estimado amigo:

Acuso recibo de su grata 4 del actual, y formo la presente para manifestarle que saldré para esa el viernes o sábado próximo.

Espero poderlo ver en el hotel donde estuvo hablando con mi hermana. Ya recibí su periódico y aunque no tengo tiempo para leerlo vi que está muy bien presentado, y creo que va a tener muy buena aceptación.

Elías de los Ríos tan pronto como reciba el periódico lo andará vender y le enviará su importe.

Sin otro particular y esperando tener muy pronto el gusto de verlo, pues de todos modos iré a esa, quedo su amigo que lo aprecia y su atto. s. s.

Francisco I. Madero
Elías de los Ríos [firma]

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 24 de septiembre de 1933, año XXI, núm. 224, p. 2.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ
LOS TRATADOS DE CIUDAD JUÁREZ PROVOCARON EL ROMPIMIENTO
DE DON PAULINO MARTÍNEZ CON MADERO

CAPÍTULO V

Establecido el contacto con Francisco I. Madero, y después de haber celebrado una entrevista con el futuro presidente de la República, don Paulino Martínez inició desde San Antonio, en las columnas de su periódico, una vigorosa campaña a favor del Partido Antirreeleccionista, sosteniendo las candidaturas de Madero y del Dr. Francisco Vázquez Gómez.

Pero no se concretaba Martínez a la propaganda subversiva escrita, sino que conspiraba de acuerdo con los numerosos grupos de antiporfiristas que existían en el sur de los Estados Unidos, especialmente en Texas.

Veinte años después de la fracasada intentona para capturar Nuevo Laredo, el periodista no perdía las esperanzas en un movimiento revolucionario para derribar el régimen porfirista.

El periódico de Martínez era cada día más agresivo, y hecha la declaratoria del triunfo del general Díaz en las elecciones de julio de 1910 y aprehendido Madero en Monterrey, en editoriales y gacetillas se insinuaba con más insistencia la necesidad de que los antiporfiristas recurrieran a la violencia.

Al pasar Madero, después de su fuga de San Luis Potosí, a territorio norteamericano, Martínez fue el primero en imprimir el Plan de San Luis, incitando abiertamente a la rebelión.

Cuando estalló la rebelión en el norte, las oficinas del periódico de don Paulino, en San Antonio, quedaron convertidas en uno de los centros de mayor actividad revolucionaria.

ROMPIMIENTO CON MADERO

Aunque de acuerdo con los maderistas, durante la revolución, a la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, Martínez lanzó algunas censuras en su periódico contra Madero, lo que fue el origen de un rompimiento entre el viejo periodista y el jefe del movimiento armado.

El rompimiento definitivo fue durante una conferencia entre Martínez y Madero en Ciudad Juárez, días después de la firma de los tratados. Don Paulino hizo saber a Madero su resolución de acompañarlo a la Ciudad de México, donde quería fundar un periódico.

Madero no simpatizó con esta idea, indicando a don Paulino la conveniencia de que por de pronto continuara residiendo en San Antonio, donde sería nombrado cónsul de México.

Don Paulino trató de que Madero le explicara las razones por las cuales no quería que se estableciera en la capital de la República y publicara *La Voz de Juárez*; pero el jefe de la revolución se limitó a contestar que los servicios de un hombre como Martínez eran más útiles para el nuevo gobierno en un puesto consular como el de San Antonio, que al frente de un periódico político en la Ciudad de México.

No conforme con esta explicación del caudillo, don Paulino se rehusó a aceptar el consulado y, decepcionado, regresó a San Antonio para trasladarse semanas después a la capital mexicana.

NUEVOS OFRECIMIENTOS DE MADERO

Antes de regresar a la Ciudad de México, Martínez despachó a su esposa y a sus hijos. Hacía pocos días que doña Crescencia se encontraba en la capital, cuando recibió una invitación de Madero para que le hiciera una visita.

Durante la plática tenida con doña Crescencia, Madero insistió cerca de ésta para que convenciera a don Paulino de que aceptara el consulado de San Antonio; pero como la señora le hizo saber que su esposo no estaba conforme con seguir viviendo en el extranjero, el futuro presidente le manifestó que, en ese caso, le ofrecía el gobierno de Guanajuato. Lo que trataba el señor Madero, según pudo desprender doña Crescencia, era que don Paulino no editara periódico alguno.

Pero Martínez estaba dispuesto a salirse con la suya y rechazando el ofrecimiento del gobierno de Guanajuato, llegó a la Ciudad de México a fundar su periódico.

DE NUEVO CONSPIRANDO

El incansable periodista seguía siendo también el incansable conspirador, e inconforme con los primeros pasos del maderismo y acusando a éste de connivencia con los *científicos*, formó con los señores Gómez Robelo, Francisco Guzmán, Policarpio Rueda y David de la Fuente, una junta revolucionaria.

Bien pronto, el gobierno interino presidido por el licenciado Francisco León de la Barra tuvo conocimiento de las actividades revolucionarias de la junta, ordenando una severa vigilancia, especialmente sobre don Paulino.

Sintiéndose vigilado y dispuesto a provocar una nueva revolución a favor de los hermanos Emilio y Francisco Vázquez Gómez, don Paulino resolvió machar nuevamente a la ciudad texana que había sido siempre su centro de operaciones: San Antonio.

Antes de marchar a los Estados Unidos, logró ponerse en contacto con el general Emiliano Zapata, dejando encargada a su esposa para que sirviera de agente de la junta revolucionaria en la Ciudad de México.

GRAN ACTIVIDAD REBELDE

Doña Crescencia cumplió admirablemente los encargos de su esposo. Transmitía de un punto a otro de la República las órdenes de la junta. Despachó al estado de Oaxaca al general Juan García, para que llevara los nombramientos de jefes en el estado a los generales Manuel Caloca y Ángel Barrios. Envío a Jalisco al capitán Félix Castrejón para que entregara una cantidad de armas y parque al jefe revolucionario Amador Espinosa. Hizo llegar algunos pliegos con instrucciones de la junta al general Jesús H. Salgado, quien se encontraba en Guerrero. Remitió fondos de la junta al general Juan Andrew Almazán. Recibía las cartas que el general Emiliano Zapata escribía a la junta vazquista y las enviaba con propios al norte. En fin, no descansaba alentando a los revolucionarios antimaderistas.

Días antes de que el general Pascual Orozco se sublevara en Chihuahua, doña Crescencia, por instrucciones de su esposo, se trasladó a Ciudad Juárez, en donde conferenció con el jefe revolucionario. El general Orozco comisionó a su vez a la esposa de Martínez, para que hiciera llegar al general Zapata las copias de las actas levantadas al iniciarse la rebelión en Chihuahua, las cuales llegaron a su destino.

EXPULSADA DEL PAÍS

La señora Martínez continuaba sus actividades revolucionarias, cuando el 20 de febrero de 1912 fue citada por el jefe de la policía reservada de la Ciudad de México, quien le comunicó que desde ese momento quedaba detenida.

Cuatro días estuvo incomunicada doña Crescencia, hasta que se le concedió la libertad con la obligación de presentarse diariamente a la policía. Otros cuatro días transcurrieron hasta que el Ministerio de Gobernación le comunicó que el gobierno le daba un plazo de cuatro días para que abandonara el país.

Vigilada por la policía, doña Crescencia hizo el viaje de la Ciudad de México a Laredo, Texas, de donde se dirigió a Ciudad Juárez, Chihuahua. En esta ciudad, se encontraba su esposo, quien, además de ser el presidente de la Junta Revolucionaria, era el director del periódico *Bombarba*, considerado como el órgano oficial de los rebeldes orozquistas y vazquistas.

Al salir de la Ciudad de México, doña Crescencia, por instrucciones de su esposo, hizo entrega de la imprenta que poseían y por la cual seguía apareciendo, aunque irregularmente, *La Voz de Juárez*, a Juan José Ríos.

EN PELIGRO DE SER FUSILADO

En el mes de julio, don Paulino escapó de ser fusilado por Pascual Orozco, quien habiendo desconocido a los vazquistas, ordenó la aprehensión de Martínez y de todos los miembros de la Junta Revolucionaria. Pero don Paulino, advertido a tiempo por varios amigos, pudo salir de Ciudad Juárez y refugiarse en El Paso.

Pero, al llegar a El Paso, fue detenido por las autoridades americanas, juntamente con el ingeniero David de la Fuente, acusados de violar las leyes de neutralidad, obteniendo su libertad días después, mediante una fianza de tres mil dólares. Fracasado el movimiento vazquista, Martínez se dirigió a San Antonio, haciendo aparecer inmediatamente su viejo periódico desde el cual atacaba incesantemente al régimen maderista.

(Continuará en el próximo número)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 1 de octubre de 1933, año VIII, núm. 15, p. 11.

HISTORIA DE UN REVOLUCIONARIO, PAULINO MARTÍNEZ

LA AMISTAD DE PAULINO MARTÍNEZ CON EMILIANO ZAPATA

EL FIN TRÁGICO DEL DESTACADO LUCHADOR

CAPÍTULO VI Y ÚLTIMO

Mientras que Paulino Martínez se establecía en San Antonio, Texas, su esposa volvió a la Ciudad de México, poniéndose de nuevo al frente de *La Voz de Juárez*.

En esta época de *La Voz de Juárez*, los ataques al gobierno maderista eran menos violentos. Don Paulino enviaba su colaboración desde San Antonio.

Al triunfar el movimiento de La Ciudadela, como Martínez se enteró de que la Junta Revolucionaria que presidía había iniciado tratos con el general Félix Díaz, renunció a ella, rompiendo abiertamente con sus antiguos compañeros e iniciando una vigorosa campaña contra el régimen huertista.

También desde *La Voz de Juárez* doña Crescencia atacaba al nuevo régimen, a pesar de haber sido amenazada en varias ocasiones, y en otra haber recibido un ofrecimiento hecho directamente por el general Manuel Mondragón, en el

sentido de que dijera cuánto había gastado durante los movimientos revolucionarios a fin de que la suma le fuera cubierta por el gobierno.

Pero ni las amenazas ni el ofrecimiento hecho por Mondragón sirvieron para que doña Crescencia desistiera de sus propósitos.

EN CONTACTO CON EL ZAPATISMO

Y mientras que Paulino Martínez, continuaba trabajando a favor del movimiento revolucionario en los Estados Unidos, su esposa, trabajaba en la Ciudad de México a favor de la causa zapatista, estando en constante contacto con el general Emiliano Zapata.

Las actividades de la señora Martínez fueron descubiertas por el gobierno del general Huerta, y doña Crescencia fue detenida el 20 de mayo de 1914 por la policía de la Ciudad de México y conducida a la comisaría de la primera demarcación, en donde estuvo incomunicada y a ración de pan y agua durante diecisiete días.

Doña Crescencia logró su libertad días antes de la entrada de las fuerzas constitucionalistas a la capital. Creía que ya no habría de ser molestada, pero por orden de Carranza, el general Francisco Cossío y Robelo cateó su domicilio y la señora se salvó de la prisión gracias a la ayuda que le dieron algunas amigas.

EN EL CAMPO ZAPATISTA

El periodista Martínez había regresado al país presentándose en el campo zapatista, donde fue recibido afectuosamente por el general Emiliano Zapata, cerca del cual logró un gran ascendiente en unas cuantas semanas, y cuando el caudillo suriano nombró la delegación a la Convención de Aguascalientes, designó jefe de la misma a don Paulino.

La actitud de Martínez en la Convención fue siempre de defensa del Plan de Ayala, habiendo pronunciado varios discursos a favor del zapatismo, en ellos vació la médula de su pensamiento político.

Constantemente informaba don Paulino a Zapata sobre los acuerdos de la Convención. He aquí dos respuestas dadas por el General Zapata:

República Mexicana
Ejército Libertador
Cuartel General

Al C. Coronel Paulino Martínez
Presidente de la Comisión del Sur a la Asamblea de Aguascalientes
Aguascalientes

Contesto a atenta comunicación de usted de fecha 28 del pasado octubre y le manifiesto que: quedo enterado que se ha alcanzado un triunfo con la aceptación por la Convención de los principios del Plan de Ayala; de que Carranza salga del poder y de que se esperen a que lleguen los delegados del Ejército Libertador.

Como Carranza no ha salido del Poder Ejecutivo y las demandas del Sur no están firmadas sus aceptaciones, de ninguna manera pueden marchar los Delegados de Sur, aun cuando ya se están reuniendo; pero ya repito, es altamente necesario que las demandas del Sur estén llenadas para que puedan asistir los Delegados del Ejército Libertador y para lo cual sólo deberá usted y sus compañeros ajustarse a las instrucciones que se les fijaron. Y lo comunico a usted para su inteligencia y demás fines, protestando a usted mi consideración y aprecio. Reforma, libertad, justicia y ley.

Cuartel General en Cuernavaca, noviembre 2 1914.

El General en Jefe del Ejército Libertador de la República
Emiliano Zapata [*firma*]

Correspondencia particular del Gral. Emiliano Zapata
Cuartel General en Cuernavaca
Noviembre 12 de 1914.

Señores Paulino Martínez, Lic. Antonio Díaz Soto y Gama, Alfredo Serratos, Juan M. Banderas, S. Fernández, Genaro Amezcua, Dr. Aurelio Briones, Manuel E. Vega, Dr. A. Cuarón, Rafael Cal y Mayor, F. Tafollas, M. N. Robles, José Aguilera, Miguel Cortés Ordóñez, E. S. Villa, Emilio Reyes, Leopoldo Reynoso Díaz, Rodolfo Magaña, G. Magaña, C. Zamora y R. Lecona, Srío. miembros de la Comisión Representante de la Revolución del Plan de Ayala, cerca de la Convención de Aguascalientes. Aguascalientes.

Muy estimados amigos y compañeros:

Recibí la muy atenta carta de ustedes de fecha de 4 del presente.

Quedo bien informado de los trabajos hechos por ustedes en la Convención de Aguascalientes, en la que consiguieron obtener un triunfo completo para nuestra causa y por lo cual sinceramente [los felicito] en mi nombre y en el del Ejército Libertador. Ya tendré oportunidad de hablar con ustedes cuando les vea en esta ciudad y entonces entraremos en algunos detalles relacionados con la comisión que están desempeñando.

Los delegados del Ejército Libertador ya se están reuniendo en este Cuartel General, pero antes de que marchen a la Ciudad de México, es altamente necesario de que hable con ustedes.

Celebro mucho de que el señor General Gutiérrez, que salió electo por la Convención Presidente accidental por veinte días sea simpatizador de nuestra causa y esté de nuestra parte, lo mismo que ha sido para mí muy satisfactorio que la División del Norte se haya portado como verdadera alianza nuestra y por este motivo suplico a ustedes se sirvan hacer presentes mis agradecimientos al señor General Villa, por el acto de justicia que está llevando a cabo en beneficio de la Revolución Agraria del Plan de Ayala.

Si otro asunto por el momento y esperando que pronto les veré en ésta me despido de ustedes deseándoles que se conserven bien.

De ustedes admo. atto. amigo y seguro servidor.

El General Emiliano Zapata [*firma*]

MISTERIOSA DESAPARICIÓN

Para informar al general Zapata de los resultados de la Convención, don Paulino llegó a la Ciudad de México el 8 de diciembre de 1914.

El domingo 14 de diciembre, poco después de las tres de la tarde, el señor Martínez invitó a su esposa para ir al Teatro Ideal; pero doña Crescencia le dijo que prefería descansar esa tarde. Don Paulino salió en compañía de tres de sus hijos.

Horas después, doña Crescencia aceptó acompañar a sus hijas al cine y como a las siete de la noche fue llamada urgentemente. Don Paulino había regresado a su casa, pero había tenido que salir llamado violentamente por el secretario de Guerra en el gabinete del presidente Eulalio Gutiérrez, general José Isabel Robles.

Al salir de su casa, don Paulino dejó a su esposa un pequeño recado indicándole que regresaría antes de una hora y le dejó también una tarjeta firmada por el general Robles, invitándole a pasar al ministerio.

La tarjeta de Robles le había sido entregada a Martínez por dos individuos que habían llegado a bordo de un automóvil. Uno de estos individuos, según lo pudieron ver el hijo de don Paulino y dos personas más que se encontraban presentes, era el chofer del secretario de Guerra. La figura de este individuo era inconfundible: tenía el rostro salpicado de granos de pólvora.

El intempestivo llamado hecho por el general Robles a don Paulino no dejó de llamar la atención de doña Crescencia que, nerviosa, esperaba el regreso de su esposo.

INÚTILES PESQUISAS

Pasó una hora y no volviendo don Paulino, doña Crescencia se dirigió a la Secretaría de Guerra. En el Ministerio ya no estaba el general Robles. La recibió el general Eufemio Zapata, quien le informó que Martínez había llegado en busca de Robles, pero como éste ya había salido y habían tenido noticia de que se encontraba en el Café Colón, allá se había dirigido.

Fue doña Crescencia al Café Colón, donde le dijeron que el general estaba en una junta en el Hotel Palacio. En el hotel no encontró ni a Robles ni a su esposo, siendo informada que la junta se efectuaba en la residencia del presidente Gutiérrez, en el Paseo de la Reforma.

Desde ese momento la señora empezó a temer por la vida de su esposo. Recordó que el mismo día que había llegado a la Ciudad de México de vuelta de Aguascalientes había recibido un anónimo en el que se le amenazaba de muerte y se le advertía que había un grupo de individuos que lo plagiaría.

Al llegar a la residencia del general Gutiérrez, éste recibió a la dama desde luego, mostrándose sorprendido de lo que la señora le comunicaba, máxime que él mismo le hizo saber que era inexacto que se hubiera celebrado junta con el general Robles. El presidente provisional indicó a doña Crescencia que desde luego iniciaría las investigaciones del caso.

Después de conferenciar con el general Gutiérrez, la señora Martínez supo que don Paulino sí había concurrido a una junta en el Hotel Palacio, a donde habló por teléfono. Un empleado le informó que a esa hora, cerca de la una

de la mañana del día 15, el señor Martínez bajaba por el ascensor acompañado de varios amigos.

Esperando que su esposo llegara a su casa de un momento a otro, doña Crescencia permaneció en pie hasta las 5 de la mañana, cuando no teniendo nuevas noticias y temiendo que algo grave hubiera ocurrido, se presentó nuevamente en la residencia del presidente.

El general Gutiérrez escuchó los últimos informes de doña Crescencia, visiblemente nerviosa, exclamando al fin:

—*¡Todo es de temerse de esa gente!*

Mientras tanto, don Paulino era buscado por toda la ciudad, sin resultado alguno.

EL ASESINATO

En la tarde de ese mismo día, y después de haber celebrado una junta con el gobernador del Distrito y con el inspector general de Policía, el general Gutiérrez comunicó al hijo de don Paulino que el periodista había sido asesinado a palos en un pueblo cercano a la Ciudad de México y que el cadáver había sido incinerado, pero no dijo quién había sido el autor del crimen.

La noticia causó enorme disgusto a los revolucionarios, y especialmente a los zapatistas, al grado que el general zapatista Manuel Palafox estuvo a punto de aprehender al día siguiente a Eulalio Gutiérrez.

Meses después, doña Crescencia tuvo informes de que don Paulino había sido plagiado por un grupo de ranchistas y conducido a Xalapa y después a Teocelo, en cuyo cementerio fue fusilado.

Pero la verdad sobre la trágica del hombre que fue uno de los más enérgicos opositores al régimen del general Porfirio Díaz es ignorada hasta hoy.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 8 de octubre de 1933, año VIII, núm. 22, p. 11.

CÓMO MURIÓ EUFEMIO ZAPATA

UN TEMERARIO DUELO A TIROS

SIDRONIO CAMACHO, CORONEL DE LAS TROPAS
DE EUFEMIO, LO MATÓ POR UNA VENGANZA

Zapata había azotado públicamente, horas antes, al padre de Sidronio, un anciano comerciante de Cuautla, Morelos; y cuando, después de una intensa búsqueda, el coronel halló al general y lo insultó, éste propuso un duelo y le tocó morir

En un duelo a balazos con uno de sus más valientes subordinados, murió el general Eufemio Zapata, el hermano del caudillo suriano.

Ebrio, dando traspies, disparando su pistola sin buscar el cuerpo de su rival —mientras que éste, de rodillas, le hacía disparos con su carabina—, Eufemio cayó acribillado a balazos, pero todavía con vida y desafiando a su subordinado.

Fue en la calle principal de Cuautla, Morelos, donde el hermano del famoso guerrillero del sur perdió la vida a manos del coronel Sidronio Camacho.

Eufemio Zapata no tenía la visión de futuro que tenía su hermano Emiliano. Era más campesino; más duro; pero muy valiente.

Junto con Emiliano, se había lanzado a la lucha armada desde 1910, habiendo concurrido a las acciones de guerra más notables en las cuales había dado todo lo que puede dar un hombre de valor y de audacia.

Tenía cinco o seis años más que Emiliano, pero sentía gran respeto por su hermano menor, a quien siempre llamaba “El hermano”. Cuando preguntaba por el jefe del movimiento revolucionario suriano, decía: “¿Ha visto usted al hermano?” Cuando saludaba a Emiliano, invariablemente le interrogaba: “¿Cómo está el hermano?”

“El Hermano” tenía para él gran cariño. Le daba siempre las comisiones de más confianza y, fiado en su valor, lo enviaban a los lugares más comprometidos en el combate.

No era Eufemio general, por el hecho de ser el hermano del jefe del movimiento. El grado lo conquistó como lo habían conquistado otros valientes.

EUFEMIO EN EL PALACIO NACIONAL

El carácter sencillo, a la vez que marrullero, de Eufemio Zapata, queda descrito a grandes rasgos en los siguientes párrafos del libro de Martín Luis Guzmán *Bajo la sombra de Pancho Villa*.

La escena se desarrolla en esta capital, en la época en que los zapatistas la dominaban. El hermano de Emiliano tenía a su cargo la custodia del edificio, cuando Eulalio Gutiérrez, presidente de la República nombrado por la Convención de Aguascalientes, se presentó a tomar posesión. Martín Luis Guzmán relata:

Quiso Eulalio Gutiérrez que antes de instalarse su gobierno hiciéramos una visita al Palacio Nacional.

Allí llegamos esa misma tarde él, José Isabel Robles y yo. Eufemio Zapata, en cuyo poder se hallaba el edificio, salió a la puerta central a recibirnos, y empezó a hacernos, desde luego, los honores de la casa. De este momentáneo papel suyo —acoger al nuevo presidente en su propia mansión gubernativa e iniciarlo en los

esplendores de sus futuros salones y oficinas—, Eufemio parecía penetradísimo, a juzgar por su comportamiento. Según fuimos apeándonos del automóvil, nos estrechó la mano y nos dijo palabras de huésped rudo, pero amable.

Mientras duraban los saludos, miré en derredor. El coche se había detenido, rebasando apenas la puerta, bajo una de las arcadas del gran patio. Lejos, en el fondo, iban a encontrarse en ángulo las dos líneas senoidales formadas por los blancos macizos de la arquería y la penumbra de los vanos. Un grupo de zapatistas nos observaba a corta distancia, desde el cuerpo de guardia; otros nos veían por entre las pilastras. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde? ¿era desconfiada? Su aspecto más bien despertó en mí un mero sentimiento de curiosidad, por el escenario de que formaban parte. Porque, a no dudar, aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi, y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo muy nuevo y muy raro.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de honor. Como portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—, con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo: los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezarse con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba, en balde, la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que sobraba, para él, cuanto ahora se veía en su entorno.

Pero, entonces, una duda terrible me asaltó: ¿y nosotros? ¿Qué impresión produciría en quien lo viera en ese mismo momento, el pequeño grupo que detrás de Eufemio formábamos nosotros: Eulalio, Robles y yo? Eulalio y Robles, con sus sombreros tejanos, sus caras intonsas y su aspecto inconfundible de hombres incultos; yo, con el eterno aire de los civiles que en México se meten a políticos, instrumentos adscritos, con ínfulas de asesores intelectuales, a caudillos afortunados, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes.

EL CANDOR DE EUFEMIO

Arriba, Eufemio se complació en enseñarnos, uno a uno y sin fatiga, los salones y aposentos de la presidencia. Alternativamente, resonaban nuestros pasos sobre la brillante cara del piso, en cuyo espejo se insinuaban nuestras figuras, quebradas por los diversos tonos de la marquetería, o se apagaba el ruido de nuestros pies en el vellón de los tapetes. A nuestras espaldas, el *tla-tla* de los huaraches de los zapatistas, que nos seguían de lejos, recomenzaba y se extinguía en el silencio de las salas desiertas. Era el rumor dulce y humilde. El *tla-tla* cesaba a veces largo rato, porque los dos zapatistas se detenían a mirar algún cuadro o algún mueble. Yo, entonces, volvía la cara y contemplaba a los dos zapatistas, los cuales, a distancia, parecían como incrustados en la amplia perspectiva de las salas. Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas, de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogido con ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, sí representaba allí la verdad. Pero, nosotros ¿qué representábamos? ¿Representábamos algo fundamental, algo sincero, algo profundo, Eufemio, Eulalio, Robles y yo? Nosotros lo comentábamos todo, sonriente el labio y con los sombreros puestos.

Frente a cada objeto, Eufemio daba, sin reserva, su opinión, a menudo elemental y primitiva. Sus observaciones revelaban un concepto optimista e ingenuo de las funciones gubernativas. “Aquí –nos decía– es donde los del gobierno platican.” “Aquí es donde los del gobierno bailan.” “Aquí es donde los del gobierno cenan.” Se comprendía a leguas que nosotros, para él, nunca habíamos sabido lo que era estar bajo un techo ni teníamos la menor noción del uso a que se destinan un sofá, una consola, un estrado. En consecuencia, nos ilustraba. Y todo iba diciéndolo en tono de tal sencillez que a mí me producía verdadera ternura. Ante la silla presidencial declaró, con acento de triunfo, con acento cercano al éxtasis: “¡Esta es la silla!” y luego, en un raptó de candor envidiable, añadió: “Desde que estoy aquí vengo a ver esta silla todos los días, para irme acostumbrando. Porque –afigúrese nomás– antes siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar”. Dicho esto, se dio Eufemio a reír por su propia simpleza, y con él reímos nosotros. Pero Eulalio, que desde hacía rato se quemaba por soltarle una cuchufleta al general zapatista, se volvió a él, y poniéndole suavemente una mano sobre el hombro, le lanzó este dardo con su voz meliflua y acariciadora:

—*No en balde, compañero, se es buen jinete. Usted, y otros como usted, deben estar seguros de llegar a presidentes el día que sean así las sillas que se les echen a los caballos.*

Eufemio, como por encanto, dejó de reír. Se puso sombrío, siniestro. La agudeza de Eulalio, demasiado cruel y, acaso, demasiado oportuna, le había tocado en el alma.

—*Bueno* –dijo instantes después, como si no quedara ya nada digno de verse–; *vamos ahora allá abajo, a las cocheras y a las caballerizas. Las miramos un poco y luego los llevaré a las piezas donde estoy viviendo con otros compañeros.*

Vimos con espacio las cocheras y las caballerizas, aunque más para satisfacción de Eufemio que nuestra. Entre colleras, riendas, bocados, tirantes –todo oloroso a cuero engrasado y crujiente– mostró él una increíble suma de conocimientos precisos. De caballos, igual de criarlos que de arrendarlos y lucirlos, parecía saber no menos. De todo esto nos habló con entusiasmo, que le hizo olvidar el incidente de la silla, y luego nos guió hacia la parte que ocupaban en el palacio él y su gente. Eufemio había encontrado habitaciones a su gusto en el más mezquino y escondido de los traspatios. Sin duda, se daba bien cuenta de la excesiva ruindad de su refugio, pues trataba de adelantarse a las críticas, declarando de antemano cuál era el carácter de su morada.

—*Estoy allí* –nos dijo– *porque como siempre he sido pobre, en cuartos mejores no podría vivir.*

LA GUARDIA DE EUFEMIO

Aquel sitio era, en verdad, algo abominable. Cuando entramos en él, sentí que me ahogaba. La pieza, de medianas dimensiones, estaba provista de una sola puerta; no tenía ninguna ventana. Cincuenta, ochenta, cien jefes y oficiales zapatistas se encontraban en ella al entrar nosotros. Estaban amontonados, apiñados. La mayoría se conservaba en pie, cuerpo contra cuerpo, o en grupos que se abrazaban. Otros estaban sentados sobre las mesas. Otros yacían sobre el suelo, hacia las paredes y los rincones. Muchos tenían en la mano una botella o un vaso. Todos respiraban una atmósfera lechosa y pestilente, donde se mezclaban infinitos humores y el humo de mil cigarros. Quién más, quién menos, todos estaban borrachos. Un soldado cuidaba de que la puerta se mantuviera constantemente cerrada, para que no entrasen por ella ni las miradas ni la luz. Dos lámparas eléctricas brillaban apenas, pequeñísimas, en aquel ambiente de niebla confinada, húmeda, asfixiante.

Nuestra presencia no fue notada al principio. Después, a medida que Eufemio pasaba entre los grupos y decía algo en voz baja, se nos observó sin desconfianza y hubo muestras de un recibimiento cordial. Pero eran signos raros, casi

imperceptibles. Sin lugar a duda, acabábamos de caer en un mundo distinto del nuestro, tan distinto que lo desconcertábamos con sólo llegar, y luego hacíamos que durara el desconcierto, pese al deseo en contrario de todos, el de los otros y el nuestro. Ellos, salvo unos cuantos, evitaban mirarnos cara a cara; nos dirigían mirada de soslayo, bajaban la vista. En vez de hablar con nosotros, cuchicheaban entre sí. Y de rato en rato nos volvían la espalda para empinar mejor la botella o vaciar el vaso.

Eufemio y los más próximos a él nos invitaron a tomar.

—*¡A ver, unos vasos!* –gritó Eufemio.

Y hubo un medroso alargarse de manos que depositaron, en una esquina de la mesa, hasta cinco o seis vasos sucios. Eufemio los alineó y sirvió tequila sobre las heces. Bebimos en silencio. Eufemio vertió más tequila. Volvimos a beber. Eufemio volvió a servir... conforme bebía, Eufemio se iba excitando. Primero se puso alegre; luego jovial; luego, entre pensativo y sombrío. A la quinta o sexta copa se acordó en voz alta de la silla presidencial y del chiste de Eulalio. “Aquí, el compañero, cree –dijo dirigiéndose a los suyos– que Emiliano y yo, y otros como nosotros, seremos presidentes el día que se ensillen los caballos con sillas presidenciales como la que está allá arriba”. Hubo entonces un silencio profundo, roto sólo por la risita burlona de Eulalio. Eufemio, sin embargo, como si nada hubiese dicho ni nada pasara, sirvió más tequila. Una vez más, los vasos se confundieron y una vez más nos dispusimos a beber los unos sobre la baba pegajosa de los otros... Pero al llegar este momento, Robles empezó a mirarme con fijeza y luego muy al disimulo, me hizo diversas señas con los ojos. Yo entendí, apuré la copa y me despedí de Eufemio.

Una hora más tarde, cuando regresaba a Palacio, seguido de toda la escolta de Robles, vi, al acercarme a la acera, que Eulalio y Robles salían tranquilamente por la misma puerta por donde habíamos entrado allí durante las primeras horas de la tarde.

—*Gracias* –dijo Eulalio al verme—. *Por fortuna, la escolta ya no se necesita: tenían tal ansia de embriagarse, que no les ha quedado tiempo ni de pelear con nosotros. De todas maneras, la preocupación no era inútil. Lo que me asombraba era que Robles y usted se hayan entendido sin hablar.*

UN GRAN BEBEDOR

Desde muy joven, Eufemio gustaba de beber y bebía como ningún suriano. Emiliano bebía también, pero tenía un límite. Además, jamás se alteraba.

En cambio, el mayor de los Zapata no podía ocultar, en sus últimos años, su degeneración alcohólica. El “resacado” –famoso aguardiente morelense de noventa y seis grados– era su bebida favorita; su única bebida.

Con tranquilidad pasmosa, de un solo sorbo pasaba un “fajo” de resacado, y luego otro y después un tercero y un cuarto. Sólo meneaba la cabeza, apretaba los labios y cerraba ligeramente los ojos.

Cuando pasaba del cuarto “fajo” –medida de una copa de las proporciones de un vaso–, para seguir bebiendo se ayudaba con puños de “pico de gallo”, famosa ensalada de los galleros de Morelos y de Guerrero: picadura de cebolla, ajo y chile, rociada de sal.

Pero si Eufemio llegaba al cuarto “fajo” de resacado, aparentemente tranquilo, apenas empezaba a aumentar el número de vasos, un ligero *tic* que minuto a minuto era más notorio, le asaltaba el ojo izquierdo, y a veces le aparecía en el derecho.

Y cuando el *tic* aparecía en el ojo, surgía otro Eufemio. Si en su estado normal era un león; en estado de ebriedad era un energúmeno. Tenía delirio, entonces, por “untar la sábila”, término que él mismo empleaba cuando golpeaba a alguna persona con su sable, recordando, quizás, la costumbre que los padres de familia en Morelos tenían por golpear a sus hijos malcriados con las pencas de sábila.

El jefe del ejército revolucionario del sur le había reprendido numerosas veces; la mayoría de ellas con energía. Pero Eufemio estaba perdido moral y físicamente.

ATROPELLOS A LOS COMERCIANTES

En los últimos meses de su vida, y estando al frente de las fuerzas zapatistas en Cuautla, había dado por “untar la sábila” a los comerciantes.

Visitaba frecuentemente las tiendas, preguntando por el precio de los comestibles o de las telas, mostrándose indignado de los altos precios que pedían los comerciantes y, autoritariamente, señalaba los que habían de regir.

Los comerciantes aceptaban las proposiciones del general por el momento, pero luego volvían a aumentar el precio de su mercancía. Eufemio vigilaba y pronto descubría que sus órdenes eran desobedecidas y para castigar a los desobedientes comerciantes, se presentaba inesperadamente en las tiendas,

hacía salir a los propietarios a la mitad del arroyo y ahí les zumbaba con el sable, hasta dejarlos más muertos que vivos.

Pronto los comerciantes se quejaron al jefe de las fuerzas surianas, quien llamó a su hermano al cuartel general en Tlaltizapán, haciéndole una severísima reconvención.

Regresó Eufemio a Cuautla en estado de ebriedad. Muy herido se sentía por las palabras de su hermano y para conformarse, según dijo, bebió durante toda una noche –la última de su vida– y siguió durante el día.

Había bebido tanto que difícilmente se podía tener en pie, pero pudo recorrer las tiendas y dar nuevo castigo a los comerciantes, con tanta o más dureza. Y entre los comerciantes a quienes golpeó se encontraba el señor Camacho, padre de uno de los jefes zapatistas más audaces.

“EL LOCO SIDRONIO”

Después de golpear a los comerciantes, continuó libando en compañía de varios amigos. Agotado físicamente, se dirigía a un hotel para descansar, cuando en la calle principal de Cuautla se encontró al coronel Sidronio Camacho.

No había en las filas zapatistas quien no conociera al coronel Camacho. Le llamaban el “Loco Sidronio” por la forma desesperada, loca, como se arrojaba sobre el enemigo en los combates. Grandes y numerosas proezas se referían del “Loco Sidronio” por quien la gente sentía enorme respeto.

Era oficial de las fuerzas del general Eufemio Zapata y éste lo distinguía en forma muy especial.

—*General, lo andaba buscando* –dijo el “Loco Sidronio” a Eufemio, deteniéndolo.

—*¿Para qué me quieres?* –le preguntó el general, quien apenas podía detenerse en pie.

—*Para decirle que usted no es hombre, porque si lo fuera, en lugar de haber golpeado a mi padre, que ya es anciano, debió usted entendiérselas conmigo...*

—*Y tú, Loco, ¿cómo te atreves a hablar así a tu jefe?*

—*¡Porque mi jefe es un cobarde!* –contestó, violento, el coronel Camacho.

—*¡A mí no me dice nadie cobarde, tal por cual!...* –gritó el general.

Y Eufemio, convertido en una fiera, lanzó los más duros epítetos a su subordinado, añadiendo:

—*Y para que veas lo que es Eufemio Zapata, nos las vamos a entender, hombre a hombre... Retírate para no matarte aquí, y para que te defiendas...*

LA TRAGEDIA

El general sacó su revólver, retrocediendo unos cuantos pasos, mientras que el “Loco Sidronio” hacía lo mismo.

Camacho tomó en sus manos la carabina que llevaba al hombro; rápidamente llegó hasta la esquina de la calle; y poniéndose de rodillas esperó el ataque del general.

Viendo a su rival en actitud de defensa, el general hizo un disparo, luego otro, y empezó a avanzar. Dando traspiés, se aproximaba a Camacho, disparando su revólver sin hacer blanco.

El “Loco Sidronio”, en cambio, perfectamente apostado, hacía disparo tras disparo, haciendo siempre blanco.

Cubierto de sangre, lanzando blasfemias y tambaleándose, y mientras que la gente veía sorprendida tan sin igual combate, Eufemio se fue acercando a Camacho, hasta caer casi sin vida.

—*¡Cobarde!* –le gritó todavía– *¡Traidor!*

El coronel Camacho, al ver tendido al general, corrió a su cuartel, sacó a su gente, recogió el cuerpo todavía con vida del hermano del caudillo suriano, lo colocó sobre el lomo de una mula y salió huyendo de Cuautla, para ir a rendirse a los carrancistas pero la fuga del “Loco Sidronio” era tan precipitada, que a cuatro o cinco kilómetros de Cuautla dejó abandonado el cadáver del general.

Cuando Emiliano Zapata fue informado del trágico fin de su hermano, salió a batir a Camacho, a quien no logró dar alcance.

Regresó a su cuartel general en Tlaltizapán, y durante muchos días no habló una sola palabra ni con sus más íntimos amigos y compañeros.

—*¡Lástima que Eufemio no haya muerto peleando con el enemigo!* –fue el único comentario que hizo el jefe de la revolución del sur.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 27 de marzo de 1932, año VI, núm. 194, pp. 1-2.

LA RAZÓN DE SER DEL ZAPATISMO

FRANCISCO A. SERRALDE RELATA LO OCURRIDO
A ZAPATA Y OTROS VECINOS DE YALUTEPEC
EN OCTUBRE DE 1903

La siguiente narración, que constituye un interesante capítulo para la historia de la revolución social mexicana, ha sido escrita gracias a la documentación e informes verbales proporcionados por el Lic. Francisco A. Serralde, exclusivamente para los *Periódicos Lozano*.

Un hombre muerto en el territorio de Quintana Roo; cinco sentenciados a servir en las filas del ejército federal y varios más perseguidos y despojados de sus bienes –entre estos últimos al que más tarde había de ser general y jefe de un movimiento agrario: Emiliano Zapata– fue el párrafo final de un capítulo de los orígenes de la revolución social mexicana.

Es a través de estos capítulos de vida mexicana, vividos no solamente durante la época porfirista, sino desde muchos años antes que el general Porfirio

Díaz ocupara el poder, como podrá comprenderse mejor la causa de las guerras civiles en México.

Aunque la situación política y social del país durante la época porfirista ha sido dada a conocer en artículos periodísticos, en folletos y libros, nada tan impresionante por su veracidad y realidad como el volver, treinta años atrás, a examinar paciente y desapasionadamente documentos y declaraciones de testigos. Entonces se verá cómo lo que hace tres décadas pudo haber sido considerado como un argumento político, se convierte ahora en un hecho histórico.

LA HERENCIA QUE RECOGIÓ DON PORFIRIO

Los escritores políticos mexicanos, con el deseo solamente de servir a los intereses de sus partidos, han señalado una y muchas veces las lacras del latifundismo, los males de la hacienda, las injusticias del peonaje, presentando al peonaje, a la hacienda y al latifundio, como producto del porfirismo, cuando la verdad histórica indica claramente que el porfirismo no fue sino el heredero de esas condiciones de organización económica de México, que solamente consolidó, siguiendo una política de conservación y orden.

Creada esta situación al triunfo del porfirismo en la revolución de Tuxtepec, el presidente Díaz no podía encontrar otro camino que tratar de equilibrar las diferentes fuerzas económicas en pugna.

Tres hombres, que creían firmemente en las fórmulas constitucionales; que no tenían más ambición que realizar el equilibrio de la balanza de la justicia y de la ley; que hacían una vida honesta de jueces imparciales, serenos y firmes en sus convicciones, eran quienes hacían esfuerzos por mantener la tranquilidad del país desde la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Estos tres hombres eran don Manuel M. de Zamacona, don Félix Romero y don Macedonio Gómez, los tres ministros de la corte.

UNA QUEJA DE CAMPESINOS DE YAUTEPEC

A mediados de octubre de 1903, varios campesinos del estado de Morelos se presentaron en el despacho del licenciado Francisco A. Serralde para pedirle que se hiciera cargo de la defensa de los vecinos del pueblo de Yautepec.

Los campesinos, entre los que se encontraba Emiliano Zapata, explicaron su situación, en breves palabras, al licenciado Serralde. He aquí, en síntesis, lo que le dijeron al abogado:

Desde hacía varios meses, Juan Alarcón, administrador de la hacienda de Atlahuayán, de la que era propietario Pablo Escandón, miembro del Estado Mayor del presidente Díaz, había ordenado que todas las reses de los vecinos de la región de Yautepec debían pastar, forzosamente, en los terrenos de la hacienda de la que era administrador. Los propietarios de las reses, por concepto de pastura, debían pagar a la hacienda un peso diario por cabeza de ganado.

Además, el administrador Alarcón —hermano del gobernador del estado de Morelos— había estado posesionándose, durante varios años, de los terrenos que, por concepto de ejidos, habían recibido los vecinos de Yautepec desde la época colonial

A mediados de 1903 no había un solo vecino de Yautepec que continuara en posesión de sus ejidos; todas las tierras habían pasado a poder de la hacienda de Escandón. Además, estaban a punto de perder sus reses, ya que desde hacía varias semanas se habían negado a seguir pagando la cuota diaria que les imponía la hacienda en calidad de cuota de pasto, y la hacienda retenía en su poder un buen número de cabezas de ganado.

Después de exponer esta situación, los comisionados de los vecinos de Yautepec pidieron al licenciado Serralde que se hiciera cargo de su defensa, máxime que, siendo el administrador Alarcón, hermano del gobernador y representante de Escandón, temían ser víctimas de un atentado por la actitud que habían adoptado.

SE INICIA EL JUICIO

Aceptó el licenciado Serralde la defensa de los vecinos de Yautepec, y en primer lugar se dirigió al Archivo General de la Nación, pidiendo informes sobre las tierras y aguas pertenecientes al pueblo de Yautepec.

El Archivo de la Nación, en 10 de octubre de 1903, remitió a los peticionarios las copias de las donaciones de tierras que les habían sido concedidas por el rey de España en el año de 1784, y ya con estas constancias, el licenciado Serralde se dispuso a iniciar el juicio contra el propietario de la hacienda de Atlahuayán.

Y al mismo tiempo que presentaba la demanda de amparo a favor de los campesinos de Yautepec, Serralde conferenció con el magistrado don Félix Romero, exponiéndole detenidamente el caso de sus defensos.

—*Si la Suprema Corte de Justicia de la Nación no hace justicia a estos hombres, tenga usted la seguridad, señor magistrado, que pronto habrá una revolución en el país, ya que casos como estos se están registrando a diario en la República* —dijo el licenciado Serralde al magistrado Romero.

El señor Romero, aparte de ofrecer al abogado que él, al igual de otros magistrados, obrarían con apego a la ley, sin tomar en cuenta si el afectado era o no el jefe del Estado Mayor Presidencial, prometió a Serralde hablar con el general Díaz sobre el particular.

LOS CAMPESINOS ANTE DON PORFIRIO

Pocos días después, el licenciado Serralde habló nuevamente con don Félix Romero, quien le dijo:

—*Ya he hablado con Porfirio del asunto de Yautepec y le he dicho que la Suprema Corte es la válvula de escape del gobierno, para evitar que venga una revolución. Porfirio tiene interés en este asunto y sería bueno que esa gente hablara con él...*

El licenciado Serralde comunicó a sus defensos la sugestión de Romero, y desde luego, los afectados nombraron una comisión para que hablara con el presidente de la República. De esa comisión formaban parte Emiliano Zapata, Jobito Serrano, José Bueno y tres personas más.

Don Porfirio, según refirió Jobito Serrano al licenciado Serralde, recibió a los comisionados amablemente, escuchándolos con toda atención.

Cuando los comisionados, por boca de Serrano, terminaron de informar al general Díaz, éste les dijo:

—*Acudan ustedes a los tribunales, que les harán justicia.*

Dispuestos a iniciar el juicio formal, los vecinos de Yautepec designaron a Jobito Serrano para que los representara en todos los casos que se hiciera necesario, dirigiéndose al mismo tiempo al presidente de la República en los siguientes términos:

México, enero 29 de 1904.

Gral. Don Porfirio Díaz

Presidente de la República

Muy respetable Sr. Presidente:

Los vecinos del pueblo de Yautepec, que tuvimos la honra, recientemente, de ser recibidos por Ud., hemos acudido a la Justicia Federal, en los términos que verá Ud. en las copias que tenemos el honor de enviarle con la presente.

Hemos dado este paso para demostrar que secundamos ciegamente las altas miras del Gobierno, de mantener la Paz, acudiendo a los recursos legales que otorgan las Instituciones, seguros de la protección de vida en nuestras personas e intereses, ahora que la importante personalidad de Ud. constituye una garantía para los pobres y los humildes que sufren.

Con todo respeto nos suscribimos sus agradecidos servidores que atentamente s.m.b.

BIENES MOSTRENCOS

Tan luego como el administrador de la hacienda de Atlahuayán se dio cuenta de que los vecinos de Yautepec habían recurrido a las autoridades judiciales, hizo una petición al prefecto para que declarara bienes mostrencos las reses que se encontraban en los corrales de la hacienda.

La autoridad municipal dictó un acuerdo dando a los propietarios del ganado un plazo de 24 horas para que recogieran las reses que se encontraban en Atlahuayán; pero sin decir que cada propietario debería pagar a la hacienda la cuota de varias semanas que, por concepto de pastura, cobraba el administrador Alarcón.

Don Pablo Escandón, propietario de la hacienda, por su parte, y contestando a los informes pedidos por la autoridad judicial como consecuencia del acuerdo del prefecto, sancionado por el juez de primera instancia, y publicado para sus efectos en el *Monitor de Morelos*, escribió la siguiente carta:

Pablo Escandón, ante usted como mejor proceda, digo:

Que a solicitud del administrador de la hacienda de Atlahuayán, fueron notificados los dueños del ganado vacuno que invadía los campos de dicha hacienda, para que procedieran a retirarlo dentro del término que les fijó el Juzgado

de Primera Instancia de este Distrito y no habiéndolo verificado se procedió últimamente a practicar un rodeo, y fueron nuevamente notificados los referidos dueños para que se presentaran a recogerlo, no habiéndolo verificado más que los CC. Ignacio y Lorenzo Barrera, quedando existentes 125 cabezas, por haber muerto el día de ayer una novilla perteneciente a Hermenegildo Gómez, de cuyo hecho ya se dio conocimiento a la autoridad respectiva. La negativa de los dueños a recoger dicho ganado constituye un abandono intencional, quedando los animales en categoría de mostrencos, porque, fundado en los artículos 709 y 711 del Código Civil, los consignamos a disposición de esa jefatura en un patio de la misma hacienda, para que se sirva constituirlos en depósito.

Los vecinos de Yautepec no solamente estaban inconformes con el procedimiento seguido por la hacienda de Atlahuayán, sino también por el número de cabezas de ganado que consignaban se encontraban en su poder, ya que mientras la hacienda insistía en que eran 125, los quejosos las hacían ascender a cuatrocientas.

AMPARO RECHAZADO

El licenciado Serralde, en nombre de los vecinos de Yautepec, pidió amparo ante el juez de distrito de Cuernavaca, pero el juez lo rechazó "sin tramitarlo", según dice la siguiente comunicación dirigida a la Suprema Corte de Justicia por Jovito Serrano, en nombre de sus compañeros:

Jovito Serrano, apoderado jurídico de varios vecinos de Yautepec, según lo tengo acreditado, ante Uds. respetuosamente digo:

Que el señor Juez de Distrito en Cuernavaca, pretendió resolver de plano el juicio de amparo que teníamos promovido contra actos de las autoridades judicial y política de Yautepec, rechazándolo sin tramitarlo.

Este alto tribunal tuvo a bien revocar aquella determinación y volvieron los autos al inferior, encontrándose de nuevo dichos autos en esta Suprema Corte para revisar el auto en que el señor juez negó la suspensión del acto reclamado. Mis poderdantes han sido víctimas de vejaciones, de ultrajes, de despojos, de violaciones de garantías individuales, a cada paso y por diversos capítulos: se les ha despojado de sus terrenos: se les ha despojado de sus animales: se les ha arrebatado todo elemento de vida, se hallan en completa miseria y en una

situación verdaderamente desesperante, tanto más desesperante, cuando que no encuentran hasta ahora la protección que esperaban del Juez de Distrito.

Sólo esta Suprema Corte, en su alta justificación, puede tener la mano a favor de aquellas pobres víctimas y salvarles de la situación odiosa a que les ha reducido y protegerlas contra sus poderosos enemigos.

El señor Juez de Distrito no ha suspendido el acto reclamado, porque cree que se trata de un acto negativo y bastará leer el aviso que aparece en el semanario oficial del gobierno de Morelos, cuyo periódico exhibió, para persuadirse de que procede la suspensión del acto reclamado, toda vez que la municipalidad de Yautepec procede ya a la venta de los animales pertenecientes a mis poderdantes considerándolos como bienes mostrencos.

Parece increíble que en un país civilizado, regido por instituciones netamente liberales, y por principio de justicia, se consumen actos como los que se han efectuado y que han motivado el amparo en cuestión.

Empleados de la hacienda de Atlahuayán recogieron el ganado de mis poderdantes, no de los terrenos de la hacienda, como falsamente se asegura, sino de terrenos pertenecientes a mis poderdantes y al pueblo, cometiéndose un verdadero robo, según los preceptos de la ley penal que mencioné en mi escrito de queja: la autoridad, por consiguiente, debió proceder en contra de los delinquentes, y en vez de hacerlo así, autoriza a aquellos individuos particulares a que se hagan justicia por su propia mano, sin acudir a los tribunales, no obstante que éstos están expeditos y los protegen tolerando las exacciones y, por último, se procede a la venta de los animales considerándolos como mostrencos, no obstante que pertenecen a los quejosos en este amparo.

Adviértase, en consecuencia, que se trata de hechos positivos y no simplemente negativos y que debe, por lo tanto, decretarse la suspensión, como lo solicitamos.

La raza indígena ha sido siempre la víctima de los conquistadores, de los caciques, de los hacendados y de los poderosos y sólo esta Suprema Corte de Justicia puede, con su autorizada voz, proclamar muy alto que las garantías individuales son una verdad, no tan sólo para los magnates, sino también, y principalmente, si cabe, para la desheredada raza indígena que tanto sufre con las miserias a que está reducida.

Por esto espero que el primer tribunal de la República, se servirá revocar el auto dictado por el Juez de Distrito, y hacer a éste un extrañamiento por no impartir, con la oportunidad debida, la protección legal a la que somos acreedores.

UNA LUCHA INTENSA

Y mientras que la Suprema Corte dictaba una resolución sobre la anterior petición, la lucha entre el propietario de la hacienda y los vecinos de Yautepec, fue más intensa.

El gobernador comisionó a su hermano Julio Alarcón –inspector de las fuerzas del estado– para que se estableciera en Yautepec. El inspector Alarcón, de acuerdo con su otro hermano, el administrador de Atlahuayán, inició la persecución de los vecinos quejosos. Las amenazas sobre Serrano, Zapata y otros vecinos comisionados para tramitar el caso judicialmente, llovían.

“Aquí matan hombres honrados sin juzgarlos, pretextando quiso fugarse”, dijo telegráficamente Jovito Serrano al licenciado Serralde.

Y al mismo tiempo que se amenazaba a los quejosos, el administrador de la hacienda de Atlahuayán hacía desaparecer el ganado de los vecinos del pueblo. Al efecto, diariamente comunicaba el prefecto de Yautepec la muerte de una, dos o tres cabezas de ganado. La causa de la muerte del ganado no era dada a conocer en las comunicaciones que Alarcón dirigía a la prefectura.

De esta manera, y aun cuando el licenciado Serralde ganaba varios amparos en la Suprema Corte, los vecinos de Yautepec no podían lograr la recuperación de sus reses. La situación no podía ser más tirante: es así como poco a poco se engendraba el espíritu de rebelión. La válvula de escape –la Suprema Corte de Justicia– no era suficiente para acabar con el descontento de aquellas gentes que se habían visto despojadas de sus tierras, de sus animales, de sus aguas.

Un año más continuó la lucha legal. En todo ese año, los vecinos no habían logrado más ventajas que los fallos favorables de la Corte, obtenidos por el licenciado Serralde; pero los fallos eran burlados por las autoridades de Morelos.

EL FIN DEL PLEITO

Como las reses habían ya pasado definitivamente a la hacienda de Atlahuayán; como las tierras continuaban también en poder de la misma hacienda, y como los vecinos estaban dispuestos a continuar en su actitud de exigencia, el propietario de la hacienda, Pablo Escandón, resolvióse a dar un paso de-

finitivo para evitarse nuevas dificultades. Este paso consistió en ordenar la aprehensión y la consignación al ejército de Jovito Serrano, de Sixto Manaca, de José Bueno y de José y Ambrosio Castillo.

Serrano fue aprehendido en la Ciudad de México la noche del 13 de mayo de 1905, poco después de haber tenido una conferencia con el licenciado Serralde, conduciéndosele al cuartel de San José de Gracia.

Al tener conocimiento de la aprehensión de Serrano, el licenciado Serralde pidió amparo; pero fue inútil: no hubo autoridad alguna que informara del paradero del detenido, quien fue conducido violentamente a Veracruz, embarcado para Yucatán y enviado al territorio de Quintana Roo.

El licenciado Serralde continuó pidiendo amparos, hasta semanas después, cuando tuvo informes de que Jovito Serrano había muerto en Quintana Roo. De los otros cinco individuos consignados al servicio de las armas, tampoco se volvió a tener noticias.

Solamente dos o tres vecinos de Yautepec, entre los que se encontraba Emiliano Zapata, se salvaron de ser aprehendidos, huyendo del distrito de Yautepec para residir en alguna otra parte del estado de Morelos.

Pero si en aquella lucha había vencido la hacienda de Atlahuayán, en la siguiente, que había de ser la armada, resultaron victoriosos los otros, los que con Zapata habían sentido desde 1904, la imposibilidad de triunfar contra quienes eran a la vez dueños de hacienda y de poder.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 9 de septiembre de 1934, año VIII, núm. 359, pp. 3-4.

VILLISMO

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

HABLA LA VIUDA DEL GUERRILLERO

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE VIDA DEL GENERAL

Por primera vez, la señora Rentería hace un interesante relato, exclusivo para los *Periódicos Lozano*

CAPÍTULO I

No solamente los detalles íntimos de los últimos años de vida del general Francisco Villa, sino también la historia de los años que precedieron a la aparición del notable guerrillero, me han sido referidos, para ser dados a conocer en los *Periódicos Lozano*, por doña Austreberta Rentería, viuda de Villa, actualmente residente en la Ciudad de México.

Aunque doña Austreberta, desde la muerte del general Villa, se había negado a hablar, sólo por el respeto que siente por el alto criterio independiente de los *Periódicos Lozano*, dice, y por el recuerdo cariñoso que guarda para mi

querido amigo don Regino Hernández Llergo, actual jefe de redacción de *La Opinión*, fue por lo que accedió a referirme lo que por vez primera se conocerá sobre el hombre que ha servido para fraguar vulgares leyendas y para imaginar fantásticas novelas y cintas cinematográficas.

Además, la vocecilla de un niño que, todavía en el lecho, después de haber sufrido una delicada operación pidió dulcemente: “Ande, mamacita, cuente al señor lo que le pide, para que se sepa la verdad de papacito”, hizo que doña Austreberta, como sufriendo una reacción, me dijera:

—Será usted la primera persona que conozca la verdadera historia de mi esposo.

UN TIPO INTERESANTE DE MUJER

Fue en el sanatorio del doctor Donato Moreno donde conocí a la viuda del general Villa. Hacía dos semanas que había llegado a la Ciudad de México, procedente de Parral y acompañada de sus dos hijos, Francisco e Hipólito, y no hacía más de una que vivía en el sanatorio para poder atender al mayor de sus pequeños, quien había sufrido una delicada operación. Pude llegar hasta la señora —que se negaba cortésmente a recibir visitas—, gracias a la amabilidad del general Nicolás Rodríguez.

Es doña Austreberta Rentería, viuda de Villa, un tipo interesante de mujer: alta, delgada, morena, de grandes y expresivos ojos negros, de muy finas maneras, de fácil y discreta palabra, aunque sin hacer esfuerzos por ocultar la verdad en los periodos más delicados; muy impresionable, ya que con el apoyo de su buena memoria, sabe dar a los hechos pasados toda la realidad que debieron tener.

Cuando habla del general Villa le llama “mi esposo”, o bien, “Pancho”, y el culto que por él siente ha logrado infundirlo a sus dos hijos.

JUSTICIA AL GENERAL FRANCISCO VILLA

Después de escuchar la súplica de su hijo, para que me refiriera lo que sabe, me dijo:

—Mis hijos, pero especialmente Panchito, conocen toda la vida de mi esposo; se las he contado para que desde chicos se enseñen a defender la memoria de su padre, que

ha sido objeto de tantas y tantas calumnias... Porque con el nombre de Pancho se ha abusado; se le atribuyen los actos más perversos, se le presenta como un bandolero. Lo único que se calla es lo bueno que mi esposo hizo. De eso no se habla. Por eso quiero que mis hijos conozcan todos los hechos de su vida, porque si la historia no le hace justicia, ellos, cuando sean grandes, deberán luchar para probar que su padre no fue el Villa que nos han presentado hasta ahora.

Y Panchito, al escuchar las palabras de su madre, hizo un esfuerzo por incorporarse del lecho y, mostrándome un gran retrato del general que guardaba debajo de la almohada, me preguntó:

—¿Usted cree que papacito haya sido tan malo como dicen algunos que era?

UN FUTURO ABOGADO

Tiene Panchito trece años de edad; por su gran parecido físico con el general, su madre parece tener gran predilección hacia él, por lo que al ver sus esfuerzos por continuar incorporado, doña Austreberta cariñosamente le tomó de las manos y lo acomodó con suavidad en la cama, no sin decirme antes:

—Este es Panchito, el mismo que mi esposo cargaba en los brazos, y el mismo que Pancho, cuando el señor Hernández Llergo estuvo con nosotros en Canutillo, dijo que sería licenciado... ¡Y crea usted que haré todos los sacrificios posibles para que mi hijo sea lo que su padre quería que fuera!

No acababa doña Austreberta de colocar cómodamente a su hijo, cuando entró a la habitación el hijo menor, Hipólito.

—Este es Polito, lleva el nombre de mi compadre Hipólito —me dijo la señora, señalando al niño, quien, todo encogido, apenas si se atrevía a extender el brazo para saludar, y agregó la señora:

—Nació el pobrecito cuatro días después de la muerte de Pancho.

LOS PERIODISTAS

Ya con la presencia de sus dos hijos, la señora pareció tomar mayor confianza, preguntándome, en primer lugar, por Hernández Llergo.

—¿Dice usted que el señor Hernández Llergo está en Los Ángeles? No sabe usted que grata memoria tengo siempre de ese señor, y es que siempre he estimado a las

personas que más quería mi esposo. Recuerdo que Pancho, siempre que se hablaba de periodistas, decía: “Ese amigo Hernández Llergo es un verdadero amigo; es el primer periodista que me trata como se trata a los hombres; ¡ese sí que no contó mentiras de mí!”— me dijo doña Austreberta, para luego, visiblemente conmovida reflexionar:

—¡Y vea usted que lo que contó el señor Hernández Llergo después de visitarnos en Camutillo fue, en parte, la causa de la muerte de Pancho!... No digo yo que no dijo la verdad, pero esa verdad, dicha en aquellos momentos, creo que perjudicó a Pancho... Por eso nunca he querido hablar; por eso siento cierta inquietud ante los periodistas...

FALSEDADES

La viuda del general Villa, visiblemente conmovida y ahora viéndome fijamente, prosiguió:

—¿Verdad que para una mujer de la edad que tengo, estoy muy acabada? Es que usted no sabe las penalidades que he pasado. Por una parte, sufro moralmente cada vez que veo algo en contra de mi esposo; quisiera entonces tener facilidades para decirles a quienes así escriben, que es falso y muy falso lo que cuentan de Pancho, y me desespero viendo que mis pobres hijos todavía son muy pequeños para rehabilitar la memoria de su padre.

Desde que Pancho murió he tratado de leer todo lo que de él se escribe. He leído muchos periódicos y en ellos los escritores dicen todo lo que quieren; inventan frases más o menos ingeniosas, refieren supuestos hechos. Todo esto, le repito, es para mí, un martirio moral.

Aparte, he tenido muchos sufrimientos económicos. Mi padre, como se lo contaré a usted más adelante, era un vecino acomodado de Jiménez, pero perdió todo el dinero que tenía durante la revolución, así que el pobre ha hecho grandes esfuerzos para ayudarme últimamente. Fui la hija mimada de mis padres, así es que mi juventud pasó sin conocer las penalidades de la pobreza; más tarde, siendo la esposa del general Villa y, como usted debe comprender, estuve llena de atenciones: nada faltaba en la hacienda. Pancho me leía el pensamiento; ¡me quería tanto el pobrecito!...

Más tarde, después de su muerte, he tenido que luchar para poder educar a mis hijos. Me quedaba el hotel del Parral, pero me lo quitaron para dárselo a una señora que dizque había sido la única y auténtica esposa de Pancho.

He venido a México con el fin, no solamente de que Panchito fuera operado, sino también para que los niños entren a la escuela secundaria, y estoy dispuesta a todos los sacrificios hasta no ver que los niños sean hombres formales y de bien. Para esto tendré que trabajar, pero lo haré gustosa con tal de que Panchito pueda ser licenciado, como lo quería mi esposo, y para que Polito tenga alguna otra profesión.

EL ORGULLO DE POLITO

Sonriendo con cierta amargura, la viuda del general Villa, haciendo que Polito se ponga de pie, dice:

—¿Ve usted este traje de Polito? Pues era un traje de mi esposo; se lo mandé arreglar al niño, a fin de que ande decentemente vestido.

Polito, orgulloso por vestir con un traje reformado del general Villa, extiende el brazo y luego, encogiéndose y riendo, se acerca a su hermano para decirle al oído con orgullo:

—Yo uso los trajes de papacito.

Luego, refiriéndose a la operación que le hicieron a Panchito, doña Austreberta refiere que pudo llevarse a cabo gracias a la ayuda que le proporcionaron algunos elementos que militaron a las órdenes del general Villa, pero especialmente de los villistas que forman parte de los “Camisas Doradas”.

—A pesar de que mi esposo ha sido calumniado tanto, todavía hay algunos de los hombres que militaron bajo sus órdenes, que recuerdan cariñosamente a su jefe. Muchos de ellos han venido a visitarme desde el día que llegué a esta ciudad; me han ofrecido su apoyo, y esto me hace creer que algún día habrá justicia para mi esposo.

¡Justicia! Solamente justicia pido de quienes escriben, porque Pancho no era ese tipo desnaturalizado que pintan. Que se diga la verdad, que se diga lo malo, pero también lo bueno que hizo. Yo no digo que Pancho era un santo: ¡si hubiera sido un santo no hubiera andado en la revolución! ¡Los santos se quedan en la casa! Pancho era un hombre, con los defectos, pero también con las virtudes de todos los hombres.

EL LIBRO FAVORITO DEL GENERAL

Me refirió entonces la señora, cómo, cuando era muy joven, había odiado al general Villa, a pesar de que su hermano era un admirador del guerrero,

y cómo, años más tarde, siendo ya su esposa, no solamente lo había amado entrañablemente, sino también admirado.

Un día, contó doña Austreberta, ya en Canutillo, le confesó a su esposo como le había odiado, a lo cual Villa contestó:

—*Ya ves, viejita, icómo han cambiado las cosas!*

Y desde ese día, el general quiso que su esposa conociera todos los detalles de su vida, y temiendo que doña Austreberta olvidara algunos de esos detalles, él mismo se puso a escribir sus memorias.

Todas las noches, el general Villa, cuando ya reinaba la tranquilidad en Canutillo, sentado al borde de su cama, contaba a su esposa los episodios más interesantes de su vida, y después se tendía boca abajo sobre el lecho, y haciendo un gran esfuerzo para disciplinar sus recuerdos y su inteligencia, empezaba a escribir lo que habría de dejar a la posteridad sobre su historia personal. Cuando se cansaba de escribir, tomaba una pizarra que tenía siempre a su alcance, y pedía a su esposa:

—*A ver, Betita, quiero que me dictes unas cuentas.*

—*Pero para que tiene usted tanto empeño en hacer cuentas, ¿pues qué no tiene gente capaz que se las haga?* —contestaba doña Austreberta.

—*No le hace, hijita, no faltará quien me quiera engañar* —insistía el general.

Y todavía, antes de dormir, dedicaba unos minutos a la lectura. Su lectura favorita era *El tesoro de la juventud*.

—*Muchas veces —me contó doña Austreberta— le pregunté a Pancho si entendía todo lo que leía en ese libro y aunque siempre me contestaba afirmativamente, yo le hacía preguntas a las que contestaba con gran prontitud y siempre sonriendo por la satisfacción que le causaba el comprender los adelantos que diariamente hacía.*

UNA DESCRIPCIÓN DEL GENERAL

Pedí a la señora que me dijera cómo era, físicamente, el general Villa. Doña Austreberta sonrió y aunque en los primeros instantes pareció dispuesta a negarme lo solicitado, al fin accedió, diciéndome:

—*Pancho tenía una frente alta, unos ojos grandes, café oscuro, de mirada muy penetrante, unos labios un poquito gruesos, que casi le cubrían los bigotes, que eran espesos: los bigotes eran un poco rojos. Era guapo, lo que podemos decir un norteno guapo. Era alto, grueso, y había engordado los últimos años de su vida, lo cual le*

preocupaba mucho, ya que constantemente me decía: “Betita, estoy haciéndome gordo”, a lo que yo le contestaba diciéndole que hiciera todos los días ejercicio, y como el pobre me quería tanto, ya verá usted que todos los días se ponía a correr en el patio de la hacienda. Me hacía que me sentara para que viera cómo cada día corría mejor. Pero no se conformaba con el ejercicio de la mañana, que a veces duraba una hora, sino que luego montaba a caballo y por la tarde iba a jugar al rebote.

Pero se me pasaba una cosa: Pancho era muy blanco, blanquísimo, aunque tenía la cara y las manos tostadas por el sol. Una vez me dijeron que su abuelo había sido español, lo cual le pregunté y me lo negó diciéndome que todos los de su familia habían sido mexicanos. Me dijo también que su papá, don Agustín Villa, quien había muerto hacía muchos años, era blanco, y que su madre era un poco morena.

LE GUSTABA CANTAR

—*Ya le he dicho como era físicamente, debo decirle también que era, en la intimidad del hogar, muy expresivo, muy cariñoso y muy alegre.*

Cuando estábamos a solas, le gustaba mucho cantar. Casi todos los días me cantaba una canción cuya letra le daré a usted después, que se llamaba La fiebre, y a la que yo le puse La fiebre amarilla. Aparte de esta canción, le gustaba mucho la música y la letra de Las tres pelonas. Cuando consideraba que nadie lo escuchaba, se acompañaba con la guitarra, y no lo hacía mal, porque tenía un buen oído y era muy entonado. A veces me cantaba tantas canciones, que luego me preguntaba: “¿No te has cansado de oírme, hijita?”

Doña Austreberta, hace una larga pausa, me enseña unos retratos del general y me pide:

—*¿Quiere usted que en otra ocasión le cuente la vida de Pancho?*

Después de aquella larga e interesante conversación con la viuda del general Villa, he vuelto a verle varias veces para escuchar pasajes interesantísimos de la vida del guerrillero, pasajes que en su mayoría son desconocidos.

Lo que me refirió doña Austreberta, lo relataré en los capítulos siguientes. Solamente que debo advertir a los lectores que, en lugar de mencionar en lo sucesivo las palabras de la señora Rentería viuda de Villa, he preferido hacer una narración para poder presentar con mayor claridad al hombre, en la inteligencia de que esa narración estará ajustada fielmente a los datos que me proporcionó la señora.

EL ÚLTIMO AMOR DEL GENERAL

Finalmente, y antes de que se conozca esa narración, debo presentar una excusa a la señora viuda de Villa. Ella me pidió que los datos relacionados con los amores que tuvo con el general, no fuesen dados a conocer por ahora; pero son estos datos tan interesantes, y tan interesante es conocer la vida íntima del guerrero, que muy a mi pesar tendré que faltar a los deseos de la dama.

El conocimiento de los capítulos de la vida amorosa del general Villa, servirá para el mejor conocimiento del hombre. Muchas leyendas quedarán destruidas definitivamente y el Pancho Villa violador de jovencitas, amante irresponsable, lazador de rancheras indefensas, golpeador y hasta asesino de mujeres que no sucumbían antes sus caprichos, desaparecerá para surgir el Francisco Villa mujerigo, sí, pero mujeriego como el rancharo del norte, que solamente entiende el amor, cuando montado en un brioso corcel llega a la ventana de la amada y tras de cantarle y de prometerle miles de cosas, la hace huir junto con él, para ir más tarde en busca de otra aventura en la que correrá riesgos sin nombre y sin cuenta.

Además, ¿no fue su amor por “Betita”, por “mi Betita” —como dice Hernández Llergo que la llamaba—, el último de sus amores? ¿No después de ese amor que le atormentó y le comió el corazón, durante varios años, al igual que todos los rancheros que habitan las estribaciones de la Sierra Madre, no después de ese amor, digo, fue cuando sintió ya la paz y la dulzura hogareñas?

Este último amor del general Villa no puede quedar esperando al cronista del mañana, por más que haya capítulos demasiado crudos, pero que, a pesar de ser excesivamente crudos, están ligados a la existencia del hombre que, quiéranlo o no sus enemigos —aquellos que no perdonan ni perdonarán que un hombre salido del monte haya disputado la dirección de la vida de México a otro que había pasado sus mejores años durmiendo en los muelles sillones del Senado— tuvo una actuación que llenará muchas páginas de la historia mexicana, bien como un *outlaw*, bien como un guerrador, pero más como guerrador que como *outlaw*, porque superó una y muchas veces al guerrillero de la Reforma y al facultativo del porfirismo.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 21 de abril de 1935, año XXII, núm. 68, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

LOS PRIMEROS AÑOS DEL GUERRILLERO

LA DEFENSA DEL HONOR DE UNA HERMANA PROVOCÓ SU PRIMER HECHO DE SANGRE

Al ser burlada Martina Villa por un hacendado, Francisco se remontó a la sierra jurando vengarse del seductor

Su captura y su amistad con quien después fue su famoso lugarteniente: Tomás Urbina

DESDE PEQUEÑO, FRANCISCO, BUEN HIJO, SE REVELÓ
COMO HOMBRE DE GRAN CARÁCTER

A los diez años de edad y viuda su madre, se dedicó al comercio de leña en su pueblo —Río Grande, Durango— para sostener a su familia

¿CUÁL FUE EL ORIGEN DEL NOMBRE DE DOROTEO ARANGO,
INVENTADO DURANTE EL PODERÍO CARRANCISTA?

CAPÍTULO II

En medio de la guerra civil más cruel y más injustificada que se haya registrado en la historia de México, el hombre que había llevado sus soldados a las más espléndidas victorias y que causó la envidia de un grupo de burócratas ávidos del poder, recibió un sobrenombre que, agregado a la fama de bandido que los odios políticos le habían asignado, lo hacía aparecer como el más grande de los rufianes.

Cuando la lucha por el poderío de don Venustiano Carranza, a fines de 1914, anunciaba ya la proximidad de una tragedia, Francisco Villa fue convertido en Doroteo Arango, por obra y gracia de uno de los agentes carranistas que operaban a lo largo de la frontera norte.

Cuatro años hacía entonces que Francisco Villa había caído como un rayo sobre los campos de batalla, y durante esos cuatro años, y mientras que los odios y las ambiciones no habían llegado al desenfreno, el guerrillero seguía siendo Francisco Villa: un rudo montañés que habiéndose unido a la revolución de noviembre de 1910, por sólo tener el gusto “de dar la mano a don Panchito Madero”, había llegado a convertirse en uno de los jefes más poderosos en la guerra civil.

“VILLA” Y “ARANGO”

Francisco Villa no tuvo más nombre que el de Francisco Villa al quedar dueño del estado de Chihuahua; tampoco perdió su nombre con sus victorias de Torreón y de Zacatecas.

Pero hasta Zacatecas había servido a un jefe, a Venustiano Carranza; después de Zacatecas, fue él el jefe de un grupo que, interpretando o no el sentido nacional, era de todas maneras tan respetable como el otro capitaneado por Carranza.

Convertido en jefe de grupo, Villa supo de los más procaces ataques de sus enemigos políticos. Jamás caudillo mexicano alguno ha sido objeto de tanto oprobio como lo fue el general Villa. Todavía después de su muerte y mientras que otros hombres que asesinaron a sangre fría, que asesinaron no en el momento de la guerra, sino en el instante de la paz, reciben los más altos elogios, Villa continúa siendo la víctima de las más sangrientas leyendas.

Ninguna prueba ha sido encontrada hasta ahora de que en la familia Villa hubiera existido alguna persona apellidada Arango; ni tampoco ningún Arango protegió a Francisco, como dice otra versión. Lo más probable es que lo de Arango haya sido inventado por los enemigos políticos del general, haciendo una dislocación fácil del nombre del estado de Durango. Encontrado el nuevo apellido, ningún otro nombre más a propósito para señalar a un fascinoso ignorante y cruel que el de Doroteo.

RÍO GRANDE

Los padres de Francisco Villa fueron Agustín Villa y Micaela Arámbula, ambos originarios del estado de Durango, pertenecientes a humilde y honesta familia que radicó por largos años en Río Grande, Durango, en donde el futuro guerrillero nació el 4 de octubre 1877.

Río Grande fue un pueblo agrícola de cierta importancia, hasta mediados del siglo XIX, cuando las haciendas cercanas le fueron usurpando sus tierras, hasta dejarlo convertido en una triste y ceniza aldea que daba buena cantidad de peones a los hacendados de la región, y además tenía fama como centro de galleros y de vaqueros.

Algunos de los viejos vecinos de Río Grande habían logrado conservar sus pedazos de tierra, constituyendo pequeños ranchos. Propietario de uno de estos pequeños ranchos era Agustín Villa.

Cinco hijos tenían los esposos Villa en 1884, cuando murió don Agustín. El mayor de ellos era Francisco y tenía siete años de edad; le seguían Antonio, Hipólito, Martina, Mariana.

Aunque la familia Villa vivía siempre en pobreza, a la muerte del jefe de la casa, la miseria y la desolación llegó a aquel lugar, y Pancho tuvo necesidad de dedicarse, a pesar de su corta edad, al trabajo.

LEÑADOR

Diariamente se veía a Pancho salir de su casa para dirigirse, armado de un machete, a un bosque cercano, en donde con no pocas dificultades cortaba algunos pedazos de árbol para irlos a vender al mercado de Río Grande.

Para sostener al resto de su numerosa familia, la viuda de Agustín Villa se había visto en la necesidad de trabajar para algunas familias del pueblo. Gracias al trabajo de la viuda y a los esfuerzos del pequeño Pancho, la familia podía cubrir sus más imperiosas necesidades, aunque la miseria seguía reinando en aquella humilde casa.

El empeño de Pancho para ayudar a su madre y a sus hermanos atrajo sobre él la mirada y el apoyo de un comerciante de Río Grande, don José Valenzuela, quien habiendo llamado un día al pequeño, le hizo saber que estaba dispuesto a ayudarlo a fin de que llegara a ser un hombre de bien.

Pancho se había desarrollado, a pesar de lo duro de su trabajo, espléndidamente. A los once o doce años era un verdadero mocetón, que podía cargar una buena carga de leña sobre la espalda. Fue entonces, gracias a la ayuda del señor Valenzuela, que el mayor de los Villa pudo comprar un burro, que le fue de gran utilidad en sus tareas. Gracias a la bestia de carga, la familia Villa sintió un grande alivio en sus necesidades económicas. Pancho pudo hacer más largos viajes para lograr una mejor calidad de leña; además, las cargas eran mayores y el pequeño puesto que tenía en el mercado del pueblo y que a veces atendía su madre y otras su hermano Antonio, fue ampliado.

PROGRESOS

Los primeros beneficios obtenidos por Pancho gracias a la ayuda de don José Valenzuela, se tradujeron en “tendidos” para su familia. Desde que había muerto don Agustín y la viuda se había visto precisada a vender el pedazo de tierra que poseía su esposo, así como el humilde mobiliario de su casa; la señora y sus cinco hijos tenía que dormir sobre el suelo desafiando al frío y a las alimañas.

Así, cuando Pancho logró aumentar sus ganancias, su primera disposición fue la de comprar “tendidos” para ver a su madre y a sus hermanos dormir sobre sencillas camas y cubrirse, ya no con pedazos de manta, sino con buenos sarapes.

Era Pancho la adoración de su madre y para sus cuatro hermanos, el jefe de la casa. Tal fue el respeto que desde su corta edad infundió a sus hermanos, que en los días que se convirtió en el poderoso hacendado de Canutillo, sus hermanas le saludaban siempre besándole la mano.

La fama de Pancho en Río Grande era la de un muchacho honrado y trabajador. Además, se decía que tenía una viveza muy especial, y aunque de un carácter un tanto pendenciero, se abstenía de obrar a sus anchas, para no perjudicar su pequeño comercio y causar nuevos males a su familia, ya que bastante había sufrido desde la muerte de don Agustín.

Por otra parte, el señor Valenzuela ejercía sobre él una gran influencia. El rico comerciante le había tomado gran cariño, máxime que veía cómo aquel muchacho, sin faltar jamás a sus deberes, continuaba progresando.

NUEVO PROGRESO

Para Pancho era un orgullo ser el sostén de su madre y de sus hermanos, a quienes después de dar el “tendido”, se dispuso a “trajearlos”.

Muchos años más tarde, cuando hablaba de los días más gratos de su vida, Villa recordaba aquel en que había podido trajear a sus hermanos y hacerlos salir de la miseria en que habían vivido desde la muerte de su padre.

Después de haber pagado al señor Valenzuela el dinero que le había facilitado para comprar el burro, Pancho pudo adquirir otras bestias. Empezaba a ser comerciante formal; ya no solamente vendía la leña en Río Grande, sino que tenía repartos en los pueblos y haciendas de la región, y a veces se ausentaba de su pueblo natal por varios días para poder cumplir con sus compromisos comerciales y sabiendo que su puesto en la plaza lo desempeñaban sus hermanos Antonio e Hipólito.

Durante esas correrías comerciales por los pueblos de la región, Pancho conoció a un hombre que 20 años después habría de ser uno de sus brazos fuertes en la guerra: Tomás Urbina, joven dedicado a la arriería y que, como él, desde muy temprana edad se había dedicado al trabajo para poder ayudar a su pobre madre.

Urbina era muy conocido en la región, y de él se hablaban ciertas cosas nada buenas; pero su carácter ambicioso y agresivo encontró seguramente en Pancho un buen amigo, y así se les veía entrar y salir siempre juntos a Río Grande.

UNA MALA NOTICIA

Por el año de 1897, una vez que regresó a su pueblo después de haber estado ausente varios días entregado a su comercio, Pancho recibió de su madre una mala noticia. Supo Villa que su hermana Martina tenía relaciones amorosas con un hacendado de las cercanías de Río Grande. Martina tenía entonces 15 años y el mismo Pancho le llamaba la “monita” de la casa. Era en verdad, Martina, una guapa ranchera, muy desarrollada.

El disgusto que los amoríos de Martina con el hacendado causó a Pancho fue enorme. Muy seriamente reconvino a su hermana, tratando de hacerle comprender que aquel rico hacendado no la quería “para nada bueno”; que no era posible que un hombre de la posición del hacendado se fijase en una muchacha pobre para hacer de ella su esposa; que de continuar esos amores, Martinita daría un mal rato a su madre y a sus hermanos. Al mismo tiempo, Pancho encargó a Antonio y a Hipólito que vigilaran muy de cerca los pasos de su hermana; que hicieran todo lo posible para que, durante la ausencia de él, la joven no estuviera al alcance del hacendado, previendo ya una tragedia en su hogar.

Gracias a la actitud resuelta de Pancho y a los juramentos que había hecho antes sus hermanos y amigos de que castigaría duramente al hacendado en caso de que burlara a su hermana, durante varios meses el enamorado galán se abstuvo de cortejar a Martina.

LO PREVISTO

Cuando después de algún viaje comercial, regresaba Villa a Río Grande, lo primero que investigaba era si el hacendado había insistido o no en sus pretensiones, y al saber que su hermana parecía haber sido ya olvidada, se tranquilizaba.

Sin embargo, en alguna ocasión no faltó quien le advirtiera que las citas entre su hermana y el hacendado continuaban, burlando la vigilancia que Hipólito y Antonio tenían establecida y a pesar de los cuidados de doña Micaela. Tanto disgustó a Pancho esta noticia, que marchó en busca del galán, a quien hizo saber que de seguir en su empeño de burlar a Martina, lo castigaría sin piedad.

Las amenazas de Pancho y los cuidados de la familia no fueron suficientes para evitar que un día Martina desapareciera de su hogar. Villa no estaba entonces en su pueblo, pero al llegar y conocer la noticia, partió violento en busca del raptor. A nadie avisó lo que iba a hacer y sólo se le vio partir para no volver en muchos años a su pueblo natal, y emprender después una vida de inquietud que, según la leyenda, fue aprovechada para dedicarse al bandolerismo.

EL OUTLAW

A los veinte años, Francisco Villa era ya un hombre hecho y derecho. Hacía trece que había asumido el carácter de jefe de su familia y esto, aunado a su gran carácter, a su desmedido valor, a su vigorosa constitución física y al desconocimiento de otro sentido de justicia que no fuese el de su propia mano, le había curtido ya un corazón de temerario.

Al salir de Río Grande para convertirse en un perseguido por la justicia, en un *outlaw*, Villa tenía la seguridad de que el pan ya no volvería a faltar en su casa; que Antonio e Hipólito eran hombrecitos capaces de sustituirlo; de que su pequeño comercio estaba encarrilado y seguiría siendo el sostén para su madre y sus hermanos.

No le interesaba, pues, lo que quedaba atrás; lo que le importaba era el ejercicio de la venganza; la venganza del primitivo, pero no podía entender otra clase de venganza quien había quedado en la orfandad a los siete años y para quien a tan corta edad había tenido que enfrentarse a los duros problemas de la vida diaria.

EL ENCUENTRO

Para un hombre que, como Villa, había recorrido todos los caminos y veredas de la región durante largos años, el raptor de su hermana no podía escapar, aunque hubiese elegido el mejor de los escondites. Pancho había aprendido a bajar y a subir la sierra, y el enemigo no podía escapar de sus manos. Así, lo encontró bien pronto, pero al descubrirlo, ya Martina no estaba a su lado. Sus sospechas —las sospechas del bruto montañés que veía en aquel hombre rico a

un futuro sátiro— se había confirmado. Tras de burlar a Martina, el hacendado la había despachado de vuelta al lado de su madre, a Río Grande. Aquel hombre nunca había tenido intenciones de hacer de aquella guapa rancherita una esposa. La pobre de Martina tendría que llorar muy amargamente su debilidad, su deshonra.

Al encontrar al hombre que había burlado a su hermana, Pancho no supo de otra cosa que matarlo. ¿De qué otra manera podía borrar la afrenta un hombre que había crecido como Villa?

El hacendado resultó gravemente herido. La forma como lo hirió Villa no fue contada jamás por el futuro general. Solamente el expediente del juicio que se abrió con motivo de este caso, podrá decirlo; todavía se encuentra esperando las manos del primer investigador en el archivo judicial de la ciudad de Durango.

Después de haber visto caer al hombre que había deshonrado a su hermana, Pancho Villa se convirtió en un fugitivo de la justicia. En dónde se ocultaba, nadie, a excepción de Tomás Urbina, lo sabía. Urbina era quien le llevaba el poco dinero que le enviaba doña Micaela; era también quien le tenía al corriente de todos los pasos que daban las autoridades para descubrir su paradero. Fue también quien le hizo saber que el hacendado no había muerto a pesar de haber quedado muy mal herido.

GESTIONES EN SU FAVOR

En esos días o semanas que siguieron a la agresión, Villa no tuvo más actividades que las de ir de un lugar a otro, con la esperanza de que las autoridades le hicieran justicia; creía que le harían justicia al saber que si había herido al hacendado había sido por lavar la deshonra de su hermana.

Confiaba, además, en la ayuda de su viejo protector, don José Valenzuela. En efecto, el señor Valenzuela al saber lo que había sucedido, abonó la conducta de Pancho; hizo saber a las autoridades cómo el joven había obrado impulsado por la defensa de la honradez de su hogar. Hizo que la madre de Villa hiciera un viaje a Durango para hablar con el gobernador y con el juez que tenía a su cargo el caso, para explicar la conducta de su hijo.

Se dijo por ese entonces que Villa capitaneaba una gavilla de bandoleros que se dedicaban al abigeato, que era tan común y corriente en los pueblos y

haciendas de la sierra. Era inútil que doña Micaela asegurase que su hijo era ajeno a esas actividades y que solamente se había remontado para escapar de la persecución de que era objeto.

DECIDIDO A EMIGRAR

Estas noticias que le llevaba Urbina, y que le hacían comprender que no alcanzaría la justicia que él esperaba, hicieron que Pancho perdiera poco a poco la esperanza de evadir para siempre la persecución. Se resolvió, entonces, a salir del estado de Durango y marchar a algunos de los estados limítrofes en donde no era conocido y podría dedicarse al comercio.

Pero antes de salir de Durango; antes de huir bien lejos de su pueblo natal, antes de abandonar, quizás por muchos años, a su madre y a sus hermanos, quiso despedirse de ellos y se propuso entrar una noche a Río Grande, pero Urbina lo disuadió, diciéndole que aquella aventura era extremadamente peligrosa y le podía costar la cárcel por muchos años.

Aquel hombre que desde su tierna infancia se había acostumbrado a la libertad; que amaba las montañas, no podía convenir en tener que pasar años enteros tras de las rejas de la cárcel. Convino en que no iría a Río Grande; pero sí a un pueblo cercano en donde podría pasar por un desconocido y a donde podría ir su madre para darle un abrazo de despedida.

Avisó a doña Micaela en donde se podrían reunir, y creyendo fácilmente escapar a la persecución y ponerse a salvo de las autoridades de Durango, fue a un pueblo de las cercanías de Río Grande.

LA CAPTURA

No recordaba Villa que después de tantos años de comerciar por la región, no había lugar en donde no lo conociesen. Ignoraba también que las autoridades judiciales de Durango habían enviado exhortos a todos los pueblos de la región. No imaginaba que el raptor de su hermana hacía cuantos esfuerzos podía para ayudar a las autoridades a la captura de su herido.

Llegó confiado al pueblo, esperando que ese mismo día podría ver a su madre y decirle con cuánta pena la abandonaba. En el pueblo encontró ami-

gos, quienes ya sabían de su situación, y antes de poder evitar que el vecindario se diera cuenta de su presencia, ya que las autoridades le buscaban para dar enseguida con él.

Aquellas autoridades que habían sido advertidas que se encontrarían con un peligroso criminal le ataron de pies y manos, y sin darle tiempo a que esperara la llegada de doña Micaela, lo enviaron debidamente escoltado a la ciudad de Durango.

Villa llegó a la capital del estado con la fama de un bandido. Ya no solamente se le juzgaría como agresor y heridor del hacendado que había deshonrado a Martina, sino también como el jefe de una partida de abigeos.

Probó así Pancho, por vez primera en su vida, lo que es la prisión, e inconforme y desesperado, se dispuso desde luego a fugarse. Un hombre de su temple no había de perder así, tan fácilmente, su libertad, y menos cuando tenía la conciencia de que había obrado en defensa del nombre y honra de su hermana.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 28 de abril de 1935, año xxii, núm. 75, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

SU PRIMERA EVASIÓN DE UNA CÁRCEL

HÁBILMENTE CONQUISTÓ A UNA ANCIANA

La viejecita, que vendía mercaderías a los presos, protegió la fuga del hombre que ya empezaba a destacarse

EL PRINCIPIO DE SU VIDA AVENTURERA

Fugitivo de la justicia de su pueblo, se internó en Chihuahua, y fue ladrillero, primero, y minero en Parral

CAPÍTULO III

Desde que fue internado en la cárcel de la ciudad de Durango, Francisco Villa perdió la comunicación con su familia. No sabía leer ni escribir, ni conocía medio alguno para hacer llegar noticias a su madre y hermanos.

Sin embargo, en una ocasión al rendir declaraciones ante el juzgado de Durango, supo que don José Valenzuela, su protector, continuaba interesándose por su situación; pero nada más. Ceñido siempre, mal dispuesto con las autoridades judiciales y de la prisión, ya no pensaba en otra cosa que en su fuga. Pero, ¿cómo huir de la prisión, cuando ésta se encontraba tan bien custodiada y cuando no tenía dinero para lograr un auxilio exterior?

Varios meses habían transcurrido. Un día supo que el juez tenía ya lista la sentencia; que probablemente tendría que pasar quince o veinte años tras de las rejas, y esto lo exasperó.

Silencioso, observaba a sus compañeros de prisión, tratando de encontrar a alguno que tuviera su audacia para preparar la fuga. Había comprendido que él solo sería incapaz de escalar los muros o de horadar las paredes, o de aserrar las rejas, o de lanzarse sobre los guardianes para ganar la calle; pero parece que nadie le inspiró la confianza suficiente para comunicarle sus planes. Mas no por ello desmayó: aquel muchacho que había nacido y crecido en la libertad de las montañas, sufría el más grande de sus martirios encerrado entre cuatro paredes.

UNA AMIGA

Varios meses habían pasado y solamente había logrado la amistad de una viejecita. Ésta se había fijado en aquel joven huraño y corpulento, que más merecía andar por las montañas que pasar su vida tras de las rejas de una prisión.

La viejecita se dio cuenta de que aquel joven preso no tenía quién viera por él. No había quién le llevara un bocado; no había quién le lavara la ropa; no había quién le llevara un testimonio de afecto. Trató de acercarse a Pancho, pero éste, en un principio, la recibió fríamente. Él lo que pensaba era escapar de aquel infierno, ¿para qué le podía servir aquella viejecita?

La anciana, a pesar del mal modo como era recibida por Pancho, insistió en serle útil. El mozo aceptó al fin el “bocadito” ofrecido por la viejecita; otro día permitió que su ropa le fuera lavada y planchada. Así, a la vuelta de algunas semanas, entre el presidiario y la desconocida se había iniciado una franca amistad.

Pancho se atrevió a contarle su desventura. La anciana, por su parte, le hizo saber que le inspiraba tal compasión, que quería que la considerara

como su madre adoptiva. Madre adoptiva ¿para qué? Si lo que Pancho quería era encontrar un compañero garrudo, resuelto, valiente, capaz de desafiar en descomunal lucha a los guardianes de la prisión. Lo demás le era inútil, y al romper su silencio frente a la anciana, lo había hecho recordando que tenía también una anciana madre a la que tanta falta estaría haciendo.

UNA “CLAVE”

La viejecita desde hacía años que había logrado la gracia de los carceleros de entrar y salir de la prisión libremente para lavar la ropa y preparar algunos “bocaditos” a los presos, con lo cual cubría sus más imperiosas necesidades.

En una ocasión, la anciana hizo saber a Pancho la gracia de que gozaba y al mismo tiempo le participó que vivía enfrente de la cárcel. La revelación iluminó el pensamiento de Villa.

Desde ese momento no pensó más que aprovechar a la viejecita para la fuga. Pero, ¿no lo delataría la anciana? Villa no era hombre que se detenía ante grandes preocupaciones. Cuando niño todavía, al saber que su madre había quedado en la miseria, tomó una firme resolución: la de salir en busca de trabajo. Ningún obstáculo capaz de detenerle había encontrado en el camino de su vida. Si había resuelto fugarse de la prisión, no debería medir las consecuencias de su secreto y de sus deseos, y cuando hubo tomado más confianza con la anciana le dio a conocer sus proyectos.

LA FUGA

Los temores que había tenido en un principio, se convirtieron pronto en una nueva esperanza: en la anciana encontró una aliada, ya que desde luego aceptó ser quien le condujera hasta la calle, garantizándole que saldría todo bien.

Villa conoció entonces de todos los pasos de la viejecita. Supo cómo entraba y salía a la cárcel; conoció los manejos de los guardianes de la prisión; fue advertido por su aliada de la mejor forma de engañar a los vigilantes y así, poco a poco, fue preparándose la fuga.

Para consumir su propósito, Pancho se hizo más comunicativo tanto con los compañeros de prisión como con los vigilantes y el alcaide. Hizo saber

a éste su resignación y hasta le pidió que le ayudara a hacer menos pesada su estancia en la prisión. De esta manera, hubo más libertades, pudo recorrer la prisión a sus anchas e interiorizarse del movimiento de entradas y salidas, y cuando se sintió suficientemente fuerte para realizar su arriesgada empresa, se lo comunicó a la anciana.

Unos cuantos pesos que le envió su madre sirvieron para que la aventura se llevara a cabo con todo éxito. Hizo que la anciana, con el dinero que había recibido, le comprara un vestido parecido al de los peones que trabajaban en la cárcel haciendo algunas reparaciones, y ya disfrazado así, un buen día, cuando los trabajadores salían por la tarde, después de terminar sus faenas del día, se mezcló entre éstos y sin que nadie lo notara sintió el aire de la libertad.

EL PELIGRO

Rápidamente, Pancho cruzó la calle y entró en la casa de la anciana que le esperaba en la puerta, tranquila, serena, y entregada a remendar viejos vestidos de los presos. En ese mismo momento, en el interior de la cárcel, los vigilantes hacían el recuento de los prisioneros, notando en el acto la ausencia de Villa. La voz de alarma fue dada y numerosos gendarmes y vigilantes salieron a la calle en busca del fugitivo.

La anciana, temiendo que su casa fuese cateada, hizo que Pancho se escondiera debajo de un lavadero, cubriéndole el cuerpo con ropa sucia. No se engañó la viejecita, ya que minutos después, los vigilantes de la prisión, desesperados y ansiosos de encontrar al fugitivo, entraron a la casa. Pancho permaneció inmóvil en su escondite hasta que pasó el peligro, ya caída la noche, salió tranquilamente a la calle, expresando sus agradecimientos a su cómplice y abandonó violentamente la ciudad de Durango.

Nuevamente era libre; sus montañas lo esperaban. Ahora, con la experiencia adquirida, sería muy difícil que le volvieran a aprehender. Estaba dispuesto a caminar día y noche por los vericuetos que él sólo conocía, hasta salir de los límites del estado. En la región lagunera o en la región minera del Parral, nadie le conocería; sería un hombre llegado de lejanas tierras en busca de trabajo.

Lo único que le atormentaba era no poder ir a Río Grande a despedirse de su madre y de sus hermanos; pero se contentó con llegar hasta la goteros de su

pueblo natal, ver los primeros jacales y prometerse que algún día que la justicia no fuese solamente de los ricos, volvería a su hogar para seguir entregado al trabajo, que tan buenos frutos le había dado.

CON TOMÁS URBINA

A pie, siguió caminando. Ahora se dirigía a Villa de Ocampo, en donde sabía que no sería conocido fácilmente y en donde podría ver a su amigo Tomás Urbina, a quien le daría a conocer sus proyectos de salir del estado de Durango, para que se les comunicara en alguna ocasión a su familia.

En Villa de Ocampo pudo ver a Urbina, quien le facilitó los medios económicos para que pudiera continuar el viaje, resolviéndose entonces Pancho a seguir hacia Parral, en donde tenía la seguridad de obtener trabajo en las minas; su corpulencia no sería despreciada por los patrones para el rudo trabajo en los socavones.

Y mientras que Pancho continuaba su viaje a Parral, las autoridades expedían exhortos a todos los pueblos duranguenses pidiendo la captura del fugitivo; pero éste, gracias a la ayuda de Urbina, había podido llegar sano y salvo al mineral.

LADRILLERO

Apenas en Parral, trató de conseguir trabajo en la Mina Prieta, pero no había lugar para él. Todas las plazas estaban cubiertas y ni su fuerza muscular sirvió para convencer a los capataces de que sería un buen minero. Pero dispuesto a trabajar en lo primero que se presentara, encontró acomodo con Ismael Rodríguez. Don Ismael era el propietario de una pequeña fábrica de ladrillos y Pancho fue encargado de batir el lodo.

Era el joven muy trabajador y el patrón se sentía orgulloso del nuevo ladrillero que no parecía fatigarse a pesar de lo rudo de la faena. Ganaba una miseria, pero lo suficiente para cubrir sus necesidades. Mas lo que importaba a Villa no era el salario, sino su libertad. Lejos de Durango, fuera del alcance de las autoridades duranguenses, podía dedicarse al trabajo con toda tranquilidad, esperando días mejores.

Durante su estancia en Parral, Villa se abstuvo de tener comunicación con sus familiares, temiendo que sus perseguidores pudieran caerle en donde había encontrado trabajo y libertad.

Trabajó Pancho empeñosamente uno o dos años en la fabricación de ladrillos, hasta que pudo conseguir colocación en Mina Prieta, convirtiéndose así en minero, y en un buen minero, ya que su constitución física le ayudaba para soportar las más grandes fatigas.

ÉPOCA OSCURA

En los primeros meses de 1900, y después de haber hecho cortos ahorros, desapareció de Parral. Quería dedicarse al comercio y algunos amigos le habían propuesto algunas correrías por el norte de Chihuahua. Esta es la época que aparece oscura en la vida del futuro guerrero. No ha faltado quien asegure que se dedicó por entonces a introducir contrabando de los Estados Unidos a México y viceversa; otros afirman que se dedicó al abigeato; los terceros dicen que anduvo al frente de una cuadrilla de salteadores. Esto último es lo menos probable, no porque un hombre audaz, resuelto y sin grandes escrúpulos morales de juventud no haya sido capaz de ello, sino porque una banda de tal naturaleza en el estado de Chihuahua, que era de lo más vigilado en ese entonces, no habría podido existir, máxime gozando de la impunidad que se ha atribuido a la banda que se ha dicho capitaneaba Villa.

De la aventurera vida que Pancho Villa pudo tener en esa época de su vida, se ha querido hacer un reflejo de su existencia posterior, de su vida de guerrillero. No se concibe que un hombre que tan admirablemente sabía manejar sus caballerías; que conocía palmo a palmo todo el estado de Chihuahua; que sabía perderse a los perseguidores más enérgicos; no hubiese, antes de la revolución, trajinado por las montañas y las llanuras al frente de alguna partida de desalmados.

Sin embargo, se olvida que Villa, desde los años de su infancia, había vivido en las montañas. La necesidad lo había hecho desafiar todos los rigores de la naturaleza; que sus mismas condiciones de vida lo habían ido formando como un hombre de gran energía, de desmedido valor, y lo habían labrado en el sufrimiento. Se olvida también que Río Grande era el sitio de reunión de los mejores vaqueros y caballistas de la sierra. Las peleas de gallos en Río

Grande eran famosas, como famosos eran también los jaripeos. Hasta fines del siglo pasado se dijo del pueblo natal de Villa que era el pueblo de los galleros. Como que hacendados y mineros, comerciantes y peones, tahúres y rancheros de casi todo el estado de Durango acudían cada año a Río Grande para participar en célebres tapadas de gallos.

Lo más probable es que en este periodo oscuro de la vida de Villa, éste se hubiera dedicado al abigeato. ¿Por qué no? En ese entonces era uno de los más productivos negocios para los individuos que, como Pancho Villa, desbordantes de energías y de salud, de audacia y ambición, encontraban todas las puertas cerradas, ya que esas puertas, solamente se abrían para los más allegados al poder.

COMERCIANTE EN CARNES

Después de algunos años de oscuridad, por no querer afirmar que de correrías fuera de la ley, Villa aparece en los Estados Unidos. Se dice que entonces tenía dinero; pero seguramente no encontró campo en territorio norteamericano para dedicarse a lo que tanto ambicionaba: al comercio, y regresó a México.

Fue entonces comerciante en carnes. Recorría el estado de un extremo a otro vendiendo carnes secas. Con este motivo logró la amistad de muchos individuos dedicados al mismo negocio y que más tarde serían sus primeros compañeros en el campo de batalla.

El negocio fue productivo, ya que dejó de viajar para establecerse en la ciudad de Chihuahua, en donde tenía injerencia en la matanza. Era matancero cuando se inició la propaganda del antirreeleccionismo, y fue de los primeros que se presentaron a don Abraham González para ofrecerle sus servicios.

No era de los caracterizados antirreeleccionistas; pero sí era de los más fieles a la nueva causa; no serviría para hacer discursos de propaganda; pero sí sería un gran elemento en los campos de batalla. Había nacido para la guerra y esperaba la guerra.

Cuando don Abraham le comunicó que había llegado el momento de la lucha armada, salió de la ciudad de Chihuahua para ir en busca de los amigos que tenía la seguridad de que le acompañarían en la aventura. Dispuso del poco dinero con que contaba y se marchó a un punto cercano a la frontera. Fue de quienes no pidieron fondos para comprar armas ni municiones.

Decía a sus amigos que lo que más le había entusiasmado para lanzarse a la revuelta eran los grandes deseos que tenía “de estrechar la mano a don Panchito Madero”. Llamaba “Panchito” al señor Madero desde esos días, y así le habría de llamar durante el resto de su vida. Era Villa, sin duda alguna, uno de los tantos insurrectos que no sabían a ciencia cierta qué era lo que deseaba Madero. Era Pancho uno de los muchos que sentían la necesidad de hacer cambiar el estado de cosas reinantes en el país; era también de los que sentían el atractivo de la aventura: las correrías por las montañas y los pueblos no podían menos que atraer a muchos de estos rancheros que en alguna forma sentían una opresión sin poderse explicar en dónde estaba ésta.

Además, un tipo volcánico como Villa necesitaba hacer erupción, y nada más oportuno que una revuelta, por lo que se lanzó a ella, sin medir las consecuencias, como también sin más ambición que la de verse al frente de un grupo de hombres disputándose el paso hacia las ciudades con un grupo de federales.

EL HOMBRE Y EL MILITAR

Ha llegado la vida de Francisco Villa a la iniciación de sus campañas militares. Surgen dos aspectos en el nuevo Villa: el del hombre y el del militar. En cuanto al hombre, sigue siendo el mismo; por lo que hace al militar es una revelación. En unos cuantos meses se convirtió en un gran conductor de soldados, supera entonces a todos los guerreros de la historia mexicana. Solamente el general Antonio López de Santa Anna pudo influenciar de tal manera a sus soldados que, a pesar de sus derrotas y de sus fracasos políticos, hasta los últimos días de su poder pudo hacerse seguir. De Santa Anna se habla muy mal, pero apenas se presentaba ante sus soldados, ceñudo y fuerte y seguido de su oropelesca oficialidad, reconquistaba la fe de sus hombres, haciéndose vitorear hasta el delirio y hasta hacer que los generales que más le odiaban se inclinaban, reverentes, ante él.

Pero si por lo que respecta a su historia militar, Francisco Villa alcanzó deslumbradores progresos; si pudo obtener las victorias de Torreón, de Zacatecas, de la Cuesta de Sayula, y si logró organizar ese poderoso ejército que llevó a León y que jamás se había visto en México, en cuanto al hombre, continuó siendo el mismo: el Pancho Villa primitivo; el Pancho Villa mísero

y huérfano que desde los siete años tuvo que luchar contra todos los infortunios: el Pancho Villa que entendía que para hacer justicia a su hermana deshonrada había que matar sin piedad; el Pancho Villa que no podía vivir sometido a un régimen carcelario y que, desafiando a sus poderosos enemigos, se vale de una anciana para fugarse; el Pancho Villa que más tarde vivirá las duras faenas del peón para después encontrar una nueva senda en el comercio y en el que elige el oficio de matancero, para el cual no había necesidad de saber leer ni escribir y sí conocer la calidad de las carnes de las reses.

En esta ligera narración, para la cual han sido aprovechados datos inéditos, dejaremos al general Francisco Villa para seguir a Pancho Villa, al hombre, al originario de un pueblo de vaqueros y de galleros, y para conocer algunos de los rasgos de su vida de amor.

(Continuará el próximo número)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 5 de mayo de 1935, año XXII, núm. 82, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

EL RAPTO DE AUSTREBERTA RENTERÍA

DE CÓMO OBTUVO EL GRAL. VILLA

“Mi general, aquí le tengo este precioso regalito”, dijo a Villa
Gudelio Uribe, autor del rapto de la chica

CAPÍTULO IV

Físicamente, Francisco Villa no podía ser un varón despreciado por las mujeres. De espaldas vigorosas, de ojos grandes, de mirada penetrante y con una sonrisa en los labios un poco sarcástica, de un bigotillo apenas visible y de frente espaciosa –sin los surcos que se le han de ver más tarde durante sus grandes campañas militares–: es así como se le ve en un retrato tomado en Chihuahua, probablemente por los años de 1906 o 1907.

Desde su juventud debió haber sido mujeriego, pero sus amores deben haber sido fugaces; ningún recuerdo dejó de ellos para la posteridad y sólo la fama dice que era un continuo perseguidor de mujeres, aunque sin el donjuanismo que algunos de sus biógrafos le quieren atribuir. Era Villa, antes de entrar a la revolución –y lo fue también durante la revolución–, rudo en sus amores. Tenía que seguir las costumbres y la tradición de los norteños que, después de muchos quebraderos de cabeza, después de haber saciado muchos apetitos, llegan a la edad madura satisfechos de haber sacudido para entregarse entonces a la paz hogareña; para convertirse en maridos amantes y en padres celosos.

La historia de los amores de Villa empieza con la revolución. Jefe de un grupo, con fama ya de temible y valeroso, y cuando acababa de cumplir los 33 años de edad, quiere celebrar el primer triunfo de su guerrilla con una victoria amorosa.

EN SAN ANDRÉS

No le sería difícil a Pancho Villa encontrar quien le amara; y quien le amara al “golpe de vista”, como se dice que a los norteños les gusta ser amados, ya que, aparte de la fama que había conquistado en unas cuantas semanas de correrías guerreras, se unía su arrogancia, su porvenir.

Así, cuando al frente de sus hombres entró a San Andrés, Chihuahua, entre las mujeres que, al igual que los hombres, recibían jubilosamente a los rebeldes, se destacó una muchacha que no era bella, pero que tenía el atractivo de sus pocos años de edad; que pertenecía a una humilde familia pero que, sobre todo, había conquistado al jefe de la partida “de un vistazo”. Esta mujer era Luz Corral.

Si tras de un triunfo militar, el soldado obtiene un éxito amoroso, puede decir que ha logrado uno de los más grandes propósitos de su vida. Pancho sintió agigantarse ante el encuentro de la mujer, y desde luego la llevó ante el altar.

Por algunos años, la pasión por Luz Corral dominó al corazón de Villa. Pudo haber tenido Pancho otras aventuras de más o menos importancia, pero ninguna de ellas dejó huella.

LOS RAPTOS

Desde que entró a territorio mexicano, poco después de la muerte del presidente Madero, hasta los grandes triunfos de 1914, Villa estuvo entregado a la guerra. Después del rompimiento con Carranza, empiezan sus más famosos amores; los amores de la leyenda y los amores de la realidad. Los obtenidos por la adulación de sus subalternos; los logrados por su poder y aquellos en que no intervinieron ni adulación, ni poder, ni dinero.

En los días que fueron del poderío villista, el guerrero encontraba mujeres a cada paso; unas que se le rendían, otras que eran rendidas. Para lograr estas últimas, Pancho contaba con el auxilio de algunos de sus subalternos, quienes no se detenían ante ningún obstáculo, creyendo así halagar a su jefe. Muchos de esos raptos cometidos en Torreón, en Parral, en Chihuahua y en Durango, no fueron llevados a cabo por Villa personalmente. Eran sus lugartenientes que así creían encontrar mayores gracias cerca del general en jefe y, sobre todo, que así consideraban gozar de la impunidad de que gozaban en algunos de sus actos de bandolerismo.

De esos amores de fines de 1914, de 1915 y de principios de 1916, Pancho Villa dejó varios hijos. Las amantes se habían de conformar después –si es que no se habían entregado con la idea de obtener una buena ganancia económica– con algunos miles de pesos, aunque algunas, como en el caso de una guapa mujer de Parral, había de exigir una indemnización de 50 000 pesos.

En estos amores –logrados los más, es de repetirse, gracias a sus lugartenientes falsos de escrúpulos–, Villa no tuvo en cuenta ni la edad, ni la hermosura, ni la clase de mujer. Parecía como si los mismos desenfrenos de la guerra lo hubieran lanzado a los más terribles desenfrenos sexuales.

JUANA TORRES

De todas estas mujeres, ninguna ejerció sobre él influencia alguna, hasta encontrar a Juana Torres en Torreón. Juana Torres llamó poderosamente la atención de Pancho; fue su segundo amor, después de Luz Corral. Era una mujer de vivísima inteligencia, insinuante, caprichosa; supo explotar sus cualidades y sus defectos frente a Villa, quien así como se había rendido en 1911 ante Luz, así se rindió también ante ella.

El deseo de Villa era llevar a Juana Torres a la guerra; hacerla su compañera de aventuras, considerarla como su inspiración guerrera. Pero Juana puso una condición: el matrimonio. El hombre se rindió y la llevó formalmente ante el juez civil; ante la ley fue su verdadera mujer.

Sin embargo, Pancho Villa no podía olvidar a su primer amor formal, a Luz Corral. Había tenido numerosas quejas de ésta; no faltaron personas que le dijeran –con razón o sin ella– que en Chihuahua hacía mal uso del nombre del general Villa.

Villa le corría los más fuertes desdenes a su primera esposa, pero seguramente la debió haber querido lo bastante para perdonarle y seguirla protegiendo, ya que a pesar de su matrimonio civil con Juana Torres, cuando Luz quiso pasar a los Estados Unidos como esposa legítima de Francisco Villa y al encontrar tropiezos con las autoridades norteamericanas de migración en El Paso, que se negaban a permitirle la entrada al país vecino por no estar casada civilmente, Pancho corrió a su lado y, olvidando a Juana, se casó también con ella por la ley del estado.

Ante esto, Juana Torres se sintió tan hondamente herida y traicionada que salió de Torreón rumbo a Guadalajara, para no volver a ver más al hombre que seguramente llegó a amar. Desesperado al saber la fuga de Juana, Villa la hizo buscar en Guadalajara, aunque inútilmente. Poco después, triste, abatida, desesperada, Juana Torres murió.

Muerta una de sus esposas en Guadalajara, ausente la otra en los Estados Unidos, Villa tuvo relaciones con numerosas mujeres, la mayor parte de ellas obtenidas por medio de algunos de sus subalternos, como se ha dicho. De estos amores quedó buena prole, que el guerrero reconoció hasta los últimos días de su vida.

AUSTREBERTA RENTERÍA

Entre las mujeres que sus subalternos le habían de “obsequiar” estaba una simpática y atractiva muchacha, hija de una honorable familia de Jiménez: Austreberta Rentería.

Austreberta era la hija mimada de don Federico Rentería y de doña Austreberta Ortega de Rentería. Don Federico, hombre de posibilidades, ponía todo lo que tenía a su alcance para la educación de su hija, a la que tanto él como su

esposa cuidaban con verdadero cariño, ya que no pocas muchachas de Parral habían sido víctimas de los revolucionarios, especialmente de los villistas.

Cuando Austreberta tenía que ir a la iglesia, a visitar a sus parientes, o a la escuela, si no iba acompañada por su madre, iba con una sirvienta.

En los días que Jiménez era amenazado por los villistas que entraban y salían de la población, el señor Rentería corría con su esposa y su hija a ocultarse en la casa de algún vecino donde había menos probabilidades de ser objeto de un atentado. Para los habitantes de Jiménez, no había mayor protección que la reunión de varias familias en una misma casa. Las muchachas, especialmente, eran encerradas cuidadosamente, y no se les permitía, durante la ocupación de la plaza por los revolucionarios, ni siquiera que asomasen por las ventanas.

Todas aquellas precauciones no eran por demás. Los jefes revolucionarios pasaban por la ciudad, llevándose a todas las chicas que encontraban a su paso; no les importaba a qué clase social pertenecieran; tampoco les importaba la belleza, ni menos las protestas de sus familiares.

La situación de aquellas criaturas se agravó con la llegada de los carrancistas a Chihuahua. Si entraba una facción, había peligro; si pasaba la otra, también había peligro. Por esta razón las precauciones de los padres de familia se redoblaron.

UN VILLISTA EN CASA

Los miembros de la familia Rentería eran ajenos a los grupos revolucionarios. Sin embargo, uno de los hijos del señor Rentería, Alejandro, sentía vivas simpatías por el general Francisco Villa. En una ocasión adquirió un gran retrato de Villa y, orgulloso, lo colgó de la pared de la sala de la casa.

El disgusto que proporcionó a su padre fue enorme; pero especialmente Austreberta pidió que lo quitara, ya que Villa no era más que un mal hombre, un bandido. Los ruegos de la familia fueron desoídos por Alejandro, hasta que al fin, el argumento de que los carrancistas podrían perjudicar la casa confundiendo con la de un ardiente villista, hizo que el joven Rentería guardara el retrato de su héroe.

¡Quién había de decir entonces a Austreberta, que aquel hombre que le era tan odioso, había de llegar a ser, años después, su esposo!

A mediados de diciembre de 1916, cuando se creía que el general Francisco Villa había sido destrozado para siempre por las fuerzas carrancistas, los habitantes de Jiménez sufrieron un terrible sacudimiento, al saber que los villistas se encontraban a la puerta de la plaza.

Las familias, temiendo los desmanes de las huestes de Villa, corrían de un lugar a otro, buscando un sitio seguro para ellas y sus intereses. Los padres de familia, especialmente, trataban de ocultar a sus hijas, máxime que comprendiendo que después de haber estado la población en poder de los carrancistas varios meses, los villistas entrarían dispuestos a ejercer las más duras represalias.

CÓMO RAPTÓ GUDELIO URIBE, "EL CORTADOR DE OREJAS", A AUSTREBERTA RENTERÍA

Entre las familias que abandonaron su casa para buscar refugio en las que creían más a salvo de las violencias de los villistas, estaba el señor Rentería.

Verdadero pánico se había apoderado de los vecinos de Jiménez; las calles estaban desiertas; el comercio había cerrado sus puertas cuando entraron las avanzadas del general Villa, quien llegaba triunfalmente después de haber obtenido varias victorias sobre los carrancistas.

Al frente de los villistas entró el general Gudelio Uribe. Era Uribe un hombre joven, rubio y pecoso. Tenía fama de ser uno de los más crueles lugartenientes del general Villa, así como de ser uno de los más consentidos de éste. Y no desmentía Uribe la fama de que gozaba, ya que parecía no tener otra misión que cortar las orejas a todos los prisioneros carrancistas que caían en su poder. Así los marcaba, según decía, para siempre, y para que, en caso de que volvieran a caer en su poder, no se salvaran del paredón.

"El cortador de orejas" dejaba siempre y en todas partes, las huellas de su paso. Cuando no tenía prisioneros a quienes hacer ejecutar, se dedicaba al saqueo, o bien, a la imposición de préstamos. Sus soldados lo seguían, como se sigue a un bandido espléndido, que no gusta de guardar para él mismo el botín de la guerra. Se jactaba de que jamás sus hombres habían padecido hambre ni frío, porque lo primero que hacía al entrar a una población era obligar al vecindario a que cubriera las necesidades de su gente.

Y así como era cruel, con el débil, así era servil con el poderoso. Ante el general Villa era un tipo insignificante, adulator y servil. No tenía otro fin

en sus correrías, que pensar siempre en el obsequio para su jefe, y si este obsequio no podía consistir en alguna buena cantidad de dinero, porque el poblado que asaltaba y ocupaba era demasiado pobre, entonces iba tras de las mujeres, que al fin y al cabo sabía que Pancho aceptaría gustoso el presente.

En la guerra era temible porque había encontrado la forma fácil de coronar las victorias. Mientras que los verdaderos soldados que servían al general Villa se batían como los mejores, Uribe, con su gente, permanecía a la expectativa; pero apenas se daba cuenta de que el enemigo había sido derrotado, cargaba sobre los fugitivos, matando miserablemente a quienes habían perdido. No tenía ningún respeto para el caído, sino que, por el contrario, gozaba con su exterminio. Así, su banda era una banda de rapaces famélicos y asesinos, que habían de ser los aprovechados de las victorias de los valientes.

À CAZA DE LOS RENTERÍA

Al entrar a Jiménez, el 13 de diciembre de 1916, lo primero que hizo fue dirigirse al establecimiento comercial del que era propietario el señor Rentería. El güero Uribe, para entrar a saco al establecimiento del señor Rentería, aseguró que su hermana, que estaba casada con un hermano de Rentería, le había dicho que don Federico se había expresado en términos injuriosos para el general Villa y que había protegido siempre a los carrancistas.

Después de haber saqueado la tienda del señor Rentería, y mientras que el general Villa, en la estación ferrocarrilera de Jiménez, daba órdenes a sus subalternos para emprender una nueva persecución del enemigo, Uribe se empeñó en localizar al señor Rentería, quien con su hija y su esposa, se había refugiado en la casa de una de las principales familias de la población.

Pronto dio con el refugio de la familia Rentería; asaltó la casa y estuvo a punto de matar a don Federico. Sólo la intervención de varias personas evitó una tragedia. Pero si no cometió el crimen, en cambio, ordenó a sus soldados que condujeran a todas las personas que se encontraban en la casa, a un hotel de Jiménez, con instrucciones de que se les pusieran centinelas de vista, mientras que él daba cuenta de los hechos al general Villa. La detención de la familia dueña de aquella casa y de los señores Rentería y de su hija fue conocida inmediatamente por todos los habitantes de Jiménez, y una comisión de damas se dirigió en busca de Villa para pedirle garantías para los presos.

EL RESULTADO DE LA COMISIÓN

El general Villa, que ya había sido informado por Uribe de lo acontecido y que al principio creía que la actitud de su lugarteniente había sido justa, ya que se trataba de gente afiliada al carrancismo, al enterarse de la verdad, ordenó al "cortador de orejas" que procediera a poner en libertad a todos los detenidos.

Prometiéndole dar cumplimiento inmediato a la orden recibida, Uribe se dirigió al hotel en donde estaba los detenidos y puso en libertad a todas las personas, a excepción de Austreberta.

—*Esta se quedará aquí hasta que llegue mi general Villa* —dijo Uribe a los desolados padres de la señorita Rentería.

Todas las súplicas, todas las lágrimas de los padres de Austreberta, fueron insuficientes para conmover a aquel hombre, quien dijo que de seguir aquellas peticiones, ordenaría el fusilamiento de la muchacha. Llorando y gritando de desesperación, quedó sola Austreberta, encerrada en uno de los cuartos del hotel, bajo la vigilancia de un grupo de soldados villistas.

Varias horas de desesperación y dolor pasó la muchacha, hasta que entraron a la habitación en donde estaba detenida, el general Villa y el gijero Uribe.

—*Mi general, aquí le tengo este precioso regalo; es de las principales de Jiménez y dice que usted es muy simpático* —dijo Uribe, servilmente, al general.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 12 de mayo de 1935, año XXI, núm. 89, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

LA PALOMA EN LAS UÑAS DEL HALCÓN

LA PRIMERA ENTREVISTA CON LA CHICA

Cuál fue la impresión que recibió la Srita. Rentería al verse a solas con el poderoso jefe de la División del Norte

PROMESAS DE MATRIMONIO EL MISMO DÍA

"Me casaré contigo, Betita", ofreció Villa a su víctima el día que la conoció, promesa que después habría de cumplir; Alejandro Rentería, hermano de Austreberta, enfermo por el rapto, murió en brazos del general Villa

CAPÍTULO V

Cuando Austreberta Rentería vio entrar a la habitación en la que estaba prisionera al Gral. Francisco Villa y a su lugarteniente Gudelio Uribe, quedó por de pronto, atónita; después un rayo de esperanza la iluminó, creyendo que el

general había llegado para salvarla, para devolverla a sus padres. Porque, ¿qué delito había cometido para que se le tuviera con centinelas de vista? ¿Qué interés podría tener para Villa el mantenerla en la prisión, cuando se trataba de una chiquilla que acababa de cumplir dieciséis años?

Mas la esperanza que había sentido al ver entrar al general Villa fue fugaz, y al escuchar las palabras del güero Uribe, cuando éste dijo a su jefe "Mi general, aquí le tengo este precioso regalo", cayó de rodillas, y tartamudeando, pidió a Pancho que la dejara en libertad, que le concediera la gracia de ser reintegrada a sus padres.

Era la primera vez en su vida que veía al general Villa. Le había conocido en un retrato, en el mismo que había pedido a su hermano Alejandro que quitara de la pared, cuando éste, orgulloso, lo colocó en la sala de la casa de la familia Rentería.

"BETITA, BETITA..."

Veía ante ella a un hombre que no dejaba de sonreírle y dispuesto a no dar un paso atrás en el deseo que le había despertado la proximidad de una chiquilla alta, delgada, de grandes y rasgados ojos negros y que, temblorosa, pedía volver al lado de sus padres.

Estando de rodillas, Austreberta sintió por vez primera las manos de Villa, quien, tomándola cariñosamente, la hizo ponerse de pie, para luego pedirle que se sentara en una silla.

Enseguida, el general se dirigió a Uribe, ordenándole que saliera de la habitación. Trató Villa de consolar a la joven; le pidió que le diera su nombre, y acariciando mentalmente el nombre de su futura esposa, repitió una y varias veces:

—*Betita, Betita, Betita...*

Pancho pidió entonces a Betita que lo amase, asegurándole que le gustaba mucho, que por vez primera sabía lo que era querer; que él no sería malo para ella; que le daría todo lo que pidiera. Pero a todas las promesas de Pancho, la señorita Rentería contestaba pidiendo que se le enviara al lado de sus padres.

—*Eso sí no, Betita; con tus padres no podrás ir por ahora* —le contestó el general Villa.

EL FINAL DE LA ESCENA

Austreberta seguía llorando y Villa, solícito, trataba de consolarla, pareciendo enternecerse por momentos y redoblando entonces sus juramentos de amor. Quiso entonces acariciarla, pero la joven lo rechazó enérgicamente. El hombre no desistía de sus propósitos; lo que no soportaba del enemigo en los campos de combate, lo aceptaba ahora, cada vez más insinuante y cariñoso, de la muchacha.

Las horas corrían, Villa había tenido varios accesos pasionales; pero parecía estar dispuesto a esperar hasta rendir pacíficamente la fortaleza, hasta que al fin, convencido de que Austreberta no accedería a sus deseos por el amor que él creía capaz de inspirar en unos cuantos minutos, la hizo suya por la fuerza.

La escena final de aquella violencia fue terrible. Ya no solamente Austreberta lloraba su desgracia, sino que el general, sentado al borde de la cama, también lloraba.

—*Me casaré contigo* —decía balbuceante el general Villa—; *tú no eres como otras mujeres...*

Después de aquella noche trágica, el general, personalmente, condujo a Austreberta a la casa de una familia de Jiménez, dando órdenes para que no solamente se prohibiera a la joven cualquier comunicación con sus familiares, sino también para que se mantuviera en absoluto secreto el paradero de la muchacha, para evitar así que alguien pudiera rescatarla.

—*Me casaré contigo, Betita* —le prometió nuevamente Pancho al despedirse de ella, ofreciéndole que muy pronto estaría de regreso, renovándole sus juramentos de amor.

DE NUEVO AL COMBATE

Villa abandonó la ciudad de Jiménez, para continuar sus campañas al sur. Había derrotado una y varias veces a los carrancistas; prácticamente había vuelto a ser el dueño del estado de Chihuahua y veía abiertas las puertas del de Coahuila. Pero a nadie había comunicado hasta el momento de su marcha, cuál era su próximo objetivo.

En los últimos días de diciembre, Villa había penetrado a Coahuila y, concentrando rápidamente a todos sus contingentes, se lanzó con violencia sobre

Torreón, plaza que tomó después de haber puesto en fuga a los carrancistas que estaban al mando del general Talamantes.

Dos días permaneció en la Perla de la Laguna y tras de haberse hecho de un precioso botín, regresó a Jiménez.

—*Ya regresó el general* —advirtieron a Austreberta los dueños de la casa en donde la joven se encontraba secuestrada.

Y en efecto, los silbatos de las locomotoras hicieron comprender a Austreberta que el aviso era exacto; que dentro de poco tiempo estaría de nuevo frente a Pancho, y recordando su tragedia, lloró amargamente.

INFRUCTUOSA BÚSQUEDA

Mientras había durado la ausencia de Villa, los padres de la joven la habían buscado por todo Jiménez. Habían llamado también a la puerta de la casa en donde estaba prisionera, pero en ninguna parte habían encontrado la menor huella de su hija.

Alejandro, el hermano adorado de Betita, al comprender que ésta había sido deshonrada por el general Villa, había enfermado gravemente y así, enfermo, había ayudado a sus padres en la infructuosa búsqueda de la joven.

Betita continuaba llorando su infortunio, cuando el general Villa entró a la casa en donde estaba secuestrada. La sorpresa de Pancho al ver que Austreberta no se conformaba con su situación fue enorme. ¿Ni todas las riquezas, ni todos los triunfos militares, ni todo el poder, ni todos los juramentos de amor que había puesto a sus plantas, eran suficientes para que consintiera en ser más adelante la esposa de Francisco Villa?

No; para Villa, que todo lo había conquistado, no era de creerse que una joven lo siguiera rechazando, y menos que siguiera insistiendo en retornar al lado de sus padres.

—*Déjeme usted aquí, general* —imploró Betita, cuando Pancho le preguntó si estaba lista para acompañarle.

Villa se deshizo entonces, haciéndole caricias e insistiéndole en que era la única mujer que le había llenado el corazón, y ofreciéndole que pronto la llevaría ante el altar.

EN PARRAL

Al siguiente día, Austreberta era alojada en la casa de una familia de Parral. Y esta familia recibía imperiosas órdenes de Villa. La joven no podría comunicarse con el exterior, y bajo de pena de muerte para todos los habitantes de la casa, el lugar donde estaba oculta Betita no debería ser divulgado.

Pancho, después de haber permanecido en Parral varios días, durante los cuales repartió entre la gente pobre parte del cuantioso botín que había logrado en Torreón, se ausentó de nuevo. Iba a continuar la campaña contra los carrancistas.

Antes de partir, hizo a Austreberta un juramento solemne: el de amarla toda la vida. Y lo habría de cumplir...

Varias semanas duró la ausencia de Villa. Durante ese tiempo, los carrancistas volvieron a posesionarse de Parral. Su triunfo llegó a oídos de la joven prisionera. Creyó que el poder del general Villa se había derrumbado para siempre y que aquellas gentes que la tendrían secuestrada le dejarían salir en libertad. Pero el general seguía pendiente de la existencia de su amada. Varias veces llegaron a la casa enviados de Pancho que lograban burlar la vigilancia de la guarnición carrancista, para tan sólo preguntar por Austreberta.

Villa operaba en las cercanías de Parral, logrando, al fin, atraer a los carrancistas hacia un sitio donde les causó una tremenda derrota y las puertas de la ciudad que guardaba a la joven le fueron abiertas nuevamente de par en par.

Sin embargo, las necesidades de la campaña le obligaron a evacuar la plaza por enésima vez. En esta ocasión no quiso abandonar la población sin llevarse a Betita; Betita tenía que acompañarlo a la guerra. No podía vivir sin ella, según se lo decía constantemente.

—*Eres la única mujer a la que he querido* —le repetía Villa al oído, tratando loca y desesperadamente de ser correspondido en sus caricias y en su amor.

GRACIA CONCEDIDA

Poco tiempo fue, sin embargo, el que Austreberta anduvo al lado del general Villa. Tres meses habían pasado desde que Uribe la había obsequiado a Pancho, cuando éste, una noche, le dijo visiblemente satisfecho y conmovido:

—*Betita, como eres tan buena y parece que ya me empiezas a querer, los santos te han concedido una gracia: que te lleve con tus papacitos.*

La joven tembló de gusto. ¡Al fin estaría de nuevo al lado de sus padres! Y dando las gracias a Pancho, le pidió un favor más: que la llegada a Jiménez fuese de noche. No le explicó la causa de su extraña petición, pero Austreberta, desde que había sido raptada, se hizo la promesa de no volver a pisar su pueblo natal durante el día, tal era la vergüenza que le causaba tropezar con gente conocida y que había sabido de su desgracia. Y aquella promesa no solamente quería cumplirla el día que llegara del brazo de Villa, sino que sería para siempre, para todos los días de su vida.

A fin de no dar una fuerte sorpresa a los padres de su amada, Pancho envió a uno de sus ayudantes a fin de que anunciara la visita. Los esposos Rentería apenas querían creer que volverían a ver a su hija, por la que tanto habían llorado.

DE NUEVO EN CASA

Cuando Austreberta llegó a la casa de sus padres, no solamente fue para recibir las caricias de su padre y de su madre, sino también para recibir una triste noticia: su hermano estaba a las puertas de la muerte. Había enfermado gravemente desde el día que su hermana había desaparecido; desde hacía varias semanas deliraba, deliraba siempre, entablado largos diálogos con la Betita que tanto quería.

Pancho Villa, enternecido por la felicidad que había dado a los esposos Rentería al devolverles a Betita, al saber la tragedia de Alejandro, quiso visitar al enfermo; tenía la seguridad de que su presencia y la promesa de que Austreberta sería su esposa salvaría a Alejandro de la muerte. Alejandro, al ver a su hermana y al general pareció animarse un instante.

—*Voy a morir por el daño que usted me causó, llevándose a mi hermana* —dijo el enfermo al general Villa.

El general Villa bajó la cabeza, una gruesa lágrima corrió por sus mejillas, y acercando una silla al lecho del enfermo y tomando después la cabeza de éste entre sus manos, hasta apoyarla sobre sus piernas, le prometió:

—*Quiero mucho a Betita y me casaré con ella.*

Alejandro sonrió amargamente y haciendo un esfuerzo agregó:

—*General, cuando un jefe militar entra victorioso a una plaza, se le piden tres gracias...*

—*Pídelas* —contestó Villa.

—*La primera es que deje usted a Betita en esta casa...* —pidió Alejandro.

—*Concedido...* —respondió rápido el general.

—*La segunda...* —continuó el enfermo— *La segunda...* —repitió visiblemente fatigado.

El joven abrió los ojos y buscó la mirada de su hermana primero, luego la del general. Quiso seguir hablando, pero una fuerte convulsión sacudió su cuerpo.

Villa, desesperado, le acariciaba nerviosamente la cabeza, diciéndole:

—*Habla, habla...*

Pero Alejandro no volvería a hablar, había muerto; seguramente perdonando al hombre que había causado su desgracia y que tanto había admirado en su vida.

La familia Rentería había caído de rodillas alrededor del lecho, llorando y quejándose de su pena, mientras que el general, después de acomodar el cadáver de Alejandro, se retiró a un rincón de la habitación para llorar también.

Después de aquella escena patética, el general Villa tomó entre sus brazos a Austreberta y, llevándola a otra habitación, le hizo saber que conforme se lo había ofrecido a Alejandro, ella se quedaría al lado de sus padres, pero bajo la promesa de que al primer llamado que le hiciera se iría a unir con él a fin de contraer matrimonio.

Ni un minuto más podía permanecer Villa en Jiménez; sus lugartenientes le acababan de comunicar que las fuerzas carrancistas se aproximaban sobre la plaza.

—*Júrame que me quieres, Betita* —pidió Villa a Austreberta, llenándola de besos y de caricias.

Pero Betita ya no escuchaba nada; la muerte de su hermano le había arrancado todas las fuerzas en aquellos terribles momentos.

Pancho tuvo que partir y en aquel instante que Austreberta se quedaba sola, la mujer sintió por vez primera que empezaba a amar a Villa; pero amor y desesperación se unían para sólo sentir el asalto de un temor: el de no volver a ver más a aquel hombre.

DE CASA EN CASA

La estancia de Austreberta en el seno del lugar amado no pudo prolongarse más que por unas horas. Los carrancistas estaban a las puertas de Jiménez y era de esperarse que ejercieran represalias sobre la familia Rentería, por lo cual el jefe de la familia dispuso que su hija se ocultara en la casa de unos parientes cercanos.

Así pasaron varias semanas, hasta que la casa de la familia Rentería fue visitada por un emisario del general Villa, quien mandaba un recado a Austreberta, indicándole que se alistara para marchar a su lado, ya que creía que de un momento a otro estaría en las cercanías de Jiménez.

Creyendo en una nueva separación de su hija, los esposos Rentería procedieron a tomar las medidas necesarias para evitar que la joven fuese nuevamente al lado del general. Dos o tres veces a la semana, Austreberta era cambiada de domicilio. La joven accedía a los deseos de sus padres, aunque interiormente sentía una atracción hacia Pancho.

Pero seguramente los pasos de Betita eran seguidos por los espías que continuamente tenía Villa en Jiménez, porque bien pronto la familia Rentería tenía conocimiento de que el general sabía el lugar en donde era ocultada su amada.

Para el general Villa, los movimientos de los Rentería carecían de importancia, ya que tenía la seguridad de encontrar a Betita aunque ésta fuese ocultada bajo tierra. Lo que para el general era de importancia era el poder acercarse a Jiménez y llevar a cabo una de sus audaces aventuras.

DE NUEVO CERCA

Aunque todas las cercanías de Jiménez estaban perfectamente vigiladas por las fuerzas carrancistas, una noche, el señor Rentería fue advertido por el propietario de un rancho cercano a la población de que un grupo de hombres, seguramente villistas, y entre los que con toda posibilidad se encontraba el propio Villa, había llegado a su rancho, montando magníficos caballos y quizás con la resolución de entrar a la plaza.

Ante la pena de perder nuevamente a su hija, el señor Rentería no se daba punto de reposo, buscando siempre nuevo sitio donde ocultar a Austreberta,

así es que al saber esa noche que los villistas se encontraban a las puertas de Jiménez, corrió a la casa de una familia amiga, buscando nuevo albergue para su hija, a donde ésta fue trasladada ya cerca de la medianoche, con todo sigilo.

La casa donde con seguridad el general Villa sabía que se encontraba su amada quedó abandonada y sus puertas abiertas, para demostrar así al audaz enamorado que los Rentería habían tenido noticia de sus movimientos y que en esa ocasión era burlado.

Villa, en efecto, había preparado un golpe notable, que más que una realidad parece producto de una cinta cinematográfica, como se verá en el siguiente capítulo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 19 de mayo de 1935, año XXII, núm. 96, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

SUS DOS PROBLEMAS: GUERRA Y AMOR

Mientras se batía con el enemigo, el Gral. Villa tenía presente a Betita; estando ocupada la plaza de Jiménez por el enemigo, llegó hasta la población sigilosamente, intentando, en vano, llevarse a Austreberta, que había sido escondida por sus padres en una casa de la que no tuvo noticias el guerrillero

LA FAMILIA RENTERÍA TUVO QUE RADICARSE EN EL PASO

HUYENDO DEL TENAZ AMANTE

Pero hasta territorio norteamericano y en plena guerra con el carrancismo, llegaron los enviados de Villa, ya no con el propósito de raptar a Austreberta, sino ofreciendo a sus padres todo el dinero necesario para aliviar sus penas económicas

AÚN DESPUÉS DE SU RENDICIÓN, EL GENERAL VILLA NO HABÍA PODIDO

AÚN CONQUISTAR A AUSTREBERTA

Y no teniendo ya enfrente los problemas de la guerra, Villa se convirtió en un "donjuan", haciendo grandes esfuerzos por hacerse querer de la amada

CAPÍTULO VI

Desde que se alejó de Jiménez, dejando allí a la mujer que le había ganado el corazón, Francisco Villa se mostraba lleno de inquietud. Por una parte, temía que Austreberta Rentería fuese retenida para siempre por sus padres; por la otra, que su amada fuese víctima de las represalias carrancistas.

El humilde mozo de Río Grande; el indomable serrano duranguense; el magnífico guerrero que fugazmente había tenido a todo México bajo su poder, había sido vencido al fin, por una mujer. Porque Austreberta Rentería llenó, a partir de 1917, todo el resto de los días de su existencia.

“Tú no eres como las otras”, había dicho una y muchas veces Pancho al oído de Betita. Bien comprendía Villa que aquella resistencia que la señorita Rentería había puesto a sus pretensiones y hasta no verse rendida por la superioridad física del macho, no era la de la mujer que después de haber sido atacada quiere sacar ventaja. Comprendía, también, que la violencia empleada para hacerla suya había dejado una honda huella de sufrimiento en aquellos tiernos cuerpo y alma.

Si al día siguiente Austreberta hubiese pedido una recompensa, la joven, quizá se hubiese encontrado frente a un espléndido obsequio, pero así mismo hubiese sido víctima del olvido.

Betita no pidió ni la recompensa económica, ni la amorosa; había sido tan honda su herida, era tal su sufrimiento, se sentía tan avergonzada ante la sociedad, que lo único que quería era que Pancho la olvidase haciéndola volver al lado de sus padres.

Esta actitud noble de una mujer que había sido educada dulcemente para el hogar; que no había tenido más cariño que el de sus padres, debieron haber conmovido el corazón de Villa. Y él, al fin y al cabo, hijo de la sierra, con la astucia del campesino, supo comprender la sinceridad de aquella muchacha, y fue por ello que sintió muy de veras amarla.

UN AUDAZ PLAN

Impaciente, pues, desde que había dejado a Austreberta al lado de sus padres, el general Villa no quería alejar el teatro de la guerra de las cercanías de Jiménez, a donde continuamente enviaba espías y emisarios tratando de ganar la

bondad de Betita, y creyendo que ésta accedería a abandonar nuevamente a sus padres para unirse a él. Pero habiendo fracasado en todos sus intentos, el general concibió y ejecutó uno de sus atrevidos proyectos.

Después de hacer creer a los carrancistas que se había alejado de la región de Jiménez, y mientras que algunos de los grupos que operaban a sus órdenes llamaban la atención al enemigo por el norte de Chihuahua, reunió sus mejores guerrilleros, y llevando como segundo a su fidelísimo coronel Miguel Trillo, llegó hasta las puertas de Jiménez.

Ya a las puertas de la población, hizo que sus hombres buscaran la forma de entrar a Jiménez sin que se dieran cuenta los carrancistas, que siempre estaban sobre las armas, temerosos de una sorpresa.

Seguro de que su empresa sería un éxito, ordenó a Trillo y a seis de sus mejores jinetes que estuvieran listos para la atrevida empresa y, al filo de la noche, hizo que en las patas de los caballos fuesen atados costales de yute, de tal manera que los corceles no hiciesen ruido con sus cascos. Enseguida dispuso que sus hombres, llevando a los caballos de la brida, entraran a Jiménez burlando las avanzadas del enemigo y entraran a la población, mientras que él, con un reducido número de soldados, se quedaba para protegerles la retirada en caso necesario.

FRACASO

Trillo realizó la empresa a las mil maravillas, y los carrancistas no se dieron cuenta de que siete villistas entraban hasta el centro de la población dispuestos a raptar a Austreberta.

Guiado por uno de los espías, el coronel Trillo llegó hasta la puerta de la casa en donde había estado oculta Betita, pero con sorpresa encontró la casa vacía. Como se ha dicho en el capítulo anterior, el señor Rentería, al tener conocimiento que el general Villa se encontraba en las cercanías de Jiménez y temiendo ser asaltado en su propia casa, había ido a buscar refugio con una familia amiga. Desesperado por el fracaso de la expedición, el coronel Trillo llegó a donde era esperado por el general Villa.

Triste y abatido, y no sin antes haber comisionado a dos de sus hombres para que fuesen con una nueva embajada cerca de Austreberta, Pancho tuvo que retirarse de las cercanías de Jiménez para continuar la guerra.

DE CIUDAD EN CIUDAD

El señor Rentería, por su parte, convencido de que Villa insistiría en su pretensión de arrebatárle a Austreberta, resolvió abandonar la ciudad de Jiménez trasladándose con su familia a Gómez Palacio, Durango. Sin embargo, a Gómez Palacio le siguieron los espías del general, quien bien pronto supo en donde se alojaba su amada.

Pocos meses habían pasado, cuando el señor Rentería recibió a dos desconocidos; eran enviados de Pancho Villa, que venían a reclamar el cumplimiento de la promesa: el general deseaba que la mujer amada fuese a su lado, ofreciendo a cambio de esto, todo lo que pidiera la familia.

No accedió, claro está, el señor Rentería a la demanda de Pancho, y sintiendo que su hija estaba insegura también en Gómez Palacio, resolvió emigrar. Así, poco después, Austreberta y sus padres quedaron establecidos en El Paso, Texas.

Los negocios del señor Rentería, desde el día que su hija fue raptada por el güero Uribe, habían ido de mal en peor. Había visto desaparecer su comercio; después había tenido que ir hipotecando sus propiedades. No le quedaba más capital que su hija; por ella estaba sufriendo penas sin cuento; por ella había tenido que abandonar, primero, su pueblo natal, y más tarde su país; por ella tenía que entregarse en El Paso a los más rudos trabajos. Pero solamente allí, en territorio extranjero, se sentía más aliviado de todo su sufrimiento; allí esperaba que su Betita escaparía para siempre de los brazos de Pancho.

OFERTAS DE DINERO

Mas el general Villa había perdido los estribos de su corazón. No podía conformarse con perder para siempre a su amada, y a El Paso llegaron pronto sus emisarios. Éstos ya no pidieron a Rentería que permitiera a Austreberta unirse al general. Ahora, solamente, por órdenes de su jefe, querían que la familia aceptara la ayuda económica. Mil, cinco, diez o más miles de dólares, estaban a disposición del señor Rentería. El general había tenido conocimiento de sus apuros económicos y estaba dispuesto a acudir desde luego en su ayuda.

Pero el señor Rentería, dignamente, rechazó el dinero. No; su hija no estaba de venta; su hija había sido víctima de una desgracia; que no podía

ser reparada con todo el dinero de Pancho Villa. La familia Rentería seguiría viviendo en la miseria, pero manteniendo en alto su dignidad.

El señor Rentería se había hecho el propósito de permanecer en El Paso hasta que el poderío del general Francisco Villa fuera exterminado definitivamente. ¿Quién iba a creer a mediados de 1918 que sortearía la ofensiva de que era objeto por parte de los carrancistas? Miles de soldados le seguían incansablemente por las llanuras y las montañas chihuahuenses; los mejores jefes militares de Carranza le buscaban día y noche.

Sin embargo, cuando ya se creía que el general había sido exterminado para siempre, los grupos villistas resurgían para lanzarse poco después en audaces tentativas, lo mismo sobre Chihuahua que sobre Ciudad Juárez.

DE NUEVO EN GÓMEZ PALACIO

Viviendo en la penuria, después de haber visto desaparecer todos sus bienes, y creyendo que su hija ya no corría peligro alguno, el señor Rentería resolvió abandonar el territorio norteamericano para trasladarse nuevamente a Gómez Palacio, en donde creía poder vivir tranquilamente.

En los últimos meses de residencia en El Paso, Austreberta ya no había recibido más visitas de los emisarios de Pancho. Éste, con seguridad, había comprendido la inutilidad de sus promesas y lo infructuoso de sus ofrecimientos económicos. Pero no por ello desistía de seguir amándola, ya que sus espías le tenían siempre al corriente de los movimientos de la familia Rentería.

Así, el general supo cuando su amada, acompañada de sus padres, había vuelto a Gómez Palacio, y conoció a tiempo el lugar donde se alojaban los Rentería. Por varios meses se abstuvo de insistir en sus ruegos cerca de Austreberta, lo cual había tranquilizado definitivamente a los padres de la joven, quienes ya entonces no tenían más preocupación que la económica.

LA RENDICIÓN DEL GENERAL

Pero en julio de 1920, la familia sufrió un tremendo choque nervioso al saber la noticia que había conmovido a todo México: el general Francisco Villa se rendía al gobierno del presidente De la Huerta y establecería su residencia en

la hacienda de Canutillo, a unas cuantas leguas de distancia de Gómez Palacio. Mas, ¿por qué alarmarse tanto por esta noticia, cuando se sentía la seguridad de que el general Villa ignoraba el paradero de Austreberta? A pesar de los temores abrigados en los días que siguieron a la noticia de la rendición de Pancho, la familia Rentería empezó a entrar en confianza, creyendo que, por una parte, el guerrillero ya no insistiría en sus pretensiones después de un largo silencio, y por la otra, que Villa debía ignorar el paradero de Austreberta.

No imaginaban los esposos Rentería que todos sus pasos habían sido seguidos desde su salida de territorio norteamericano; no imaginaban tampoco, que el general sabía precisamente en qué calle y en qué casa se encontraba alojada su amada.

Pronto se habrían de desengañar. Tan pronto así, que apenas habían transcurrido dos o tres semanas de que el general se había rendido, cuando recibieron la visita de un amigo de Villa. No llevaba esta persona instrucción alguna del nuevo hacendado de Canutillo, pero los esposos Rentería supusieron desde luego, que era como una advertencia del general, de que no ignoraba en dónde estaba Betita.

OFERTA DE MATRIMONIO

Días de desesperación pasó la familia Rentería, optando por cambiar su residencia a Torreón, en donde se creía con mayor seguridad. La alarma estaba justificada, ya que, apenas hecho el traslado, el general llegó en automóvil a Gómez Palacio.

No se supo el objeto del viaje de Pancho, pero se supuso que había ido tras de lo que el llamaba más tarde “prenda adorada de mi vida”. Villa pasó muchas veces frente a la casa que había ocupado la familia Rentería, pero sin atreverse a llamar a la puerta, ni a interrogar a sus amigos sobre el paradero de Austreberta.

Quería emplear una táctica distinta a la que había empleado antes. Al efecto, comisionó a una dama de la mejor sociedad de Gómez Palacio, para que hablara con los padres de Betita y les hiciera saber que su único deseo era contraer matrimonio con la mujer que desde hacía varios años había elegido para esposa. Al mismo tiempo, ofrecía a los esposos Rentería que no molestaría a la familia ni a Austreberta, sin antes tener el pleno consentimiento de

los padres de ésta para hacerla la compañera de su vida. La dama comisionada habló con los padres de Austreberta, pero obtuvo la más rotunda negativa. Betita no sería arrancada nuevamente de su hogar, más que por la fuerza.

CONVERTIDO EN DON JUAN

Ante esta negativa, el general desapareció por varias semanas. La familia Rentería volvió a su residencia en Gómez Palacio, ya tranquilizada; pero entonces supo que Pancho llegaba muy a menudo a la población, por la noche; y a pie, como el más enamorado de los galanes, rondaba horas enteras por la casa de Betita, buscando seguramente la oportunidad de comunicarse con ésta.

Tal era la desesperación de Pancho, que en varias ocasiones, y siempre de incógnito, hizo que muchachos boleros o dulceros, llevaran recados a Austreberta, dándole citas a altas horas de la noche. Pero Betita, bajo la severa vigilancia de sus padres, no recibía jamás los recados, aunque una vez escuchó cómo uno de esos mandaderos confiaba a su padre que “un señor alto y grueso” que tenía tipo de militar le había dado una buena propina si llegaba a hablar con la señorita Betita.

EN COMPLETO AISLAMIENTO

Aquella insistencia de Villa, si no impresionaba a los esposos Rentería, en cambio sí conmovía a Betita, que, sorprendida de sí misma, se había dado cuenta de que amaba a aquel hombre que desde hacía tantos años le perseguía con tanta insistencia.

Más de una vez estuvo tentada a hablar francamente con sus padres y decirles que sí amaba a Pancho, y pedirles que, si éste tenía buenas intenciones, le permitieran mantener relaciones con él. Pero el temor de causar un grave disgusto a sus padres la detenía. Sabía que sus padres no perdonarían nunca a Villa la forma como éste la había poseído; sabía también que su familia nunca olvidaba que el general había sido la causa de la muerte de su hermano, y entonces se resignaba a perderlo todo y a sufrir en silencio. Cumpliendo los deseos de sus padres, ya no salía a la calle; tampoco recibía la visita de sus amigas. Estaba condenada a un aislamiento completo, y resignadamente, lo aceptaba.

Pancho, por su parte, gracias a sus numerosos amigos y amigas, estaba al corriente de todo lo que sucedía en la casa de los Rentería, y aunque tenía prohibido salir de Canutillo, burlaba las disposiciones del gobierno para hacer viajes muy a menudo a Gómez Palacio. Ya no rondaba por la casa de Austreberta, pero, en cambio, visitaba a las amigas de ésta, a quienes llenaba de regalos, creyendo encontrar en cada una de ellas una buena aliada en su afán de conquistar a la amada.

UN TRIUNFO

Una de estas amigas de Betita, la señorita Astorga, sirvió a las mil maravillas al general Villa, ya que logró comunicarse con la joven, pudiéndole decir al oído todos los pasos que daba Pancho para poder realizar lo que por tantos años había anhelado.

Austreberta, al recibir el primer recado directo de Villa, experimentó una gran alegría, pero también un hondo pesar. Comprendió que tarde o temprano tendría que contrariar los deseos de sus padres, y le apenaba grandemente tener que alejarse sin el consentimiento que ella hubiera querido.

Por muchos años dudó que algún día llegase a amar a Pancho Villa; pero ahora, después de experimentar la nerviosidad que sufría al no poderse comunicar con él, había llegado a la conclusión de que lo quería, y lo quería tanto así que estaba dispuesta a desobedecer a sus padres, que tantos sacrificios habían hecho para salvarla de los brazos del general.

Y si aquel recado recibido al oído le había causado una gratísima impresión, mayor había de ser la que recibiría días después al leer la primera carta de amor del general Francisco Villa.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 26 de mayo de 1935, año XXII, núm. 103, pp. 1-2.

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

CARTAS DE AMOR DEL GUERRILLERO

“Desgracia la mía –dice en una de ellas–; verdad, Betita, dígame qué ago y si ya no me quiere, *bida* mía, dígamelo también. Adiós, mi vida”

DE CÓMO, AL FIN, VENCÍO EL GENERAL

Un día de campo organizado por una mediadora dio a Villa oportunidad de raptar a la mujer que amaba

AUSTREBERTA RENTERÍA Y LUZ CORRAL SE VIERON POR PRIMERA VEZ EN LA CASA DE CANUTILLO

El encuentro ocurrió cuando Austreberta fue llevada por el general a la hacienda, después de haberla raptado en las cercanías de Gómez Palacio, Durango

CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO

Fue Austreberta Rentería, sin duda alguna, la única mujer que amó Francisco Villa. Solamente el amor pudo haber sido la causa de la tenacidad de Pancho para conquistar el corazón de Betita. Como hombre, como amante, como

novio, había puesto rendidamente a los pies de la dama todo lo que podía dar: corazón, dinero, poder. Había llegado hasta a parecer como un muchacho de veinte años que, lleno de desesperación, ronda la casa de la amada lo mismo de día que de noche.

A ninguna otra mujer había suplicado Villa tanto como a Austreberta Rentería. La súplica suprema a la amada es cuando el guerrero se resuelve a escribirle; es la única vez que escribe cartas de amor.

Dos fueron éstas. Ambas están escritas con lápiz y en hojas de papel rayado. No tienen fecha, pero son de los últimos días de septiembre de 1920. La primera dice (la ortografía de Villa ha sido respetada):

Betita aquí me tiene en este pueblo y no se como ablar contigo prenda querida solo tu me puedes aser andar por aca pide permiso para benir con esta Señorita para arreglar todos nuestros asuntos ben vida mia.
Que no sepa tu familia que bienes a Ablar con migo.
F. V.

La carta la recibió Austreberta de manos de la señorita Astorga, pero se abstuvo de dar respuesta alguna, explicando a la intermediaria que no quería causar un disgusto a sus padres.

No habiendo logrado la respuesta que anhelaba, el general Villa escribió una segunda carta, también de su puño y letra, que dice:

Betita, a cuanta pena se pasa para hablar con Ud. estube 2 días en esta y me boy porque no es bueno ser tan inperytente, sea por Dios. al examinar que Ud. no estaba en casa no podía mober Jueses pues no fuera que me la escondieran. que desgracia la mia verdad Betita. Contésteme al Canutillo y ponga el sobre particular y dígame que ago y si lla no me quiere. Vida mia dígame lo tambien tambien. A dios mi vida.
Francisco Villa.

CONTINUAS NEGATIVAS DE LOS RENTERÍA

Tampoco a esta carta hubo de tener respuesta Villa. Sin embargo, Austreberta estaba ya dispuesta a marchar con el amado; pero tenía la esperanza de que sus padres diesen el consentimiento para su matrimonio; creía que a la insistencia

y promesa de Pancho, sus padres aceptarían que se efectuara la ceremonia. El general le repetía en su última carta: estaba dispuesto a “mover a los jueces”, y esto significaba que iba a cumplir su promesa matrimonial.

Pero los esposos Rentería, en vez de acceder a la petición del general, se mostraban más contrarios a la idea de que su hija fuese la esposa de Pancho Villa. Ignoraban que éste hubiera hecho llegar a su hija dos cartas; pero sí estaban seguros de que el enamorado continuaba en sus pretensiones, ya que así se los decían varias familias de Gómez Palacio, a quienes había visitado Villa y a quienes había confiado su deseo.

Entre tanto, el Gral. Villa, desesperado en Canutillo por no tener respuesta de Betita, se dirigió a la señora Dolores Uribe, hermana del “cortador de orejas” y que residía en Chihuahua, pidiéndole hiciera un viaje a la hacienda, para confiarle una comisión. La señora Uribe, ya en Canutillo, fue comisionada por el general para que aprovechándose del parentesco que la unía a la familia Rentería, buscara la forma de ponerse en contacto con Austreberta y ganarla para su causa.

Dolores se instaló en Gómez Palacio, y al poco tiempo lograba conquistar la confianza de la familia Rentería, pudiendo así ponerse en contacto con Betita, a quien dio a conocer la delicada comisión que le había dado el general.

Una terrible lucha interna agitaba constantemente a Austreberta. ¿Desobedecería y contrariaría a sus padres? Por de pronto, no sabía –y tampoco quería dar– la respuesta definitiva a la pregunta que se le hacía a cada instante; pero no se le ocultaba que tarde o temprano tendría que resolverse, bien por abandonar la ilusión amorosa, o bien por realizarla.

La señora Uribe, sin mencionar jamás el nombre del general Villa, había logrado captarse la confianza de la familia Rentería. Podía ya hablar a solas con Austreberta y había logrado obtener una confesión de ésta: sí amaba a Pancho, pero si no se atrevía a dar un paso decisivo, se debía al temor de causar una honda pena a sus padres.

Lo que Betita pensaba y sentía era conocido bien pronto por el general, quien desde Canutillo seguía todos los movimientos de su hábil embajadora. Muchas veces Villa no quedaba satisfecho con los informes que le enviaba Dolores, y entonces sigilosamente llegaba a Gómez Palacio para hablar con la comisionada. Lo que más le interesaba era saber si Betita lo quería o no; y al saber que estaba correspondido, se dispuso a hacer suya a la joven.

NUEVOS PLANES

Como si se tratara de los planes de una próxima batalla, así dispuso Villa los planes para hacerse de Austreberta. Para ejecutarlos, comisionó a Dolores Uribe, la que, a su vez, había de buscar varias cómplices entre las amistades de la familia Rentería.

Muy ajenos estaban los esposos Rentería de lo que Villa fraguaba en combinación con la señora Uribe.

Hacía ya mucho tiempo que no tenían noticias del general Villa. Además, sabían que el gobierno le había prohibido entrar a Gómez Palacio. Por último, ya no habían recibido más insinuaciones del guerrillero. Debido a todo esto, tenían la seguridad de que Pancho había olvidado a Betita, y que ningún peligro más corría su hija.

Un paseo de campo, preparado cuidadosamente por la señora Uribe, de acuerdo con las instrucciones del general, había puesto en movimiento a todo Gómez Palacio. Participando en el paseo toda la buena sociedad, los esposos Rentería no pusieron reparo a que Betita fuera a la fiesta.

Austreberta ignoraba a ciencia cierta los planes de Dolores Uribe, pero al saber que ésta era la organizadora del paseo de campo, creyó ver en los preparativos la mano de Pancho.

Así, cuando llegado el día del paseo, supo que un grupo de amigas la esperaba para la partida, estuvo a punto de romper en llanto; tenía el presentimiento de que ya no volvería más a la casa de sus padres; pero en aquel momento terrible le saltó la ilusión; la ilusión de verse al lado del hombre que quería. Creyó que esa era la única oportunidad para partir, y ya consciente de lo que tenía la seguridad de que pasaría, se despidió de sus padres y partió.

POR FIN, VENCIDA

La más franca alegría había reinado durante el paseo. Betita había olvidado hasta el remordimiento que había sentido al abandonar su casa. Sin embargo, seguía ignorando los planes de Villa, aunque esperaba verlo de un momento a otro.

Cuando ya las familias se disponían a regresar a Gómez Palacio, la señora Uribe invitó a Betita y a dos amigas más a dar un paseo en coche por las cer-

canías, sería un paseo rápido, tan sólo para gozar de las delicias del campo. El coche partió y avanzaba entre huertos cuando, de pronto, en un recodo del camino, los paseantes se encontraron frente al general Francisco Villa. Al grito de sorpresa dado por Betita, acudió solícito, sonriente, cariñoso, el general.

—*¡Por fin, Betita, ya eres mía!* —le dijo Pancho, tomándola entre sus brazos y cubriéndole la cara de besos. Y sin esperar respuesta alguna, la condujo a un automóvil que se encontraba a unos cuantos metros de distancia y acomodándola cuidadosamente en el asiento posterior, dio la orden de marcha.

—*Vamos al Canutillo, Betita* —le dijo una y varias veces Pancho a la amada.

Al llegar a la hacienda, ya era entrada la noche. Villa se dirigió, llevando del brazo a Betita, a la alcoba matrimonial que le tenía preparada desde hacía varios meses, y apenas instalados en ella, Pancho llamó a la servidumbre para que le dieran allí mismo la cena.

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

Pero antes de que volviera la servidumbre con lo pedido, entró a la habitación una señora alta, gruesa, que sonreía amablemente a la recién llegada.

Al verla entrar, Villa se puso de un salto en pie.

—*¿No te he dicho que no te quería ver más y que te fueras?* —gritó Villa.

La mujer bajó la cabeza.

—*¿No te dije que te fueras, porque ya tenía a la dueña de esta casa?* —repitió el general con mayor fuerza.

—*Es que los niños...* —se atrevió a responder la mujer.

Austreberta estaba atónita. Temblaba de pies a cabeza; sentía desplomarse. La mujer aquella era Luz Corral, la primera esposa de Francisco Villa.

—*Deja a los niños, que de ellos se encargará Betita, porque Betita es mi esposa, mi verdadera esposa* —gritó de nuevo Villa.

Luz Corral, que se había acercado a Austreberta Rentería, iba a responder de nuevo, cuando sintió sobre su hombro la mano de Pancho, quien al ver que Betita lloraba, reclamó con furor a Luz:

—*¿Qué le has hecho, qué le has hecho?...*

—*Hable, señora, hable...* —imploró Luz a Betita, temerosa de que Pancho creyera que aquellas lágrimas que derramaba la joven eran el resultado de algún golpe material recibido.

—*La señora no me ha hecho daño, y solamente le ruego que salga de aquí*—contestó Austreberta.

—*¡Fuera de aquí!*—ordenó Villa y agregó: —*Y si no se me va mañana mismo de la hacienda, ya verá lo que le pasa, y sepa usted que esta señora es mi esposa, y reconózcala como mi esposa.*

Luz Corral, sin decir una palabra de protesta, salió de la habitación.

DUEÑA DE LA SITUACIÓN

Villa, visiblemente nervioso por la escena pasada, no encontraba palabras con qué consolar a Austreberta. Le explicó que la señora Corral se encontraba en la hacienda no porque fuese su esposa, sino solamente porque no tenía otra persona más a quien encargar a sus hijos Agustín, Octavio, Celia y Micaela, a quienes había recogido desde el día que se había amnistiado.

La señora Corral, en efecto, salió en las primeras horas del día siguiente. Desde ese instante Austreberta se hizo cargo de la casa, tomando en primer lugar, cariñosamente, a los cuatro hijos del general, y por quienes este sentía gran afecto. Pancho hizo saber a Betita, que ella disponía de todo: que procediera a amueblar su lugar; que toda aquella gente que a él servía, le serviría a ella como dueña que era de la casa.

Y ganándose definitivamente el amor y la voluntad de Francisco Villa, Austreberta empezó a dictar órdenes: el revolcadero de los gallos debería ser trasladado a un patio interior; plantas tropicales deberían hermopear el jardín; los hijos del general deberían comer a determinadas horas; la servidumbre de la hacienda tendría que dividir sus funciones entre el servicio de la oficialidad y el servicio de los esposos Villa; las habitaciones tenían que ser remozadas.

El general Villa seguía atentamente todas las disposiciones su mujer, aceptándolas totalmente, y repitiendo constantemente que se sentía orgullosos de haber traído “tan digna dama” a su hogar.

CAMBIO DE VIDA

La vida misma del general cambió desde la llegada de Austreberta Rentería. Por la mañana Pancho se levantaba a hacer gimnasia, luego recorría a caballo

los campos, llevando consigo a sus hijos Agustín y Octavio a pesar de que Austreberta le pedía que diera más reposo a los jovencitos; más tarde hacía una indispensable visita a sus gallos, platicaba con sus compañeros. Por la tarde, gustaba reunir a sus oficiales y a sus peones para jugar al rebote. A veces competía con sus más humildes trabajadores.

En la noche, después de la cena, se retiraba a sus habitaciones, primero cantaba; cantaba siempre *Las tres pelonas*, o bien, *La fiebre*. Esta canción, sobre todo, era la que más le agradaba, cantándola a Betita, siempre muy entonado:

Si esta fiebre
y el delirio, es mi muerte,
siento en mi alma,
un profundo dolor.
No hay remedio;
mi muerte es temprana, sí;
quiero en tus brazos,
quiero en tus brazos
morir de amor.
Frío sudor
que a mis sienes traspasa.
y si esas lágrimas
que vierto son en vano,
no hay remedio:
mi muerte es temprana, sí;
quiero morir en tus brazos,
quiero morir en tus brazos, morir de amor.

Después de cantar, leía el *Tesoro de la juventud*; lo comentaba con su esposa. Más tarde, ya en ropa de cama, y tirado boca abajo sobre el lecho, escribía los apuntes de su vida, o bien hacía cálculos aritméticos.

SUS TEMORES

Alguna vez expresaba a Betita sus temores de ser muerto traidoramente; pero jamás imaginó que se le arrancarían la vida en las calles de Parral. Siempre cre-

yó que la hacienda sería un día asaltada por sus enemigos, por lo cual había redoblado la vigilancia. Especialmente cuando salía de Canutillo para dirigirse a Parral, hacía grandes recomendaciones a Austreberta sobre la seguridad de la hacienda, y dictaba órdenes severísimas a sus subalternos.

Betita había logrado que dejara de usar pistola al cinto.

—*Eso le hace mucho daño a los riñones* —le dijo la esposa.

Y Pancho, obediente, desistió de portar el arma, no sin antes haber aprobado la insinuación de Austreberta para que se revisara escrupulosamente el equipaje de todas las personas que visitaran la hacienda.

Cuando Austreberta le anunció la venida de un heredero, el general dio vivas muestras de satisfacción anunciando el próximo acontecimiento a todos sus amigos y escribiendo a sus hermanas Martina y Mariana, que residían en Chihuahua, para que visitaran a su esposa en Canutillo. Las hermanas, en un principio se negaban a reconocer a Betita, por lo cual el general no solamente dejó de comunicarse con ellas, sino que les suspendió la pensión que les daba a pesar de los ruegos de la esposa para que no las abandonara.

EL MATRIMONIO

Al mismo tiempo, el general hacía los arreglos en Parral para contraer matrimonio civil con Betita, habiendo encontrado algunos obstáculos al principio, pero que al fin fueron vencidos. El matrimonio pudo llevarse a cabo el 22 de julio de 1922, siendo testigos Alfonso Gómez Moretín, Nepomuceno Franco, Felipe Santiesteban y Miguel Trillo.

Tres meses después del matrimonio civil, el 27 de octubre, nació Panchito, de quien el general decía constantemente: “es mi misma cara”.

Con el motivo del nacimiento de Panchito, Mariana y Martina se reconciliaron con el general, e hicieron viaje a Canutillo. Villa las recibió fríamente; ellas, respetuosamente, le besaron la mano.

Casi dos años más duró la tranquilidad en el hogar de Villa. El general no hablaba con su esposa más que de sus grandes proyectos para hacer de sus hijos hombres de bien. A veces, se refería a algún político para luego hablar con todo cariño de don Adolfo de la Huerta, a quien llamaba familiarmente Fito.

CELOSO

Amaba entrañablemente a su esposa, tanto así que en alguna ocasión le hizo saber que había sentido celos porque su esposa había pasado, a la hora de la comida el salero a un hombre, y suplicante pidió que no se repitiera el caso.

No sentía ya la proximidad de la muerte, ni menos temía ser víctima de una agresión, ya que constantemente decía que cada día tenía más amigos, de lo cual parecía sentirse muy orgullo.

Y confiado, se despidió de su esposa el día que partió para Parral, a donde no solamente le llevaban sus negocios, sino también el deseo de hacer los arreglos con un médico que atendiera a su esposa, que ya esperaba otro hijo, Hipólito.

Cuando Betita le vio partir de Canutillo no tuvo la más ligera sospecha de que horas después le habían de anunciar que su esposo había sido acribillado a balazos en las calles de Parral, quedando así truncada la felicidad de aquel hogar.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 2 de junio de 1935, año xxii, núm. 110, pp. 1-2.

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE
Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA

CÓMO ERA EL GRAL. FRANCISCO VILLA
Habla Alfonso Gómez Morentín, el hombre que fue
confidente y amigo del guerrillero mexicano

CAPÍTULO I

Triunfante en la Cuesta de Sayula después de un terrible y sangriento combate con las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del general Manuel M. Diéguez; ocupada por sus fuerzas la Ciudad de México; dominado completamente el norte del país; arrojadas las fuerzas carrancistas hasta poco más allá de los límites de Nuevo León con Tamaulipas, el general Francisco Villa, jefe de la poderosa División del Norte, era prácticamente el dueño de México a principios de 1915.

Después del triunfo de Sayula, el general Villa se disponía a continuar el avance sobre las diezmadadas fuerzas de Diéguez, teniendo como objeto el puerto de Manzanillo, cuando recibió una comunicación alarmante del general de división Felipe Ángeles, quien se encontraba en Monterrey, pidiéndole refuerzos para hacer frente a la ofensiva iniciada por el jefe constitucionalista, general de división Pablo González.

El general Villa se vio en la necesidad de abandonar momentáneamente sus planes para continuar el avance sobre el puerto del Pacífico, movilizándose rápidamente hacia el norte a fin de prestar auxilio al general Ángeles.

Fue esta movilización de las fuerzas villistas lo que permitió a los constitucionalistas de la costa occidental llevar a cabo una rápida reorganización y emprender una ofensiva, reconquistando en poco tiempo el terreno que habían perdido ante el arrollador avance de la División del Norte.

Y al mismo tiempo que el general Diéguez avanzó de nuevo hacia los estados de Jalisco, el general Álvaro Obregón, con gran actividad, organizó un cuerpo de ejército que movió rápidamente desde el oriente y centro hasta el Bajío.

Cuando el general Villa, después de haber auxiliado a Ángeles, volvió la cara hacia el terreno que había abandonado inesperadamente después de haberlo conquistado, se encontró con una formidable fortaleza levantada en la región del Bajío por el general Álvaro Obregón. Dispuesto a dar la batalla definitiva, el jefe de la División del Norte respondió al desafío de Obregón, llegando hasta las goteras de Celaya, donde se efectuó una de las más sangrientas batallas que se registra la historia de México.

Derrotado en Celaya, Villa continuó defendiendo palmo a palmo la región del Bajío, retirándose, al fin, al norte del país, donde la famosa División fue desgranándose poco a poco.

GRUPO DE CONSPIRADORES EN TODAS PARTES

Empezó luego la guerra de guerrillas, con un paréntesis con motivo de la expedición punitiva americana, que se retiró de territorio mexicano en los primeros días de enero de 1917.

Mientras tanto, el gobierno de don Venustiano Carranza parecía haberse consolidado definitivamente en el país.

Sin embargo, los miles de hombres fieles al general Villa continuaban esperando el momento oportuno para reiniciar serias actividades en toda la República. Los villistas conspiraban en México y conspiraban en el extranjero.

Entre los más caracterizados villistas que en los Estados Unidos formaban planes para la reiniciación de la lucha, se encontraban el licenciado Miguel Díaz Lombardo, el general Felipe Ángeles, don José María Maytorena, don Manuel Bonillas y don Enrique Llorente.

Nuevos planes, nuevos propósitos, nuevos entusiasmos partían de este interesante grupo villista, cuya matriz residía en Nueva York.

Trabajando con igual ahínco se encontraban otros muchos grupos conspiradores en diferentes partes de México. Pero el grupo principal residía en la capital de la República.

Un nuevo motivo de lucha pareció ser la expedición de la Constitución de Querétaro, que había promovido una seria agitación no sólo en el país, sino en el extranjero, cuyos intereses invertidos en México parecían ser afectados por la nueva Carta Magna.

El día de la reanudación de la lucha parecía llegar de un momento a otro y los conspiradores de la ciudad de México consideraron necesario ponerse en contacto no solamente con los miembros de la junta de Nueva York, sino también con el general Villa.

Un hombre arriesgado era necesario para que marchara a Nueva York y luego al estado de Chihuahua para informar al guerrillero duranguense de los propósitos de sus amigos y partidarios. Para desempeñar esta peligrosa comisión fue designado Alfonso Gómez Morentín. Siendo portador de cartas muy comprometedoras, Gómez salió de la Ciudad de México en los primeros meses de 1917, dirigiéndose a El Paso, Texas.

Al llegar a la ciudad fronteriza americana, se puso en contacto con los agentes villistas, enterándolos de su misión y pidiéndoles que le indicaran los medios para dirigirse hasta el lugar donde se encontraba el general en jefe.

Al mismo tiempo se dirigió telegráficamente al licenciado Díaz Lombardo, que estaba en Nueva Orleans, indicándole el objeto de su viaje y pidiéndole una cita para entregar los documentos. Díaz Lombardo contestó a Gómez invitándolo para que continuara su viaje hasta Nueva Orleans, donde cambiarían impresiones. Habiendo ya concertado una cita con el general Villa por medio de los agentes de El Paso, el comisionado de los conspiradores de la Ciudad de México resolvió hacer un viaje rápido a Nueva Orleans.

Llegó al puerto americano e inmediatamente se dirigió al lugar señalado por Díaz Lombardo para la conferencia, pero el prominente villista no estaba en su domicilio, y Gómez Morentín resolvió esperarlo frente a la casa donde había de celebrarse la conferencia.

Dos horas tenía el comisionado en espera de Díaz Lombardo, cuando fue detenido por varios policías y conducido al Departamento de Justicia, donde fue sometido a un severo interrogatorio, por sospechoso.

Gómez explicó a la policía la causa por la cual había estado frente a una casa durante dos horas; pero en los momentos que discutía, un policía observó que en el bolsillo interior del saco llevaba un bulto con papeles y en un instante se vio despojado de los documentos de que era portador.

El hecho de que llevara cartas dirigidas al general Francisco Villa causó sensación entre los empleados del Departamento de Justicia de Nueva Orleans, que no salían de su asombro.

—*Señor Gómez* —le dijo el jefe del Departamento de Justicia—, *siento decirle que su caso es bien difícil; tengo que poner en conocimiento del Departamento de Estado estos hechos. Por de pronto quedará usted preso durante veintisiete días en la cárcel del condado, por sospechoso, y después veremos qué hacemos con usted; todo depende de las órdenes que recibamos de Washington.*

Como el delegado de los conspiradores pretendiera hacer objeciones, el jefe del Departamento añadió:

—*Es inútil, señor Gómez, que usted haga gestiones para salir en libertad; no habrá abogado capaz de evitar que usted esté preso por sospechoso durante veintisiete días. Le aconsejo que no gaste usted en abogado defensor, por ahora. Espere usted a que el Departamento de Estado dicte sus órdenes.*

Gómez Morentín aceptó tranquilamente la pena que se le imponía y sólo suplicó al jefe del Departamento de Justicia que el texto de los documentos que se le habían quitado no fuera hecho público, ni menos mostrado al cónsul que representaba al gobierno del señor Carranza.

—*Es humano lo que pido* —explicó Gómez Morentín— *porque en esos documentos figuran nombres de numerosas personas que se encuentran en la Ciudad de México y que si llegan a ser descubiertas, correrán graves peligros.*

Caballerosamente, el jefe del Departamento de Justicia accedió a la petición.

EN LIBERTAD

Gómez fue enviado a la cárcel del condado, donde al día siguiente fue visitado por el licenciado Díaz Lombardo y otros prominentes villistas exiliados.

Siete días después, y cuando ya dormía en la celda que ocupaba en la cárcel, Gómez fue despertado por un policía del Departamento de Justicia, que le indicó que había órdenes de ponerlo en completa libertad.

Lleno de alegría, se puso de pie y al ser llevado ante el Jefe del Departamento, éste le manifestó que había recibido órdenes de Washington para que se le pusiera en libertad y se le devolvieron los documentos.

—*Señor Gómez* —le dijo el jefe del Departamento—, *tiene usted autorización para transitar por todos los Estados Unidos, libremente.*

Viéndose libre, Gómez Morentín no pensó más que en terminar de cumplir la comisión que le habían dado sus compañeros de la Ciudad de México, y después de recibir algunas recomendaciones del licenciado Díaz Lombardo, marchó a El Paso, Texas, donde nuevamente se puso en contacto con los agentes villistas para pasar a territorio mexicano y llegar hasta el lugar donde se encontraba el general Villa.

Dos o tres semanas después de haber llegado a la ciudad fronteriza, el delegado de los conspiradores fue advertido de que podía cruzar la línea divisoria en un punto llamado Lajitas, frente al cual lo esperaba un grupo de villistas al mando del jefe Luis Montoya.

Conducido por un par de guías, Gómez Morentín llegó hasta el punto indicado, internándose a territorio mexicano, donde encontró al grupo de Montoya, poniéndose en marcha inmediatamente hacia el sur.

El grupo villista caminaba con todo género de precauciones para evitar el encuentro de tropas federales. Al fin de la jornada de cada día, Montoya recibía noticias sobre el lugar donde se encontraba el general Villa, hasta avisar a Gómez, jubilosamente, que el famoso guerrillero acababa de derrotar al general Francisco Murguía, en Rosario, Durango.

Los villistas siguieron avanzando hasta llegar a las inmediaciones de Camargo, donde tuvieron noticias de que el general se encontraba ocupando la plaza.

FRENTE AL GENERAL VILLA

Cuando Gómez Morentín llegó a Camargo, la población se encontraba de fiesta. El general Murguía había sufrido una de sus más serias derrotas, habiendo dejado en el campo de batalla más de dos mil cuatrocientos muertos y retirándose precipitadamente hasta la ciudad de Chihuahua.

El jefe del grupo recién llegado supo que el general en jefe se encontraba en una loma en las orillas de la población, presenciando el desfile de sus tropas que después habían de seguir hacia el norte en persecución de los federales. Sentado sobre un pequeño montón de piedras, con la vista clavada en los hombres que iban desfilando a unos cuantos metros de distancia, el famoso guerrillero estaba rodeado de los principales vecinos de la población.

Al saber que había llegado la guerrilla de Montoya y que con ella llegaba también una persona que le traía cartas de México y de Nueva York, el general se puso de pie, y acercándose a Gómez Morentín, lo saludó afectuosamente.

El delegado entregó al general las cartas de que era portador. Villa vio uno a uno los sobres y, desabotonándose la guayabera, se guardó cuidadosamente las comunicaciones en un bolsillo interior.

—*Luego platicaremos*—dijo el guerrillero a Gómez Morentín, con gran confianza, después de clavar la mirada en el comisionado, para reconocerlo.

Villa había visto a Gómez por vez primera a principios de 1914 en Ciudad Juárez, y más tarde en algunas ocasiones cuando había desempeñado comisiones cerca del jefe de la División del Norte.

—*Luego platicaremos, Gomitos...*—repitió el guerrillero, añadiendo con un tono de satisfacción—: *Ora estoy reparando los daños que hicieron los carrancistas...*

¡TODOS A TRABAJAR!

El general volvió a sentarse, hasta que vio pasar el último de sus soldados. Se puso de nuevo en pie, y dirigiéndose en voz alta a las personas que lo rodeaban, dijo:

—*Señores, ya está reparado el robo que les hicieron los carrancistas... Todos pueden dedicarse tranquilamente al cultivo de la tierra; cada quien puede disponer de un par de mulas y a trabajar!*

—*¡Viva el general Villa!*—gritaron las personas que rodeaban al guerrillero.

Las aclamaciones se sucedieron, mientras que Villa, acompañado de Martín López, Nicolás Fernández, Gómez Morentín y otros jefes villistas, se dirigió a la casa donde provisionalmente había instalado su cuartel general en Camargo.

Al llegar a la casa, el guerrillero dijo al comisionado de los conspiradores de la Ciudad de México:

—*¡Ahora sí, Gomitos! Vamos a leer estas cartas, porque lueguito nos vamos ir sobre Chihuahua...*

El general Villa rasgó los sobres y entregándoselos a Gómez Morentín, le dijo:

—*Vamos a ver qué dicen los compañeritos ...*

Con gran atención escuchó el guerrillero la lectura de las cartas, y sin hacer comentario alguno, ordenó a Gómez:

—*Tráigase una maquinita pa' que le dicte la contestación.*

Y con voz pausada, pero sin titubear un solo instante, Villa dictó las cartas. Mientras que dictaba y teniendo en sus manos las comunicaciones recibidas, las leía poco a poco. Aunque con gran dificultad, el guerrillero leía y escribía. Fue durante el tiempo que estuvo preso en la penitenciaría del Distrito Federal cuando aprendió las primeras letras.

EXPLICANDO SU TRIUNFO

Al terminar de dictar las respuestas, el general dijo a Gómez:

—*Gomitos, ora quiero que te lleves estas cartas a los Estados Unidos y que les informes a los amigos lo que ando haciendo.*

Villa habló al delegado de los conspiradores de la Ciudad de México sobre el triunfo que acababa de obtener sobre las fuerzas del general Murguía, en Rosario, Durango.

—*Murguía me dejó como dos mil cuatrocientos muertos. Era tal la cantidad de muertos, que mis muchachos llenaron una mina con cadáveres*—dijo el general—. *La mina era muy honda y quedó repletita. Murguía salió huyendo con su asistente y se me peló hasta Chihuahua, donde ora le voy a cáir.*

Agregó el general Villa que en su fuga hacia el norte los soldados carrancistas habían hecho grandes daños a los pueblos de la región.

Después, sonriendo, explicó que al llegar a Camargo había sido visitado por un grupo de vecinos que le habían hecho saber el peligro de que los campos no fueran cultivados durante la próxima temporada de siembras, en virtud de que los federales se habían llevado las mulas y los caballos de los rancheros.

Comprendiendo que la situación era realmente grave, el general dispuso que se llevara a cabo un desfile de sus fuerzas, durante el cual se había obligado a todos los villistas a que entregaran las mulas que montaban. Las mulas recogidas fueron repartidas entre los afligidos rancheros, que no sabían cómo expresar su agradecimiento al famoso guerrillero.

"MÁS LISTO DE LO QUE CREEN"

Cuando el general Villa terminó de hablar de este incidente, invitó a Gómez Morentín para que lo acompañara hasta la ciudad de Chihuahua, plaza que tenía la seguridad de ocupar, dado el espíritu de desmoralización que reinaba entre los federales, como consecuencia de la derrota de Rosario.

Poco después, el general Villa abandonaba Camargo, acompañado de su escolta, para alcanzar el grueso de la columna villista que avanzaba rápidamente hacia el norte.

Después de varias horas de marcha, el general Martín López, quien iba en el grupo que rodeaba a Villa, preguntó a éste la causa por la cual había dado órdenes para tomar un camino por el cual se perderían varias horas para llegar hasta la ciudad de Chihuahua.

El general sonrió, y acercando su caballo al de López, dijo a éste algunas palabras casi al oído. Luego, acercándose a Gómez Morentín, le hizo una revelación. Refirió el guerrillero que a raíz del triunfo de la revolución contra el gobierno del general Victoriano Huerta —y cuando, según su propia expresión "el gobierno americano era mi amigo"—, había logrado introducir en territorio mexicano más de cinco millones de cartuchos.

—*De esos cinco millones* —añadió el guerrillero en tono burlón— *todavía me quedan unos dos o tres.*

Como Gómez Morentín diera muestras de sorpresa, el general exclamó:

—*iPancho Villa es más listo de lo que creen los carrancistas!...*

HACIA EL ESCONDITE

Enseguida, el famoso guerrillero, durante un pequeño alto, llamó a sus lugartenientes y les explicó el plan de ataque a Chihuahua.

El grueso de la columna, fuerte en más de dos mil quinientos hombres, continuaría el avance sobre la plaza amagada, mientras que él, acompañado de su escolta, se dirigiría a un sitio próximo a donde tenía escondido el parque. Era el lugar del escondite una gran cueva en lo más intrincado de la Sierra Madre. El sitio exacto de la cueva solamente era conocido por el propio Villa y tres o cuatro personas más.

Cuando necesitaba parque iba acompañado de las cuatro o cinco personas, dejando a sus fuerzas a un lugar distante y saliendo y llegando a ellas por un punto completamente opuesto al en que se encontraba la cueva. En esta forma, Villa había logrado llagar a cabo la guerra de guerrillas que había empeñado desde 1916.

Las victoriosas fuerzas del general Villa siguieron la marcha hacia Chihuahua y se iba a separar el jefe del grueso de la columna para dirigirse en busca del parque, cuando varios agentes villistas llegaron de la plaza amagada, informando al general de los últimos movimientos del general Murguía y de los preparativos que hacía para defenderse. Los agentes agregaron que tenían conocimiento de que del estado de Sonora avanzaban tres regimientos de caballería para dar auxilio a Murguía.

Después de rendir los informes, los mismos agentes entregaron al guerrillero varias cartas y periódicos de Chihuahua y El Paso. Villa llamó a Gómez Morentín, pidiéndole que leyera los periódicos de Chihuahua.

El guerrillero rió alegremente cuando escuchó la lectura de un reportazgo en el que se aseguraba que la retirada del general Murguía hacia el norte, era solamente "una medida estratégica", ya que "el principal núcleo villista está compuesto por no más de doscientos hombres".

DISGUSTADO

Pero la sonrisa del general se transformó en un gesto terrible cuando, en otro número del mismo periódico, se decía que los federales en su retirada al norte habían logrado la captura de un coronel villista, quien al ser conducido a la

presencia del general Murguía, había indicado el lugar donde Villa escondía varios millones de cartuchos.

Villa no hizo comentario alguno. De pie, con la mirada fija al norte, hacia donde se veía la polvareda de los caballos del grueso de sus fuerzas, permaneció varios segundos. Las manchas rojas que habían aparecido en sus ojos, fueron desapareciendo poco a poco, y en sus rostros volvieron a aparecer los rasgos de la serenidad.

Rápidamente se volvió a uno de sus lugartenientes, ordenándole:

—*¡Que la gente regrese!*

Indicó el sitio donde todas sus fuerzas se habían de reunir al día siguiente, montó a caballo y, seguido de sus amigos y soldados de la escolta, emprendió la marcha al sur, con dirección a Camargo.

La marcha fue lenta y cansada. Nadie hablaba. El silencio del jefe era respetado por todos.

Los revolucionarios pernoctaron en las cercanías del rancho. Desde que había iniciado la guerra de guerrillas, el general jamás pernoctó en los ranchos. Siempre hacía acampar a su gente en las cercanías del poblado.

Sin dar a conocer temor alguno, el famoso guerrillero ordenó que fuera establecida una severísima vigilancia, destacando un grupo de soldados al poblado, con instrucciones de no permitir que ninguno de sus habitantes abandonara los jacales al día siguiente, sino hasta que él lo dispusiera.

PROYECTOS

Ya entrada la noche y como a unos doscientos metros de donde sus asistentes le habían preparado un lugar cómodo bajo un mezquite, ordenó que fuera prendida una fogata y, acompañado de Gómez Morentín y de José María Jaurrieta, se sentó en las cercanías del fuego.

—*A ver, Gomitos, léame otra vez "esas prensas"...*

Envuelto en un enorme cobertor, el general se recostó mientras que Gómez, pausadamente, fue leyendo los periódicos. Cuando Gómez leía alguna noticia referente a movimientos militares, el federal ordenaba:

—*Repítamela, nomás que despacito.*

Después hizo que se le volvieran a leer algunas cartas que había recibido, pareciendo quedar satisfecho.

—*Gomitos -dijo entonces-, mañana vamos a dar por terminada la campaña; luego que lleguen las fuerzas voy a ordenar el "fraccionamiento" y quiero que inmediatamente mañana mismo tú y Jaurrieta salgan para los Estados Unidos, pa' que me lleven unas cartas y me compren algunas cositas que necesito.*

Se incorporó y, después de permanecer pensativo unos minutos, agregó, dirigiéndose a Gómez:

—*Quiero que vayas hasta Nueva York. ¿Cuánto tiempo, más o menos, tomarás para hacer el viaje?*

—*Como mes y medio, mi general -respondió Gómez.*

—*Bueno, Gomitos, dentro de seis semanas te espero en la sierra de Santa Gertrudis. Jaurrieta se quedará en El Paso y ahí te va a esperar. Cuando llegues a El Paso, Jaurrieta te dirá con quién te pones al habla para que te lleve a un punto de la frontera, donde ya estará un grupo armado, que los llevará hasta el lugar donde me encuentre.*

—*Muy bien, mi general -dijeron Gómez y Jaurrieta a la vez.*

El guerrillero se puso de pie, ordenando a un asistente que apagara la fogata y al dirigirse al lugar donde se le había preparado el lecho, se volvió a los dos comisionados, y les preguntó:

—*¿Están seguros que terminarán la comisión dentro de seis semanas?*

La pareja contestó afirmativamente, y el general añadió:

—*Bueno, ni un día más, ni un día menos.*

EL FIN DE LA CAMPAÑA

En las primeras horas del día siguiente, Gómez Morentín, sentado en el suelo, escribía las cartas que le dictaba el general. Como de vez en cuando se detenía Gómez para corregir alguna falta, Villa le decía:

—*No se equivoque, porque han de decir que no sé escribir...*

Dictó más de diez cartas en menos de una hora. Deletreando en voz alta, leyó tres de las que consideró de mayor interés y luego, con mucho cuidado, las firmó.

Mientras tanto, el grueso de la columna villista había llegado al punto de reunión.

Villa llamó a sus lugartenientes. Ahí estaban los célebres guerrilleros Martín López, Albino Aranda, Nicolás Fernández y Lorenzo Ávalos.

—*Muchachos* —explicó Villa a sus lugartenientes—, *vamos a dar fin a esta campaña, ya que estamos contentos de haberles pegado una vez más a los changuitos de Murguía... Desde hoy mismo serán “fraccionadas” las fuerzas y cada quien a su región. Nos veremos dentro de seis semanas en la Sierra de Santa Gertudris. Mucho cuidado con la caballada; que tenga el mayor descanso posible. Les recomiendo el mayor aborro de municiones; hay que guardar las balas para la próxima campaña.*

Enseguida dio instrucciones a cada uno de sus lugartenientes, recomendándoles que al regresar a la campaña le trajeran el mayor número de informes sobre la situación de las fuerzas federales.

Hizo formar a sus hombres; y luego, con voz estentórea, les gritó:

—*Muchachos, ¡hasta la próxima campaña!*

Un “viva” al general Villa fue la respuesta de los revolucionarios.

Momentos después, el famoso guerrillero, acompañado del coronel Trillo, de Jaurrieta, de Gómez Morentín y de cuatro personas más, desapareció con dirección al poniente.

Caminó varios kilómetros en la misma dirección, regresando casi al mismo punto de partida, desde donde pudo observar con los gemelos cómo sus hombres, divididos en varios grupos, emprendían la marcha hacia sus respectivas regiones.

—*Ahora* —dijo, volviéndose a sus acompañantes—, *vámonos pa'l norte.*

PLANES PARA EL FUTURO

En la segunda jornada cruzaron tranquilamente por un pequeño poblado, haciendo ostensible su presencia. Al salir del pueblo, el general se volvió a Gómez Morentín y le dijo:

—*Dentro de unos cuantos días “las prensas” carrancistas van a decir que el general Villa pasó por aquí seguido solamente de cinco hombres.*

Cerca de la Sierra de Santa Gertrudis se despidió de Gómez Morentín y de Jaurrieta, recomendándoles:

—*Váyanse aprisa hasta la frontera; cumplen al pie de la letra mis recomendaciones y los espero en el punto que ya les indiqué dentro de seis semanas.*

Pocos días después, los comisionados del general Villa llegaban felizmente a El Paso, cumpliendo la primera parte de las instrucciones recibidas.

Gómez Morentín continuó hasta Nueva York, entregando a la junta que presidía el licenciado Miguel Díaz Lombardo, los pliegos de que era portador. Los miembros de la Junta celebraron una reunión en la que estuvo presente Gómez y durante la cual se dieron a conocer las instrucciones del general.

Las instrucciones fueron aprobadas, resolviendo la junta entregar a Gómez Morentín un proyecto para que el general Villa expidiera un plan revolucionario para comenzar la lucha en todo el país.

El general Felipe Ángeles explicó detenidamente el objeto del nuevo plan, que había sido redactado casi en su totalidad por el general Antonio I. Villarreal. En síntesis, el plan desconocía la nueva Constitución expedida en la ciudad de Querétaro el 5 de febrero de 1917. En cambio de la carta queretana, los miembros de la junta pedían el restablecimiento de la Constitución de 1857, con algunas modificaciones.

Ángeles insistió ante Gómez Morentín sobre la necesidad de que hiciera ver al general Villa la urgencia de que el nuevo plan fuera expedido con el fin de que la guerra de guerrillas fuera transformada en revolución.

—*Es mucho el descontento que reina en México por la expedición de la Constitución de Querétaro —explicó el general Ángeles— y creo que este debe ser el momento aprovechado por el general Villa y por todos nosotros para lanzarnos a un movimiento general para derrocar al gobierno de Carranza.*

DE NUEVO A TERRITORIO MEXICANO

Cumplida la misión que se le había conferido, Gómez Morentín salió de Nueva York, siendo portador de numerosas cartas dirigidas al general Villa.

Cinco semanas habían pasado desde el día que se despidiera de Villa, cuando Gómez Morentín en compañía de Jaurrieta abandonó El Paso para dirigirse a un lugar de la frontera, donde cruzó la línea divisoria internándose nuevamente en territorio mexicano y donde ya le esperaba un grupo villista que lo condujo hasta el lugar indicado por el guerrillero.

Cuando la pareja de comisionados llegó al lugar donde estaba Villa, éste no pudo ocultar su alegría, y antes de recibir las cartas y los informes de que eran portadores tanto Jaurrieta como Gómez, el famoso guerrillero les dijo:

—*Tengo un plan para capturar a Venustiano Carranza... ¡en la mera capital...!*

Y el general Villa sonrió maliciosamente.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 1 de marzo de 1931, año v, núm. 167, pp. 3-4, 6.

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO
DE FRANCISCO VILLA

UN AUDAZ PLAN DE FRANCISCO VILLA
Durante sus actividades rebeldes contra Carranza,
intentó capturar al presidente "en la mera capital";
fracasa el proyecto

CAPÍTULO II

Cuando Alfonso Gómez Morentín y José María Jaurrieta llegaron al lugar donde se encontraba el general Francisco Villa en la Sierra de Santa Gertudris, el guerrillero duranguense estaba acompañado del coronel Trillo, su secretario particular, y de tres personas más.

Desde el punto donde estaba el general se dominaba un pequeño valle, único paso para ascender a la Sierra de Santa Gertudris.

La proximidad de los dos comisionados y del grupo que los acompañaba había sido observado por Villa desde una o dos horas antes.

Faltaban dos días para que se cumpliera el plazo de seis semanas dado a Jaurrieta y a Gómez para el desempeño de sus comisiones. Por las condiciones observadas en torno del improvisado campamento, se desprendía que el general Villa había llegado a aquel lugar dos o tres días antes.

El general no podía ocultar su alegría; sólo muchas y buenas noticias habrían podido influir en él para hacerlo aparecer como un hombre feliz.

Abrazó cariñosamente a sus dos comisionados y, tomándolos del brazo, los llevó a un lugar apartado y les dijo con tono de satisfacción:

—*Tengo un plan para capturar a Venustiano Carranza... ¡en la mera capital!*

Los ojos del guerrillero relampagueaban; por su frente inmensa, tostada por los rayos del sol, parecía correr rápidamente una porción de pensamientos; la voz, los ademanes con que había acompañado sus palabras, revelaban que la resolución era definitiva; que en el plan que se había forjado había reflexión y audacia.

En la cumbre de una montaña, a muchas leguas de distancia de la Ciudad de México, las palabras dichas por aquel hombre hubieran causado risa, si el hombre no hubiera sido Francisco Villa.

Aunque ni Gómez ni Jaurrieta hicieron gesto alguno que pudiera significar duda, el guerrillero, para dar mayor consistencia a su proyecto, agregó con énfasis:

—*Ya Trillito y yo tenemos el plan listo...*

El general Villa hizo una grave pausa, y pareciendo recordar que aquellos dos subordinados tenían que rendirle cuenta de las comisiones que les había conferido, dijo con sequedad:

—*Ríndanme cuenta de sus comisiones.*

INFORMAN LOS COMISIONADOS

Los tomó nuevamente del brazo llevándolos hasta el lugar donde se encontraban el coronel Trillo y otras personas; los hizo sentar sobre un cobertor tendido en el suelo y escuchó, primero a Jaurrieta, y después a Gómez Morentín.

Cuando Jaurrieta terminó de informar, dijo al guerrillero:

—*Mi general, la prensa americana ha publicado varias noticias de fuente carrancista, diciendo que usted ha sido abandonado por la gente y que lo han visto pasar por varios pueblos acompañado por sólo cinco hombres.*

Villa lanzó una fuerte carcajada.

—*Eso era lo que yo quería* —exclamó riendo con más fuerza.

Luego pidió a Gómez Morentín que le informara sobre el resultado de su comisión. Gómez le entregó las cartas de que era portador. Villa quedó pensativo un momento y después preguntó:

—*Gomitos, ¿vio usted a Díaz Lombardo?*

—*Sí, mi general.*

—*¿Y qué dijo?*

Tanto él como el general Ángeles y los miembros de la junta me recomendaron que hiciera ver a usted la necesidad de que aprobara a la mayor brevedad un nuevo plan, cuyo proyecto le traigo entre la correspondencia.

—*¿Y qué dice el nuevo plan?* —interrogó vivamente el guerrillero.

El comisionado informó al general detalladamente sobre los asuntos que habían sido tratados durante la reunión a la que habían asistido en Nueva York, dándole a conocer los puntos de vista del nuevo plan, expresados por los miembros de la junta.

—*Bueno, ora léeme ese plan* —ordenó el general.

Gómez Morentín cumplió los deseos del guerrillero, quien a cada artículo del plan interrumpía al lector, diciéndole:

—*Gomitos, Gomitos, "barajémela" más despacio... A ver, de nuevo, léeme eso...*

Cuando terminó la lectura del plan, Villa comentó:

—*Bueno; ya lo discutiremos cuando vengan los muchachos* —y con mayor atención siguió la lectura de las cartas traídas por su subordinado.

SU PLAN PARA CAPTURAR A CARRANZA

Durante el resto del día, el general se mostró todavía más contento. Tendido sobre el cobertor, dio a conocer los planes para marchar hasta la Ciudad de México y capturar al presidente de la República, Venustiano Carranza.

—*Ya lo tengo todo bien estudiado con Trillo* —explicó el general antes de dar a conocer los detalles de su proyecto.

Sonriente, empezó a decir: después de discutir y aprobar con sus lugartenientes el plan propuesto por la junta de Nueva York, escogería de entre su gente a los cincuenta hombres considerados como más fieles y valerosos. Al mismo tiempo, el coronel Trillo y José María Jaurrieta, disfrazados de ranche-

ros marcharían a la estación del ferrocarril más próxima, de donde saldrían con destino a la Ciudad de México. Trillo y Jaurrieta, haciéndose pasar por ricos rancheros provincianos, comprarían en el pueblo de Tacuba un mesón viejo con corralón capaz de tener lugar para acomodar más de cincuenta bestias. Propietarios del mesón, los villistas harían viajes constantes por los estados de Hidalgo, México y Puebla, para comprar mulas y caballos.

—*El objeto de esos viajes para mercar caballos y mulas* —explicó el general Villa— *es que Jaurrieta y Trillito sean perfectamente conocidos como mesoneros y vendedores y compradores de bestias.*

Agregó el guerrillero que, mientras tanto, él, acompañado de sus cincuenta hombres perfectamente escogidos, iría por tierra desde el estado de Chihuahua hasta el Distrito Federal. Para no llamar la atención, los cincuenta villistas, fraccionados en grupos y por distintos caminos, se harían pasar por miembros de las Defensas Sociales.

Villa iría como simple soldado. Los cincuenta villistas se reunirían en un punto de la sierra del Estado de México a donde para no provocar sospechas, seguirían haciéndose pasar por defensas sociales.

Desde el mismo punto, en grupos de tres y cuatro, se dirigirían al pueblo de Tacuba, hospedándose como simples rancheros en el mesón de Trillo y Jaurrieta. En menos de una semana estarían todos los villistas en el mesón.

Un agente del general Villa en la Ciudad de México encargaría a una sastre cincuenta uniformes exactamente iguales a los usados por los soldados de las guardias presidenciales. Según los informes que el general había recibido de sus agentes en la capital de la República, el presidente Carranza, acompañado de dos o tres ayudantes, todos los días, en la mañana, paseaba a caballo por el bosque de Chapultepec.

—*Cuando ya estemos todos en el mesón de Trillito* —terminó diciendo el guerrillero—, *nos vestiremos de guardias presidenciales; montaremos a caballo y paso a paso nos iremos de Tacuba hasta Chapultepec, a la hora que sepamos que Carranza anda en su paseo. Lo demás no se los cuento, porque ya comprenden lo que voy hacer...*

COMIENZAN A REUNIRSE LOS ANTIGUOS VILLISTAS

El general se incorporó, como movido por la misma fuerza con la que dijo sus últimas palabras.

Hizo una pausa y luego, volviéndose al coronel Trillo, le dijo:

—*Trillito, alístese para que se vaya a México con Jaurrieta.*

Trillo preguntó si lo mismo podía comprar un mesón en Tacuba que en el pueblo de Atzacapotzalco.

—*Será mejor en Tacuba, Trillito* —contestó el general— *porque daremos menos tiempo a que descubran que las guardias presidenciales no son de las buenas...*

En ese momento, uno de los acompañantes del general, que se encontraba de vigilancia en la parte más alta de la montaña, se acercó al grupo y dirigiéndose a Villa, le informó:

—*Mi general, una polvareda al oeste.*

—*¿Al oeste* —preguntó rápidamente el guerrillero.

—*Sí, mi general.*

—*Bueno, ha de ser Albino Aranda; que manden unos exploradores...*

Villa continuó hablando con entusiasmo sobre el proyecto de capturar a Carranza en la propia capital de la República. En el curso del mismo día fue recibiendo informes de los vigías:

—*Mi general* —decía el vigía—, *una polvareda al sur*

—*Bueno, ha de ser Nicolás; que manden unos exploradores...*

El general Nicolás Fernández durante el tiempo que el general Villa había suspendido la campaña para dar descanso a sus hombres y a la caballada, y para preparar nuevos planes, había permanecido en la región del Río Florido.

—*Mi general* —volvió a informar el vigía—, *hacia allá, hacia el rumbo de Durango.*

—*Bueno, ha de ser Lencho Ávalos...* —respondía el general—, *que manden unos exploradores.*

Y poco después, los exploradores regresaban para dar cuenta al general de que los grupos que llegaban eran de villistas. Y en efecto, del oriente llegaba Albino Aranda; del sur, Nicolás Fernández; del norte, Martín López; del poniente, Lorenzo Ávalos.

Los villistas llegaban al campamento de su general llenos de entusiasmo para reemprender la lucha. Cada grupo que llegaba prorrumpía en vítores al guerrillero, quien, dando muestras de gran satisfacción, saludaba a sus muchachos.

LA MARCHA DE "CODORNICES"

Seis semanas después de haber quedado acompañado solamente por cinco hombres, el general Villa tenía bajo sus órdenes de mil quinientos a dos mil hombres.

Con el descanso de seis semanas, aquellos dos mil hombres eran capaces de hacer lo que no haría un cuerpo de ejército, después de una campaña de un año.

Antes de partir para reiniciar la campaña, el guerrillero celebró una junta con sus lugartenientes, interrogándolos sobre las novedades ocurridas en las seis semanas de descanso. Con especial interés preguntó si faltaban algunos de sus hombres, si la caballada estaba en buenas condiciones, si las dotaciones de parque estaban completas y si tenían conocimiento de las actividades de los federales. Escuchó todos los informes y sin hacer comentarios, dio órdenes de marcha. Nadie sabía el rumbo que el general seguiría en la nueva aventura.

Cuando la columna inició la marcha, Villa ordenó a sus lugartenientes:

—*Ahora, muchachos, como codornices.*

La marcha de "codornices" era una nueva táctica de guerrilla ideada por el general. En lugar de que los hombres marcharan unos tras de otros sobre los inmensos llanos del estado de Chihuahua, se extendían en línea horizontal.

Villa había descubierto que marchando en esta forma, la columna no levantaba polvareda, evitando así denunciarse ante los destacamentos de fuerzas federales que sin advertir el peligro, eran fácilmente atrapados.

En la marcha al sur, el guerrillero ordenó que se evitara el paso por las rancharías de cierta importancia, llegando así hasta Río Florido, donde un destacamento federal fue sorprendido.

ES FIRMADO EL PLAN DE NUEVA YORK

Ya en Río Florido, el general Villa convocó a una junta a los jefes y oficiales de sus fuerzas. Villa ordenó al coronel Trillo que leyera el proyecto de plan formulado por la junta de Nueva York.

Los jefes y oficiales escucharon silenciosamente la lectura del documento. Como nadie hiciera objeciones, el general preguntó a sus lugartenientes:

—*¿Pos qué nadie tiene qué decir?*

Nadie respondió, y el general, dirigiéndose a Martín López interrogó:

—*A ver, Martín, y ¿qué te parece ese plan?*

—*Que está muy bien, mi general.*

El guerrillero se rascó la cabeza y volviéndose a Lencho Ávalos, le dijo:

—*Lencho, ¿qué te parece el plan? ¿Qué dices de la Constitución de 1857?*

—*Mi general, que yo no sé mucho de constituciones, pero desde el momento en que Carranza la abolió, quiere decir que era buena.*

—*Bueno, ¿entonces están dispuestos a firmar este plan?* —preguntó Villa y, sin esperar la respuesta, ordenó a su secretario particular que les proporcionara pluma y tinta para que todos pudieran estampar sus firmas.

Cuando el Plan de Río Florido estuvo firmado, el general ordenó que la gente fuera reunida para que Trillo le diera lectura al plan. Al terminar la lectura del documento, la tropa prorrumpió en aclamaciones al general Villa.

LA INICIACIÓN DE LA GRAN AVENTURA

Antes de que los revolucionarios se dispersaran, el general se acercó a Nicolás Fernández y a Martín López, diciéndoles:

—*Hoy mismo salgo con cincuenta muchachos de mi escolta pa' una exploración-cita.*

Enseguida, el general llamó a Trillo y a Jaurrieta, dándoles las instrucciones necesarias para que marcharan a la Ciudad de México y cumplieran la parte del proyecto que les correspondía cumplir. Ese mismo día en la noche, el coronel Trillo y Jaurrieta se despidieron de su jefe y de sus amigos y, acompañados de dos guías, salieron con rumbo al oriente, para llegar a una estación ferroviaria donde continuarían hasta la capital de la República.

Cuando los dos comisionados marcharon, el general llamó a Gómez Morantín y le dijo:

—*Gomitos: alístate para que mañana te vayas para Nueva York llevando a Díaz Lombardo unas cartas que te voy a dictar. A nadie, ni a la almohada, debes confiar mis proyectos. Si cojo a Carranza, yo mismo te avisaré de la capital a dónde debes reunirte conmigo, y si la empresa fracasa, deberás estar exactamente dentro de ocho semanas en la región de San José del Sitio. Cuando llegues a El Paso tendrás instrucciones precisas.*

A pesar de que ya había entrado la noche, el general dictó a Gómez Morentín varias cartas dirigidas a sus amigos en los Estados Unidos, y una muy extensa para el licenciado Miguel Díaz Lombardo, devolviéndole el original del plan, ya firmado, y sugiriéndole la conveniencia de que fuera firmado por los miembros de la junta de Nueva York. Al terminar de dictar las cartas Villa celebró una junta con sus lugartenientes.

En las primeras horas del día siguiente, el guerrillero se encontraba ya en pie. Revistó a los cincuenta hombres que lo iban a acompañar en la gran aventura; los hizo montar, examinando personalmente las cabalgaduras de todos; les pidió informes sobre la dotación de parque que tenían y, sin despedirse de nadie, momentos después partió al galope, seguido de su gente con dirección al poniente, rumbo al norte del estado de Sinaloa.

Cuando el guerrillero partió, los revolucionarios que quedaban a las órdenes de López, de Fernández, de Ávalos y de Aranda, estaban listos para la marcha.

Alfonso Gómez Morentín, acompañado de un grupo de siete hombres, salió hacia el norte, pudiendo ver antes cómo Villa, seguido de sus cincuenta valientes, desaparecía rápidamente hacia el poniente, quizás con el objeto de evitar la sospecha de un viaje hacia el sur.

EN NUEVA YORK

Veinte días después de haber abandonado la región de Río Florido, Alfonso Gómez Morentín llegó a Nueva York, entregando a los miembros de la junta revolucionaria presidida por el licenciado Miguel Díaz Lombardo las cartas del general Francisco Villa.

En una carta enviada a Díaz Lombardo, el guerrillero decía estar dispuesto a abandonar la guerra de guerrillas y emprender una lucha decisiva contra Carranza, conforme a lo establecido en el plan firmado en Río Florido. La aprobación del Plan de Río Florido por el general Villa causó gran satisfacción a los miembros de la junta, especialmente al general Felipe Ángeles.

Durante una reunión especial a la que fue invitado Gómez Morentín, el licenciado Díaz Lombardo sugirió la conveniencia de que el general Ángeles marchara a territorio mexicano para incorporarse a las filas del nuevo ejército revolucionario que se llamaría "Ejército Reconstructor Nacional".

El general Ángeles apoyó vivamente la idea, indicando que inmediatamente marcharía a México. Sin embargo, tanto Díaz Lombardo como otros miembros de la junta lo hicieron desistir de su propósito, explicándole la conveniencia de que fuera el general Villa quien lo invitara para combatir a su lado.

Ángeles desistió al fin, quedando conforme con la sugestión hecha por varios miembros de la junta de que Gómez Morentín hablara con el guerrillero sobre la necesidad de que el ex director del Colegio Militar se reincorporara a las filas revolucionarias.

Cumplidas las órdenes del general Villa, Gómez Morentín abandonó Nueva York, dirigiéndose a El Paso para cumplir con los últimos encargos.

SERIOS TEMORES POR LA SUERTE DE VILLA

Un mes había corrido desde el día que el general Villa, acompañado de cincuenta hombres, había emprendido el viaje por tierra a la Ciudad de México, donde por medio de un golpe de audacia pretendía capturar al presidente de la República, Venustiano Carranza.

Gómez había cumplido el compromiso de no revelar "ni a la almohada" la ventura del general y desesperaba de no tener noticia alguna a este respecto. Trabajando empeñosamente en las comisiones que le habían conferido, llegó el día del regreso.

Una enorme inquietud se apoderó del comisionado en los últimos días de estancia en El Paso, y cuando una noche, en compañía de dos villistas, salió de la ciudad fronteriza para dirigirse a un punto al norte, donde cruzaría la línea para continuar hasta la región de San José del Sitio, temió por vez primera que algo grave hubiera ocurrido al general Villa, ya que los más convencidos partidarios del guerrillero en El Paso, le habían hecho saber los grandes temores que tenían de que al general le hubiera ocurrido algún percance, ya que hacía muchas semanas que no se tenían noticias de su paradero.

Al cruzar la línea divisoria y en un punto señalado de antemano por medio de los agentes villistas en El Paso, Gómez Morentín se encontró con un grupo de gente armada, que ya lo esperaba.

Gómez interrogó al jefe del grupo sobre el paradero del general Villa, pero el jefe de la partida le contestó:

—Señor Gomitos, hace dos meses que recibimos órdenes de mi general López, para esperar a usted precisamente hoy en este punto; no sabemos más, y ahora tengo que llevarlo al lugar donde me ordenó mi general López.

Gómez se tuvo que conformar con ser conducido hasta la región de San José del Sitio, donde esperaba tener noticias exactas sobre el resultado de la aventura del general.

UNA SORPRESA

Después de varias jornadas, hechas por los más extraviados caminos, la partida revolucionaria llevó al enviado del guerrillero a un pequeño campamento plantado en lo más intrincado de la Sierra Madre.

Otro grupo se encontraba en el pequeño campamento, acompañado del cual, Gómez Morentín continuó de marcha hacia el sur después de un pequeño descanso. Cuarenta y ocho horas después de haber salido del pequeño campamento, en un recodo del camino, Gómez Morentín se encontró frente a frente con el general Francisco Villa, quien montado a caballo y acompañado de dos hombres, sonreía.

—*Mi general!* —exclamó Gómez Morentín, sin volver de la sorpresa.

—*iQuihubo, Gomitos! Han venido muy despacio; desde hace dos horas los vi allá abajo* —contestó el guerrillero, señalando un pequeño valle cruzado por un pequeño arroyo y donde, en efecto, dos horas antes Gómez Morentín había tomado un baño.

Y sin decir una palabra más, el guerrillero volvió grupas y, apretando los ijares de su caballo, marchó al trote por un ancho y pendiente camino que terminó en la parte más elevada de un cerro cubierto de vegetación y desde el cual se podían ver varios ranchitos plantados en un pintoresco valle.

Villa dejó el caballo y, acercándose al borde de un precipicio, tomó los gemelos de campaña y observó atentamente el valle durante varios minutos.

Interrumpió la observación, y entregando los gemelos a Gómez, dijo:

—*Mira aquella polvareda al sur, Gomitos; son los "changos" que me vinieron persiguiendo; pero los dejé muy lejos.*

Y riendo, mientras que Gómez pretendía descubrir con los gemelos el punto indicado, comentó:

—*Hasta ahí les dejo mis huellas...*

EL FRACASO DEL PLAN PARA CAPTURAR A CARRANZA

Villa Tomó del brazo a Gómez Morentín y, haciéndolo sentar sobre una enorme piedra desde donde podía continuar observando los movimientos de los federales, refirió el resultado de la gran aventura que había llevado a cabo.

—*Todo hubiera ido muy bien, Gomitos, a no ser por esos malvados guías que de Aguascalientes p'allá no supieron llevarme por caminos desconocidos para los carrancistas, y ya mero me entregaban en dos o tres veces en manos del enemigo; yo andaba muy incómodo porque esos no son terrenos míos; ahora lo confieso, Gomitos...*

El general volvió a observar, llamó a uno de sus hombres para que saliera a hacer una exploración, y continuó el relato de su aventura:

—*Haciéndonos pasar por defensas sociales de Durango, cruzamos todo el estado; pasamos rozando San Juan del Río y Nombre de Dios, y llegamos casi a Sombrerete; de Sombrerete nos remontamos a la sierra, donde descansamos una semana, y luego seguimos haciéndonos pasar por defensas sociales de Zacatecas. El paso por Zacatecas fue muy pesadito, porque empecé a encontrar la falta de buenos guías. Un guía nos hizo crearle mucha confianza, y aunque soy enemigo de las confiancitas, cuando abrí los ojos estábamos casi a las puertas de Villa Nueva, donde había un destacamento federal que nos hubiera agarrado de sorpresa. Cruzamos la vía del ferrocarril por cerca de Rincón de Romos y ahí empezó lo malo, Gomitos: ya no había guías. Nadie nos quería llevar pa' delante. Ya andaba desanimadito, pero por fin me resolví a seguir por nuestra cuenta. Anduvimos muchos días por la sierra, evitando pasar hasta por las rancherías, hasta que empecé a ver que habíamos perdido la partida y que la capital nos quedaba todavía muy lejos. Descansamos varios días en un punto cercano a los límites de Zacatecas con Guanajuato y San Luis Potosí y luego emprendimos la vuelta. Fracasamos, Gomitos; pero si hubiera tenido guías, no fracasamos, Gomitos, y hubiéramos dado el golpazo en la mera capital. Así que ahora vamos a esperar a los muchachos para emprender una batida de Durango.*

Después el general Villa quedó taciturno. Parecía estar clavado en el suelo. De vez en cuando tomaba los gemelos y buscaba la polvareda en el pequeño valle que se extendía al sur y a varios cientos de metros abajo del campamento.

UNA TANTEADA A LOS "CHANGUITOS"

—En la vuelta —dijo el general, rompiendo al fin el silencio— ya no la pudimos pegar como defensas sociales, porque sentí que habían movilizado varias columnas volantes de changuitos sobre nosotros. Abí por el estado de Durango nos dimos un agarroncito con federales, pero no les quise hacer mucho frente, porque la caballada venía cansada. Como venían pisándonos los talones, resolví borrar nuestras huellas. ¡Ay, Gomitos, cómo me he reído de los changuitos!... Por abí por la región del Florido agarramos el caminito, dejando las huellas de nuestros caballos y les hice una estratagema que me ha hecho reír hasta que ya. Me conseguí cuatro burritos y les amarré en el lomo unas ramas de árbol hasta el suelo. Nosotros íbamos adelante y los burritos atrás, y con las ramas que arrastraban borraban por completo nuestras huellas. Así anduve como media legua y luego me embosqué para ver qué resultado daba la estratagema. Pasó lo que había pensado que pasaría. Los federales llegaron hasta donde estaban nuestras últimas huellas y luego se encontraron con que ya no había nada. Yo los miraba desde un cerrito, mientras que mi gente seguía caminando con mucha ventaja. Los changuitos se volvieron locos de no encontrar más huellas, hasta que al fin, creyendo que yo me había devuelto por el mismo camino, se regresaron hacia el rumbo que traían... ¡Cómo me he reído, Gomitos! Nomás por eso me quedé contento del viajecito. ¡Lo que aprende uno con los años! ¡Nunca se me había ocurrido despistar así a los changuitos! ¿Qué te parece, Gomitos? ¿Qué te parece?

Nuevamente quedó el general en silencio. Una preocupación parecía asaltarle; no perdía de vista la polvareda que se levantaba en el valle y una vez estaba muy al poniente y luego muy al sur y por fin avanzaba hacia el norte.

—Esos federales siguen empeñados en descubrir mis huellas... Yo creía que eran defensas sociales; pero ahora estoy seguro que son federales. Las defensas sociales, como rancheros, caminan más separados y las nubes de polvo son menos gruesas; los changuitos se descubren mucho al enemigo y van siempre uno tras otro. Temo que si no se van ora mismo, tengamos que batirlos mañana, porque mañana va a empezar la concentración de mis muchachos y habrá que darles un empujón para que me dejen abierto el camino al sur.

Villa continuó observando hasta ya avanzada la tarde, hasta que la polvareda se perdió completamente hacia el oriente.

—Perdieron las esperanzas... —comentó el general, sin perder de vista la polvareda que se perdía lentamente en el extremo oriente del valle.

COMENTANDO LOS PROPÓSITOS DEL GENERAL ÁNGELES

Cuando el general quedó satisfecho de su observación, llamó a Gómez Morentín y le ordenó que le leyera las cartas que había traído de Nueva York y El Paso, al mismo tiempo que enviaba a dos individuos para que fueran a la ciudad de Chihuahua a depositar un telegrama dirigido al mesón Trillo-Jaurrieta a fin de que la pareja abandonara la empresa y regresara a reunirse con los revolucionarios.

Gómez leyó la correspondencia que había traído y, al terminar, el general le pidió que le contara detalladamente lo que había visto y oído cerca de los villistas que se encontraban refugiados en los Estados Unidos.

Fue este el momento aprovechado por Gómez Morentín para darle a conocer las opiniones de los miembros de la junta de Nueva York sobre la organización del Ejército Reconstructor Nacional, y, sobre todo, a propósito del proyectado regreso del general Felipe Ángeles.

—Y ¿qué dijo el general Ángeles del plan? —interrogó vivamente Villa.

—Pues mi general Ángeles fue uno de los que lo redactaron —contestó Gómez.

—Con que vamos a ver, Gomitos, con que el general Ángeles se quiere venir conmigo.

—Sí, mi general; y los miembros de la Junta creen que mi general Ángeles puede ser de gran utilidad en la organización del Ejército Reconstructor. Todos opinan que tiene una gran habilidad como organizador y que conoce al dedillo los reglamentos militares —agregó el enviado.

—Sí; Ángeles conoce muchas cosas que yo no conozco... —comentó el guerrillero, y clavando la mira en Gómez, preguntó:

—Y ¿tú qué crees Gomitos?

—Que mi general Ángeles nos sería muy útil, mi general.

—Pos sí; el general Ángeles es muy útil, sabe mucho de leyes, pero no por tanto saber nos haga lo que nos hizo en Monterrey y en León...

DOS DISGUSTOS

Y el guerrillero, serenamente, refirió a Gómez los dos disgustos principales que durante la campaña de 1915 había tenido con el general Felipe Ángeles.

El primer disgusto serio entre los generales Villa y Ángeles ocurrió cuando, como consecuencia de un alarmante mensaje firmado por el ex director del Colegio Militar, quien se encontraba en Monterrey, el guerrillero suspendió la ofensiva sobre las fuerzas carrancistas a las órdenes del general Manuel M. Diéguez, en el estado de Jalisco, para marchar en auxilio de las fuerzas convencionistas que se encontraban en Monterrey.

Alarmado por el avance de los carrancistas sobre el estado de Nuevo León, el general Ángeles envió el mensaje al general Villa. Éste llegó a Monterrey, ciudad que según el mensaje de Ángeles parecía estar sitiada, encontrando que el enemigo se encontraba bien distante y que la plaza no estaba seriamente amagada.

El general Villa reclamó a Ángeles el que le hubiera enviado tan alarmante mensaje, a lo que el ex director del Colegio Militar contestó más o menos en estos términos, según el guerrillero refirió a Gómez Morentín:

—*Mi general: conforme a los artículos tanto más cuantos de la ordenanza militar, esta plaza debería estar guarnecida para poder defenderse con eficacia del enemigo por tanto más cuantos hombres, y solamente tengo a mis órdenes un número apenas suficiente para defender una plaza de tales proporciones. Además la ordenanza manda que el soldado en campaña deberá tener seiscientos cartuchos y actualmente sólo tenemos trescientos por plaza, lo que quiere decir que estamos imposibilitados para detener la ofensiva carrancista.*

El general Villa, profundamente disgustado, contestó a Ángeles:

—*¡General, aquí no estamos con ordenanzas del ejército; somos soldados revolucionarios y lo de las ordenanzas nos sobra!*

El incidente terminó con un fuerte altercado. Explicando el incidente a Gómez Morentín, el guerrillero comentó:

—*Yo no quise seguir disgustándome con el general Ángeles, porque soy su admirador y más que nada porque fue leal amigo de Maderito.*

EL SEGUNDO DISGUSTO

El segundo incidente que produjo la quiebra completa entre Villa y Ángeles, ocurrió a raíz del combate de León. En los momentos más duros, el general Villa advirtió a Ángeles que se iba a hacer cargo de todas las caballerías, con las cuales daría un golpe en la retaguardia de las tropas carrancistas.

—*Mi general, usted quedará como jefe de las infanterías. Usted detiene las desesperadas cargas que darán los carrancistas al sentirse retaguardiados y eso será suficiente para que la victoria sea nuestra* —ordenó Villa durante el famoso combate, a Ángeles.

Villa dio la terrible carga, pero las infanterías no pudieron resistir los desesperados esfuerzos que los constitucionalistas hicieron para derrotar a las tropas de Ángeles y luego iniciar la contraofensiva sobre las caballerías de Villa. Después del combate de León, el general Ángeles se retiró tristemente al estado de Chihuahua y poco después cruzó la frontera de los Estados Unidos.

Cuando el guerrillero terminó de referir a Gómez Morentín la causa por la cual Felipe Ángeles había marchado a los Estados Unidos, dijo:

—*Pos ya ves, Gomitos, todo lo que ha pasado; pero te digo que yo sigo siendo amigo y admirador de mi general Ángeles. Nomás que pase esta campañita que vamos a hacer en Durango, te vas pa' Nueva York y le dices a Ángeles que ya sabe que cuenta con un buen amigo y que se venga pa' que nos ayude en la organización del ejército... ¡A ver qué nos trae de nuevo ahora!*

DE NUEVO CON LOS MUCHACHOS

Al día siguiente, al igual que en la iniciación de la campaña anterior, un vigía apostado en lo más alto del cerro, informaba al general Villa:

—*Mi general, una polvareda al norte.*

—*Es Martín; manden unos exploradores a reconocer a la gente.*

—*Mi general, una polvareda al sur.*

—*Ha de ser Lencho Ávalos; manden unos exploradores a reconocer a la gente.*

Y unas cuantas horas después, el general se encontraba rodeado de sus antiguos muchachos, que, llenos de entusiasmo, regresaban a la lucha. El guerrillero fue saludado jubilosamente por los revolucionarios, y luego celebró una larga conferencia con sus lugartenientes.

Dos días después empezó la guerra de guerrillas que llevó a los villistas hasta el estado de Durango.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 8 de marzo de 1931, año v, núm. 174, pp. 6-7, 15.

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO
DE FRANCISCO VILLA

DOS BUENOS AMIGOS: VILLA Y ÁNGELES.
Cuando se les veía discutir, era que el uno
no aceptaba la táctica militar del otro

CAPÍTULO III

—*¡Como codornices, muchachos!* —ordenó el general Francisco Villa a sus soldados al salir de la región de San José del Sitio para emprender la marcha hacia el sur.

Y empezaron las marchas —las grandes marchas que hicieron famoso a Pancho Villa— de un pueblo a otro pueblo, devorando legua tras legua.

El general caminaba a la vanguardia, aunque de vez en cuando se detenía para ver pasar a su gente, fijándose en todos los detalles.

Durante el tiempo que sus muchachos habían descansado, los espías le habían proporcionado toda clase de informes sobre los destacamentos federales o de defensas sociales. Así sabía el número de soldados de guarnición en cada pueblo, las municiones de que disponían los federales y la condición moral en que se encontraban.

Durante la marcha no dejaba de recomendar a sus lugartenientes:

—*Cuiden mi gente, mi caballada y mis municiones; que no están los tiempos para desperdiciar elementos.*

Poco más de un mes duró la campaña en el norte de Durango. El éxito había sido completo. Las fuerzas revolucionarias regresaron a la región de San José del Sitio, casi sin haber lamentado pérdidas de vida y, en cambio, trayendo grandes elementos para continuar la guerra de guerrillas.

Cuando al llegar a San José del Sitio el general dio órdenes para que inmediatamente se procediera al fraccionamiento, Villa indicó a sus lugartenientes que el próximo lugar de reunión sería en un sitio muy cercano a la ciudad de Chihuahua.

—*La próxima campaña, cuando esté aquí el general Ángeles, la empezaremos en Ciudad Juárez*—dijo el guerrillero a Alfonso Gómez Morentín.

Gómez Morentín, que creía que al llevarse a cabo el fraccionamiento de las fuerzas villistas recibiría órdenes para marchar a Nueva York, fue en esta ocasión detenido por el general Villa.

—*Gomitos*—dijo el general—, *como mi gente se volverá a reunir hasta dentro de dos meses y medio, bien te queda tiempo para que me acompañes unas semanas en la sierra, mientras que llega Trillito a la capital.*

Y por primera vez, Gómez Morentín tuvo la oportunidad de acompañar a Villa, durante el tiempo de fraccionamiento.

EN LAS GOTERAS DE CHIHUAHUA

Villa quedó en la sierra solamente acompañado de Morentín y de cuatro hombres más.

Tres o cuatro días después de haberse fraccionado los rebeldes, el general ordenó a sus acompañantes que ensillaran los caballos para marchar. Por los caminos más extraviados, los que recorría casi con los ojos cerrados, el general anduvo por varios días.

Después de pernoctar en una humilde choza abandonada en la mitad de la sierra, el general le dijo a Gómez:

—*Gomitos, estamos a una jornada de Chihuahua y mañana estaremos casi a las puertas de la ciudad.*

Y en efecto, al día siguiente en la tarde, el grupo hizo alto en un pequeño poblado casi en las goteras de la ciudad Chihuahua.

El general era ya esperado en la casa de uno de los vecinos del pueblo, desde cuya parte más alta se podían ver las luces de la capital del estado. Después de un breve descanso, el guerrillero ordenó al dueño de la humilde casa que diera unas cobijas a uno de sus asistentes, y se internó en el monte.

Aun cuando su gente se encontrara ocupando un pueblo, el general Villa nunca dormía dentro del poblado. Ya entrada la noche, y seguido de varios asistentes, salía del lugar para dormir en el bosque.

Aquella noche no invitó a Gómez Morentín, como en otras ocasiones para que lo acompañara, diciéndole:

—*Gomitos, aquí todos son de mucha confianza, así que puedes quedar durmiendo a gustito en esta casa.*

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Gómez fue despertado por Villa, quien le dijo:

—*Ándale, Gomitos, que tenemos mucho que hacer.*

Gómez no pudo detener su curiosidad y preguntó al guerrillero quiénes eran los habitantes de aquel pueblo en cuyos brazos se entregaba tan confiadamente.

Sonriente, le respondió Villa:

—*Abí donde ves, toda esta gente pertenece a Albino Aranda y ahora está descansando aquí y cuidando esta puerta de Chihuahua...*

Enseguida, el general hizo saber a Gómez que quería hacer algunas cuentas de gran importancia.

Villa le reveló que todas las compañías mineras del estado de Chihuahua le daban anualmente una cantidad fija con la condición de que sus propiedades no fueran molestadas por los revolucionarios.

Por este concepto, las entradas que tenía el general eran de cerca de un millón de pesos al año.

—*Así caminamos bien*—explicó Villa—, *porque con esta contribución de guerra y lo que le quitamos a los carrancistas, podemos continuar la campaña por toda la vida.*

El general llevaba en la memoria las cantidades de cada compañía le había entregado y las cantidades que también le adeudaban.

Tres días permaneció Villa en el poblado, sin preocuparse de que lo vieran los lecheros y carboneros que constantemente pasaban por ahí con rumbo a la ciudad de Chihuahua y respetuosamente le saludaban.

Durante el último día, recibió a un sinnúmero de espías que llegaban de diferentes poblaciones de Chihuahua, para informarle las actividades de los federales.

Ese mismo día dictó varias cartas a Gómez Morentín, diciéndole luego:

—*Gomitos, alístate para que hoy en la noche salgas para los Estados Unidos. Te vas hasta Nueva York y le dices a Ángeles que se venga contigo. Te lo tráis hasta El Paso. Y ahora te voy a decir lo que voy a hacer; te lo guardas como secreto y no se lo vayas a contar ni a la almohada: Voy a tomar Ciudad Juárez y ahí esperaré a Ángeles. No se lo digas ni a mi general, que le quiero dar una sorpresita. Es un hombre que merece cruzar la línea con los honores correspondientes a su rango. ¿No ves que es muy apegado a la ordenanza?*

Horas después, Gómez Morentín se encontraba en marcha hacia el norte, después de haber recibido esta última orden:

—*Tienes que estar en El Paso dentro de cuatro semanas: ese mismo día entraré a Ciudad Juárez.*

EL GENERAL ÁNGELES CRUZA LA FRONTERA

Gómez Morentín cruzó la frontera americana por un punto cercano a Ojina-ga, de donde se dirigió en automóvil hasta Alpine, Texas, población en la que tomó el tren para Nueva York.

Dando varias muestras de satisfacción, el general Felipe Ángeles recibió la invitación del general Villa para trasladarse a territorio mexicano y unirse a las fuerzas revolucionarias.

En la primera semana de diciembre de 1918, conforme a las órdenes del general Villa, Gómez Morentín, acompañando al general Ángeles, llegó a El Paso.

Inmediatamente se puso en contacto con los agentes villistas, quienes ignoraban, o, cuando menos, dijeron ignorar, el lugar donde Villa se encontraba. Sin embargo, veinticuatro horas después de la llegada de Ángeles a la

ciudad fronteriza, los periódicos de El Paso, con grandes caracteres, informaban que había fracasado un ataque a Ciudad Juárez que el guerrillero había preparado hábilmente.

Según las informaciones de los periódicos de El Paso, el general Villa había pretendido repetir la hazaña realizada en 1914 cuando a bordo de un tren lleno de revolucionarios llegó hasta el centro de Ciudad Juárez, sorprendiendo a la guarnición federal.

En 1918, el general Villa, al frente de dos mil tantos hombres habían caído inesperadamente sobre Villa Ahumada, tomando por asaltos dos trenes que se dirigían de Juárez al sur.

Villa había embarcado la gente para marchar sobre la plaza fronteriza, cuando avistó un tercer tren de carga. El maquinista de este tren se dio rápidamente cuenta de la situación y emprendió la fuga, llegando a Ciudad Juárez y dando parte a las autoridades militares de la presencia del guerrillero en Villa Ahumada.

Viéndose descubierto, Villa abandonó el plan, retirándose hacia el sur del estado de Chihuahua donde cayó sobre varias poblaciones de importancia.

Al tener confirmación de la retirada del general hacia el sur de Chihuahua y recibir órdenes para cruzar la frontera sur de Ciudad Juárez, Alfonso Gómez Morentín puso corriente al general Ángeles del proyecto que Villa había tenido.

Dos días después, el 12 de diciembre de 1918, el ex director del Colegio Militar y Gómez Morentín se internaban en territorio mexicano, dirigiéndose a un punto llamado Cuchillo Parado, que se encontraba ocupado por las fuerzas de Albino Aranda. De Cuchillo Parado, Gómez envió un propio al general Villa, informándole que el general Ángeles se encontraba esperándolo ya en territorio mexicano.

EL ABRAZO DE TOSESIUA

Poco después de tres semanas, Gómez Morentín recibió aviso de que Villa esperaba a Ángeles en Tosesiua, Chihuahua.

Cuando Villa y Ángeles se vieron, ambos abrieron los brazos y, estrechándose fuertemente, los dos exclamaron:

—*¡Mi general!...*

—*Mi general, esta guerra de guerrillas le ha sentado bien a usted* —dijo Ángeles a Villa, desprendiéndose de sus brazos.

—*Mi general, esa vida de Nueva York le ha sentado bien* —respondió el guerrillero.

—*No se crea, mi general* —dijo Ángeles—, *esa vida cómoda de buen burgués me ha hecho mucho daño para la campaña; me siento caballero de salón; traigo el cuerpo entumecido, y desde que crucé la línea vengo sintiendo los rigores del invierno que no sentía durante la última campaña que hice a su lado.*

—*Pos mi general* —contestó Villa, sonriente—, *ya sabe que tiene a su disposición buenos caballitos, y como aquí estaremos todo el tiempo que usted disponga, ya puede irse desentumiendo...*

—*Mi general, montaré y haré gimnasia todos los días, pero antes que todo quiero hacerle saber que he venido para ponerme a sus órdenes y que, en consecuencia, es usted el que manda* —dijo el recién llegado.

—*Bueno, bueno, mi general; usted me organiza a la gente y mientras que la organiza, yo seguiré jugando con los changuitos. ¿Qué le parece?*

—*Lo que usted mande, mi general.*

Villa tomó del brazo a Ángeles y lo llevó hasta un lugar apartado, donde estuvieron platicando animadamente durante varias horas.

Mientras los dos generales conferenciaban, Gómez Morentín supo por boca de Jaurrieta y Trillo del resultado de la aventura en la Ciudad de México. Jaurrieta platicó que, conforme a las órdenes del general, habían comprado un mesón en Tacubaya y habían salido a excursionar por los pueblos cercanos a la Ciudad de México como compradores de caballos y mulas.

Un mes había sido suficiente para que lograran acreditar el establecimiento y, según Jaurrieta, la presencia del general Villa en plena capital no hubiera sido descubierta sino hasta el momento de la aprehensión del presidente Carranza.

—*Todo estaba listo; hasta habíamos mandando hacer los cincuenta uniformes de los guardias presidenciales* —dijo tristemente Jaurrieta.

EJERCICIOS PARA ADELGAZAR

Desde el día siguiente de la llegada del general Ángeles a Tosesihua, la vida del campamento sufrió una verdadera transformación.

Ante los doscientos y tantos revolucionarios que se encontraban en el rancho, el general Ángeles hizo que el general Villa corriera. Sin hacer protesta alguna, el guerrillero obedecía al pie de la letra sus órdenes.

—*A ver, mi general, ahora vamos con la carrera de cincuenta metros... Como si fuera usted cadete... Necesita usted adelgazar... Aquí está la línea de arranque...*

Y Ángeles, a grandes pasos, medía los cincuenta metros, parando un soldado al final de la pista, y volviendo al guerrillero, agregaba:

—*Apriete bien los labios; todo el ejercicio con las piernas; haga todos los menores movimientos con el cuerpo para no fatigarse; con los hombros a plomo, mi general, como cuando monta a caballo... Ahora, uno, dos, ¡y tres!...*

Sonriente y obedeciendo como un niño, el guerrillero emprendió la carrera; el general Ángeles lo seguía muy de cerca, ordenando de vez en cuando:

—*No pierda el paso, mi general... Una, dos, una, dos...*

La primera vez el guerrillero se detuvo a la mitad de la carrera. Volvió la vista hacia los oficiales y soldados que atentamente le miraban. Nadie se movía; todos parecían estar sorprendidos de ver al general obedeciendo al pie de la letra las indicaciones del ex director del Colegio Militar.

—*¿Qué le pasó, mi general?* —le preguntó en tono de reproche el general Ángeles al ver que se detenía, añadiendo—: *Ya sé que se cansó.*

—*¿Cansarme, mi general? ¿Cansarme?* —contestó el guerrillero con viveza, reemprendiendo la carrera.

—*Apriete los labios, mi general; todo el ejercicio con las piernas* —repitió Ángeles al reemprender Villa la carrera.

El general Villa renqueaba un poco de vez en cuando; claramente se veía que hacía esfuerzo por llegar victorioso a la meta. Cuando llegó hasta el fin de la improvisada meta, exclamó radiante:

—*Bueno, mi general, ¡hasta que me han hecho correr!...*

Los dos generales rieron de muy buena gana y, tomados del brazo como dos buenos camaradas, regresaron paso a paso.

Después de la primera carrera, el general miró las caras de sus ayudantes y soldados, y, satisfecho, seguro de haber probado que a pesar su enorme cuerpo de campesino era ágil, aceptó correr parejas con el general Ángeles.

Así fueron sucediéndose los días y el general Villa demostraba en toda lección que hacía grandes progresos, no pudiendo ocultar su alegría cuando Angeles le decía:

—*Mi general, tiene usted la resistencia de un cadete del Colegio Militar...*

LOS PLANES DE ORGANIZACIÓN

Cuando terminaba la clase del general Villa, el ex director del Colegio de Chapultepec hacía que todos los oficiales se colocaran en la raya de arranque de la improvisada pista y los hacía correr, primero cincuenta metros, y después cien. Ángeles, incansable, seguía dando clase de gimnasia a los soldados.

El guerrillero no lo perdía de vista y en alguna ocasión tomaba participación directa en el ejercicio. Después de la clase, los dos generales, casi siempre seguidos de varios ayudantes y amigos, se sentaban bajo un sencillo tejado del pueblo. Ángeles explicaba entonces a Villa cómo pretendía organizar las filas del Ejército Reconstructor Nacional.

El nuevo ejército revolucionario –según el proyecto de Ángeles– estaría formado por tercios y cabalgatas, en vez de escuadrones y regimientos. Villa escuchaba atentamente los planes, limitándose a hacer un único comentario:

—*Mi general, usted sabe más que yo en cuestiones de leyes.*

Los días transcurrían pacíficamente en el campamento mientras llegaba la hora de reiniciar la campaña. Las actividades eran cada vez mayores bajo la dirección y el entusiasmo de Ángeles.

ÁNGELES QUERÍA UN MÉXICO NUEVO

No habían pasado más de tres semanas, cuando Villa y Ángeles tuvieron un fuerte choque que por de pronto hubo de interrumpir los ejercicios que el guerrillero hacía todos los días en la mañana.

Desde su llegada a Tosesihua, el general Ángeles hablaba con vehemencia sobre los progresos de los Estados Unidos. Muchos y grandes eran los elogios que hacía del pueblo americano, y solía decir:

—Cuando triunfemos, debemos modernizar a nuestro país; hay que arrancarle todas esas viejas tradiciones que nos hacen vivir medio siglo atrás de la civilización; nuestra tarea debe empezar por arrancar los prejuicios de sexos; esos hogares de un tipo arcaico que abundan en el país, los debemos transformar como los han hecho los americanos... La familia debe constituirse por entendimiento, y no por costumbre....

El general Villa parecía no dar importancia a las palabras de Ángeles, hasta que una noche dijo con energía:

—*Mi general, por lo que parece, usted se me ha agringado... Mire, mi general, vamos derrocando a Carranza y luego dejaremos que el pueblo resuelva por sí mismo sus destinos.*

—*Pero, mi general –contestó Ángeles con serenidad–, ¿no cree usted que desde ahora debemos ir dando a conocer los propósitos de la revolución? Creo, mi general, que debemos levantar la bandera de un México nuevo; si no, vamos a caer en los mismos errores del carrancismo, que no han lanzado una Constitución sin preocuparse por la revolución de la mentalidad de nuestro pueblo.*

El general Ángeles parecía un conferencista, y así disertó por más de una hora. Villa lo dejó hablar, haciendo este final comentario:

—*Mi general, todo está bueno menos que agringue usted a mi pueblo...*

PRIMERO DERROCAR A CARRANZA

Al día siguiente, el general Villa pretextó hacer una exploración y en las primeras horas salió de Tosesihua, volviendo hasta ya entrada la noche.

Como oyera que el general Ángeles continuaba dando conferencias a un grupo de oficiales, Villa, discretamente se escurrió de la reunión, diciendo al oído de Trillo y Gómez Morentín:

—*No se me vayan a agringar también ustedes...*

El último día que los revolucionarios estuvieron en Tosesihua, un fuerte choque ocurrió entre Ángeles y Villa, al que éste puso punto final, diciendo:

—*Mire mi general, vale más que no hablemos más de este asunto. Soy amigo del pueblo americano, pero quiero que antes que todo derroquemos a Carranza y luego dejemos que nuestro pueblo obre conforme a su voluntad...*

Los planes de la nueva campaña, discutidos serenamente entre Villa y Ángeles, mientras la pequeña columna revolucionaria se movía lentamente hacia el occidente, hicieron renacer la armonía entre los dos jefes.

La armonía, sin embargo, duró poco tiempo; la táctica del militar y la audacia del guerrillero fueron la causa de un definitivo distanciamiento.

Durante la marcha de la columna revolucionaria a las órdenes directas del general Villa desde Tosesihua hasta la sierra de Santa Gertrudis, el general Ángeles dijo a Gómez Morentín:

—*Yo no entiendo la tácticas de mi general Villa... ¿En qué código militar se encuentran señaladas esta clase de marchas? Mire, Gómez, he leído las leyes militares*

de todos los países y en ninguna he encontrado algo que indique que las tácticas de mi general Villa son con apego a lo que han dispuesto los grandes técnicos y generales...

En la marcha hacia la sierra de Santa Gertrudis, el general Villa desaparecía por días enteros, yendo algunas veces hacia el sur, otras hacia el norte y por fin, pareciendo retroceder el camino andado. Pocas veces se reunía al grueso de la columna y cuando lo hacía era siempre para informar al general Ángeles sobre los movimientos de los federales y era entonces cuando ambos jefes discutían planes.

Los dos generales siempre platicaban solos y aunque algunas veces llegaban con los oficiales que los seguían a cierta distancia alguna que otra palabra dicha con tono enérgico por el general Villa, jamás se supo de qué hablaban.

Al llegar a la Sierra de Santa Gertrudis, habiendo logrado felizmente evitar todo contacto con los federales al mismo tiempo que borrando todas las huellas de la columna, Ángeles y Villa celebraron una larga conferencia con los lugartenientes del guerrillero. En esta conferencia, los dos jefes empezaron a disentir abiertamente sobre la táctica que debería adoptarse en la campaña.

Mientras que el general Ángeles sostenía que debería atacarse las plazas fuertes que presentaran ventajas, el general Villa insistía en continuar la guerra de guerrillas durante unos cuantos meses más hasta contar con los elementos suficientes para emprender una ofensiva formal.

Los generales llegaron al fin a ponerse momentáneamente de acuerdo al aprobarse que la guerra de guerrillas continuara hasta el mes de abril de 1919. En abril se procedería al fraccionamiento para dar descanso a la gente y a la caballada, al mismo tiempo que para hacerse de más pertrechos, y en junio se iniciaría la ofensiva atacando Chihuahua o Ciudad Juárez.

Durante la campaña de marzo y abril, Villa y Angeles permanecieron en la sierra, mientras los revolucionarios a las órdenes de Martín López atacaban las plazas de poca importancia, dedicándose especialmente a caer sobre los pequeños destacamentos de defensa sociales, o federales.

En los últimos días de abril la concentración se llevó a cabo a unas cuantas leguas al sur de la ciudad de Chihuahua. Con mil quinientos hombres perfectamente armados y municionados, avanzaron por tierra hacia el norte.

Los revolucionarios pasaron rozando los suburbios de la ciudad de Chihuahua, provocando una gran alarma a la guarnición federal, que parecía estar muy ajena a la proximidad de las fuerzas villistas.

Después de un pequeño encuentro a las puertas de la capital del estado y mientras los federales les disparaban unos cuantos cañonazos, los revolucionarios continuaron hacia el norte a lo largo de la vía férrea.

El general Villa ordenó que la vía fuera destruida, y la tarea se llevó a cabo conforme los villistas iban avanzando. De trecho en trecho se iban apilando los durmientes y encima de ellos eran colocados los rieles; el fuego hacía el resto.

Cerca de ochenta kilómetros de vía quedaron totalmente destruidos hasta que los villistas llegaron a una estación donde lograron detener una máquina y dos furgones de carga.

Abordo de los dos carros el general hizo que saliera un grupo de hombres hacia el norte, ordenando que se cuidara de ser descubierto por los federales. La gente fue trasladada así hasta las cercanías de Samalayuca. Los últimos en salir fueron Villa, Ángeles y sus lugartenientes.

Durante el trayecto de Samalayuca, el guerrillero, de acuerdo con el general Ángeles, trazó los planes para el ataque a Ciudad Juárez, determinando que las operaciones quedaran a cargo del general Martín López.

López fue instruido primero por Villa después por Ángeles, para que el ataque a la plaza fronteriza fuera llevado a cabo por el oriente y occidente, a fin de evitar que las balas pasaran a territorio americano.

Villa concentró sus fuerzas en Samalayuca e inmediatamente las hizo avanzar, a las órdenes de López, sobre Ciudad Juárez.

EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA

El tren se detuvo casi a las puertas de Juárez, donde López organizó dos columnas que rápidamente se lanzaron al ataque por los costados de la ciudad.

Acompañado de dos oficiales y de un reducido grupo de soldados, el general Ángeles se retiró hacia un punto de occidente para esperar el resultado del ataque. Villa se retiró también con un reducido número de gente armada hacia un punto de oriente de la plaza amenazada.

Los soldados villistas se precipitaron sobre Juárez con tal decisión que en poco tiempo quedaron dueños de la plaza.

Gómez Morentín permaneció, durante el combate, al lado del general Villa.

El guerrillero no dudó un solo momento del éxito de la empresa, y sólo hizo saber a Gómez sus temores de que los soldados americanos intervinieran en la lucha.

—*No sé qué me da, Gomitos, que pa' la noche los americanos van a estar disgustados con nosotros.*

Tranquilamente esperó el parte de Martín López, que llegó tres o cuatro horas después. López informó a Villa que sus fuerzas ocupaban la ciudad y que los federales a las órdenes del general Francisco González y de los coroneles José Gonzalo Escobar y Francisco del Arco se habían retirado del fuerte Hidalgo.

Villa montó a caballo y después de ordenar a Gómez Morentín que se dirigiera al lugar donde se encontraba el general Ángeles para que le comunicara el resultado de la acción y se concentrara inmediatamente en Juárez, partió al galope seguido de sus ayudantes, al centro de la plaza.

Gómez llegó al lugar donde se encontraba Ángeles, informándole el resultado del combate. El ex director del Colegio Militar indicó a Gómez la conveniencia de que se incorporara al general Villa, agregando que él también partiría momentos después.

Al llegar Gómez Morentín, acompañado de tres soldados, a las primeras calles de Ciudad Juárez, escuchó hacia el centro de la población un fuerte tiroteo; avanzó con grandes precauciones cuando de pronto se encontró con un grupo de federales.

Un minuto después, los dos grupos cambiaban los primeros tiros, optando Gómez Morentín por retirarse hacia el camino por donde debía avanzar el general Ángeles. Gómez alcanzó a Ángeles en los momentos en que montaba a caballo, informándole lo que había pasado, e indicándole la necesidad de esperar nuevos informes del general Villa. Éstos no se hicieron esperar. Villa pidió al general Ángeles, por medio de un ayudante, que rápidamente se concentrara a su campamento.

Cuando los dos generales estuvieron reunidos, el general Martín López les informó que los soldados, al sentirse dueños de la plaza y al ver que los federales se habían retirado al fuerte Hidalgo, se habían dedicado al saqueo, lo cual fue aprovechado por un grupo de soldados federales que, a las órdenes del coronel Del Arco, recuperó la plaza.

INTERVIENEN LOS AMERICANOS

Villa estaba encendido y, con palabras violentas, ordenó a sus lugartenientes que todas las fuerzas fueran reunidas por el lado del hipódromo para realizar el combate a las tres de la tarde, bajo su mando directo.

El combate fue reiniciado con grandes bríos, exactamente a las tres de la tarde. Dos horas después, los villistas avanzaban sobre los federales con paso firme. La victoria era esperada de un momento a otro.

Como a las siete de la tarde, un oficial de órdenes del general López llegó precipitadamente al lugar desde donde los generales Villa y Ángeles hacían observaciones, informando que se había visto a un grupo de soldados americanos cruzar la línea divisoria y avanzar por la retaguardia de las fuerzas villistas. El guerrillero escuchó serenamente el informe del oficial, diciendo al general Ángeles:

—*Mi general, ya me esperaba esto; pero así de seguro como estoy de que hay Dios en el cielo, así de seguro estoy que mis muchachos no han disparado un solo tiro pa'l lado americano.*

Villa ordenó al oficial que partiera inmediatamente y dijera a López que suspendiera las operaciones; que evitara cualquier encuentro con las tropas americanas y que se concentrara con la gente de Samalayuca.

Nuevos informes sobre el avance de los soldados americanos hacia el sur llegaron al general Villa, mientras que serenamente veía cómo los primeros grupos de sus hombres se retiraban poco a poco hacia el sur, hacia el rumbo que había ordenado.

El general Villa pasó la noche en pie junto con el general Ángeles; ya en la madrugada dispuso que Martín López se situara nuevamente en las cercanías de Juárez y en un punto llamado Las Partidas. Pero apenas aclaraba cuando los exploradores le comunicaron que los americanos continuaban avanzando lentamente hacia el punto donde estaban concentrados los villistas.

—*Mi general, ¡los americanos avanzan!* —comunicó Villa a Ángeles.

Los generales se retiraron paso a paso a una loma cercana desde donde podían dominar una gran extensión.

Hacían observaciones los dos jefes, cuando los cañones de Fort Bliss, en El Paso, hicieron fuego. Algunas granadas cayeron y estallaron cerca del lugar donde se encontraban las fuerzas revolucionarias en espera de la orden de ataque a la plaza.

El general Villa se reunió al general López, que lo esperaba en Las Partidas, ordenándole que poco a poco las fuerzas se retiraran por tierra hasta Villa Ahumada.

Villa, acompañado de un grupo de hombres, se retiró también hacia el sur, y al llegar a Samalayuca, tomó el pequeño tren y continuó hacia Villa Ahumada.

UNA SUGESTIÓN OPORTUNA

Desde el momento de haber tenido conocimiento de que los soldados americanos habían cruzado la línea divisoria, el general Villa parecía hondamente preocupado. Al llegar a Villa Ahumada dió nuevas órdenes para que sus hombres siguieran por tierra hasta la hacienda de San Diego.

Ángeles estaba sobrio y parecía rehuir todo encuentro con el guerrillero. Ya en Villa Ahumada y momentos antes de que el general Villa abandonara la población para reunirse con sus tropas en la hacienda de San Diego, Alfonso Gómez Morentín le dijo:

—*Mi general, yo creo que esto no se debe quedar así. Los soldados americanos han invadido el territorio mexicano y aunque usted no tiene derecho para presentar reclamación alguna, si lo tiene, cuando menos, para saber la causa por la cual fuimos cañoneados por el Fuerte Bliss. Creo, mi general, que usted debe pedir una explicación al general Erwin, comandante militar en El Paso.*

—*¿Y qué objeto tiene eso, Gomitos?* —interrogó con viveza el guerrillero.

—*Mi general, cuando menos, saber a qué atenerse... Para saber qué hacer en caso de un nuevo ataque a Juárez o a otra ciudad fronteriza.*

—*A ver, llámame a Ángeles a ver qué opina.*

Hizo Villa que Gómez Morentín repitiera la proposición al general Ángeles, quien desde luego opinó que no solamente era justa, sino necesaria. Convencido por la opinión del ex director del Colegio Militar, el guerrillero nombró a Ángeles para que en compañía de Gómez Morentín se dirigiera a un punto en la frontera con el objeto de conferenciar con el general Erwin.

Ángeles y Gómez Morentín, escoltados por un grupo de hombres, se pusieron inmediatamente en marcha, al mismo tiempo que se enviaba un individuo a El Paso, para poner al corriente de lo que se pretendía hacer, a los partidarios de confianza del general Villa.

Al día siguiente los dos comisionados estaban frente a la línea divisoria. El general Ángeles redactó entonces una comunicación dirigida al general americano, en la que se decía que tenía deseos de celebrar una conferencia con el fin de conocer las causas por las cuales los soldados de los Estados Unidos habían tomado participación en el combate de Ciudad Juárez.

La comunicación terminaba diciendo que la petición era hecha “basado en la camaradería que siempre ha reinado entre los militares de todos los países, y no como el representante de una facción política mexicana”.

CON EL GENERAL ERWIN

Gómez Morentín fue comisionado por Ángeles para ir a El Paso y entregar la comunicación al general Erwin.

El comisionado cruzó la línea divisoria y acompañado de varios agentes villistas que lo esperaban en territorio americano, emprendió el camino a pie hasta un lugar donde don Teodoro Kyriacópulos, amigo personal del general Villa, lo esperaba en automóvil. Gómez informó a don Teodoro el objeto de su comisión, al mismo tiempo que le suplicó lo llevara a la residencia de don Manuel Bonilla, ex secretario de Fomento en el gabinete del presidente Madero y prominente villista, para invitarlo a que tomara parte en las conferencias con el jefe del cuartel general americano.

Ya en la residencia del señor Bonilla, Gómez lo puso al corriente de la situación, invitándolo a tomar parte en la conferencia con el general americano, a lo que accedió don Manuel.

Unos cuantos minutos después, los villistas fueron advertidos por un oficial del cuartel general americano, que el general Erwin los esperaba en su residencia privada.

Los tres villistas fueron recibidos en la residencia del general americano y conducidos a la sala, en la cual, momentos después, apareció un caballero alto y ya de edad madura, quien con tono de gravedad, dijo:

—*General Erwin.*

Los tres caballeros se pusieron de pie y el general preguntó con severidad:

—*¿Quién es la persona que viene de México?*

Gómez Morentín se adelantó y entregó al general Erwin la carta escrita por el general Ángeles.

FRACASO

Sin hacer gesto alguno, leyó muy despacio la carta, diciendo al fin:

—*Los señores harán el favor de pasar al cuartel general dentro de una hora.*

Era cerca de la medianoche cuando Bonilla y Gómez Morentín llegaron al cuartel general. El señor Kyriacópulos se había retirado a su domicilio por acuerdo de los otros comisionados.

Más de tres horas esperaron Gómez Morentín y el ex secretario de Fomento en la antesala del cuartel general americano. Al fin, un oficial los invitó a pasar al despácho del general en jefe.

El despacho, al entrar los dos comisionados, presentaba un imponente aspecto. Tras de una mesa ministerial, estaba de pie el general Erwin. Rodeaban al general americano más de treinta personas, la mayor parte de ellas vistiendo el uniforme militar.

—*¿Quién es la persona que ha venido de México?* —preguntó Erwin con sequedad.

—*Caballero —le dijo el general americano—, informe usted a la persona que firma la carta que usted me ha entregado, que el gobierno americano ha reconocido a un gobierno en México y que, por lo tanto, no puedo dar las explicaciones que se me piden...*

Sin dar tiempo a que Gómez respondiera, el general agregó con mayor severidad:

—*Ahora, caballero, quiero que me diga si usted entró legalmente a los Estados Unidos.*

—*No, señor, crucé la frontera por un lugar cercano a Ciudad Juárez* —contestó Gómez Morentín.

—*Caballero, como usted ha infringido las leyes de migración de los Estados Unidos, me veo en la necesidad de entregarlo al Departamento de Justicia... Míster Johnson* —agregó el general dirigiéndose a un caballero que se encontraba a su vera—, *tiene usted a su disposición al señor...*

—*Alfonso Gómez Morentín...* —interrumpió el aludido.

—*Buenas noches, caballero* —terminó diciendo el general Erwin, mientras que Gómez Morentín era tomado del brazo por el jefe del Departamento de Justicia y conducido a la antesala del cuartel general.

Gómez se despidió de don Manuel Bonilla, y media hora después era conducido en un automóvil hasta Isleta.

EN LIBERTAD

—*¿Por donde cruzó usted la frontera?* —preguntó el jefe del Departamento de Justicia al comisionado villista, al llegar Isleta.

—*Por aquí cerca, míster Johnson* —contestó Gómez.

—*Señor Gómez, como supongo que usted no pretenderá permanecer ilegalmente en Estados Unidos, desde este momento está libre, suplicándole que a la mayor brevedad posible abandone este país.*

Teniendo prisa por ir a informar al general Ángeles sobre el resultado de su comisión, Gómez Morentín anduvo a pie casi toda la noche, y en la madrugada cruzó la línea divisoria, dirigiéndose al lugar donde se había quedado el general Ángeles.

Pero al llegar al lugar de cita, el ex director del Colegio Militar había marchado al sur, habiendo de adado a un grupo de hombres, cuyo jefe informó al delegado que tenía instrucciones de llevarlo hasta el sitio donde estaba el general Villa. Al reunirse con los generales Villa y Ángeles, Gómez les refirió detalladamente el resultado de su comisión.

Ninguno de los generales pareció sorprenderse por la actitud que había asumido el general Erwin. Una resolución fue tomada secretamente por los dos jefes, cuando al día siguiente se separaron, marchando Ángeles hacia el sur al frente de un pequeño grupo, mientras que el guerrillero, con el grueso de la columna, se encaminó al norte del estado de Chihuahua.

Desde que fue iniciada la marcha hacia el norte, empezó a rumorarse entre los soldados que el general Villa se dirigía a la frontera americana y que no sería difícil que atacara algún poblado de los Estados Unidos.

(Continuará el próximo número)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 15 de marzo de 1931, año v, núm. 181, pp. 10-12, 15.

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE
Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA

LA MARCHA FINAL DEL GENERAL VILLA
Después de iniciada la rebelión de Sonora en 1920, el guerrillero
emprendió penosa caminata a través del Bolsón de Mapimí

CAPÍTULO IV

Como los rumores de que el general Francisco Villa preparaba los planes para invadir, al frente de sus huestes, el territorio americano eran más insistentes entre los revolucionarios, Alfonso Gómez Morentín resolvió dar su opinión sobre esta proyectada aventura, al general Villa.

El campamento de los villistas se encontraba a pocas leguas de la frontera americana y no faltó quien informara a Gómez Morentín que diariamente el guerrillero enviaba espías para conocer los movimientos de las fuerzas americanas que vigilaban la línea.

Una noche, Gómez Morentín se acercó hasta el lugar donde estaba recostado el general.

—¿Quién es? —preguntó el general, incorporándose.

—Soy yo, mi general: Gómez Morentín.

—¿Quilombo, Gomitos? ¿En qué andas? —preguntó el guerrillero.

Gómez Morentín se acercó al general, quien envuelto en un cobertor se recostó nuevamente.

—¿Qué noticias me traes, Gomitos? —insistió Villa.

—Mi general, no he podido conciliar el sueño, pensando en un asunto muy grave...

—A ver, cuál es ese asuntito.

—Mi general, se rumora que usted pretende atacar una población americana.

—¿Y quién te lo dijo, Gomitos? —preguntó con curiosidad el general.

—Mi general, lo dice la gente.

—Pos Gomitos, parece que te han dicho la verdad.

—Luego, ¿es cierto, mi general?

—¿Por qué no, Gomitos? Sí pienso invadir Estados Unidos. Ya ves todo lo que nos han hecho los americanos; no se han contentado con reconocer a Carranza, sino que le ayudan con su gente para batirnos sin derecho alguno; ya ves cómo cruzaron la frontera; nos están viendo la cara de tontos y la verdad es que tengo ganas de irles a pelear en su propio terreno. Ya ves que con la punitiva no les hice nada para no comprometer la situación, pero lo que es ora sí estoy dispuesto a todo.

—Pero, mi general, ¿no comprende usted que esta determinación nos haría, quizás perder hasta nuestra nacionalidad?... —sostuvo Gómez.

—A ver, Gomitos, a ver; dame tu opinión, porque tú eres el único que te has atrevido a hablarme así...

—Y mi general Ángeles ¿qué dijo?

—No, al general Ángeles ni le pregunto, porque ya conozco su opinión... —contestó sonriendo maliciosamente el general Villa.

—Yo creo, mi general, que usted debería pedir la opinión de mi general Ángeles —insistió Gómez.

—¿Pa' qué, Gomitos? ¿Tú qué opinas?

Por más de una hora Gómez Morentín habló con el general Villa, quien no quitaba el dedo del renglón.

Gómez le hizo ver entonces la responsabilidad que sobre el guerrillero recaería en caso de que estallara una guerra entre México y los Estados Unidos. Le hizo ver las consecuencias de la guerra. Villa pareció comprenderlo todo en un instante, e interrumpiendo a su amigo, y con toda serenidad, le dijo:

—Gomitos, ni una palabra más; me has convencido...

El general se puso de pie, dio una palmadita en el hombro de Gómez y agregó:

—Gomitos, mañana nos vamos pa'l sur.

UNA NUEVA AVENTURA

Conforme a lo prometido, al día siguiente el guerrillero hizo saber a Gómez Morentín que había enviado un propio al general Felipe Ángeles para que lo esperara en un lugar cerca de los límites de Chihuahua y Durango. Villa, sin duda, acariciaba una nueva y grande aventura.

Unas cuantas horas después, las fuerzas villistas se ponían en marcha hacia el poniente, casi con dirección al estado de Sonora.

Nadie sabía a dónde se marchaba, y las órdenes del general eran de forzar las jornadas. Después de dos largas jornadas hacia el poniente, la columna villista torció al sur, corriendo a lo largo de la Sierra Madre.

El general marchaba a la cabeza de la columna; pero luego, acompañado de varios ayudantes, desapareció por horas enteras, cayendo inesperadamente sobre la retaguardia de sus fuerzas, animando a los rezagados.

En un cerrar y abrir de ojos, los revolucionarios estaban en los límites del estado de Durango, donde se les unió el general Ángeles y continuaron más velozmente hacia el sur. La ciudad de Durango era el objetivo de Villa.

A pesar de los rápidos movimientos que habían llevado a cabo los revolucionarios, los federales descubrieron los planes del guerrillero y por tren enviaron fuertes refuerzos a Durango. Al tener conocimiento de que un tren militar avanzaba de Torreón a Durango, el general Villa resolvió lanzarse primero sobre los refuerzos y luego continuar la marcha sobre la plaza. Ordenó que un tramo de la vía férrea fuera destruido y situó a los soldados cercanos a Durango, en ambos lados de la vía.

La sorpresa de los federales al verse atacados al grito de "¡Viva Villa!" fue enorme y durante unos minutos, atacados por los dos costados del tren, parecieron confundidos.

Pero pasada la primera sorpresa, y al darse cuenta de que los atacantes de uno de los lados del tren no podían avanzar debido a que el terreno, de origen volcánico, impedía el avance de la caballería villista, cargaron toda su gente

hacia ese lado, y lograron hacer retroceder a los revolucionarios, que dejaron el campo cubierto de cadáveres.

Después de derrotar a los ataques de uno de los costados, los federales cargaron furiosamente sobre el otro lado que estaba seriamente amenazado, al grado que los villistas lograron llagar hasta unos cuantos metros de distancia.

Los federales obtuvieron una segunda victoria y el general Villa, quien en compañía de Ángeles observaba el resultado de la acción desde una loma cercana, ordenó la retirada de sus tropas. En la retirada, la última bala hirió mortalmente al general Martín López.

Los villistas se retiraron en orden. El guerrillero desistió de su intento de atacar la ciudad de Durango y, lentamente, emprendió el regreso al norte.

OTRO PARÉNTESIS EN LA CAMPAÑA

Al entrar nuevamente a territorio chihuahuense, Villa dispuso el fraccionamiento de sus fuerzas, señalando como lugar de reunión para la próxima campaña la región de San José del Sitio. Acompañado del general Ángeles y de un reducido grupo de hombres, el general Villa anduvo vagando por la sierra durante cuatro semanas. Un día, el general Ángeles le dijo:

—*Mi general, hasta ahora no puedo comprender su táctica. ¿Por qué estos constantes fraccionamientos que dejan empezadas las campañas?*

—*Mi general* —explicó Villa—, *las campañas son muy duras y, como no tenemos muchos elementos, necesitamos dejar descansar a la gente y a la caballada. ¿Pa' qué nos serviría la gente cansada? Y si la caballada se nos cansa, ¿dónde la reponemos? No es lo mismo ahora que hace cinco años, cuando matábamos caballos por cientos y en unas cuantas horas los reponíamos de las haciendas. Pero ahora, mi general, ya ve usted que no hay caballada en todo Chihuahua y que dentro de poco vamos a tener que meternos a Coahuila o a Nuevo León para proveernos, porque lo que es ya Chihuahua no sirve para hacer revoluciones.*

—*Pero mi general* —insistió Ángeles—, *¿por qué no seguir una campaña pareja, siquiera por seis meses? En seis meses podríamos avanzar mucho y quitar elementos al enemigo; pero resulta que con estos fraccionamientos, daremos lugar a que los carrancistas se rebagan. Además, mi general, este andar errante por las montañas parece muy meritorio para un jefe de guerrillas, pero no para un general en jefe del Ejército Reconstructor Nacional.*

—*Bueno, mi general ¿pos si ya le he dado a usted facultades pa' que organice el ejército, por qué no lo organiza?* —contestó Villa con cierto disgusto.

—*Mi general, porque esperaba el resultado del asalto a Durango, donde le hubiera propuesto a usted que hubiéramos establecido el cuartel general* —agregó el ex director del Colegio Militar.

—*Bueno, mi general, pos espérese pa' la próxima campaña; la gente está a su disposición y haga planes...*

LA ÚLTIMA DESPEDIDA

Ángeles continuó quejándose de las fatigas de la campaña, a la que calificaba de “sacrificio inútil”, hasta que el general Villa le indicó que estaba en libertad para bajar a los valles al frente de un grupo de hombres que le proporcionaría alimentos.

La idea fue aceptada por Ángeles. Varios días después, el ex director del Colegio Militar, acompañado de una docena de hombres armados, abandonaba el campamento.

Los dos generales se abrazaron cariñosamente.

—*Mi general* —recomendó Villa a Ángeles—, *lo espero aquí mismo dentro de cinco semanas, y solamente le encargo que bajen al valle por el lado sur de la sierra pa' que los changuitos no puedan encontrar las huellas de este campamento.*

—*Pierda cuidado mi general, que me haré de elementos en los pueblos vecinos y que regresaré aquí dentro de cinco semanas.*

El general Villa, tristemente, vio cómo el general Ángeles se alejaba. Parecía que presentía que no lo volvería a ver.

Casi todo un día estuvo como clavado el guerrillero en el punto más alto del campamento, siguiendo con la vista la pequeña polvareda que levantaba en su marcha el grupo a las órdenes del general Ángeles.

Durante el tiempo que duró el fraccionamiento, Villa estuvo pendiente de los informes que de vez en cuando le llevaban los exploradores, sobre los movimientos del general Ángeles.

Llegó el día de la concentración, y el guerrillero recibió un propio del general Ángeles, por conducto del cual le hacía saber que había resuelto seguir al frente del grupo, preparando una campaña formal para el invierno de 1919. La resolución de Ángeles fue recibida por el general Villa fríamente.

Concentradas las fuerzas en el campamento del guerrillero, el general Villa dispuso que la mayor parte de su gente amenazara a varios poblados en el norte de Chihuahua, mientras que él, acompañado de unos cuantos hombres, se dirigió hacia el sur, estableciendo su campamento a unos cuantos kilómetros de Parral, Chihuahua.

UNA PELIGROSA COMISIÓN

Al establecer su nuevo campamento casi a las puertas de Parral, llamó a Gómez Morentín y le dijo:

—Gomitos, alístate porque vas a Parral...

—¿A Parral, mi general? —preguntó, sorprendido, Gómez.

—Sí, Gomitos; necesitas ir a recoger unos cuantos miles de pesos que me han ofrecido mis amigos. Vas a ir disfrazado de quesero; ya te tengo todo listo. Vístete luego de rancharo, de esos que venden varilla y quesos, y cuando estés listo me vienes a ver.

Unas cuantas horas después Alfonso Gómez Morentín estaba transformado. Metido en un estrecho pantalón de mezclilla azul, con una camisa de color chillante, con un chaleco bien usado, con una mascada de color verde atada al cuello y un sombrero morrongo. Gómez se presentó ante el general Villa, anunciándole que estaba dispuesto a partir.

Villa lo miró de pies a cabeza y, sonriendo dijo:

—Gomitos, un buen rancharo descubriría que tú no eres varrillero ni quesero. A ver, mírate bien esos botines.

Gómez se miró los botines color bayo y, como no encontraban nada de particular, contestó:

—Mi general, así están ya muy usados!

—Pos precisamente porque están muy usados se descubre que desde que los compraste has traído espuelas... A ver a ver, sube el pie...

Y el general Villa, con el índice, señaló en el talón del botín las huellas de las espuelas.

—¿Qué varrillero o quesero me das que use espuelas, Gomitos? —agregó.

—Tiene razón, mi general... —dijo Gómez Morentín.

—Bueno, Gomitos, te consigues otros botines y ahora dime, ¿traes por ahí una carterita?...

El disfrazado enseñó al general una cartera con algunos apuntes.

—Bueno, Gomitos, arranca las hojitas donde traigas apuntitos que te perjudiquen, y ahora apunta...

Y el general lo hizo que apuntara: “En el rancho fulano, me deben tantos más cuantos pesos; en el rancho zutano, le fié a x y z; en la hacienda tal, dejé a vistas tantas unas cuantas cosas, etc.”

—Ora, Gomitos, si te llegaran a agarrar, ya tienes esta carterita para comprobar que eres varrillero.

Enseguida, el general llamó a uno de sus soldados de confianza, comisionándolo para que sirviera de guía a Gómez Morentín, quien salió momentos después con rumbo a Parral, advertido por el guerrillero de que a una legua encontraría a unos arrieros que le entregarían trescientos quesos.

Conforme a lo indicado por Villa, después de caminar una legua, Gómez Morentín se encontró con los arrieros, quienes le entregaron un burro cargado de quesos.

EN PARRAL

Mientras que el guía arreaba los burros, Gómez, a caballo, continuó hasta Parral, dirigiéndose a la plaza del mercado, donde entregó la mercancía que llevaba a una persona determinada.

Luego se alojó en un mesón y enseguida pasó a cumplir la comisión que el general Villa le había confiado. Reunió hasta diez mil pesos en monedas de oro, y mientras llegaba el momento del regreso al campamento de Villa, ayudado por el guía, enterró el dinero en un hueco de la pared del cuarto que ocupaba, en el mesón.

Cuando terminó de esconder el dinero, tanto él como el guía salieron del mesón: Gómez Morentín para cumplir el último encargo del general y el guía para comprar un cuchillo que dijo necesitar para picar la paja de las bestias.

Gómez regresó al mesón al cabo de una hora y al entrar al cuarto, se sorprendió al ver sobre la mesa un montoncito de monedas de oro. Contó las monedas: eran quinientos pesos exactamente.

Sospechó que algo grave había pasado y rápidamente se dirigió al escondite del dinero; no había una sola moneda. A un lado del escondite encontró un cuchillo nuevo.

Considerándose descubierto por las autoridades, salió inmediatamente del mesón y se dirigió a los amigos que le habían entregado el dinero, dándoles cuenta del suceso y pidiéndoles que practicasen las primeras averiguaciones.

Desde luego, Gómez Morentín sospechó que el ladrón había sido el guía; fundaba la sospecha en el hecho de que el soldado había desaparecido y en haber encontrado al lado del escondite un cuchillo nuevo.

Los amigos de Gómez Morentín llevaron a cabo investigaciones privadas, comprobando que el ladrón había sido el guía, quien esa misma noche había comprado un pequeño guayín, saliendo precipitadamente de la población.

Comprobado que el guía había sido el autor del robo, Gómez Morentín resolvió regresar al campamento del general, para darle cuenta del resultado de la comisión. Aunque sabiendo que el general Villa le haría justicia, Gómez tuvo momentos de duda y estuvo a punto de marchar hacia el extranjero para evitarse la pena de rendir malas cuentas.

Gómez Morentín llegó, por fin al campamento villista, e inmediatamente se hizo presente al general.

—*Quihubo, Gomitos, ¿cómo te fue?* —le preguntó el guerrillero con tono paternal.

—*Mal, mi general, muy mal...*

—*Hombre ¿por qué? No te dieron dinero?*

—*Sí, mi general, me lo dieron, ¡pero me lo robaron!...*

“¡MENOS MAL QUE NO TE MATARON!”

El guerrillero no hizo ningún gesto de sorpresa, diciendo entre dientes:

—*¡Así que el bandido se llevó las alazanas!*

—*No me dejó más que veinticinco alazanas de a veinte pesos cada una, mi general...* —agregó tristemente Gómez Morentín.

—*A ver, Gomitos, a ver, cuéntame todo lo que hiciste desde que llegaste a Parral hasta que te viniste* —pidió el general.

Gómez Morentín refirió todos los detalles del viaje, y al terminar, el general exclamó:

—*Gomitos, ¡vale más que te hayan robado las alazanas y no que te hayan matado!*

—*¿Matado, mi general?* —interrogó Gómez.

—*Mira, Gomitos, el muchacho que se robó el dinero compró el cuchillo, no para cortar la paja de las bestias, sino para matarte. Si tú fueras rancharo, hubieras sabido que no se necesitaba el cuchillo. El muchacho tenía el arma a la mano en los momentos que se estaba embolsando el dinero. Si tú llegas en ese momento, te mata; pero no llegaste, dejó abandonado el cuchillo.*

Como Gómez Morentín pretendiera excusarse por no haber regresado con el dinero, el general interrumpió, y le dijo:

—*Gomitos, no te ocupes más de ese asunto; lo que estaba por suceder, tenía que suceder...*

DIÉGUEZ AL FRENTE DE LA CAMPAÑA

Pocas horas permaneció el general Villa en las cercanías de Parral. Los exploradores que había destacado en diferentes direcciones regresaron al campamento, informando al jefe que el general Manuel M. Diéguez, que se había hecho cargo de la campaña contra los revolucionarios, había destacado varias guerrillas que buscaban por toda la región, desesperadamente, al guerrillero.

Además, Villa tuvo conocimiento de que en el norte de Chihuahua sus fuerzas habían tenido varios encuentros con los federales.

—*Los carrancistas quieren que les dé una sorpresa, ¡y se las voy a dar!* —dijo el guerrillero a Trillo y a Gómez Morentín, después de conocer los informes de sus exploradores.

Horas después, los revolucionarios se pusieron en marcha, y durante la primera jornada pasaron a unos cuantos metros de distancia de las avanzadas de una guerrilla federal, pero a la siguiente fueron descubiertos por tres aviones que a corta altura hacían exploraciones.

Los aviadores, al descubrir a los villistas, se elevaron a gran altura para escapar de los tiros de los revolucionarios, al mismo tiempo que arrojaban un gran número de bombas. Durante todo el día, los aviones estuvieron hostilizando a los revolucionarios y en la noche, el general ordenó que se continuara la marcha hasta llegar en la madrugada a una pequeña alameda.

—*Ora verán los carrancistas cómo sus “voladores” no sirven pa’ la guerra en las montañas* —dijo el general, y ordenó que la gente echara pie a tierra y todos los caballos fueran amarrados a los álamos mientras que los soldados podían dormir, o bien a un poblado cercano, siempre que no lo hicieran en grupo.

Conforme lo había dicho el general, los aviones carrancistas pasaron a corta altura sobre la alameda y se perdieron poco después hacia el norte, sin haber descubierto a los villistas.

A marchas forzadas el grupo revolucionario continuó hasta cerca de la frontera de los Estados Unidos, donde Villa reunió a todos sus elementos, ordenando un nuevo fraccionamiento y señalando como próximo punto de cita el pueblo llamado Cuchillo Parado.

UNA FRACASADA COMISIÓN A EL PASO

Efectuado el fraccionamiento, el guerrillero, con un reducido número de hombres, siguió a lo largo de los límites con los Estados Unidos, y en algunas ocasiones vio pasar a corta distancia a las guerrillas federales que estaban siendo movilizadas por el general Diéguez en todas direcciones.

Llegó hasta unas cuantas leguas al occidente de Ojinaga, Chihuahua, y entonces ordenó a Gómez Morentín que llevara unas cartas a unos amigos en San Antonio y El Paso, y entregara a otra persona cinco mil dólares.

Llevando las cartas y el dinero, Gómez cruzó el río Bravo un poco al norte de Ojinaga y se dirigía a Marfa, Texas, donde pretendía tomar el tren, cuando fue capturado por un grupo de soldados americanos.

El agente villista fue conducido hasta Marfa, donde le fue recogido el dinero y las cartas que llevaba.

Varios días estuvo detenido, hasta cuando el mayor McKinly, jefe del puesto, lo enteró que había recibido órdenes del Departamento del Estado de Washinton, de ponerlo en libertad y de devolverle las cartas y el dinero.

Eran las siete de la mañana cuando Gómez obtuvo su libertad, siendo advertido de que inmediatamente sería llevado a la frontera.

—*Como el dinero está depositado en el Banco y la institución no abre sus puertas hasta las nueve de la mañana, me iré en aeroplano y lo arrojaré en una bolsa de lona en los momentos en que usted llegue a la margen del río*—le aseguró el mayor McKinly.

Exactamente en los momentos que Gómez Morentín, acompañado de los soldados americanos llegaba a la ribera del Bravo, un aeroplano apareció en el horizonte y momentos después volaba a corta altura sobre el grupo, arrojando la bolsa de lona en la cual venían cinco mil dólares en moneda de oro.

LA NUEVA CAMPAÑA

Habiendo transcurrido el plazo que le había dado el general Villa, Gómez Morentín resolvió dirigirse a Cuchillo Parado para informar al guerrillero y recibir nuevas instrucciones.

Al llegar a Cuchillo Parado Gómez se encontró con el general Villa, quien ya hacía los preparativos para la nueva campaña.

El general no pudo ocultar su sorpresa cuando Gómez Morentín le informó sobre la aventura que había corrido. Enseguida, el guerrillero dispuso enviar las cartas por otro conducto, indicando a Gómez que deseaba que tomara parte en la nueva campaña que iba a emprender y que causaría sensación en México.

Mientras tanto, el general Manuel M. Diéguez, anunciaba al país haber logrado exterminar completamente al villismo. El día que el general Francisco Villa leyó las declaraciones de Diéguez, publicadas en un periódico americano de El Paso, fue el día que pasó revista a los mil cien hombres, al frente de los cuales había de emprender una de sus más audaces empresas.

Los villistas salieron de Cuchillo Parado, ya entrada la noche, caminando hasta el amanecer y haciendo el primer alto en plena sierra. La segunda jornada fue hecha en la misma forma y a la tercera el general partió al frente de cincuenta hombres apenas empezó a pardear.

Llegó el general Villa a un pueblo—el primero desde que había salido de Cuchillo Parado—en la madrugada del día siguiente, y desde luego hizo que todos los vecinos se reunieran en una pequeña plazoleta.

Ningún vecino sospechaba que quien e mandaba el grupo fuera Villa.

—*Soy Francisco Villa*—dijo el guerrillero a los vecinos—*y quiero saber quiénes son los hombres más viejos de ese pueblo.*

Seis o siete ancianos avanzaron tímidamente hasta el lugar donde se encontraba el general.

—*Estos viejitos.*—agregó el guerrillero—*van a montar en buenos caballos y se van conmigo, y hasta que regresen, nadie podrá salir de este pueblo; si alguien falta a esta orden, fusilaré a estos hombres que me llevo; si llegan fuerzas federales y los que se quedan denuncian mi paso, los fusilaré también.*

Villa partió llevándose a los seis ancianos reuniéndose con el grueso de sus fuerzas en las cercanías del pueblo. Durante el día, los villistas descansaron y durmieron, y al llegar la noche la marcha fue reemprendida.

INESPERADO ASALTO A MÚZQUIZ

El general Villa avanzó de nuevo con un grupo de soldados, llegando en la madrugada a otro pueblo, donde puso en libertad a los ancianos que había detenido en el pueblo anterior, citando también ahí a los vecinos, haciéndoles ahí a los vecinos la misma explicación y llevándose a otros tantos viejitos.

Fue así de pueblo en pueblo, marchando a lo largo de la sierra con todo género de precauciones. Nadie conocía las intenciones del guerrillero. Era la primera vez que los villistas recorrían esas montañas. Villa, en cambio, no llevaba guías y parecía orientarse con el sol.

Sus lugartenientes trataban de descubrir sus planes, pero el general, que desde la salida de Cuchillo Parado había echado pie a tierra para cambiar de caballo, era una esfinge. En el secreto radicaba seguramente el éxito de su aventura.

A poco más de una semana de marchas terribles, el general llamó una noche a sus lugartenientes y después de señalarles una porción de luces que centelleaban a una distancia no mayor de una legua, les dijo:

—*Que la gente tenga ora el mayor descanso, porque pa' las siete de la mañana vamos a caerles a los changuitos de Múzquiz.*

Frente al campamento villista se encontraba Múzquiz, la llave de una de las regiones mineras más ricas del país.

A las siete de la mañana, los revolucionarios al grito de "¡Viva Villa!", cayeron sobre la guarnición federal de Múzquiz.

El inesperado asalto causó enorme pánico entre los federales; el general Villa se aprovechó de la sorpresa y en menos de media hora era el dueño de la plaza.

Al ocupar Múzquiz, el guerrillero tuvo conocimiento de que el general Felipe Ángeles acababa de ser fusilado. Cuando supo la ejecución del ex director del Colegio Militar, el general bajó tristemente la cabeza y comentó con amargura:

—*Hemos perdido a un buen amigo... Ya le había dicho que esta guerra no hay que andarse con confiancitas...*

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

Tres días permaneció Villa en Múzquiz, habilitándose de los elementos que necesitaban y saliendo tranquilamente por el mismo rumbo por donde había llegado. El regreso al estado de Chihuahua fue hecho con las mismas precauciones, enviando siempre avanzadas sobre los pueblos en los que se detenía en calidad de rehenes a los ancianos.

Las fuerzas villistas llegaron hasta Tosesihua, donde el general dispuso el fraccionamiento.

La toma de Múzquiz sirvió al general Villa para obtener valiosos informes sobre la situación política en la República. La campaña presidencial en la que tomaban parte los generales Álvaro Obregón, Pablo González y el señor Ignacio Bonilla, había sido iniciada con gran vigor. Los informes obtenidos sobre esta lucha hicieron exclamar al guerrillero:

—*¡Para antes del verano tendremos otra bola!*

Al llegar a Tosesihua, ordenó el fraccionamiento de la gente, disponiendo que la próxima reunión se llevara a cabo en la región de Pilar de Conchos, al mismo tiempo que envió varios agentes a la Ciudad de México y El Paso, para que le estuvieran informando sobre el desarrollo de la lucha presidencial.

Mientras que los agentes iban a desempeñar sus comisiones, el general, acompañado de un reducido grupo de hombres, cruzó nuevamente el estado de Chihuahua hasta la región de Pilar de Conchos.

Los espías repartidos en el estado le habían informado sobre los movimientos de fuerzas federales con rumbo a Sonora, lo que no dejó de interesarle vivamente. Sabiendo que las tropas federales tenían puesta toda su atención en las actividades que se desarrollaban en territorio sonorenses, Villa excursionó por varios pueblos.

PADRINO DE 150 MUCHACHOS

Encontrándose descansando un día en Conchos, se le arrimaron cinco mujeres, cada una de las cuales llevaba en el brazo a un muchacho.

—*Mi general*—dijeron casi al mismo tiempo las mujeres—, *venimos a pedirle un favor; mi general...*

—*A ver, a ver, muchachas, ¿de qué se trata?... preguntó afable el guerrillero.*

—*Mi general* —contestó una de las mujeres—, *pos queremos que nos bautice a nuestros hijos...*

—*¿A los cinco?* —preguntó Villa.

—*A todos, mi general* —respondieron las cinco.

—*Anden, anden, pos voy a tener muchas comadritas... Bueno, comadritas, nomás no me pierdan de vista y ya les diré cuándo llamamos al curita de Camargo.*

Las mujeres se retiraron dando muestras de satisfacción. Pero apenas se habían marchado, llegaron otras tantas haciéndole la misma petición.

El general, sorprendido, se dirigió a una de ellas y le preguntó:

—*Bueno, comadrита, haremos compadrazgos, pero ¿por qué se te ocurrió venirme a ver pa' esto?*

—*Ay, mi general* —respondió la mujer, toda cortada— *pos qué quiere usted. Cuando mi marido se jué con usted pa' la campaña de Durango me dijo: Si me matan, que mi general te bautice al muchacho pa' que éste también siga siendo villista; y aquí me tiene, mi general, pa' que usted le eche el agua bendita...*

—*¡Pos si yo no soy el que le echa agua bendita, mujer!...* —contestó el general, riendo.

La noticia de que general Villa iba a bautizar a varios muchachos se esparció por todos los pueblos de la región, y a la vuelta de una semana, eran más de ciento cincuenta los bautizos que el guerrillero tenía que apadrinar.

Villa parecía un hombre feliz, viendo como todos los días llegaban más y más mujeres cargando a sus hijos y pidiéndole que se los apadrinara, y resolvió mandar llamar al cura párroco de Camargo. El cura acudió inmediatamente al llamado del general y al llegar al campamento de Villa, éste le dijo:

—*Curita, alístese porque a la tarde vamos a estar de fiesta. Me va a bautizar a ciento cincuenta muchachos; yo voy a ser el padrino.*

En efecto, en la tarde ordenó que todas las mujeres se pusieran en fila, cargando a sus hijos, en el atrio de la pequeña iglesia del lugar.

El guerrillero se situó a la cabeza de la fila y frente al sacerdote, quien rápidamente cumplía con la sencilla ceremonia.

Cada vez que un muchacho recibía las aguas del bautismo, el guerrillero daba unas palmaditas a la mujer y le decía:

—*Bueno, comadrита, ya sabe que somos compadritos...*

Cuando el bautizo de los ciento y tantos chiquillos terminó, Villa ordenó a un ayudante que repartiera el bolo.

Luego, tomó del brazo al sacerdote; lo llevó a un extremo del atrio y le entregó un morralito con trescientas relucientes monedas de plata de a peso

LA REBELIÓN DE 1920

Días antes de que se iniciara la concentración de las fuerzas revolucionarias de Pilar de Conchos, el general Villa recibió informes sobre la tirantez de relaciones entre el estado de Sonora y el gobierno del centro.

El guerrillero resolvió enviar inmediatamente un propio al gobernador del estado de Sonora, don Adolfo de la Huerta, indicándole que estaba a sus órdenes, incondicionalmente, en caso de que estallara un conflicto.

Villa, seguido de un grupo armado, llevó al propio hasta un punto cercano al Cañón del Pulpito, donde esperaba el resultado de la comisión.

Acababa de partir el propio, cuando el general recibió nuevas noticias: el gobierno del estado de Sonora había suspendido sus relaciones con el gobierno federal.

Un pariente cercano del general fue enviado en sustitución del primer propio, con instrucciones más amplias: el general Villa, en nombre de sus fuerzas, se unía al movimiento armado en contra del gobierno del presidente Carranza.

Tranquilamente esperó el guerrillero el resultado de la comisión enviada a Hermosillo. El comisionado volvió como a los diez días, informando al general sobre la forma entusiasta como había sido recibido por el gobernador De la Huerta, quien aceptó satisfecho la adhesión de los villistas ordenando al comisionado que pasara a Agua Prieta a recibir órdenes del general Plutarco Elías Calles, quien había sido nombrado comandante militar del estado de Sonora.

Calles, por su parte, envió instrucciones al general Villa para que se pusiera en contacto inmediatamente con las fuerzas del general Eugenio Martínez, quien se había sublevado en el estado de Chihuahua.

Cumpliendo estas órdenes del general Calles, el guerrillero trató inmediatamente de ponerse en comunicación con Martínez.

UNA CONFERENCIA CON EL GENERAL CALLES

Triunfante la revolución en unas cuantas semanas, Villa continuó en contacto con el general Martínez, a quien hizo saber que, restablecida la paz en el país y derrocado el régimen de don Venustiano Carranza, había resuelto, salvo que ordenara lo contrario el nuevo presidente don Adolfo de la Huerta, retirarse a la vida privada.

Mientras que entre Villa y Martínez se efectuaban las primeras pláticas sobre este punto, el general Calles llegó a Ciudad Juárez, Chihuahua, de paso para la Ciudad de México.

De Ciudad Juárez, el general Calles envió un mensaje al general Villa, indicándole la conveniencia de que inmediatamente, y acompañado de diez hombres, se dirigiera a la ciudad de Chihuahua con el objeto de tener una conferencia con él o que, en su defecto, enviara un comisionado.

Villa optó por enviar un comisionado: Alfonso Gómez Morentín.

Gómez Morentín hizo saber al general Calles –que había sido nombrado secretario de la Guerra en el gabinete del presidente De la Huerta– que el general Villa no tenía más deseos que retirarse a la vida privada; que se le permitiera residir en Chihuahua o en Parral; que se le reconocieran sus grados a la oficialidad villista que quisiera continuar presentando sus servicios en el ejército, y que fueran licenciados los hombres que desearan retirarse de las actividades militares.

El general Calles escuchó atentamente las proposiciones de Villa, indicando que el gobierno estaba dispuesto a acceder, en principio, a los deseos del guerrillero, sugiriendo solamente la conveniencia de que Villa, en lugar de quedarse en Chihuahua, se trasladara, acompañado de diez hombres, al estado de Sonora, donde podía vivir tranquilamente, ya que en ese estado, según la expresión del secretario de Guerra, “no tenía ni amigos ni enemigos” y que en esas condiciones el gobierno federal estaría en la posibilidad de darle todo género de garantías.

La proposición del secretario de Guerra causó tristeza al general Villa, quien exclamó:

—*¡Todavía me tienen desconfianza!*

UN ATAQUE A PARRAL Y UNA PENOSA MARCHA

Trató de ponerse en comunicación directa con el señor De la Huerta; pero todos los esfuerzos en este sentido resultaron inútiles. Los dos conductos que había usado para dar a conocer al nuevo presidente de la República sus propósitos –el general Eugenio Martínez y el ingeniero Elías Torres– después de varias semanas de espera, no le daban respuesta alguna.

En estas condiciones y mientras la gente estaba reunida esperando órdenes, reunió a sus lugartenientes y les dio cuenta de la situación.

Después, les dijo:

—*Conozco bien a don Adolfo de la Huerta; tengo plena confianza en él; sé que es hombre amante de la paz y he resuelto ponerme en comunicación directa con él, así que luego luego vamos a marchar.*

Nadie preguntó hacia dónde era la marcha; la orden fue cumplida en pocas horas. Los villistas, llevando a la cabeza a su jefe, emprendieron marchas forzadas, cayendo inesperadamente sobre Parral.

Antes de empezar el ataque a la plaza, el general advirtió que solamente necesitaba que fuera ocupado cierto sector, instruyendo a sus lugartenientes para que se ahorrara toda la sangre posible.

Ocupado el sector indicado por el general Villa, éste se dirigió a algunas compañías mineras que no habían cumplido con su compromiso con él.

Las compañías afectadas entregaron al general las cantidades que le debían por concepto de contribución de guerra, e inmediatamente el guerrillero dio órdenes para abandonar la plaza, iniciando luego una de las marchas –y la última también– que los significaron como notable guerrillero.

Sin rumbo fijo, la marcha fue iniciada a través del Bolsón de Mapimí. Era pleno verano; bajo los ardientes rayos del sol y caminando sobre la arenilla brillante y caldeada del desierto inmenso, las fuerzas villistas avanzaron.

Nadie desfallecía.

El general Villa, sonriente, marchando siempre a la vanguardia y muchas veces deteniéndose para animar a la retaguardia, era el primero en dar el ejemplo.

Al quinto día, la situación parecía insostenible; el agua que los soldados llevaban en sus cantimploras se había agotado hacía ya muchas horas. Algunos habían caído del caballo; el general o sus lugartenientes acudían a su lado; los levantaban y los echaban a lomo de mula.

Cuarenta y ocho horas hacía que nadie había bebido ni una gota de agua; el desierto parecía interminable: ni un oasis, ni una esperanza.

—*¡Aquí se acabó Sansón con todos sus filisteos!* —exclamó el general Villa.

(Concluirá el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 22 de marzo de 1931, año v, núm. 188, pp. 2-3, 15.

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO
DE FRANCISCO VILLA

EL FIN DE LA VIDA BÉLICA DE VILLA
Después de una penosa marcha a través del Bolsón de Mapimí,
el guerrillero tomó Sabinas Hidalgo y se rindió al gobierno

CAPÍTULO V

La marcha por el desierto continuó lentamente. El hambre, la sed y la fatiga empezaron a causar las primeras víctimas.

Cuando la situación era más desesperada, el general Francisco Villa alcanzó al general Nicolás Fernández, que marchaba a la vanguardia, y le dijo:

—*A ver, Nicolás, piensa en un rumbo hacia el cual podemos conseguir agua, aunque sea combatiendo.*

El general Fernández se detuvo un instante y después de ver hacia los cuatro puntos cardinales, exclamó:

—*Mi general, me parece que hacia el norte encontramos agua; permítame partir hacia allá y yo le traeré noticias.*

Concedido el permiso, Fernández, acompañado de varios hombres, partió al galope hacia el punto señalado.

La columna hizo un alto. Todas las miradas estaban fijas hacia la pequeña polvareda que levantaban los caballos de Nicolás Fernández y los hombres que lo acompañaban.

Durante dos o tres horas reinó la ansiedad, hasta que la nubecilla de polvo, que se había perdido, reapareció.

—*¡Allá viene Nicolás!* —dijo el general Villa observando con los gemelos, y se adelantó al encuentro de Fernández.

Cuando los dos generales se encontraron, Fernández, llenó de entusiasmo, le informó:

—*Mi general, si seguimos caminando hacia el rumbo que yo llevaba, encontramos agua dentro de cinco horas.*

—*¿Cómo lo sabes, Nicolás?*— preguntó Villa.

—*Mi general, como a dos horas de camino se divisa una pequeña sierra; observé con los gemelos y pude ver cómo constantemente subían y bajaban nubecitas de polvo* —contestó Fernández.

—*¿Y qué quiere decir eso, Fernández?*

—*Mi general, son las manadas que suben y bajan en los lugares donde hay agujajes; tengo la seguridad de no equivocarme, mi general.*

—*Tienes razón, Nicolás.*

Villa emprendió la marcha hacia el punto indicado, al mismo tiempo que ordenó que le siguieran sus fuerzas.

Horas después, los revolucionarios llegaban al Presón de las Mercedes, donde encontraron el preciado líquido.

CAPTURA DE SABINAS HIDALGO

El general Villa ordenó un descanso de varios días. Hacía casi quince días que la columna había salido de Parral, cuando la marcha fue reemprendida con dirección al oriente del país.

Tras de grandes jornadas, los revolucionarios llegaron a la región minera de Rosita, evadiendo cualquier contacto con las fuerzas federales y anuncian-

do, por fin, el general Villa, que el objetivo era Sabinas Hidalgo. Al llegar a las puertas de Sabinas, el guerrillero ordenó a sus lugartenientes que se evitara en lo posible el derramamiento de sangre, cayendo de sorpresa sobre el cuartel y el palacio municipal, y ocupando rápidamente las alturas.

Al mismo tiempo, llamó a Alfonso Gómez Morentín y le dijo:

—*Gomitos, te voy a dar veinticinco hombres para que ocupes con toda rapidez las oficinas del telégrafo. Luego te instalas en el federal, y ahí me esperas.*

El ataque a la plaza fue precipitado, y en unos cuantos minutos, Sabinas Hidalgo quedó en poder de los villistas.

Villa se presentó en las oficinas del telégrafo federal, donde ya se encontraba Gómez, ordenando a éste que inmediatamente se pusiera en comunicación directa con el Palacio Nacional y que pidiera en su nombre una conferencia con el presidente De la Huerta.

Gómez Morentín pidió al telegrafista oficial las debidas contraseñas y momentos después se comunicaba con Saltillo, luego con San Luis Potosí, enseguida con la Ciudad de México y, finalmente, obtuvo la comunicación directa con el Palacio Nacional.

Eran poco después de las ocho de la mañana cuando Gómez Morentín preguntó por telégrafo:

—*¿Se encontrará ahí el señor Presidente de la República?*

—No, el señor presidente llega hasta las nueve de la mañana —contestó el telegrafista del Palacio Nacional.

—*Cuando el señor Presidente llegue —agregó Gómez— favor de decirle que el señor general Francisco Villa se encuentra en la oficina de Sabinas Hidalgo y que quiere tener una conferencia telegráfica con él.*

—*¿El general Villa?* —interrogó el telegrafista de Palacio.

—*El mismo* —confirmó Gómez.

LA CONFERENCIA

Exactamente a las nueve de la mañana, el aparato de la oficina de telégrafos de Sabinas, empezó a llamar.

Cuando las oficinas de Palacio y de Sabinas estuvieron identificadas, el telegrafista de Palacio preguntó:

—*¿Se encuentra ahí el señor general Francisco Villa?*

—Sí, el general Francisco Villa se encuentra en esta oficina... ¿Quién habla?

—El señor presidente de la República se encuentra aquí —contestó Palacio.

—El señor general Villa desea que el señor presidente de la República se identifique... —pidió Sabinas.

Como medio de identificación, el señor De la Huerta recordó al general Villa de alguna plática tenida con él hacía varios años en Torreón. Luego habló sobre las instrucciones que le había enviado por el comisionado que había ido a Hermosillo al iniciarse la revolución de 1920 y, por fin, le dio a conocer el texto de una carta que había enviado por conducto del ingeniero Elías Torres.

—Dígale que por lo que dice estoy seguro que hablo con el señor De la Huerta —ordenó Villa a Gómez Morentín.

Inmediatamente el presidente y el guerrillero iniciaron la conferencia.

La conferencia duró más de una hora; durante ella, el general Villa confirmó sus deseos de retirarse a la vida privada, pidiendo solamente que su gente recibiera varios meses de haberes al quedar licenciada.

Don Adolfo de la Huerta, por su parte, aceptó gustoso los deseos del guerrillero, aprobando el cubrir varios meses de haberes a los villistas que fueran licenciados, así como darles tierras para que se dedicaran a la agricultura.

Para terminar la conferencia, que fue cordialísima en extremo, el presidente de la República suplicó al general Villa que permaneciera en Sabinas, indicándole que ya ordenaría al general Eugenio Martínez, quien había sido nombrado jefe de las operaciones militares en Coahuila, para que inmediatamente se trasladara a la misma ciudad, a ultimar los arreglos.

Al terminar la conferencia, de los ojos del general Villa saltaron dos lágrimas, exclamando:

—*iHasta que al fin hubo un hombre que me comprendiera! Ahora sí ya terminó mi carrera revolucionaria y me voy a convertir en agricultor.*

LOS ARREGLOS CON EL GENERAL MARTÍNEZ

Al día siguiente llegó a Sabinas el general Eugenio Martínez. El general Villa lo recibió con toda confianza y en unas cuantas conferencias quedaron de acuerdo en la forma como había de llevarse a cabo el licenciamiento de los revolucionarios.

El general Martínez propuso —y el general Villa aceptó— que las fuerzas villistas hicieran el viaje en trenes especiales, hasta el estado de Durango, donde habían de ser licenciados.

Pero al dar cuenta el general Villa a sus lugartenientes sobre el acuerdo tenido, la mayor parte de ellos se opuso a que el viaje se hiciera por tren.

—No, mi general; debemos irnos por tierra —dijo el general Nicolás Fernández.

—*iPero Nicolás, si ya hemos quedado de acuerdo con Martínez sobre este asunto!* —respondió el guerrillero.

—*Mi general* —insistió Fernández—, *esta es la única vez que hemos contradicho sus órdenes y esperamos que nos escuche.*

El general Villa aceptó al fin, diciendo a sus lugartenientes:

—*Bueno, pos ora van ustedes con Martínez y le dicen que yo no he querido faltar a mi palabra, pero que ustedes piden que hagamos el viaje por tierra y que yo ya he quedado de acuerdo.*

Martínez, que ya se disponía a marchar hacia la Ciudad de México para informar al presidente de la Huerta sobre el resultado de su comisión, aceptó la proposición de los generales villistas.

Al día siguiente, y por vez primera desde hacía más de cuatro años, el guerrillero, al frente de sus últimas fuerzas, salió de Sabinas Hidalgo para marchar de pueblo en pueblo, donde era aclamado ruidosamente.

En Cuatro Ciénegas —pueblo natal de don Venustiano Carranza—, el presidente municipal salió a recibir al guerrillero hasta las afueras de la población, invitándolo a asistir a una sesión extraordinaria del cabildo, durante la cual fue declarado “huésped de honor de Cuatro Ciénegas”.

Villa estaba conmovido por las manifestaciones de simpatía de que era objeto en las poblaciones por donde pasaba.

A OBREGÓN LE TENÍA DESCONFIANZA

En una ocasión, durante el viaje, Gómez Morentín le preguntó si creía que ya no habría más revoluciones en México.

—*Tanto así, no sé, Gomitos, pero lo que sí te sé decir es que Francisco Villa no volverá a revolucionar. Mira, Gomitos, ya quiero dedicarme a la vida tranquila...*

—*Mi general, y ¿qué opina usted del triunfo de Sonora?* —agregó Gómez.

—¿Del triunvirato, Gómitos?

—Sí, mi general; del señor De la Huerta, del general Obregón y del general Calles...

Villa quedó un momento pensativo y luego, hablando poco a poco, dijo:

—Al general Obregón no le tengo confianza; al general Calles lo considero un hombre de los que saben cumplir su palabra, cuando te dice que es amigo; al señor De la Huerta lo quiero como a un hermano.

Villa repitió esta opinión cuando al llegar a San Pedro de las Colonias, Coahuila, recibió tres cartas: una del presidente De la Huerta, la segunda del secretario de la Guerra, general Calles y otra del general Benjamín Hill.

El presidente de la República confirmaba el acuerdo habido entre los generales Villa y Martínez e insistía en la necesidad de que el guerrillero aceptara los títulos de propiedad de la hacienda de Canutillo.

Los generales Calles y Hill lo felicitaban por haber hecho la paz.

Cuando Villa escuchó la lectura de la carta del general Calles, exclamó:

—Ya ves, Gómitos; bien te decía que el general Calles, cuando es amigo, lo es de veras.

Fue en Tlahualilo, Durango, donde el general Villa aceptó, al fin, que los títulos de la hacienda de Canutillo, que el gobierno federal le daba como lugar de residencia, fuera extendidos a su nombre.

—Lo único que siento es que el pueblo mexicano crea que yo tengo grandes ambiciones y que he dejado las armas por una hacienda... —comentó amargamente el general.

De San Pedro de las Colonias, los villistas continuaron hasta el estado de Durango, donde los representantes del gobierno licenciaron a las fuerzas revolucionarias.

Al mismo tiempo, dieron posesión de la hacienda de El Pueblito al general Albino Aranda; de la de San Isidro al general Nicolás Fernández; de la de San Salvador a Lorenzo Ávalos y de la de Canutillo al general Villa.

Y así terminaron los últimos tres años de la vida guerrera de Francisco Villa.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 29 de marzo de 1931, año v, núm. 195, pp. 12, 14.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

EL ARCHIVO DE LA REVOLUCIÓN

CARTAS PRIVADAS DE ÁNGELES QUE MAYTORENA HA DADO A *LA PRENSA*

Son las más importantes de las que el ex director del Colegio Militar dirigió al ex gobernador de Sonora

LA HISTORIA DE SU EXILIO EN ESTADOS UNIDOS

En estas cartas, Ángeles habla de su penuria y de sus anhelos por dar a su país un gobierno justo

Correspondencia perteneciente al archivo de don José María Maytorena, arreglada y anotada de acuerdo con otros documentos pertenecientes al mismo archivo y explicaciones verbales del propio señor Maytorena, por José C. Valadés, redactor de *La Opinión*.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué opinión tiene usted del Gral. Felipe Ángeles? —preguntó don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, al gobernador del estado de Sonora, don José María Maytorena, pocos días después de la llegada del jefe de la revolución a Hermosillo, en septiembre de 1913.

—Señor Carranza, el general Ángeles es uno de los valiosos elementos con que puede contar la revolución —respondió el gobernador Maytorena.

—¿Qué le parecería a usted que nombrara al general Ángeles ministro de la Guerra, don Pepe? —agregó el Primer Jefe.

—Me parecería muy bien, señor Carranza; el general Ángeles gozaba de toda la confianza del señor Madero, y en alguna ocasión don Pancho me indicó que estaba por nombrar a Ángeles ministro de la Guerra; es un hombre muy culto y goza de gran prestigio entre los revolucionarios... —contestó Maytorena.

—Abundo en sus opiniones... —dijo, finalmente, Carranza.

Pocas semanas después, el general Ángeles llegó a Hermosillo, siendo recibido jubilosamente. El ex director del Colegio Militar de Chapultepec celebró una larga conferencia con don Venustiano e inmediatamente después se anunció que había sido nombrado subsecretario de Guerra.

La causa por la cual Ángeles no se había hecho cargo de la cartera con el carácter de secretario no fue explicada, de pronto, por el Primer Jefe al gobernador de Sonora.

QUIÉN ERA FELIPE ÁNGELES

El general Ángeles había llegado a Hermosillo precedido no solamente de la fama que tenía como militar, sino también como sincero amigo del finado presidente Madero, junto con el cual había estado preso en el Palacio Nacional, hasta unos cuantos minutos antes de la tragedia del 22 de febrero de 1913.

Era Felipe Ángeles originario de Zacualtipán, estado de Hidalgo, hijo del coronel Felipe Ángeles y de doña Juana Ramírez. Nació el 13 de junio de 1869. Su padre tenía una brillante hoja de servicios por las campañas realizadas contra las tropas francesas y después contra el imperio, y había sido jefe político de Zacualtipán por largos años.

Desde su infancia, Ángeles demostró grandes inclinaciones por la carrera militar, y en 1883 vio satisfechos sus deseos cuando su padre lo envió al Colegio Militar, donde pronto había de brillar como uno de los cadetes más aprovechados y, sobre todo, por su aplicación en las matemáticas, al grado que en 1886 suplía en las ausencias al profesor de esta materia.

En 1889 estuvo a punto de ser expulsado del Colegio, como consecuencia de un discurso que pronunció en una solemne ceremonia presidida por el general Porfirio Díaz. Haciendo un cálido elogio de los directores del Colegio, Ángeles deslizó alguna crítica contra los viejos militares, lo que motivó que los aludidos se dirigieran al ministro de la Guerra, acusando al joven cadete de "indisciplina". Pero el mismo Presidente Díaz se interesó por la suerte de Ángeles, haciendo desistir de la acusación presentada a los viejos militares que se creyeron aludidos.

SALE CON EL GRADO DE TENIENTE

Después de ocho años de estudios, el joven Ángeles salió del Colegio Militar con el grado de teniente de ingenieros, y en 1892 fue incorporado al batallón de zapadores, con cuyo cuerpo hizo el trazo y excavación del canal del río Duero, en Zamora, Michoacán.

Dos años después, por orden de la Secretaría de Guerra, fue incorporado con el grado de capitán al cuerpo federal de artillería, iniciando entonces su carrera formal en la ciencia militar. Conquistó la cátedra de matemáticas del Colegio de Chapultepec y después la de balística interior y exterior, materia sobre la cual escribió un libro que fue convertido en texto oficial.

En 1896 fue comisionado a Francia para la inspección del material de artillería Schneider Cannet que adquirió el gobierno mexicano. Encontrándose en Francia fue ascendido a mayor y al regresar al país, un año y medio más tarde, fue encargado del Detall del Colegio Militar.

Cuando fue nombrado miembro de la comisión mexicana enviada a los Estados Unidos a estudiar la nueva pólvora sin humo, inventada por Hudson Maxim, el fallo de la comisión, sostenido, especialmente por Ángeles, fue adverso al inventor.

Al regresar al país, fue ascendido a teniente coronel y nombrado director de la Escuela de Tiro.

En 1998 fue enviado a la Escuela de Aplicación de Fontaineblau, Francia, donde permaneció hasta 1911. Regresó al país ya con el grado de general, siendo nombrado por el presidente Madero director del Colegio Militar.

COMBATIENTE, EXILIADO

Solamente un año permaneció al frente del Colegio. En julio de 1912 fue nombrado jefe de las operaciones en el sur de la República, abriendo una campaña contra los rebeldes zapatistas.

Al estallar el movimiento de la Ciudadela en la Ciudad de México, el presidente Madero fue en su busca en Cuernavaca. Fue preso junto con Madero y pocos meses después era desterrado del país, marchando a Francia para poco después llegar a los Estados Unidos, internándose al estado de Sonora y presentándose a don Venustiano Carranza.

La fama del general Ángeles fue aumentando por su participación en los famosos combates de Torreón y Zacatecas; fue uno de los principales miembros de la Convención de Aguascalientes y asistió a los más grandes combates de aquel entonces.

Después de la derrota de León, al lado del general Villa, se retiró al estado de Chihuahua. Triunfante Venustiano Carranza, de quien ya estaba distanciado, Ángeles cruzó la frontera dispuesto a dedicarse a la vida privada en los Estados Unidos.

En los últimos meses de 1915, numerosos líderes villistas se encontraban en Nueva York. Entre éstos estaban el general Felipe Ángeles y don José María Maytorena. Fue en Nueva York donde Maytorena y Ángeles hicieron un pacto de amistad.

DISPUERTO A CONVERTIRSE EN RANCHERO

El ex director del Colegio Militar confesó a don José María que había resuelto retirarse a la vida privada y que hasta había pensado en comprar un rancho en las cercanías de El Paso, Texas.

—*Abí viviré tranquilo, don Pepe, esperando que llegue el día en que todos los mexicanos nos reconciliemos...* —dijo Ángeles a Maytorena.

Poco tiempo después, hizo saber al ex gobernador de Sonora que se encontraba en la miseria y que quizás tendría que desistir de la compra del rancho por la falta de dinero. Maytorena ofreció entonces al general la cantidad que necesitaba para instalarse en El Paso.

Ángeles, visiblemente conmovido, aceptó el ofrecimiento, indicando que le eran necesarios dos mil dólares para la compra de unas vacas.

Pocas semanas después, los dos amigos se despedían. El uno para marchar a Los Ángeles, donde había fijado su residencia, y el otro para dirigirse a El Paso a realizar su proyecto.

Las primeras cartas de Ángeles a Maytorena, con sus anotaciones hechas por el redactor de *La Opinión*, son las siguientes.

TRABAJABA HASTA CANSARSE

Diciembre 14 de 1915
El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, California

Querido y buen amigo:

Había retardado la contestación a su carta del 4 del presente porque deseaba darle noticias de las señoras sus hermanas; pero por diversas ocupaciones aún no he podido ir a verlas, y por no retardar más mi contestación la envío antes de visitarlas.

En la mañana temprano me voy al rancho: me ocupo en hacer los quehaceres, y me ensucio tanto y me canso a tal grado que en la noche cuando regreso no tengo ganas a veces de ascarme.

Esto aparte de que siempre tengo alguna preocupación. Primero que no tenía un depósito de pasturas, y fue preciso mandar hacer uno con departamentos para alojamiento del toro, de las vacas próximas a dar luz y de los becerritos. Después que era necesario sacar del garaje el automóvil que había yo mandado reparar, y que no tenía dónde meterlo, y fue preciso mandar hacer un garaje. En seguida que la bomba del pozo (que tiene una caldera poderosa para poder dar el vapor necesario para el lavabo y la esterilización de las botellas), está enteramente a la intemperie y se está maltratando, y es necesario hacerle una

casita que le sirva de abrigo. Estoy haciendo esa casita y la lechería: esta última compuesta de una pieza para lavar las botellas, de otra para enfriar y embotellar la leche y de una ordeña.

Además, tengo un familión tremendo y por no vivir en el rancho estamos haciendo más gastos. Para reducirlos voy a construir una casita en el rancho, donde podamos meternos y donde nos alimentaremos con leche y alfalfa (idigo verduras!).

Por no haber tenido desde el principio un depósito de pasturas, voy a tener que comprar éstas ya muy avanzado el invierno.

Y por último, cometí la falta de comprar las vacas muy jóvenes y van a tardarse aún algunos dos, tres o cuatro meses en empezar a dar leche.

Por esto poco que le cuento, comprenderá que estoy un poco ocupado y sobre todo preocupado, y que sea perdonable el que no haya cumplido con mis amigos, y que se me haya pasado el tiempo en ir y venir del rancho a El Paso y de El Paso al rancho.

El mismo día en que llegué a esta ciudad envié con Manuel Bonilla hijo (que en esa época iba todos los días a *El Paso Morning Times* en busca de trabajo) las declaraciones de usted, con algunas instrucciones, para que las publicaran, pero muy probablemente (como lo aseguró Bonilla padre) no quisieron publicarlas porque “no eran sensacionales” y el periódico no se beneficiaba con su publicación.

Como dice usted muy bien, la campaña del general Villa en Sonora fue un fracaso y ya lo tenemos de vuelta en Chihuahua. En este momento corre por las calles el rumor de que fue asesinado por alguno de los suyos. De todos modos, sea esta noticia verdadera o falsa, es casi seguro que dentro de poco tendremos por acá a las tropas carrancistas, en busca de los villistas, y tenga usted por seguro que Ciudad Juárez caerá en poder de los primeros y que tendremos que soportar su enemistosa vecindad.

Mil gracias por su pésame, que me envía con motivo de la muerte de mi queridísimo amigo Gonzalitos. Como usted ya había sabido, tengo también la pena de haber pedido a Cervantes, que envié como mi representante a la Convención de México. Ojalá y Piña no haya perecido también.

Qué quiere usted, estamos de malas, ¡y desgraciadamente no han de parar aquí nuestras desdichas! Pero ya sabe usted también que no hay mal que dure 100 años... Tengo la firme creencia de que no está lejano el día de que se olviden de nosotros, por ocuparse de otros asuntos y de otros amigos.

Y mientras tanto, al mal tiempo hemos de hacerle buena cara.

Escudero decía también que se iba de guerrillero; no me sorprendería leer en los periódicos la noticia.

Tenga la bondad de presentar mis cariñosos recuerdos a toda la familia y usted reciba de la mía y de mi parte un fuerte abrazo.

Felipe Ángeles

Acabando de firmar ésta, recibo su carta del 11 en la que me da su nueva dirección y me pregunta las de Enrique Llorente y Roque González Garza. No sé la de Llorente; voy a escribirle al Hotel Astor por ver si le llega mi carta y me hace saber su residencia. Roque vive en New York, 242 West 7th Street.

Se dice que Francisco Lagos Cházaro y su gabinete venían en camino para Chihuahua y que fueron batidos por los carrancistas en el estado de Zacatecas, pero no tenemos plena confirmación de ese combate, aunque sí la tenemos de la marcha de los convencionistas hacia estas tierras.

Otra vez un cariñoso abrazo y hasta la próxima.

El “amigo Gonzalitos” a quien se refiere Ángeles era el general José Herón González, jefe de las infanterías villistas que atacaron la ciudad de Hermosillo, que se encontraba defendida por los generales Manuel M. Diéguez y Ángel Flores. El general González murió en el ataque registrado unos días antes de la fecha de la carta de Ángeles.

La muerte de Federico Cervantes, que tanto afligía al general Ángeles, había sido solamente un rumor. El ingeniero Federico Cervantes había sido jefe del Estado Mayor del ex director del Colegio Militar.

“Ojalá y Piña no haya perecido también”, dice la carta. El diputado Alberto Piña fue el representante personal del gobernador Maytorena en la Convención de Aguascalientes.

UNA ÉPOCA DURA Y DIFÍCIL

Enero 11 de 1916

El Paso, Texas

Señor General José María Maytorena

Los Ángeles

Mi querido y buen amigo:

Me ha alarmado la noticia vaga de los dolores de cabeza que le causan nuestros enemigos, al grado de que piensa abandonar este país, luego que acabe de

arreglar sus papeles. Me parece que alejarse de este país, le ocasionaría muchos gastos. Ojalá y vea usted que no tiene necesidad de ausentarse.

Antier me hizo saber Miguel Díaz Lombardo que los doctores Garza Cárdenas y Puente le habían dicho que usted escribió una carta a los jefes de Sonora, desde Washington, diciéndoles que en esta última ciudad habíamos acordado la separación de Villa de la jefatura de las operaciones. Yo le dije que usted realmente había escrito una carta a esos jefes en donde hacía esa aseveración; pero que yo le hice notar a usted su inexactitud y que usted había ordenado a su secretario suprimirla.

Acabo de verlo de nuevo y me enseñó una carta que escribió a usted con ese motivo.

Estoy ahora bajo el peso de una gran preocupación. El poco dinero que pude conseguir prestado lo invertí en mi ranchito para ponerme a trabajar y procurar el sustento de mi familia. Anoche vino un señor adinerado y que dice se interesa por mí, a contarme (lo que por otros conductos había sospechado) que ya los carrancistas me consideran en sus manos, porque el terreno que compré está en territorio mexicano, y no tienen que hacer más que enviar por mí (cuando más confiado esté yo) con unos gendarmes o con una escolta de soldados. Empiezo a creer que esto es verosímil (no por la posibilidad, que es segura), sino porque tengan deseos de proceder así, en forma felona, para apoderarse de mí. Tal vez no manden gendarmes, ni soldados; pero sí pueden mandar algunos pelados a plagiarme.

Así tiene usted cómo, por mi precipitación y empeño en ponerme a trabajar y por pretender salvar lo poco que al principio empleo (pues no estaba en estado de sacrificar el dinero, aunque fuera poco), he venido a parar en la ruina segura y en el fracaso de mis esfuerzos por trabajar.

¿Qué haré ahora? ¿Sigo ahí trabajando hasta que vayan a plagiarme? ¿Abandono todo tratando de vender, para que el comprador me dé tan poco que ni el terreno pueda pagar? Estoy construyendo una casita. ¿Suspendo la construcción para que el contratista me exija daños y perjuicios?

Interrumpo esta carta para recurrir al llamado de dos señores que dicen ser zapatistas enviados por Emiliano Zapata hacia usted. Estos señores estaban esperándome en mi ranchito para ofrecerme oficiosamente el mando de las tropas zapatistas y dirigir la campaña contra Carranza. Tenga usted mucho cuidado con ellos, porque me imagino que son espías carrancistas que desean arrancarle pruebas de que viola las leyes de neutralidad. Dicen ellos que en la comunicación que le llevan a usted lo autorizan para que se dirija a mí. Si acaso me escribe usted, que la carta diga tales cosas que no importe que sea leída por las autoridades americanas.

Tenga usted la seguridad de que en México se han de componer las cosas y de que si no todo el campo es de orégano, tampoco es todo de ortigas.

Aquí todo el mundo tiene la seguridad de que Carranza fracasará en poco tiempo, aunque esto me inquieta porque me parece que su fracaso traerá consigo la intervención americana.

Sin embargo, a veces creo que tanto ruido como se está haciendo es únicamente de la política interior de E. U., y va exclusivamente dirigida contra el presidente Wilson.

Pronto hemos de saber en realidad lo que hay detrás de esta agitación agravada por los asesinatos de los americanos en las cercanías de Chihuahua.

Ya sabrá usted la indignación que hay aquí contra todos los villistas y del propósito que tienen de correrlos de la ciudad. Ayer aprehendieron a Díaz Lombardo por vago, por objeto de vejarle. Igual cosa hicieron con otros muchos. A mí aún no me ha llegado mi turno; tampoco al señor Manuel Bonilla.

Reciba para si los más cariñosos saludos de toda la familia y tenga la bondad de presentar mis homenajes a toda la suya.

Felipe Ángeles

Sobre el párrafo de la carta anterior que se refiere a una carta escrita por el señor Maytorena “a los jefes de Sonora”, desde Washington, diciéndoles que “en esta última ciudad habíamos acordado la separación de Villa de la jefatura de las operaciones”, don José María Maytorena ha aclarado así el incidente: Encontrándose el Sr. Maytorena en Washginton y al tener conocimiento de que el general Villa había invadido el estado Sonora, escribió una carta dirigida a los generales José M. Acosta y Francisco Urbalejo, sus lugartenientes, recomendándoles que cooperaran en la campaña al lado del guerrillero duranguense, pero que mantuvieran la independencia de sus tropas.

Temiendo que la carta diera lugar a malas interpretaciones, fue reformada en el sentido que había indicado el general Ángeles, es decir, suprimiendo el párrafo respectivo.

Los comisionados zapatistas mencionados por el general Ángeles no visitaron a D. José María Maytorena, sin que jamás se hubiese a saber si los comisionados habían sido auténticos o no.

QUE NO LO VEAN CON DÍAZ LOMBARDO

Enero 27 de 1916
El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Me parece muy bien que se ausente de esa ciudad para que no perjudique en las gentes que emigran de Sonora y que de pronto no encuentran trabajo. No creo que los carrancistas lo molesten a usted si se aleja un poco de Sonora, saliendo de los estados vecinos al primero. Creo que si empezara usted a hacerse gestiones para establecerse en E. Unidos, aunque éstas no fueran más que simuladas, lo dejarían a usted tranquilo. Que no lo vean a usted con Díaz Lombardo ni con ningún otro connotado convencionista, para que lo crean definitivamente alejado de la política. Por esto tampoco es bueno como me lo indica que vaya a ésa; estoy haciendo una casita en mi ranchito y en marzo nos iremos a vivir a ella; me alejaré de esta ciudad de chismes, como si estuviera a mil leguas y trabajaré con empeño. Creo que si lucho con empeño dos años, no sólo dejaré de fracasar, sino que el negocio marchará brillantemente. Tengo ya tres vaquitas dando leche; otras cuatro que darán leche en febrero, y las demás para más tarde. Como ponemos mucho empeño en que la leche sea pura y limpia, va adquiriendo reputación y tengo asegurados muchos pedidos de gente solvente. Voy a poner también algunas gallinas en el rancho; creo que en eso también incurriré en algunos errores inevitables para un principiante; pero esos errores me enseñarán más que muchos libros, y espero que dentro de poco ya tendré la seguridad de salir bien con las gallinas. Estoy sembrando cinco acres de alfalfa que me ayudarán algo, aunque sea poco.

El horizonte político no lo veo muy nublado y creo que no hemos de tardar mucho tiempo en que volvamos tranquilamente a nuestra patria.

Don Martín Falomir fue con su esposa el domingo pasado a mi ranchito con deseos de comprarme un caballo, el "Von Moltke" que estaba yo guardando para usted. Usted me dirá si se lo mando al señor Falomir para que se lo guarde hasta que pueda enviárselo, de ese modo podrá él montar el caballo sin que le cueste nada y el caballo se beneficiará porque será mejor cuidado que por mí.

Reciba nuestros cariñosos saludos y para toda su familia.

Felipe Ángeles

El primer párrafo de la carta es consecuencia de lo que don José María escribió a Ángeles. El ex gobernador se quejó ante su amigo del asedio de que era víctima por una infinidad de políticos refugiados en Los Ángeles, los que constantemente acudían en su busca para pedirle dinero. El señor Maytorena pensaba entonces marchar a Centroamérica.

CAROTHERS EN ACCIÓN NUEVAMENTE

Febrero 13 de 1916
El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Acaba de estar conmigo en mi ranchito Jorge Carothers, el que por mucho tiempo fue agente confidencial del gobierno de E. U. cerca del general Villa. Me ha extrañado mucho su visita y más porque me anunció que volvería a verme el lunes próximo en el mismo ranchito. Tal vez esas visitas tengan conexión con una noticia de la prensa de que "en un rancho próximo a esta ciudad, perteneciente a un general muy conocido, se conspira".

Por lo que hasta ahora me ha dicho Carothers, me imagino que trabaja o bien por encargo por gobierno americano o bien por interés propio, o tal vez por ambas cosas.

Al imaginarme que trabaja por provecho propio, creo que sus intereses en México están amenazados con el gobierno de Carranza y que procurará que haya un movimiento revolucionario que derribe a Carranza, sin que le importe que ese movimiento sea de los liberales o de los conservadores.

Obrando por cuenta del gobierno americano, querrá saber quiénes violan o tienen intenciones de violar las leyes de neutralidad.

Me dijo que el movimiento anticarrancista de Veracruz y Oaxaca es formidable y que parece que lo encabeza Óscar Braniff, que los amigos de éste esperan que pase algún tiempo para lanzar un plan revolucionario preciso. Que él, Carothers, hace una gira para enterarse de todo y poder aconsejar a su gobierno de lo que sea más conveniente hacer. Le dije que usted y yo teníamos buena amistad y nos escribíamos frecuentemente y que sabía yo que tenía usted la firme resolución de no mezclarse en asuntos revolucionarios.

Él dice que no pudo ver a usted cuando estuvo en Los Ángeles, pero que ahora se dirige hacia allá y lo visitará. Le encargo mucho esté, al recibirlo, muy sobre sí y no aventure expresiones que puedan ser malinterpretadas.

Si alguno lleva carta de recomendación mía (una persona acaba de pedírmela), considero que la he dado sólo por compromiso sin interesarme verdaderamente por la persona recomendada. Aquí me agobian peticiones a pesar que me ven con *overalls* y con el hacha en la mano.

Las calamidades nos agobian frecuentemente. Hoy entraron en la casa del señor Bonilla, donde vivimos, y se llevaron un baúl lleno de la ropa de mi hija y allá en el ranchito a donde dentro de poco nos cambiaremos, quién sabe cuántas calamidades nos esperen. Pero no puedo hacer otra cosa que arriesgar el todo por el todo y confío que hemos de salir con bien.

Termino esta carta porque ahí esta un agente de la policía que viene a investigar lo del robo.

Un abrazo muy afectuoso y hasta la próxima.

Felipe Ángeles

Míster Carothers no logró ver a José María Maytorena en Los Ángeles, pero pocas semanas después logró celebrar con él una corta conferencia en Nueva York. El ex agente confidencial de los Estados Unidos cerca del general Villa hizo saber al señor Maytorena que el movimiento anticarrancista en México estaba tomando grandes proporciones y que, llegado el momento, el ex gobernador de Sonora y otros prominentes políticos refugiados se prepararan a regresar a México para iniciar el movimiento. Carothers sugirió a Maytorena la conveniencia de que fuera él quien se pusiera al frente de la nueva revolución. Finalmente el ex agente confidencial aseguró a don José María que contaba con el apoyo cerca de la Casa Blanca de dos prominentes senadores.

Don José María, quien tenía urgencia de salir de Nueva York, tuvo pocos minutos para hablar con Carothers, limitándose a contestarle que estaba dispuesto a retirarse a la vida privada y que, por lo tanto, no tenía intenciones de regresar al país, y menos como jefe de un movimiento armado.

LA SOLIDEZ DE LOS ENEMIGOS EN EL PODER

Febrero 13 de 1916
El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

En la penúltima carta me dice que se ha puesto usted en cura formal. ¿De qué enfermedad se trata? ¿De su antiguo mal estado del estómago, de su malestar nervioso por el periodo tan prolongado de preocupaciones políticas, militares, sociales y de familia, que le trajo la revolución o de otra nueva?

Deseo que no sea nada serio y le aconsejo que le preste a su curación todo cuidado, convencido de que no hay felicidad posible sin salud y que vale más tener buena salud que disfrutar de los mayores honores y que ser objeto de las adulaciones interesadas de una corte de políticos.

Aunque no me lo dice usted en su última carta, me imagino que el señor don Martín Falomir tuvo escrúpulos de recibir el caballo "Von Moltke", porque primero quiso comprarlo. Voy a hacerle una visita por ver si lo convengo de que lo debe de recibir.

Ayer salió de aquí Piña y como desde luego pensé iba a ver a usted y teniendo en cuenta que es todo un hombre que merece confianza en todos sentidos, le platicué de la visita que recientemente me hizo un personaje político y de una proposición de asociación.

¿Qué opina usted de la solidez de nuestros enemigos en el poder? ¿Será efectiva o estarán próximos a fracasar? Temo que el nuevo movimiento de Félix Díaz no sirva más que para afianzar a Carranza, porque el pueblo debe preferir a un déspota que se dice demócrata a un fantoche que lleva una corte de sabios explotadores.

Mi esposa y todos mis muchachos así como yo, deseamos que se cure pronto y radicalmente y le enviamos a usted y toda su familia nuestros más cariñosos saludos.

Felipe Ángeles

"NO DEBEMOS ACEPTAR A LA PLEBE"

Febrero 13 de 1916
El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Me parece que lo único que nos quedará por hacer si la intervención contra México tiene lugar, será reunirnos todos los amigos y defendernos de todos, de los americanos, de los carrancistas, de los villistas, de los felicistas...

Tendremos especial cuidado de no asociarnos, es decir, de no admitir en nuestro grupo a la plebe, porque una dolorosa experiencia nos ha enseñado que aunque debemos pelear o trabajar por el adelanto de la clase baja, no debemos admitirla en nuestras filas porque seremos cómplices o culpables de sus desmanes.

Si usted aprueba mi idea, escíbame para que nos pongamos de acuerdo en los medios de ejecución, llegado el caso.

No creo que tengamos que internarnos inmediatamente, sino que todavía transcurrirán algunos días o algunas semanas.

Le comunico a usted esto por carta, porque no implica más que un cuidado por nuestro honor y por la defensa de nuestra vida y de ninguna manera un sentimiento de hostilidad contra nadie.

Le envió un estrecho abrazo y quedo en espera de su respuesta.

Felipe Ángeles

(Continuara el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 19 de abril de 1931, año XVIII, núm. 66, pp. 1, 6.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

CARTAS DEL GRAL. FELIPE ÁNGELES

LA REVOLUCIÓN HA TRIUNFADO,
AUN EN EL ÁNIMO DE LOS CONSERVADORES
Lo malo son los revolucionarios, decía Ángeles

CAPÍTULO II

Mientras que en México, derrotadas definitivamente las fuerzas del general Francisco Villa, el gobierno presidido por Venustiano Carranza parecía haberse consolidado, dos grupos, cuya clasificación política será dada en cartas subsecuentes del general Felipe Ángeles, conspiraban desde Nueva York.

Hasta mediados de 1916, ninguno de los dos grupos tenía un plan definitivo de lucha; sólo representaban propósitos para continuar la oposición al gobierno carrancista, usando del medio que presentara más probabilidades de triunfo.

Uno de los grupos, integrado en su mayoría por elementos villistas, estaba dirigido por el licenciado Miguel Díaz Lombardo, ex ministro en el gabinete del presidente Madero y ex ministro también del gobierno de la Convención. Era el licenciado Díaz Lombardo hombre de gran talento y gozaba de toda la confianza del general Francisco Villa.

El otro grupo estaba encabezado por el licenciado Manuel Calero, ex embajador de México en Washington. Este grupo estaba integrado por elementos que habían sido porfiristas —entre ellos figuraban don Ramón Prida, don Óscar Braniff, don Maqueo Castellanos y don Jesús Flores Magón—, pero distanciados primero del gobierno del general Victoriano Huerta y después del gobierno carrancista.

Aunque ambos grupos estaban en constantes actividades, superiores eran las del dirigido por don Manuel Calero. El ex embajador de Washington, escribía folletos, cartas y proclamas y visitaba a los numerosos elementos políticos mexicanos refugiados en diferentes ciudades de los Estados Unidos. No se declaraba por determinado grupo revolucionario, de los varios que operaban en México pero sí fomentaba esos grupos y animaba nuevas expediciones.

INVITACIONES A MAYTORENA

Desde principios de marzo de 1916, don José Maytorena ex gobernador del estado de Sonora, quien se encontraba en Los Ángeles dispuesto a alejarse definitivamente de la política, y todavía más: con el propósito de marchar a algún país de la América Central, empezó a recibir cartas de los conspiradores en Nueva York, invitándolo para que participara en la reuniones que se estaban efectuando con el fin de preparar un nuevo movimiento general en México.

La insistencia de los directores de los grupos y, sobre todo, del licenciado Díaz Lombardo, con quien don José María estaba ligado por una vieja y sólida amistad, hizo que el ex gobernador sonoreense emprendiera el viaje a Nueva York, a fines de abril de 1916.

Encontrándose en Nueva York el señor Maytorena, recibió la siguiente carta del general Ángeles, fechada en El Bosque, nombre del rancho del ex director del Colegio Militar:

Mayo 3 de 1916
El Paso

Señor General don José María Maytorena
Nueva York

Mi querido y buen amigo:

Acabo de recibir la noticia de que mañana pasa por aquí en tren para ir a ver a Ud. nuestro buen amigo Piña y aprovecho su conducto para enviarle esta carta. El Lic. Gaxiola me informó que iba Ud. a parar en N. Y., al Hotel McAlpin, pero estando las relaciones entre México y E. U. tan delicadas y nosotros probablemente muy vigilados, me pareció que no debía escribirle para evitar que se enteraran de mi carta personas extrañas.

Ahora le escribo bajo el peso de una gran pena, entre otras menores. Se acaba de morir aquí un amigo, el Gral. Luna, de congoja y de pobreza.

También estoy con la pena de cómo se resolverá esta crisis internacional: me alienta un poco el no sentir en el pueblo la inquietud o la excitación que preceden siempre a una guerra inminente; eso me hace creer que no habrá guerra. Con cuanto gusto hubiera aceptado su invitación para ir a N. Y., pero estaba y estoy en circunstancias difícilísimas que me privaron del placer de estar con Ud. algunos días y de ver también a nuestros amigos los hermanos González Garza y Enrique Llorente, que están allí, y que me hubiera dado sus impresiones y comunicado sus proyectos.

Le ruego que les dé mis más cariñosos saludos con mis votos fervientes porque la pasen lo mejor que les sea posible, o lo menos mal posible.

Leí con gusto (y estuve enteramente de acuerdo) el folleto que como memorándum enviaron a Carranza y a los elementos civiles y militares. Le suplico les diga también que cuando lo crean conveniente pueden hacer pública mi adhesión a su memorándum, en la forma y fecha que lo crean oportuno.

En mi negocio me va todo lo bien que podría irme; vendo la leche (que es bien poca) que producen mis vaquitas primerizas y con eso podría vivir (aunque pobremente) si no tuviera algunas dificultades que no preví; o que aun previéndolas no pude evitar por arrancado.

1. No creí que las vacas Holstein dieran la leche tan delgada que indispensablemente tendría que comprar otras (como Jersey) para engordarla al grado que exige la ley.

2. No pude guardar lo necesario para comprar las pasturas en la época del año en que son más baratas, y así tener una utilidad que me permitiera hacer mis gastos.

3. No me da el producto lo suficiente para ahorrar lo necesario para pagar el terreno y los intereses del dinero que vale.

Fuera de estas tres deficiencias capitales, todo va bien, porque hice casa, *garage*, lechería, pozo con su bomba, caballeriza, establo y depósito de pasturas (y gallinero) bastante bien para que el negocio vaya prosperando poco a poco hasta convertirse en muy productivo y pueda vivir tranquilamente hasta que san Carranza y san Obregón y san Científicos bajen el dedo.

Por otra parte, he sembrado algunos árboles frutales y el sitio es fértil, pintoresco y agradable, y el terreno va subiendo rápidamente de valor.

Así es que espero, si no fracaso dentro de poco tiempo, vender bien el negocio y devolver el dinero que pedí para establecerme, que se reduce a \$3 200 al Banco, para el terreno, y \$2 000.00 a Ud. para las vacas.

Quisiera yo participar la seguridad que tiene Ud., según me dijo el Lic. Gaxiola, del éxito que tendrá nuestro colaborador el Sr. Gral. Bilimbique, porque una de mis inquietudes consiste en que consolide Barbas de Oquis y su brazo izquierdo.

Empecé esta carta con la mucha tristeza que me dan las penas y mi aislamiento en esta soledad; pero después de esta pequeña plática con un amigo, me he animado y me siento aliviado de un gran peso.

Reciba como siempre los cariñosos saludos de toda mi familia y un estrecho abrazo mío.

Felipe Ángeles

UNA FORMAL INVITACIÓN A ÁNGELES

Tan luego como el ex gobernador de Sonora llegó a Nueva York, el licenciado Díaz Lombardo lo puso al corriente de la situación, indicándole la conveniencia de que todos los elementos revolucionarios constituyeran formalmente una junta que se encargaría de reiniciar un movimiento armado formal en México contra un gobierno de Carranza.

El señor Maytorena se rehusó a tomar participación directa y decisiva en el asunto, sugiriendo entonces la conveniencia de que el general Felipe Ángeles fuera invitado a participar en las reuniones. Con este motivo don José María escribió a Ángeles, quien en respuesta le dijo:

El Bosque, El Paso, Texas
Mayo de 1916

Señor General don José María Maytorena
New York

Mi querido y buen amigo:

Recibí su carta del 7 del presente, que no contesté inmediatamente porque me ha embargado en estos últimos días una inquietud muy grande.

Me pide usted que le diga lo que sepa de las conferencias de Scott-Obregón. Nada sé de ellas con seguridad. He leído lo que dicen algunos periódicos y he escuchado lo que se imaginan algunos amigos. Mi impresión personal al principio fue que las conferencias en cuestión se terminaron porque estaban realizándose en circunstancias inadecuadas, bajo la presión de los sentimientos de los dos pueblos: el americano, con su amor propio de nación poderosa, y el mexicano, con el dolor de su soberanía lastimada y aun vejada.

Creí al principio que esas conferencias se juzgaron inconvenientemente porque se realizaban casi públicamente, teniendo como espectadores a ambos pueblos, los cuales estaban continuamente informados por la prensa de los dos países. Y por inconveniente, creí que se cambiaban por negociaciones diplomáticas, secretas, tranquilas, sin prisa y sin pasión.

Pero ahora, por los comentarios de algunas personas, parece que me equivoqué y en esas conferencias llegaron a un fin satisfactorio para los dos gobiernos. ¿Será también satisfactorio para nuestra patria? En resumen, como dije ya, no sé nada preciso sobre este importante asunto.

Ahora llego al otro asunto de su carta. Me invita a alejarme del peligro a que me expone la vecindad del Río Bravo, y sabiendo que estoy escaso (exhausto) de recursos, me ofrece generosamente su ayuda.

Con cuánto gusto me tomaría unas vacaciones e iría a disfrutarlas con ustedes, y aprovecharía la ocasión para platicar con ustedes, y aprovecharía la ocasión para platicar con nuestros amigos residentes en esa gran ciudad. Sería para mí muy agradable, pero desgraciadamente estoy ahora en grandes apuros que me privan de aprovechar su bondadosa invitación.

No puedo separarme porque yo hago parte del trabajo del rancho, y aunque Alberto es muy trabajador y hace lo más importante, está muy joven para dejarle el mando de los criados y la dirección del negocio.

Por otra parte estoy tan alarmado por la falta de recursos para comprar forrajes y pagar el terreno que el peligro de la vecindad de nuestros enemigos es

enteramente insignificante. Si yo pudiera vender el ranchito sacando siquiera las dos terceras partes de lo que me ha costado, lo haría con todo gusto, pero creo que no encontraría comprador y, además, me da tristeza hacer fracasar un negocio que he emprendido y al que le tengo cariño, porque, por lo menos, me ha servido de ocupación durante algún tiempo.

Lo que yo quise desde que empecé la construcción del ranchito fue tener dónde vivir y trabajar humildemente el tiempo que durara nuestro destierro. Pero como ya he manifestado a usted, mi gran error consistió en no dejarme reserva de dinero y, sin éste, no puedo continuar el negocio y veo con terror la quiebra consiguiente. Esta es la intranquilidad que decía yo al principio de esta carta y que ha retardado mi contestación. Y la he retardado porque no veo más que una solución que me es muy penoso escribírsela y he vacilado mucho en hacerlo. No veo más salvación que la intervención de usted, que es el más bondadoso de mis amigos que cuentan con unos recursos.

¿En qué forma podría usted intervenir?

Podría yo hipotecarle el ranchito para que pudiera yo pagar desde luego el terreno y comprar las pasturas. Podría yo venderle el ranchito con excepción de la casa, para que tuviera yo dónde vivir. O, por último, podríamos asociarnos para que se pudiera fomentar el negocio y hacerlo rendir toda la utilidad que se le puede sacar.

Yo me conformaría con que mi familia pudiera vivir muy pobremente, pero que no tuviera yo necesidad de ir a trabajar a labores que no puedo desempeñar por decoro o por incompetencia física.

Esta última solución es, en mi concepto, la menos gravosa para usted porque las construcciones están hechas de manera de desarrollar el negocio con éxito. El inspector, la primera vez que visitó el ranchito, dijo: "es mucha lechería para tan pocas vacas; necesita usted comprar más, algunas Jersey, porque las solas Holstein dan la leche un poco delgada". Con frecuencia trae visitas a la lechería y dice que es la más limpia y bien establecida.

Si pudiera usted dar una vuelta por este lugar, tal vez le agradaría la fertilidad del terreno, la abundancia de árboles, la misma proximidad del río cuyas aguas se ven brillar a 300 metros, y tal vez se decidiera a entretener el amargo tiempo del destierro criando becerritos y gallinas y segando alfalfa, la hortaliza y los árboles frutales, en colaboración de un amigo que lo quiere mucho. Y así pasaríamos el tiempo, hasta que de nuevo nos abriera sus brazos la patria adorada. Ya comprenderá usted mi intranquilidad, que desde hace varios meses me priva del sueño y me envejece rápidamente, aparte de otras amargas que lluevan en los malos tiempos.

Comprenderá también por qué con pena no acepto la invitación de usted de ir a descubrirme un poco, estando en situación tan aflictiva.

Perdóneme esta carta, y sino puede ayudarme a impedir mi quiebra, no se apene: cada quien tiene sus dificultades y sólo él sabe dónde le aprieta el zapato. Reciba un estrecho abrazo de su amigo y sírvase dar mis más afectuosos saludos al Lic. Gaxiola [Francisco Javier], a Piña y a los demás buenos amigos, cuando los encuentre.

Felipe Ángeles

LAS ACTIVIDADES DE CALERO

Las actividades del licenciado Manuel Calero quedan puestas de manifiesto en la siguiente carta de Ángeles para Maytorena.

Aunque la carta del ex director del Colegio Militar no da detalles sobre la entrevista efectuada con el ex embajador en Washington en la ciudad de Kansas, meses más tarde, el general Ángeles refirió a don José María que Calero le había insinuado que tanto él como sus amigos preparaban firmemente un movimiento revolucionario, y que para el objeto contaban no solamente con posibilidades económicas, sino con la ayuda de altos personajes de gran influencia en los círculos políticos y diplomáticos de Washington.

Calero invitó a Ángeles a participar en ese movimiento que estaba siendo cuidadosamente preparado, sugiriéndole al mismo tiempo que todas las facciones políticas enemigas de Carranza se unieran para tomar parte en la revolución. Ángeles, como se verá por la carta que sigue, declinó cortésmente la invitación, a pesar de la amistad que lo ligaba con Calero.

Junio 8 de 1916
El Paso

Señor General don José María de Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

A punto de partir para a Kansas recibí su última carta con el *check* de 3 000 dólares que tuvo usted la bondad de prestarme.

Me ha causado mucha pena abusar de su bondad induciéndolo a servicio tan grande de que me ha sacado de una grandísima dificultad. Se lo agradezco infinito y espero que pronto nos cambie la suerte y pueda vender el malhadado ranchito para devolverle su dinero.

Al principio dije que salí para Kansas. En efecto, recibí una carta de Calero llamándome urgentemente para esa ciudad para un asunto apremiante. No puede desatenderse su llamado por la forma en que lo hacía y por el servicio que le debo de haberme sacado de las guerras de Huerta.

Creí que el asunto sería importantísimo, pero resultó, a mi juicio, una utopía. Dentro de pronto volverá a Nueva York y quiere platicar con usted, pero desea una carta mía a guisa de presentación, aunque, según me dijo, ya se conocen. Tiene proyecto de asociaciones, que cambia frecuentemente. Se conoce que está desesperado porque ve rota su brillante carrera.

Pasé con él unas cuantas horas y me regresé para ésta. Él regresa a Chicago, a donde asistirá a las sesiones de la Convención republicana, a donde vamos a jugar un terrible albur: si eligen a Roosevelt, probablemente habrá intervención en México. De regreso a New York, probablemente irá Calero a ver a Ud. con una carta mía que haré preceder con otra seguramente secreta, explicativa del asunto y de mi opinión.

Con la expresión de mi agradecimiento reciba un estrecho abrazo y saludos afectuosos para Piña, Gaxiola, Llorente y los hermanos González Garza.

Felipe Ángeles

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL GENERAL ÁNGELES

Los problemas políticos de México eran para el general Ángeles una obsesión; creía encontrar un remedio fácil y efectivo para restablecer la paz del país.

En ninguna carta resumió el ex director del Colegio Militar su pensamiento político tan claramente como en la que va a continuación.

En este corto e interesante ensayo político, el general Ángeles cree firmemente en el triunfo de la Revolución mexicana, negando que el partido conservador, representado en ese entonces por el general Félix Díaz, pueda volver a tener arraigo en el pueblo.

La carta de Ángeles dice el textualmente:

Junio 15 de 1916

El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

Hasta ahora había creído muy posible la consolidación del gobierno de Carranza por cansancio del pueblo mexicano y por el apoyo formidable del gobierno americano.

Con estas dos circunstancias y una política bien marcada, si no de reconciliación, por lo menos de tolerancia, que hiciera la vida llevadera a todos los enemigos, seguida del establecimiento gradual de todas las autoridades, hasta restablecer plenamente el orden constitucional (aunque no fuera más que en la forma), me parecía muy posible la consolidación del gobierno de Carranza.

Pero ahora comienzo a ver que no solamente tiene contra sí la escasez de dinero, sino que la situación se le descompona rápidamente y lo obliga a tomar determinaciones que en lenguaje popular tan gráficamente se llaman "patadas de ahogado".

Nuestros amigos me han juzgado pesimista; no creo que ahora vayan a tacharme de optimista. Confieso, sin embargo, que mi creencia de que Carranza fracasaría irremediabilmente, no es propiamente más que una primera impresión. Me apresuro a comunicársela a Ud. porque creo que en ciertos casos la inactividad es una gran falta.

Voy a decirle en pocas palabras cómo juzgo la cosa pública en nuestro país.

Si en realidad Carranza está para caer, ¿cómo será sustituido?

Muchos creen que Obregón lo reemplazará. Yo no lo creo. Para que Obregón substituya a Carranza sería preciso un convenio secreto, del cual es incapaz Carranza; o bien una rebelión abierta e inmediata de Obregón, acusando al Primer Jefe de llevar la revolución al fracaso, para la cual juzgo incapaz a Obregón; o, por último, una rebelión tardía de Obregón, que tal vez derrocaría a Carranza, pero que llevaría a una lucha agotadora que acabaría por derribar también a Obregón. Para mí, la caída de Carranza traerá consigo indefectiblemente la de Obregón y la de todo el carrancismo.

Si es así, podrían muy bien aprovecharse de esta caída los porfiristas, los científicos y los radicales. Pero tampoco creo que esto sea probable, porque si la nación esta decepcionada de los revolucionarios, no lo está de la revolución; muy al contrario, la revolución ha triunfado, aun en el ánimo de los conserva-

dores, que la toman por bandera. No creo que el pueblo deje de engañarse por proclamas como la de Félix Díaz, y si alguna vez sigue a los conservadores que enarbolan una bandera revolucionaria, no será porque crean en sus promesas, sino porque los juzgue más capaces como hombres de gobierno que a los “recién llegados” revolucionarios.

Ahora bien, si las ideas anteriores son la expresión de la verdad, desde luego surge un problema de urgente resolución. ¿Cómo hacer triunfar en la práctica una revolución que ha triunfado en las conciencias de todos, aun en las de los antiguos revolucionarios?

Para eso es necesario, en primer lugar, que nos asociemos los revolucionarios que no somos salvajes; los que reprobamos los asesinatos, las confiscaciones, las arbitrariedades y el desorden; los que creemos que si nuestras instituciones son democráticas, no deben estar inscritas solamente en nuestras leyes fundamentales, y que deben acabarse para siempre oligarquías, como “la científica”. La aspiración maderista no es una utopía, era la mentida aspiración científica, que con Bulnes decía un discurso memorable: “Después del Señor General Díaz, la ley”.

La piedad para los desheredados no es un dislate político, es la base indispensable para el equilibrio social. De una y otra cosa están convencidos nuestros enemigos políticos y la nación toda. Lo que faltan son hombres desinteresados y civilizados que conviertan en realidad práctica principios axiomáticos, evidentes, sobre todo, después de la revolución.

Se necesitan *leaders* que hagan prescindir a sus partidarios, de grado o por fuerza, de todos los salvajismos y radicalismos que han desprestigiado a los revolucionarios; es necesario hacer agradable la vida, no sólo a unos, sino a todos los mexicanos, y es necesario, por último, constituir un gobierno con personas capaces en todos los ramos de la administración, donde quiera que se encuentren, haciéndolos desempeñar sus empleos con la plena conciencia de que el ejercicio de sus funciones no los convierte en amos, sino en servidores del pueblo.

Decía yo que es necesario, en primer lugar, asociarnos. ¿Y después de asociados? El camino me parece naturalmente indicado, y ya nuestros enemigos, los verdaderos, nos dan el ejemplo; pero el asunto merece mejor oportunidad para ser desarrollado.

Procuraré encontrarla lo más pronto posible.

Reciba un estrecho abrazo de su amigo y los cariñosos saludos de toda mi familia.

Felipe Ángeles

A pesar de que el general Ángeles, al establecerse en El Paso, comunicaba a don José María Maytorena sus deseos de retirarse definitivamente de la política mexicana, por los últimos párrafos de la carta inserta se desprende el interés creciente del ex director del Colegio Militar por la política del país.

Ángeles promete continuar ocupándose de los problemas políticos de México, pero un incidente de gran trascendencia internacional —la expedición punitiva del general John J. Pershing— lo hizo cambiar de opinión y, alarmado, le escribió al señor Maytorena la siguiente carta:

Junio 20 de 1916
El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

Mi última carta fue escrita con un estado de ánimo que sea modificado naturalmente por la crisis actual de las relaciones entre México y los E.U., creada sucesivamente por la nota de Carranza, por la advertencia de Treviño (Gral. Jacinto B.) al Gral. Pershing de que atacaría a las tropas de éste si hacía un movimiento cualquiera que no fuera de retirada, y por el plazo de siete días fijado por Carranza para la evacuación del territorio mexicano por las tropas americanas.

La guerra internacional es inminente y creo (por el plazo fijado por Carranza) que las hostilidades comenzarán a fines de esta semana.

¿Qué haremos entonces?

Permanecer en E.U. sería indecoroso; pero irnos a otra parte, diferente a México, daría lugar a que se nos tachara de no acudir en ayuda de la patria cuando ésta se hallaba en guerra internacional, acción que explotarían con gusto nuestros enemigos. Juzgo que es indispensable ir a México ayudar como podamos. La única indecisión que tengo consiste en si ir con consentimiento de Carranza o sin él.

Al pedirle su consentimiento como jefe del gobierno *de facto*, nos expondríamos a un desaire si no aceptaba (pero entonces toda la responsabilidad de nuestra falta de cooperación caería sobre él), o a que nos tuviera en un puño si aceptaba.

Al ir sin su consentimiento tendríamos muchas dificultades para entrar a México, nos expondríamos a caer en su poder y a que nos fusilaran; pero si

lográbamos formar un cuerpo de tropas, ayudaríamos con más libertad y más a gusto.

Además, ¿por qué lugar penetrar? Podríamos entrar por Sonora, por la costa occidental o por la costa de Veracruz.

No tengo temor de que esta carta llegue a conocimiento de cualquiera autoridad americana, porque cumplimos con una obligación al ir con ayuda de la patria, sin que por ello faltemos en lo más mínimo a nuestros deberes de huéspedes de este país que nos ha dado refugio.

Urge su respuesta y su opinión para obrar y dar una resolución a nuestros amigos que están en El Paso.

Muy afectuosamente.

Felipe Ángeles

ÁNGELES ACEPTA MARCHAR A NUEVA YORK

A esta alarmante carta del general Ángeles, don José María Maytorena contestó diciendo que consideraba que “todos los mexicanos tenían la obligación de salir de los Estados Unidos”.

Pero como el mismo Maytorena comprendiera que esta respuesta a Ángeles no era demasiado clara, el día 29 de julio le escribió nuevamente enviándole las cartas que se habían cambiado con el señor Eliseo Arredondo, embajador de México en Washington.

El señor Maytorena se dirigió al embajador Arredondo en los momentos que parecía inevitable un rompimiento entre los gobiernos de México y Estados Unidos como consecuencia de la expedición punitiva, ofreciendo sus servicios en calidad de soldado.

Arredondo contestó al señor Maytorena que había transcrito su carta al presidente Carranza, quien había contestado indicando que en caso de que estallara una guerra extranjera, los servicios del ex gobernador de Sonora serían inmediatamente aprovechados.

Al dar a conocer esta correspondencia al general Ángeles, don José María le urgíó para que marchara a Nueva York, a fin de que se reuniera al grupo revolucionario encabezado por el licenciado Miguel Díaz Lombardo.

Ángeles, como se verá por la carta que sigue, aceptó, finalmente, la invitación de Maytorena.

Julio 5 de 1916

El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Mi querido y buen amigo:

Recibí sus dos últimas cartas de fechas 28 y 29 de junio.

Varios amigos me han consultado qué deberíamos hacer en caso de guerra entre México y E.U. Creo que es nuestro deber ir a combatir a lado de nuestros compatriotas pero para resolver la consulta de esos amigos quise saber la opinión de Ud., de si debíamos o no requerir el consentimiento de Carranza. Su carta del 28, que fue respuesta a mi consulta, se limitó a decirme que estaba preparado para no continuar en E.U., pero sin decirme si iría a México o a otra parte, y sobre todo, no me decía, en caso de ir a México, si iría con o sin consentimiento de Carranza.

Su carta del 29, a la vez que bondadosamente me hace conocer las cartas cambiadas entre Ud. y Arredondo, me da a conocer la solución porque se decidieron Ud. y nuestro buen amigo Sr. Lic. Díaz Lombardo.

Desde que me escribió Ud. que no se adhería al folleto de los hermanos Gonzáles Garza y de Llorente, porque se podría prestar a la falsa interpretación de una insinuación de acercamiento con Carranza, comprendí que tiene Ud. empeño en que no se crea nunca en tal acercamiento, y su carta aludida del 29 me ratifica ese empeño.

El señor general [Rafael] Buelna opina de modo opuesto. Vino ayer a visitarme y me contó que había pedido servir a México con motivo de la guerra con E.U., pero que serviría aunque no hubiese guerra. Muchos otros han hecho lo mismo, y por lo que me anuncia usted de que la guerra no es eminente (a pesar de las apariencias). Veo que Carranza aprovechó bien esta crisis para semi-conciliar con muchos de sus enemigos.

Según afirma en una de sus notas el Sr. Lansing (secretario de Estado de Estados Unidos), Carranza fomentó las incursiones de mexicanos a Texas (cerca de Brownsville) en septiembre del año pasado, y poco después fue reconocido su gobierno.

En la crisis actual ha estado descortés, amenazador y agresivo en la acción. ¿Daré esa conducta por resultado la retirada de las tropas americanas y un apoyo más decidido que antes? Me sorprendió saber que después de las agresiones de septiembre hubiera sido reconocido, pero ya no me sorprenderá ahora un buen resultado. Si así es, no rehúso aplaudir al señor Carranza.

Agradezco el ofrecimiento de ponerme al corriente de todas sus gestiones para evitar la guerra; espero con ansia sus informes.

No he estado últimamente muy afortunado con lo que los periódicos han dicho que dije y que no dije: todo puede reputarse como falso, lo mismo pseudo-declaraciones, como las pseudo-rectificaciones.

Agradezco infinito la preocupación que han tenido Ud. y algunos de mis amigos, pensando que aquí estoy muy expuesto a un golpe traicionero de mis enemigos, pero la verdad es que ahora yo no me he sentido en peligro. Sin embargo, con el tiempo, puede ser que en realidad lleguemos (mi familia y yo) a estar en peligro. Eso lo sabré yo primero que mis enemigos. Tengo necesidad de platicarle un poco.

Díaz Lombardo me invitó a ir con él, pero no pude aceptar por entonces, y además comprendí que mi colaboración hubiera sido insignificante. Me alegraría mucho que todavía estuviera en ésa Díaz Lombardo cuando llegara yo. Le suplico lo entere de esto y le dé un efusivo abrazo.

Cuando fije mi salida para esa, pondré a Ud. un telegrama que diga simplemente: "Mis sinceras felicitaciones", indicando con eso que el mismo día saldré para N. Y.

Mis más afectuosos saludos para todos los amigos y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de abril de 1931, año v, núm., 230, pp. 10-11.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

MÁS CARTAS DEL EX DIRECTOR DEL COLEGIO MILITAR DE CHAPULTEPEC
A SU AMIGO, EL EX GOBERNADOR DE SONORA, SR. MAYTORENA

CAPÍTULO III

El 12 de julio de 1916 llegó el general Felipe Ángeles a la ciudad de Nueva York, donde fue recibido jubilosamente por el numeroso grupo de exiliados políticos, y especialmente por el grupo villista, representado por José María Maytorena, Miguel Díaz Lombardo, Enrique Llorente, Leopoldo Hurtado y por los hermanos Roque y Federico González Garza.

La llegada de Ángeles reanimó a los desterrados, quienes resolvieron reiniciar los trabajos de la junta revolucionaria.

Dos eran los principales problemas de la junta: la iniciación de un nuevo y formal movimiento armado en México y el nombramiento de un jefe supremo del movimiento.

Sobre el punto, los conspiradores resolvieron, desde las primeras reuniones, no tomar una resolución definitiva sino hasta que pasara el peligro de una guerra con los Estados Unidos, en cuyo caso todos estaban dispuestos a regresar inmediatamente a territorio mexicano.

Sin embargo, sobre el segundo problema, la mayor parte de los asistentes a las reuniones estuvieron conforme en la necesidad de nombrar un jefe que en un momento dado cruzara la frontera de México, para ponerse al frente del movimiento.

El primer hombre señalado como el más viable jefe de la revolución, fue el general Francisco Villa.

Varias reuniones fueron empleadas en la discusión sobre la personalidad del general Villa, y aunque la mayor parte de los exiliados eran villistas, se expuso la necesidad de que fuera otro hombre, que lograra inspirar un poco más de confianza a todas las clases sociales, el que se hiciera cargo del mando supremo de la revolución.

Desechada la ciudadanía de Villa, surgieron las del general Felipe Ángeles y de don José María Maytorena.

ÁNGELES REHÚSA ACEPTAR LA JEFATURA DEL MOVIMIENTO

Terminada la sesión durante la cual Ángeles y Maytorena fueron presentados como candidatos a la jefatura, el ex gobernador de Sonora invitó al general a dar un paseo por las calles de la ciudad.

Era una calurosa noche del mes de julio. Los dos amigos caminaban a pie, muy despacio, por Broadway, cambiando impresiones sobre el futuro de México, cuando Maytorena interrumpió la plática, diciendo a Ángeles:

—General, yo creo que usted debe aceptar la jefatura del movimiento; yo ni siquiera debo figurar como su contrincante. Si usted acepta la jefatura, general, cooperaré con usted en todo.

—Pero don Pepe —contestó rápidamente a Ángeles—, usted no puede rehusarse a aceptar el encargo que le den los amigos. Tengo mis poderosas razones para opinar así, pero la principal es que usted goza de muchas simpatías, que podríamos aprovechar para el movimiento.

—Pero general, usted se olvida que soy un hombre impreparado para la jefatura de una revolución.

—Insisto, don Pepe, en que usted tiene muchas ventajas sobre mí y sobre todos nosotros —agregó Ángeles, explicando—: En primer lugar, usted es un civil; es de los viejos maderistas; tiene partidarios lo mismo entre los científicos que lo estiman porque es un hombre de orden, que entre los revolucionarios, a quienes ha entregado no solamente su corazón, sino también su fortuna. Yo, don Pepe, soy un militar y todos los militares estamos acostumbrados a mandar militarmente. Un militar, aun en un cargo civil, sigue siendo militar. Además, don Pepe, aunque hace mucho que rompí lanzas con el general Obregón, quiero demostrar que sé cumplir con mi palabra empeñada.

El general Ángeles recordó al señor Maytorena, que en una reunión efectuada en Hermosillo, presidida por don Venustiano Carranza y a la que habían asistido numerosos jefes militares, entre los que se encontraba el general Álvaro Obregón, discutiéndose sobre quién sería el candidato de la revolución a la presidencia de la República cuando el régimen del general Victoriano Huerta fuera derrocado, todos los jefes, incluso el general Obregón, habían empeñado su palabra de honor de que ningún militar aspiraría a la presidencia, dando, en cambio, su apoyo a los candidatos civiles.

—Quiero demostrar al señor Carranza, al general Obregón y a todos los que asistieron a esa junta, don Pepe, que el general Ángeles sabe cumplir su palabra empeñada —dijo finalmente el ex director del Colegio Militar.

DOS JEFES, UNO CIVIL Y OTRO MILITAR

Varios días después, se volvieron a reunir los miembros de la junta, para proceder a la designación del jefe de la revolución.

Aunque el señor Maytorena resultó electo por gran mayoría, el ex gobernador de Sonora rehusó aceptar el encargo, exponiendo las mismas razones que había expuesto al general Ángeles. Ante la renuncia de don José María, la junta resolvió, finalmente, que el general Ángeles se hiciera cargo de la jefatura militar, mientras que el ex gobernador Maytorena quedaría al frente de la jefatura civil hasta el triunfo del movimiento.

Las reuniones continuaron hasta los primeros días de agosto, cuando el señor Maytorena tuvo que abandonar la ciudad violentamente, para atender asuntos familiares en Los Ángeles, donde residía habitualmente desde su salida de territorio mexicano.

La primera carta del general Ángeles recibida por Maytorena en Los Ángeles, es la siguiente:

Agosto 20 de 1916
New York

Señor General José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Recibí ayer su carta fechada el 14 del presente. Por ella me enteré de que había llegado a esa ciudad, sin novedad.

Saludaré de su parte a los amigos, como me lo recomienda.

Tengo una sola noticia de algún interés que comunicarle:

Calero, en compañía con Ricardo Molina, Maqueo Castellanos y Flores Magón, va a publicar un folletito de 8 páginas, convocando a todos los mexicanos, con excepción “de los que han cometido actos odiosos que salvan los caracteres de errores o apasionamientos políticos”, para trabajar por el establecimiento del orden constitucional y por la defensa de la soberanía de México.

En ese folletito, Calero reconoce la justicia de la revolución y declara que las necesidades nacionales que la determinaron deben ser honradamente satisfechas. Precisa que estas necesidades son:

1. Supresión de preferencias a determinadas clases;
2. Creación de la pequeña propiedad;
3. Protección a los obreros industriales y agrícolas, y
4. Difusión de la educación popular.

Al hablar de la primera tarea que se proponen (procurar el restablecimiento del orden constitucional), censura duramente al carrancismo; y al referirse a la segunda (defender la soberanía mexicana), ataca a Wilson.

Estoy seguro que Ud. será uno de los primeros que reciban el folletito. No sé cómo piensa lanzarlo a la publicidad, pero me imagino que ha de ser de alguna manera ruidosa y llamativa.

Me escriben algunos amigos inquietos que en México hay ya partidas legalistas, aunque el partido legalista, en realidad, no sea más que una ilusión de algunos muchachos deseosos de salir de la ruina y del destierro.

Mis respetuosos saludos para toda la familia y un abrazo para usted.

Felipe Ángeles

Como se verá por el penúltimo párrafo de la carta del general, éste, a pesar de haber sido nombrado jefe militar, tenía pocas esperanzas de que en esos momentos progresara el “movimiento legalista”.

MÁS PESIMISMO AÚN

En la carta que sigue, todavía es notable el pesimismo del general, explicando también los motivos que tenía para procurar que ninguno de sus amigos se comprometiera con la Liga Nacionalista, organización política fundada en Nueva York por el licenciado Manuel Calero.

Septiembre 13 de 1916
Nueva York

Señor General José María Maytorena
Los Ángeles

Mi querido y buen amigo:

Recibí su carta para el licenciado Calero; la leí; me pareció perfectamente bien, y la entregué inmediatamente. Por dos veces fui a buscar al Lic. para entregársela en propia mano y no habiéndolo encontrado le dejé la carta bajo sobre con recado escrito en el reverso de la cubierta para que no intentara el dependiente enterarse de ella. La carta me pareció bien porque la diplomacia que usted emplea en ella es la que yo también sigo: no comprometerse con ellos, ni echárselos de enemigos.

No he leído las declaraciones de Maqueo Castellanos en las que mencione su nombre y refiera algún compromiso que usted contrajo con él; sólo he leído unas que salieron en el primer número de *El Legalista*, juntamente con otras de don Manuel Bonilla. También leí otras de este señor en *La Nación*, un diario de La Habana, de Márquez Sterling.

Lo que yo sé del viaje de Bonilla a Cuba lo leerá usted en la carta adjunta, que a poco recibí. Lo que yo conjeturo es que le proporcionaron dinero para hacer un viaje de propaganda de sus ideas y que, además, aprovecha el viaje para conseguir, o más bien dicho, buscar trabajo. Con motivo de este viaje recibí una carta de Díaz Lombardo, poco clara. Le rogué que la aclarara y todavía no recibo su aclaración.

Respecto a la invitación de platicar con un amigo del doctor Vázquez Gómez, no le encuentro más inconveniente que verían a usted moverse. ¿Por qué no llega el embajador hasta Los Ángeles? También la invitación implica una descortesía, ¿por qué no conferencia con usted el mismo doctor? Por lo demás, él es considerado como un partidario de las ideas revolucionarias y su contacto no lo expondría a usted al anatema de los compañeros y traería la ventaja de saber qué piensa y qué quiere ese zorro señor.

Por acá la cuestión que preocupa a algunas personas es la comisión internacional. Parece que el único interés que la sección mexicana tiene es conseguir un empréstito de 250 000 000 de dólares y que se ha convencido que no los tendrá hasta que haya un Congreso en México que sesione ese empréstito y hasta que el presidente Wilson sea reelecto. De estos requisitos indispensables, el primero será satisfecho (si lo es) en noviembre, y el segundo sesenta días después de que se convoque a elecciones para diputados y senadores en nuestra patria. Ojalá y pudiera usted venir a presenciar aquí la lucha electoral. Es esto muy interesante y, además, creo que hay otro motivo por el que sería bueno que viniera usted. Dígale a Calero después de embromarlo un poco que yo le diré a él el motivo por el que no es conveniente nos adhiramos a su Liga Nacionalista. No se lo escribo porque no es conveniente confiar en las cartas ciertas cosas que aunque sean falsas podrían tomarse como ciertas; pero estoy seguro que Calero quedará satisfecho y no volverá a insistir en su invitación.

Cualquier cosa respecto a mí que hayan dicho o digan en el futuro no lo crea usted si yo no se lo he participado. La disciplina y solidaridad del partido deben ser guardadas con escrupulosidad.

Mis homenajes para su familia, saludos afectuosos para los amigos y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

P.D.- Algunas personas temen que puesto que según parece el retiro de las tropas americanas de territorio nacional es una cosa decidida desde hace mucho tiempo en el ánimo del presidente Wilson (si no lo ha hecho es porque ha estado buscando la manera de causar mala impresión y acarrearle desprestigio), y puesto que el empréstito no puede tratarse por ahora, con el deseo de complacer al gobierno americano teniéndolo grato hasta obtener el dinero, vaya la comisión mexicana a tratar muchas cosas del régimen anterior de nuestro país, abdicando de la soberanía nacional y sentando un precedente que no expondría a una tutela permanente.

He aquí asunto para rudo ataque contra el carrancismo, en unos de estos días de combate.

LA SITUACIÓN DE LOS GOBIERNOS DE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

En la siguiente carta, el general Ángeles habla sobre la situación entre los gobiernos de los Estados Unidos y México, que por momentos pareció indicar la proximidad de una guerra.

619 W. 114th St., New York
Septiembre de 1916

Señor General José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Contesté su carta del 5 enviándole a la vez una carta del señor Bonilla y un recorte de periódico. Espero que ya lo haya recibido.

Creo que sea cierta la noticia que me da Ud. de que nuestros enemigos hayan intrigado en Washington contra mí; pero ¿qué remedio tiene esto? Y no sólo han de decir que estoy contra los demócratas, sino más aún; pero naturalmente en Washington no le han de dar ninguna importancia.

Si cree Ud. necesario desmentiré la noticia de mi asociación con Félix Díaz, aunque ese mentís sólo sea necesario para los tontos: desgraciadamente el mundo está lleno de ellos: *plenty of them*.

Por acá, como por allá, no hay más novedad de que cuando la Comisión México-Americana estaba discutiendo cómo se haría la política de la frontera, el inoportuno de Villa les fue a hacer a Chihuahua un 16 de septiembre y fue preciso aplazar la discusión puesto que ésta necesita tener por base el conocimiento exacto de la situación. Razonaban probablemente en la hipótesis de que Villa estaba solo y moribundo, y resultó muy acompañado, bastante sano y un poco inoportuno. Me cuentan por acá los amigos que leen los periódicos que Carranza quiere que la comisión internacional trate sólo de la evacuación del territorio mexicano por las tropas americanas, de la policía de la frontera y de que le presten dinero y que la comisión americana no está muy de acuerdo. Quizás Carranza quisiera que tratara todo, pero que no le supiera la nación mexicana; pero en último caso se hará disimulado, como que no sabe que están tratando de otras cosas y no respetará, pero le echará la culpa a la comisión mexicana. No se dio cuenta de la entrada a México de las tropas americanas, hasta que llegaron a Parral; y entonces, dijo que no sabía nada ni había dado permiso y el gobierno americano convino en que tenía razón Carranza. No

cumplirá el pacto, como no cumplió el de Torreón y si se ve obligado a cumplirlo, la antipatriótica comisión tendrá la culpa.

Han recibido a la comisión mexicana muy bien. Según parece, Estados Unidos tratará a las naciones, por más pequeñas que sean, del mismo modo que esta nación quisiera que la trataran a ella. Esta frase es del mismo presidente. Algunos no creen esto al pie de la letra porque dicen que no les parecería que trataran a E.U., como E.U. ha tratado a Haití.

La sección mexicana a informado a la americana que en México "*conditions are improving quickly*", según frase original de Pani, pero la sección americana se muestra un poco incrédula, o al menos lo finge. Alguno de nuestros amigos, muy propenso a conjeturar, cree que la sonada comisión internacional estará en vacaciones o por lo menos se hará la guaje hasta que pasen las elecciones presidenciales. Si triunfa el partido demócrata, la comisión reanudará sus sesiones y llegará a un resultado satisfactorio; pero en caso contrario, con un pretexto cualquiera se disolverá. Otro de nuestros amigos, un poco malévolo, no está de acuerdo con la última parte, y cree que aunque triunfe el partido demócrata, hasta allí fue medio, y entonces se cambiará el curso cristalino de la política. Poco ha de vivir el que no vea si esas conjeturas resultan falsas o atinadas.

El Lic. Díaz Lombardo me escribe diciéndome que Maqueo Castellano ha declarado que yo pertenezco a la Liga Nacionalista. Yo he leído unas declaraciones de Maqueo Castellanos, pero no figura allí mi nombre. Me parece que Ud. me escribió diciéndome que lo malo de algo a que se refería era que nuestros nombres figuraran. Si Ud. ha visto alguna declaración de M.C., en que diga a Ud. y yo pertenecemos a esa Liga, lo autorizo a que al desmentir la especie por su parte, la desmienta también por la mía.

Sería muy conveniente que estuviera Ud. aquí a principios de noviembre: en segundo lugar porque presenciara Ud. las elecciones.

Mis homenajes a la señora su esposa y a las demás personas de su familia y para Ud. un afectuoso abrazo.

Felipe Ángeles

CONDICIONES DE ÁNGELES PARA PONERSE AL FRENTE DEL MOVIMIENTO

Encontrándose el señor Maytorena en Nueva York, el general Ángeles le indicó que el licenciado Díaz Lombardo era un gran admirador del general Francisco Villa y que pretendía que cualquier movimiento que se llevara a cabo,

fuera no solamente contando con la cooperación del guerrillero duranguense, sino reconociéndolo como jefe supremo de la revolución.

Al despedirse el señor Maytorena en Nueva York, el ex director del Colegio Militar le hizo saber que no marcharía a México a ponerse al frente de un nuevo movimiento armado, sino hasta que tuviera la seguridad de que ese movimiento contaría con apoyo popular. Estos dos puntos de vista de Ángeles son ratificados en la carta que sigue:

Septiembre 28 de 1916

New York

Señor General José María Maytorena

Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Por la lectura de las declaraciones de Maqueo Castellanos, que tuvo Ud. la bondad de enviarme y que le devuelvo acompañadas de ésta, me entero de que no ha tenido razón nuestro buen amigo Díaz Lombardo al decirme que M. C., ha asegurado que yo pertenezco a la Liga Nacionalista. Lo siento porque envié a El Paso una declaración negando lo que M.C. ha afirmado respecto a mí. Afortunadamente, en mi declaración digo que he tenido conocimiento de la declaración de M. C. por carta de Díaz Lombardo.

He leído la larga carta que este amigo envió al Señor Bonilla y estoy de acuerdo con todo lo que en ella dice; pero no estoy de acuerdo con la actitud política de Díaz Lombardo hacia nosotros, sus amigos políticos, y hacia los hombres de la Liga Nacionalista. Yo creo que es poco diplomático; porque a los de la Liga los hace enemigos declarados y a nosotros nos disgusta porque quiere tratarnos como a menores de edad.

Conmigo parece estar de acuerdo, según me dijo cuando lo acompañe a tomar su vapor, que lo condujo a New Orleans; pero yo tengo la convicción de que no aprueba en realidad mis ideas que se reducen a las siguientes:

Una empresa política no conduce al éxito si no responde a una necesidad nacional, a un anhelo de toda la sociedad. En México, si el gobierno del Sr. Carranza no se consolida, será porque no satisface esas necesidades; porque no corresponde a ese anhelo. La tarea de hombres verdaderamente patriotas debe consistir en auscultar a la Nación y en inferir o adivinar cuáles son esas necesidades y ese anhelo, y encontrar el momento más oportuno, el momento psicológico, para luchar por la realización de esos *desideratum*, teniendo cuida-

do de expresarlos claramente y de la conducta de los luchadores inspire la más grande confianza a toda la nación.

Pero parece que a Díaz Lombardo no satisface este esquema, porque es enteramente impersonal. Yo creo que además de referirse sólo a principios, a ideales, a necesidades, tendrá la ventaja de no descender a personalidades, de no espantar a muchos, de llegar a todos los hombres bien intencionados entre todos los mexicanos y de facilitar la adquisición de recursos materiales que son una condición *sine qua non* en una empresa de este género.

Por lo que toca al señor doctor Vázquez Gómez, creo que ya habrá usted adquirido la convicción de lo que enseña el paso a opinar: Es también un personalista, con la única diferencia de que es más explícito que Díaz Lombardo. El doctor casi dice claramente: "lo invito a usted a que trabaje por mí; yo soy el único gran hombre del país; el único que cuenta con un verdadero partido nacional, y es necesario que si Usted es realmente un patriota, se me entregue en cuerpo y alma".

Por otra parte, tengo la creencia de que no cuenta con nada, ni siquiera con el valor de emprender algo en que exponga su salud y su bienestar, y mucho menos su vida. Creo que a todos se les debe tratar como amigos, pero que no debe uno embarcarse en ninguna empresa que tenga por fin servir a los intereses de una persona o un grupo político fraccional. Si nuestra obligación nos llama algún día a la lucha, no podrá ser más que por los ideales que conduzcan al engrandecimiento moral y material de nuestra patria.

Me parece que las elecciones presidenciales en los E. U. van a constituir un acontecimiento importantísimo para nuestro país y por eso quisiera que se encontrara usted aquí para esa fecha.

Desde mi juventud lancé mi vida a una carrera de abnegación, dedicada al bien público y enteramente ajena al bienestar material de mi familia. Ya me quedan pocos años de vida y deseo aprovecharlos en la continuación de mi labor inicial. Que venga la muerte pronto, no me importa; que muera colgado de un árbol, o fusilado o en el combate, o en una prisión, con tal de que sea trabajando por el adelanto de mi patria. Pero tampoco me empeño en luchar con las armas, si esto es innecesario o si más bien es en contra del bienestar y progreso de México. Esa será mi actitud.

Yo voy más allá que Díaz Lombardo, tengo una gran confianza de los arrepentidos y no pienso que se deba contar con ellos en complot de ninguna clase; pero pienso que será bueno aprovechar los servicios de todo el mundo a una causa de principios y creo que no será nadie nocivo, si se lucha por principios bien definidos; mientras que habrá que desconfiar mucho de la influencia personal de cada quien si se lucha en un complot de políticos.

Verá Ud. por todo lo anterior que en principios estamos todos de acuerdo; pero que en la acción estamos en desacuerdo. Pero eso es natural; no podría ser de otro modo y no creo que esto traiga malas consecuencias.

Si siguiéramos en la acción mis teorías, creo que todos estarían con nosotros, apenas si vieran que lo cosa no marcha mal. Y si fracasáramos, creo que a la postre todo el mundo nos disculparía y aprobaría nuestra conducta.

Perdóneme lo desaliñado de mis cartas, que escribo sin cuidado, por dirigirme en ellas a un amigo que estimo y aprecio con todas las fuerzas de mi alma.

Respetuosos homenajes para su familia y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

QUIÉN ES CALERO, SEGÚN ÁNGELES

Un interesante retrato del licenciado Manuel Calero, ex embajador de México en los Estados Unidos, y quien en 1916 conspiraba en Nueva York, es hecho por el general Felipe Ángeles, en la carta que sigue:

Octubre 10 de 1916

New York

Señor General José María Maytorena

Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Por acá se dice que dentro de poco saldrán de México las tropas americanas.

Creo que Roque González Garza no irá a esa ciudad por consejo de su hermano Federico. Del Dr. Vázquez Gómez no se puede esperar más que una petición de que se ponga uno a sus órdenes.

Los informes que me da Ud. de Sonora me parecen muy importantes.

Mi deseo de que estemos juntos Ud. y yo cuando se verifiquen las elecciones, proviene de la necesidad de que para entonces acordemos una resolución trascendente.

Calero acaba de publicar un libro de 100 páginas, titulado *The Mexican Policy of President Wilson as it Appears to a Mexican*. Es un diestro ataque al presidente: un ataque de político inteligente. Ataque infinitamente más rudo que los que le han hecho los más conspicuos republicanos. No lo ataca como observador sereno y desde la altura que se coloca un filósofo, sino como adversario

político. Aun así el libro resulta notable. Pero para mí tiene un interés mucho mayor bajo otro aspecto. Inevitablemente tenía el libro que revelar la situación política de su autor entre las diversas facciones mexicanas. No se muestra enemigo de Madero. Reprueba la conducta de Huerta, pero condena también la Revolución. ¿Cómo, entonces, pueden ser compatibles su convocatoria a la Liga Nacionalista y su nuevo libro?

En la convocatoria acepta los ideales revolucionarios y en su nuevo libro condena la revolución.

Hoy lo visité acabando de leer su libro y le hice la pregunta sobre la incompatibilidad. Él tiene una inteligencia viva, que puede emplear hábilmente en la polémica. Inmediatamente me contestó que la convocatoria no era obra personal suya. Yo iba preparado y evité el choque. Si lo hubiera yo dejado continuar, probablemente el choque habría venido.

Cuando le hice notar que en su nuevo libro se mostraba enemigo de la revolución: “Pero, ¿que –me contestó– acaso me nuestro amigo de Huerta, o de algún modo reaccionario?”. Prueba esto que esa actitud la tenía bien estudiada. Al afirmarme que la convocatoria a la formación de la Liga no era obra personal, faltaba a la verdad y tomaba una actitud que nos llevaba a un choque. Lo evité platicándole de don Lucas Alamán, un grande hombre que condenaba la guerra de Independencia y era un verdadero reaccionario. Calero no estaba en su caso, puesto que su convocatoria (y me constaba que era obra personal suya) aceptaba los ideales revolucionarios, pero su alma (como la de Alamán) era aristocrática y no simpatizaba con los revolucionarios; no les tenía cariño, simpatía siquiera, y su antipatía lo llevaba a una dualidad excepcional: era un revolucionario por su inteligencia y un anti-revolucionario por sus sentimientos. No es ésta mi opinión: creo que acepta de veras los principios revolucionarios, pero que calculadamente se presenta como enemigo nuestro. ¿Cuáles son sus intenciones, sus cálculos para asumir esa actitud?

Ya se lo platicaré en ocasión propicia.

Reciba mis cariñosos saludos.

Felipe Ángeles

HABLANDO DEL GENERAL VILLA

Desde mediados de septiembre, los miembros de la junta de Nueva York, como podrá desprenderse de las cartas arriba insertas, quedaron prácticamente desunidos.

El general Ángeles, en una de sus cartas anteriores, señalaba al licenciado Miguel Díaz Lombardo como personalista, quizás por la admiración que el abogado tenía para el general Francisco Villa.

Con motivo de algunas diferencias surgidas en el seno de la junta, se retiraron el general Ángeles y don José María Maytorena, aunque sin dejar por esto de continuar la amistad que los unía al grupo de Díaz Lombardo.

Ángeles, como se verá por la carta que sigue, no tenía gran confianza en una victoria del general Villa, a quien llamaba el jefe de las operaciones del Ejército de la Convención. Dice esta interesante carta:

Nov. 3 de 1916

New York

Señor General José María Maytorena

Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Por casualidad hoy recibí juntos los 7 números de *El Legalista* que se han publicado y al poco rato la carta de Ud. Comprendo toda su amargura, pero esté seguro que esos golpes de la fortuna hacen mucho bien, pues atraen todas las simpatías por lo tremendo de la injusticia y por lo bajo de la pasión.

¿Cómo puede alguien imaginarse compatibilidad entre una tan honrosa invitación para ser miembro de una junta importantísima y una serie de injurias como las que contiene el artículo en que lo atacan?

Ahora en la tarde nos reunimos varios amigos y he tenido gran placer al oír los comentarios que todos hacían del malhadado artículo y las simpatías de que era Ud. objeto. Llegando a la casa me he encontrado una carta indignada de Díaz Lombardo, respecto del mismo asunto, recomendándome que escribiera inmediatamente una carta al Lic. Sarabia. No escribí a este sino a Bonilla, porque probablemente Sarabia ni tuvo noticia oportuna del artículo, porque andaba de viaje. No se vuelva Ud. a ocupar del asunto; es mejor que deje la cuestión en manos de sus amigos.

No contesté su carta anterior en la que tuvo la bondad de hacerme saber de las cartas de Sarabia y Bonilla y las contestaciones que había Ud. dado, porque esperaba recibir invitación semejante a la que Ud. recibió, para hacer saber la contestación que daba, pero hasta ahora no he recibido esa invitación. Me imagino que en vista de las observaciones de Díaz Lombardo han modificado el asunto y van a proponérselo ya cambiado. Crea Ud. que estoy enteramente

de acuerdo con la estimación que me hace Ud. del jefe de las operaciones del Ejército de la Convención, respecto a la conducta que seguirá si le vuelve a soplar la fortuna. Yo lo estimo como una verdadera imposibilidad. Respecto a la declinación del honor de ser miembro de la junta, también creo que estuvo Ud. acertado porque también me parece la tal junta ejecutiva una imposibilidad en su conservación física y un semillero de futuras intrigas y una fuente de gobierno anárquico.

Tenía yo grandes deseos de que estuviera Ud. aquí en los días que se resuelvan las elecciones presidenciales para contarle una cosa interesante y platicarle largo sobre ella; no podía hacerlo de otro modo; veré cómo se entera de ello y cómo sé yo lo que Ud. decide. Mientras tanto, mande al diablo las penas y también a los malos amigos y reciba un estrecho y abrazo mío.

Felipe Ángeles

SE AHONDAN LAS DIVISIONES ENTRE LOS EXILIADOS

Cómo podrá apreciarse por la carta que va a continuación, la división entre los exiliados políticos refugiados en los Estados Unidos parecía ser cada vez más profunda a fines de 1916.

Los admiradores personales del general Villa, resueltos a reiniciar las actividades guerreras con más fuerza en México, resolvieron convocar a una reunión en Austin, Texas, con el objeto que el mismo general Ángeles explica en la carta anterior. Pero Ángeles se mostraba pesimista, creyendo que ni el grupo presidido por Díaz Lombardo, a quien llamaba Bismarck, ni el de El Paso, dirigido por el ingeniero Manuel Bonilla, ex secretario de Comunicaciones en el gabinete del presidente Madero, lograrían ponerse de acuerdo.

Como la situación invitaba a una rápida resolución, el señor Maytorena sugirió al general Ángeles que éste hiciera un viaje a Los Ángeles, pero como se verá por la carta inserta abajo, el ex director del Colegio Militar consideró que no era necesario.

Noviembre 16 de 1916

New York

Señor General José María Maytorena

Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Perdóneme que le escriba mis cartas sin cuidado en el estilo y sin previa meditación del conjunto, sino como me van saliendo de la cabeza y como si se tratara de una simple conversación.

Me dice Ud. en uno de los párrafos de su última carta, que por las conferencias de Austin va a encausarse mejor el curso de las ideas nacidas en El Paso. No lo crea Ud., las van a empeorar. ¡Lástima que yo no pueda ser explícito!

Las ideas de los muchachos (no de los viejos) son: 1. formar una junta ejecutiva de hombres de prestigio; 2. formar un programa y plan de acción, y 3. obrar, aunque sea sin precauciones, pero obrar (aquí tengo que ser omiso).

Ahora nuestro Bismarck las ha cambiado por las siguientes: 1. formar una junta poco numerosa y de hombres de segunda fila, aunque poniendo algunos de primera para que no se sientan (éstos no van a aceptar); 2. modificar el programa hasta que sea aceptado por todos (la junta también ha de ser aceptada por todos porque nadie tiene derecho a imponerla) y respecto a la acción debe ser una cosa secreta, que tal vez esté en la mente de nuestro hombre pero que hasta ahora no sabemos un ápice.

Los dos grupos de ideas son inaceptables, aunque la acción de los de El Paso, aun atrabancada e imprecavida, es de algunos verdaderos resultados.

La idea común de la junta es el error capital, aunque la junta imaginada por los de El Paso siquiera tenía el mérito de ser prestigiosa y alentadora para los hombres de acción en México. Ese aliento es el único servicio que puede prestar la junta, pero eso no es gran cosa.

La junta ejecutiva no podrá tener nada de ejecutivo, porque tendrá que ser vergonzante. Ni siquiera podrá firmar una proclama que se lanzara en México, porque la aprehenderían en E.U. Ni podrá ir a México porque estaría compuesta de hombres estorbosos (por no estar habituados a sufrir las inclemencias de la vida militar) y porque el gobierno *de facto* mandaría inmediatamente grandes fuerzas para disolverla. Por esto digo que su conservación física es imposible. Pero suponiendo que pudiera existir al principio, se convertiría después en fuente de incontables males.

Por otro lado las ideas de El Paso eran malas pero iban a surtir efecto luego: las que tomaron origen en Austin son también peores, pero empezarán a surtir efecto dentro de un año.

El programa y el plan de El Paso fue totalmente modificado en Austin; éste está siendo cambiado en N.Y.; éste será cambiado en San Antonio, éste en Los Ángeles, éste no será aceptado en El Paso, y en todo caso el de una parte será diferente del deseado en las demás. Con la elección de la junta pasará otro tanto. Es cierto que apercibiéndose los interesados de estos inevitables sucesos y de-

seando acabar cuando antes dirá a los demás: "hombre, no ponga trabas, admita cualquier cosa para que acabemos pronto". Para ese resultado más valía aceptar lo que primero se propuso.

Llegado a este punto, Ud. esperará que vaya hasta el fin para mostrar el fondo de mi pensamiento. Siendo pesimista, le diría que no vale la pena de hacer un viaje tan largo [de Nueva York a Los Ángeles]. Siendo optimista, tal vez sí.

Toda conducta debe concordar con una respuesta: ¿conviene a la nación la consolidación del gobierno constitucionalista?

Para mí este es el verdadero punto final. Resuelto esto, todo lo demás me parece fácil. Si conviene la consolidación, nuestra conducta es clara; si no conviene, también me parece clara cuál debe ser nuestra conducta. Para la pregunta fundamental tengo una respuesta, de la que estoy muy seguro. Resuelta esa pregunta en un sentido o en otro, es en firme lo que debemos hacer. Eso sería todo lo que podría yo decirle en 5 minutos. Usted resolverá si para esa conversación valiera la pena de que hiciera yo un viaje tan largo.

Pondré punto aquí e insinuaré otra idea fundamental: Los hombres que están en un grupo respiran un ambiente. Los que están en otro, respiran otro y tienen ideas diferentes. Cada quien con el tiempo y la experiencia evoluciona; pero si sigue en el mismo ambiente, cambia poco. Nosotros estamos en un grupito que, aunque diseminado en E. U. por la correspondencia epistolar, nos agrupamos más de lo que corresponde a nuestra diseminación geográfica. Hemos evolucionado muy poco. Sin embargo, ha habido una escisión entre radicales y concordiales (permítame esta bárbara palabra). Además sucede que los que están muy cerca, como los parientes, (como Gaxiola y Bonilla) se aran por nada. Esto no me preocupa en lo más mínimo.

Lo que debe hacer uno es mirar lejos, es ver la nación, auscultarla, tratar de adivinar sus verdaderas necesidades, hacer a un lado odios entre hermanos, hacer a un lado pasiones y transformarse en mexicanos verdaderos. Desde hace algún tiempo, esa es mi actitud, actitud de idealista y de loco si se quiere, pero firme. Yo no digo que tendré éxito; tal vez fracase, pero moriré en la raya, enamorado de un ideal: el democrático, y de un amor: el de todos los mexicanos.

Me parece que aún hay alguna cosa que contestar de su carta, pero estoy un poco cansado, tal vez la causa de inedia. Por eso aquí suspendo mi carta, enviándole un fuerte abrazo.

Mis respetos para su señora y saludos cariñosos para todos los amigos.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 3 de mayo de 1931, año v, núm. 230, pp. 10-11, 15.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

LAS ACTIVIDADES DE ÁNGELES EN ESTADOS UNIDOS
Los proyectos de los anticarrancistas que residían en Nueva York,
contados en estas otras cartas al Sr. Maytorena

CAPÍTULO IV

A pesar del pesimismo de la carta fechada el 16 de noviembre, casi un mes después el general Felipe Ángeles suscribió una invitación firmada por Llorente y Miguel Díaz Lombardo, dirigida a don José María Maytorena.

La aparición de numerosas partidas revolucionarias en diferentes lugares de México; el descontento que se decía reinaba en la mayor parte del país contra el régimen presidido por don Venustiano Carranza; la solución pacífica del conflicto entre México y los Estados Unidos que había estado a punto de culminar en una guerra como consecuencia de la expedición punitiva; la

constitución de un grupo conspirador en plena capital de la república y en el que tomaban parte numerosos elementos villistas que estaban dispuestos a regresar a los campos de batalla y, finalmente, la tenaz lucha del general Francisco Villa, que continuaba llevando a cabo una enérgica y sorprendente guerra de guerrillas, llenó de ilusiones a los exiliados políticos en el territorio americano, y entre ellos al general Ángeles.

Los revolucionarios residentes en Nueva York creyeron que había llegado el momento de tomar un acuerdo definitivo para reiniciar el anhelado movimiento armado, y con este motivo enviaron al señor Maytorena la siguiente invitación:

Dic. 11, 1916
Nueva York

Sr. D. José Ma. Maytorena
Los Ángeles, Calif.

Muy estimado amigo nuestro y distinguido correligionario:

El mensaje que dirigió Ud. un día de estos a uno de los suscritos diciéndole que ya no le escribiera, nos ha hecho suponer que Ud. viene a ésta, y como es natural, nos ha llenado de satisfacción, tanto por el placer que tendremos de ver entre nosotros a tan excelente amigo, como por la importancia de su venida que conceptuamos absolutamente indispensable en los actuales momentos; pero, por si la realidad no respondiere a nuestra suposición, y no queriendo dejar pasar ya más días, pues así lo exigen las circunstancias, acordamos dirigirle la presente para suplicarle, como lo hacemos con todo encarecimiento, que sirva honrarnos con su presencia a la mayor brevedad posible, en la inteligencia que inferimos esa molestia porque no dudamos de que tratándose como se trata de nuestra afligida Patria, hará cualquier sacrificio, y porque no sería conveniente que nosotros fuésemos a esa sin razón de motivos que a Ud. no pueden escaparse.

Le agradecemos anunciarnos su salida con un telegrama al Gral. Ángeles, o a quien guste de nosotros, diciendo: "Miércoles escribí encargándole diccionario y suplícoselo nuevamente por urgirme mucho". La palabra miércoles, o la de otro cualquier día de la semana nos dará a entender que ese día va Ud. a salir para ésta. (El próximo, se entiende, en la fecha del telegrama.)

Si andamos diligentes en aprovechar las circunstancias propicias de momento, todo se habrá salvado. Por eso estimamos de toda urgencia su venida pronta y

le reiteramos nuestra súplica abrigando la esperanza que Ud. tan pronto como hablemos, se congratulará de habernos atendido.

Anticipándole un estrecho abrazo y saludo nos repetimos sus afmos. amigos y attos. s. s.

Felipe Ángeles, Enrique G. Llorente, Miguel Díaz Lombardo

MAYTORENA EN NUEVA YORK

La invitación, firmada por Llorente, Díaz Lombardo y Ángeles, hizo que José María se marchara a Nueva York. Cuando el ex gobernador de Sonora llegó a la ciudad imperial, los revolucionarios se encontraban en plena actividad.

Díaz Lombardo puso al corriente al señor Maytorena de los planes para el futuro. Según el licenciado, el gobierno de Carranza se encontraba sumamente debilitado nacional e internacionalmente, y el momento no podía ser más propicio para emprender una ofensiva, contando con la cooperación de todos los grupos descontentos que se encontraban operando en México.

De nuevo volvieron a reunirse los exiliados políticos, empezando las discusiones en torno de las proposiciones de Díaz Lombardo. El licenciado propuso, en esencia, la formación de una unión revolucionaria en la que tendrían cabida todos los elementos enemigos del gobierno carrancista, excepción hecha de los que habían participado directa o indirectamente en la Ciudadela.

Los amigos de Díaz Lombardo apoyaban ardientemente esta proposición, agregando la necesidad de que inmediatamente partieran el general Ángeles y don José María Maytorena a territorio mexicano, para ponerse al frente del movimiento revolucionario, obrando, por supuesto, de acuerdo con el general Villa. Además, se expresó la necesidad de expedir desde luego un plan definitivo, que sirviera de bandera a los revolucionarios. El plan contendría, en primer lugar, un cambio total de la situación mexicana y la reprobación a la nueva constitución que estaba siendo elaborada en la ciudad de Querétaro.

DOS CONDICIONES

Tanto Ángeles como Maytorena contestaron que estaban dispuestos a marchar a territorio mexicano siempre y cuando fueran conquistadas previamente

dos ventajas: el disimulo del gobierno de la Casa Blanca a fin de poder organizar en toda regla una expedición que entrara a México por la frontera norte, y que se contara con suficiente dinero hasta que los rebeldes obtuvieran los primeros triunfos.

A las proposiciones de Maytorena y Ángeles, Díaz Lombardo respondió afirmando que el primer paso era entrar a territorio mexicano, y que el segundo y el tercero serían obtener las ventajas pedidas por los dos amigos.

—Señores—dijo Maytorena—, *por mi parte no tengo inconveniente en marchar hoy mismo a México, siempre que nos vayamos todos, porque no es justo que algunos amigos traten de echar el trompo desde aquí, para que el trompo baile en México, mientras que el que lo arroja se queda en Nueva York con la cuerda en la mano.*

Las palabras de José María estuvieron a punto de señalar el fin de la junta, pero nuevos esfuerzos fueron realizados con éxito a fin de que no se tomara una resolución definitiva en el caso, sino hasta que el movimiento se formalizara, quedando comisionados los directores de la junta para empezar una activísima propaganda para obtener no sólo recursos, sino también las seguridades de que todos los grupos rebeldes que operaban en México, incluyendo el capitaneado por el general Villa, cooperarían con el nuevo movimiento armado.

A mediados de febrero, el señor Maytorena tuvo que salir de Nueva York con destino a Los Ángeles, en donde su señora madre se encontraba gravemente enferma.

Los trabajos de los revolucionarios continuaron desarrollándose en toda actividad, como podrá apreciarse en la carta que sigue, en la cual también podrá descubrirse el pesimismo que asaltaba nuevamente al general Ángeles. Dice la carta:

619 W. 114 th St, New York
Febrero 26 de 1917

Señor General Don José Ma. Maytorena
2527 S. Grand Ave.
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Comprendo muy bien su gran pena por la muerte de la señora su mamá, las ocupaciones sociales consiguientes y las dificultades que habrá para el arreglo

de los asuntos concernientes a la testamentaria. ¡Cuando Dios da, es a manos llenas! Ahora lo que le recomiendo es mucha filosofía optimística, dentro de sensatos límites.

Como Ud. sabe, nuestros amigos políticos tienen esa filosofía un poco más allá de lo sensato, y de allí viene que don Leopoldo [Hurtado] afirme que ya se cuenta con el desafiado disimulo, y hay quien crea que también puede contarse con el otro *desideratum*. Sin embargo, nunca se les puede decir que tienen mal criterio, porque a la larga, cuando el tiempo aprueba la falsedad de sus afirmaciones, les dicen a Ud. con un aplomo desconcertante que ellos nunca creyeron en esas afirmaciones, pero que las hacían sólo para levantar el ánimo muy caído de sus interlocutores, o porque en política no se debe decir la verdad.

El bueno de don Leopoldo cree que yo tengo a Ud. bien enterado “de todo lo que se ha hecho” y se ha de extrañar que yo no le haya informado de nada. Yo conjeturo que lo que se ha hecho es escribir muchas cartas pintando a Carranza muy débil y nosotros muy fuertes, porque tiene su imaginación lentes biconvexas que invierten las imágenes y las aumentan, convirtiendo sus ideas en pensamientos huguescos, de transformar una hierbecita en un árbol gigantesco, y un terrón en colosal montaña.

Sin embargo, sí creo que se ha adelantado mucho, pues aunque no lo digan y aunque se conserve mala voluntad, creo que se han convencido de que el acuerdo es imposible, y que aun suponiéndolo realizado no serviría de nada. ¿Pero cómo confesar que sólo la acción es eficaz? Eso conduciría a la conclusión inmediata de que ellos no pueden ser factores de primera importancia, cuando toda su actividad tiene por meta el adquirir importancia predominante.

¡Somos nosotros una verdadera calamidad! ¡Cómo no nos dejamos bailar con ese magnífico cordonsote que muy bien alcanza desde Nueva York hasta el mero centro de nuestra adolorida patria!

La situación verdadera es ésta: nadie quiere la propia acción, con una sola excepción. Todos tienen esperanzas de que de repente, de una manera imprevista, haya un cambio favorable. Todos se lamentan de que los demás no tengan patriotismo. El sueño que acariciaban, el ensueño de la “unión revolucionaria”, empieza a parecerles (de acuerdo con mi repelente juicio) una insensatez. Consecuencia: un desaliento inconfesado. Eso es lo que adivino en los demás.

Yo persisto en lo mismo de siempre: esa mula es mi macho.

Mis cariñosos saludos para todos los suyos

Felipe Ángeles.

OTRA VEZ OPTIMISTA

En el mes que separa a la carta anterior del general Felipe Ángeles, a la que sigue abajo, se observa un completo cambio en el ánimo del ex director del Colegio Militar. En esta segunda carta, Ángeles vuelve a aparecer como el insurgente incansable, dispuesto a una aventura sin medir los obstáculos, y creyendo que todas las ventajas serán conseguidas, según su expresión *a posteriori*, es decir, cuando el movimiento formal hubiera sido ya iniciado.

Optimista en extremo, Ángeles escribió esta carta a don José María, dedicando el mayor espacio a criticar al licenciado Francisco Javier Gaxiola, entonces secretario particular de ex gobernador de Sonora.

Marzo 21 de 1917
New York

Señor General Don José Ma. Maytorena
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí con mucho gusto su carta del 13 y con ella las noticias relativas al Gral. [Manuel] Chao, al Lic. [Francisco] Escudero y al cambio de casa.

¡Qué mal trasladada al papel, en carta dirigida a un amigo, su secretario!

Usted es para mí un amigo que me ha mostrado sin reserva su completa manera de sentir y pensar respecto a los asuntos de nuestra patria.

En el tiempo que estuvo Ud. aquí (la última vez) platicamos mil veces sobre el mismo asunto. Así es que podría apostar mi vida contra un centavo que no son de Ud. los principales pensamientos de su carta, a saber: "¡Realmente, no tenemos remedio! Y más si nos dejamos bailar con el cordoncito que Ud. dice". "¡Que Dios salve a la Patria!"

Usted y yo hemos platicado especial y largamente sobre esos dos puntos y sé cómo piensa Ud. sobre el particular. En el primero, hemos estado siempre de acuerdo. ¿Quién no lo aceptaría? Respecto al segundo, estamos un poco en desacuerdo.

Pero su secretario pone su alma en esos dos puntos, sin saber exactamente lo que significa el primero y sin saber lo que Ud. y yo pensamos de ambos.

Su secretario seguramente no se casaría con una muchacha, sólo porque sus amigos se lo aconsejaron, sin temer ser motejado de díscolo. Mucho menos iría a combatir por una causa que juzgara insensata, aunque sus amigos quisieran,

sin considerarse, por eso, poco patriota. Su secretario no sabe que yo estaba y estoy dispuesto a casarme con la muchacha que me gusta y que si no me he casado ha sido sólo porque mis amigos me dijeron que yo no tenía derecho a hacerlo.

Ellos dijeron que en vez de mi casamiento, ellos unidos iban a hacer una cosa maravillosa; les auguré que no harían nada, pero tuve la condescendencia de suspender mi matrimonio. Y la cosa maravillosa que hicieron no fue, en resumen, más que buscarme una novia para que me casara con ella. Cuando yo les respondí: "Cásense Uds. con ella", se enojaron, pusieron el grito en el cielo; dijeron que era yo ambicioso, mal amigo, que ellos no podían casarse porque en esta vida no todos sirven para lo mismo, que unos sirven para conseguir, por falta de virilidad y otros para obrar.

Toda esa historia la sabe Ud. tan bien como yo. ¿Cómo, entonces, podría yo creer que su secretario interpreta tan bien su pensamiento cuando dice: "Realmente no tenemos remedio; y más si no nos dejamos bailar"?

Mucho más le podría decir a Ud. sobre el asunto; pero ¿para qué, si de sobra sé que Ud. y yo estuvimos sobre ese asunto enteramente de acuerdo?

Su secretario, que seguramente es inteligente, incurre de la mejor buena fe del mundo, en el mismo error que incurrieron los amigos que hace poco estuvieron en N. Y. Éstos probablemente ya se convencieron de que yo tenía completa razón, aunque alguno de ellos nunca lo dirá. Algunos de ellos ya lo confiesan francamente, y su secretario convendría también, si estuviera un poco más al tanto de lo ocurrido.

Si así fuera, su secretario y algunos otros de nuestros amigos dirían: "es una vergüenza que tengamos que exclamar: ¡Dios salve a la Patria!"

El principal error actual de su secretario consiste en asignar una importancia que no tiene a un grupo de personas en el cual estamos Ud. y yo.

Yo estoy seguro que dentro de poco tiempo todo el mundo me dará la razón. Usted y yo sólo diferimos (tal vez ya no), en que Ud. requiere para obrar, dos condiciones: disimulo... y dinero. Yo he sostenido desde el principio que esas dos cosas no pueden venir *a priori*, sino *a posteriori*. Y estoy seguro de que si aún no me da Ud. la razón, me la dará dentro de muy poco.

Mi teoría es muy sencilla, la conoce Ud. muy bien. Si un movimiento es necesario, debe ser por una necesidad nacional. Para que tenga éxito debe uno ir a luchar por esa necesidad; la real, no la que nuestros amigos digan.

Sería muy bueno satisfacer los requisitos que Ud. pone, pero puesto que esos no pueden venir, sino *a posteriori*, debe uno prescindir de ellos.

Para empezar, lo que se necesita es energía personal y atinarle a lo que realmente necesita la patria.

Y el que no sirva, que no estorbe. ¿Que es una temeridad obrar así? Sí, la es. Fue una temeridad el grito de Independencia, y es una temeridad emprender todo lo grande y todo lo desinteresado.

Si fracasa uno, por lo pronto todo el mundo dice: fue una estupidez. Si se tiene éxito, se ponen de acuerdo todos los amigos que al principio no podían ponerse de acuerdo por nonadas, o más bien, porque era ilógico ponerse de acuerdo *a priori*.

Me dirá Ud. "todo eso ya me lo ha dicho Ud. infinidad de veces". Es cierto, pero no lo digo para Ud., sino para su secretario, que me presumo en nuestro buen amigo el Sr. Lic. Gaxiola.

Salúdelo con afecto; presente mis homenajes a la familia y reciba para sí un estrecho abrazo de su amigo.

Felipe Ángeles

ÁNGELES RESUELVE CRUZAR LA FRONTERA

Desde principios de marzo de 1917, el ex director del Colegio Militar resolvió regresar a México para ponerse al frente de un grupo revolucionario.

En la carta que sigue, el general Ángeles aparece dispuesto a luchar con todos los obstáculos. Claramente se ve los enormes descos que tenía de lanzarse al campo de batalla.

Marzo 28 de 1917
New York

Señor General Don José Ma. Maytorena
502 S. Harvard Blvd.
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Acabo de recibir su carta del 21 que me apresuro a contestar. Tiene esa carta las mismas ideas de la anterior y yo persisto en creer que no interpreta su sentir, que conozco bien después de tantas pláticas que aquí tuvimos.

No creo que realmente exista discordia entre los elementos revolucionarios, sino sólo desacuerdo; pero éste no tiene trascendencia ninguna. Por ejemplo, existe desacuerdo entre Ud. y yo sobre los requisitos que Ud. juzga indispensables para la acción: disimulo y dinero. Yo creo que podrá haber declaración

sobre lo primero y lo segundo no puede venir sino hasta después que se haga algo. Pero no por esa discrepancia de opiniones hay discordia, sino muy buena amistad.

Entre Díaz Lombardo y yo existe el siguiente desacuerdo: piensa él que el grupo nuestro en E. U. tiene mucha importancia y que, poniéndonos de acuerdo, formaremos un partido que nos allegaría los dos requisitos que Ud. juzga indispensables. Este es también seguramente el criterio del Sr. Lic. Gaxiola. Y era también el criterio de casi todos nuestros amigos. Yo pienso que cualquiera que sea el valimiento del grupo, es muy pequeño comparado con las necesidades de la nación, y que más vale que uno de nosotros vaya a pelear por esas necesidades, a que nos pongamos de acuerdo en ir a luchar por otras necesidades que las de la nación. Además, predije que, poniéndonos de acuerdo, no por eso se conseguirían los dos requisitos anhelados. Y que no hay más que un solo modo de obrar, que no detallo porque lo conoce Ud. bien. Usted objeta que mi medio es aventuradísimo. Yo convengo; pero digo: puesto que no hay otro, hay que resignarme y aceptarlo.

Como el Lic. Gaxiola no ha tenido la experiencia de los otros amigos de Díaz Lombardo, todavía le da la razón a éste. Llorente me la da a mí. De cualquier modo, a mí me parece que ese desacuerdo no vale nada.

Lo único de importancia es que nos falta energía e ímpetu. Puesto que yo tengo entre ceja y ceja, la misma persistente idea, soy consecuente con ella.

Respecto al primer requisito de Ud., hay algo importante que no le puedo decir. Respecto a lo segundo, hasta ahora no hay más que un signo: ?

Conociendo como conoce Ud. mis ideas, comprenderá que aplaudo el entusiasmo de Chao. Vale más eso que el anhelado acuerdo con nosotros. Lo que yo deseo es que sus aspiraciones estén de acuerdo con el anhelo nacional. Yo le aseguro al Lic. Gaxiola que lo que ha de pasar en México pasará aunque nos muramos los hombres importantes que estamos en E. U., porque en comparación con la importancia de las necesidades nacionales, nuestra importancia es casi nula.

Lo que le dice a Ud. la persona que estuvo últimamente aquí, respecto a la última palabra que se dirá dentro de poco, no puede ser exacto. Es una imposibilidad política para mí el que se diga esa última palabra. Hay en realidad algo importante que no puedo decirle, pero nunca será lo que dicen a Ud. porque eso es sencillamente imposible.

Aquí entre nuestros amigos que no tienen muerta el alma, hay la creencia de que yo tenía razón desde el principio y de que nada sirve contar con los que aconsejan. Por esa vía ¿a dónde iremos? Todo depende de la energía que tengamos. Me ha entrado últimamente la convicción de que los que quieren

imposibles, aunque sus ideas tengan mucha sensatez, en realidad empiezan a resignarse con la consolidación de nuestro amigo el Sr. Carranza.

Con mis homenajes para la familia y mis saludos para el Lic. Gaxiola, reciba un cariñoso abrazo de su amigo.

Felipe Ángeles

LAS AMBICIONES DE VÁZQUEZ GÓMEZ

En la siguiente carta, el general Ángeles habla sobre las ambiciones presidenciales que él considera tenía el doctor Francisco Vázquez Gómez. Dice la carta:

Abril 10, de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí su carta del 31 de marzo. Esa sí es de Ud. Pude no haber contestado como lo hice sus dos anteriores, no dando importancia al modo de sentir de su secretario; pero como es necesario combatir esas ideas, sobre todo cuando las expresan los amigos, creí necesario hacerlo, aun a riesgo de lastimar a Ud. Aunque en realidad no creí que se lastimaría siendo un hombre todo corazón, grandeza y bondad.

[Abraham] Luján y el Dr. Barrios se empeñan en que conferencie yo con el Dr. Vázquez Gómez; pero éste se mostró primero frío haciéndome una invitación como de compromiso, y cuando yo le contesté diciéndole brutalmente mi impresión, me escribió una carta mejor, pero desde la altura de una primera jefatura.

Dice (como nuestros amigos) que ha hecho circular profusamente su programa y que espera congregarse a todo el mundo bajo su bandera. Le contesté lo mismo que a nuestros amigos: que sufriría pronto un desengaño y que yo estaba dispuesto a colaborar en algo sensato, en beneficio real de México, aunque se apartara un poco de ensueños utópicos.

Luján me dijo que tardó tanto en ver a Ud. cuando gestionaba su unión con el doctor, porque tuvo conocimiento de una de mis cartas, en la que hacía yo

alguna conjetura respecto a la actitud del Dr., que ahora voy confirmando por lo que me enseñan mis incipientes relaciones con el Dr.

La guerra entre E. U. y Alemania abre una nueva era de relaciones mexicanoamericanas.

Hasta ahora esas relaciones habían sido influenciadas por la debilidad del ejército americano y la bondad y buenas intenciones del presidente Wilson. Y en tal estado de cosas, la voluntad del presidente había predominado. Con motivo de la guerra americanoalemana, dentro de muy poco el ejército americano será fuerte y la voluntad del presidente ya no será predominante, y las semillas sembradas por Carranza con su grosería y megalomanía características, van a fructificar; y, tal vez, el presidente Wilson sea flexible y ceda al huracán de interés que en breve soplará contra nuestro país, de rico suelo.

Hasta ahora yo justifico al presidente Wilson, explicándome todas sus acciones respecto a México y espero que tenga la grandeza de renunciar a un tiempo de resonancia y aplauso mundial, pero netamente americano y egoísta, en su aspiración de obrar justamente en sus gestiones respecto a un pueblo exangüe y casi exánime.

Perdóneme mis brusquedades inherentes a mi naturaleza de sólo semicivilizado. Ud. conoce mi teoría acerca de quiénes llegan a ser civilizados, y sabe bien que yo soy civilizado sólo a través de una generación, gracias a las excelencias de nuestras instituciones democráticas, que me sacaron del *stock* indígena y me elevaron con el aliento de las escuelas.

Mis homenajes para su familia y un cariñoso abrazo para usted.

Felipe Ángeles

ANUNCIA SU REGRESO A SU RANCHO DE EL PASO

Después de haber mostrado en cartas anteriores un agitado estado de ánimo, al grado que parecía estar resuelto a cruzar inmediatamente la frontera mexicana para ponerse al frente de un grupo revolucionario, en la que sigue el general Ángeles parece más bien dispuesto a continuar su vida pacífica en los Estados Unidos, anunciando al señor Maytorena su pronto regreso al El Paso, para ponerse al frente de su rancho.

New York

Abril 18 de 1917

Señor General Don José Ma. Maytorena
502 S. Harvard Blvd.
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Su última carta revela el acuerdo perfecto de nuestras ideas, cuando dice Ud.: "Mis propósitos y anhelos pueden resumirse así: Ayudar con todos los medios a mi alcance, incluso el sacrificio personal, a todo aquello que tienda al bien de la Patria, siempre que se obedezca a un programa que corresponda cumplidamente a las aspiraciones y necesidades nacionales, y siempre que tal programa sea factible de llevarse al éxito, aun cuando sea por medio de una lucha cruenta".

Esto, en el campo meramente abstracto, es un buen punto de partida. No hago razonamientos concretos a la situación, porque comprendo que ahora estamos de acuerdo absolutamente en todo.

Usted y yo notamos una tendencia en D. L. [Díaz Lombardo] respecto a la cual [el general Julián] Medina decía: "A los civiles les mueve los pies y a nosotros nos da de balazos". Ha persistido en su idea y la ha puesto en acción, y con su tenacidad acostumbrada piensa hacerme colaborar. Usted comprende cuál será mi actitud.

Conté a Ud. Luján y el Dr. Barrios quisieron que el Dr. V. G. y yo colaboráramos; pero resultó que éste dice que él ha hecho un programa con el que va a unir a todos los revolucionarios, a hacer la paz y a salvar a la patria, y que todos lo que él quiere se reduce a que le dé uno su adhesión.

Yo le contesté que la misma idea tenían nuestros amigos, y como yo creía que era una alusión eso de unir a los revolucionarios por medio de un programa, no colaboré con mis amigos, ni podía colaborar con él, que me limitaría, como lo hice con mis amigos, a desearle un éxito muy sinceramente. Me contestó que realmente como yo no creía en la eficacia de su gestión, no podíamos colaborar.

Como siempre, corren muchos rumores que engendra el deseo. Pero en el fondo no hay más que hechos consumados, que conoce todo el mundo, y un malestar tremendo que viene de la crisis económica, del gobierno de una facción exclusivamente para provecho propio, de la ineptitud, de la brutalidad y de la falta de honradez de los administradores.

¿A dónde vamos?

A un cambio en México que provoque el hambre y la injusticia.

A una paz temporal que decidan el cansancio y la decepción.

O a una intervención.

Pienso permanecer aquí en N. Y. hasta el final de este mes y regresar enseguida a El Paso, porque es conveniente que esté yo con mi familia para reducir los gastos y para ver en qué trabajo.

Mis honores para su familia y un cariñoso abrazo para Usted.

Felipe Ángeles

CONCILIADOR CON CARRANZA

Que el general Felipe Ángeles se alejaba nuevamente día a día de la idea de lanzarse a una nueva aventura, es lo que se desprende de la carta que sigue.

En primer lugar, se muestra conciliador hacia el gobierno del presidente Carranza, del que era acérrimo enemigo, dando muestras de satisfacción por la carta que don José María Maytorena recibió de Carranza, en la que el presidente de México le daba el pésame por la muerte de su señora madre.

En segundo lugar, Ángeles no piensa más que en el trabajo. Primero, quería regresar a El Paso, pero en la carta que sigue anuncia que iría a Uniontown para trabajar en las minas como simple obrero.

Agosto 18 de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí hoy su grata del 10, con mucho gusto.

Me alegra mucho la noticia que me da Ud. de la carta de don Venustiano, porque cualquiera que sea el motivo que lo impulsó a escribirla, es reveladora de un estado de conciencia que, en caso necesario, Ud. puede tener en cuenta para emprender con energía el arreglo de los urgentes negocios que tiene en México, como las testamentarias, por ejemplo.

No he sabido nada de la muerte de mis hermanos directamente, por carta de alguno de mi familia, ni negando ni confirmando. La noticia fue dada por periódicos carrancistas que no tenían necesidad de inventarla. Yo creo que hay algo de cierto en la noticia, pero tal vez no se trata exactamente de hermanos míos, sino de otros parientes.

Vuélvase filósofo y ármese de mucha energía. Mande al diablo el hábito de fumar; coma exactamente a horas fijas y procure que la comida no sea excesiva en cantidad ni de difícil digestión. Haga ejercicio y ocupe su inteligencia en alguna cosa, pues vivir no es otra cosa que trabajar con el cuerpo, con la inteligencia y con el corazón (diré hablando de las emociones del alma).

Yo por acá he buscado trabajo y no he podido encontrarlo. A fines de la semana entrante me iré para Uniontown, Pennsylvania, a una mina, donde están trabajando algunos mexicanos que me invitan a ir con ellos. ¿Podré resistir el trabajo? Ya estoy y me he pasado una vida en la que el ejercicio físico sólo lo he hecho por *sport*, y por muy poco tiempo. Pero en todo juega una gran parte de la voluntad. Con ella Ud. se curaría de seguro con ella puede que yo llegue a resistir el trabajo de minero.

Dentro de poco tiempo le daré mi nueva dirección y le contaré cómo me ha ido.

Mis saludos cariñosos para Ud. y toda la familia.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 10 de mayo de 1931, año v, núm. 237, pp. 10-11.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

CARTAS PRIVADAS DE FELIPE ÁNGELES AL SEÑOR MAYTORENA
Cómo y por qué el ex director del Colegio Militar decidió cruzar la frontera

UNA CARTA ESCRITA YA EN TERRITORIO MEXICANO
Cartas seleccionadas y anotadas por José C Valadés, redactor de *La Opinión*,
con datos y documentos obtenidos en el archivo de don José María Maytorena
y con las explicaciones verbales del propio ex gobernador de Sonora

CAPÍTULO V

Felipe Ángeles, al igual que la mayor parte de los exiliados políticos en los Estados Unidos, pasaba días de miseria.

“No se imagina Ud. las catástrofes que hay por aquí entre nosotros”, decía Ángeles a don José María de Maytorena.

La situación del general no era menos penosa, y pareciendo desear alejarse de los problemas de México, a veces le interesaban, como podrá observarse

en sus cartas, en tal grado, que anuncia que marchará a una nueva aventura. Pero después avisa a don José María que irá a Uniontown, en busca de trabajo en las minas.

Pero en la carta que sigue, el ex director del Colegio Militar dice la causa por la cual siempre no marchó al mineral, dedicándose, en cambio, a buscar trabajo en Nueva York, mezclándose con la gente pobre, donde, según dice, robusteció sus ideas socialistas.

619 W. 114th St., New York
Septiembre 25 de 1917

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Muy querido y buen amigo:

Le decía yo a Ud. en mi última carta que me iba para Uniontown, Pennsylvania, a trabajar con algunos mexicanos que me invitaron, pero sucedió que por casualidad me encontró aquí un sobrino mío que me disuadió de ir a ese trabajo de minas, asegurándome que no lo podría resistir, y que tal vez no me lo darían al ver mi aspecto que no era adecuado para uno de esos trabajos rudos. Yo cedí, sobre todo por que él me aseguró que aquí encontraría algo que hacer. Me fui con él a un cuartucho por allá al sur de la ciudad (*downtown*) y buscamos y buscamos y buscamos, y no encontramos. ¿Por qué? Porque los trabajos eran sumamente pesados o bajos, o porque yo no sabía el suficiente *slang* para entender el lenguaje del pueblo. Me hacía entender muy bien de la gente decente, pero ni entendía ni me hacía entender con el pueblo. En fin, que tengo mucho amor por el pueblo, pero no tengo muchos puntos de contacto con él. Sin embargo, era necesario vivir, y era necesario trabajar aunque fuera vergonzosamente.

Tengo mis amigos entre los indios de aquí, entre los humildes, entre los negritos, y ahí unas veces, y otras por arriba, en la aristocracia, encuentro alguna vez algo que hacer, aunque sea trabajo inseguro. A veces me sumerjo en los bajos fondos sociales, a escondidas, y otras salgo al sol y gano, respirando aire puro, algunos centavos. Había renunciado heroicamente a vivir en un cuarto decente, pero sufría mucho y tenía frío y preferí sacrificar lo demás para tener buena cama y calor, y volví a esta casa, donde he vivido un año. Lo único que me preocupa es que no duermo bien por intranquilidad, y que eso el día menos pensado me tira en cama y eso bastará para echarme al abismo. Pero ya

sabe que soy muy metódico y muy temperante, y tengo la esperanza de que no me he de enfermar.

Había yo leído muchos libros socialistas y, como Ud. sabe, me había yo convertido al socialismo; pero me faltaba la experiencia personal. Ojalá no llegue a experimentar todo lo que he leído, todo lo que sufren los pobres y que los convierte en ladrones y asesinos o que mueren tirados de frío abajo de un puente. Y lo más conmovedor es que de repente me encuentro a un amigo que me reprocha que me esconda yo de él porque está pobre, y me pide un préstamo de cuatro reales. No se imagina Ud. las catástrofes que hay por aquí entre nuestros amigos, que heroicamente llevan la cabeza muy alta y platican con mucha energía, y llevan dentro de sí la angustia más grande, que ellos quieren ocultar, pero que se ve a leguas en los círculos negros que rodean los ojos y en el calor amarillo terroso de las caras.

Yo, afortunadamente, estoy muy bien, gordo y en buen color, aunque apenado y asustado. Sin embargo, no soy desgraciado porque conservo aún mi energía, y porque la filosofía me da satisfacciones aun al analizar mis penas.

Le he contado esto porque Pepito [José M. Maytorena, hijo] el otro día fue a verme al *downtown* y me dijo que Ud. me había escrito y que Ud. tal vez se imaginara que estuviera en la mina de Uniontown y no se explicara bien mi silencio.

No se descuide el estómago. Coma poco, no beba alcohol y no fume, y procure estar contento. Esta vida es muy interesante y hay que vivirla con alegría. Hay que filosofar para que se resbalen las penas.

Mis honores para su familia y un cariñoso abrazo para usted.
Felipe Ángeles

QUERÍA PELEAR "ESTA BATALLA DE LA VIDA"

Como respuesta a la carta anterior, el señor Maytorena envió al general un mensaje, invitándolo para que hiciera un viaje a Los Ángeles, donde podría pasar cómodamente el invierno.

Ángeles no aceptó, quizá como un gesto caballeroso, temiendo que su viaje agravara las condiciones económicas de Maytorena, escribiendo, en cambio, esta carta bien amarga:

New York
Octubre 3 de 1917

Señor General don José María Maytorena.
Los Ángeles, Cal.

Muy querido amigo:

Hoy recibí su telegrama. Había sido este día muy amargo, el más amargo que he tenido, pero su telegrama cambió mi ánimo y me dio nuevas fuerzas.

La semana pasada, un amigo, el coronel Julio de la Cerna, había conseguido un empleo en la casa Du Pont de Neumors, en Wilmington, Delaware, pero como ese empleo era de experto en balística y él no se consideró con los conocimientos necesarios para desempeñarlo, y sabiendo, además, que yo conocía muy bien el asunto, renunció al empleo en mi favor. Pedí el empleo por escrito y a instancias de algunos amigos tuve que ir una, y dos y tres veces a Wilmington, y ver y pedir a una bola de gentes, y no pude conseguir nada, porque dizque era yo mucho hombre para el empleo y demasiado sabio para mis jefes, a pesar de que yo soy humilde y estoy dispuesto a trabajar hasta con la pala.

Un bondadoso señor se había interesado por mí; me había dado algunas traducciones del inglés al español y cediendo a una petición mía me había ofrecido un insignificante trabajo de oficina, pero no pude obtenerlo porque confesé honradamente que nunca había yo sido tenedor de libros.

Esos dos empleos habían sido mis caras ilusiones de los últimos días y se desvanecieron al soplo helado de la lógica de la actual organización social. Los hombres que han intervenido son buenos, pero unos temieron que mis conocimientos los perjudicara en su carrera, y otros temieron que mi ignorancia en la teneduría de libros perjudicara el negocio. Todos ellos han obrado lógicamente; no conservo rencor a ninguno de ellos. Unos me pudieron haber dado un modesto empleo en materia que yo conozco a maravilla diciéndome que me estuviera quieto en un rincón, y los otros me pudieron haber guiado durante unas cuantas horas, o tal vez unos cuantos minutos, porque yo ya conocía teóricamente el asunto, aunque nunca haya yo llevado un libro de contabilidad; pero la lógica de la dura vida los obligó a ser un poquito malos. Después de esos acontecimientos he sufrido un poco, muy calladito, y ahora se me estaban acabando las fuerzas cuando me llegó su telegrama como una inyección de energía. Es posible que mi decaimiento se haya debido al envenenamiento de algún mal alimento, pero ahora ya estoy mucho mejor.

No puedo telegrafiarle pero confío en que ésta irá muy de prisa y le llevaré mi gratitud por su bondad y calmaré la intranquilidad que le pueda producir la creencia de que mi salud me pueda abandonar. No dude Ud. que lo quiero como a un hermano, pero no puedo aceptar su ofrecimiento de irme a Los

Ángeles porque necesito pelear esta batalla de la vida, aunque mis tropas estén harapientas y en la inopia. Lo más malo es que tenemos que combatir en pleno invierno y que por la guerra europea los alimentos van a subir mucho. Yo no puedo olvidar que cada quien tiene su batalla propia y que Ud. también tiene sus graves preocupaciones. A medida que le he ido escribiendo ha aumentado mi animación y mi bienestar. Espero que las cosas se han de componer y que el día menos pensado ya tenga algo asegurado y que podré dormir forjando nuevos ensueños.

Reciba usted, querido amigo, con la expresión efusiva de mi gratitud, mis más ardientes deseos por su felicidad personal y porque algún día esa desdichada suerte eche una buena machincuepa.

Mis homenajes para su familia y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

NUEVAS ACTIVIDADES DE DÍAZ LOMBARDO

Alentados por algunos triunfos pequeños, pero significativos de fuerza y de valor, obtenidos por el general Francisco Villa en el norte de México, el grupo de exiliados políticos en Nueva York, dirigido por el licenciado Miguel Díaz Lombardo, empezó a dar nuevas señales de vida.

El general Ángeles fue invitado a participar en las nuevas actividades.

La perseverancia de Díaz Lombardo, la formación de un nuevo plan —cuya aceptación había ofrecido el general Villa—, los triunfos del guerrillero y la sugestión hecha por los miembros de la junta revolucionaria para que Ángeles marchara inmediatamente a unirse al guerrillero duranguense y, finalmente, las terribles condiciones morales y materiales del ex director del Colegio Militar, fue quizás lo que influyó para que éste, por enésima vez, se sintiera atraído por una aventura en México, y en esta situación envió al señor Maytorena el siguiente mensaje en respuesta a otro en el que el ex gobernador de Sonora lo invitaba para que pasara la Navidad a su lado. Dice el mensaje de Ángeles:

Recibido su telegrama. No puedo aceptar bondadosa invitación por estar alistándome para empezar negocio. Roque ha desistido, pero tengo asegurado otro compañero. Si usted viene a verme luego se sentirá inclinado a unirse.

Un día antes de este mensaje, fechado el 7 de diciembre de 1917, el ex director del Colegio Militar comunicó en una corta carta al señor Maytorena, su decisión de marcharse a México, junto con Roque González Garza, ex presidente de la República, para unirse al general Villa.

Confirmando su resolución, el general escribió días después esta carta:

619 W. 114 th St., New York
Diciembre 16 de 1917.

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Hace 3 o 4 días remití al señor don Manuel Márquez Sterling un largo artículo titulado "Mi influencia en la ruptura de Villa con Carranza", en el cual usted juega un papel importante. Vacilé algunos días en mandarlo por temor de que fuera a disgustar a usted, pero los amigos a quienes consulté me aseguraron que no le disgustaría. No se lo consulté a Ud. mismo por temor de que fuera a tener alguna indecisión. Si Márquez Sterling me manda un ejemplar de su diario *La Nación* con mi artículo, se lo remitiré a Ud. para que si le parece conveniente lo dé para su reproducción, o mande hacer su publicación en una hoja suelta. Si usted platicara conmigo vería que no he cambiado un ápice en mis ideas y en mis propósitos: el telegrama que le mandé es suficientemente explícito y aun demasiado, ni por correo puedo explicarlo mejor.

Creí que empezaría yo a trabajar en él desde luego, pero un acontecimiento se verificó demasiado pronto y entorpeció el negocio, que principiaré en las nuevas circunstancias un poco más tarde. Creo que Ud. se interesaría por conocerlo, aun cuando no entrara como socio en él. Tengo la esperanza —qué digo—, la seguridad de que al fin y al cabo nos ayudara Ud. cuando sea oportuno, y de la oportunidad nadie será mejor juez que Ud. Se me figura que después de reflexionar un poco, se preguntará Ud.: "Bueno, y ¿con qué dinero van a emprender cualquier negocio?" Vamos a empezar sin nada; con puro crédito, exponiéndonos a fracasar a las primeras de cambio; pero el que no se arriesga no pasa la mar. Me extraña que no haya Ud. recibido la carta en que le dí las gracias por su regalo de Nochebuena y me apena porque en ella le hablaba un poco de lo mismo que ahora.

Saludos muy afectuosos.

Felipe Ángeles

INSISTE EN LA AVENTURA

Pero como Maytorena insistió telegráficamente para que Ángeles desistiera de la aventura que iba a emprender, éste le escribió una segunda carta:

Diciembre 19 de 1917
Nueva York

Señor General don José María Mayorena
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Al ponerle a Ud. mi telegrama creí que definitivamente había usted abandonado su primer punto de vista. Creí que estaba Ud. plenamente convencido de que los requisitos que usted exigía eran imposibles de realizarse y que así había Ud. convenido conmigo más o menos explícitamente. También yo había convenido más o menos, explícitamente, que las circunstancias que concurren en Ud. no le permitirían emprender el negocio en condiciones muy deficientes; pero que eso no implicaba que para empezarlo fuera necesario satisfacer condiciones imposibles sino sólo que usted no colaboraría sino ya bien avanzado el negocio. Ya sabe usted cuán firme soy en mis creencias y ya le he manifestado a Ud. cómo pensaba y pienso empezar. Lo que yo le platicaría no sería la gran cosa, ninguna complicada o maravillosa invención, sino una sencillísima que naturalmente está formada por dos partes: la primera de ideas, la segunda de acción.

La primera es la fundamental; probablemente estaría usted de acuerdo conmigo, aunque pensaría usted que nuestros amigos no lo estarían. A eso yo arguyo: un negocio no se emprende para satisfacer a los amigos, sino a la comunidad.

La segunda, aunque secundaria, es también importantísima, y en ella no estaría usted enteramente satisfecho; la vería con natural repugnancia y probablemente pondría usted serias objeciones.

En resumen, usted, en general, lo aprobaría. Sin embargo, yo creo que usted debería conocer el fondo del asunto, pues como debe presumir yo tengo esperanzas de éxito, y creo que a pesar de su pesimismo usted colaborará a su tiempo.

Todos los negocios de la naturaleza de éste son al principio inciertos, pero éste, en mi opinión, tiene el máximo de incertidumbre. Ya sabe usted que yo no

soy optimista ni veo nunca las cosas color de rosa y que me decido a hacer algo por deber y sin ilusiones.

Usted es hombre de muy buen sentido; comprende usted que dadas las circunstancias y sabiendo cómo es la gente, no voy a emprender el negocio con los millones de Morgan o con los millares del señor Hurtado, o con los centenares de Rafael Hernández o con las decenas de Llorente, o con los dólares del señor Bonilla. ¿Por qué? Porque conseguir cualquiera cosa es difícil. Usted dirá entonces que emprender un negocio cualquiera sin capital es ir al fracaso. Yo niego, porque sé de muchos que han prosperado a pesar de haber empezado así.

Claro que lo que digo en ésta usted ya se lo esperaba, pues no podía esperar lo imposible. Y a pesar de eso me pareció que sería bueno que usted platicara conmigo. Como le dije a usted en mi anterior, escribí un artículo que ha de interesarle y que se habrá publicado ya probablemente en *La Nación*, de Márquez Sterling; no le prometo mandárselo porque no sé si podré hacerlo. Quizá Escudero se lo envíe a usted.

Mis homenajes para su familia y un afectuoso abrazo para usted.

Felipe Ángeles

UNA PROBABILIDAD ENTRE 999

Un largo silencio de parte de Ángeles siguió a esta última carta. Pero en los seis meses de silencio, el ex director del Colegio Militar había madurado perfectamente su plan. El general Francisco Villa, por conducto de su confidente y amigo, Alfonso Gómez Morentín, invitó a Ángeles para que se uniera a sus fuerzas, y el general, que ya había resuelto marchar a territorio mexicano, aceptó esta invitación.

Cuando a los seis meses volvió a escribir al señor Maytorena, fue para confirmar su resolución, a pesar de que él mismo confiesa que va a jugar “una probabilidad contra novecientas noventa y nueve”. La carta dice:

Julio 9 de 1918
New York

Señor General don José María Maytorena.
Los Ángeles, Cal.

Muy querido y buen amigo:

Recibí su grata última con un *check* de 100 *dollars* que tiene la bondad de enviarme considerando que no he de estar muy sobrado de recursos. Le agradezco infinito su carta y su obsequio.

Dos cosas importantes trata en su carta. Una relativa a algo que le dijo Pepito que había yo escrito, y la otra a nuestra suspendida correspondencia.

Por lo que a lo primero atañe, no he hecho ningún trabajo: probablemente Pepito se refiere a un artículo que escribí para que lo publicara *La Nación*, de Márquez Sterling. Abusando de la oportunidad que se ofrecía quise aprovechar su periódico para publicar algunos artículos y escribí el primero de ellos, que remití a Márquez Sterling y que seguramente éste no publicó. Fue entonces cuando le anuncié a Ud. que luego que Márquez Sterling me mandara un ejemplar de su periódico con mi artículo, se lo mandaría yo a Ud., para que, si le parecía, mandara hacer su publicación en una hoja suelta. No me mandó Márquez Sterling nada y ahí quedó la cosa.

Me parece que el artículo era importante, primero para mí y luego para Ud., y por eso creí que Ud. podría tener interés en publicarlo, porque ahí digo algo que tal vez Ud. no podría decir. Por si alguna utilidad tiene para Ud., voy a hacerle un arreglo de un borrador imperfecto que me quedó y se lo remitiré dentro de dos o tres días.

Respecto al silencio voy a decirle algo: no puedo decírselo claro, pero estoy seguro que Ud. comprenderá bien todo. Base, porque se lo he dicho, la resolución que he tomado desde hace mucho tiempo. Quise llevarla a cabo, primero de un modo, luego de otro y por fin de otro. Mientras llegaba un fracaso pasaba el tiempo y así se han pasado no sé qué tantos meses. ¿Por qué fracasé en las dos primeras ocasiones? Porque me faltó la ayuda que yo creí segura. Y desde entonces mi acción era inminente y era necesario estar mudo. Ahora estoy en el mismo caso; nada más que mi ánimo ha variado mucho y lo que no hacía yo antes, ahora me atrevo hacerlo. Si le contara yo Ud. las cosas Ud. aprobaría mis intenciones, como cualquier buen amigo lo haría, pero yo estoy dispuesto a jugar una probabilidad contra 999.

Reciba un abrazo muy estrecho y muy afectuoso para sí y mis respetuosos homenajes para la familia.

Felipe Ángeles

UNA RESOLUCIÓN

La resolución del general Felipe Ángeles, tomada en diciembre de 1917, fue definitiva, como se verá por la carta siguiente:

Agosto 14 de 1918
New York

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Muy querido amigo:

Recibí su carta del 31 de julio ppdo. con un recorte de *La Prensa*, de San Antonio, del 18 de julio, en el que aseguran que se iba a iniciar una revolución encabezada por (general Juan G.) Cabral y por mí. Además, en su carta me da la noticia de la llegada a Los Ángeles del Sr. Lic. Escudero.

Habrà usted visto probablemente otros periódicos que dicen que no soy yo el jefe del movimiento, sino Antonio Villarreal. He platicado con el Gral. Villarreal y éste ha negado tener alguna participación en el movimiento; sin embargo, aunque en realidad este señor no sea el jefe de la revolución, por lo menos creo que algo mete la mano con la revolución de prensa: Así lo creo por lo que los artículos dicen y por la manera en que lo dicen. Siempre he tenido estimación por Cabral y me simpatiza su actitud, así es que deseo que tenga éxito, aunque creo que no lo tendrá él personalmente. Sin embargo, reconozco que está en lo justo, que tiene grandeza de alma y que hace lo que debe. Nos pone la muestra y nos da una lección: aunque fracase, hace su deber. Si todos hiciéramos lo mismo, no tendríamos déspotas como amos.

En cuanto a Escudero, mucho celebro su llegada a esa ciudad. Cuando lo vea, dele un saludo afectuoso. Habrá Ud. visto que he dejado de contestarle algo, pero hay cosas que no se escriben.

Un saludo muy cariñoso para Ud. y mis homenajes para la señora su esposa.
Felipe Ángeles

EL ZAPATISMO

Comprendiendo que el señor Maytorena es contrario a la idea de que se lance a una aventura en México, el general Ángeles, en las dos cartas que siguen, se

limita a hablar del zapatismo y de los trabajos de la American Federation of Labor, relacionados con los problemas mexicanos. He aquí las dos cartas:

Septiembre 18 de 1918
New York

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Antier llegó Pepito y ayer tomó el tren a las 3:15 P.M. para su colegio. Según me dijo, tenía que estar en él a las 5:30 P.M. Creo que debe haber llegado a tiempo.

Le agradezco el empeño que tomó para que se publicara mi artículo mutilado por *El Tucsonense*. Hemos hecho muy mal en estar mudos; de ese modo le hemos ayudado a Carranza. La verdad es que yo no he tenido culpa de ello, pues apenas se ha presentado la más ligera oportunidad la he aprovechado. Mientras vivió *El Colmillo*, estuve escribiendo. Ahora que supe de la existencia de *El Tucsonense* con color revolucionario, le envié mi artículo, que mutiló. No diré nada al director de ese periódico, pero no volveré a mandar otro artículo. He recibido un número de *México Libre*, editado por Piña, pero ese periódico es muy chico y se publica semanalmente. He escrito una biografía, más bien un artículo, nada más que un poco grande, titulado: "Genovevo de la O". Lo juzgo muy importante, pues tiene por objeto hacer abandonar a los zapatistas sus insensatas ideas de extender su dominio a toda la nación, pues creo que su Plan de Ayala es malo hasta para ser aplicado localmente en la zona donde impera el zapatismo. No haga saber a nadie esta tendencia mía. Quisiera publicar mi artículo, pero no creo que se pueda publicar en *El Herald de México*, porque me imagino que ese periódico es semi-porfirista y, además, porque es tan largo mi artículo que ocupe más de una página, tal vez dos. Si Ud. pudiera conseguir que se publicara en alguna parte, me haría un gran servicio y me ayudaría a amarrar más a los zapatistas y a *sensatizarlos*.

Tenemos aquí algo político verdaderamente importante, muy serio y de lo que yo espero una solución a nuestro problema, bajo todos sus aspectos. Pronto se lo haré saber; la cosa invadirá todos los E.U. y luego México.

Un estrecho abrazo.

Felipe Ángeles

Octubre 23 de 1918
New York

Señor General don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Le prometí hace poco informarle de un asunto que había por acá: es el siguiente:

Una comisión enviada por la American Federation of Labor fue a México a estudiar alguna cosa a favor de los obreros mexicanos, pero bien pronto vio la comisión que México no estaba para preocuparse por ningún mejoramiento de los obreros, sino por salvarse de una situación que conduce rápidamente a la intervención armada de los E. U.

La comisión informó a la AFL: a) que la administración de Carranza es un desbarajuste, que no hay esperanza de que se consolide y que va caminando a su ruina; b) que todos los revolucionarios son una calamidad, que no dan esperanza a ninguno, que más bien contribuyen a poner puntales a Carranza, porque es mucho mejor que él continúe, que el que algún revolucionario lo derrocara, lo cual tampoco tiene posibilidades de realizarse; c) que todos en México están desilusionados, que no ven salvación posible, que creen que irremisiblemente vamos a la intervención; d) que es opinión de la comisión que sólo uniéndose los hombres representativos, de importancia y prestigio en México, de todos los partidos, podría establecerse un gobierno respetable, que pacificara al país y evitara la intervención.

La AFL resolvió intentar el acercamiento de esos hombres y se dirigió a algunos de nosotros, quienes aceptamos la invitación, pero a poco la mayoría resolvió que si nos uníamos con los reaccionarios nos desprestigaríamos ante los ojos de los revolucionarios que están en armas en México y que sería más hábil formar una Alianza Liberal Mexicana, en donde congregáramos a los que profesamos el mismo credo: invitar a los otros partidos a congregarse igualmente por su lado, y luego ostensiblemente así separados, tratar con ellos de la manera de hacer un esfuerzo común, con el exclusivo objeto de conseguir la pacificación del país.

Ya constituimos una junta local en N. Y.; hicimos las bases de Alianza que están imprimiéndose para la propaganda. Vamos a dirigirnos a los correligionarios residentes en las diversas ciudades de E. U., Cuba y México, para que constituyan juntas locales similares a la nuestra de la Alianza; en enero próximo se nombrará un Comité Ejecutivo General, director del partido, elegido en

convención o en elecciones generales. Al mismo tiempo vamos a dirigirnos a los demás mexicanos que hagan su organización aparte y, finalmente, delegaciones de todos los partidos acordarán las bases de la coalición.

Espero que, con entusiasmo y fe, nuestros amigos empezarán a moverse para lograr el éxito. Si usted y Escudero y todos los amigos se reunieran y discutieran este asunto, cuando les llegue la invitación oficial ya podrían obrar con toda la actividad y violencia que requiere este importante asunto.

Un cordial apretón de manos, de su amigo.
Felipe Ángeles

AL OTRO LADO DE LA FRONTERA

Desde los últimos días de octubre, el general Ángeles suspende su correspondencia con el señor Maytorena y no le vuelve a escribir sino hasta el 10 de enero de 1919, varios días después de haber cruzado la frontera mexicana en compañía de Alfonso Gómez Morentín.

La última carta del ex director del Colegio Militar, recibida por el señor Maytorena, dice:

Rancho de la Majada, Chihuahua, México
Enero 10 de 1919

Señor general don José María Maytorena
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Ya estoy dispuesto a empezar a combatir para que triunfe la causa democrática, cuya lucha empezó Ud. colaborando con el señor Madero en 1910.

Aprovechando un minuto que tiene la bondad de esperarme un oficial que marcha a la frontera para rogarle que ponga esta carta en el correo. La dirijo a mi casa, porque no recuerdo su exacta dirección.

Estoy bien necesitado de muchas cosas; pero dos me son absolutamente indispensables y acudo a la bondad de Ud. para que haga un esfuerzo y me las ministre:

Ellas son: un caballo muy bueno pero no delicado, de modo que se pueda alimentar con el pasto de las praderas y de vez en cuando maíz, esto es, un muy buen caballo de *comboy*, y un botiquín de campaña en una sólida caja, que no

pese mucho, pero en donde con seguridad puedan conservarse las medicinas, (yodo especialmente).

Reciba un saludo muy cariñoso y las gracias anticipadas, pueda o no pueda.

La manera de remitir el caballo mi hermano Eduardo lo sabe, quien me ayudó a venir. Puede enviarme el caballo en la primera oportunidad, por ejemplo, cuando se me reúna un amigo o vaya alguien de aquí.

Un afectuoso abrazo y hasta la vista.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*; Los Ángeles, California, domingo 17 de mayo de 1931, año v, núm. 244, pp. 10-11.

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

EL FIN DE ÁNGELES

CÓMO FUE CAPTURADO DESPUÉS DE HABERSE SEPARADO DE VILLA
El consejo de guerra, las declaraciones del reo,
sus últimos momentos de vida

CAPÍTULO VI Y ÚLTIMO

El general Francisco Villa recibió al general Felipe Ángeles con vivas muestras de simpatía, poniendo a su disposición todos los elementos con los que contaba. Varios meses anduvo al lado del guerrillero duranguense, de quien se separó en las últimas semanas del verano de 1918 para iniciar nuevas actividades en el suroeste de Chihuahua, al frente de un grupo de hombres.

Las esperanzas de Ángeles al internarse a territorio mexicano y sus verdaderas relaciones con el general Villa pueden apreciarse ante el consejo de guerra que ordenó su muerte en la ciudad de Chihuahua.

Yo he venido al país –dijo Ángeles según la versión taquigráfica de la declaración– con un deseo intenso de cumplir con los fines que se proponía la Liga Liberal Mexicana establecida en Nueva York, y que son procurar únicamente la unión entre todos los mexicanos, por lo que no tuve inconveniente en gestionar la adhesión de Villa, para ir con él y aconsejarlo. Después me tocó unirme a una partida que me llevó a presencia de Villa, con el cual anduve casi cinco meses, predicando en casi todos los lugares donde llegábamos, los principios de fraternidad que deben unir a todos los hombres, hasta que me separe de él por no convenir con su conducta para con los prisioneros a quienes fusilaba, idea que traté de quitarle, como se la quité en muchas ocasiones, hasta que últimamente, después de separado de él, me tocó unirme con los que hoy me han traicionado.

CINCO MESES CON VILLA

Sólo once meses –dijo Ángeles contestando a otras preguntas del consejo de guerra– llevo de permanecer en la República y, de ellos, únicamente he estado cinco con los villistas, pues el resto del tiempo he estado separado de ellos, refugiándome en los montes. Si he estado primero con los rebeldes, es porque ellos me evitaban caer en manos de las fuerzas del gobierno con las que podía tener acercamiento en virtud de que me aprehenderían por haber pertenecido a la Convención de Aguascalientes, aprehensión que haría fracasar mis propósitos, no obstante que también tengo instrucciones para tratar con los elementos gobiernistas, según lo acordado por la Liga Liberal Mexicana.

De la formación de la Liga Liberal Mexicana, refirió Ángeles:

En México tenemos muy fuertes pasiones y nunca creemos en la bondad de nuestros enemigos: justo que la Liga Liberal Mexicana se formó por un socialista [Santiago Iglesias], que siendo senador por Puerto Rico, prestó a su patria importantes servicios durante la intervención americana.

SU MISIÓN CERCA DE VILLA

Una parte interesantísima en el consejo de guerra al general Ángeles fueron las declaraciones de éste sobre la personalidad del general Francisco Villa.

Esta parte de las versiones taquigráficas, dice:

La misión que me trajo al lado mexicano fue aconsejar a Villa; aconsejar a Villa porque era necesario. Esta fue la misión que yo tuve durante los cinco meses que anduve con él...

El señor presidente del consejo cree que me perjudica mucho el contacto con el señor general Villa, y creo que tiene razón; creo que me perjudica porque la gente juzga según las viejas costumbres arraigadas de las compañías con que uno se une...

Como lo he dicho antes, la misión que yo traje fue la conciliación, fue de aconsejar a Villa, porque Villa es bueno en el fondo: a Villa lo han hecho malo las circunstancias: eso es lo que lo ha perjudicado quizás.

Y a continuación, Ángeles hizo esta sensacional revelación sobre la manera en que Villa juzgaba al presidente Francisco I. Madero:

Cierto que he atenuado el rigor de Villa, pero no me uní a éste para hacer campaña alguna, sino porque fue con los villistas con los primeros revolucionarios con quienes tropecé, permaneciendo a su lado porque ellos mismos me sugirieron ir al sur, pues me expondría a ser capturado, aconsejándome que enviara comisionados de mi parte, al sur.

Mientras tanto traté de corregir los yerros del general Villa, lográndolo en parte, y muchos también lo lograrían si por atavismos no fuéramos serviles. Esto sucede especialmente entre los villistas, quienes no se atreven a contradecir a Villa, sino que, por el contrario, aplauden hasta sus más grandes disparates. De esto yo no culpo a Villa, que es un incivilizado, sino a los malos gobiernos que convierten en fieras a los hombres buenos.

Yo me comprometí a corregir al general Villa en este particular, aunque expusiera mi vida, teniendo con él algunas dificultades, la primera de las cuales ocurrió en un punto llamado Tosesigua, donde encontrándonos, Villa me habló, haciéndome el dormido hasta que repitió el llamado.

Entonces me habló de que el señor Madero había sido un imbécil y que se dejaba dominar.

—Pues recuerde usted –me dijo– que cuando Huerta me aprehendió no fue capaz de ponerme en libertad.

A lo que le contesté diciéndole que era el señor Madero muy honrado y que no había estado en sus manos el libertarlo, pues estaba en manos de sus jueces y él era, además, muy respetuoso de las leyes.

—*Madero no me puso libre, porque no tenía pantalones* —me arguyó el general Villa, habiéndole replicado yo, y como nos fuéramos exaltando poco a poco en nuestra conversación, la gente comenzó a agruparse en nuestro alrededor. Al fin Villa se calmó y después de un rato me dijo:

—*General, tiene usted razón. Usted ha sido el único hombre a quien le he permitido que me contradiga y no lo he mandado fusilar.*

SU VIDA, YA SEPARADO DEL GENERAL VILLA

Lo que el ex director del Colegio Militar hizo desde el día que se separó de Villa hasta el día que se fue aprehendido, fue relatado por él mismo ante su consejo de guerra:

Lo que andaba yo haciendo era tratar de vivir y evitar persecuciones hasta que vinieran las adhesiones del sur.

Cuando me separé de Villa fui a Norias Pintas y allí estuve mes y medio viviendo una vida pacífica y por las tropas de Moreno que iban allí sabía de la persecución que estaban haciendo a las tropas del mismo Moreno, y yo me cuidaba, hasta que un día me tuve que salir y me fui rumbo a la Boquilla, después por rumbo de Parral y Balleza y allí permanecimos ocultos.

Volvimos después por las haciendas de Talamantes y San José del Sitio y allí los soldados nos persiguieron.

El día 8 de noviembre de 1919, el coronel Félix Salas, quien había sido jefe de la escolta del general villista Martín López, se presentó al mayor Gabino Sandoval, jefe de la Defensa Social del Valle de los Olivos, dándole a saber la cueva donde el general Felipe Ángeles se encontraba oculto. Acompañado de quince hombres, el mayor Sandoval se puso en marcha inmediatamente, internándose en la sierra.

Los soldados de la Defensa Social llegaron al pie del Cerro de las Moras, donde se encontraba la cueva en la que estaba oculto el general Ángeles, el 15 de noviembre, como a las cuatro de la tarde.

Dos hombres que estaban a unos cien metros de la entrada de la cueva —el mayor Ernesto Enciso de Arce y Antonio Trillo (hermano de Miguel Trillo, secretario particular del general Villa)— fueron sorprendidos por los gobiernistas, quedando prisioneros.

Ángeles se encontraba en la cueva acompañado de Isidro Martínez, su asistente, y de una mujer que curaba a Trillo, quien días antes se había quebrado un brazo al montar una yegua bruta.

LA CAPTURA DE ÁNGELES: EL CONSEJO DE GUERRA

El general, al darse cuenta de la aprehensión de Trillo y de Arce, trató de ensillar su caballo para huir, pero los hombres de la Defensa Social lo rodearon rápidamente intimándolo a rendición.

Ángeles estaba cubierto casi de harapos; once meses de lucha en las montañas habían sido suficientes para convertirlo en un hombre viejo. Del Valle de los Olivos fue conducido a Parral, luego a Camargo y, finalmente, a la ciudad de Chihuahua, donde fue internado al cuartel del 21 Regimiento.

Inmediatamente después de la llegada del prisionero a la ciudad de Chihuahua, el general Manuel M. Diéguez, jefe de las operaciones en el norte de la República, dio órdenes para que fuera sometido a un consejo de guerra extraordinario.

El consejo de guerra quedó instalado el lunes 24 de noviembre en el Teatro de los Héroeos, ante un numeroso público. Los miembros del consejo fueron: presidente, general Gabriel Gavira; vocales, generales Miguel M. Acosta, Fernando Peraldi, Silvino M. García y José Gonzalo Escobar; juez instructor, licenciado Díaz de León; asesor, coronel Tomás López Linares; agente del Ministerio Público, general y licenciado Víctor Prieto.

Junto con el general Ángeles fueron juzgados el mayor Ernesto Enciso de Arce y Antonio Trillo.

Cerca de diez horas duró el consejo de guerra. A las ocho de la noche los miembros del consejo se retiraron a deliberar para pronunciar su fallo momentos después.

El general Ángeles fue condenado a muerte.

SABE MORIR...

De pie, sonriente, viendo al público, entre el que se encontraban numerosas damas que lloraban, escuchó el general Ángeles su sentencia de muerte.

Cuando los miembros del consejo terminaron sus labores, el general José Gonzalo Escobar se acercó a Ángeles, y le extendió la mano. Ángeles se la estrechó con calor.

Como los abogados defensores trataran de disculparse por no haberlo podido salvar del patíbulo, Ángeles les dijo:

—*Señores, pero ¿por qué apenarse? ¿Creen que un militar no sabe morir?*

Después y mientras que el público salía del teatro, relató a un numeroso grupo de personas que le rodeaba en el foro, algunas cortas e interesantes anécdotas de su vida militar.

Al salir del teatro, cientos de personas que estaban afuera del coliseo, se quitaron respetuosamente el sombrero: era el postrer homenaje a un hombre a quien solamente restaban unas cuantas horas de vida.

Una dama se arrojó a su paso, diciéndole enternecida:

—*¡General! Es imposible que...*

La dama no pudo continuar. Una sombra —la sombra que anunciaba la tragedia— pareció cubrir por vez primera el rostro del general, quien rápidamente se repuso, subiendo al automóvil, en donde acompañado del coronel Juan Manuel Otero y Gama, jefe de la guarnición de la plaza, fue conducido al cuartel de 21 Regimiento, donde había de pasar su última noche.

NO QUISO CONFESARSE

Numerosas fueron las visitas recibidas por Ángeles en su capilla. Entre ellas las del sacerdote Valencia. El padre Valencia quería convencer al general para que se confesara:

—*Padre —contestaba el general—, usted conoce mis sentimientos cristianos y mis concepciones filosóficas. No es posible acceder a sus deseos. Ya ve usted, moriré pensando en la humanidad, en Cristo... Cuando me aprehendieron tenía como único equipaje La vida de Cristo, de Renán, y una biografía de Napoleón... ¿Para qué cree usted que necesite la confesión?*

Y durante una hora discutió Ángeles con el sacerdote, hasta cerca de las dos de la mañana, cuando el padre Valencia se retiró, indicando que asistiría a la ejecución.

A esta hora llegó a saludarlo el general José Gonzalo Escobar, a quien Ángeles pidió que hiciera una visita a su familia que radicaba en El Paso.

Después dictó a un amigo cuatro cartas. La primera dirigida a su abogado defensor Gómez Luna, dándole algunas instrucciones respecto a la forma sencilla como había de ser sepultado. La segunda dirigida al licenciado Manuel Calero y la tercera al ingeniero Manuel Bonilla. En estas últimas cartas se despedía de sus dos amigos. La cuarta estaba dirigida a su esposa y decía:

26 de noviembre de 1919

En el cuartel del 21° Regimiento

Chihuahua

Adorada Clarita:

Estoy acostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas. Mi espíritu se encuentra en sí mismo y piensa con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Siempre he hecho lo mismo en todo el tiempo en que me separé de ustedes.

Hago votos fervientes para que conserves tu salud, y por la felicidad de Chabela.

Tengo la más firme esperanza de que mis tres hijos serán amantísimos para ti y para mi Patria...

Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes, y que les envíe un ardientísimo beso para todos ustedes.

Felipe Ángeles

El general Ángeles ignoraba que su esposa se encontraba gravemente enferma en Nueva York y que no leería jamás su carta. Doña Clara K. de Ángeles murió poco después del fusilamiento de su esposo, ignorando también el trágico fin de éste.

LA ÚLTIMA NOCHE

Después de dictada esta carta, el ex director del Colegio Militar dijo a sus amigos que se sentía un poco fatigado, que quería dormir la última noche de su vida aunque fuera unas cuantas horas, y momentos después quedaba profundamente dormido. Dos horas y media durmió el general. Serenamente se incorporó a las cuatro y media de la mañana al oír algún ruido en el patio del

cuartel, y como viera en algún ángulo de la pieza al padre Valencia, al coronel Otero, al licenciado Gómez Luna y a dos o tres personas más, preguntó:

—¿Ha llegado la hora?

—No, mi general; son las cuatro y media de la mañana; puede usted seguir descansando —le contestó el coronel.

—Creo que es suficiente, coronel; todavía faltan algunas cosas que arreglar mientras llega la hora —agregó Ángeles.

Luego pidió al licenciado Gómez Luna que le escribiera una carta dirigida a su hijo Alberto, y que dictó pausadamente. Después dio sus últimas instrucciones al abogado.

—¿No sabe usted quién recogerá mi cadáver? —interrogó Ángeles a Gómez Luna.

—Lo ha pedido la familia Revilla —informó el licenciado.

—Hombre, sé que la familia Revilla no tiene grandes recursos y le suplico que intervenga para que no hagan muchos gastos en mi entierro, que debe ser sumamente humilde.

Se rehusó a ponerse un traje nuevo que le había llevado el licenciado Gómez Luna y enseguida se recostó, haciendo que las personas que se encontraban en la pieza acercaran algunas sillas a su cama para continuar charlando.

Varios oficiales del 21 Regimiento pidieron permiso para entrar a despedirse del general, quien los recibió sonriente, refiriendo entonces algunas anécdotas de su vida militar.

Como observara en el patio del cuartel algún movimiento, pidió que fueran llevados a su presencia Antonio Trillo y el mayor Arce, para despedirse de ellos. Tanto Trillo como Arce, que se habían salvado de la muerte, escucharon emocionados las últimas palabras de agradecimiento del general.

LA EJECUCIÓN

Minutos antes de las seis de la mañana, en la puerta de la habitación, el juez instructor Díaz de León entregó el reo al jefe de la escolta, mayor Ignacio L. Campos, encargado de la ejecución.

Al darse cuenta de que el pelotón ejecutor había quedado formado, preguntó al mayor Campos, al entrar éste a la pieza:

—¿Ha llegado la hora, mayor?

—Sí, mi general.

De un salto, se sentó Ángeles en el borde de la cama. Con rapidez se calzó los zapatos, luego se envolvió en una frazada y se acercó a la puerta, observando a los soldados por unos instantes.

Dirigiéndose al mayor Campos, solicitó con voz firme:

—Oiga, mayor, como ya en el cuadro no quiero hablar, le suplico que ya sus muchachos tengan sus rifles preparados para cuando yo me pare enfrente de ellos.

—Con todo gusto, mi general —dijo Campos, quien salió al patio para comunicar esta orden al jefe del pelotón, teniente Ramón Ortiz.

Ángeles acercó una silla a la puerta de la pieza, desde donde estuvo observando los últimos movimientos de los soldados.

—Preparen... ¡armas! —gritó el teniente.

—¡A...puntén! —agregó el oficial.

—Todo está listo, mi general —dijo el mayor Campos al general Ángeles, cuadrándose.

El ex director del Colegio Militar se puso nerviosamente en pie: arrojó la frazada al suelo, se acercó con rapidez al licenciado Gómez Luna, a quien dio un fuerte abrazo y, ya en el dintel de la puerta, se detuvo, y volviéndose a las personas que quedaban en la pieza, gritó:

—Señores, ¡hasta luego! ¡Que sean felices y que mi México amado goce de paz para siempre!

Erguido, muy erguido e intensamente pálido, el general Ángeles cruzó el patio a grandes pasos y, situándose frente a los fusiles ya tendidos de los soldados, exclamó él mismo con voz fuerte:

—¡Fuego!

Siguió una descarga y el general Ángeles rodó casi boca abajo.

Un médico se acercó a examinarlo.

—Está bien muerto —informó el médico.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 24 de mayo de 1931, año v, núm. 251, pp. 10-11.

LA EJECUCIÓN DE FÉLIX ARRIETA

UN EJECUTADO QUE RECIBIÓ TRES DESCARGAS ¡Y SE QUEDÓ DE PIE!

OTROS CASOS DE MIEDO EN EL PAREDÓN

El general Villista Félix Arrieta, de reconocida fama de valiente
en los combates, murió llorando y con una imagen
de la Virgen de Guadalupe

Una porción de cuadros –todos ellos de intensidad– forman de uno en uno los capítulos de la Revolución mexicana.

Cuadros pintorescos, junto a cuadros heroicos; gramáticos frente a cómicos: mosaico notable del que es posible tomar algunas notas que parecen arrancadas a las páginas de un cuentista de extraordinaria imaginación.

He aquí unas cuantas notas del desfile terrible que presencié el paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro en la Ciudad de México desde fines de 1914 hasta fines de 1916.

Desde el rompimiento de la Convención con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, casi diariamente se combatía en los alrededores de la Ciudad de México.

La vieja capital estaba unos días en poder de los zapatistas y otros en manos de los carrancistas. Quien lograba entrar victoriosamente a la ciudad, generalmente capturaba soldados y oficiales del bando contrario. Los oficiales presos, y muchas veces también los soldados, ya conocían su destino: el paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro.

La Escuela era el lugar de la muerte, elegido por todas las facciones, cuyo chocar de armas estremecía al país hora tras hora.

A principios de 1915 los zapatistas ocupaban la plaza, y tras una escaramuza en las cercanías de El Peñón, capturaron una avanzada constitucionalista.

Los prisioneros fueron rápidamente sentenciados a muerte; eran cuatro oficiales y tres soldados.

Hasta el momento de llegar al paredón, los siete condenados a muerte se habían mostrado llenos de valor; pero en el momento en que vieron frente a ellos las bocas de fuego que les habían de arrancar la vida, uno de los oficiales flaqueó y cayendo de rodillas, pidió clemencia para él y para sus compañeros.

—*No seas cobarde!* —le reclamó uno de sus camaradas.

Pero el condenado a muerte pareció no escuchar el reproche y viendo cómo los zapatistas bajaban sus armas, creyó en la victoria y emocionado, gritó a sus compañeros:

—*Unámonos al zapatismo!*

Sin embargo, su grito no tuvo respuesta; sólo se escuchó el eco vago, lejano, producido por el repercutir en la vieja muralla de San Lázaro.

El sentenciado se aproximó rápidamente al oficial zapatista que mandaba el cuadro, y, tembloroso, le repitió la promesa de unirse a las fuerzas del general Emiliano zapata si se le perdonaba la vida.

—*¿Y tus amigos?* —le preguntó el comandante del cuadro.

El reo se encogió de hombros. Volvió la vista hacia donde estaban sus compañeros. Los seis estaban de pie, firmes. Todos los veían. Había sido compañero de los seis; los traicionaba y los dejaba morir, con tal de que le dejaran vivir.

—*¿Y tus amigos?* —repitió el oficial zapatista.

El sexteto permanecía tranquilo; los condenados habían escuchado la pregunta las dos veces.

—*¡A... punten!* —ordenó el oficial al pelotón.

El que había traicionado a sus compañeros dio un paso al frente, colocándose en la línea de los tiradores, y clavó la vista en la mira de los fusiles que apuntaban al pecho de quienes no habían intentado salvarse.

—*¡Fuego!* —gritó el oficial.

Los seis hombres frente al paredón se desplomaron, al mismo tiempo que quien los había abandonado para salvarse, caía a los pies de uno de los ejecutores, en medio de espantosas convulsiones.

—*¿Qué le hiciste, imbécil?* —demandó el oficial al soldado a cuyos pies se debatía el hombre.

—*¡Nada, mi capitán, se cayó de miedo!* —respondió el zapatista.

—*¡Cobarde!* —exclamó el oficial.

Cuando los ejecutores despojaron de sus ropas a los siete cadáveres, los soldados vieron cómo el cuerpo de quien había llamado cobarde estaba cubierto de cicatrices.

—*¡Debió haber sido muy valiente!* —rectificó el oficial, ordenando que se le sepultara separadamente de sus compañeros.

Fue el general Félix Arrieta, un hombre valiente, según aseguran sus amigos. El general Francisco Villa, a cuyas órdenes militó, lo tenía en gran aprecio, sobre todo después de la toma de Zacatecas.

Al rompimiento de convencionistas y carrancistas, Arrieta siguió a la Convención.

Tenía fuerzas a su mando en la Ciudad de México y en una de tantas salidas de los convencionistas no pudo salir él de la capital y fue capturado por los carrancistas y condenado a muerte.

Cuando le fue notificada la sentencia, la escuchó con tranquilidad.

—*A la hora que gusten, señores, estoy a sus órdenes* —dijo a quienes le habían notificado la terrible pena.

Sólo pidió que se le concediera la gracia de despedirse de algunos parientes y amigos cuando estuviera frente al cuadro.

Al ser sacado del cuartel para conducirlo al paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro, saltó como un muchacho gozoso al automóvil.

Empezó a platicar animadamente con sus conductores, pero al pasar por la Plaza de la Constitución pidió:

—*Déjenme ver esto por última vez... Qué hermosa es esta ciudad... Desde chico tenía tantas ganas de conocerla; era mi ambición... Y si vieran ustedes, siempre soñé que había de morir fusilado... fusilado... ¿Es decir que me van a fusilar?... ¿Es decir que dentro de media hora ya no viviré?*

Y el general Arrieta ya no pudo ocultar su emoción. Temblaba. Castañeaban sus dientes. Se subió la solapa del abrigo.

—*Tengo frío... ¡Qué frío!... —repetía.*

Cuando el coche pasó la garita de San Lázaro y luego vio dibujarse la silueta de la Escuela de Tiro, casi gritó:

—*Es decir, que ustedes me van a matar ¿y con qué derecho le arrebatan la vida a un hombre?... Denme una pistola para suicidarme... No, no, ¿por qué me he de matar?*

Temblaba. El temblor era a cada instante más agitado. Sacó del bolsillo un paliacate y se cubrió el rostro.

—*No quiero ver más la luz para sentir desde ahora la muerte* —comentó, al comprender que todas sus súplicas serían inútiles.

Al llegar frente al paredón, bajó del automóvil con gran dificultad. Se atrevió a descubrirse el rostro y vio cómo una multitud morbosa seguía todos sus movimientos, ávida del espectáculo sangriento. Sintió cómo su sangre, toda ya caliente, le corría por el cuerpo; volvió la vista al paredón y pensó cómo había de quedar ahí su cadáver tirado, y abrazándose de uno de los oficiales que le conducía, lloró copiosamente.

—*¡Vamos!* —dijo respirando y dejándose llevar.

No se volvió a descubrir el rostro. Se dejó llevar por todos sus amigos y parientes.

—*Soy el último que te abraza...* —le dijo uno de los familiares.

—*Tengo frío, mucho frío; quizá la sangre me caliente...* —contestó el general.

Y sintió que los pasos de amigos y soldados se alejaban y escuchó las órdenes del oficial que mandaba al pelotón. Apretó el paliacate sobre el rostro con más fuerza y con la mano derecha levantó una imagen de la Guadalupeana.

A la descarga, cayó por el lado derecho cuán largo era.

Dos tiros le habían tocado el cuerpo. Uno le atravesó el corazón.

El 18 de diciembre de 1915, el general Pablo González, jefe del cuerpo de Ejército de Oriente, firmó la sentencia de muerte de once asaltantes entre los que se encontraban varios miembros de la Banda del Automóvil Gris.

Al siguiente día, los condenados a muerte fueron conducidos al paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro, frente al cual cientos de personas se disputaban los mejores sitios para presenciar la ejecución.

Los condenados a muerte se colocaron frente al pelotón. Solamente uno, Rafael Juárez, parecía hacer grandes esfuerzos por mantenerse en pie.

Fue tan grande el pánico que se apoderó del infeliz, que metió los dedos entre las grietas del paredón con tal fuerza que el cadáver quedó parado.

Los demás, serenos, desafiaban a los verdugos.

Cuando el oficial que mandaba el pelotón había dado las primeras voces de mando, apareció el licenciado José Luis Patiño y, haciendo una señal de silencio, leyó un documento firmado por el general González, en el que ordenaba se suspendiera la ejecución de Bernardo Quintero y de otros cuatro miembros de la Banda del Automóvil Gris.

—*¡Un paso al frente los cinco!* —ordenó el oficial.

Los mencionados dieron el paso al frente, entre ellos Rafael Juárez.

—*¿A ti te nombraron?* —le gritó el oficial.

—*No, no me nombraron, pero ahora ya estoy dispuesto a decir que soy inocente* —contestó Juárez con voz entrecortada.

—*¡Pues ahora ya es tarde y pónganse en su lugar!* —le ordenó el oficial.

Juárez obedeció silenciosamente. Miró a sus compañeros que le sonreían compasivamente; se acercó nuevamente al grupo, cruzó los brazos y no perdió la vista los últimos preparativos de los soldados.

Sonó una descarga; tres hombres rodaron por el suelo; los otros tres habían quedado de pie. Dos sonreían. Juárez, con los ojos desmesuradamente abiertos, parecía clavado al muro.

Una segunda descarga sonó. Otros dos hombres rodaron.

Juárez, con la cara y el pecho cubierto de sangre, seguía de pie, con los ojos abiertos horrorosamente.

El oficial lo creyó con vida. Levantó el brazo y disparó seis veces consecutivas su revólver: Había hecho blanco, sin duda alguna, pero Juárez seguía de pie. Se acercó junto con el médico.

—*Este hombre está bien muerto, ¡aunque de pie!* —dijo el médico.

Dos soldados se acercaron para tumbar el cadáver. Juárez estaba realmente clavado en el muro.

En el momento de recibir la primera descarga que le produjo la muerte, quitándose los brazos del pecho, había hundido las uñas con tal fuerza al muro, que ahí había quedado asido. La impresión espantosa le había paralizado todos los tendones y el cadáver había quedado recto, tan recto que los soldados se divirtieron más tarde en doblarlo a culatazos...

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 13 de marzo de 1932, año xx, núm. 30, p. 1.

SABROSO RELATO DE "PANCHO PATADA"

ANDANZAS DE TRES FRANCISCOS:

COSS, VILLA Y MURGUÍA

Habla uno de los famosos Panchos de la Revolución

PERSONAJES: COSS, VILLA Y MURGUÍA

Por qué Pancho Pistolas y Pancho Patada llegaron a ser grandes amigos en los días de la Revolución

LUIS CABRERA IBA A MORIR EN VERACRUZ

Coss, indignado por el apodo de Pancho Patada,
hizo viaje especial desde Puebla,
para echarlo al mar

PANCHO PATADA CUENTA CÓMO Y POR QUÉ IBA A ECHAR

AL MAR AL LICENCIADO DON LUIS CABRERA

Carranza, teniendo noticias de las intenciones del general Coss,
hizo salir violentamente de Veracruz a su secretario de Hacienda,
"comisionado" a Yucatán

Los tres tenían fama de valientes; los tres mandaban fuertes núcleos revolucionarios; los tres eran norteros; los tres se habían improvisado en la guerra civil; los tres se llamaban Francisco. Todo México los conocía por “los tres Panchos”.

Uno era Francisco Villa; el otro Francisco Coss; el tercero Francisco Murguía.

A Villa le decían “Pancho Pistolas”; a Coss, “Pancho Patada”; a Murguía “Pancho Belduque”. El sobrenombre que se había puesto a cada uno de los tres generales revolucionarios no estaba en desacuerdo con la fama que habían levantado.

De Francisco Villa se decía que todo lo arreglaba con la pistola; a la hora del combate siempre vigilando a sus soldados; estaba dispuesto a sacrificar a aquel que diera la menor muestra de cobardía. Además, se decía que acostumbraba a hacerse justicia con su propia mano. De allí el sobrenombre de “Pancho Pistolas”.

De Francisco Murguía se contaba que en más de una ocasión, embrecido en el combate, excitaba a sus soldados a que entraran a cuchillo al enemigo. Tanto así hablaba de que “hay que pasarlos a cuchillo”, que una vez amenazó al enemigo por medio de un manifiesto, a usar el arma blanca para exterminarlo. Esto dio origen al sobrenombre que llevó hasta la muerte: “Pancho Belduque”.

PANCHO PATADA

De Francisco Coss se decía siempre que, teniendo un “corazón de oro”, no era capaz de matar a sus peores enemigos, como lo hacía el general Villa; y menos de ordenar que fuesen pasados a cuchillo. Cuando el general Coss quería castigar a algún enemigo, recomendaba a sus subalternos:

—Denle de patadas, y déjenlo.

Sin embargo, a nadie se le había ocurrido llamar al general Coss “Pancho Patada”, hasta que el licenciado Luis Cabrera le puso este sobrenombre en célebre telegrama, que estuvo a punto de costar la vida al entonces secretario de Hacienda en el gabinete del Primer Jefe Venustiano Carranza.

El general Coss nunca había revelado el origen de su sobrenombre de guerra. Pero, interrogado recientemente por el representante de los *Periódicos*

Lozano en la Ciudad de México, por qué le llamaban “Pancho Patada”, refirió el origen con todos sus detalles.

Lanzando grandes risotadas, que no dejaron de alarmar a la concurrencia del elegante restorán en donde contaba uno de los episodios de su vida revolucionaria; jurando que se había reconciliado con el licenciado Cabrera, quien se había escapado de servir de delicado manjar a los tiburones que habitan las aguas del Golfo de México; atuzándose los bigotes, limpiándose el sudor que a mares corría por su frente, y dando de puñetazos sobre la mesa con tal fuerza que la vajilla temblaba, el general Coss comenzó hablando de su gran amistad con el general Francisco Villa.

—*¡“Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” fueron los más grandes amigos del mundo!* —exclamó el general Coss, dándose cuenta de que no sólo el representante de los *Periódicos Lozano* le escuchaba, sino que toda la concurrencia del restorán tenía fijada la mirada en él.

—*¡Y cómo no nos habíamos de querer!* —agregó don Pancho Coss, dando a sus palabras una entonación teatral:

—*Los dos habíamos salido del monte; los dos éramos soldadotes y buenos revolucionarios, porque si después anduvimos en diferentes bandos, fue porque la suerte así lo quiso; pero la verdad es que tan revolucionario era “Pancho Pistolas” como tan revolucionario era “Pancho Patada”...*

“IGUALES”, LOS DOS

El general Coss revolotea los brazos con entusiasmo y con su cuerpo de gigante cubre, por lo menos, una tercera parte del restorán, y poniendo la mano sobre el hombro de Alfonso Gómez Morentín, director general de Correos y Telégrafos, pregunta a éste:

—*¿No es cierto, Alfonso, que tan revolucionario un Pancho como el otro Pancho?*

Y como Gómez Morentín contestara afirmativamente, el general Coss, prosiguió:

—*Sí, desde que “Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” se conocieron en Saltillo, se hicieron los mejores amigos... Y dicen que nos parecíamos mucho. Ya me ven grandote, así también era Pancho Villa; ya me ven fuerte y macizo, así también era el otro Pancho; ya oyen que no dejo de echar “cuatros”, así también hablaba “Pancho Pistolas”. Por algo nos quisimos tanto, y por algo nos entendíamos tan bien.*

GRAN BAILADOR

Coss se limpia, presuroso, el sudor que sigue corriendo por su frente, prueba un pedazo de pescado, y diciendo que ese pescado no le sabe al que acostumbra comer en Corpus Christi, Texas, continúa:

Y miren ustedes qué coincidencia. A Villa y a mí nos gustaba bailar mucho y no lo hacíamos tan mal, pues en Saltillo nos abrían la sala y todas la muchachas andaban detrás de los dos Panchos. Yo he sido un buen bailador, y todavía a mis setenta años, doy clases de baile, si no que lo digan las muchachas que estaban el domingo en Xochimilco... Fui a Xochimilco, tocaron un vals y ahí va “Pancho Patada” a bailar el vals; luego tocaron un danzón y ahí va de nuevo Pancho... y lo bailé tan bien, que me aplaudieron. Toda la gente decía:

—*Miren, miren cómo baila de re bien el general Coss; parece que todavía es gobernador de Puebla.*

PLAN RANCHERO

Brillándole los ojos de entusiasmo, atuzándose nuevamente los bigotes y buscando con empuje la servilleta que en uno de los tantos movimientos del general ha ido a pañar al suelo, don Pancho Coss no quiere dejar a medias al auditorio y sigue:

Tan identificados estábamos el general Villa y yo, que si les cuento lo que hicimos a los curitas de Saltillo, se van a morir de risa. Ustedes me dirán si los dos Panchos no eran buenos para los planes rancheros... Ustedes lo dirán... Ya veo que tienen ansia de oírme. Ora verán lo que pasó...

Me llamó el general Villa a su cuartel general y me dijo:

—*Oye, compañerito Coss, me dicen que aquí en Saltillo hay muchos, muchísimos curitas, y para cumplir con la revolución los vamos a echar fuera; pero mira, compañerito, para echarlos fuera, no quiero hacer alboroto. Tú y yo nomás sabemos que vamos a agarrar a los curitas; así es que te vas con tiento, no me vayas a hacer alboroto, luego que los tengas me avisas; los ponemos en un tren, sin maltratarlos, y los mandamos al otro lado del río.*

—*Está bien, compañero, déjame el asunto en mis manos, y vas a ver cómo ni siquiera se dan cuenta mis paisanos de lo que pasa.*

Y en efecto, del cuartel general me fui a mi carro, y como no conocía a toda la gente de Saltillo, mandé llamar a algunas personas de mi confianza, y les pregunté quiénes eran las “beatitas” más conocidas. A poco me dieron los nombres de todas ellas, y las mandé llamar. Cuando me presentaron, les dije: —*Miren, señoras, les he mandado llamar porque he sabido que los señores curitas están corriendo mucho peligro, y quiero salvarlos. Háganme el favor de ir con ellos y decirles que inmediatamente se me presenten para decirles cómo los puedo salvar, pero no pierden tiempo, porque el tiempo es oro, y si se dan cuenta de lo que pienso hacer, los señores curitas van a perder hasta la vida.*

Entusiasmado por lo que él considera un acto de alta política y de sutileza diplomática, el general Coss continúa diciendo:

A poco fueron llegando los curitas. ¡Qué confiados venían los pobrecitos! Todos me creían su salvador, yo no les decía nada; los fui juntando; y cuando ya tuve muchos, los dejé en mi carro, y me fui a ver al general Villa para comunicarle la nueva. Pancho me dijo que yo era un hombre muy hábil; que así les gustaba que trabajaran sus amigos y que me daba la comisión para que dispusiera en el acto un tren especial, y sin decir nada a los curitas, se los llevara hasta los Estados Unidos. Así lo hice. Los curitas se fueron muy tristes; pero no había remedio; había que cumplir con las órdenes superiores. Desde ese día, “Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” fueron más buenos amigos. El general Villa me decía siempre:

—*Oiga, compañerito, cómo nos parecemos tú y yo; parece que nacimos ya amigos.*

EL ORIGEN DE SU SOBRENOMBRE

Bajando la voz y habiendo dejado a la concurrencia del restorán sin poder saborear la segunda parte de su anecdotario, el general Coss terminó de comer el pescado, no sin antes limpiarse la mayonesa que le cubría. Y enseguida dijo:

Pero ahora voy a contarles, con toda la verdad, por qué me pusieron “Pancho Patada”, y a quién debo este nombrecito.

Pues les diré que era yo gobernador y comandante militar del estado de Puebla... Me preguntarán ustedes que quién me hizo gobernador y comandante militar, y yo les diré lo que dije una vez en los periódicos del señor Lozano, que aquí entre paréntesis este señor me quiere mucho.

¡Y quién no habrá de querer a Pancho Coss, si Pancho Coss no le ha hecho mal a nadie!

Ah, pero les decía que ya me imagino que quieren saber quién me hizo gobernador...

Les diré la verdad, a mi nadie me hizo gobernador, pues en la revolución el que llegaba primero a una parte era el que se hacía lo que quería.

Bueno, pues era yo gobernador del estado de Puebla cuando un día se me presentó un señor muy bien vestido; de esos señores que hacen muchas caravanas, que dicen:

—*Cómo le va a usted mi señor general don Francisco Coss.*

Le pregunté que se le ofrecía y me contestó que había llegado a Puebla a ponerse a mis órdenes; que estaba para servirme; que él venía a cooperar en la obra de la revolución; que era pariente del señor licenciado don Luis Cabrera, secretario de Hacienda; que era un admirador y no sé qué tantas cosas más. Me entregó una carta del señor licenciado Cabrera en la que éste me recomendaba al portador como un amigo y pariente suyo, diciendo que había tenido a bien nombrarlo jefe de Hacienda en el estado.

—*¡Ah!* —le dije—, *conque usted es el nuevo jefe de Hacienda.*

—*Para servirle, señor general* —me contestó, orgulloso.

—Pues usted, caballero, no me va a servir de nada...

—*Señor general, me dijo el señor licenciado que me pusiera a las órdenes de usted* —insistió.

—*Mire, caballero, vale más que no insista, porque repito que usted no me va a servir de nada; y vale más que no me haga enojar...*

—Pero, señor general...

—*Pero caballero, ¿cómo se atreve a poner los pies en este palacio de gobierno revolucionario, cuando usted es reaccionario? ¿Qué no sabe que antes de que llegara usted pedí sus antecedentes, y he sabido que usted es de los reaccionarios?*

—*Pero el señor licenciado Cabrera es mi pariente y me ha dado el nombramiento...*

—*Aquí no hay nombramiento que valga más que el que expide Francisco Coss, así que usted se marcha de aquí en el acto y se me va para Veracruz...*

El enviado del señor licenciado Cabrera quería convencerme de que él era un revolucionario.

Me enfadé; lo agarré del cuello, lo puse en la escalera y le di un puntapié; luego ordené a dos de mis oficiales que lo hicieran prisionero, lo llevaron a la estación y me lo pusieron en el tren para Veracruz.

FRANCISCO PATADA

Creí yo que todo había pasado, cuando a los dos días recibí un mensaje de Veracruz, que decía más o menos:

“Señor general don Francisco Patada

Gobernador y comandante militar del estado de Puebla

Su actitud ante el señor X, nombrado jefe de Hacienda en ese estado por esta secretaría, me ha llamado poderosamente la atención y le ruego obedezca las órdenes que le son dadas”.

Firmaba El licenciado Luis Cabrera. Leí el telegrama y me disgustó mucho; lo volví a leer y me voy dando cuenta que el señor licenciado Cabrera me llamaba “Francisco Patada”!

Para que les cuento, señores, me puse furioso, y me dije:

—*¡Ah, sí? ¡Conque Francisco Patada y no Francisco Coss! ¿Pues quién es el licenciado Luis Cabrera para que le falte el respeto a un señor general, gobernador y comandante militar del estado de Puebla?*

Eso tenía que costarle muy caro al licenciado Cabrera. Hasta entonces nadie me había faltado al respeto, y al primer irrespetuoso había que castigarlo con dureza.

Sin vacilar más tiempo, llamé a uno de mis oficiales, y le ordené que pusiera un tren especial; que embarcara en él a unos trescientos de mis mejores muchachos y que todo estuviera listo para cuando yo me presentara en la estación.

Como yo era el que mandaba, yo podía hacer y deshacer en Puebla, por más que no habrá poblano que diga que abusé de mi autoridad. Así es que cuando el tren estuvo listo, ordené:

—*¡A Veracruz!*

LA SENTENCIA DE MUERTE

Desde que salí de Puebla fui pensando qué debería hacer con el licenciado Cabrera para castigarlo, y me dije:

—*Si me lo traigo para Puebla y lo encierro en la penitenciaría, el Primer Jefe manda por él y me lo quita; si le pego, va a decir que abuso. No; lo que voy a hacer es que llegando a Veracruz, desembarco a mi gente, voy a la casa donde se hospeda, lo agarro, lo meto en un costal, le pongo unos fierros pesados y lo echo al mar. ¡Que se ahogue y*

se lo coman los tiburones para que no le ande faltando al respeto a un gobernador y comandante militar!

Llegué a Veracruz muy calladito y me fui con varios oficiales a buscar al famoso licenciado, y cuál no sería mi sorpresa al saber que ese mismo día, por la mañana, se había embarcado para Yucatán a desempeñar una comisión del Primer Jefe. Me dije:

—*Pancho Coss, fracasaste y ahora seguirás siendo “Pancho Patada”.*

CON CARRANZA

Cuando volví a la estación donde estaba mi tren, recibí un recado del Primer Jefe, ordenándome que pasara a Faros. Fui a verlo y me recibió muy amable, preguntándome:

—*¿Qué anda haciendo por acá, general? Yo que lo hacía en Puebla.*

La verdad es que no supe que contestarle hasta que por fin, le dije:

—*Pues jefe, vine al puerto a buscar al licenciado Cabrera para castigarlo, porque mire usted lo que me hizo...*

Entonces le enseñé el telegrama dirigido al general “Francisco Patada”. Don Venustiano se puso muy grave, como sabía ponerse, pero yo le vi en los ojos que ya sabía lo del famoso telegrama, pero se hizo ignorante, y me preguntó que qué pensaba hacer con el señor secretario de Hacienda.

Yo le contesté claro:

—*Quería echarlo al mar.*

—*El señor licenciado Cabrera va rumbo a Yucatán a desempeñar una comisión de la primera jefatura* —me contestó entre serio y risueño el señor Carranza.

No quise hablar más del asunto; me despedí del primer jefe, tomé mi tren y regresé a Puebla.

Cuando llegué a esta ciudad, supe que no había faltado quién pusiera al corriente, por medio del telégrafo, al licenciado Cabrera de mis propósitos y que el señor Carranza, para evitar que yo cumpliera con mi propósito, lo había hecho salir del puerto.

GRANDES AMIGOS DESPUÉS

Al llegar aquí, el general, que se había olvidado del pescado de Corpus Christi y del resto del que tenía frente a él, lanzó una sonora carcajada y concluyó:

Por supuesto que lo que les cuento sucedió hace veintitún años. ¡Veintitún años! Y les va a llamar la atención si les digo que el señor licenciado Cabrera y yo volvimos a ser muy buenos amigos.

Una vez le conté que había estado a punto de ser devorado por los tiburones del Golfo y se hizo como el que no sabía nada y empezó a reírse, a mí también me agarró la risa, y nos reímos tanto de la ocurrencia, él de verse dentro de un costal luchando contra los tiburones, y yo encerrándolo dentro del costal diciéndole:

—*Te mando a la eternidad para que no te vuelvas a burlar de un gobernador y comandante militar.*

Reímos tanto, que terminamos por abrazarnos...

Y ahora lo cuento, porque... ¡lo que es tener la conciencia tranquila!... ¡lo que es tener la conciencia tranquila!...

Y don Pacho volvió a soltar una carcajada. Ya no quiso seguir comiendo pescado, apenas probó un pedazo de lomo de cerdo, se puso en pie y, entre la admiración de los parroquianos, salió del restorán diciendo casi a gritos.

—*¡Yo soy el único superviviente de los tres Panchos de la Revolución!*

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 3 de mayo de 1936, año x, núm. 231, pp. 1-2.

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO V

El convencionismo

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Se terminó de imprimir en la Ciudad de México en 2015

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

La crisis del Porfirismo

TOMO I

Maderismo

TOMO II

La Revolución
constitucionalista

TOMO III

Las rupturas en
el constitucionalismo

TOMO IV

El convencionismo

TOMO V

El Estado constitucional.
Sus inicios

TOMO VI

El Estado constitucional.
Ajustes internos

TOMO VII

El Estado constitucional.
Su consolidación

TOMO VIII

Desde su primera publicación, *Revolución social o motín político*, que escribió a los 21 años, José C. Valadés se dedicó a estudiar la Revolución Mexicana con la convicción de que no había una, sino muchas revoluciones dentro de un proceso totalizador.

Valadés culminó sus estudios sobre el proceso revolucionario con la *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes, única historia general que se ha escrito por un solo autor hasta la fecha. Además, el historiador elaboró la primera historia oral de la Revolución, recogiendo los testimonios de los revolucionarios en el exilio, que hoy reeditamos.

En 1927, Valadés se fue a Estados Unidos y se dedicó a recoger los testimonios de los revolucionarios exiliados. En 2001, el INEHRM, bajo la dirección de Francisco Valdés Ugalde y después de Javier Garciadiego, se dio a la tarea de recopilar estos artículos y los publicó, en el 2005, en ocho volúmenes con el título de *La Revolución y los revolucionarios*. Hoy los reeditamos añadiendo nuevos estudios sobre el autor.

En el quinto volumen, Salvador Rueda destaca la combinación de talentos de Valadés como historiador metódico y como divulgador de la historia.

El historiador nos entrega una serie de ensayos cortos destinados a todo público que esperaba la continuación de sus relatos en sus entregas semanales.

PATRICIA GALEANA

LA REVOLUCIÓN...

